José Rodrigues dos Santos

EL SECRETO DE SPINOZA

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Primera parte. Nación
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
Segunda parte. Herem
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII

XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
Tercera parte. Verdad
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
Nota final
Nota
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You Tube

SINOPSIS

Ámsterdam, 1640. Un judío es expulsado de la sinagoga por cuestionar las Sagradas Escrituras. Un niño asiste al acontecimiento. El pequeño Bento de Spinoza es considerado el mayor prodigio de la comunidad portuguesa en Ámsterdam, pero este episodio planta en él la semilla de la duda.

¿Y si la Biblia estuviera equivocada?

La sospecha llevará a Bento a la mayor búsqueda intelectual de todos los tiempos. ¿Quién escribió realmente los Textos Sagrados? ¿Cuál es la verdad sobre Dios? ¿Qué es la Naturaleza? No obstante, se trata de una búsqueda prohibida y pronto el joven judío, sefardí hispano-portugués, descubrirá que tendrá que pagar un precio terrible por sus preguntas. Los rabinos judíos y los predicadores cristianos lo perseguirán y acusarán del peor de los crímenes.

HEREJÍA

Inspirado en la prodigiosa vida de Spinoza, uno de los filósofos más grandes de la historia, José Rodrigues dos Santos nos muestra cómo Bento de Spinoza puso final a la Edad de las Tinieblas e inventó el mundo moderno. Pero, para conseguirlo, hubo de descubrir también su secreto.

José Rodrigues dos Santos

El secreto de Spinoza

A Isabella

No ridiculizar, no lamentar, no detestar,
sino comprender.

Spinoza

Prólogo

El niño tenía los ojos marrones oscuros, brillantes, fijos en el tejido de seda roja y dorada que en el *hechal,* el santuario del arca fabricado en madera y con dos puertecitas, cubría los pergaminos en los que se inscribía la Torá. Era como si HaShem, Él mismo, el Nombre, Dios bendito, omnipotente y omnipresente, Shaddai el Todo Poderoso, Adonai, Elohim o cualquiera de Sus otros mil nombres, estuviera allí a la espera de que Lo destaparan para lanzar sobre todos Su mirada cargada de infinitud. Misericordia, justicia, furia, compasión, majestad, poder, amor, vida y muerte. Él era todo lo que había. Todo. El inconmensurable.

El bullicio propio de la sinagoga, conocida entre los *yehudim* como *esnoga*, mostraba un ambiente relajado, provocado por conversaciones cruzadas y carcajadas frecuentes. Los mercaderes intercambiaban informaciones útiles de su actividad en la bolsa, los comerciantes discutían cuándo llegaban los cargamentos de *pau-brasil* de Recife y sal de Setúbal, también si tendrían problemas con los españoles. Otros miembros de la congregación comentaban el descaro de los *tudescos*, que querían vender comida *kosher* a los portugueses en sus carnicerías, mientras que un puñado se reía de un chiste reciente que acababa de llegar de Lisboa o Sevilla. Los hombres usaban pañuelos blancos en la cabeza, por encima de los hombros el *tallit*, y todos se sentaban en sus lugares previamente asignados. No había nadie que no tuviera en las manos un Tanaj, la Biblia judaica; algunos en hebreo, la mayoría en portugués.

La mirada del pequeño Bento se desvió hacia la galería donde se encontraban las mujeres con las cabezas cubiertas de velos, muchas de ellas acompañadas de sus hijas. Hasta hacía dos años siempre había visto a su madre sentada allí, silenciosa y atenta, tosiendo en ocasiones; precisamente por culpa de esa maldita tos, Ana Débora ya no estaba en este mundo. En vez de verla, vio a dos niñas de su edad que le sonreían. Se enderezó. A veces le decían que era un chico guapo, pero como era tímido, no sabía lidiar bien con esas atenciones.

El murmullo se detuvo bruscamente. Al ser algo tan inusitado, el súbito silencio arrancó a Bento de sus cavilaciones en la sinagoga. Los rostros de todos los congregantes se giraron sucesivamente hacia la puerta de la calle y el niño, sentado en la nave con su familia, los imitó.

Contra la luz pálida del sol que entraba desde la ventana se veía la figura de un hombre de pelo canoso y revuelto, los hombros caídos,

inmóvil, con la cabeza gacha; podría decirse que temía entrar. Las miradas de los *yehudim* seguían posadas en el recién llegado, sin invitarle a hacerlo ni tampoco impedírselo; simplemente, aguardaban con expectativa a ver qué hacía. ¿Se atrevería a avanzar o daría media vuelta para escabullirse de allí?

Bento sintió la tensión repentina que se instaló en el santuario y se giró.

—¿Quién es?

Sus dos hermanos, Isaac, el mayor, y Gabriel, dos años más pequeño, se encogieron de hombros, con indiferencia.

—Yo qué sé.

Miró al adulto que los acompañaba.

—Padre, ¿quién es ese señor?

—Es Uriel da Costa.

—¿Por qué le mira todo el mundo?

Su padre se impacientó y se llevó el dedo índice a los labios.

—Shh.

El pequeño calló y se giró hacia el recién llegado. Aún estaba plantado en medio de la entrada. Uriel da Costa respiró hondo, como si quisiera coger fuerzas para hacer lo que había venido a hacer. Reanudó la marcha. Con el cuerpo constreñido por la derrota y los ojos clavados en el suelo, entró en la sinagoga por el pasillo central; a ambos lados, los congregantes lo observaban fijamente.

Se detuvo delante de la *bimah*, la plataforma de madera situada en el centro del santuario donde habitualmente se hacían las lecturas. Tras dudar nuevamente, subió con pasos lentos y pesados, como un condenado que se acerca al patíbulo. La *bimah* estaba desierta y los ojos de todos los *yehudim* se centraban en él como si fuera el *jajam* de turno. Uriel se giró hacia la multitud y sacó de su abrigo un papel que el *jajam* Saul Levi Morteira, el rabino jefe, había escrito previament con las palabras adecuadas para la ocasión. Lo desdobló. Las manos le temblaban por culpa del nerviosismo y el papel se movía sin parar. Tragó en seco al posar sus ojos en las primeras líneas del texto. Afinó su garganta.

—Yo, Gabriel da Costa, hijo de Bento y Sara da Costa, nacido en Oporto y diplomado en ley canónica en la Universidad de Coimbra, convertido a la verdadera fe en 1612 en la comunidad portuguesa de Ámsterdam, donde los judíos viven sin miedo a ser judíos, habiendo ya pasado siete años desde que fui excomulgado por segunda vez por culpa de mis pecados, vengo ante ustedes a hacer una confesión —dijo con voz débil y trémula—. Los pecados que cometí me convierten en merecedor de morir con mil muertes, ya que he propagado blasfemias

que ofenden a HaShem, bendito sea Su nombre, violé el *sabbat*, no he cumplido la fe verdadera y he llegado incluso a disuadir a otros para que siguieran la fe errada en vez de convertirse en judíos. Acepto obedecer las órdenes que me han dado y me comprometo a cumplir todas las obligaciones que se me impongan; me someto de libre voluntad a los castigos que me quieran aplicar. De ahora en adelante, prometo solemnemente no volver a los caminos equivocados, evitar la torpeza y el delito en el que caí y caminar solo por el camino de la verdadera fe.

Un silencio absoluto acogió su declaración. Sin que le pararan de temblar las manos, Uriel dobló la hoja que acababa de leer y volvió a guardarla en el bolsillo interior de su chaqueta. Se bajó de la *bimah* y se le acercó el *jajam* Morteira. El rabino le dijo algo al oído en secreto, por lo que no pudo oírse, señalando una esquina de la sinagoga. Uriel asintió con un gesto y se dirigió hacia allí, con pesar.

—Padre, ¿qué pasa? —preguntó el pequeño Bento, que todavía no entendía lo que estaba sucediendo—. ¿Qué ha hecho?

—Ha pecado —fue la respuesta—. Por voluntad de Dios, hace muchos años le declararon un *herem*.

El niño abrió los ojos. ¿Un *herem*? ¿Habían excomulgado al hombre que acababa de subir a la *bimah*? Y lo más extraordinario, ¿el *herem* ya duraba tantos años?

—¿Por qué? ¿Cuál fue su pecado?

—Ofendió al Señor.

La respuesta no le pareció satisfactoria. Bento todavía era un niño, pero ya iba a la escuela Talmud Tora, había aprendido a leer y sabía que los *herem* eran castigos relativamente rutinarios en la *Nação*, la comunidad portuguesa de Ámsterdam, y los señores del *ma´amad*, el consejo que gobernaba la comunidad, los aplicaba por las más variadas causas. Para declarar un *herem* bastaba, por ejemplo, que un miembro de la *Nação* discutiera temas religiosos con otras personas, que comprara carne a un carnicero *tudesco* o que insultara a un miembro de la comunidad portuguesa. El propio *jajam* Menashé ben Israel, uno de los principales rabinos de la *Nação*, había sido excomulgado por verse involucrado en un asunto de impuestos. La excomulgación de un *yehud* normalmente solo duraba un día, como sucedió con Ben Israel, o una semana, como mucho un mes. Pero ¿tantos años?

—Padre, ¿qué pecados cometió?

—Cosas graves, Bentito. Ofendió a Dios bendito.

El pequeño se encogió en su sitio, aterrorizado por estar en la sinagoga con alguien que había cometido un delito tan hediondo; casi

tenía miedo de que sus pecados fueran tan contagiosos como las pestes que periódicamente asolaban al país. Se giró para observar al hombre que se había colocado en un rincón del edificio. ¿Qué tipo de persona sería capaz de ofender a Shaddai, el Todo Poderoso?

—¿Cuáles... cuáles fueron las ofensas?

— ¡Shh! ¡No me dejas ver!

En ese momento, Uriel se quitaba la chaqueta y después la camisa, quedó con el pecho al descubierto. Bento miró a sus hermanos, perplejo. ¿Un hombre enseñando el torso? ¿En plena sinagoga? ¿Qué estaba pasando? A una señal del guardia, Uriel abrazó una columna. El guardia se acercó a él con una cuerda y le amarró las manos, atándolo a la columna.

La congregación seguía los acontecimientos aguantando la respiración, como si estuvieran hipnotizados. Sabía que de sus hermanos no iba a obtener ninguna información, así que Bento volvió a buscar a su padre.

—¿Qué van a hacer?

Su padre no respondió, ni siquiera hizo falta, ya que en breve los acontecimientos lo iban a aclarar todo. El *jazán* que guiaba los cantos en la sinagoga se acercó a Uriel con una cuerda oscura y, como si se ejercitara, la sacudió en el aire provocando un estallido seco. Un corto «¡oh!» se escuchó en la congregación y Bento vio que al final no se trataba de una cuerda. Era un látigo. El *jazán* levantó el látigo y al tiempo que recitaba un salmo, dio a Uriel el primer golpe.

—¡Oh, Señor, nuestro Dios, Vuestro nombre es grande en toda la Tierra! —declamó en portugués—. Sobre sus propios cielos se eleva Vuestra majestad. En la boca de las...

Después vino un segundo latigazo, después un tercero, un cuarto, un quinto...

Un murmullo se escuchaba en la congregación con cada latigazo y Bento, asustado, se llevó la mano a la boca. ¿Qué ofensas a Dios habría cometido ese hombre para merecer un castigo así? Miró a su alrededor. Todos los *yehudim* de la sinagoga seguían con atención lo que sucedía en la columna de aquel rincón, unos con una sonrisa austera, como quien ve cómo se aplica la justicia divina; otros con el dolor propio de quien se compadece del sufrimiento ajeno. Se le pasó por la cabeza insistir y hacerle más preguntas a su padre, para saber qué estaba pasando y por qué, pero entendió que no era el momento adecuado y se contuvo.

—Miguel —murmuró alguien en la fila de atrás, dirigiéndose al padre de Bento—. Vosotros, los Spinoza, ¿tenéis relación con los Costa?

Bento miró y vio que quien había hecho la pregunta era José dos Rios, un portugués que, cuando contactaba con los neerlandeses, se presentaba como Michel van de Rivieren, expresión neerlandesa para «De los ríos».

—No soy yo, es la familia de mi fallecida esposa, que Dios la tenga en Su gloria —susurró Miguel—. Nosotros, los Spinoza, somos de Vidigueira, en el Alentejo. Era la familia de mi fallecida Ana la que, cuando vivía en Oporto, se relacionaba con los Costa. Creo que no tenían relación desde la época de Puente de Lima, donde...

—¡Shh! —dijeron varios congregantes, molestos con la conversación en un momento tan tenso como ése—. ¡Silencio!

El murmullo de la congregación se apagó. En la sinagoga solo se oían los zumbidos del látigo que cortaba el aire en aquel rincón del edificio, los estallidos de los golpes en la espalda de la víctima, sus gemidos sordos y la declamación de los salmos por parte del *jazán*. Amarrado a la columna, Uriel da Costa, con los ojos cerrados, chillaba con cada latigazo que iba dejando marcas rojizas en su piel.

Al trigésimo noveno golpe, el *jazán* bajó el látigo y dio el castigo por concluido. Entonces, el guardia de la sinagoga desató a la víctima. Debilitado, Uriel se sentó en el suelo para recuperarse. El *jajam* Morteira, como rabino jefe de la comunidad, se acercó a él y le hizo un gesto con la mano.

—Con este acto queda anulado el *herem* que te habían declarado —pronunció con solemnidad y en voz alta, para que todos lo oyeran. Y lo repitió—. Con este acto queda anulado el *herem* que te habían declarado. Con este acto queda anulado el *herem* que te habían declarado. —Para que la anulación del *herem* fuera efectiva, era necesario repetir la afirmación tres veces—. Y ahora, para que la comunidad te perdone, a ella tienes que someterte en los términos que ya te han explicado. Ve con el Señor, hermano y no peques más.

Con gran dificultad, dolorido y quejumbroso, Uriel se levantó, con ayuda del guardia se puso la camisa y la chaqueta. Después, se encaminó despacio hacia la puerta de la sinagoga, siempre en compañía del guardia. Al llegar a la puerta, se tumbó en uno de los peldaños. El guardia le sujetó la cabeza e hizo una señal a la congregación, los *yehudim* empezaron a dirigirse hacia el pasillo central para encaminarse hacia la salida.

El primer fiel que llegó a la puerta dudó, como si pidiera permiso. El guardia asintió y el *yehud* se puso en pie sobre las nalgas de Uriel, se las pisó y siguió. El que vino detrás hizo lo mismo y los restantes, también. Hombres, mujeres, ancianos y niños. Todos pisaban el trasero de Uriel como si fuera un peldaño más y salían a la calle.

La escena arrancó una carcajada al pequeño Gabriel, solo tenía seis años, pero Bento le dio un codazo para que se callara. Después, buscó otra vez la mirada de su padre.

—Nosotros... ¿también tenemos que pisarle?

Su padre asintió.

—Toda la comunidad tiene que hacerlo —dijo—. Es el castigo por haber ofendido a Dios bendito.

Los *yehudim* llenaban el pasillo central y despacio, paso a paso, se dirigían en fila hacia la puerta. La familia Spinoza se fue quedando atrás, no tenían prisa para pisar al desgraciado que seguía tumbado en el peldaño. Pero, por mucho que tardaran, su turno también llegaría. Bento vio a su padre, delante suyo, que pisó a Uriel y salió. Después, sus hermanos, el pequeño Gabriel e Isaac, hasta que él estuvo delante de Uriel. El castigado permanecía tumbado sobre el peldaño boca abajo y el guardia seguía sujetándole la cabeza. Bento levantó el pie, lo puso encima de su trasero sucio tras tantos pisotones y salió de la sinagoga.

Hacía un frío húmedo en la calle, como era habitual en Ámsterdam. Además de los fieles portugueses que se habían quedado por allí, había algunos pobres *tudescos* con harapos y aspecto inmundo; últimamente había cada vez más de estos judíos pobres que llegaban de los estados germánicos y de Polonia, todos mendigaban una limosna, lo cual molestaba a los portugueses. ¿Qué iban a pensar los neerlandeses de los judíos al ver a esos vagabundos?

Los últimos *yehudim* pisaron al arrepentido y, cuando ya no había nadie más en la sinagoga, el guardia hizo un gesto, con un gemido Uriel se levantó con gran esfuerzo. Estaba todo sucio. Las personas a su alrededor le ayudaron a limpiarse, le sacudieron la ropa y le frotaron la piel para que saliera la suciedad. Finalmente, cuando terminaron y no había nada más que hacer, todos, incluidos los Spinoza, le dieron la espalda y se fueron a sus casas.

Camino del puente sobre el Houtgracht, Bento se dio la vuelta y vio a Uriel da Costa derrengado, que se arrastraba por la calle a trompicones, un miserable que se tambaleaba como un borracho, hasta que desapareció por una esquina. Se preguntó cuáles serían los motivos que habían conducido a esa extraña y terrible escena.

Primera parte

Nación

El verdadero objetivo del gobierno es la libertad.

SPINOZA

I

Un barco cargado de leña se deslizaba suavemente por el Houtgracht, el canal de Ámsterdam hacia el que daba la ventana de la casa que había alquilado en esa bonita avenida el muy respetable señor Miguel de Spinoza; pero las vistas ya eran demasiado corrientes como para suscitar el interés de sus hijos. Hacía frío, era diciembre. La mayor, Miriam, una chica delgada de once años, se encogía en la mesa con su hermana pequeña Rebecca en brazos, que tan solo tenía cinco años, mientras que Isaac y Gabriel se hacían muecas el uno al otro. Sin prestar atención a sus hermanos, Bento se entretenía intentando entender la chocante escena a la que había asistido en la sinagoga.

—Tengo hambre —protestó Rebecca, llorosa—. ¿Cuándo llega papá?

—Tranquila, nuestro padre ha ido a buscar la comida donde doña Rute —la tranquilizó su hermana mayor—. Iba a cocinar una de esas *alheiras** de Mirandela que...

Justo en ese momento, la puerta de la calle se abrió bruscamente de par en par y todos dieron un salto del susto. Miraron hacia la puerta y vieron a su padre, que irrumpía en la casa con una cesta por debajo del brazo y una botella de vino en la otra mano, exhibiéndola como si fuera un trofeo.

—¡Viva Portugal!

Al verlo, se quedaron estupefactos. Su padre, judío respetado y cumplidor de sus deberes, no era hombre de meterse en borracheras. Aquellos vivas a la patria les parecieron fuera de lugar. ¿Qué bicho le habría picado?

—¡Tengo hambre! —repitió Rebecca— ¡Quiero comer!

Con entusiasmo contagioso, Miguel se precipitó hacia la mesa del comedor, dejó allí la cesta y fue a la estantería a buscar una copa, que llenó de vino.

—¡Niños, hoy es día de celebración! —exclamó, al tiempo que levantaba la copa bien alto ¡Finalmente nuestra patria se ha librado de los españoles! ¡Viva la libertad! ¡Viva Portugal!

Se llevó la copa a la boca y se tragó todo el líquido de golpe. Sus hijos no entendían lo que pasaba, aquel comportamiento no era normal. Bento era el más intrigado de todos.

—Padre, ¿qué ha pasado? ¿Por qué está así? ¿Qué ha ocurrido en Portugal?

Miguel dejó la copa encima de la mesa y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Acaba de llegar de Lisboa un navío con la gran noticia —dijo— Se acabó la sumisión a España. Le hemos dado la patada a Felipe IV y hemos expulsado a los españoles. ¡El año 1640 pasará a los anales de la historia! Nuestro país, nuestro gran país, es libre otra vez. ¡Libre! ¡Portugal renace! ¡Viva Portugal!

Su padre se puso a bailar dando saltos en medio del salón y sus hijos lo imitaron, sumándose a la fiesta, aunque sin terminar de entender lo que pasaba. Bento fue el único que se quedó quieto en su sitio. No se podía decir que compartiera el entusiasmo de su padre. Tal como muchos otros *yehudim* de la comunidad de Ámsterdam, Miguel era un patriota portugués y no admitía que hablaran mal de su país. El tema era tan importante para la comunidad que, quien se atreviera a criticar en público a los representantes de Portugal, se le aplicaría un *herem*, aunque las críticas a los representantes españoles eran perfectamente admisibles. Además, no era casualidad que la comunidad de Houtgracht se llamase a sí misma *a Nação*, nunca *la Nación*; y que en la sinagoga, toda la comunicación que no fuera litúrgica fuese siempre en portugués.

—¡Hemos expulsado a los españoles! —repitió un radiante Miguel, dando otro trago más de vino—. ¡Ahora otro gallo nos cantará! Verás, verás...

A Bento todo aquello le parecía absurdo, considerando que sentía simpatía por los españoles, sobre todo porque algunos de sus amigos de la sinagoga lo eran; pero entendía que tantos judíos de Ámsterdam hablaran así de la vieja patria, con aquella sentida nostalgia por la forma como les habían tratado, pues habían quemado a muchos de ellos en la hoguera por el único delito de creer en la Ley de Moisés. Además, noticias terribles de esas seguían llegando constantemente desde Lisboa, Oporto y Évora. ¿Cómo era posible que tanto su padre como otros de la *Nação* aún se considerasen grandes patriotas?

Aun así, entre los *yehudim*, la mayoría no veía ninguna contradicción entre el amor a Portugal y el odio al catolicismo. Una cosa era la patria, que amaban incondicionalmente y por la que suspiraban nostálgicos; otra completamente diferente era la maldita Inquisición, que les había forzado a abandonar su adorada tierra. En el caso de su padre, ese patriotismo portugués exacerbado se mezclaba con un acentuado celo ortodoxo judaico, lo que a su hijo se le hacía todavía más raro, incluso trágico.

—Tenemos que ayudar a la patria —añadió su padre, tan excitado que no se conseguía callar, aunque en realidad hablaba más consigo mismo que con sus hijos—. Los Nunes da Costa andan diciendo que van a enviar un barco de guerra y municiones para ayudar a nuestra

gente. Sí, porque los españoles no se van a quedar de brazos cruzados. Son tiempos peligrosos. ¡Tenemos que ayudar a nuestro país!

En casa, todas las conversaciones eran en portugués, la lengua materna de la familia Spinoza. En realidad, era la lengua natural de la comunidad de marranos en Ámsterdam, conocidos por los neerlandeses como «los portugueses», aunque algunos de ellos, una minoría, tuviera origen español. La mayor parte de los miembros mayores de la comunidad ni siquiera se había molestado en aprender neerlandés, aunque ya llevaban viviendo allí algún tiempo. Bento y sus hermanos estaban familiarizados con la lengua local, claro está, ya que habían nacido en Ámsterdam; y sus contactos con la población nativa, aunque no fueran muchos, eran suficientes como para conseguir hablar neerlandés, aunque naturalmente sin la misma facilidad con la que dominaban la lengua materna, el portugués.

Miguel, por su parte, seguía el ejemplo de los hombres de su generación y se resistía obstinadamente al neerlandés. Acusaba a los habitantes de Ámsterdam de roncar en vez de hablar, se quejaba todo el tiempo de que era una «lengua de cafres» incomprensible; para él, era completamente impensable aprenderla.

—¡Tengo hambre! —volvió a protestar Rebecca, cansada del baile y con los ojos clavados en el plato vacío—. ¿Y la comida?

Su padre volvió a la realidad mundana de su hogar, metió las manos en la cesta que había dejado encima de la mesa.

—Ya va, ya va...

Se puso a canturrear canciones portuguesas de su juventud, alegre y efusivo, finalmente sacó de la cesta las famosas *alheiras* de doña Rute, la vieja judía que había escapado de Trás-os-Montes con su familia y que solía hacerles la comida. Miguel repartió la comida en los platos y después, dejó encima de la mesa un puñado de naranjas del Algarve, adquiridas por su empresa de importación de fruta portuguesa.

—Hoy vamos a comer hasta que reventemos —dijo, haciendo un gesto a sus hijos para que empezaran a hacerlo—. Tenemos que conmemorar a lo grande el renacimiento de nuestro Portugal.

—Padre, ¿la Inquisición se va a acabar?

Miguel respondió con una mirada escéptica.

— Eso no lo sé. Lo que sé es que si hemos acabado con los españoles y, de una vez por todas, podremos finalmente retomar las relaciones con nuestra amada patria.

—Pero padre, nosotros ya compramos fruta a Portugal...

Era cierto, todos lo sabían. España había declarado el bloqueo al comercio con los Países Bajos, pero los funcionarios portugueses, a

quien les agradaba todo lo que irritara a los españoles, pasaban por alto la prohibición de comercio con los neerlandeses y, sobre todo, con los portugueses de Ámsterdam, para lo que bastaba apenas una intermediación alemana, inglesa o francesa para guardar las apariencias. El comercio entre los Países Bajos y Brasil seguía gracias a la colaboración de los comerciantes portugueses, en cuyo nombre los neerlandeses habían colocado sus navíos y sus productos, mientras que los portugueses siempre habían respetado a sus verdaderos propietarios, a pesar de que los papeles legales dijeran lo contrario. Los funcionarios portugueses llegaban incluso a alertar a los neerlandeses de que sus bienes estaban amenazados por los españoles.

—Comprábamos a escondidas, Bentito. Pero ahora todo estará a las claras. ¡Hay que celebrarlo!

Al ver a su padre tan animado, Bento pensó que quizá era un buen momento para aclarar el asunto que desde hacía varios días tanto le perturbaba. El pequeño tenía una mente inquieta y le gustaba comprenderlo todo al detalle, sobre todo la causa de las cosas, pero sabía que su padre no siempre estaba disponible para responderle. Normalmente, eso le hacía retraerse, ya que no le gustaba agitar las aguas. Había que mantener el *shalom bait*, es decir, la paz en el hogar. Pero en ese momento, el ambiente parecía propicio. Tenía que ser sagaz a la hora de abordar el asunto.

Esperó a que todos empezaran a comer, mientras su padre seguía saboreando en voz alta la proclamación de la independencia de Portugal de España, deleitándose con un buen vino que había abierto para celebrar la ocasión. Cuando el entusiasmo se tranquilizó un poco, lo que sucedió cuando se comían las naranjas, jugó su baza.

—¿Mamá conocía a ese señor?

Lo preguntó como si se le acabara de ocurrir. Miguel no entendió la pregunta en el contexto de la restauración de la independencia de Portugal, por lo que le devolvió una mueca de incomprensión.

—¿Qué señor?

—El que profirió las blasfemias y a quien el otro día le anularon el *herem* en la *esnoga*.

Al darse cuenta de a quién se refería su hijo, Miguel se puso serio.

—Ah, Uriel da Costa. ¿Qué pasa?

—En la e*snoga*, él dijo que se llamaba Gabriel...

—Sí, pero todos lo conocen como Uriel. ¿Por qué hablas ahora de ese desgraciado?

Sabía que era un asunto sensible, por lo que el pequeño fingió tener poco interés en el tema.

—Padre, usted dijo que su familia se relacionaba con mamá...

—Se relacionaba con la familia de mamá —corrigió su padre, enfatizando la palabra familia—. Dios quiso que los Garcês y los Costa se conocieran cuando vivieron en Oporto.

—Si nuestras familias eran próximas, quizá no deberíamos haberle pisado...

El jefe de la familia dudó. Normalmente no hablaría de aquellos temas con sus hijos, eran demasiado pequeños para poder entender las cosas del mundo, pero la alegría por la independencia de Portugal y los efectos del vino le bajaron la guardia. Si el chico quería entender lo que había pasado en la sinagoga, ¿por qué no aclarárselo?

—Uriel ofendió a Dios bendito y, por la gracia de Amonai, Nuestro Señor, tuvo que mostrar su arrepentimiento y enfrentarse al castigo adecuado a la dimensión de sus pecados para que pudieran anularle el *herem* —explicó su padre—. Lo pisamos porque fue esa la orden que nos dieron los señores del *ma´amad*, obedeciendo así la voluntad de Dios. Si te digo la verdad, incluso es bueno para Uriel, ya que le permitió ser perdonado, para así poder ser reintegrado en la *Nação*.

Fingió que le interesaba poco el asunto que esos días dominaba todas las conversaciones entre los *yehudim*, lo sucedido hacía poco en la sinagoga alimentaba mucho las charlas de los portugueses en Ámsterdam. El más atento de los hijos de Miguel dio un mordisco distraído a la *alheira* que le había tocado.

—En el colegio, el otro día un compañero me contó cosas de Uriel —dijo como quien hablaba de cosas mundanas, como del estado del tiempo—. Parece que habló en contra del Talmud.

El Talmud, libro de la ley judaica, exponía la ley oral que regulaba las ceremonias rabínicas y la propia vida diaria de la comunidad, sirviendo así como base a todos los códigos legales de los judíos.

—Uriel es un idiota.

—Padre, ¿cómo se puede hablar en contra del Talmud?

La mirada de Miguel se desvió hacia la ventana, como si tratara de buscar en ella la respuesta. El Houtgracht, que cortaba a la mitad el barrio portugués de Ámsterdam, con las bellas fachadas de las casas alineadas a lo largo de los dos márgenes del canal, estaba en ese momento sin tráfico. Al otro lado del canal se podía ver Antwerpen, el nombre con el que todos conocían al edificio que durante años había albergado la sinagoga de Bet Jacob, la vieja congregación frecuentada por los Spinoza y que durante tanto tiempo había estado liderada por el prestigioso *jajam*, Saul Levi Morteira. Bet Jacob se había fundido dos años antes con otras dos congregaciones y ahora se reunían en una

única sinagoga, situada a algunos centenares de metros de distancia y liderada por el mismo *jajam* Morteira, ahora como rabino jefe de toda la comunidad. Fue allí donde había sucedido la dramática anulación del *herem* a Uriel da Costa.

—Uriel nació católico y durante algún tiempo incluso fue tesorero de la Iglesia —contó—. Su padre también era católico, pero su madre era conversa, gracias a Dios.

Su hijo hizo una mueca.

—¿Doña Sara... conversaba?

La pregunta le sacó a Miguel una sonrisa, solo un niño podría confundirse de esa forma.

—Conversa significa que era judía y se convirtió o la convirtieron al catolicismo —explicó—. En las tierras de la idolatría, como Portugal y España, no se puede ser judío, como bien sabéis. Por tanto, a todos nos convirtieron a la fuerza. A la madre de Uriel también. Por eso nos llaman conversos, cristianos nuevos o marranos. Lo que pasa es que doña Sara siguió siendo judía de corazón, ¿lo entiendes? Con la ayuda de Adonai, el Misericordioso, convenció a sus hijos de que regresaran en secreto a la verdadera fe, incluido Uriel. Por miedo a la Inquisición, acabaron todos huyendo y fue aquí, con la gracia de Dios, donde encontraron protección. Tan solo su padre, un aristocrático cristiano de Oporto, se quedó adorando a estatuas y santos, a toda esa idolatría pagana que tanto les gusta a los católicos.

—Si el señor Uriel es judío, ¿cómo puede hablar en contra del Talmud?

—Uriel vivió toda su vida entre cristianos y, cuando con ayuda de Dios volvió a la verdadera fe, creía que el judaísmo era solo la Torá con las leyes de Moisés. No sabía que había una serie de reglas establecidas en la ley oral por los sabios y rabinos. Cuando llegó aquí y deparó en ellas, reaccionó mal. Dijo que una cosa era la ley absoluta de Dios y otra las invenciones de los sabios y los rabinos, que eran totalmente ajenas a la ley divina enunciada por Moisés.

Bento frunció el ceño, era la primera vez que escuchaba algo así.

—¿La ley oral del Talmud es una invención?

—Fue lo que él dijo, el blasfemo. La circuncisión, los filacterios, el *taillot*... todo invenciones que no tienen nada que ver con la ley de Dios. Uriel entró en completa herejía, claro está. Lo que yo creo es que se desilusionó con las prácticas que encontró aquí, en Ámsterdam. Llamó a nuestra comunidad secta liderada por fariseos y otros disparates que ni te imaginas. Incluso escribió una basura de libro maldito titulado *Propuestas en contra de la Tradición*. Le pareció mal a todo el mundo y menos mal que así fue. Nadie estaba dispuesto a

soportar todas esas blasfemias ofensivas contra Dios.

—¿Por eso le aplicaron el *herem*?

—Por eso… y por cosas peores.

Su padre se calló, como si lo demás fuera tan terrible que ni siquiera podía pronunciarlo.

II

El súbito silencio de su padre intrigó a Bento aún más. ¿Habían excomulgado a Uriel da Costa porque había afirmado que las prácticas inscritas en el Talmud no tenían nada que ver con la ley de Dios y no eran más que invenciones de sabios y rabinos? ¿Y Uriel había dicho cosas aún más graves? ¿Qué podía ser más grave que lo que acababa de oír?

—¿Qué es peor que decir que el Talmud es una invención?

Miguel miró a su hijo con detenimiento. Sabía que no era una conversación adecuada para un chiquillo de ocho años. Pero también sabía que Bento solo era pequeño de cuerpo y edad. Como se decía en su infancia en Vidigueira, el chico tenía la cabeza bien amueblada y a él no le daban gato por liebre. Era listo. Tenía ocho años, cierto, pero a veces parecía más adulto que muchas personas mayores.

Sí, ¿por qué no contarle el resto? A fin de cuentas, interesado como estaba, si no le explicaba las cosas, se pondría a hacer preguntas inoportunas a todo el mundo y eso podría resultar aún más inconveniente. Además, lo que escuchara de la boca de otros no lo podía controlar, sobre todo las herejías que llevaron a aplicar el *herem* a Uriel da Costa. Si las tenía que escuchar, al menos que se las contara su padre, que velaba por la educación del buen *yehud*.

—Afirmó que el alma no es inmortal.

Lo dijo en voz baja, como si tuviera miedo de que la herejía de esas palabras impías también lo manchara a él. Su hijo abrió la boca, estupefacto.

—¿El señor Uriel dijo eso?

Consciente de la gravedad de la afirmación, Miguel dijo que sí con la cabeza.

—Ese lunático parecía que andaba con la mosca detrás de la oreja, pobre. Empezó a proclamar a los cuatro vientos que el alma se engendra en el cuerpo, que no la crea Dios de forma separada para colocarla después dentro de nosotros y que, por eso, no sobrevive a la muerte. ¡Un sacrilegio horroroso! Y no queda ahí la cosa, el blasfemo prosiguió. Dijo que no hay vida después de la muerte, que no hay castigo eterno para los pecadores, que para los justos no hay Olam Habá, el mundo después de la muerte... ¡que no hay nada! Por si esas herejías infames no bastaran, el loco llegó incluso a decir que la Ley de Moisés al final no viene de Dios, sino de los hombres, ya que contradice las leyes naturales. —Soltó un bufido—. En fin, una blasfemia completa sin pies ni cabeza.

Todo eso era una novedad para el pequeño Bento. Nunca había oído hablar nada de eso en la sinagoga, mucho menos en el colegio, ni siquiera en las conversaciones que a menudo mantenían los adultos. ¿El alma nacía y moría con el cuerpo? ¿Los hombres inventaron la ley divina? ¿Al final no existe el Olam Habá donde Dios recibe a los justos tras la muerte? ¿Qué era todo eso? Le parecía tan sorprendente que, durante unos instantes no supo ni qué decir ni qué pensar. Se llevó a la boca un gajo de naranja para ganar tiempo, a la vez que intentaba ordenar el torbellino de pensamientos que en esos momentos le alteraban el espíritu.

Le asaltó una duda.

—Si él cree todo eso, ¿por qué fue el otro día a la *esnoga* a pedir perdón?

Su padre hizo un gesto indefinido con la mano.

—Un *herem* es algo duro de enfrentar, Bentito —explicó Miguel—. Cuando te excomulgan, nadie más en la *Nação* te habla. Nadie. Ni siquiera tu familia, ¿lo entiendes? Simplemente dejas de pertenecer a la comunidad. Es como si no existieras. Has ofendido a Elohim, el Dios infinito, y por eso, quedas prohibido.

—¿Su familia le retiró la palabra?

—Sus hermanos cortaron relaciones con él, siguiendo la voluntad del Señor. Uno de ellos, Abraham da Costa, incluso estuvo conmigo en el *ma'amad* de la congregación Bet Jacob. Un judío como Dios manda, que respeta a Dios, creyente, cumplidor, justo. No tiene nada que ver con el blasfemo de Uriel, ese miserable que tanto ha ofendido a Dios bendito.

—¿Y su madre?

Estaba claro que a ese niño no se le escapaba nada. No cabía duda de que el chico tenía la cabeza bien amueblada.

—Doña Sara fue la única que siguió acogiéndole. Pobre mujer. Lo cierto es que también tendrían que haberla excomulgado por ello, ya que el *herem* prohíbe a cualquier judío, incluidos los familiares, hablar con el excomulgado; pero los rabinos hicieron la vista gorda, se inspiraron en la misericordia de Amonai y le ahorraron a la desgraciada más sufrimientos. Pero ese aislamiento desesperó a Uriel, como se suponía. Fueron años y años sin que nadie le hablara, excepto su madre. Después de todo este tiempo, no aguantó más y, claramente inspirado por la gracia de Dios, decidió finalmente someterse a la verdad eterna y pidió perdón a la *Nação*. Fue lo que viste el otro día en la *esnoga*.

La escena en la sinagoga volvió a aflorar en la mente del pequeño Bento. La entrada tensa de Uriel en el santuario, los ojos curiosos de

los *yehudim* que lo miraban, la declaración de arrepentimiento que leyó en la *bimah*, la flagelación junto a la columna, la revocación del *herem* por parte del rabino Morteira, los pisotones humillantes en los peldaños de la salida. Ahora todo estaba claro.

—Padre, ¿me da permiso?

Lo preguntó Miriam, la mayor de los hermanos. El jefe de familia asintió con un gesto displicente y la niña se puso de pie, apiló los platos de sus hermanos y se los llevó a la cocina para lavarlos. Los ojos de Miguel acompañaron a su hija, pensativo. Tenía cinco hijos, aún eran demasiado pequeños y él solo no iba a ser capaz de educarlos. No cabía duda, necesitaba ayuda.

—Mañana voy a Dotar.

Dotar era el nombre con el que se conocía a la Santa Compañía de Dotar Órganos y Doncellas Pobres. Era una institución creada en 1615 por los judíos portugueses en Ámsterdam para ayudar a chicas pobres «de la nación portuguesa y castellana», normalmente judías ibéricas, para que vinieran a la gran ciudad holandesa a casarse con un judío portugués o español. La verdad es que en la comunidad de Ámsterdam faltaban mujeres, porque a la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos lo que más llegaban eran hombres que huían de la Inquisición o en busca de oportunidades de negocio. Había que encontrarles esposa. Como estaba totalmente fuera de lugar que los judíos de Ámsterdam se casaran con las neerlandesas, lo que violaba tanto las leyes judaicas como la propia ley de las Provincias Unidas, así como las condiciones impuestas por los neerlandeses para aceptar a los judíos en su tierra, la única forma de resolver el problema era importar judías casaderas. Ni hablar de judías *tudescas*, procedentes de esas comunidades de judíos de las tierras alemanas o de Polonia, pobretonas que no tenían donde caerse muertas, tampoco tenían *yuchasim*, el indispensable *pedigree* ibérico. Por eso, solo las de origen portugués o español eran las adecuadas. Los hombres de la *Nação* solo se casaban con mujeres de la *Nação*.

Bento no pasó por alto la noticia.

—Padre, ¿va a volver a la gestión de Dotar?

Hacía años, Miguel había pertenecido a la dirección que dirigía la Santa Compañía de Dotar, lo que justificaba la pregunta.

—Voy a... bueno, a tratar unos asuntos.

La forma evasiva como había respondido el jefe de familia dejó claro que no tenía intenciones de explicar los motivos de la visita, por lo que el más listo de sus hijos no siguió haciendo preguntas sobre ese tema; estaba claro que, más preocupado con la gestión de Dotar, lo que le interesaba realmente era gestionar una nueva esposa. Bento se

dispuso a pedir permiso para levantarse e ir a ayudar a su hermana a lavar los platos, pero en ese instante se escucharon gritos procedentes de la calle.

—¡Es la fiesta! —exclamó Miguel, al tiempo que recuperaba el entusiasmo por la noticia que esa misma mañana había llegado de Lisboa—. ¡Todo el mundo celebra Portugal!

Miguel y sus hijos salieron de sus lugares y fueron a ver qué pasaba. Vivían en una calle conocida como Burgwal, desde la puerta de la entrada vieron a un grupo de portugueses junto al canal. Lo raro es que no parecían estar celebrando nada. Al observar mejor a la multitud, se dieron cuenta de que agarraban a una anciana que parecía querer lanzarse al Houtgracht. Miriam, la hermana mayor, fue la primera en reconocerla.

—¿Aquella señora no es doña Sara?

Su padre y hermanos comprobaron que se trataba de Sara da Costa, la conversa que décadas antes había abandonado a su marido católico para huir con sus hijos, incluido el blasfemo Uriel, para vivir con ellos como judía en Ámsterdam.

Miguel salió de casa con todos sus hijos detrás y se dirigió hacia el grupo de portugueses. La anciana se debatía en medio de ellos.

—¡Dejadme! —gritaba ella, fuera de sí— ¡Dejadme! ¿Quién os creéis que sois, ignorantes, para hacer lo que habéis hecho? ¡Vosotros, que tanto os persiguieron y ahora os habéis convertido en perseguidores! Huimos de la maldita Inquisición en la tierra de la idolatría y al final hemos creado una nueva Inquisición, ¡la Inquisición de la *Nação*! Dejadme, ¿me habéis oído? Sois unos impíos, unos brutos, unos... unos...

La mujer parecía poseída y, en medio de un sinfín de insultos, con el rostro en lágrimas, intentaba soltarse a toda costa de los brazos que la agarraban y le impedían lanzarse al agua. Miguel preguntó a uno de los mirones que había en el grupo.

—¿Qué ha pasado?

—Buenas tardes, señor Spinoza —le saludó el hombre—. Es doña Sara. Quiere tirarse al río.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué?

—Por lo que le ha pasado a su hijo, claro.

Miguel pestañeó. La ceremonia de revocación del *herem* había sido dura, sin duda. En realidad, había sido una terrible humillación para Uriel. Pero le parecía que el momento para reaccionar así ya había pasado; además, justo ahora los portugueses de Ámsterdam deberían estar celebrando la liberación de su vieja patria del yugo español.

—Amigo, eso pasó hace días —señaló—. Hoy tenemos que cantar y bailar por *nuestro* Portugal.

El mirón observó a su interlocutor, como si lo que acababa de decir no tuviera ningún sentido.

—Esto no es por culpa de la ceremonia del otro día en la *esnoga*, señor Spinoza.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué pasa?

La mirada del hombre se desvió momentáneamente hacia Sara da Costa, que todavía se debatía con furia y desesperación en los brazos de los hombres que la impedían tirarse al Houtgracht. Parecía perdida, con el pelo alborotado, los ojos enloquecidos, los mocos escurriéndole por la nariz, la voz ronca de tantos gritos y ese semblante demente estampado en un rostro que parecía retorcerse de dolor.

—Uriel se ha matado.

III

Las páginas amarillentas del viejo ejemplar del Jumash, la versión impresa de la Torá con los cinco libros de Moisés, exhalaba un aroma dulzón que hacía las delicias de Bento. Mientras lo hojeaba, se llevaba la punta de los dedos a la nariz para sentir el perfume cálido de las hojas gastadas por el tiempo. Desde bien pequeño había empezado a leer para buscar en el libro las respuestas a todos los misterios que lo atormentaban. El espeso volumen con letras impresas en hebreo, que para él era la lengua de los Cielos, le causaba una profunda impresión y respeto.

Tragó en seco. Elohim, Dios infinito, le hablaba directamente en ese libro y a través de esa lengua. «Entonces, el Señor pronunció estas palabras», estaba escrito en el Éxodo. «Yo soy el Señor tu Dios». El Creador, que daba vida y sentenciaba la muerte. Todo lo que tenía que saber estaba escrito ahí. Todas las respuestas, todos los secretos, todos los misterios. La crónica del pasado y la profecía del futuro. El oráculo del universo. Todo. Al menos eso era lo que el tiempo le había dado a entender en su casa, en la sinagoga, en la escuela; ayer, en la clase del profesor Mordechai de Castro; hoy, con el profesor José de Faro; mañana, quién sabe, con el propio *jajam* Morteira.

La escuela Talmud Tora, la principal institución de enseñanza de la comunidad portuguesa en Ámsterdam, a cuyas clases Bento iba desde el año pasado, estaba situada frente al Houtgracht y era la joya de la *Nação*. Los rabinos *tudescos* que la visitaban se quedaban pasmados al ver a los niños recitando la Torá, dominando la gramática y componiendo versos en hebreo con una sorprendente destreza. Un prodigio así no se veía en ningún lado en el mundo judaico, a no ser entre los *yehudim* portugueses, los hijos de Israel más prodigiosos.

Desde la ventana en la que se sentaba el niño escuchimizado y pálido, se veía su casa al otro lado del canal; al fondo, se erigían las torres de las iglesias como si quisieran atravesar el cielo brumoso, pero en ese momento, el paisaje urbano no le interesaba lo más mínimo. Su atención estaba exclusivamente dedicada al Jumash, la Torá impresa que tenía entre sus manos. Hojeó el libro sagrado del Pentateuco con delicadeza infinita, no quería estropearlo, ni siquiera la esquina de una página. Por fin, localizó el versículo del Deuteronomio que ya le había llamado la atención. Posó sus ojos en las palabras escritas en hebreo y, aunque ya era capaz de entenderlas, le seguían pareciendo algo muy misterioso.

Vayich´tov Moshe et haTorah hazot vayit´na el haCohanim b´nei levi

hanos´yim et aron b´rit HaShem v´el kol zik´nei Yisrael.

Tradujo mentalmente a su portugués materno:

«Moisés escribió esta ley y se la confió a los sacerdotes, descendientes de Levi, encargados de transportar el arca de la alianza del Señor y a todos los ancianos de Israel».

Suspendió la lectura y se apartó de la frente un mechón de pelo castaño oscuro, tan oscuro que algunos lo consideraban negro. La muerte de Uriel da Costa, junto con la ceremonia de anulación del *herem* en la sinagoga y las explicaciones que su padre le había dado sobre las blasfemias que llevaron a aquel desgraciado, primero a la excomunión y después a acabar con su propia vida, le habían dejado una marca indeleble en el espíritu. Lo que le había impresionado no era solo la humillación de la ceremonia y el horror del posterior suicidio. Lo que más le impresionó fueron las extrañas ideas que condujeron a toda aquella tragedia.

Las ideas.

Lo que le intrigaba profundamente eran las ideas de Uriel. Bento buscaba respuestas a todas esas preguntas. ¿La ley oral era una invención de los hombres? ¿Moisés no había escrito la Torá? No podía ser. Era falso. Tenía que ser falso. Estaba claro que la ley oral tenía inspiración divina, estaba claro que el alma era inmortal, estaba claro que Moisés había escrito la Torá. Todos lo decían, todos lo sabían, nadie dudaba. Excepto Uriel. Se había equivocado, como era lógico. No podía tener razón. Se había vuelto loco, seguramente. Loco de remate. Nada de lo que defendía tenía ningún sentido. Nada de nada.

Y, aun así...

El problema le inquietaba antes incluso de que sucediera lo que sucedió con Uriel da Costa. A Bento no se le iba de la cabeza la imagen de su madre, tumbada en la cama de cortinas rojas durante meses y meses, la pobre siempre tosiendo, siempre enferma, siempre sufriendo. Tantas veces había rezado por ella. Tantas y tantas. Dios, sálvala. Señor, ten piedad. Adonai, devuélvele la salud. Acaba con su tos, devuélvele la sonrisa. Por favor, por favor. Que vuelva a nosotros. A mí. ¿Acaso no era Elohin el Misericordioso? ¿Dios no era bueno? Seguramente escucharía sus plegarias y vendría a socorrer a su madre, a su querida madre que tanto amaba. Claro que HaShem la curaría. No podía dudarlo. Un día se despertaría y, ¡milagro!, vendría a abrazarlo, curada, libre, alegre y...

No fue eso lo que pasó. Su madre tosió y tosió hasta morirse, tosiendo en ese cuarto del bajo de su casa, en esa cama de cortinas rojas de donde finalmente salió en silencio, en un ataúd blanco, en dirección a un barco. Él acompañó el cortejo por los canales de

Ámsterdam hasta el cementerio de Bet Haim, el lugar en Ouderkerk donde la *Nação* enterraba a los suyos. Finalmente, entendió cuando vio que el ataúd se perdía en la tierra, con su madre dentro, que ya no tosía, que la había perdido para siempre. Él, sus hermanos y su padre la habían perdido para toda la eternidad. ¿Cómo era posible que un buen Dios aceptara un mal tan gigantesco, que un Dios misericordioso no mostrara la menor misericordia con un alma tan bondadosa y delicada?

Sí, esa fue la semilla de la duda plantada en su mente. La había mantenido enterrada durante esos tres largos años, reprimida por todo lo que su padre le había dicho sobre la verdadera fe y por todo lo que había escuchado en la sinagoga y en la escuela. Pero lo que el año pasado había sucedido con Uriel, sobre todo las razones que habían conducido a ese acontecimiento le devolvieron aquella duda insidiosa que imperceptiblemente le corroía por dentro. Si Dios era bueno y misericordioso, ¿por qué había permitido que su madre se muriera en esa cama de cortinas rojas? ¿Dónde estaba la misericordia que debería haber impedido una cosa tan terrible para ella, para él, para sus hermanos y su padre? ¿Dónde estaba su bondad cuando permitía tanto sufrimiento a una de Sus criaturas más bellas? ¿Dios era bueno? ¿Adonai era misericordioso? ¿Lo sería de verdad? O...

—Baruch, pareces inquieto. ¿Qué pasa?

Bento levantó los ojos y miró al profesor José de Faro. Este docente, que en segundo le enseñaba las técnicas básicas para leer el Jumash en hebreo, siempre le llamaba Baruch. Bento era su nombre en casa y en la calle, ya que su padre se empeñaba en recordar que, a pesar de que vivieran en las Provincias Unidas de los Países Bajos, dentro de aquellas paredes todos eran portugueses y siempre lo serían. Aun así, tanto en la sinagoga como en la escuela, su nombre era Baruch. Bento en casa, la palabra portuguesa para *bendito*; Baruch en la escuela, la palabra hebrea también para *bendito*.

Se puso rojo.

—Eh... nada, señor profesor.

El instructor era demasiado perspicaz como para dejarse engañar tan fácilmente.

—Nada, no. Te conozco como la palma de mi mano, Baruch. Tienes mala cara. ¿Es por la boda?

A Bento le sorprendió la pregunta. Gracias a la mediación en Dotar, su padre se había casado hacía poco tiempo con una portuguesa llamada Ester, una huérfana que acababa de llegar de Lisboa con su hermana.

—No, claro que no.

Aunque el portugués era la lengua materna de la generalidad de los miembros de la comunidad de Ámsterdam, en la escuela solo se hablaba castellano, la lengua literaria, y en hebreo, la lengua divina. Pero al profesor José de Faro, compatriota como tantos portugueses de la comunidad, a veces se le olvidaba y hablaba en portugués cuando charlaba informalmente con los alumnos.

—¿Te llevas bien con tu madrastra?

—Sí, señor profesor. Es buena persona.

La sinceridad del chico era obvia. Si no era la reciente boda de su padre lo que le preocupaba, ¿qué sería?

—¿Los negocios de tu padre? ¿Van bien?

—Muy bien, señor profesor. Como sabe, desde que Portugal se independizó de España, las relaciones comerciales con la patria han mejorado. Gracias a ello, el negocio de frutas de mi padre en el Algarve va de viento en popa.

—¿Incluso con las persecuciones que se llevan a cabo allí a los de la *Nação*? Hoy ha llegado la noticia de que en Lisboa han quemado en la hoguera al pobre Isaac Tartas, ese que hace unos años se había ido a Brasil.

La noticia del martirio de Isaac de Castro Tartas había conmovido a la comunidad portuguesa en Ámsterdam. Isaac se había ido unos años antes a Recife, bajo la soberanía neerlandesa, pero después cometió el error de irse a Bahía, donde estaban los portugueses, y acabó a manos de la Inquisición, por lo que le extraditaron a Lisboa. Su triste final en la hoguera fue igual al de tantos otros. Para los *yehudim* en Ámsterdam aquellos martirios no eran algo que se escuchaba en las crónicas antiguas recitadas por los mayores, en los relatos de la Torá, los cinco libros de Moisés, el éxodo de Egipto o las crónicas del Tanaj, la Biblia hebrea más amplia, tampoco en los textos sobre la servidumbre en Babilonia, sino que eran acontecimientos que estaban sucediendo en ese preciso instante y que les atemorizaban a todos, como si Lisboa fuera Babilonia y la Inquisición, su faraón.

—Sí, señor profesor. El negocio ha mejorado, a pesar de las persecuciones.

Por tanto, el problema tampoco eran los negocios de Miguel de Spinoza. Los ojos del profesor José de Faro bajaron hacia el volumen que el alumno consultaba. El problema solo podía estar en esas páginas sagradas.

—¿Es la Torá? ¿Acaso hay algo en el libro sagrado del Pentateuco que te inquiete?

Bento consideró la posibilidad de negarlo, pero la mentira no le corría por las venas y sabía que tampoco iba a conseguir engañar a su

profesor. En realidad, ¿para qué iba a hacerlo? José de Faro era profesor y, a fin de cuentas, un profesor servía para enseñar y para aclarar las dudas de los alumnos.

Afinó la voz y señaló las líneas que acababa de leer.

—Es este versículo, señor profesor.

El instructor estiró el cuello para intentar leer el texto, pero a esa distancia le resultaba imposible.

—¿De cuál me hablas, muchacho?

—Deuteronomio, capítulo treinta y uno, versículo nueve.

De memoria, el profesor no sabía de qué versículo se trataba.

—Léelo.

La atención de Bento se centró en las líneas impresas en el papel amarillento de su ejemplar del Jumash, la versión impresa de la Torá.

Vayich´tov Moshe et haTorah hazot vayit´na el haCohanim b´nei levi hanos´yim et aron b´rit HaShem v´el kol zik´nei Yisrael.

—Ahora, traduce al portugués.

Por lo visto, cualquier conversación con el profesor servía para poner a prueba la comprensión del hebreo bíblico.

—«Moisés escribió esta ley y se la confió a los sacerdotes, descendientes de Levi, encargados de transportar el arca de la alianza del Señor y a todos los ancianos de Israel».

Se calló y levantó los ojos hacia el profesor José de Faro. No parecía impresionado.

—¿Y qué? ¿Qué hay de extraordinario en ese versículo?

El alumno señaló el inicio de la frase que acababa de leer.

—Aquí dice que, «Moisés escribió esta ley», señor profesor.

—Sí, claro, fue Moisés quien escribió la Torá —asintió el docente, como quien hablaba de algo evidente—. Todo el mundo sabe eso. ¿Y qué?

Bento se rascó la nuca, confundido.

—Eh… es justamente eso, señor profesor —titubeó —. Si fue Moisés quien escribió la Torá, ¿cómo se explica que hable de sus actos en tercera persona? Fíjese que este versículo no dice: «Yo escribí esta ley y se la confié a los sacerdotes, descendientes de Levi», como sería de esperar si él fuera el autor del texto. Lo que él dice es: «Moisés escribió esta ley y se la confió a los sacerdotes, descendientes de Levi», como si el autor de este versículo no fuera el propio Moisés, sino otra persona relatando lo que Moisés hizo.

Cuando finalmente entendió la objeción del alumno, el profesor José de Faro soltó una carcajada sonora e incluso se agarró la barriga, tal era la risa. Se rio como hacía mucho no se reía y le llevó un buen rato reponerse.

—Dime algo, Baruch —le dijo, cuando finalmente se recuperó de la risa—. ¿Cuántos años tienes?

Bento se puso más pálido aún. Debía de haber dicho un disparate enorme para que el profesor se riera de él de esa forma.

—Casi diez años, señor profesor.

Respondió casi sin voz, avergonzado, con el cuerpo encogido en la silla.

—¡Casi diez años! —exclamó el profesor José de Faro con incredulidad. Dio una palmada ruidosa en la mesa—. ¡Dios mío, eres el alumno más inteligente que he visto en toda mi vida! ¡Bendito Adonai!

La reacción dejó pasmado a Bento. Esperaba una reprimenda o bien que lo ridiculizara. Nada de eso. El instructor de la Torá en hebreo no parecía mínimamente perturbado con la observación que él acababa de hacer. Al contrario, incluso parecía contento.

—Oh... señor profesor, ¿también se había fijado en ese versículo? —preguntó con voz tímida —. ¿Cómo se explica lo que está escrito aquí, señor profesor?

El profesor José de Faro mantuvo la mirada fija en el alumno. Aquel chico no paraba de sorprenderle.

—Casi diez años, ¿eh? —preguntó, como si hablara para sí mismo —. ¿Dios mío, cómo es posible que un chico de tu edad sea tan perspicaz? ¡Ah, no cabe duda! Dios te ha dado un don, chico. ¡Un gran don! Eres la gloria del Señor y la perla de la *Nação*. ¿Sabes lo que te digo? Un día serás grande en nuestra comunidad. Grande, ¿me oyes? Tú serás el rabino jefe de Ámsterdam. Chico, escucha lo que te digo. Estudia, esfuérzate y llegarás muy lejos. Muy lejos. El mundo entero sabrá de ti. El rey João VI y Portugal entero, que Dios los tenga para siempre en Su gloria, lamentarán el día en que te perdieron por culpa de la maldita Inquisición. ¡Ay, si lo van a lamentar!

Bento no sabía qué decir. Ante el silencio incómodo del pequeño, el instructor hizo un gesto displicente.

—No te preocupes con el capítulo treinta y uno, versículo nueve del Deuteronomio, chico. Cuando seas mayor y te dé clase el *jajam* Morteira, leerás a Maimónides y entenderás la Torá en profundidad. Por ahora, estudia en hebreo como un buen *yehud*. Estudia y aprende, ¿me oyes? Las respuestas vendrán todas a su tiempo, con la ayuda de Elohim.

El alumno asintió con un movimiento de cabeza y volvió a centrar su atención en el Jumash, en donde la Torá estaba impresa. No sin antes tomar nota mental para investigar ese extraño nombre que por primera vez acababa de oír. Maimónides.

IV

Al entrar en el tugurio oscuro en un callejón de Ámsterdam, Bento se encontró a la dueña de la casa sentada junto a una chimenea crepitante, agachada y leyendo en portugués la Torá impresa en su Jumash. Su padre le había avisado de que tuviera cuidado con la vieja, a quien describió como trapacera, diciéndole que la misión que le confiaba era una prueba. El chico desconocía de qué prueba se trataba, pero su intención era superarla.

La anciana sabía que venía, porque Bento había llamado a la puerta momentos antes y ella le había pedido que entrara, pero mantenía los ojos pegados al santo libro como si no hubiera nada más importante que lo que ella misma recitaba en un murmullo. Aunque sintió la presencia del recién llegado, la vieja señora prosiguió su oración y, solo cuando la terminó, se giró hacia él para prestarle la debida atención.

—¡Así que tú eres el hijo del señor Miguel de Spinoza! —exclamó la anciana con una sonrisa que dejó a la vista su boca desdentada, al tiempo que apreciaba al joven de los pies a la cabeza—. Delgaducho, pero un buen chico, sí señor. Cuentas con la bendición de Santa Ester, no hay duda. Seguramente, las chicas no te quitan el ojo, ¿eh? ¿Y tu padre, cómo está?

—Bien, doña Raquel.

—He oído que se ha echado esposa, gracias al cielo. ¿Ella cree en Dios bendito?

—Por supuesto, doña Raquel. Mi madrastra va siempre a la *esnoga*, como debe hacer cualquier buen *yehud*.

—Muy bien, muy bien. Ella ha venido de Lisboa, ¿no? ¿Y habla neerlandés?

Ahora fue el chico quien sonrió.

—Ah, eso no.

La anciana acarició el Jumash que tenía entre las manos como si fuera un tesoro.

—Lo que interesa es que siga la Ley de Moisés y que respete a Elohim y al santo libro, ¿no es cierto? Además, tenemos que preservar nuestra lengua bendita. Nunca nos podemos olvidar de quién somos y de dónde venimos.

La dueña de la casa se calló y se balanceó en la silla, saboreando el calor que exhalaba de la chimenea. Entre ellos se hizo un silencio incómodo. Pero Bento traía una misión y si ella no le abría el camino, se lo abriría él solo. Sacó del bolso una pequeña bolsita de rafia y la

dejó encima de la mesa, al lado de la anciana.

—Doña Raquel, como sabe, me manda mi padre por causa del préstamo que le concedió el año pasado —dijo— Creo que quedaron en que hoy haría la devolución de la última parte. Son diez ducados.

Con un suspiro, la anciana se levantó con dificultad y se fue a una pared de la casa de la que quitó un ladrillo suelto, dejando a la vista el escondite. Del interior, sacó un puñado de monedas que trajo a la mesa. Fue posando una después de la otra, encima de una bandeja.

—Una, dos, tres, cuatro... —contó, hasta que llegó al final—. Diez ducados. Ahí está lo que le debo a tu padre. Envíale también un agradecimiento de mi parte. Que un día tú también puedas ser tan honesto como él, que nunca ha renegado de la Ley de Moisés. El cielo te bendecirá si sigues su ejemplo.

Mientras hablaba, iba metiendo las monedas en la bolsa de rafia. Con la bolsa ya llena, se la extendió al visitante. Pero Bento no la cogió.

—Si no le importa, doña Raquel, quiero contarlo yo.

La objeción escandalizó a la vieja.

—Chico, ¿qué insinúas? ¿No has visto que he metido todas las monedas en la bolsa?

—Sí, pero aun así, si no es inconveniente me gustaría contarlas.

El rostro arrugado de la dueña de la casa se puso rojo de indignación.

—¿Sugieres que intento engañarte? ¡Ah, nunca me he sentido tan ultrajada en toda mi vida! ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —Señaló con el dedo hacia el visitante —. ¡Ten cuidado, chico! Ten cuidado y no te aproveches de los débiles, ¿me oyes? Respeta a esta vieja que cree en Dios e implora el perdón de Elohim por el pecado que acabas de cometer. Soy pobre, pero honrada. A los pobres los bendice Dios, los pobres no tienen más arma que su bondad.

Pero Bento no se dejó intimidar. Cogió la bolsa de rafia y vació encima de la mesa las monedas que la anciana acababa de colocar dentro. Las contó, delante suyo.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ocho. —No había más monedas —. ¿Dónde están los otros dos ducados?

Con una expresión de sorpresa, la mujer levantó los brazos para clamar al cielo, en un gesto teatral.

—¡Válgame Dios, esto parece magia! ¡Que Santa Ester me asista! ¿Dónde están los dos ducados que acabo de meter ahí dentro?

El chico estudió la mesa y se dio cuenta de que había una ranura escondida en un rincón. Estudió la ranura y vio que conducía a un cajón oculto por debajo.

—Abra ese cajón, por favor.

Desconcertada, la señora cambió de táctica.

—Me he equivocado, me he equivocado. ¿Acaso ya no se puede una equivocar?

Al ver que no iba a abrir el cajón, él mismo se inclinó sobre la mesa y tiró de él. El cajón se movió y en su interior estaban los dos ducados en falta. Bento los cogió, sin decir una palabra más los metió en la bolsa de rafia y salió de la casa.

Qué hipócrita era la vieja, pensó mientras recorría las callejuelas de Ámsterdam en dirección a Houtgracht y a la escuela. Trapacera, trapacera. Tocó la bolsa de rafia para asegurarse de que estaban todas las monedas. Movió la cabeza. Doña Raquel se portaba como una creyente piadosa. Bento sabía que leía la Torá, rezaba a todas horas y nunca faltaba a una ceremonia de la sinagoga. Quien la viera, diría que era una judía inmaculada. Pero al final, no era más que apariencias. Por detrás de los gestos infinitamente píos, se escondía una naturaleza mucho más impía. Eso le dejaba perplejo. El día del juicio final, ¿dónde la sentaría Dios? ¿A su derecha, por respetar los procedimientos y el Talmud? ¿O a su izquierda, por incumplir la Ley de Moisés y la Torá? ¿Doña Raquel sería merecedora del Olam Habá?

La duda le llevaba a todo lo que había descubierto sobre las blasfemias de Uriel da Costa. ¿Acaso ese desgraciado no había denunciado los actos ceremoniosos del Talmud y había dicho que la verdadera ley era la que estaba en el santo libro? A ver si al final el pobre Uriel iba a tener razón. ¿Quién era el verdadero judío, el que respetaba el *sabbat* pero robaba a los otros o el que ignoraba el *sabbat* y respetaba a los demás?

Años antes, cuando por primera vez habló al profesor José de Faro de la primera incongruencia que encontró en la Torá, él lo remitió a Maimónides. Bento fue a la biblioteca de Talmud Tora y empezó a leer todo sobre el viejo sabio medieval de Córdoba, incluido su famoso *Moreh Nevuchim*. También encontró la versión en castellano titulada, *Guía de los Perplejos*, pero prefirió el original en hebreo. No se podía decir que ese libro respondiera a todas sus dudas. En realidad, lo que sucedió fue lo contrario, su lectura le dejó aún más perplejo.

Aligeró el paso.

Las clases en la escuela Talmud Tora habían empezado a las ocho de la mañana, como sucedía todos los días excepto el *sabbat*, pero su padre había conseguido la víspera una autorización especial para poder faltar a primera hora, para así poder ir a cobrar la deuda de doña Raquel. Esa era la clase con el profesor Jacob Gomes, que conducía a los alumnos en la lectura de la Torá hasta el último

versículo; también les enseñaba a cantar en hebreo y a traducir partes a castellano.

Escuchó las campanas de las iglesias de Ámsterdam dando las nueve y empezó a correr. Tenía que llegar a la escuela a tiempo de la clase del profesor Gomes, que era la segunda. Entró jadeando en el edificio y, cuando se dirigía a la sala, un bulto le cortó el paso.

—A buenas horas llegas.

Palideció de pavor y contuvo la respiración. No era para menos. Delante de él estaba el *jajam* Saul Levi Morteira, el hombre que había dictado el terrible castigo a Uriel da Costa.

V

En el momento en que vio al poderoso rabino jefe de la *Nação* atravesado delante de él, a Bento le entraron ganas de darse media vuelta y correr como nunca. Tan solo el miedo y el sentido del deber le paralizaron. Las vastas barbas grises, la nariz larga y quebrada del *jajam* Morteira le parecían desafiantes, pero lo que verdaderamente le atemorizaba era el papel que había desempeñado en el aterrador castigo a Uriel da Costa.

—¿Chico, te ha comido la lengua el gato?

Se lo preguntó en tono cordial, pero Bento temblaba como si delante de él tuviera al mismísimo Malakh HaMavet, el ángel de la muerte. El corazón se le iba a salir del pecho.

—Fui... fui a hacer un recado de mi padre, *jajam* —dijo intimidado, en voz baja—. El profesor Gomes ya estaba avisado y...

Vio al pequeño que temblaba de pánico y el rabino jefe se dio cuenta del temor que le provocaba, por lo que posó su mano en el hombro y sonrió de forma amistosa, para tranquilizarle.

—Lo sé, lo sé —asintió bondadoso y tiró de él para que lo acompañara—. Vamos, Baruch. He hablado con el profesor Gomes y la clase de hoy se limita a ejercicios de canto. Como ya te has perdido el principio, si entras ahora vas a molestar. Mejor será que te dé yo una clase de substitución.

No era lo que Bento quería, ni mucho menos, pero no podía negarse; no se desobedecía a un rabino, mucho menos al rabino jefe de la *Nação*. Además, el *derekh eretz*, el respeto por los padres y por los profesores, era una virtud que se imbuía a todos los judíos desde muy pequeños.

—Sí, *jajam*.

Caminaron por los pasillos de la Talmud Tora en dirección al despacho de Saul Levi Morteira. El *jajam* seguía siendo afable y, mientras caminaban, el alumno se iba tranquilizando.

—Me han dicho que has estado en la biblioteca leyendo a Maimónides —dijo el *jajam* Morteira, en tono amable—. Debo decir que me ha sorprendido, considerando que aún eres pequeño. Baruch, no sé si lo sabes, pero Maimónides, aunque es un filósofo innovador y controvertido, es el más racional de todos los sabios judíos, una de mis referencias. Tal vez, con mis humildes conocimientos te pueda ayudar con tus dudas, quién sabe.

No había nada que Bento no deseara más que aclarar las dudas que las lecturas en la biblioteca le habían suscitado y allí surgía una

oportunidad inesperada. El *jajam* Morteira era el mayor teólogo de la comunidad y todos sabían que se trataba de un entendido en Maimónides. Quizá lo que le había empezado pareciendo un asunto del demonio, al final iba a ser un momento de mucha suerte...

El despacho del profesor estaba repleto de libros y documentos, prueba de que ese espacio pertenecía a un hombre de gran cultura y saber. La única pieza de decoración era una pequeña góndola veneciana colocada en lo alto de una estantería. La presencia de esta miniatura tenía una explicación. Al contrario de la mayoría de los miembros de la *Nação*, el ocupante del despacho no era un judío de Portugal o España, sino de la península itálica. Todos en Ámsterdam le llamaban Morteira, pero eso era debido a que habían lusificado su nombre, Mortera. Nada que molestase al rabino jefe, que se había adaptado de tal forma a la comunidad portuguesa que ya hablaba portugués y castellano fluidamente, aunque sin perder el bonito acento veneciano.

El *jajam* señaló dos sillas junto a la ventana.

—Venga, dime —empezó diciendo, cuando se sentaron—. ¿Qué es lo que más te ha interesado de *Moreh Nevuchim*?

El pequeño tardó un poco en responder. Aunque hubiera leído la *Guía de los Perplejos* dos veces y conocía la obra de Maimónides de principio a fin, todavía se sentía nervioso y atemorizado por el rabino jefe.

—El primado de la lógica —fue lo que al final respondió, con un susurro casi inaudible—. Las... las personas imaginan que HaShem es... bueno... que tiene características físicas, como ojos y oído, por ejemplo... o que tiene ciertos humores similares a los nuestros, como la furia o la sorpresa. Pero no podemos pensar en Él en términos humanos, ya que Dios es inmaterial, lo que significa que no tiene un cuerpo físico. —A medida que hablaba, se iba concentrando en el contenido y eso le iba dando más confianza—. Por otro lado, Maimónides explicó que el uso de la lógica implica que la Torá puede leerse de forma literal siempre y cuando no la contradiga. Si el texto sagrado dice algo que contradice la verdad demostrable, entonces tenemos que rechazar la lectura literal y sustituirla por una lectura figurativa o metafórica. Por ejemplo, si la Torá dice que Dios nos tiene en el punto de mira, eso no significa literalmente que Dios pueda mirar, es decir, que tenga ojos, no es más que una forma metafórica de decir que Dios es consciente de todo. Es decir, ya que la Torá siempre dice la verdad y las verdades científicas también son verdaderas, cualquier contradicción entre ellas es aparente y se resuelve con una interpretación metafórica del texto sagrado.

Las expresiones usadas por Bento como «primado de la lógica» y «lectura figurativa o metafórica», así como la forma como había conseguido captar a la perfección las principales lecciones de Maimónides, impresionaron al *jajam* Morteira. Si no lo hubiera oído con sus propios oídos, no se lo habría creído. Escuchar eso de un alumno tan pequeño le parecía un prodigio sin igual. Quien le había alertado tenía razón. Ese chico tenía algo muy especial.

—Muy bien observado —aprobó el rabino jefe—. Maimónides es el más moderno de los filósofos, hizo un esfuerzo que muchos rabinos contestan, pero que yo aplaudo, para conciliar nuestra fe con el conocimiento científico. Él vino a decir que Dios, bendito sea Su nombre, creó el mundo con un cierto orden y que hay que leer la Torá en armonía con ese orden, no en su contra. La gran lección de la *Guía de los Perplejos* es que tenemos que interpretar la realidad y la Torá según los métodos de la razón. La razón es la que nos abre las puertas a Dios, bendito sea Su nombre.

El tono y las palabras de aprobación del *jajam* Morteira animaron y, sobre todo, tranquilizaron al chico. La figura aterradora que había visto castigando a Uriel, al final tenía otro lado.

—Es lo que he aprendido —dijo el pequeño, más seguro. Hizo una mueca—. Pero... hay partes del libro que no he entendido bien.

—A lo mejor te puedo ayudar.

Bento respiró hondo y le echó valor para presentar las dudas que le empañaban el espíritu.

—Los profetas, por ejemplo —acabó diciendo—. Maimónides escribió que una persona, para ser profeta, tiene que estar en buena condición física; ya que un cuerpo enfermo afecta a la mente, dijo él. Para que la mente funcione bien, el cuerpo tiene que estar bien.

—Es cierto.

El alumno dudó. ¿Acaso debía decir lo que pensaba que estaba implícito en ese postulado de la *Guía de los Perplejos*? Pero si no lo hacía, ¿entonces qué estaba haciendo verdaderamente allí?

—Una cosa es el cuerpo y otra el alma —recordó—. El cuerpo es mortal, el alma inmortal. Esa es la ley divina, según nos enseñan aquí en la escuela y según se recita en la *esnoga* todos los *sabbat*. El problema es que, si Maimónides tiene razón y la mente solo funciona bien cuando el cuerpo está bien, eso quiere decir que la mente forma parte del cuerpo. Entonces, no son cosas separadas. Son lo mismo, pero de forma diferente.

El rabino se estremeció, le había pillado por sorpresa. No esperaba una observación crítica tan brutalmente incisiva de un chico de esa edad.

—Bueno... eh... quiero decir... una mente sana requiere siempre un cuerpo sano, es cierto, pero eso no impide que se trate de cosas diferentes, ¿no?

En realidad, la respuesta no respondía a la objeción que acababa de hacer, solo la esquivaba. Bento aún consideró la posibilidad de insistir, quería de verdad saber cómo resolver esa paradoja, pero creyó que sería más prudente no proseguir por ese camino, ya que le podría conducir a terrenos demasiado pantanosos.

—Tiene razón, *jajam* —concedió—. Otra cosa que me pareció interesante en Maimónides fue la idea de que Dios es pura actividad intelectual y que la unión con el intelecto divino constituye el más elevado designio del ser humano. Eso implica que la mente de los hombres tiene la posibilidad de acceder al conocimiento divino, en concreto a través de los profetas, pero solo cuando tiene un cuerpo y una mente sana, los dos juntos, con un comportamiento moral intachable y un intelecto superior, eso es lo que convierte a una persona en un profeta. Son esas las condiciones necesarias para que alguien se convierta en receptor de la corriente intelectual que emana de Dios, el intelecto supremo del universo.

—Eso mismo —confirmó el *jajam*—. Solo con esos requisitos, el profeta puede acceder al intelecto de HaShem, bendito sea Su nombre, y tener visiones divinas para después revelarlas a los *yehudim*. Eso significa que los profetas usan la razón para captar las verdades fundamentales del mundo y la imaginación para comunicarlas a las personas de forma simple, para que puedan entenderlas, recurriendo, por ejemplo, a las parábolas. Fue eso lo que Maimónides explica en la *Guía de los Perplejos*.

—Por eso, las profecías de los profetas son verdaderas.

—Así es.

Se envalentonó. Bento estiró la mano hacia la estantería más próxima y cogió un Tanaj con la Biblia hebrea impresa en portugués. La posó en su regazo y empezó a hojear el contenido hasta que localizó el párrafo que buscaba.

—Hay una profecía de Jeremías, capítulo treinta y cuatro, versículos cuatro y cinco, que me inquieta—. Señaló los versículos impresos en el libro abierto delante de él—. Jeremías dijo: «Escucha, Sedecías, rey de Judah, la palabra del señor. Esto es lo que Él dice sobre ti: No morirás en la espada, morirás en paz». —Avanzó algunas páginas—. El problema surge cuando en el capítulo cincuenta y dos, versículos diez y once, descubrimos que el rey de Babilonia mandó degollar a los hijos de Sedecías y arrancar los ojos a Sedecías. —Miró al rabino jefe con una expresión penetrante—. ¿Ver cómo degüellan a

sus hijos y que le arranquen los ojos es morir en paz?

El *jajam* Morteira se movió en su silla, incómodo.

—Eh… bueno…

—La profecía de Jeremías al final estaba equivocada, *jajam*. Sedecías no murió en paz.

El rabino jefe se mordió el labio inferior. ¿Cómo era posible que un chaval como él fuera capaz de diseccionar la Torá con todo ese espíritu crítico y discutir detalles tan discretos, pero a la vez tan relevantes y embarazosos? Nunca antes había visto a un alumno así, mucho menos con esa edad, ni podría creer que fuera posible si no estuviera oyendo lo que oía en ese momento.

—Le arrancaron los ojos, pero después no murió en la espada exactamente como se había profetizado —justificó—. Las profecías son todas coherentes y verdaderas. Los profetas reciben la inspiración divina y con su boca exprimen las verdades del mundo, ¿lo entiendes?

Ante esta nueva respuesta evasiva, Bento hizo un gesto de asentimiento con convicción, nunca se olvidaba que estaba pisando terreno peligroso.

—Claro, *jajam*. Todo está claro ahora.

Más tranquilo con la docilidad del alumno, el *jajam* Morteira lo miró pensativamente, mientras se atusaba la barba.

—Ya me habían hablado de ti, Baruch, pero debo admitir que eres más listo aún de lo que pensaba —murmuró, y parecía que hablaba más consigo mismo que con el chico. Al momento, se estremeció y se puso tieso, como si regresara de una lejana deambulación mental—. Chico, dime una cosa, ¿hay algo más que no hayas entendido en la *Guía de los Perplejos*?»

—Los milagros.

Respondió con prontitud y, al escucharle, el rabino jefe se preparó para lo que se avecinaba.

—Ah, claro, los milagros —dijo claramente incómodo con el tema —. ¿Qué no has entendido?

—Maimónides señaló que los milagros implican una alteración de las leyes de la naturaleza, leyes que Dios, Él mismo, determinó. ¿Por qué razón Adonai, Nuestro Señor, creó leyes que Él mismo iba a violar?

—Si has leído bien la *Guía de los Perplejos*, el propio Maimónides da la solución a ese problema —señaló el rabino jefe—. Él dijo, y con mucha razón, que los milagros se implantaron en la naturaleza ya en el momento de la Creación, cuando HaShem, bendito sea Su nombre, concibió el mundo y sus leyes. Por ejemplo, Dios, bendito sea Su nombre, determinó en la Creación que la naturaleza del agua es la de

fluir constantemente de arriba abajo, excepto en el momento de la huida de los judíos de Egipto por el mar Rojo. Ahora, si los milagros están inscritos en las leyes de la naturaleza, entonces los milagros son naturales. Como consecuencia, el Señor, bendito sea Su nombre, no ha violado ninguna ley natural que Él mismo haya concebido.

—Muy bien observado, *jajam* —asintió Bento, agradecido por haberle iluminado—. El problema es que Maimónides no incluye los milagros en los trece principios esenciales de la fe judaica...

Teológicamente, el tema de los milagros era muy sensible, como bien sabía el *jajam* Morteira. ¿Dios podía o no alterar las leyes de la naturaleza? En la Torá estaba implícito que sí, lo que provocaba perplejidades en la interpretación racional del mundo. Si Dios alteraba las leyes naturales, eso probaba que la Creación era imperfecta. Si no las alteraba, eso sugería que Él no era omnipotente. Los teólogos judíos más místicos creían que Dios podía hacer y deshacer en la naturaleza con total arbitrariedad, pero los teólogos judíos más racionales, como Maimónides y él mismo, consideraban que el orden natural de las cosas revelaba una racionalidad divina sin necesidad de aberraciones como los milagros. Lo que le parecía extraordinario era que un chico tan pequeño fuera capaz de ir directo al corazón del problema.

—Maimónides minimizó la importancia de los milagros e hizo muy bien —sentenció—. El trabajo del Señor, bendito sea Su nombre, se manifiesta en el orden natural de las cosas, no en las anomalías que Él puntualmente autoriza. Esta es la lección de la *Guía de los Perplejos*. Lo importante son los trece principios de la fe judaica que Maimónides enunció y que todos recitamos en el *Yigdal* tras la ceremonia de los viernes. El primero, como sabes, es la existencia de Dios creador, bendito sea Su nombre, y los restantes incluyen la certeza de que la Torá vino de Él, que el alma es inmortal y que el día del juicio final habrá *tekhiyas ha-maysim*, la resurrección de los muertos, que conducirá a los justos a Olam Habá, el mundo que ahí viene. No es negociable. Baruch, ¿te ha quedado claro?

—Muy claro, *jajam* —aceptó Bento, siempre sumiso, respetando así a los profesores, como se requería con el *derekh eretz*—. Agradezco que me haya ayudado a entender a Maimónides.

El rabino jefe se levantó de su sitio, el alumno le imitó de inmediato y se dirigió hacia la puerta.

—Hoy, nuestra conversación termina aquí —dijo frotándose las manos—. Es evidente que vas por buen camino. Aún tienes mucho que aprender, está claro, pero con trabajo, con tu evidente inteligencia y con la gracia de Adonai, bendito sea Su nombre, llegarás lejos. —

Abrió la puerta y señaló al exterior—. Baruch, vete, que el profesor Gomes te estará esperando.

El chico se despidió de la forma correcta y se marchó por el pasillo de la escuela. Plantado en la puerta del despacho, el *jajam* Morteira se quedó observando durante algunos instantes, hasta que se volvió a su mesa para retomar el trabajo que había interrumpido para conocer a ese chico que andaba de boca en boca de todos los profesores.

El rabino jefe no lo dijo, pero en secreto empezó a alimentar grandes proyectos para el pequeño Bento Spinoza. Aquella reunión le sirvió para testar al alumno, que superó sus mejores expectativas. No cabía la menor duda, una mente así era un portento en capacidades, una maravilla nunca vista, seguramente una dádiva de Shaddai, el Todo Poderoso, para la comunidad portuguesa de Ámsterdam. Cometería un delito contra Dios, bendito sea Su nombre, si no le diera su debido uso. Y tal uso solo podía ser uno. Aquel chico estaba sin duda destinado a ser el futuro rabino jefe de la *Nação*.

VI

La luz pálida entristecía el día más si cabe, pintándolo de una desconsolada tonalidad azul. Un cielo cenizo amenazaba lluvia fina, pero el grupo se mantenía firme, todos siempre atentos a las voces de la familia enlutada del *jajam* Saul Levi Morteira, que sonaban por el cementerio con la solemnidad propia del momento.

—*Yitgadal v´yitkadash sh´mei raba b´alma di-v´ra chirutei* —recitaban las voces— *V´yamlich malchutei b´chayeichon uvyomeichon uvchayei d´chol beit...*

La mirada disgustada de Bento deambuló por las lápidas, sorprendiéndose con lo que veía y también por no haberse sorprendido con ello antes. La última vez que había estado allí tenía seis años, en el entierro de su madre y, como es comprensible, no pudo fijarse en nada; el dolor por su pérdida y su corta edad le cegaron ante lo que le rodeaba.

Esta vez, a los dieciséis años, era imposible no fijarse en los detalles. Las piedras de las tumbas del cementerio de Bet Haim, en Ouderkerk, estaban cuidadosamente alineadas, aunque lo que en ellas llamaba la atención eran los motivos que las decoraban. La de su madre, Ana Débora, segunda mujer de su padre, se presentaba lisa, despojada de adornos, como requería la tradición. Pero sin embargo, había otras con grabados lujosos e incluso ornamentos con representaciones humanas y de animales, lo que violaba claramente el segundo mandamiento.

—*Yisrael, ba´agala uvizman kariv, v´im´ru: amem. Y´hei sh´mei raba m´vorach l´olam ul´almei...*

Parecía un cementerio barroco de la aristocracia mediterránea, disimulado con las inscripciones en hebreo. Las lápidas que más le sorprendieron eran las de los difuntos Franco Mendes y su mujer, Ana, con un friso sobre la piedra del túmulo que reproducía el sacrificio de Isaac; o las de Rebeca Ximénez y su hija Ester, con imágenes de chicos semidesnudos y una figura matriarcal que cogía agua de una fuente. Nada de eso obedecía a la modestia que se esperaba de los seguidores de Moisés.

Aun así, el culmen era la lápida de Samuel Teixeira, que mostraba una figura del propio Dios, de cuya cabeza emitía esplendorosos rayos de sol. ¿Cómo era posible una idolatría así en un cementerio de judíos? Si había algo que toda aquella decoración mostraba, como constató con estupefacción, era que la *Nação*, a pesar de ser judaica, estaba todavía impregnada de una simbología iconográfica típica de

católicos y de alguna manera trataba de imitar el estilo de la aristocracia de Portugal y España.

—*V´al-kol-yisrael, v´im´ru: amem. Oseh shalom bimromav, hu ya´aseh shalom aleinu v´al kol-yisrael, v´imru: amem*.

Cuando la familia del difunto y el *jajam* Saul Levi Morteira terminaron de recitar el *kadish*, dieron por concluido el funeral, los miembros del cortejo empezaron a dispersarse. Bento miró por última vez hacia la lápida que acababan de colocar en el cementerio a modo de despedida y se fijó en el nombre que acababan de inscribir allí.

Isaac Spinoza, 1631-1649.

Su hermano murió tosiendo, igual que había sucedido con su madre once años antes. Él mismo era de constitución débil y sus pulmones se encharcaban con frecuencia. ¿Sería la maldición de su familia?

Su padre le hizo un gesto y Bento se sumó a él, junto a su madrastra y hermanos se dirigieron a la salida del cementerio. Todos en silencio, con ojos tristes y el corazón anegado.

—¡Señor Miguel!

Se giraron hacia atrás para ver quién le llamaba y vieron al rabino jefe de la comunidad, que se les acercaba con pasos agigantados.

—¿Sí, *jajam*?

El *jajam* Morteira llegó a su lado. Miguel lo conocía bien desde la época en que la comunidad estaba dividida en tres congregaciones. Entonces, el *jajam* era el rabino jefe de Bet Jacob, frecuentada por los Spinoza, desde entonces era un gran amigo del padre de Miguel.

—Es por su hijo. ¿Podemos hablar un minuto?

El jefe de la familia suspiró, resignado.

—Pobre Isaac mío, morir a los dieciocho. En la flor de la vida, ¿ve? —Abrió los brazos, con un gesto de impotencia—. En fin, es la voluntad de Dios, ¿qué podemos hacer? Tenemos que resignarnos.

El rabino jefe se sintió momentáneamente incómodo, debido al equívoco.

—Ah, sí. Mis más sinceros pésames, Miguel. Una pérdida terrible, sin duda, estoy seguro de que en el juicio final, HaShem, bendito sea Su nombre, lo llamará a Su derecha y le dará un lugar en Olam Habá. —Desvió la mirada hacia Bento— Pero... eh... no era exactamente de Isaac de lo que me gustaría hablarle, me temo. —Señaló hacia el chico —. Era sobre... sobre Baruch.

El interés del *jajam* Morteira en Bento, además de inesperado, alarmó a Miguel.

—¿Qué ha hecho el chico? No me diga que está faltando a sus

deberes de estudiante...

—No, de ninguna manera —se apresuró a aclarar el rabino jefe de la comunidad—. Va muy bien, de veras. El *jajam* Menashé ben Israel habla maravillas de él. —Menashé ben Israel, que daba clases en quinto, era un rabino madeirense que había nacido con el nombre de Manuel Dias Soeiro y que, en realidad, se había convertido en el rival de Morteira—. La razón por la que quiero hablar con usted es porque esta mañana he oído unos rumores que me preocupan. Me gustaría saber cuáles son sus planes para Baruch.

El jefe de la familia Spinoza no entendía dónde quería llegar el *jajam* con esa pregunta.

—Bien... como sabe, *jajam*, mi Isaac estaba ayudándome en los negocios en un momento difícil. Como sabe, cuando Portugal reconquistó las Provincias Unidas, sus territorios en Brasil, expulsó a los neerlandeses, lo cual ha complicado las relaciones comerciales que me permitían importar fruta y nueces del Algarve. Pero, desde que el año pasado se restableció la paz entre las Provincias Unidas y España, se han abierto nuevas oportunidades. Estoy otra vez hasta arriba de trabajo.

—Me alegra saberlo —dijo el *jajam* Morteira—. Todo el mundo está muy satisfecho con el rumbo de los acontecimientos, gracias a Adonai, bendito sea Su nombre.

Esta paz no era algo de poca importancia. Terminada la Guerra de los Ochenta Años, que resultó de la lucha neerlandesa por la independencia de España, los españoles finalmente habían aceptado la derrota y habían reconocido formalmente a las siete provincias neerlandesas. Las Provincias Unidas de los Países Bajos salían del conflicto como la única república existente en Europa. El país estaba gobernado por un estatúder o lugarteniente, una función de tipo monárquico ocupada por la familia Orange-Nassau y por una asamblea formada por una aristocracia de mercadores burgueses liderados por un gran pensionario, una función de tipo republicano. Guillermo II era el estatúder y su poder de naturaleza monárquica a menudo se enfrentaba al poder de naturaleza republicana del gran pensionario. Aun así, lo importante era que el país estaba en paz y había adquirido un rumbo, lo cual, bajo el mando de su pujante clase burguesa, solo podía traducirse en prosperidad.

—El problema es que acaban de reelegirme para el *ma´amad*, como sabe, y no sé cómo arreglármelas con tantas cosas —añadió Miguel Spinoza—. No puedo con los negocios. Ya que el Señor se ha llevado a Isaac, Bento va a tener que sustituirlo. Probablemente, Gabriel también va a tener que venir a ayudarme.

El rabino jefe se llevó las manos a la cabeza.

—¡Miguel, no haga eso! ¡Sería un error terrible!

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Su Baruch es un prodigio, Miguel. Un genio. No he visto a un joven tan inteligente en toda mi vida. Lo capta todo, lo entiende todo, es una maravilla. Tiene una argucia, una finura... mire, no sé qué decirle. Cuando conversé por primera vez con él, me hizo comentarios sobre Maimónides dignos de un reputado estudioso, ¡fíjese bien! Llegará lejos, créame. No le ponga a trabajar, se lo suplico. Permítale desarrollar los talentos que Adonai, bendito sea Su nombre, le ha dado. Se lo pido en nombre de la amistad que mantuve con su padre, abuelo del chico. Permítale proseguir sus estudios.

La petición desconcertó a Miguel de Spinoza.

—Pero... ¿qué estudios, *jajam*?

—Un estudiante así debería estudiar para obtener la *smijá*, la ordenación para rabino. Y le digo más, este chico será un gran *talmid jajam*, un discípulo de los sabios, más todavía, un sabio de los grandes. Hay grandeza en él, Miguel. HaShem, bendito sea Su nombre, lo ha bendecido con tan elevada inteligencia por alguna razón. No es casualidad que le hayáis dado el nombre de Baruch. Baruch, el bendecido. Fue la mano de Dios, bendito sea Su nombre, quien lo guio. La elección del nombre es una señal, ¿lo entiende? Póngalo en mi *yeshivá*, Keter Tora, para que aprenda lo que aún tiene que aprender. Deje que cumpla el destino que Adonai, bendito sea Su nombre, ha trazado para él.

El *jajam* Morteira era un hombre convincente y con don de palabra. Los argumentos que acababa de presentar se revelaban muy poderosos y concluyentes; además, era un conocido amigo de la familia. No podía ignorar eso. El *jajam* había fundado la academia más prestigiosa de Ámsterdam, *yeshivá* Keter Tora, la Corona de la Ley, y estaba dispuesto a recibir a Bento de brazos abiertos para educarlo en la ley de Dios. Ante lo que le estaba diciendo, ¿cómo iba a negarse? Si Adonai realmente había bendecido a su hijo, si le había dado talentos sin igual, ¿quién era él, Miguel de Spinoza, un insignificante portugués que había venido de la humilde Vidigueira en busca de buena vida en Ámsterdam, como para oponerse a su soberana voluntad?

Miró a Bento.

—¿Quieres estudiar para la *smijá* o ayudarme?

El chico miró a su padre, entendió el dilema: necesitaba que le ayudara en el negocio o bien le cedía al *jajam* para que cumpliera en la *smijá* la voluntad divina. La respuesta a ese dilema era tan sencilla que ni siquiera entendía qué le hacía dudar.

—¿Por qué no las dos cosas?

VII

No era casualidad que entre los judíos portugueses hubiera quién llamara «caos de los caos» a la bolsa de Ámsterdam. Inmerso en la multitud de comerciantes que llenaban el patio rodeado de bellas columnas flamencas, el joven Bento Spinoza estaba perdido. Su hermana Miriam, que se había casado el año pasado y acababa de tener un hijo, había muerto hacía días. Su padre estaba tan desconsolado que se había encerrado en casa y Bento, a pesar de sus inexpertos diecinueve años, se había prestado voluntario para sustituirle en la bolsa.

Miró los papeles que traía en la mano y pensó en la mejor forma de llamar la atención de los negociantes profesionales.

—*Actiën van Spinoza!* —gritó, agitando los papeles para que los viesen—. ¡Acciones Spinoza! ¿Quién quiere acciones de Spinoza? ¡Va a llegar un cargamento de frutos secos de Portugal y cuando llegue, el valor va a subir! ¡Acciones de Spinoza!

Nadie parecía hacerle caso. Un frenesí eléctrico vibraba a su alrededor, corredores que gritaban y saltaban, gesticulaban y hacían gestos dramáticos; aquí y allá, un vendedor abría la mano y un comprador se la apretaba, señal de un acuerdo cerrado con ese apretón de manos y con una secuencia absurda de palmadas entre los dos negociantes. Conocía a muchos de ellos de la sinagoga, ya que cada vez había más judíos que compraban acciones en nombre de múltiples clientes; no era casualidad que llamaran *hombres de negocios* a los que pertenecían a la *Nação*. Todos los portugueses con cuenta en el Wisselback estaban en primera fila, donde el negocio se cerraba con más facilidad, mientras que él tenía que contentarse con los lugares menos concurridos; hubo una época en la que su padre también había tenido una cuenta y también se situaba allí pero, a pesar de que la reactivación del comercio con España le había permitido prosperar en los negocios, los Spinoza no habían conseguido recuperar la opulencia de los años anteriores.

Los vendedores que no encontraban comprador o los compradores que no encontraban los productos que querían al precio que querían se multiplicaban en gritos y gestos como una multitud enloquecida. Otros se mordían las uñas, cerraban los ojos dramáticamente, caminaban de un lado a otro, se frotaban la cabeza como maníacos, lo que les dejaba todavía más despeinados, hablaban para sí mismos y Bento sabía que se trataba de inversores de acciones *in blanco*, vendidas por personas que todavía no tenían la mercancía o que no la

habían pagado. La bolsa de Ámsterdam era un gran centro de intercambios comerciales, pero también era un bazar de especulación y un casino en el que se apostaba todo, también se arriesgaba mucho; se hacían y deshacían fortunas en lo que tarda el corazón en latir.

Bento suspiró desanimado. Aquel lugar tumultuoso era el alma de la República de las Provincias Unidas, el corazón de la revolución del capital que irrumpía en aquella ciudad y amenazaba con extenderse por Europa como un vendaval, un fuego que reduciría el feudalismo a cenizas. Es cierto que el tumulto en la bolsa de Ámsterdam, un frenesí alimentado por una perpetua búsqueda de lucro, estaba impulsando a la población de las Provincias Unidas hacia la innovación y a una riqueza general nunca antes vista en la historia de la humanidad. Pero, definitivamente, no era lugar para jóvenes con temperamentos como el suyo, más propicios a las serenas artes de la contemplación introspectiva que a la excitación nerviosa de los negocios.

—*Actiën van Spinoza!* —volvió a gritar, venciendo su natural timidez y mostrando siempre los papeles emitidos por la empresa de su padre—. ¡Nueces, avellanas, almendras, frutos secos de Portugal! Quién quiere las...

—*Heb je amandelen?* —preguntó alguien—. ¿Tiene almendras?

Miró hacia el lado y vio que quien se lo preguntaba era un neerlandés de unos treinta años; vestía un traje negro, de tejido tosco, no por pobreza sino por modestia, probablemente pertenecería a alguna secta protestante. La simplicidad monótona de los trajes de los comerciantes neerlandeses no dejaba de sorprender a los portugueses, ya que sabían que vendían los mejores tejidos a Francia, mientras usaban gruesos paños para sus ropas de diario.

—*Natuurlijk* —respondió aliviado, al ver que alguien se interesaba en él—. Naturalmente, sí. Mis productos vienen del sur de Portugal y son de elevadísima calidad.

—¿Ya están aquí o es un cargamento que viene de camino?

El joven judío señaló hacia el enmarañado de astas y velas visibles por encima del tejado de la bolsa; eran los mástiles de los múltiples navíos atracados en el puerto, a dos pasos de allí, que traían las inmensas riquezas cuyos títulos después se negociaban entre los corredores. El imperio global neerlandés estaba en las manos ágiles de inversores privados. La búsqueda de lucro los impulsaba con una fuerza tal que el país ya había suplantado a los emprendedores portugueses, españoles, franceses e ingleses que, como era tradicional, se centraban en sus pesados e ineficaces aparatos estatales de mando centralizado.

—Eh... el cargamento está de camino —admitió Bento—. Por eso,

nuestra empresa ha emitido las acciones. Cómprelas. Cuando mañana llegue el cargamento, ganará una buena cuantía, señor, ya que están por debajo de su precio.

—¿Y si no llega? —le preguntó su potencial cliente—. ¿Y si hay un naufragio o los ingleses interceptan el barco, aprehenden la carga o pasa algo diferente?

Bento se encogió de hombros.

—Bueno, en ese caso, pierde. La elección que tiene delante de usted es simple, señor: o apuesta por las acciones que representan la mercancía y las compra ahora, cuando el precio está bajo, o prefiere esperar a la llegada de los frutos secos para adquirirlos y, cuando eso suceda, pagar un precio más alto.

—Me parece arriesgado.

—Estamos en la bolsa, amigo...

El desconocido movió la cabeza.

—Necesito las almendras ahora —dijo despidiéndose—. Tengo una tienda que vende frutos secos y especias, normalmente me abastezco con Rodrigues Nunes, pero me hacen falta almendras y él no tiene.

El comerciante neerlandés estaba a punto de marcharse de allí, pero Bento le agarró del hombro y se lo impidió.

—¿No necesita otros frutos secos? —quiso saber—. Mire, en el almacén tengo pasas, higos secos, piñones...

La información llamó la atención del comerciante.

—¿Tiene higos secos en el almacén?

—Sí, claro. ¿Cuántos quiere?

—¿A cuánto los vende?

—Una docena de ducados el kilo.

El cliente le estiró la mano.

—Me llamo Jarig Jelleszoon. Si los higos están en buenas condiciones, le compro cinco kilos.

Bento le apretó la mano sin dudarlo, ya que eso significaba que cerraban el trato.

—Soy Bento Spinoza y le aseguro que nuestros higos portugueses son de lo mejor que hay.

—Espero que así sea, señor Spinoza.

Los neerlandeses tenían dificultad a la hora de usar bien la grafía portuguesa. El nombre del joven era Bento Spinoza, que a veces aparecía como Bento Despinosa, juntando el Spinoza como d´Espinosa, también Despinosa o Espinoza, ya que la grafía variaba. Los neerlandeses, que a veces también tenían nombre con *de*, por ejemplo los nombres como De Groot o De Wilde, solían alterar *De Espinosa* en

De Spinoza.

Nada de suma importancia, claro. Lo importante era cerrar el negocio.

—¿Quiere ver los higos? —le invitó el judío—. El almacén está allí, en Houtgracht.

Se pusieron en camino. Ámsterdam era una de las mayores ciudades del planeta, prodigio de la civilización y epicentro del comercio mundial. Sus calles estrechas, repletas de almacenes y cortadas por puentes, olían a aceite de freír, cerveza y tabaco felpudo, olores tan densos que casi parecían una neblina aromática. Todos los edificios nuevos eran de ladrillo, estrechos y con fachadas ornamentadas con un revoco de tonos claros, pero todavía se veían a menudo construcciones en madera, vestigios de la época medieval. La mayoría de las construcciones tenía dos pisos por encima del bajo. Pero también se veían algunas de tres y cuatro pisos, y más altas aún, de siete, para sorpresa de los visitantes. La riqueza de la ciudad atraía a muchas personas, por eso la mayoría de esos inmuebles habían sido divididos para ser alquilados por una buena cuantía, dado el creciente número de personas que buscaban alojamiento. Había tiendas por todas partes, decoradas con los carteles más variados; tan bonitos que la llamada *uythangboord* se había convertido en un arte.

El movimiento de carrozas y calesas por las calles pavimentadas, de transeúntes en las aceras, era intenso, pero no todos los que por allí circulaban eran neerlandeses; se veían muchos extranjeros, sobre todo visitantes atraídos por la búsqueda de prosperidad y por la higiene de la ciudad. Las maravillas que se decían de Ámsterdam eran tantas y tan grandes, que los forasteros iban allí para comprobar si las fabulosas descripciones que les habían hecho correspondían a la realidad, si podía haber una ciudad limpia y que oliera bien, si esa ciudad existía de verdad sobre la faz de la Tierra, donde no había mendigos en cada esquina, donde la prosperidad saltaba a la vista de todos, con establecimientos comerciales que vendían de todo y de todo el mundo. Por las miradas pasmadas, era evidente que la realidad que se encontraban superaba con creces a la fama que los había atraído hasta allí.

—Veo que, como el señor Nunes, también usted es portugués —observó el neerlandés—. Siempre he sentido curiosidad por conocer vuestra religión.

Bento sabía que para un habitante de las Provincias Unidas, la designación *portugués* era sinónimo de judío, pues a los católicos de Portugal se les conocían como *papistas*.

—¿Por qué le interesa mi religión?

—Los judíos están en la base de la Biblia y eso basta —explicó Jarig—. Mire, soy menonita y voy a los *collegianten*. —Se rio ante la mirada de ignorancia de su interlocutor— Nosotros, los *collegianten*, somos cristianos liberales, creemos en la libertad religiosa. Es más, nuestro movimiento nació precisamente porque queríamos proteger a las personas perseguidas por motivos religiosos, personas como... mire, como ustedes, los judíos. Creemos que un hombre no debe ser cristiano solo porque otros se lo hayan impuesto, sino porque decida en su libre y exclusiva voluntad convertirse en cristiano. Por eso, solo nos bautizamos de adultos.

Era la primera vez que Bento oía hablar de una de esas filosofías.

—Me parece una buena idea —consideró—. Quizá nosotros, los judíos, deberíamos hacer lo mismo.

—¿Y por qué no? La religión es una cuestión de conciencia, creo yo. ¿Por qué nos obligan a ser esto o aquello sin consultarnos antes? La fe es un asunto profundamente personal, una convicción interior. Debemos seguir solo aquello en lo que creemos, no lo que otros nos imponen. La verdadera fe es la que viene de dentro y en lo que se cree realmente, no lo que viene de fuera y en lo que se cree formalmente. Solo bautizamos a los adultos precisamente porque tan solo en la edad adulta una persona es consciente de la opción religiosa que está tomando. La autoridad externa, los religiosos que organizan la confesión y nos dicen lo que podemos o no hacer o creer, las excomuniones que nos aterrorizan, las ceremonias litúrgicas que nos prenden, los dogmas y las prohibiciones que nos imponen, todo eso no es la verdadera religión. Es tiranía disfrazada de piedad.

Al escuchar estas palabras, el judío sintió una fuerte emoción que le llenaba el pecho. Se estremeció y se paró en medio de la calle.

—¡Eso es! —exclamó con gran excitación, señalando a su interlocutor. —¡Es justo eso! Señor... usted ha puesto en palabras algo que ya llevaba sintiendo hace mucho tiempo, pero no sabía o no me atrevía a formularlo de esa forma. —Se inclinó hacia su acompañante —. ¿Cómo dice que se llama su religión?

—Somos cristianos, en mi caso, menonita, pero me sumé al movimiento de los *collegianten*. Nos llamamos así porque nos reunimos todos los primeros domingos de cada mes en colegios, como se conoce a nuestros encuentros, para rezar y discutir la Biblia.

Reanudaron la marcha. Bento a duras penas conseguía contener el torbellino de sentimientos que le revoloteaban en el corazón. Aquel chico acababa de expresar la *malaise* que le corroía en lo más profundo de su alma desde la muerte de su madre y desde que había visto la humillación impuesta a Uriel da Costa, así como sus trágicas

consecuencias.

—Ah, señor Jelleszoon, no tiene ni idea de cómo sus palabras...

—Agh, señor Jelleszoon suena demasiado formal —le interrumpió el neerlandés—. Es más fácil Jellesz, pero me puede tratar por mi nombre, Jarig. Y no me llame señor, se lo pido.

—Muy bien, señ... eh... Jarig. Ya que está siendo sincero conmigo, ¿puedo ser sincero con usted?

—Claro, claro. De hecho, espero que mis palabras no le hayan molestado.

—Al contrario, van al encuentro de lo que llevo pensando en secreto hace tiempo. Sabe, una vez conocí a una vieja judía muy piadosa. Desde el punto de vista ceremonial era una señora ejemplar. La mujer cumplía todos los preceptos formales de la religión. Todos. Las oraciones, el *sabbat*, la dieta *kosher*... todo. Aun así, cuando la puse a prueba, mostró ser una embaucadora y deshonesta. ¿Se imagina que la pillé robando? Ahí entendí que el lado ceremonial de la religión nada tiene que ver con la verdadera fe. Una persona puede cumplir todos los preceptos del Talmud y aun así, violar sin vergüenza la Ley de Moisés. Al revés, también puede pasar que una persona respete escrupulosamente la Ley de Moisés, aunque ignore los preceptos del Talmud. La cuestión es saber, de estas dos personas, quién es el verdadero creyente.

Entraron en Waterlooplein y el aspecto del gentío cambió: ya no se veía la predominancia de rubios nativos en la ciudad, aunque los hubiera; ahora, sobre todo, había gente mediterránea, morenos y bajos. Los portugueses. Entraron en Breestraat, la calle principal del barrio; cerca de la casa del *jajam* Menashé ben Israel vislumbraron a un hombre de cara redonda que salía por una puerta cargado con pinceles y bolsas; su figura se destacaba no solo porque era un neerlandés en medio de tantos mediterráneos, sino también por su desaliño, tanto que tenía incluso manchas de pintura amarilla y roja por el rostro y la ropa.

Al cruzarse con él, Bento le saludó.

—*Goedemorgen, mijnheer Van Rijn*.

—*Morgen*.

Jarig siguió al hombre con la mirada.

—¿Quién es?

—El pintor Van Rijn. Tiene una casa en esta calle y anda pintando retratos de nuestras gentes. Parece que ahora ha empezado a hacer un cuadro para el señor Diogo d´Andrade. Como somos judíos, dicen que la idea del señor Van Rijn es utilizarnos como modelos para unas pinturas bíblicas que quiere hacer. Esbozó una mueca burlona. Quién

sabe si no va a querer usarme como inspiración para el rey David, ¿eh?

—¿Van Rijn? No había oído hablar de él.

—Firma con su nombre, Rembrandt. Una vez vi un cuadro que había pintado, un retrato del *jajam* Menashé ben Israel y... era bueno.

La atención de Jarig ahora se centraba en otra cosa, en los pocos neerlandeses que había por allí y los muchos portugueses que llenaban la Breestraat. Pero casi todos eran hombres. Las pocas portuguesas que caminaban por la calle iban todas acompañadas de sus maridos o hermanos, con velos negros que les cubrían de la cabeza a los pies, dejando apenas una abertura para los ojos.

—No entiendo a los portugueses.

—¿Qué es lo que no entiende?

El neerlandés señaló a una portuguesa tapada que entraba por una puerta, escoltada por un hombre.

—No se lo tome mal, pero entre nosotros decimos que los portugueses tienen un gusto insaciable por las mujeres —observó Jarig—. Todo el mundo sabe que los portugueses antes dan dinero a su hijo para ir a un burdel que a una taberna. Nuestras mujeres se quejan de los constantes piropos atrevidos que escuchan de vuestros hombres. De hecho, no son pocos los casos de mujeres neerlandesas que se quedan embarazadas de portugueses, a pesar de que la ley prohíba las relaciones carnales entre cristianos y judíos. Pero después, vemos a vuestras mujeres y... parecen la castidad personificada.

Bento se puso rojo y no dijo nada. Su tío abuelo Abraham, nacido en Portugal y miembro respetado del *ma´amad* de la antigua comunidad Bet Jacob de Ámsterdam, había sido detenido hacía años precisamente por tener relaciones con una empleada doméstica neerlandesa; ese comportamiento, tan común en Portugal, estaba muy mal visto en las Provincias Unidas y constituía el motivo más recurrente de tensión entre los neerlandeses y la comunidad portuguesa de Houtgracht.

A lo largo de la calle Breestraat se veían muchas tiendas y almacenes que exhibían los productos más variados; muchos, procedentes de empresas neerlandesas como la Compañía de las Indias Orientales y la Compañía de las Indias Occidentales; otros, de empresas portuguesas como la Carrera de las Indias y la Compañía General de Comercio de Brasil; algunos procedentes de Venezuela, Amberes, Hamburgo y otros puntos, incluidos los saqueos efectuados por corsarios marroquíes. Las estanterías estaban repletas de porcelanas de Cantón y de Nuremberg, alfombras de Esmirna, tulipanes de Constantinopla, sedas de Bombay y de Lyon, pimienta de

las Molucas, sal de Setúbal, lino blanco de Haarlem, lana de Málaga, loza de Delft, zumaque de Oporto, azúcar de Recife, madera de Björgvin, tabaco de Curaçao, marfil de Mina, aceite de Faro. Allí había de todo, como si el barrio portugués de Ámsterdam fuera el bazar de los bazares, el mercado del mundo.

Finalmente, llegaron a una calle más pequeña. Entraron en el almacén de la compañía Spinoza y se encontraron con los sacos de rafia llenos de frutos secos por todas partes. Pero había poca variedad. La empresa aguardaba la llegada de más mercancía, aquella sobre la que Bento había basado las acciones que intentaba vender en la bolsa, sin éxito.

Se dirigieron hacia los sacos donde estaban los higos secos. Jarig cogió uno y lo mordió. Hizo un gesto de aprobación, metió la mano en el saco para sacar un higo que estaba más abajo, para asegurarse de que la calidad del resto era la misma. También lo aprobó. Satisfecho, confirmó el negocio con un nuevo apretón de manos. Llenaron un saco con higos secos, lo pesaron y siguieron llenándolo hasta que llegó a los cinco kilos. El neerlandés pagó y, antes de coger el saco, miró a Bento.

—A propósito de nuestra conversación anterior —dijo—. Tengo un grupo de amigos con ideas liberales, todos ellos son *collegianten* como yo y de vez en cuando nos reunimos para discutir la Biblia y para intentar entender lo que en ella se nos revela sobre los misterios del universo y de la existencia. Todo el mundo sabe que la Biblia la escribieron judíos en hebreo. Ahora bien, usted es judío, así que presumo que habla hebreo.

—Lo hablo, lo escribo y lo leo —confirmó Bento—. Lo enseñan en mi escuela, aquí, en Houtgracht.

Jarig lo miró dubitativamente, como queriendo atreverse a preguntarle lo que en ese momento le pasaba por la cabeza. La tentación era demasiado grande, ya que no todos los días se escuchaba a un judío decir que su religión debería ser como la de los cristianos liberales. Seguramente, aquel chico sería de gran interés para sus amigos *collegianten*. Pero... ¿le interesaría a su interlocutor la invitación que tenía para él? Lo peor que podía pasar, en verdad, era escuchar un «no». ¿Por qué no intentarlo?

Se decidió.

—¿Le gustaría... le gustaría participar en una de nuestras reuniones?

La invitación pilló a Bento desprevenido. Como la mayoría de los portugueses de Ámsterdam, sus contactos con neerlandeses, aunque cordiales, eran superficiales. Había aprendido a hablar neerlandés gracias a las amas que su padre había contratado cuando era niño

para que lo cuidaran a él y a sus hermanos. Pero por lo demás, siempre había mantenido una vida paralela a la de los cristianos del país. Pero ahora, se abría inesperadamente la posibilidad de penetrar en el mundo de esas personas altas y rubias, mundo que le era tan extraño y familiar a un mismo tiempo. ¿Debería aprovecharla?

Las reglas impuestas por los señores de la *ma´amad* prohibían a los *yehudim* discutir asuntos religiosos con otras personas, lo que podía castigarse con la aplicación de un *herem*. No era algo que pudiera encararse con buen ánimo, sobre todo después de lo que había sucedido con Uriel da Costa. Por otro lado, estaban las ideas liberales que, por lo visto, profesaban estos cristianos. ¿La religión era una opción individual que incumbía exclusivamente a cada persona? ¿La autoridad religiosa no era sino una tiranía disfrazada de piedad? ¿Qué conceptos eran esos que de una forma tan emocional le tocaban en lo más hondo de su ser?

Estaba tan intrigado con las ideas que había escuchado de Jarig, que al final estas terminaron de convencerle. Antes de responder, miró alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba.

—¿Dónde son las reuniones?

El neerlandés sonrió. Anotó en un papel la fecha, hora y dirección de la reunión siguiente y se lo entregó a su nuevo amigo. Después, se echó el saco de higos secos a la espalda y con un gesto ligero salió del almacén de la compañía de Miguel de Spinoza.

VIII

Todos se levantaron cuando Bento entró en la librería Het Martelaarsboek, «El Libro de los Mártires». Se trataba de un grupo restringido, todos los hombres eran neerlandeses, las sonrisas tímidas y las miradas mostraron al visitante que estaban esperándole con evidente curiosidad y expectativa. Con toda probabilidad, aquellos hombres solo habrían mantenido contactos profesionales con los portugueses de la ciudad, sobre todo en las tiendas o en la bolsa; lo mismo le pasaba a él con los cristianos neerlandeses. Allí estaba la oportunidad de que ambas partes se conocieran mejor.

Jarig fue a buscar a Bento a la puerta, después le presentó a los miembros del grupo uno a uno. Empezó por el mayor, un hombre entrado en carnes de unos treinta y cinco años.

—Este es nuestro anfitrión, Jan Rieuwertsz.

—*Welkom* a mi humilde librería y editorial —lo acogió Reiuwertsz con un apretón de mano firme—. Humilde pero atrevida, debo añadir. Como ve, solo publico libros que los otros libreros y editores rechazan.

—¿Sabía que es la primera vez que entro en una librería neerlandesa? —confesó Bento—. Estuve tentado a visitar una de las muchas que hay en Nieuwe Brug, pero no me atreví. No puedo esperar para echar un vistazo a sus títulos, sobre todo de autores que acabaron en el martirio. ¿Esos libros son realmente una herejía?

—¡Uy, ni se lo imagina! Y no son solo los libros. Nuestras reuniones sobre libertad religiosa y libre pensamiento irritan tanto a los *predikanten* calvinistas, que incluso nos han prohibido que nos reunamos aquí, en la librería. Prohibición que, como ve, respetamos escrupulosamente.

Todos se rieron.

—Este es Pieter Balling —dijo Jarig, pasando al segundo miembro de los *collegianten*—. Como yo, un comerciante de la ciudad.

—*Mucho gusto* —le saludó Balling—. *Tengo muchas ganas de escucharle*.

—Ah, ¿habla castellano?

—*Claro, trabajo con españoles de la comunidad portuguesa*.

Cuando decía «comunidad portuguesa», Balling, como cualquier otro neerlandés, se refería evidentemente a la comunidad judía de origen ibérico.

Antes de que la conversación siguiera en una lengua que los demás no dominaban, ya que el intercambio de palabras en castellano

había dejado a todos a oscuras, Jarig se apresuró a presentar al tercer *collegiant*, un chico todavía imberbe, probablemente más joven que Bento, con cierto aire afeminado.

—Simon Joosten de Vries. También viene de una familia de comerciantes.

El rostro de De Vries se enrojeció al saludar al visitante.

—Es... es un honor.

Faltaba el último.

—Por fin, Adriaan Koerbagh, abogado y médico. —Hizo un gesto general, indicando a todo el grupo *collegianten* allí reunido. —Como ve, somos todos *poorters*.

Es decir, eran todos burgueses. Hechas las presentaciones, se acomodaron en el rincón más luminoso de la Het Martelaarsboek, bajo un lucernario. Al ser el anfitrión y el mayor del grupo, Rieuwertsz asumió la dirección de los procedimientos.

—Antes de empezar la discusión, recemos.

Los cinco neerlandeses se arrodillaron y unieron las palmas de las manos al modo cristiano. Bento no sabía qué hacer. Jarig salió en su ayuda.

—¿Los judíos no rezan?

—Eh... sí, claro. El problema es que... bueno, no conozco vuestras oraciones cristianas y...

—Rece sus oraciones y cada uno de nosotros rezará las suyas. La fe es individual, amigo mío. Se trata de un asunto entre cada persona y Dios. A nadie más le importa.

Todos cerraron los ojos y rezaron en un murmullo o en silencio, según cada uno. Bento recitó mentalmente el *Shemá*, credo del judaísmo, después abrió un ojo para echar un vistazo a sus compañeros. Parecían todos muy compenetrados, cada uno en su diálogo particular con Dios, y al joven judío le asaltó una sensación de extrañeza. Estaba allí, en medio de cristianos que rezaban de forma diferente a un Dios que era el mismo, pero a la vez diferente del de la Torá; los neerlandeses le llamaban God, los portugueses pronunciaban Deus, los judíos Le daban mil nombres, pero lo conocían por HaShem, el Nombre. ¿Qué diría su padre si lo viera? ¿Su hijo rezando con los *goyim*? Ah, no se lo podía contar, estaba claro. Sería el fin de la *shalom bayis* en casa.

Aun así, lo más increíble es que no se sentía incómodo. La tolerancia de aquellos hombres le resultaba desconcertante. No se parecía en nada a lo que había observado en la comunidad portuguesa de Houtgracht, ni mucho menos a las historias que le llegaban constantemente de las tierras de la idolatría sobre la persecución de

judíos. Igualmente importante, esa idea de que la fe era un asunto individual que no le incumbía a nadie, ni a rabinos ni a religiosos. Eso era lo que más le impresionaba. De verdad.

Antes de tomar la decisión de comparecer en la librería para el encuentro, estuvo informándose de aquellas personas, ya que de los cristianos neerlandeses apenas tenía una idea difusa y distante. Entendió que todos eran diferentes, unos de otros. Aunque durante la guerra con España se habían mantenido unidos, la paz había hecho emerger las diferencias entre los distintos grupos. Los más agresivos eran los predicadores, o *predikanten*, de Hervormde Kerk, la Iglesia Reformada Calvinista, defensores de la ortodoxia protestante y fervientes seguidores de los orangistas, que seguían la línea monárquica del estatúder. Había también un sinfín de otras corrientes, como anabaptistas, menonitas, antitrinitarios, milenaristas y tantos otros que pugnaban por la libertad de creencia y de culto, en la línea republicana de los comerciantes burgueses y del gran pensionario. Muchos de los elementos de estas corrientes liberales se juntaban en colegios, como se llamaba a las reuniones en las que se discutía de todo, por eso se convirtieron en los conocidos «colegiantes» o *collegianten*.

Rieuwertsz rompió el silencio.

—Amén.

Los restantes lo imitaron y el movimiento volvió al grupo. Se sentaron en sillas dispuestas en círculo por debajo del lucernario y, para sorpresa de Bento, todos miraron hacia él como un patio de butacas a la espera de que comience el espectáculo.

—Lo que más deseamos es que haya armonía religiosa y que las personas de las diferentes sectas y religiones se entiendan y coexistan pacíficamente —dijo Jarig, iniciando la tertulia—. Aun así, hay algo sobre los judíos que nos suscita mucha curiosidad, pero tememos preguntarlo, no queremos causar ninguna ofensa.

Tantas cautelas desconcertaron al visitante.

—Pueden hacerlo sin miedo.

Los neerlandeses se miraron como queriendo saber quién iba a formular la pregunta para la que todos querían encontrar respuesta. Quien asumió la responsabilidad fue Balling.

—¿Es cierto que los judíos creen que Dios... en fin, que solo los ha elegido a... ellos?

Ya que había sido un cristiano quien le hacía esa pregunta, Bento se sintió incómodo.

—Eh... sí. Es lo que está en varios versículos del Deuteronomio y en otras partes de las Escrituras. Por ejemplo, en Ezequiel, capítulo

treinta y seis, versículo doce, Dios menciona expresamente: «mi pueblo de Israel».

—Pero eso no tiene ningún sentido —argumentó el neerlandés—. Basta leer el Génesis, capítulo doce, versículo tres: «todas las familias de la tierra serán bendecidas por ti». Y en el capítulo dieciocho, versículo dieciocho, Dios dice, refiriéndose a Abraham, que: «bendecirá en él a todos los pueblos de la tierra». Lea Malaquías, capítulo uno, versículo once, cuando Dios dice: «Entre las naciones es grande Mi nombre». También Jeremías, capítulo uno, versículo cinco, a quien Dios llama: «profeta entre las naciones». Por tanto, el mensaje es para toda la humanidad. ¿Además, por qué razón Dios iba a bendecir solamente a un único pueblo? No tiene sentido. Todos somos hijos de Dios.

Durante un instante, Bento no supo qué decir o hacer. No quería ofender a nadie. Además, la cuestión le parecía pertinente.

—Pues no lo sé —titubeó—. Confieso que nunca lo había pensado de esa manera.

El asunto era delicado, todos lo sabían, ya que constituía un punto de separación entre judíos y cristianos. Los *collegianten* entendieron que quizás era más productivo pasar a otra cuestión que también les preocupaba y en la que el judío que tenían delante les podría ser de valiosa ayuda. Fue Koerbagh quien tomó la palabra.

—Como sabe, la Biblia es el texto que contiene todas las respuestas a todos los misterios —afirmó el abogado y médico—. Quien quiera conocer los secretos del universo solo tiene que leerla. El problema es que constatamos que hay diferencias entre las ediciones neerlandesa y latina y pensamos que se debe a las traducciones, ya que el texto original fue escrito en hebreo, la lengua que Dios usó para hablar con Moisés. Entonces, creemos que sería interesante si nos pudiera hacer una lectura directamente de una Biblia de hebreo a neerlandés, para que así podamos conocer las palabras originales de Dios y, a la vez, asegurar que las traducciones son fieles a lo que se dijo.

Mientras Koerbagh hablaba, Rieuwertsz fue a una estantería y sacó un gran volumen que Bento reconoció, era un Jumash que acababa de salir de la gráfica de Menashé ben Israel, el *jajam* madeirense obsesionado con el mesianismo, que tanto fascinaba a muchos miembros de la *Nação*.

—Cuando supe que íbamos a recibirle, visité una librería portuguesa en Houtgracht —explicó el librero—. Allí compré esta Biblia en hebreo para nuestro proyecto.

Entregaron al visitante judío el Jumash con la Torá, al tiempo que

los *collegianten* cogían ejemplares de la Biblia en neerlandés para seguir la lectura y así comprobar si la traducción a su lengua estaba correcta. Pero Bento no tenía claro que fuera una buena idea. Posó el Jumash en su regazo, pero no lo abrió inmediatamente.

—¿Quieren que lo traduzca todo? —preguntó—. ¿Han visto la cantidad de páginas que tiene este volumen?

Los neerlandeses se rieron.

—No esperamos que lo lea todo del tirón —le explicó Jarig—. Basta unos capítulos. En la próxima reunión podrá leer otros capítulos y así, poco a poco, iremos conociendo todo el texto original en hebreo y podremos comprobar la calidad de la traducción al neerlandés. Como ve, es muy importante para nosotros conocer las palabras exactas del texto divino para que podamos acceder a los secretos del universo.

Aunque todavía dudaba, Bento abrió su Jumash en el que estaba impresa la Torá. Posó sus ojos en las primeras líneas.

—*Berehist bara Elohim et hashamayim ve´et há´aretz* —leyó—. Esto quiere decir: «En el principio, Dios creó los cielos y la...». —Se calló y, tras una corta pausa, movió la cabeza, cerró su Jumash y miró a los *collegianten*—. Oigan, esto no va a funcionar.

Los neerlandeses se mantuvieron inmóviles.

—Claro que sí —lo animó Koerbagh—. Es solo una cuestión de paciencia y persistencia. Sé que la Biblia es grande y no hay duda de que los libros grandes intimidan, pero las lecturas comienzan siempre por la primera página y después vamos a la segunda, y a la tercera vamos ganando ritmo, todo será más fácil.

Se pasó los dedos por su pelo, liso y oscuro. Bento ponderaba la mejor forma de exponer el problema. ¿Cómo les iba a hacer ver que lo que le pedían no servía para nada?

—La lengua hebrea es una lengua antigua que incluso nosotros, los judíos, no conocemos bien —explicó—. No hemos retenido el idioma en su totalidad. Algunos nombres de frutas, de pájaros, de peces, así como muchas otras palabras se han perdido con el paso del tiempo. Más grave aún, el significado de muchos sustantivos y verbos que aparecen en la Torá han desaparecido o son objeto de gran controversia. Además, hemos perdido el conocimiento de la fraseología hebrea original.

Los *collegianten* se miraron entre ellos, decepcionados.

—*Pero sabéis las letras del alfabeto, ¿no?* —le preguntó Balling, que ahora hablaba castellano tratando de encontrar una solución—. Si las sabéis, bastará leerlas y las palabras se irán formando con naturalidad.

El judío portugués miró a sus interlocutores. Solo le iban a creer

si se lo demostraba. Abrió el Jumash y buscó las letras problemáticas.

—La Torá está repleta de ambigüedades que nacen de nuestra dificultad a la hora de diferenciar una letra de otra en el alfabeto antiguo. —Señaló algunas letras del texto—. ¿Ven estas? Alef, Ghet, Hgain y He son las que se conocen como guturales y en la grafía antigua difícilmente se distinguen unas de otras. *El*, que significa «para», muchas veces se confunde con *Hgal*, que significa «sobre», y viceversa. Eso crea ambigüedades constantes. Después está el problema de los múltiples sentidos de las conjunciones y los adverbios. Por ejemplo, *Vau* sirve indistintamente como indicador de unión o de separación, significa «y», «pero», «porque», «no en tanto», «entonces». *Ki* tiene siete u ocho sentidos, por ejemplo: «de allí», «aun así», «si», «cuando», «tanto en cuanto», «porque»... En fin, muchas cosas. Lo mismo pasa con otras palabras en hebreo. Otra...

—Espere, espere —le interrumpió Koerbacg—. ¿No hay forma de resolver esos problemas?

—Estamos hablando de inmensas dificultades —insistió Bento—. Por ejemplo, los verbos hebreos en la forma indicativa no tienen presente, no tienen pretérito imperfecto, no tienen pluscuamperfecto, no tienen futuro perfecto ni otros tantos tiempos verbales que encontramos en la mayoría de las lenguas, como en el neerlandés o en mi portugués materno.

Esta vez, quien insistió fue Rieuwertsz, el anfitrión.

—Habrá seguramente alguna forma de darle la vuelta a eso...

El judío hizo un gesto de impotencia con la mano.

—Es cierto que estas dificultades en los tiempos verbales se pueden superar con facilidad e incluso elegancia recurriendo a ciertas reglas fundamentales de la lengua—reconoció—. El problema es que los autores antiguos evidentemente no dieron importancia a esas reglas y usaron el futuro cuando se querían referir al presente y al pasado, lo que provoca una gran confusión.

Los *collegianten* se volvieron a mirar entre sí, ahora desanimados.

—*Wat zonde!* —exclamó Koerbagh—. ¡Qué pena! No contábamos con esto.

—Como si todo lo que les he dicho no bastara, el hebreo no tiene vocales y las frases no se separan con ninguna señal que clarifique el sentido o diferencie las palabras. Para resolver este problema usamos puntos y acentos, pero los antiguos escribían sin puntos ni acentos. Cuando se encontraron con este problema en los textos originales, los copistas empezaron a meter puntos y acentos según sus interpretaciones de las Escrituras, lo que significa que los puntos y acentos que actualmente existen en la Torá son apenas

interpretaciones y no tienen más autoridad que cualquier otro comentario. Lo cierto es que las dificultades que la lengua hebrea supone son tantas que no existe ningún método capaz de resolverlas todas. Como consecuencia, incluso para nosotros los judíos, las Escrituras están repletas de frases inexplicables. Aún más, hay indicaciones de que el Libro de Job, por ejemplo, originalmente fue escrito en otra lengua que no era el hebreo, lo que explica su contenido oscuro.

Las expresiones de frustración se multiplicaban entre los neerlandeses. Todos se movían en sus sillas, conscientes de que sus planes para Bento no iban a poder realizarse como habían idealizado.

—Eso es un fastidio —se quejó Jarig, que de alguna forma se sentía responsable de la situación—. Contábamos con su ayuda para resolver varios enigmas que hemos encontrado en la Biblia... En fin, al final no es posible.

Bento se levantó de su asiento.

—Como no puedo ayudarles como querían, quizá lo mejor sea que me mar...

Los *collegianten* se sobresaltaron.

—¿Dónde va?

El judío se quedó parado, sorprendido con esa reacción tan inmediata y espontánea.

—Bueno, creía que...

—¡Ni se le ocurra marcharse! —casi le ordenó Koerbagh—. A no ser que no esté a gusto con nosotros, claro.

—Estoy maravillosamente —se apresuró a aclarar Bento—. Apenas pensaba que, al no ser útil, desearían proseguir con su tertulia ustedes solos.

—Claro que deseamos proseguir con nuestra tertulia, pero es usted una adquisición preciosa que no dispensamos de ninguna manera —insistió Koerbagh—. Aunque no sea posible lo que habíamos pensado, debo decirle que he aprendido mucho con lo poco que nos acaba de revelar. No tenía la menor idea de que el texto original de la Biblia estuviera tan lleno de problemas.

Un coro de asentimiento secundó sus palabras.

—¡Quédese con nosotros!

—Sabe mucho más sobre esos temas que todos nosotros juntos. Es la pura verdad.

El joven judío decidió volver a sentarse, animado por aquella reacción. Definitivamente, esas personas tenían algo especial.

—Entonces, ¿cómo puedo contribuir en vuestros encuentros?

—Puede hacerlo con sus conocimientos de la Biblia, por ejemplo

—respondió Jarig—. Va a ser muy interesante conocer la perspectiva judía de las Sagradas Escrituras. Creo que hablo por todos si le pido que pase a formar parte de nuestro grupo y venga a nuestras reuniones. Eso nos honraría mucho.

Más murmullos y palabras de concordancia de los restantes.

—Por favor, venga.

—Le va a gustar, ya lo verá.

Esa petición dejó a Bento momentáneamente incómodo. Una cosa era asistir a una reunión ocasional, algo que encaraba casi como una aventura, una sola vez; otra diferente era convertirse en un *habitué*. ¿Cómo reaccionaría su padre si supiera que convivía con esas personas? Algo así, inevitablemente pondría en tela de juicio el *shalom bayis*. No podía ser.

Dudó. La verdad es que había forma de superar esa dificultad. Podía perfectamente decirle a su padre que estos encuentros eran importantes para conseguir clientes para los frutos secos, por ejemplo. Además, tampoco estaría mintiendo. ¿Acaso, Jarig no había comprado los frutos secos? Pero la verdadera cuestión no era esa. Lo que tenía que saber era si él mismo quería participar en esas tertulias de los *collegianten*. Consideró el asunto.

—Con una condición.

Al escucharle, los neerlandeses casi empezaron a celebrarlo.

—Diga cuál es —pidió el joven De Vries, que hasta entonces había permanecido en silencio—. Se le concederá.

El judío reprimió una sonrisa. ¡Qué pésimos negociantes eran! Cedían con una facilidad alarmante, incluso antes de saber lo que les iba a pedir.

—Vuestra filosofía de que la fe es una cuestión de conciencia y no puede decretarse desde fuera, vuestra creencia de que las instituciones religiosas practican la tiranía en vez de la verdadera religión, vuestra defensa de todos aquellos que son perseguidos por la fe... — enumeró —. Acepto formar parte de las tertulias y ayudaros a comprender la Torá, si a cambio vosotros me ayudáis a entender vuestras ideas.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

Le hicieron la pregunta como si estuviera implícito que habían aceptado la condición.

—Bueno, para empezar, ¿de dónde salen esas ideas?

Uno de los neerlandeses, el anfitrión, se puso en pie dando un salto y señaló los numeroso libros guardados en los armarios que cubrían las paredes de la libraría.

—De los libros, está claro —exclamó Rieuwertsz— ¿No ha leído a Descartes?

—¿A quién?

El librero le hizo un gesto para que lo acompañara. Le llevó a una sección al otro lado de la librería.

—Le hablo de nuestro maestro, el mayor genio que ha existido —dijo el neerlandés—. René Descartes. A pesar de ser francés, vivió casi toda su vida adulta aquí, en las Provincias Unidas, el único lugar del mundo donde podía publicar libros con sus ideas.

—¿Vivó en Ámsterdam?

—Murió hace dos años, pobre.

Igual que Isaac, pensó Bento, y de repente se dio cuenta de que echaba mucho de menos a su hermano. En ese instante, por su mente pasaron memorias del funeral y de la conversación con el *jajam* Morteira, que trataba de convencer a su padre para que le dejara proseguir sus estudios para convertirse en rabino.

Ajeno a los pensamientos que en ese instante asaltaban al visitante, Rieuwertsz cogió un volumen de la estantería y se lo enseñó.

—Vea este libro.

El joven judío intentó leer el título.

—Dis... discur...

—*Discours de la méthode* —dijo Rieuwertsz—. ¿Lee en francés?

—Eh... no.

El dueño de la librería cogió otro volumen de la estantería.

—Tengo aquí la edición en latín, le resultará más fácil —le asaltó otra duda—. Lee latín, ¿verdad?

Bento se rascó la cabeza, incómodo.

—Confieso que... bueno, para lenguas muertas me basta el hebreo.

—El latín podrá ser una lengua muerta, pero todo lo que vale la pena leer sobre filosofía está escrito en latín y griego, hoy en día sobre todo en latín —explicó Rieuwertsz, mientras cogía de la estantería otro ejemplar en latín—. *La Principia Philosophiae*, de Descartes, por ejemplo. —Le tendió otro libro que parecía que acababa de salir de la gráfica—. *De Cive*, de Hobbes, que ahora lo han publicado aquí, en Ámsterdam.

En ese momento, los *collegianten* ya se habían acercado a esa zona de la librería.

—¿Cuál de los dos es más importante? ¿Descartes o Hobbes?

El librero señaló hacia el grupo.

—Aquí somos todos cartesianos, amigo mío. Descartes es nuestro maestro, el faro que nos ilumina el camino, el mayor de todos los filósofos.

La expresión *filósofo* significaba hombre de ciencia y del

conocimiento, abarcaba disciplinas tan variadas como la matemática, física, biología y la filosofía, propiamente dicha. A todos los pensadores que se especializaban en alguna de esas áreas o en todas, se les conocía como filósofos.

—Tiene que leer a Descartes —casi imploró uno de los otros *collegianten*, el joven De Vries. —Es... es extraordinario.

—¿No tienen nada suyo en neerlandés?

—Está en latín —aclaró Koerbagh—. Todo está en latín. Es la lengua de la erudición, la lengua internacional de los filósofos.

Un poco como el castellano entre los judíos portugueses de Ámsterdam, entendió Bento. Todos hablaban el portugués en casa y en la calle, pero cuando se trataba de literatura, la lengua de referencia era el castellano.

Un murmullo estalló entre los *collegianten*, cada uno proponía una posible solución para las dificultades de lectura del visitante. Al final, Koerbagh propuso la solución más evidente.

—¿Por qué no aprende latín?

—¿Yo?, ¿latín?

—Sí. Aprenda latín. Si quiere acceder a la verdadera filosofía, los textos están todos en latín. Para leerlos, tiene que aprender latín. No hay otra forma.

—¿Y por qué no los traducen al neerlandés?

Los neerlandeses se miraron entre sí, como si se preguntaran en qué mundo vivía aquel joven.

—Porque nadie quiere ir a la cárcel —explicó Rieuwertsz, que estaba demasiado familiarizado con el tema. —¿Por qué cree que mi librería se llama Het Martelaarsboek, «el Libro de los Mártires»? Quien publica herejías en neerlandés está perdido.

—No es exactamente así —corrigió Koerbagh—. Los calvinistas nos molestan, es cierto, pero las autoridades no hacen nada. La república neerlandesa se ha convertido en una luz que rasga las tinieblas de la ignorancia en el mundo.

—Eso es ahora, que antes no era así —insistió el librero—. Para poder escribir libremente y decir lo que realmente piensan, todos los filósofos tienen que hacerlo en latín. Así la población no lo puede leer y es más fácil que las autoridades hagan la vista gorda. —Miró a Bento —. Por eso, todas las lecturas interesantes están en latín, ¿lo entiende? Es la única forma.

El joven judío lo entendió. Además, su propio padre ya le había contado que en las universidades de Portugal solo se enseñaba en latín. Quizá Uriel da Costa aún estuviera vivo si hubiera mantenido la boca cerrada y hubiese publicado en la antigua lengua de los romanos.

Bajó la mirada hacia los ejemplares de *Principia Philosophiae* de Descartes, y *De Cive* de Hobbes. ¿Se atrevería?

—Me gustaría aprender, pero no tengo dinero y mi padre no me lo va a dar para asistir a estas clases.

Al escuchar estas palabras, Koerbagh sonrió.

—Conozco en Singel a un profesor perfecto para usted.

—No me diga que es Van den Enden —se interpuso el joven De Vries, repentinamente animado—. ¡Es mi vecino! El tipo es genial. —Se volvió hacia el invitado—. Por favor, ¡vaya a Van den Enden! Durante algún tiempo tuvo una librería y en breve va a abrir una escuela al lado de mi casa. Si quiere, puedo hablar con él para ver si es posible resolver la cuestión del dinero. Con Van den Enden va a aprender en un instante, ya lo verá. Es uno de los mayores cerebros de nuestra república. Es nuestro... mayor hereje.

Antes de que Bento dijera algo, Koerbagh le dio un papel que acababa de escribir. El visitante lo desdobló y leyó lo que estaba escrito. Una dirección en Singel. La del gran hereje de las Provincias Unidas.

IX

La imagen de su padre sentado, con la cabeza gacha y la cara entre las manos, quebrado y derrotado, no dejaba de impresionar a los dos hermanos. Ni Bento ni Gabriel sabían qué hacer. En realidad, no había nada que pudiera dar la vuelta a lo que había sucedido, como se confirmaba por la expresión dura del doctor Isaac de Rocamora al salir de la habitación en la que se encontraba la difunta.

—*Ay, niños* —les habló en su castellano materno—. No puedo hacer nada por vuestra madrastra. Me da mucha pena.

Cuando el médico judío español salió, los dos hermanos se sentaron al lado de su padre en la cama y guardaron silencio varios minutos, como si estuvieran velando a la fallecida. No ayudó nada. La tercera hermana, Rebeca, trajo un té a ver si su padre se animaba, pero Miguel ni siquiera lo tocó. Los tres hijos intercambiaron miradas de preocupación. Su padre parecía haber envejecido en apenas un par de años. Nada podía consolarle tras esta pérdida. Había perdido a su primera mujer, después fue el turno de la segunda, además de sus hijos Isaac y Miriam. Ahora Dios se llevaba a su tercera mujer. Todo seguido. ¿Era una maldición?

Después de algún tiempo, los hijos dejaron a su padre solo en la habitación y se reunieron en el atrio de la casa. Dado el estado en que se encontraba Miguel, entendieron que tendrían que encargarse ellos de todo.

—Yo me encargo de la ceremonia religiosa y del funeral —dijo Bento como hermano mayor que era, mientras se ponía el abrigo para salir—. Gabriel, ve con padre y no le dejes solo, para que no haga ningún disparate. Rebecca, tú te encargas de la cena.

—¿Quién nos va a ayudar a recitar el *kadish*?

—Voy a hablar con el *jajam* Morteira. Como es amigo de la familia, me parece lo más adecuado. Después veré quién puede hacer los rituales de *taharah*.

Salió y cruzó el puente para ir al otro lado del Houtgracht, de camino a la sinagoga. Su vida atravesaba una fase difícil, con las muertes sucesivas de sus hermanos y ahora, la enfermedad y fallecimiento de su madrastra, situaciones que le dificultaban las reuniones con los *collegianten* y le impedían inscribirse en las famosas clases de latín de Van den Enden. En cuanto las cosas se tranquilizasen, sería diferente.

Cuando llegó a la sinagoga, buscó al rabino jefe y le dijeron que estaba dando clase en Keter Tora. Claro, pensó Bento, al tiempo que se

daba una ruidosa palmada en la frente, como una especie de reprimenda por haberse olvidado de eso. Él mismo estaba inscrito en esas clases para ser rabino, pero ese día había faltado debido al fallecimiento de su madrastra. Aun así, el destino tenía esas cosas. Si quería hablar con el *jajam*, entonces tenía que ir a la *yeshivá* y esperar que terminara la clase.

Cuando entró en Keter Tora y abrió la puerta de la clase, los alumnos tomaban notas, mientras el rabino hablaba. El *jajam* Morteira se calló al verlo en la entrada y le lanzó una mirada airada.

—¿Te parece bien llegar a esta hora, Baruch? Encima tú, que eres siempre tan cumplidor.

—Lo siento, *jajam*. Mi...

—No quiero excusas. Siéntate.

—Pero...

—¡Siéntate!

Se lo dijo en un tono tan categórico que el alumno ni se atrevió a pronunciar una sílaba más. Obedientemente, se dirigió a su sitio al lado del colega con quien mejor se llevaba en la *yeshivá*, un español bastante mayor que él que se llamaba Juan de Prado. Bento no iba con ideas de quedarse en clase, pero iba a tener que ser paciente. La intransigencia del profesor no le molestaba, ya que sabía que era su estudiante preferido, por eso era siempre tan exigente con él, pero era consciente de que no podía perder mucho tiempo.

—Vamos a concluir la lección de hoy con una última pregunta que me hacen a menudo —dijo el *jajam* Morteira, retomando la clase—. ¿El día del Juicio Final, se sentará o no se sentará a la derecha de HaShem un judío que haya sido forzado a convertirse a otra fe y por eso no lo hayan circuncidado, aunque mantenga en secreto su verdadera fe? ¿Y si, después de vivir años como converso, un día regresa a la verdadera religión? ¿Podrá en esas circunstancias recuperar la gracia del Señor y obtener la salvación?

El tema sorprendió a Bento. El *jajam* Morteira era un profesor apreciado por los alumnos y respetado por sus conocimientos del Talmud, que enseñaba al detalle. Tenía una perspectiva racionalista del judaísmo y frecuentemente decía que, «la llave para entender la ley de Dios era la razón». A veces contaba chistes sobre las corrientes mesiánicas de los otros rabinos portugueses, en particular de su mayor rival, el *jajam* Menashé ben Israel, que él consideraba infantiles. Además de Maimónides, el *jajam* Morteira hizo que Bento leyera a los grandes autores judíos, sobre todo comentaristas medievales como Ibn Ezra y Rashi, además de Gersonides y Saadya Gaon.

Por eso, el tema elegido para cerrar la lección de aquel día fue tan

sorprendente o, mejor dicho, quizá no debería serlo. ¿Acaso no era el tema de la salvación de los antiguos conversos una preocupación central en la comunidad portuguesa de Ámsterdam? Habiendo vivido tanto tiempo en tierras de la idolatría, los *yehudim* de Portugal y España se identificaban naturalmente con los judíos del Éxodo, aquellos que vivieron en Egipto cercados por la idolatría, y veían su huida a Ámsterdam como la huida por el mar Rojo. Su deseo de liberación, la forma como leían la Torá y el episodio del Éxodo alimentaban ese mesianismo obsesivo, creían que Dios los rescataría como rescató a los judíos de Egipto, que les conduciría a la tierra prometida y a la salvación, como en los tiempos anteriores en que les condujo a Israel. El ejemplo egipcio le servía de base para creer que, a pesar de que los hubieran bautizado en la infancia transformándolos en católicos, en su corazón habían preservado la verdadera fe y con el sacrificio de huir a Ámsterdam garantizaban su salvación, como la garantizaron los que huyeron del faraón.

El tema surgía constantemente en las conversaciones entre los *yehudim* portugueses, lo que explicaba que el *jajam* Morteira decidiera abordar el tema en clase. Estaban estudiando para la *semijá* y el rabino jefe pensó que, como potenciales futuros rabinos, tenían que saber algunas cosas, sobre otras mejor no alimentar ilusiones, ni suyas ni de nadie más.

—Los judíos que no están circuncidados y que no respetan la Ley de Elohim, bendito sea Su nombre, en las tierras en donde está prohibida corren el riesgo de sufrir castigo eterno —estableció el *jajam* Morteira sin miramientos ni rodeos—. Si siguen profesando la fe cristiana, aunque sea en contra de sus deseos, si rezan a estatuas, participan en misas y niegan que son judíos aunque lo sigan siendo en sus corazones, son culpables a los ojos de Dios, bendito sea Su nombre.

Un silencio denso se abatió sobre los alumnos. El compañero de mesa de Bento, Juan de Prado, ojeó el Jumash que tenía delante y levantó la mano. El *jajam* le hizo un gesto para que hablara.

—Perdone, *jajam*, pero ¿eso no contradice lo que está consagrado en el Deuteronomio? —Posó sus ojos en el libro que tenía delante—. Está escrito en el capítulo cuatro, versículo veintisiete a treinta y uno: «El Señor os dispersará entre los pueblos, seréis reducidos a pocos entre las naciones a las que os conducirá el Señor. Allí adoraréis a dioses, fruto de la mano de los hombres, dioses de madera y piedra, que no ven ni oyen, que no comen ni sienten. Entonces, recurrirás a tu Señor, a tu Dios, y volverás a encontrarle, si Lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma». Concluyó: «Porque el Señor, tu Dios, es

un Dios clemente y no te abandonará ni permitirá que te pierdas, ni se olvidará de la alianza que juró a tus padres».

—Estos versículos solo valen para aquellos que huyeron de las tierras de la idolatría y volvieron a la verdadera fe —fue la respuesta del *jajam* Morteira—. Los que se quedaron allí, aunque sea profesando nuestra fe en secreto, no están incluidos en la clemencia de Elohim, bendito sea Su nombre.

El silencio siguió denso. Todos en la sala tenían familiares que todavía vivían en Portugal y en España o antepasados que habían muerto y estaban allí enterrados, y eran conscientes de las terribles implicaciones de esas palabras.

—Tonterías —susurró Juan de Prado en español—. Son tonterías.

Bento mantuvo los labios apretados. Su compañero de mesa, un médico español veinte años mayor que él, solía ser corrosivo en los comentarios discretos a las observaciones del profesor. Prado era un marrano que acababa de llegar a Ámsterdam. Como era consciente de que no conocía bien la religión que había abrazado en secreto en España, se había inscrito en esa *yeshivá*. El problema era que no parecía contento con lo que le enseñaban. Al intuirlo, el *jajam* Morteira no le quitaba ojo.

—¿Algún problema, doctor Prado?

—Eh... ninguno, *jajam*.

—He oído que estaba hablando y pensé que quería decir algo que contribuyera al debate.

—Estaba... eh... rezando por mis familiares, pobrecitos. Se han quedado en Andalucía y así no van a poder conocer a Dios Bendito. Ay, ¡que Santa Ester los proteja!

El profesor rechinó los dientes, aquel alumno tenía algo subversivo que no le gustaba. Eso de Santa Ester, por ejemplo, le sonaba a provocación. Los judíos no tenían santos, pero los oriundos de Portugal y España se referían a Ester como santa, una evidente influencia católica, que no había forma de erradicar de la comunidad portuguesa en Ámsterdam. Otros hábitos similares persistían en la *Nação*. Por ejemplo, los *matzot*, unos panes achatados que se comían en la Semana Santa judía, los portugueses se referían a ellos como panes benditos, lo que parecía una evidente evocación a las hostias católicas.

Todos esos vestigios del catolicismo irritaban profundamente al *jajam* Morteira, aunque hacía un esfuerzo grande para contenerse. Lo cierto es que la mayoría de los rabinos mantenía las distancias con los marranos e incluso se negaban a reconocerlos como judíos, lo que para muchos miembros de la *Nação* era trágico, ya que habían

arriesgado su vida en Portugal y España en nombre de la fe de sus antepasados y ahora constataban que el mundo judío oficial se negaba a acogerlos.

Raros eran los rabinos que hacían un esfuerzo para dejarles paso y había que reconocer que el *jajam* Morteira era una de las excepciones. El hecho de haber aceptado permanecer en Ámsterdam como rabino jefe de la *Nação* era prueba de ello.

—Bueno, siendo así, damos por terminada la clase de hoy —farfulló, molesto—. Mañana volvemos al Talmud. Que Elohim, bendito sea Su nombre, os acompañe.

Los alumnos se levantaron de los pupitres y salieron. Bento, por su parte, se dirigió al rabino jefe y le dio la noticia de la muerte de su madrastra. Después de que el *jajam* le dirigiera unas palabras compasivas, sobre todo teniendo en cuenta todas las muertes recientes en el seno de los Spinoza, le aseguró que iría a la casa esa misma noche para reconfortar a «mi amigo Miguel». Además, se comprometió a acompañar la recitación del *kadish* por la fallecida y a tratar acerca de la *taharah* en la ceremonia de limpieza del cuerpo antes del entierro.

Cumplida su misión, Bento salió de la *yeshivá* para ir a encargarse de ese entierro en Ouderkerk, el cementerio de la comunidad portuguesa. Se encontró a Juan de Prado esperándole en la calle. El médico español, un cuarentón alto y delgado, con nariz prominente y piel morena, le acompañó a lo largo del Houtgracht.

—¿Benito, prestaste atención a los versículos que recité en la clase?

Benito era el nombre en castellano equivalente a Bento, en portugués, y Prado insistía en usarlo siempre que hablaba con él.

—Ahora no, doctor Prado. Tengo un asunto que resolver.

—Lo interesante es el versículo que dice: «Allí adoraréis a dioses, obra de las manos de los hombres» —insistió absorto en el tema—. «Obra de las manos de los hombres», ¡así está escrito! Y la pregunta es la siguiente: ¿acaso los dioses de los gentiles son «obra de las manos de los hombres?».

Bento frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Y si el propio HaShem es «obra de las manos de los hombres»?

El joven miró alrededor para comprobar que nadie escuchaba aquellas palabras.

—Doctor, ¿se ha vuelto loco? —le preguntó en un murmullo furioso—. Si le oyen diciendo esas herejías, va a terminar mal.

—Pero Benito, ¿no te interrogas sobre las tonterías que enseñan

en la *yeshivá* y que predican en la *esnoga*?

El joven caminó callado durante algunos instantes, con los ojos fijos en la acera, pesando los pros y contras de expresar lo que verdaderamente asolaba su alma. El atrevimiento de Juan de Prado a la hora de revelar lo que realmente pensaba fue lo que más pesó en su decisión. Quizá había encontrado dentro de la *Nação* a alguien con quien podría compartir sus pensamientos más secretos, las cogitaciones íntimas que nunca se había atrevido a exponer delante de nadie.

—A veces.

Escuchar que lo admitía hizo que el español diera un salto en plena calle.

—¡Ah! — exclamó —. ¡Lo sabía!

—Shh.

—Cuenta, cuenta —casi se lo imploró—. ¿Qué te preocupa de los textos sagrados?

Antes de responder, Bento volvió a mirar a su alrededor. Le pareció que las únicas personas en la calle estaban a una distancia suficientemente grande como para estar seguro.

—Hace tiempo tuve una conversación con unos cristianos que conocí y hubo algo que me preguntaron que me hizo pensar —murmuró—. ¿Por qué razón a los judíos se les llama el pueblo elegido de Dios? He reflexionado mucho sobre ello. ¿Seríamos nosotros menos bendecidos si Elohim hubiera extendido la salvación a toda la humanidad? Por supuesto que no. Los milagros mostrarían igualmente el poder de HaShem si Él los pusiera a disposición de otras naciones. Aunque Dios hubiera distribuido equitativamente Su gracia entre todos los hombres, nosotros, los judíos, seguiríamos venerándolo igual. ¿Entonces, por qué somos el pueblo elegido? ¿Qué nos hace especiales?

—Somos más listos...

El joven negó con la cabeza.

—Dios no puede haber elegido a la nación hebrea por su sabiduría o paz de espíritu —respondió—. En lo que se refiere al intelecto, tenemos ideas banales sobre Adonai y la naturaleza, por lo que no puede habernos elegido por eso. Tampoco somos especiales en materia de virtud, ya que en eso también somos igual a otras naciones. Entonces, ¿por qué motivo seguimos pensando que somos especiales? ¿Especiales en qué, exactamente?

—Bueno... tenemos la Torá.

En ese momento, pararon delante de un taller con un cartel que decía «Abraham Sasportas»; se trataba de una carpintería. Miró de

reojo a su amigo de la *yeshivá* y su expresión parecía decir que no creía que tener la Torá fuera razón suficiente para que un pueblo se considerara especial. Después, Bento se despidió y entró en la carpintería para encargar el ataúd destinado a su madrastra.

X

El estado de salud de su padre preocupaba a Bento y a sus hermanos. Miguel Spinoza empeoraba ante sus ojos y sus hijos empezaron a temer lo peor. Tenían que evitar a toda costa una nueva tragedia en la familia. Los tres se turnaban para hacer compañía a su padre, ya que era impensable dejarle solo en el estado de postración en el que se encontraba, no fuese a cometer alguna locura.

Aquel día le tocaba a Rebecca, por lo que Bento aprovechó el tiempo libre para dirigirse a Singel, uno de los grandes canales concéntricos que radiaban del centro de Ámsterdam, para concretar el proyecto que alimentaba en secreto desde que había participado en la primera reunión de los *collegianten*. Por el camino, iba pensando en su vida. Con su padre sumido en aquella melancolía, su hermano y él se habían quedado al cargo de los negocios de la familia. El problema era que las importaciones de frutos secos del Algarve ya habían tenido días mejores y urgía apostar en otra cosa. Durante las últimas semanas se había fijado que los que andaban en el comercio de piedras preciosas procedentes de Brasil y Asia estaban yendo bien. Además, se trataba de un trabajo de precisión, lo que se adaptaba bien a su naturaleza. ¿Por qué no invertir en joyería?

Llegó a Singel. A lo largo del canal se extendía un mercado con los productos de horticultura que los agricultores traían de la provincia; atracaban sus barcazas junto a los márgenes, al lado de las embarcaciones de los burgueses que traían bienes de Flandes y de Zelandia. Bento consultó el papel en el que Koerbagh le había escrito la dirección, identificó la casa que buscaba y llamó a la puerta. Del otro lado oyó pasos que se aproximaban y la puerta se abrió.

Una adolescente de pelo castaño claro y con mirada traviesa lo miró con curiosidad; le pareció una especie de ángel iluminado.

—¿Vive aquí el venerable y tan sabio señor Frans Van den Enden?

—Mi papá está en el despacho —respondió la adolescente, estudiando a Bento con el mismo interés que muchas chicas solían tener en él—. ¿Quién desea hablar con él?

El visitante se quitó el sombrero y se curvó en una venia cordial.

—Bento Spinoza, a su servicio.

—Qué maravilla —sonrió ella, devolviéndole la venia al tiempo que le hacía un gesto para que entrara—. Haga el favor. No todos los días aparece aquí un gentilhombre que también es un hombre gentil.

Bento entró en el atrio y ella se metió por un pasillo, invitándole a que la siguiera. Fue detrás de la chica y se fijó en que cojeaba, tenía

un defecto en el pie. Ella sintió la mirada y volvió a sonreír.

—Parece que ando siempre metiendo el pie en un charco, ¿eh? Un día me hundo.

Definitivamente, tenía gracia. La chica lo condujo hasta una puerta, la abrió sin llamar y desveló un aposento repleto de libros. Sentado en una mesa desordenada y cubierta de papeles había un hombre de unos cincuenta años, nariz curva, bigote, barba corta y puntiaguda, inmerso en la lectura.

Bento dio un paso adelante e hizo una venia, como era de educación.

—Venerable y muy sabio señor Frans Van den Enden —se dirigió a él—. Me llamo Bento de Spinoza y vengo muy humildemente...

—¿Venerable y muy sabio? —reaccionó el anfitrión en un tono ligeramente burlón—. Aquí en mi escuela no se usan esas fórmulas anticuadas. Basta con que me llames maestro.

El joven pestañeó desconcertado. Sabía que la etiqueta neerlandesa requería que las personas se dirigieran a los profesores como *venerables y muy sabios señores* pero, por lo visto, en aquella escuela reinaba una cierta informalidad.

—Eh... por supuesto, maestro.

Van den Enden clavó sus ojos en él, para estudiarlo.

—Entonces, usted es el tal portugués del que me hablaron Koerbagh y De Vries... —constató—. ¡Qué demonios! ¡Le esperaba hace unos meses! Entre, entre. ¿Por qué ha tardado tanto?

Por lo visto, ya le habían hablado de él, pensó el visitante, que se plantó delante del anfitrión mientras la chica, tras mirarle otra vez para analizarlo, cerró la puerta y se fue cojeando.

—He tenido algunos problemas personales que me han impedido venir antes, maestro.

—Espero que no haya sido nada grave —dijo Van den Enden—. Si no entendí mal, quiere aprender latín, ¿no?

—Sí, maestro. Me he dado cuenta de que es la única forma de acceder a los grandes pensadores. El problema es que no tengo ninguna posibilidad de inscribirme en las escuelas latinas.

Las escuelas latinas eran los institutos donde se formaba la élite de las Provincias Unidas. El latín era la principal asignatura que enseñaban, complementada con griego y elementos de retórica y lógica, además de caligrafía y de la inevitable instrucción religiosa.

—¿Las escuelas latinas? —casi protestó el neerlandés—. Ni me hable de esos antros de ignorancia, querido amigo. Eso son escuelas para burros. ¡Burros, le digo! Enseñan teniendo por base la memorización y lo único que exigen verdaderamente a los alumnos es

que sepan leer y escribir. ¿Eso son patrones aceptables?

Bento pestañeó, sorprendido ante aquel violento ataque a las prestigiosas escuelas latinas.

—Bueno, me habían dicho que eran muy buenas...

Van den Enden movió la cabeza, impaciente.

—Mire, he abierto mi escuela hace poco y no es casualidad que ya sea un éxito. Además del latín y griego, aquí se aprenden las ideas de los mayores filósofos. Los idiotas de los calvinistas prohíben esas enseñanzas a los comunes de los mortales. ¡Hum! ¿Sabe quién sale ganando? —Se golpeó el pecho—. Yo. Las mejores familias burguesas de Ámsterdam que quieren dar a sus hijos una educación refinada no los meten en las escuelas latinas. —Golpeó la mesa con su dedo indicador—. Los meten aquí, en mi escuela. En las latinas mandan los calvinistas, con esas ideas modernas asquerosas. Pero aquí, amigo, aquí quien manda soy yo. ¡La razón... y yo!

La expresión «mejores familias» preocupó a Bento, ya que evidentemente era un eufemismo para quien tenía dinero.

—Maestro, perdone... ¿cuánto cuesta la inscripción en la escuela?

—Cobro diez ducados por lección.

El visitante empalideció y sintió que la parte superior de la frente se le humedecía por el sudor.

—Ya, maestro, yo... eh.... bueno, eso está por encima de mis posibilidades, me temo —Van den Enden se atusó la barba puntiaguda, como si estuviera considerando su caso.

—Bueno, sobre ese tema, hay que decir que nuestro amigo en común, mi vecino Simon de Vries, ha hablado muy bien de usted —acabó diciendo—. Me contó que a pesar de su juventud, es un intelectual notable y que tiene una cultura bíblica extraordinaria. Por eso, me pidió que fuera flexible con usted. Por eso... creo que puedo dejárselo en ocho ducados.

Bento tragó en seco.

—Aun así...

El maestro estuvo un momento en silencio, mirándolo, como si siguiera ponderando el asunto.

—Debo admitir que usted me intriga —dijo—. Sabe, el único compatriota suyo que conocí personalmente fue Francisca Duarte. ¡Qué gran artista! Cuando era más joven, la escuché cantar sonetos en el castillo de Muiden. ¿Por casualidad la conoció?

—No personalmente. Murió cuando yo era pequeño. Pero mis compatriotas de Houtgracht a veces mencionan el nombre de la señora Duarte.

Francisca Duarte era una judía portuguesa convertida a la fuerza

al catolicismo, que pertenecía al famoso círculo de Muiden, muy influyente en la cultura neerlandesa varias décadas antes. De ella se decía que tenía una voz de ángel y que cantaba tan bien que formaba parte del grupo *quae canitis, quales non cecinere Deae*, «aquellos que cantan como las diosas no cantaron». Parece que incluso invitaron a María de Médici a que fuese al castillo para escucharla.

—Ah, Francisca Duarte era un ruiseñor... —observó Van den Enden con un brillo nostálgico en la mirada, como si recordara el día en que la había oído cantar. Se estremeció y su atención volvió al candidato que tenía delante, retornando al presente—. Nunca he tenido un alumno de la comunidad portuguesa y confieso que siento una cierta curiosidad. Por culpa de Francisca Duarte, lo admito, pero también por lo que De Vries y Koerbagh me han contado de usted. ¿Es verdad que lee la Biblia en hebreo?

—Sí, maestro.

El neerlandés no quitaba la mirada del candidato. Aquello le parecía verdaderamente interesante.

—Hmm... ¿cuánto puede pagar?

—Cinco ducados como máximo.

El dueño de la escuela siguió atusándose la barba puntiaguda con la punta de sus dedos, mientras seguía reflexionando sobre el asunto; no lo hacía en un gesto teatral, como momentos antes, sino de forma más reflexiva.

—Tengo siete hijos, el más pequeño es una niña que nació el año pasado. Eso son muchas bocas que alimentar y muchos gastos que pagar, como debe calcular. Pero...—Dejó esta última palabra en el aire, mientras pesaba los pros y los contras—. No me cabe duda de que es un alumno diferente... —La razón le decía una cosa, la emoción le decía otra. Respiró hondo—. Mi mujer me va a matar pero... vale. Cinco ducados por lección.

En el rostro de Bento se dibujó una gran sonrisa.

—¡Muchas gracias, maestro! —exclamó, haciendo una venia—. No sé cómo agradecer tanta generosidad.

—Hágalo aprendiendo —fue su respuesta—. Dígame algo, ¿qué significa su nombre, Bento?

—Bento es portugués y significa *bendecido*. En la *esnoga* uso Baruch, que significa lo mismo.

—¿Bendito, eh? Bendito en latín se dice *benedictus*. A partir de ahora, ya no serás portugués ni judío, sino un hombre de mundo. Ahora se te conocerá como Benedictus. Y, por cierto, yo ya no soy Frans. También soy un hombre de mundo, ¿sabe? Por lo tanto, mi nombre erudito es Franciscus —se giró hacia la puerta y gritó—.

¡Clara Maríaaa!

La adolescente volvió.

—¿Sí, papá?

—¿No empieza ahora la clase de latín para iniciados?

—En cinco minutos.

Van den Enden señaló al visitante.

—Benedictus es un alumno nuevo. Llévalo.

Sin parar de cojear, Clara María lo acompañó por el pasillo hasta una salita en la que había otros tres alumnos esperando. Señaló un pupitre en el que estaba sentado un chico de dieciocho años.

—Siéntese allí al lado de Dirk y... pórtese bien, nada de tonterías, sea un gentilhombre.

Se volatilizó por el pasillo con una risita. Obediente, Bento se acomodó en el lugar indicado y se presentó a su compañero de pupitre.

—Dirk Kerckrinck —le respondió su compañero—. Nací en Hamburgo pero soy holandés. Mi abuelo era un antiguo burgomaestre aquí en Ámsterdam. He venido a aprender latín para poder estudiar medicina en la Universidad de Leiden. —Lo miró con curiosidad, intrigado con el aspecto mediterráneo de su nuevo compañero de pupitre—. ¿Y a usted? ¿Para qué le va a servir el latín?

—Pretendo filosofar.

En ese momento, Clara María reapareció en la compañía de dos estudiantes más. Los recién llegados se instalaron en los pupitres, la chica se acercó a la pizarra gigante y cogió la tiza. Sentado en su sitio, Bento la miraba, sin entender qué hacía con la tiza en la mano.

Indiferente a la sorpresa que provocaba en el alumno nuevo, Clara María se giró hacia la pizarra y empezó a garabatear con la tiza.

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T V X Y Z

Miró a la clase.

—De todas las lenguas antiguas ya extintas, el latín es, de lejos, la más fácil de aprender para vosotros los neerlandeses, para empezar porque nuestro alfabeto es en realidad el alfabeto latino —empezó diciendo—. Cuando el latín era una lengua viva, la pronunciación de las palabras variaba entre las regiones, como pasa con los acentos, pero desde que es una lengua muerta adoptó la pronunciación literaria clásica. De esta forma, las consonantes se pronuncian generalmente igual que las pronunciamos nosotros, los neerlandeses. Pero el latín casi no tiene letras mudas. Cuando una letra aparece en una palabra, casi siempre hay que leerla. Voy a daros un ejemplo de *De Bello*

Gallico, de Julio César. ¿Alguien sabe lo que significa *De Bello Gallico*?

Como era de esperar, los alumnos neerlandeses se quedaron callados. Bento, por su parte, estaba asombrado. ¿Aquella chica? ¿La profesora? ¿Cómo era posible algo así? La moza no debía de tener más de quince años...

—Venga —insistió ella, muy segura de sí misma—. ¿Nadie sabe lo que quiere decir *De Bello Gallico*? —Superado el primer impacto de ver a una mujer dando clase, encima siendo una chica más joven que él, Bento reaccionó y recuperó la compostura. Levantó la mano.

—El bello gallo.

Ella hizo una mueca.

—Benedictus, ¿a qué gallinero ha ido a buscar esa traducción?

Al darse cuenta de que había cometido un error, el nuevo estudiante quiso desaparecer en su pupitre.

—Bueno... es que... en fin... mi lengua materna es el portugués y esas palabras son casi iguales que las que conozco. ¿*Gallico* no significa gallo?

—Un gallo es lo que va a parecer usted si sigue cometiendo errores básicos como ese —le respondió Clara María con el mismo tono jocoso que ya había revelado a la entrada de la escuela—. *Gallico* es una declinación referente a Galia, el antiguo nombre de Francia, y *bello* viene de bélico, o guerra. *De Bello Gallico*, las *Guerras Gálicas*. Es cierto que el portugués se parece más al latín que el neerlandés, también se trata de una lengua latina. Lo que pasa es que nuestra lengua, el neerlandés, aunque sea germánica, tiene muchas palabras de origen latino. Lo que hemos hecho ha sido germanizar los sonidos en algunos casos. Por ejemplo, las pes en latín pasan a uves en neerlandés. Vea el caso de las palabras referentes a nuestros progenitores. En latín se dice *pater* y nosotros decimos *vader*. Pero en el caso del latín *mater*, la letra inicial se mantiene, por lo que en neerlandés decimos *moeder*. Hay muchos casos así. Ahora, vamos a otro ejemplo.

Se giró otra vez a la pizarra y escribió una frase por debajo del alfabeto.

Gallia est omnis divisa in partes tres.

Volvió a mirar a la clase.

—Es la primera frase que escribió Julio César en *De Bello Gallico* —identificó—. ¿Alguien entiende lo que quiere decir?

Esta vez, antes de levantar la mano, Bento analizó cuidadosamente la frase, ya que no quería volver a pasar vergüenza

delante de esa muchacha, demasiado lista para su edad.

—Galia es un todo dividido en tres partes.

La traducción hizo que Clara María frunciera el ceño. ¿Qué narices pasaba allí?

—Benedictus es usted un gentilhombre muy astuto —observó con cierto humor—. Ya veo que tiene conocimientos de latín...

—Es la primera vez que veo algo escrito en esa lengua, se lo aseguro, pero como le digo, se parece al portugués. Por lo visto, para comprenderlo tengo que analizar cada palabra latina y deducir el sentido a partir de palabras similares en mi propia lengua.

Para todos, sobre todo para Bento y su joven profesora, en ese momento se hizo evidente quién sería el alumno que más deprisa iba a aprender la vieja lengua de los romanos en aquella clase. La lección prosiguió más o menos en los mismos términos: los alumnos memorizaban la forma de pronunciar cada letra del alfabeto latino, después ella les colocaba sucesivas palabras neerlandesas de origen latino, y terminó con una exposición sobre los principios de la estructura gramatical del latín.

Cuando terminó la clase, Bento se despidió y salió a la calle pensativo. Se podría pensar que estaba impresionado con el maestro Van den Enden, a quien sus amigos *collegianten* habían descrito como «el gran hereje», o con la materia que le habían enseñado en aquella primera clase, el comienzo del aprendizaje del latín que tan útil le iba a ser para acceder a las ideas de otros más herejes que él, pero lo cierto es que a lo largo de todo el camino hasta casa, en su mente solo había espacio para alguien. Clara María.

XI

Las notas del clavicordio envolvían la escuela de Van den Enden en un ambiente jovial. Al entrar con un saco de rafia a la espalda, Bento miró hacia la salita desde la que salía el sonido alegre y vio a Clara María inclinada sobre un instrumento musical, los dedos delgados y largos que se deslizaban sobre las teclas blancas y negras, los párpados cerrados en el arrullo de la melodía que salía del clavicordio. Su pelo castaño formaba un halo, recortado por la luz de la ventana como si se tratara de un ángel. Qué hermosa le pareció. ¿Acaso Francisca Duarte, la portuguesa que décadas antes había hechizado el castillo de Muiden habría sido tan graciosa como Clara María le parecía en ese instante?

Tuvo ganas de hablarle, pero le faltó valor. Suspiró. Era muy talentosa, graciosa también, e inteligente. No podía olvidar que había sido gracias a ella, y también por ser el portugués su lengua materna, que había aprendido latín tan deprisa. Aquellos dos años habían pasado como una exhalación y aunque seguía estudiando en la Keter Tora, la escuela de la *esnoga*, la academia de Van den Enden se había convertido en su verdadero puerto de abrigo, el sitio en donde aprendía lo que verdaderamente le interesaba. No menos importante, también era el lugar donde la veía.

Se pasó los dedos por el bigote sobre los labios, tan fino que parecía pintado a lápiz; se lo había dejado crecer para impresionarla. ¿Clara María se habría fijado? Y, si se había fijado, ¿le habría gustado?

—¡Benedictus!

Miró hacia el fondo, desde donde la voz familiar le llamaba y vio a Van den Enden en la puerta de su despacho, haciéndole un gesto para indicarle que era la hora. Con la chica todavía en su mente como una fragancia que no se desvanece fue hacia el maestro para asistir a la lección del día. No iba a ser una clase cualquiera, como bien sabía. Se trataba de la materia por la que llevaba esperando tanto tiempo. La clase sobre el mayor de todos los filósofos.

Tras un gesto de Van den Enden, se sentó en su sitio habitual y esperó que el profesor se colocara delante de él.

—Tus proezas son impresionantes —empezó diciendo el maestro —. Has aprendido latín en un santiamén y ya te han entregado lecturas de obras normalmente accesibles a alumnos en una fase mucho más avanzada que la tuya. Sin duda, eres el alumno más brillante de los que he tenido en toda mi vida de enseñanza.

No era algo que Bento no hubiera escuchado antes de tantos otros

profesores desde que frecuentaba la escuela, por lo que no se sintió verdaderamente elogiado; aquellos elogios se habían convertido en algo habitual en su vida de estudiante. Además, aún estaba bajo la influencia de las emociones que Clara María despertaba en él, lo que le entorpecía momentáneamente su entusiasmo por las delicias del intelecto. Por ello, se mantuvo en silencio, esperando que el profesor lo condujera hasta donde tuviera que conducirlo.

—Primero, necesito saber qué has hecho con los libros que te dejé hace dos semanas. ¿Los has leído?

Se curvó hacia la bolsa de rafia que había traído de casa y que había dejado a sus pies, extrajo varios volúmenes y, como si estuvieran hechos de cristal, los depositó cuidadosamente encima de la mesa.

—Aquí están, maestro.

La mirada de Van den Enden se posó en los títulos para confirmar que efectivamente estaban allí todos. El primero era el *Systema cosmicum*, de Galileo Galilei; el segundo, *De Principatibus*, de Niccolo Maquiavelo; y los restantes, *De sapientia veterum, Saggi morali* y *Novum Organum, Sive Indicia Vera de Interpretatione Naturae*, de Francis Bacon. El maestro miró al alumno con intensidad, tratando de entender las emociones que quizá las palabras pudieran esconder.

—¿Y bien? ¿Qué te han parecido?

Cuando le hizo la pregunta fue cuando el hechizo de Clara María se esfumó por completo de la mente de Bento, y fue sustituido por otro de naturaleza diferente.

—Bueno... no sé ni qué decir —titubeó, con los ojos líquidos, de repente le brillaban como si fueran estrellas—. Es un nuevo cielo.

El profesor sonrió, conocía bien esa sensación. Cogió tres de los libros, *Novum Organum, De sapientia veterum* y *Saggi morali*.

—Bacon murió hace casi treinta años, pero cambió nuestro mundo. ¿Qué has aprendido con él?

El alumno hizo una pausa para ordenar los pensamientos y recapitular lo que había leído.

—Lo que me parece más interesante en los libros de ese inglés ha sido la propuesta de procedimientos para estudiar el mundo natural —consideró—. Primero tenemos que observar la realidad y registrar nuestras observaciones. Cuando hayamos compilado los hechos suficientes, empezarán a surgir regularidades y patrones, también causas y efectos. Así, conseguiremos determinar las leyes naturales y la forma cómo se aplican y en qué circunstancias.

—Tenemos que hacerlo sin dejarnos influir por nuestras opiniones previas, ¿me oyes? —subrayó el profesor—. Eso es muy importante si

queremos llegar a la verdad. Las cosas son como son, no como queremos o como imaginamos que sean.

—Pero ¿cómo nos libramos de las opiniones previas, maestro?

—Identificando las falsas nociones que influencian nuestro pensamiento —fue su respuesta—. Empezando por las que nacen de la naturaleza humana. Por ejemplo, tendemos a creer en las evidencias que percibimos a través de nuestros sentidos, pero en realidad a veces nos engañan. Si miramos al horizonte, da la sensación de que la Tierra es plana, pero en realidad es esférica. Si miramos una regla en el agua, da la impresión de que es curva, pero cuando la sacamos constatamos que en realidad es recta. Después están las falsas nociones del lenguaje. Una palabra significa cosas diferentes para personas diferentes. Si yo digo «Ámsterdam», enseguida pienso en las calles de Singel, en donde vivo; pero si tú dices «Ámsterdam» probablemente piensas en las calles alrededor del Houtgracht, donde viven los portugueses. No podemos olvidar que las palabras no son más que imágenes y tenemos tendencia a confundirlas con la realidad. Ese equívoco nos lleva a falsas nociones. Después están las falsas nociones que nos inculcan a través de la educación y otras que nacen de sistemas de ideas equivocadas, como las aristotélicas y... otras. ¿Lo entiendes, Benedictus?

—Sí, maestro.

El profesor ojeó los *Saggi morali*.

—Al contrario de los otros libros que te he prestado, todos en latín, este está en italiano. ¿Has tenido dificultades?

—Algunas, pero el italiano se parece lo suficiente al portugués como para haber sido capaz de entenderlo.

—Eso pensé. El problema es que la edición italiana no incluye dos capítulos, uno sobre las religiones y otro sobre las supersticiones, que Bacon retiró para no ofender las susceptibilidades católicas en Roma. Voy a ver si encuentro una edición en latín, ya que es importante que también los leas.

Van den Enden cerró los *Saggi morali* y los juntó a otros dos volúmenes de Bacon.

—¿Y qué más has aprendido en estos libros?

—Para ser franco, lo que más curiosidad me ha suscitado es el segundo procedimiento que él propone para llegar a la verdad. El primero, como ya he dicho, es observar los fenómenos individuales, registrarlos y analizarlos para, a continuación, extraer de ellos patrones que nos revelen las tales leyes generales.

—A eso se llama inducción. Es muy importante que comprendas que Bacon entendió que el mundo obedece a leyes y que podemos

detectarlas cuando recopilamos los datos y encontramos en ellos las irregularidades. Esas irregularidades son las leyes.

—Sí, maestro —asintió Bento—. El segundo procedimiento, el que más me ha interesado, es la idea de usar esas leyes generales para prevenir hechos particulares.

—Eso es la deducción.

—Cuando mediante la inducción establecemos una ley general pero después, en la deducción, los hechos no confirman nuestras previsiones, bien es porque hemos cometido algún error, bien porque nos falta saber algo más. Pero si la ley natural está formulada correctamente, podemos prever con gran precisión todos los acontecimientos y hechos futuros que de ella dependan. Así, el mundo puede explicarse de una forma completamente lógica. Eso es... fascinante.

—Eso sucede porque las explicaciones científicas son causales, como bien mostró Bacon —añadió Van den Enden—. Las cosas no se explican por su resultado, como se pensaba hasta ahora, sino por sus causas. Si el viento nos despeina, no podemos presumir que el viento existe para despeinarnos, sino por otras causas que nada tienen que ver con nuestro pelo. Todo tiene causas y esas causas producen consecuencias. Los acontecimientos no ocurren para beneficio o perjuicio de los hombres. Para comprender el mundo, el filósofo parte de esos principios fundamentales, el principio de la causa-consecuencia y el de que las cosas suceden independientemente de los hombres. Un filósofo no se puede dejar distraer con falsas nociones creadas por fallos lógicos de pensamiento. Por ejemplo, si yo sueño hoy algo y mañana eso se concreta, podré verme tentado a pensar que mi sueño fue profético. Eso es una falsa noción, ya que estoy desconsiderando los centenares de sueños que ya tuve y no se realizaron. Si en centenares y centenares de sueños hay uno que se concreta, eso no es ninguna profecía, es una simple inevitabilidad estadística. Un verdadero filósofo tiene que ser capaz de discernir la verdad y eliminar las falsas nociones. ¿Lo entiendes, Benedictus?

—Sí, maestro.

Dejó las obras de Bacon de lado y después, Van den Enden cogió el ejemplar de *De Principatibus* que había prestado al alumno.

—¿Qué has aprendido con Maquiavelo?

Bento hizo una mueca.

—No sé qué pensar —confesó—. Es básicamente un libro en el que el autor habla del papel de la fuerza y de la amenaza en pro de la actuación política, de la necesidad de que el gobernante use la mentira e incumpla su palabra en ciertas circunstancias, que recurra al delito y

al engaño para ascender en el poder, recomienda que un buen gobernante debe mostrar un semblante de integridad moral pero estar dispuesto a actuar de forma inmoral para gobernar con eficacia. Da la idea de que las nociones morales no conducen a una buena gobernación y que las buenas políticas solo pueden requerir acciones inmorales; y que las acciones más reprobables que se puedan imaginar se justifican por los buenos resultados que producen... en fin, una serie de cosas que, con franqueza, he considerado completamente chocantes.

—Tienes toda la razón —asintió el profesor—. El problema, Benedictus, es que todo lo que Maquiavelo escribió es verdadero. Antes de él, lo que los teóricos de la política decían sobre los gobernantes se relacionaba con la gobernación ideal, la sociedad ideal, los valores ideales... Todo lo que fuera ideal era perfecto y loable. Maquiavelo fue el primero que habló, no del mundo ideal y virtuoso, que apenas existe en la cabeza de algunos pensadores, sino del mundo real, lleno de defectos, en el que vivimos. Él escribió, no sobre lo que los políticos idealmente deberían hacer y que acaba siendo un desastre, sino sobre lo que ellos hacen en realidad y termina siendo un éxito. Cómo los hombres conquistan de hecho el poder y por qué, cómo realmente se mantienen en el poder y por qué, y cómo lo pierden y por qué. Es más, constató que muchos fines meritorios solo se pueden alcanzar a través de acciones moralmente erradas, mientras que las buenas intenciones conducen a menudo a resultados desastrosos. Maquiavelo no dice qué es lo que él quería, sino lo que él constataba. Lo escribió así porque se preocupaba, no con lo ideal, sino con lo real. ¿Choca lo que escribió? Por supuesto. No obstante, se limitó a decir la verdad, aunque fuera desagradable y entrara en contradicción con los dogmas morales. Ese es el compromiso de un verdadero filósofo, analizar la naturaleza y el mundo de los hombres. Tienes que analizar la realidad como es y exponerla con la verdad. ¿Lo entiendes, Benedictus?

La atención de Bento se detuvo unos instantes en la portada de *De Principatibus*, ponderando todo lo que había leído en ese libro desde esa nueva perspectiva.

—Sí, maestro.

Sin perder más tiempo, Van den Enden cogió el último volumen que había encima de la mesa. El título decía *Systema cosmicum* y había sido editado por Elzevier, un prestigioso editor de Leiden, en las Provincias Unidas.

—Llegamos a Galileo —dijo—. ¿Habías oído hablar de él?

—Murió hace poco, ¿no?

—Hace doce años —dijo—. Publicó este libro diez años antes de morir.

El joven echó cuentas de cabeza. Galileo murió cuando él tenía diez años y publicó *Systema cosmicum* cuando él mismo nació. Veintidós años antes.

—Fue hace mucho tiempo.

Van den Enden sonrió.

—Solamente un joven puede pensar que dos décadas es mucho tiempo —observó—. Galileo fue el primer hombre que usó un sistema de lentes que permite ver a gran distancia, llamado *perspicillum*, para estudiar el cielo con gran proximidad.

—¿Persi... qué?

—*Perspicillum* —repitió el profesor—. Pero como ya te habrás dado cuenta, Galileo lo llamó telescopio, en latín *telescopium.* —Afinó la voz, como si quisiera retomar lo que estaba diciendo—. El problema es que él no vio a Dios en el cielo. Tan solo estrellas. A partir de ahí empezó a descubrir otras cosas. Dime, Benedictus, ¿qué es lo que detectó Galileo?

—¡Oh, tanto! —respondió Bento—. Se dio cuenta de que todos los cuerpos caen a la misma velocidad, sea cual fuere su peso, y que esa velocidad se acelera a un ritmo uniforme, a 3,6 metros por segundo. También descubrió que todos los proyectiles se mueven en parábolas y que los cuerpos se mueven siempre en línea recta, a menos que alguna fuerza actúe sobre ellos. Estableció que es necesario dejar a un lado las experiencias personales del observador, incluso aquellas que parecen pertenecer al mundo físico, como los colores y los olores.

—Es el principio de la objetividad —explicó Van den Enden—. Galileo aún fue más lejos. Aplicó la matemática al mundo real y constató que el mundo está escrito en lenguaje matemático. No está en latín, no está en hebreo. Está en matemáticas. ¿Qué dicen todos esos descubrimientos sobre la naturaleza de la realidad?

El alumno respiró hondo, recordando lo que había sentido cuando terminó de leer ese libro.

—Que el universo funciona con gran precisión —acabó diciendo—. Como un mecanismo que opera sin intervención humana, si me explico bien. Parece que hay leyes constantes que regulan el universo y sus cosas, un gran mecanismo que funciona solo con rigor matemático.

La mirada del profesor bailó entre *De Principatibus*, que había dejado a un lado, y el *Systema cosmicum*, todavía en sus manos.

—Galileo y Maquiavelo hablan de cosas muy diferentes, pero lo más importante es que recurrieron al mismo método —indicó—.

Usaron la razón para llegar a la verdad. Y abrazaron la honestidad.

—¿La honestidad?

—Sí, la honestidad. Cuando observó la naturaleza de los hombres y descubrió cosas que contradecían los dogmas religiosos sobre la moral, Maquiavelo optó por decir la verdad inconveniente. De la misma forma, cuando observó el universo y descubrió cosas que contradecían los dogmas religiosos sobre física, también Galileo optó por decir la verdad inconveniente. Lo hizo inspirado en los procedimientos propuestos por Bacon, en los que el primer paso para acceder al conocimiento es ser metódico y riguroso en el análisis de las cosas. Solo de esta forma pudo Galileo realizar esos descubrimientos. Pero hay una segunda lección que se puede extraer de este gran filósofo. Todo el mundo pensaba que, cuanto más pesado fuera un cuerpo, más rápida sería su caída. Aun así, como has constatado, Galileo mostró que todos los objetos caen a la misma velocidad, independientemente de su peso. Esto quiere decir que, cuando la realidad contradice una idea preconcebida, quien tiene razón es la realidad. Esto es válido para ideas comunes y también para ideas religiosas. Si un religioso te dice que en el cielo está Dios, pero si tú miras por un *telescopium* y solo ves estrellas, entonces solo puedes tener la certeza de que en el cielo existen estrellas. La hipótesis de Dios en el cielo está por demostrar.

—Eso quiere decir que... ¿Dios no existe?

Se trataba de una pregunta que los conducía a terrenos muy peligrosos, como ambos sabían. Consciente de ello, el profesor hizo una pausa antes de responder.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Claro, maestro.

Van den Enden se inclinó hacia delante, casi como si quisiera contarle un secreto al oído.

—No.

—¿No, qué?

—Dios no existe.

Se hizo un silencio denso en el despacho. Bento se inquietó en su lugar, acababa de escuchar algo que no debía ser dicho. Sabía que había personas que no creían en la existencia de Dios, claro, su padre le había hablado de ello sin conseguir contener un cierto desprecio, así como también lo habían hecho los profesores de la Talmud Tora, pero la idea que le habían inculcado era que se trataba de personas casi salvajes, ignorantes. Tales personas vivían en pecado mortal, y no respetaban ninguna moral, ya que no temían a Dios y por eso también no temían Su justo castigo. Para definir a esos impíos incluso se había

inventado una palabra.

—¿Ateo? —preguntó en un susurro, como si temiera que alguien fuera del despacho pudiera oírle. —¿Maestro, es usted ateo?

Decir tal palabra era como invocar al mismísimo Malakh HaMavet, el ángel de la muerte. O peor todavía. ¿Quién en el mundo se atrevía a dudar de la existencia de HaShem? El profesor se llevó el dedo índice a los labios.

—Es nuestro secreto.

Sí, Bento sabía que había personas que no creían en Dios. Pero Van den Enden era el primero que conocía personalmente. Seguramente, habría otros. Uriel da Costa, por ejemplo. ¿No decían en la sinagoga que él era un ateo? Lo que no había era ateos que se atrevieran a colocar su falta de fe por escrito.

—¿Y Galileo? —preguntó, casi con miedo—. ¿También era ateo?

El profesor posó el *Systema cosmicum* junto al resto de los libros que el alumno le había devuelto.

—Si lo era, nunca lo dijo—afirmó—. Ni él ni nadie. Solo un loco diría algo así en público, como puedes imaginar. Es más, tan solo por afirmar que tenía pruebas de que la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés, la Iglesia lo condenó a cadena perpetua. Imagina si hubiera dicho que Dios no existía. Lo habrían quemado en la hoguera al momento, ¡sin duda! —Movió la cabeza—. No, solo un demente diría algo así en público. Galileo no era un demente.

—Pero maestro, si el deber de un filósofo es la búsqueda de la verdad y si es verdad que Dios no existe, ¿no tiene el deber de demostrarlo y afirmarlo?

El profesor tuvo que hacer una pausa para pensar cómo iba a responder a esa pregunta.

—En teoría, sí —admitió—. En la práctica... es complicado. Ese fue seguramente el dilema que Galileo enfrentó en sus observaciones por el *telescopium*, que confirmaron las herejías de Copérnico. Por eso, con gran valor, se atrevió a proclamar otro principio, que el poder político y el poder religioso no deben interferir en las actividades de la ciencia en la búsqueda de la verdad. Si un déspota absolutista que no es médico ni arquitecto se pusiera a recetar medicamentos o a proyectar casas, pondría en peligro la vida de los pacientes y de los moradores. Cada uno hace lo que sabe. No cabe a un religioso interferir en la ciencia y, si lo hace, no solo no llegará a la verdad, sino que también impedirá que otros lo hagan. ¿Lo entiendes, Benedictus?

Dudó. Quería hacer más preguntas sobre la existencia o inexistencia de Dios, pero el tema era demasiado delicado y él había

leído en los libros y escuchado en las clases tantas cosas sorprendentes que necesitaba tiempo para asimilarlas todas, así como para reflexionar sobre su significado. Aun así, había un detalle aparentemente inocuo que no se le escapó.

—Tengo una duda —dijo Bento—. Es sobre las lentes usadas por Galileo.

—¿El *telescopium*?

—Si miramos a través de él, ¿se pueden observar las estrellas como si estuvieran al lado?

—Claro que sí. Si te interesa, hay en Ámsterdam oculistas que trabajan con ese tipo de lentes. Además, en nuestras librerías también hay libros que enseñan cómo producirlas para ver grandes objetos que están lejos. Parece que el *telescopium* de Galileo aumenta la imagen veinte o treinta veces, fíjate tú. Por lo demás, él fabricó su telescopio después de oír hablar de estas lentes, ya que en realidad las produjeron por primera vez aquí, en las Provincias Unidas.

Después de tomar nota mental para buscar en la librería de Rieuwertsz libros sobre el tema, Bento miró los cinco volúmenes que el profesor había dejado en la esquina de la mesa, después de hablar de ellos.

—Esas ideas son realmente geniales —observó—. ¿Cómo llegaron a ellas?

—Inspirándose en otros pensadores. Ningún filósofo, ni siquiera Bacon, Maquiavelo o Galileo, aparece de la nada. Cada uno buscó cosas en diferentes filósofos, se inspiró en ideas que de alguna forma ya existían e hicieron nuevas síntesis, dieron un paso que se transformó en un nuevo avance. No pienses que Galileo surgió del vacío. No lo hizo. Galileo se inspiró en Bacon y también en cosas que Copérnico y Kepler ya habían descubierto, para dar el paso siguiente. También Bacon se inspiró en otros, de la misma forma que los filósofos del futuro se basarán en cosas de Galileo, Maquiavelo, Bacon y otros que llegaron antes. Las ideas, Benedictus, no aparecen por obra y gracia del Espíritu Santo, son como ríos que se van llenando y transformando hasta convertirse en lagos, después mares y por último, océanos. ¿Lo entiendes?

—Sí, maestro.

Cogió los cinco volúmenes que había encima de la mesa. Van den Enden se levantó y fue a guardarlos en una estantería del despacho. Después, se agachó y cogió otros tres libros, y los dejó delante del alumno.

—Es el turno del mayor de todos los filósofos.

Sintió que el corazón le daba un salto y le latía dentro del pecho,

como un tambor. Hacía mucho tiempo que esperaba ese momento. Bento miró las portadas sin conseguir contener su excitación y confirmó que se trataba del filósofo del que todos hablaban con tanto entusiasmo y admiración. Finalmente iba a conocerle.

XII

Ya había visto aquellos tres libros e incluso los había tocado dos años antes, en la librería de Rieuwertsz. En aquella época, el texto en latín le impidió acceder a su contenido. Ahora, ya no iba a ser así. Su profesor acababa de depositarlos delante de él, como hacía siempre que le prestaba obras para que las leyera. Bento cogió uno de los volúmenes y analizó el título, *Principia Philosophiae*. Después, el segundo, *Dissertatio de methodo recte regendae rationis, et veritatis in scientiis investigandae*. Finalmente, el tercero, *Meditationes de prima filosofia in qva dei existentia et anime immortalitas demonstratve*. Sintió el olor que exhalaban las páginas. No olían a azufre demoníaco, como quizá pensaban los *predikanten*, sino a papel perfumado. Ah, qué placer iba a ser la lectura de esos libros tan elogiados en las reuniones de los *collegianten*...

—Dime, Benedictus, ¿ya habías leído a Descartes alguna vez?

—Ganas, maestro, no me han faltado.

Van den Enden cogió el volumen de *Dissertatio de methodo recte regendae rationis, et veritatis in scientiis investigandae* y lo ojeó distraídamente.

—A René Descartes le intrigó mucho la constatación, que ya había hecho Bacon, de que nuestros sentidos nos engañan —empezó explicando—. Si la torre de una iglesia es dorada al mediodía, roja al crepúsculo y gris en otros momentos, eso significa que el color es una ilusión. Ahora bien, ¿qué impide que esa ilusión no se extienda a todo lo demás que nos rodea? Me llamo Franciscus van den Enden y vivo en Ámsterdam, pero ¿quién me garantiza que mañana no me despierto y descubro que al final soy una mariposa que vive en un bosque y que soñó ser Franciscus van den Enden en Ámsterdam? ¿Realmente Ámsterdam existe o no es más que otra ilusión, como el dorado de la torre de la iglesia al mediodía? Si durante un sueño estoy convencido de que el sueño es la realidad, cómo puedo tener la certeza de que lo que estoy experimentando en este momento no es también un simple devaneo de mi imaginación?

Hizo una pausa, como si las preguntas no fueran retóricas y esperase que el alumno las respondiera.

—Eh... visto de esa forma...

—Este problema obsesionó a Descartes. ¿Cómo podía estar seguro de que las cosas que veía a su alrededor no formaban parte de un sueño o de un delirio? ¿Habría algo de lo que pudiera estar absolutamente seguro? ¿Qué crees tú, Benedictus?

Bento se frotó la barbilla, pensativo.

—No lo sé —dudó—, tal vez si se pellizcara...

—Tal vez si pensara —le devolvió el profesor de inmediato, tocándose las sienes con el dedo índice—. Esa era la respuesta correcta, como se dio cuenta Descartes. Pensaba. Quizá él no se llamaba realmente Descartes; a lo mejor la Francia en la que él había nacido ni siquiera existía, tal vez había soñado que había venido a vivir aquí, a la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos. Aun así, había algo de lo que no podía dudar. Que pensaba. Pensaba. Incluso cuando dudaba, no podía dudar de que dudaba. Eso era algo cierto, sólido, incuestionable. A partir de esa constatación indudable, a partir de esa primera certeza podría inferir otras certezas como consecuencia de la primera. La segunda certeza a la que llegó se impuso naturalmente.

Todavía con el mismo libro de Descartes en las manos, localizó una frase que previamente había subrayado. Giró la página hacia el alumno, cuyos ojos se fijaron en la expresión subrayada.

—*Cogito ergo sum* —leyó Bento. Miró al profesor con una expresión inquisitiva—. ¿Pienso, luego existo?

—Si pienso, primera certeza indubitable, es porque existo, segunda certeza indubitable. Pero era posible extraer una certeza más. Si yo, ser imperfecto, efímero y finito, tengo en mente un ser perfecto, eterno e infinito, concepto que está implementado naturalmente en mí, es porque ese tal ser perfecto, eterno e infinito existe. Si Él no existiera, yo sería incapaz de concebirlo. Si Lo concibo es porque existe. La causa de la idea de Dios solo puede ser Dios. Tercera certeza indubitable.

Al escuchar esto, Bento frunció el ceño.

—Por lo tanto, Descartes probó a través de la lógica que forzosamente Dios existe...

—Es lo que parece —respondió Van den Enden—. Él estableció el principio, ya implícito en Bacon, de que tenemos que determinar cuáles son los hechos indudables. Para eso, es necesario usar la duda como método, lo que nos permitirá identificar nuestras ideas erradas y librarnos de ellas. Todas las opiniones previas tienen que ser sometidas al escepticismo más radical. Solo las que pasan por esa criba pueden considerarse indudablemente verdaderas. Cuando finalmente los actos verdaderos se establecen más allá de cualquier duda, se vuelve necesario dar el paso siguiente: usar el método deductivo para sacar las respectivas consecuencias lógicas. Así, Descartes probó que es posible que nuestro conocimiento del mundo se asiente en certezas, pero para ello es necesario usar sus dos

métodos, primero el de la duda y después el de la deducción lógica.

Tremendamente curioso, Bento consultó algunas de las páginas del *Dissertatio de methodo*.

—Hmm... entonces, esta es la metodología que tanto excita las mentes de mis amigos *collegianten* —murmuró—. Duda y lógica como método, ¿eh?

—Es importante entender que el método cartesiano parte de las matemáticas —añadió el profesor—. Descartes era un genio matemático y concibió algo revolucionario en este área. Durante mucho tiempo, se pensó que el álgebra y la geometría eran irreconciliables, pero él consiguió unirlos y crear así una nueva disciplina matemática llamada geometría analítica. Eso muestra cuán excepcional era Descartes como matemático. Lo que le impresionaba en la matemática eran sus certezas transparentes, el hecho de que sus conclusiones se caractericen por la certeza de la universalidad, en contraste con las permanentes dudas y las múltiples ilusiones que caracterizan el mundo real. Eso le llevó a hacerse la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que la matemática sea tan fiable en un mundo tan ilusorio? Al analizar el problema, concluyó que eso sucedía porque las demostraciones matemáticas parten de un número mínimo de premisas simples, tan elementales y obvias que es imposible dudar de ellas.

—¿Como... por ejemplo?

Como respuesta, Van den Enden cogió una hoja en blanco y con un lápiz trazó una línea recta.

—Si quieres un ejemplo, aquí lo tienes —dijo mostrándole la línea que acababa de marcar en el papel—. El concepto de que una recta representa la menor distancia posible entre dos puntos. Ahí tienes una idea elemental, obvia, que parece evidente e incontestable para cualquier persona racional. Partiendo de una premisa inicial simple y evidentemente verdadera, como la de que esta recta es la menor distancia posible entre dos puntos, Descartes constató que era posible deducir demostraciones de una forma lógica, cada una de ellas igualmente indudable. Cuando se procede así, se multiplican los descubrimientos, ya que de deducción lógica en deducción lógica se llega, en pasos progresivos, a conclusiones nada simples y nada obvias, algunas muy útiles y todas incuestionablemente verdaderas. A través de las sucesivas deducciones lógicas, es posible hacer un descubrimiento detrás de otro, en una cadena infinita.

—¿Una cadena similar a la cadena de causa y consecuencia del mundo real?

Van den Enden silbó, con redoblada admiración.

—Eres rápido en entender, chico —constató—. Sí, eso es. De hecho, el uso de ese método en la matemática fue lo que le llevó, en el análisis de la realidad no matemática, a desarrollar su método, el método cartesiano, para extraer las verdades del mundo, ya que entendió que, de hecho, había una conexión entre el mundo de los números y el mundo real. Aunque yo esté despierto o dormido, dos más tres son siempre cinco, ¿cierto? Esta es una verdad de la matemática que también se encuentra fuera de la matemática. En el fondo, lo que él hizo fue aplicar la matemática al mundo real, inspirándose en la idea de Galileo de que la realidad se expresa a través del lenguaje matemático. —Hizo un gesto hacia los tres volúmenes—. Por eso, Benedictus, debes leer estos libros con mucha atención, ya que exponen la forma correcta de investigar la realidad.

El alumno ojeaba *Dissertatio de methodo*, y lo hacía con determinación, como si buscara algo.

—Cuando mis amigos *collegianten* me hablan de Descartes, dicen que él probó la existencia del alma. ¿Es así?

—Claramente se están refiriendo a la dualidad mente-materia —observó Van den Enden—. Descartes llegó a la conclusión de que los seres humanos son, en su esencia, mentes. Pienso, luego existo. Esto es un proceso mental. Puedo dudar de que el mundo físico existe, pero no puedo dudar que tengo una mente porque pienso. Luego, la existencia de la mente es la primera certeza. Pero al analizar la realidad también es obvio e incontestable que existe materia. El mundo físico está constituido únicamente por partículas en movimiento, sin poderes ocultos ni principios espirituales. La materia se mueve apenas debido a causas objetivas. Todo lo que sucede es causa y consecuencia. Algo sucede porque fue causado mecánicamente por algo y, a su vez, va a causar algo. Por tanto, la materia no tiene voluntad propia. Pero las mentes sí tienen. Eso significa que el mundo está constituido por dos tipos de sustancia, mente y materia. Una es el sujeto, la otra es el objeto. La primera es el observador, la segunda el observado. Una tiene libre arbitrio, la otra funciona mecánicamente en una eterna secuencia de causa-efecto. Mente y materia. Ahora, quien dice mente, dice alma. Aquí está la demostración.

Bento consideró la respuesta y, tras unos instantes, hizo una mueca poco convencido.

—El problema es que los seres humanos también se constituyen de materia —contrapuso—. Nuestros cuerpos. Si nuestros cuerpos tienen alma, ¿cómo se efectúa la interacción entre la materia y el alma?

El profesor emitió un nuevo silbido, impresionado con la

pregunta.

—Observación astuta —dijo—. Descartes estudió la fisiología humana y entendió que el cuerpo es una máquina. El corazón, por ejemplo, no es más que una máquina de bombear. Si el cuerpo es una máquina, el cuerpo es materia y está sujeto al principio causa-consecuencia. Entonces, ¿dónde se encuentra el alma? —Apuntó a la parte lateral de su cabeza—. Él descubrió que dentro de nuestro cerebro existe una glándula, la glándula pineal, donde se procesa la interacción entre el cuerpo y el alma, entre la materia y la mente. Es decir, es en la glándula pineal donde reside el alma.

—¿Cómo consiguió probar eso?

Van den Enden soltó una carcajada.

—*Verdorie!* —exclamó— ¡Caramba! ¡Tienes preguntas para todo, Benedictus! No te conformas con lo que te dicen, tienes que ir siempre al fondo de la cuestión. ¡Un verdadero cartesiano!

Se calló, como si ya estuviera todo dicho. Bento mantuvo los ojos fijos en él.

—¿Cuál es la respuesta?

El neerlandés se levantó bruscamente de su lugar e hizo un gesto vago con las manos.

—¡Qué sé yo! —acabó diciendo—. No soy médico ni anatomista. Eso forma parte de los estudios que Descartes llevó a cabo sobre el cuerpo humano. Si la memoria no me falla, concluyó que en la percepción sensorial de una imagen, la imagen se transfiere de los ojos a la glándula pineal y es la reacción de esta glándula la que determina la acción. Si es el alma quien determina la acción y si la glándula determina la acción, eso significa que la glándula es la sede del alma. Demostración hecha. —Apuntó hacia los libros—. En fin, lee los libros. Está todo ahí.

Evidentemente, la clase había terminado.

Se despidió con su cortesía habitual, Bento cogió los tres volúmenes que le había prestado, los guardó en su bolsa de rafia y se marchó del despacho.

Desde el pasillo escuchó las notas del clavicordio, era Clara María que seguía tocando. Se paró en la puerta de la salita en la que estaba y la vio inclinada sobre el instrumento musical, tocando las teclas con gracia. Suspiró como siempre lo hacía cuando la veía. Podía ser coja, pero aun así esa chica revelaba una gracia natural y, sobre todo, una inteligencia que le encantaba. ¡Qué ser tan maravilloso! Tenía que echarle valor para hacerle ver lo que sentía por ella. Antes o después, iba a tener que declararse.

Pero no ese día. Era tarde y tenía cosas que hacer en casa. Salió

de la escuela y se dirigió a la zona de Houtgracht, con Clara María flotando en su mente. Qué chica tan adorable. Todavía pensaba en ella cuando llegó a casa y cruzó la puerta.

Al entrar, se encontró con una pequeña multitud que hablaba en voz baja en el atrio. Todos se quedaron en silencio cuando lo vieron; sus miradas le parecieron perturbadoramente pesadas.

—¿Qué pasa?

Escuchó gemidos femeninos procedentes del cuarto de su padre y se dio cuenta de que se trataba de Rebecca. Alarmado, se dirigió inmediatamente hacia allí, pero antes se topó con el *jajam* Morteira. El rabino jefe traía una expresión de compasión en su rostro y le echó la mano por encima del hombro para consolarle.

—Tu padre era un gran hombre...

XIII

Faltaba media hora para que empezara la ceremonia del *sabbat*, pero Bento ya estaba plantado a la puerta de la sinagoga de Houtgracht en medio de los *tudescos*. Mientras esperaba, el joven fue observando a esos miserables por el rabillo del ojo. Estos judíos procedentes de los estados alemanes y de Polonia, conocidos entre los neerlandeses como *hooghduytsen*, eran desdeñados por todos los de la *Nação* al no tener el adecuado *yuchasim*, el *pedigree* de los ibéricos; no tenían nada que ver con el requinte, altivez y orgullo propio de los portugueses y españoles. Muy por encima de aquella escoria del este estaba la hidalguía ibérica, esta sí de linaje real de la Casa de David, la élite espiritual del judaísmo, los que tenían el verdadero *yuchasim*. ¿No decían los rabinos místicos que el *maschiach* o Mesías que rescataría a los judíos y los devolvería a la Tierra Santa, hablaba en portugués?

El hombre al que Bento estaba esperando apareció de repente en medio de los *yehudim*, caminando hacia la sinagoga, absorto en sus pensamientos. Sin perder tiempo, el joven fue de inmediato a su encuentro.

—Señor Álvares —se dirigió a él—. Disculpe que le moleste, pero no se ha olvidado de los cincuenta florines que me debe, ¿verdad?

Pillado por sorpresa, el recién llegado pestañeó.

—Eh... en fin... yo... yo no tengo aquí el dinero. Le pago... mire, le pago mañana.

—Bueno, señor Álvares, hace ya algún tiempo que me anda diciendo que me paga mañana —afirmó Bento, esforzándose por mantener un tono tranquilo. Sacó del bolsillo el documento que Álvares había firmado confirmando el préstamo y las fechas de pago —. Si se acuerda, le presté dinero para que pagara el transporte de joyas de Brasil, para su negocio de joyería, pero el plazo ya ha pasado hace algún tiempo y, lamento recordárselo otra vez, pero tiene que honrar la deuda. Como sabe, hemos sido pacientes, pero todo tiene un límite.

El hombre miró el papel con su firma.

—Mire, la verdad es que... en fin, ese documento solo puede pagarse en Antuerpia por Pedro de Palma. La mejor forma es...

—¡Señor Álvares! —atajó Bento, subiendo el tono de voz para mostrar que su paciencia había llegado a su fin—. Estas maniobras no funcionan más conmigo. O me paga lo que debe o desgraciadamente tendré que poner una denuncia en el tribunal.

Se sintió contra la espada y la pared y Álvares tragó en seco.

—Está bien —cedió—. Mi... mi hermano le pagará.

—¿Dónde está?

—Debe estar a punto de llegar a la ceremonia del *sabbat*. Vaya a hablar con Isaac y él le dará el dinero.

Como si tuviera prisa, Álvares se despidió apresuradamente y se dirigió con paso ligero hacia la sinagoga. En ese momento, el movimiento de *yehudim* en dirección al santuario se había intensificado considerablemente. Uno de los fieles, un hombre vestido con las mejores ropas, incluyendo un vistoso abrigo escarlata en seda, vio a Bento y fue inmediatamente a reunirse con él.

—¿Mi dinero? —le preguntó sin siquiera saludarle—. ¿Cuándo me paga lo que me debía su padre?

—¡Ah, las deudas! —suspiró el joven. ¿Cómo era posible que su padre se hubiera endeudado tanto? En vez de dejar una herencia a sus hijos, les había dejado deudas.

—Señor Suasso, sea paciente —le pidió—. No ignora que debido a la muerte de mi padre, tanto yo como mis hermanos enfrentamos ahora algunas dificultades. Como si eso no bastara, irrumpió el conflicto entre nuestra república y Portugal, por culpa de Brasil. Por eso, se han interrumpido nuestros abastecimientos del Algarve. En medio de este caos, tras el fallecimiento de mi padre, nos hemos visto sorprendidos por el descubrimiento de que él había acumulado una serie de deudas, incluida la suya. Aún estamos tratando las cuestiones de la herencia y nos hemos metido en el ramo de la joyería para conseguir algún dinero, para compensar los frutos secos que han dejado de venir a Portugal pero, como sabe, estas cosas llevan su tiempo...

—Lo entiendo, pero hay que pagar las deudas.

—Por supuesto, señor Suasso. En cuanto consiga desatar los nudos de la herencia, cobre unas deudas y facture algún dinero, iré con usted, puede estar tranquilo.

Mientras Suasso se marchaba de mal humor, Bento pensó que los acreedores de su padre le atosigaban. Aquellas idas a la sinagoga, con motivo del *sabbat*, se volvían verdaderamente penosas, ya que ofrecían a los acreedores oportunidades semanales para presionarle. Estaba a punto de reventar. ¿Cuánto tiempo más aguantaría aquel suplicio?

Una mano se le posó en el hombro.

—¿Y bien, chico?

Se giró y vio al *jajam* Morteira.

—Buenos días, *jajam*.

—Ya veo que no te dejan en paz. ¿Cómo vas a resolver este embrollo que has heredado de tu padre?

—Aún estoy viendo la mejor manera, *jajam*. Por ahora, mi hermano y yo hemos alterado el nombre de la compañía. Vamos a ver si usamos los contactos comerciales que tenía mi padre y conseguimos así proseguir con la actividad. Quizá consigamos sacar lo suficiente para pagar todo lo que debemos y que aún nos sobre alguna buena cantidad.

—Elohim, bendito sea Su nombre, os ayudará, estoy seguro de ello. Voy a rezar por el éxito de vuestra empresa. ¿Cómo se llama ahora?

—Bento y Gabriel Spinoza.

Paró un instante para memorizar el nombre para incluirlo en sus oraciones y después, el rabino jefe de la comunidad esbozó una expresión de conmiseración.

—Ah, no sabes cuánto echo de menos a tu padre —dijo, melancólico—. Miguel era una de las personas que más contribuía a esta comunidad. Que Adonai, bendito sea Su nombre, lo guarde para siempre entre los justos. Qué buen hombre. Y me atrevo a decirlo, un *yehud* como raramente ha habido otro igual. Pagaba la *finta*, pagaba la *imposta*, contribuía para la *promesa*, ayudaba al fondo de judíos pobres en Brasil...

No era la primera vez que el *jajam* Morteira hacía adrede esas referencias sobre el tema. La *finta* era el impuesto de la *Nação*, la *imposta* era el impuesto sobre los lucros de cada *yehud* y la *promesa* era la contribución voluntaria para el fondo de caridad de los *yehudim* portugueses. El mensaje implícito no podía ser más claro. ¿Debía continuar sin darse por aludido? Su padre siempre había sido un hombre muy empeñado en la causa de la comunidad y seguramente querría que sus contribuciones continuaran. No podía ignorarlo. De hecho, le debía ese gesto para homenajearlo como se merecía.

Sacó del bolsillo el dinero y lo contó.

—Aquí hay once florines y ocho *stuivers* para el fondo de caridad —dijo cuando terminó de contarlo, entregando el dinero al *jajam*—. Después, le daré cinco florines para la *finta* y otros cinco para los pobres de Brasil.

—Dios te bendiga, hijo.

El rabino guardó el dinero y se encaminó con paso ligero hacia la sinagoga, ya que se acercaba la hora de la ceremonia. La presión con el tema del dinero dejaba a Bento sin aliento. ¿Cuándo iba a terminar ese infierno de deudas o obligaciones? ¿Cuándo podría...?

Vio al hermano de Álvares.

—¡Señor Isaac! —le llamó, cortándole el paso—. Perdone que le moleste, pero hace poco su hermano me ha pedido que hable con

usted por los quinientos florines en deuda. ¿Me los podría pagar?

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Bueno, su hermano me ha dado instrucciones específicas para que se lo cobre a usted...

El segundo Álvares esbozó un gesto de enfado y echó a andar.

—¡Era lo que me faltaba! —exclamó, alejándose—. Quien paga las deudas de Antonio es Antonio, no yo.

Bento lo vio entrando por la puerta de la sinagoga y después desapareció en el interior. Aquello empezaba a superarle. Estaba harto de tener que andar detrás de Antonio Álvares y de sus tácticas dilatorias. Solo había una forma de resolver el asunto. Iba a tener que llevarle ante el tribunal. De otra forma, no iba a conseguir nada. Y no podía dejarlo ahí. Después de cobrar aquella maldita deuda, iba a tener que salir de ese ciclo infernal de compromisos financieros que le estrangulaban hasta el punto de que ya le resultaba difícil incluso respirar; Álvares era apenas uno de los muchos nudos que necesitaba desatar. Ahora bien, Bento tenía veintitrés años. Tenía que aprovecharse de ello. En cuanto consiguiera que Álvares le pagase lo que le debía, sus hermanos y él elaborarían una petición para declararse huérfanos y eso les iba a proteger de los acreedores. Era la única forma de salir de esa telaraña maldita.

Miró a su alrededor con una mezcla de ansiedad e impaciencia, intentando reconocer a Juan de Prado entre los *yehudim* que convergían en la sinagoga. ¿Por dónde narices andaría? Como su hermano Gabriel se había quedado en casa con gripe, Bento decidió invitar a su nuevo amigo español que había conocido en las clases de la *yeshivá* Keter Tora a uno de los lugares que desde hacía tiempo estaban reservados a los Spinoza en la sinagoga. De alguna forma, le daba la sensación de que era un alma gemela, alguien que nutría las dudas que también le inquietaban el espíritu, la única persona con quien podía compartirlas abiertamente.

Por fin lo vio.

XIV

El rostro esquelético de Juan de Prado surgió entre la multitud, venía acompañado de otro hombre que Bento no reconoció. Al acercarse, el español se quitó el sombrero.

—Hola, Benito —le saludó. Hizo un gesto a su acompañante—. Este es Isaac.

El acompañante de Prado, un hombre con ropa de seda y aspecto casi señorial, también se quitó el sombrero.

—Isaac La Peyrère, a sus órdenes.

El portugués recién llegado tenía un acento raro, con unas erres guturales y las vocales abiertas en la última sílaba; ¿sería catalán o asturiano?

—¿Cómo está? —lo saludó Bento—. ¿De qué zona de España es?

—Acabo de llegar de Francia, *mom ami* —aclaró Isaac, haciendo un floreado con las manos—. Aunque tenga origen portugués, ya que mis antepasados eran los Pereira, en realidad soy francés. *Voilà!* He sido secretario del príncipe de Condé, y mi amigo aquí en Ámsterdam es el rabino Menashé ben Israel.

—¡Isaac está metido en un gran escándalo! —reveló Prado con una carcajada—. ¡Ay, madre mía! ¡Menudo escándalo!

Bento hizo un gesto de curiosidad.

—Es por culpa de mi *Prae-Adamitae* —aclaró el recién llegado poniendo cara de afectado—. Pero no sé si debería contárselo, el contenido del libro es quizá demasiado escandaloso y usted todavía es muy joven como para...

—Cuenta, cuenta —le animó Prado, dándole una palmadita en la espalda—. Benito es de confianza, hombre. No es un tonto supersticioso como los demás.

Dicho esto, Isaac La Peyrère se dejó de remilgos. Se inclinó hacia el portugués y bajó la voz, como si le fuera a contar un secreto.

—Lo que explico en mi libro es que Adán y Eva no fueron los primeros seres humanos. El descubrimiento de los portugueses y españoles de pueblos extraños por todo el planeta muestra que hay personas con otros orígenes. ¿Un negro de África, un indio de Brasil o un esquimal del Polo puede descender de Adán y Eva? *Mon Dieu*, ¡no tiene ningún sentido! *Et voilà!* Por eso, mi *Prae-Adamitae* muestra que antes de Adán y Eva ya había seres humanos en la Tierra en estado natural, privados de las leyes divinas y del conocimiento de Dios. —Arqueó las cejas—. Lo que nos pone en un problema, *n´est ce pas?*

Bento entendió lo que eso implicaba.

—La Biblia está errada.

—*Voilà!* —exclamó Isaac—. Al contrario de lo que se dice por ahí, la Biblia no cuenta la historia de los hombres, cuenta solo la historia de los judíos y de la misión que Dios les dio: erigir Su reino en la tierra. Adán no fue el primer hombre, fue el primer judío. Y Eva fue la primera mujer judía. Las Sagradas Escrituras no son más que una versión incorrecta de lo que verdaderamente pasó. Es más, basta ver que es falso que haya sido Moisés quien escribió el Pentateuco, *n´est ce pas?*

Todo aquello encajaba en lo que Bento había ido constatando a lo largo de los años, desde las incongruencias que bien pequeño había detectado en la Biblia, hasta lo que Van den Enden le había enseñado recientemente. Todas esas ideas iban madurando en su cabeza y sintió que dentro de poco no iba a conseguir mantener en secreto esos pensamientos.

—Su libro parece realmente interesante —observó el joven—. ¿Dice que es un estudio sobre el origen de los hombres?

—Es una profecía.

—¿Una profecía?

—Se acerca el período final, *mon ami!* ¡Se anuncia para breve la era mesiánica! Bajo la égida de Jesús, el verdadero mesías, y también del rey de Francia, que *Dieu le bénisse*, el Señor llamará a los judíos y los llevará a la Tierra Prometida. Una vez en Jerusalén, Jesús y el rey de Francia gobernarán juntos el mundo, que va a tener que redimirse. Los judíos conocerán la salvación, aceptarán la resurrección y divinidad de Jesús, se convertirán en cristianos.

Bento se quedó mirando a su interlocutor con expresión de estupefacción. La primera parte de lo que había dicho tenía sentido y coincidía con todo lo que él mismo ya había concluido: la Biblia estaba equivocada y su autor no era Moisés. Todo lo demás le dejaba desconcertado. ¿Qué era eso de que Jesús y el rey de Francia gobernarían el mundo a partir de Jerusalén y de que los judíos se iban a convertir al cristianismo? ¿Estaba delante de un alucinado?

—Tienes que leer el libro, Benito —le recomendó Prado, al ver que su amigo dudaba—. Sé que puede que haya ciertas cosas que consideres... eh... discutibles. Pero también hay en el texto observaciones muy pertinentes, te lo aseguro. Isaac está causando un gran escándalo con su obra, ¿qué crees? Ya le han llamado hereje y todo.

Las palabras del andaluz tranquilizaron a Bento; por lo visto, el *Prae-Adamitae*, aunque tenía extravagancias de carácter mesiánico, merecía la pena ser leído.

—Solo hay algo que no entiendo —observó—. Si el señor La Peyrère es judío, ¿cómo defiende que los judíos sigan a Jesús y se conviertan en cristianos? Es más, la resurrección de Jesús no tiene ningún sentido. Acepto literalmente la pasión, muerte y entierro de Cristo, pero su resurrección solo puede entenderse desde un punto de vista alegórico.

—¿*Mon ami*, no cree que Jesús sea la encarnación de Dios?

—La encarnación de Dios en Jesús solo puede entenderse en el sentido de que su sabiduría divina está presente en gran medida en Jesús —fue su respuesta—. En cuanto a la idea de que Dios tomó en Jesús la forma humana, confieso que no entiendo lo que dicen. A decir verdad, eso me parece tan absurdo como afirmar que un círculo tiene la forma de un cuadrado.

Isaac La Peyrère pareció desilusionado.

—Lamento oír eso, *mon ami*. Sabe, aunque provengo del judaísmo portugués, en realidad me convertí al cristianismo y tengo la esperanza de que un día pueda convencer a los judíos de aceptar la palabra de Jesús.

—¿Es usted cristiano? —se sorprendió Bento—. Perdone, no quería ofenderle.

En ese momento, una figura se acercaba hacia ellos, se giraron para ver quién era. Bento reconoció a Baltasar de Castro y puso cara de enfado; ¿qué quería decirles ese médico que se había convertido en el más ortodoxo de los ortodoxos judíos?

—Hay quien llega al judaísmo después de haber estudiado en la idolatría ciencias profanas como lógica, física, metafísica y medicina —exclamó el recién llegado en tono de sermón indignado, apuntando con el dedo al aire como si fuese el propio Moisés vituperando a los judíos perdidos—. Esos no son menos ignorantes que los demás, pero vienen cargados de vanidad, de orgullo y de soberbia, convencidos de su ciencia en todas las materias y saberes. ¡Ah, qué poco saben de lo esencial aquellos que creen que lo saben todo! Son acogidos bajo el manto benigno del judaísmo, empiezan a oír a aquellos que les dicen lo que ellos no saben, pero su vanidad y orgullo les impiden recibir la doctrina que los sacaría de la ignorancia. Creen que pierden la estima de los doctos solo porque se dejan enseñar por aquellos que lo son en materia de la Santa Ley y usan grandes ciencias para contradecir lo que no entienden. Creen que deben hacer valer los argumentos sofísticos que reciben de su ciencia y que no tienen ningún valor. Y peor todavía, obtienen esas opiniones de quienes, por su juventud o su mal carácter natural, se creen más inteligentes.

En ese momento sonaron las campanas de las iglesias en los

alrededores, indicando la hora que coincidía con el comienzo de la ceremonia en la sinagoga. Prado hizo un gesto hacia la puerta del santuario de la *Nação*, como pretexto para librarse del inoportuno.

—Bueno, bueno —dijo, casi empujando a Bento—. Es hora de que entremos en la *esnoga*. —Hizo un gesto de despedida—. Adiós, doctor Castro. Adiós Isaac. Luego hablamos.

Se despidieron con prisa de Isaac La Peyrère, lanzaron un gesto vago en dirección al exaltado Baltasar de Castro y, sin más demora, ambos se encaminaron hacia la sinagoga.

—Este doctor Castro está cada vez más insoportable —se desahogó Bento cuando estuvieron a una distancia suficiente para que no les oyera—. ¿Ha oído toda esa conversación vituperando el orgullo? ¡Caramba! Su judaísmo transborda los valores católicos y el hombre ni se da cuenta, pobre.

—Sin duda —estuvo de acuerdo Prado—. ¿A qué ha venido ahora toda esa perorata? ¿Está loco o qué?

—Parece que ha oído por ahí que andamos haciendo afirmaciones poco ortodoxas sobre la religión y ahora se pone a amonestarme siempre que me ve. —Bufó—. ¡Es un pesado!

Se acercaron a la entrada de la sinagoga, donde se aglomeraban los últimos demorados y esperaban su turno para entrar.

—¿Qué te ha parecido Isaac?

—¿El *mon ami*?

—*Voilà!*

Se rieron los dos.

—A pesar de los desvaríos, puede que el libro que ha escrito, el tal *Prae-Adamitae*, tenga algunas cosas que valga la pena leer. Si está siendo un escándalo, seguramente está metiendo el dedo en la herida, por eso duele tanto. ¿Ya está a la venta?

—Después te consigo un ejemplar, tranquilo.

Cuando finalmente el camino quedó despejado y todos ya habían entrado, los dos rezagados por fin cruzaron la puerta.

XV

La sinagoga estaba repleta de fieles, ya casi no había sillas vacías. Todo el mundo conversaba animadamente. Los corredores de bolsa discutían una información que un familiar de su red de contactos había enviado de Ceuta, mientras los comerciantes debatían las dificultades en algunos transportes de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, de la cual muchos portugueses eran accionistas; el emprendimiento y el espíritu de iniciativa dominaba a aquellos hombres. Pero también había quien se enzarzaba en simples cotilleos o contaba chistes, las carcajadas eran frecuentes. Hasta que la ceremonia religiosa no empezaba, siempre era así en la sinagoga.

Los dos rezagados fueron abriéndose camino entre la masa compacta, metiéndose por entre los *yehudim* en dirección a los lugares delanteros.

—Los asientos de mi familia están en la quinta fila.

Llegaron a esa fila y ocuparon los lugares reservados desde hacía muchos años a los hombres de la familia Spinoza.

—Mira, Benito, al llegar te vi hablando con Antonio Lopes Suasso —dijo el judío español después de que se instalaran—. ¿Qué te ha dicho ese pícaro?

—Era por culpa de una deuda de mi padre —indicó Bento—. ¿Por qué le llamas pícaro?

Las miradas de ambos se fijaron en el banquero que charlaba, sentado en la primera fila, que estaba reservada a los hombres más importantes de la *Nação*.

—¿Suasso? Un pícaro de primera. Está casado con una portuguesa, como requiere la buena moral, pero tiene una amante holandesa, una tal Margareta, incluso tiene hijos con ella. Su padre ya era así.

—¿El viejo Francisco también le hizo hijos a Margareta?

—Hombre, no, hijos a otra holandesa. —Señaló a otro anciano, delante de él—. Cada uno con su amante. Allí, Jerónimo Henriques, por ejemplo, más de lo mismo. Dejó embarazada a una empleada noruega y, a pesar de ello, todavía ocupa las primeras filas como si fuera el más virtuoso de los *yehud*. Ay, madre mía, lo que no faltan son casos así. Todos lo hacen, todos lo saben y todos hacen la vista gorda, incluyendo los muy píos señores de *ma´amad*. Una gran hipocresía.

Bento no dijo nada. Aunque no apreciara esas conversaciones, sabía que en realidad era mucho más que puros cotilleos. La ley judía

era clara: los judíos solo se podían relacionar con judías. Las mujeres gentiles o paganas estaban totalmente vedadas. La propia ley emitida por los burgomaestres holandeses prohibía las «relaciones carnales» entre judíos y cristianas, incluso con las de mala fama. Pero los portugueses, quizá porque habían heredado prácticas de su vieja y viril patria, no respetaban esas prohibiciones y mantenían relaciones con empleadas holandesas o de otras nacionalidades que se encargaban de las tareas domésticas. No faltaban en Ámsterdam bastardos de esas uniones clandestinas.

—Quizá, yo mismo un día me case con una holandesa.

Al escucharlo, Juan de Prado miró a su amigo con cara de sorpresa.

—¡Ay, Benito, al final el pícaro eres tú! —Exclamó, soltando una carcajada—. ¡Joder! No me digas que también andas por ahí en «relaciones carnales» con tu sopera...

—¡Qué sopera ni qué niño muerto!

—Entonces, ¿quién es?

—A ti te lo voy a contar...

—Venga, hombre, cuenta.

Bento era muy cuidadoso con su vida privada y normalmente habría guardado silencio. Pero necesitaba desahogarse y Juan de Prado era su amigo; sabía que podía confiar en él. ¿Acaso no servían los amigos para esas charlas?

Bajó la voz.

—Es... es una profesora de la escuela.

—¿En Keter Tora hay profesoras?

—Estoy hablando de la escuela de Van den Enden.

El español lo miró con la duda clavada en sus ojos, como si tratara de entender si Bento estaba quedándose con él. La expresión de su amigo le dejó claro que estaba hablando en serio.

—¿Tú? ¿Casarte con una profesora holandesa? ¿Quién es?

—Nada, nada. No es nada.

Juan de Prado le dio una palmadita en la espalda, para animarle.

—Venga, hombre, cuéntamelo.

Bento mantuvo la voz baja.

—Es... es la hija de Van den Enden.

—¿Qué? ¿El dueño de la escuela? —se sorprendió—. ¿Su hija acepta convertirse al judaísmo?

—Tranquilo, que la «conversación» todavía no ha llegado a ese punto —lo frenó el joven—. Y cuando suceda, no le voy a pedir que se convierta. Ella hará lo que quiera.

—Pero... ¡ningún judío se puede casar con una gentil! Nuestra ley

no lo permite... es más, tampoco lo permite la ley neerlandesa.

No es algo en lo que Bento no hubiera pensado ya. Lo había pensado y mucho. Pero apenas lo había pensado para él, en secreto, sin atreverse a enunciar en voz alta los pensamientos prohibidos que hacía tanto tiempo le rondaban la cabeza. Esos pensamientos no se limitaban a la posibilidad de casarse con una gentil. Íntimamente, había empezado a cuestionarlo todo. ¿Cómo iba a quedarse indiferente a lo que iba aprendiendo sobre religión y la verdadera naturaleza del mundo y de la realidad y no sacar consecuencias que se imponían, incluso en lo que se refería a su vida personal?

No podía.

—Renegaré del judaísmo.

Al escuchar estas palabras, Juan de Prado abrió los ojos como platos, incrédulo.

—¿Perdona?

La verdad es que Bento nunca había hablado tan en serio. No era una frase sin pensar, proferida en el calor del momento y por un hombre enamorado que estaba dispuesto a eliminar cualquier obstáculo que se interpusiera entre su amada y él; era una idea que había ido madurando casi sin darse cuenta; el resultado gradual de haber ido acumulando conocimientos que en silencio le habían alimentado el espíritu durante años y años. Y en ese momento, en ese preciso momento, salió gracias a un pensamiento sobre Clara María, pero podría haber salido por cualquier otra cosa. Lo que es cierto es que se trataba de un secreto que ahora expresaba al mundo con fuerza. No quería más ilusiones, ni más pensamientos secretos, ni fingir más. El silencio había llegado a su fin.

Hizo un gesto largo, para señalar el interior de la sinagoga.

—¿Cree que me iba a importar mucho renunciar a lo que aquí vemos? —preguntó Bento, con una tranquilidad desconcertante—. Usted mismo, Juan, ha dicho que todo esto es una hipocresía. Pregonan una cosa y hacen otra, incluso lo que pregonan no tiene ningún sentido. ¿Por qué narices un judío no se puede casar con una gentil? ¿Qué es lo que nos hace superiores a los demás? Basta usar la razón y la lógica para entender que nuestra religión, en realidad la mayoría de las religiones, están más llenas de agujeros que un calcetín viejo.

El español se rascó la cabeza.

—Ay, estás peor que yo —constató, pero sin ironía—. ¿Qué bicho te ha mordido, hombre? —Bento hizo un gesto de indiferencia.

—No ha sido un bicho, ha sido la razón. Basta leer a Descartes.

Al escuchar ese nombre en ese lugar, Juan de Prado se aterrorizó.

—¡¿Descartes?! —exclamó en un susurro escandalizado. Miró alrededor y comprobó que algunas miradas se posaban en ellos; claramente, algunos los habían oído. Se inclinó hacia su amigo—. Habla más bajo.

—Ahora con esas —le devolvió el joven—. Hablo como me plazca.

—¿Te has vuelto loco, hombre? Si saben que andas leyendo a Descartes, todavía te excomulgan...

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿No viste lo que pasó con Uriel da Costa?

¿Cómo iba Bento a olvidar algo así?

—Me da igual —dijo con evidente desidia—. Mi padre ya está muerto, no tengo que seguir fingiendo que soy un gran creyente solo porque necesito mantener el *shalom bayis*.

El español no sabía qué decir ante tamaño atrevimiento. Él mismo alimentaba muchas dudas ante todo lo que había aprendido sobre religión. El judaísmo secreto que practicaba en España siempre había sido fraternal, hecho de amistades, solidaridades y complicidades benignas propias de quien practicaba la clandestinidad con otros en la misma condición. Precisamente para ir en busca de ese sentimiento había huido a Ámsterdam. Sin embargo, allí había encontrado un judaísmo lleno de normas y de doctrinas dogmáticas que le había desilusionado profundamente. No era lo que buscaba. Le pidieron que abrazara un sistema de normas que no se parecían en nada a su educación y le pidieron que creyera en cosas que le parecían que retaban a la lógica. Las dudas que antes había tenido respecto al catolicismo se habían transferido al judaísmo. Aun así, aunque siempre había sido un provocador, nunca se olvidó de mantener la cautela. El problema era que su amigo portugués de repente decía aquellas cosas, en plena sinagoga, en medio de un *sabbat* y, por lo visto, le daba igual que le oyeran.

—Mira, ese Descartes te ha comido la cabeza, ¿eh?

—Él tan solo nos dice que usemos la cabeza y que pensemos —respondió Bento. Lo pensó mejor—: A decir verdad, ya había aprendido eso con Maimónides y con el mismísimo *jajam* Morteira. Es la razón la que nos abre las puertas a Dios, me explicó una vez el *jajam*. ¿Sabes qué? Tenía razón. Descartes fue solo la conclusión lógica del pensamiento iniciado por Maimónides. ¿Usted es consciente de que Descartes desarrolló un método infalible para descubrir la verdad?

—Por supuesto.

—Imagínese un cesto lleno de manzanas —sugirió el joven, tan enamorado de este tema que ni siquiera se daba cuenta de que estaba

siendo blanco de todas las miradas—. Si teme que algunas se pudran y contaminen a las demás, ¿qué haría usted, doctor? Las sacaría todas de la cesta, las examinaría una a una para ver cuáles son las que tiene que tirar. Las que sobren serán las buenas y puede devolverlas al cesto, ¿cierto?

—¿Y bien?

—De la misma manera, las personas guardan en la mente múltiples ideas desde su infancia. ¿Cómo separamos las verdaderas de las falsas? Solo hay una forma: hay que analizarlas una a una, usando la duda y la lógica con métodos de filtros. Cuando has determinado cuál es cuál, las que no pasan la prueba se las clasifica como falsas y las apartamos para que no contaminen a la demás. Solo nos quedamos con las ideas verdaderas. Así llegaremos a la verdad sobre el mundo.

—¡Ay, hombre! La verdad, la verdad...

Bento volvió a señalar al interior de la sinagoga.

—Empezamos por nuestra propia religión —dijo—. Me he puesto a releer la Torá y a examinar cada afirmación y cada episodio, una a una y uno a uno. He usado la duda y la lógica como enseña Descartes y, ¿sabe qué es lo que ha pasado? Solo he encontrado ideas falsas, unas detrás de otras.

El español volvió a mirar a su alrededor, inquieto. Por las miradas, confirmó que la conversación cada vez estaba captando la atención de más *yehudim*.

—Shh —le dijo a su amigo—. Acaba con esta conversación. Nos están oyendo.

—Me da igual —fue su respuesta, y lo dijo medio indiferente, medio enfadado—. Estamos en Ámsterdam, no en las tierras de la idolatría y por eso, a partir de ahora, diré lo que pienso. Maimónides ya lo estableció en la Torá y solo puede haber una lectura literal cuando no contradice la lógica. Siempre que hay una contradicción, tenemos que sustituir la lectura literal por la lectura metafórica. Pero doctor, ¿qué lectura metafórica podemos hacer cuando se dice que el mar Rojo se abrió para que Moisés y los nuestros pasaran? ¿Cómo va a ser eso posible? ¿El agua se transformó en sangre? ¿De qué forma? ¿El sol se paró en el cielo durante casi un día entero en la batalla de Gabaón? ¿Qué disparate es ese? No hay lectura metafórica posible en esos casos.

—Supongo que por eso se los llama milagros...

—¿Qué milagros? La idea de que las leyes de la naturaleza pueden alterarse arbitrariamente es algo que la lógica niega, incluso ya incomodaba al propio Maimónides. Y, aunque Maimónides evidentemente evitara decirlo, ya que sería una blasfemia, ya hemos

visto que prohibir la lógica es una idea falsa. La manzana podrida. El problema es que las ideas falsas que hay en la Torá son inmensas, *nem sequer* conseguimos contarlas todas. ¿Cómo puede ser verdadera una religión que se basa en ideas falsas? ¿Cómo se explica que...?

—¡Cállese! —protestó alguien en la fila de atrás—. ¿Cómo se atreve a decir esas cosas aquí?

—¡Es un impío! —añadió otro—. Estas blasfemias ofenden a Elohim y son la desgracia de todos los *yehudim*.

Con un golpecito en el codo, Juan de Prado pidió a su amigo que se callara inmediatamente, un consejo innecesario porque Bento ya se había dado cuenta. Durante unos instantes pensó que ya era demasiado tarde, porque otros *yehudim* se sumaron a las protestas, pero al aparecer el *jajam* Murteira ante la congregación, el silencio acabó imponiéndose al murmullo exaltado. Para alivio de Bento y de Juan de Prado, empezó la ceremonia del *sabbat*.

El joven buceó en el silencio más profundo. Se le pasó por la cabeza levantarse e irse, pero el respeto por la memoria de su padre lo detuvo. Fue en nombre de esa memoria que permaneció el resto del tiempo en la sinagoga, siguiendo la ceremonia como siempre había hecho desde la infancia. Pero estaba claro que, tanto su mente como sobre todo su corazón, ya no estaban allí.

XVI

En el momento en que Bento salía de casa con su saco de rafia vio a su hermano, que aparecía en la esquina y se metía por Burgwal, el callejón de Houtgracht donde vivían. Había terminado de comer, pero Gabriel se había marchado por la mañana para ir al mercado a hacer contactos con los comerciantes neerlandeses interesados en el transporte de piedras preciosas que la compañía Bento y Gabriel de Spinoza había conseguido gracias a un agente en Goa, conectado con la ruta portuguesa hacia la India. Se dio cuenta de que su hermano caminaba deprisa, casi corriendo y, por la forma como gesticulaba a distancia, estaba claro que traía novedades.

—¡Han detenido a Álvares! —anunció Gabriel cuando se encontraron en medio de la calle—. Su hermano venía perdido de Uylenburg. El juez ha ordenado su prisión y la policía se lo ha llevado.

Ahí tenía una novedad interesante. Por lo visto, la justicia funcionaba deprisa y sin complicaciones en la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos.

—¡Venga ya! —exclamó Bento—. La acción judicial que pusimos para que el moroso pague los quinientos florines ha dado sus frutos, ¿eh?

—Isaac Álvares está que trina, tenías que verlo. Y muy preocupado, claro. En medio de los gritos, aseguró que su hermano nos pagará lo que nos debe.

Bento hizo una mueca.

—Hmm... ¿y cómo piensa hacerlo? Porque estoy harto de promesas...

—Isaac explicó que su hermano tiene que ir a buscar un dinero a un tipo que vive allí, en la De Nes. Como no le pueden liberar, la policía se ha responsabilizado de escoltarlo, solo le pondrán en libertad cuando te entregue el dinero. Él quiere quedar contigo hoy mismo.

—¿Dónde?

Gabriel sacó un papel del bolsillo y lo miró.

—En una posada llamada De Vier Hollanders, en De Nes. A las seis de la tarde—. Miró a su hermano—. ¿Qué le respondo?

Bento cogió el papel y vio la dirección. La solución para ese caso parecía finalmente a la vista.

—Dile que allí estaré.

Sin perder tiempo, Gabriel se fue con el recado. Después de verle cruzar la esquina, Bento se echó a la espalda el saco de rafia y retomó

el camino hacia Singel.

Al entrar en la escuela de Van den Enden se encontró con un enorme bullicio. Los alumnos de latín vestían túnicas blancas, de estilo romano, y corrían de un lado a otro con papeles en las manos, leyéndolos en voz alta; se trataba de proclamaciones hechas en latín, con tono dramático. En medio de todos estaba Clara María, parecía ser el epicentro de aquel torbellino.

—*Audire vocem visa sum modo militis* —proclamó la chica con gestos exagerados, sin dejar de declamar—. *Atque eccum. Slave mi Trasón!*

Otro alumno de latín, Lodewijk Meyer, reaccionó a estas palabras y también leyó su papel. Se llevó las manos al corazón, en un gesto sentimental.

—*O Tais mea, meum savium, quid agitur? Ecquid nos amas de fidicina istac?*

—*Quam venuste!* —intervino Dirk Kerckrinck en el mismo registro teatral—. *Quod dedit principium adveniens!*

Recuperado de la sorpresa, sin todavía entender lo que veía, Bento los interrumpió.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué estáis haciendo? ¿Os habéis vuelto locos?

Todos suspendieron sus gestos, como si de repente se hubieran quedado congelados y a continuación empezaron a reírse, conscientes del ridículo; era divertido imaginar lo que estaría pensando el compañero que acababa de llegar.

—Es Terencio —anunció Clara María, que se acercó hacia él con unas cuantas hojas en las manos que había cogido de una estantería—. Papá quiere que hagamos una obra de teatro y ha elegido *Eunuchus*, de Terencio. Cree que es la mejor forma de que todo el mundo aprenda el latín de forma divertida y pedagógica. —Le entregó las hojas—. A usted, como es el alumno más avanzado en latín, y con creces, le ha tocado el papel de Fedro.

Bento miró las hojas, sin entender nada.

—¿Fedro?

—Es el hijo pequeño de Demea, un noble ateniense. —Señaló a Dirk—. Él hará de esclavo, un personaje relacionado con el suyo.

Su compañero le hizo una venia.

—Soy Parmenón. A sus órdenes, amo.

—Yo soy Trasón, un soldado —se identificó Meyer—. ¡A sus órdenes, comandante!

—Y yo soy Tais —se presentó Clara María—. Una cortesana extranjera de la que se enamora Fedro.

No esperaba escuchar estas últimas palabras y en los oídos de Bento sonó una música celestial. ¿Iba a actuar con Clara María?

—¡Ah! —exclamó, recomponiéndose de la sorpresa—. Eso quiere decir que en la obra... ¿me enamoro de usted?

Ella esbozó un gesto de resignación.

—Sé que es algo embarazoso para un gentilhombre como usted, tan educado y tan bien parecido, fingir que está enamorado de una pobre holandesa, fea y deficiente, aunque sea apenas para efectos de la obra de teatro —se lamentó, haciendo un mohín—. ¿Cree que será capaz de tan grande y noble sacrificio?

Un coro de protestas se levantó entre los alumnos, para protestar por la forma como se había descrito a sí misma.

—¡Qué disparate! —protestó Meyer—. ¡No eres nada deficiente!

—¡Y mucho menos fea! —añadió Dirk—. ¡Eso nunca!

Bento se inclinó hacia Clara María y le devolvió la venia.

—Es un honor enorme haber sido elegido para actuar con la doncella más hermosa de toda Ámsterdam —se escuchó decir a sí mismo—. Y más importante que eso, la más inteligente de todas.

Ahora el coro fue de aprobación.

—¡Bien dicho!

—¡Una latinista ilustre!

La chica levantó las manos, para que se callaran.

—¡Ya vale de hacer la pelota a la profesora! —ordenó, provocando una carcajada general. Se giró hacia Bento—. Por favor, lea su texto y empiece a memorizar sus diálogos, que no son pocos y le van a dar bastante trabajo. —Se giró hacia el resto—. Los que ya se lo han leído, continúan el ensayo conmigo. —Consultó su diálogo en las hojas y miró a otro alumno que hacía de actor—. *Plurimum merito*...

El grupo volvió a la lectura del guion interpretada en voz alta, Bento se sentó en un rincón y buceó en el texto de Terencio. Sabía que el dramaturgo romano había sido esclavo en Cartago y había quien admitía que su origen fuera ibérico. ¿Acaso un lusitano? Lo cierto es que Terencio le suscitaba cierto interés. La obra de teatro contaba la historia de amor entre un joven ateniense, Fedro, que él iba a interpretar, y una cortesana extranjera que trabajaba en un burdel, Tais, representada por Clara María. Para aconsejar a Fedro estaba Parmenón, su esclavo encarnado por Dirk, y fueron precisamente las palabras de Parmenón las que más le llegaron al alma, en una escena en la que el esclavo le aconsejaba no ceder delante de Tais: «Cuando no pudiéndolo tú sufrir, sin llamarte nadie y sin hacer las paces, vinieres a su casa mostrando que la amas y que no puedes soportar su ausencia, acabado has, no hay más que hacer, perdido eres. Burlarse

ha de ti cuando te sintiere rendido. Ella hará contigo lo que quiera». Después venía uno de los diálogos más poderosos. «En el amor hay todas estas faltas: agravios, sospechas, enemistades, treguas, guerras, luego paces. Quien cosas tan inciertas pretendiese regirlas con razón cierta, sería como quien quisiese hacer el loco con buen seso».

Se detuvo a reflexionar sobre las palabras que acababa de leer. Las cosas inciertas pueden volverse ciertas a través de la razón. ¿Esa idea de que la razón era la llave que permitía abrir la puerta del conocimiento ya existía entre los romanos? Ahora entendía el motivo por que Van den Enden había elegido *Eunuchus* para hacer esa representación teatral. Los alumnos ejercitarían el latín en el escenario y, a la vez, interiorizarían la importancia de usar la razón para desvendar los misterios del mundo. El esclavo Parmenón le pareció, de lejos, el personaje más interesante de toda la obra y, aunque no lo interpretaba, decidió memorizar también todos sus diálogos; había grandes lecciones a retirar de las frases que Terencio había colocado en la boca de Parmenón.

—Si la vista no me falla, no estás leyendo a Hobbes...

Al escuchar la voz del dueño de la escuela, Bento dio un salto en la silla y se puso inmediatamente de pie.

—Es la obra de Terencio, maestro —balbuceó de forma confusa—. Su hija... eh, la profesora Clara María me ha dicho que yo iba a interpretar al personaje de Fedro. Estaba leyendo sus diálogos.

—Haces bien, chico. Vamos a representar la obra *Eunuchus* con gran estilo. Como nunca antes se ha visto en Ámsterdam. —Soltó una risa baja—. Me va a encantar ver la cara de los idiotas de los calvinistas cuando vean la sorpresa que les estoy preparando.

—¿Sorpresa, maestro?

Van den Enden señaló a su hija, que seguía ensayando con el resto de los alumnos.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que vamos a tener una mujer en el escenario? —Al darse cuenta, Bento casi tuvo ganas de darse una bofetada. ¿Dónde narices tenía la cabeza? ¡Claro que ver a una mujer en el escenario, actuando en una obra de teatro, iba a ser un gran escándalo! Por norma, los personajes femeninos eran representados por hombres travestidos, pero Van den Enden, con sus ideas modernas, iba a quebrar las reglas de la decencia e iba a colocar a su hija en el escenario. Algo así no se había visto antes en ninguna parte del mundo civilizado. ¡Solo en la liberal Ámsterdam! ¡Ah, no se podía perder algo así!

La perspectiva del escándalo le dibujó una sonrisa en los labios.

—Mire a ver, que los *predikanten* son capaces de incendiar el

teatro, maestro...

—No te preocupes, chico —le respondió el profesor con confianza—. Ahora que De Witt es el gran pensionario, los idiotas de los calvinistas no pueden hacer nada en contra nuestra. Las Provincias Unidas son de los liberales.

Con la reciente muerte del estatúder Guillermo II, que había dejado un hijo demasiado joven como para gobernar, la asamblea holandesa había elegido a Johan de Witt como gran pensionario. En la práctica, se había convertido en el efectivo jefe del gobierno de Holanda. Como se trataba de la más poderosa de las siete Provincias Unidas de la república neerlandesa, eso lo convertía en la persona más importante del país. De Witt, todos lo sabían, era el más iluminado de todos los gobernantes del mundo. Sus seguidores liberales, así como Bento, que era uno de ellos, estaban convencidos de que su apuesta por el conocimiento y el comercio libre traería a los Países Bajos un progreso y prosperidad sin igual.

—¡Menos mal que tenemos a De Witt!

En ese momento, el profesor se fijó en el saco de rafia apoyado a los pies de la silla; sabía que era allí donde normalmente el alumno traía y llevaba los libros que le prestaba.

—No me digas que ya has leído el libro de Hobbes que te presté...

Orgulloso de sí mismo, Bento sacó el volumen del saco. Se trataba de *De Cive*, una de las obras que Rieuwertsz le había enseñado cuando visitó la Het Martelaarsboek, durante la primera reunión con los *collegianten*. Además del autor y del título, la portada hacía referencia al editor de Ámsterdam y al año de 1647.

—Lo leí en dos días —reveló—. Es interesantísima la forma como muestra la evolución social del hombre, desde la condición natural de un estado de guerra de todos contra todos, hasta el momento en que los hombres deciden perder una parte de su libertad y entregar el poder a un soberano, para establecer así la paz. En el fondo, ese es el primer gran alcance de la constitución de la sociedad. Las personas querían...

Van den Enden lo detuvo con un gesto de impaciencia.

—La clase de hoy es sobre el estudio de *Eunuchus*, de Terencio, no del *De Cive*, de Hobbes —recordó—. Vamos a dejar a Hobbes para otra oportunidad, ¿le parece? Hasta el día de la representación, le quiero totalmente concentrado en la obra.

El dueño de la escuela fue a ver los ensayos y la atención de Bento volvió al guion. Se quedó tan absorto que perdió la noción del tiempo y solo el repicar de las campanas de la iglesia menonita que había al lado, en la que Jarig solía asistir al culto, le devolvió al

presente. Recogió sus cosas, se despidió de Clara María y de sus compañeros, se caló bien el sombrero y salió a la calle. Tenía que cobrar una deuda y algo le decía que no iba a ser tarea fácil.

XVII

Llegó a De Vier Hollanders ya cerca de las seis. El sol se ponía para dar paso a la noche y una claridad violeta bañaba el horizonte. La calle De Nes era estrecha y conocida en Ámsterdam como *Gebed zonder End*, «oración sin fin», debido a varios monasterios y conventos católicos clausurados y convertidos en otros establecimientos; se concentraban allí las mejores pastelerías y panaderías de la ciudad. A la entrada del albergue vio a un pequeño grupo de hombres, entre ellos descubrió a Antonio Álvares. El joyero estaba al lado de un policía; evidentemente era su escolta. Alrededor había otros clientes neerlandeses que habían ido a beber cerveza al aire libre mientras apreciaban el atardecer.

—Buenas tardes, señor Álvares —lo saludó cuando llegó a su lado—. Me alegro de que...

El policía intervino de inmediato y, ante la mirada atónita de la víctima y de los mirones neerlandeses que bebían tranquilamente sus cervezas, sujetó a Antonio Álvares.

—¡Cabrón! —vociferó el joyero, agarrado por el policía—. ¡Me han detenido por tu culpa!

Bento se recuperó de la sorpresa e hizo un gran esfuerzo para mantener la calma. Miró al agresor.

—No, señor Álvares —le devolvió en un tono cortante—. Lo han detenido porque hace meses que se escaquea de sus deberes. No culpe a los demás de sus propios actos.

—¡No se detiene a nadie por una deuda de una cantidad tan insignificante!

—No es insignificante, son quinientos florines —replicó Bento—. Pero no perdamos más tiempo. Necesito saber si va a pagarme lo que me debe.

Independientemente del resto, esa era la cuestión central y Antonio Álvares también lo sabía, la policía se lo había explicado. Solo cuando resolviera ese tema, le dejarían en libertad. Quisiera o no, tenía que llegar a un acuerdo con el acreedor.

—Quiero hacerle una propuesta —le dijo ahora en un tono más sensato—. No tengo el dinero. Aun así, poseo varias joyas. ¿Qué le parece si le entrego rubíes por valor de quinientos florines?

Bento consideró la propuesta. No era lo ideal pero...

—De acuerdo.

El joyero indicó con la cabeza al policía que todavía lo sujetaba.

—El problema es que primero necesito pagar los costes de mi

detención —recordó—. Como ya le he dicho, no tengo dinero. ¿Podría pagarlos por mí?

El descaro de su interlocutor por lo visto no tenía límites.

—¡Era lo que me faltaba!

—Sin dinero, no puedo pagar los diez florines que me pide la policía, así que no me van a dejar en libertad. Si no me sueltan, no merece la pena que le dé los rubíes. Necesito de verdad que pague los diez florines; en caso contrario, no puedo hacer nada más.

Todo aquello era un follón. Bento se dio cuenta de que si quería resolver el asunto, iba a tener que ceder en algo.

—No le pago los diez florines, pero puedo prestárselos —le sugirió—. Me los tendrá que devolver con intereses e indemnización por los retrasos. El problema es que tengo que ir a casa a buscar el dinero.

Sin alternativas, Antonio Álvares se mostró resignado.

—Así tendrá que ser...

La conversación transcurrió en portugués, pero cuando explicaron el acuerdo a la policía, este movió la cabeza con convicción.

—Lo lamento, pero no puedo estar aquí esperando eternamente hasta que ustedes resuelvan la situación —dijo—. Ni hablar. Voy a tener que llevar a Anthonij de vuelta al calabozo.

La cosa se complicaba, pero Antonio Álvares, ansioso por recuperar su libertad, presentó de inmediato la solución.

—¡Ya sé! —dijo —. Voy a pedir a mi hermano que venga aquí con los rubíes. Usted le presta el dinero para que me suelten y él le entrega las joyas. ¿Puede ser así?

Cerraron el acuerdo. El policía arrastró a Antonio Álvares de vuelta a la comisaría mientras Bento se dirigía a casa a buscar el dinero. Cuando regresó al albergue, ya era de noche y hacía frío. Había luces y se oía barullo en el interior de la De Vier Hollanders, señal de movimiento en el establecimiento.

Al acercarse a la entrada, estiró la mano para agarrar la manilla y la puerta se abrió de repente. Un bulto se echó encima suyo, dándole un golpe en la cara, tan fuerte que se le cayó el sombrero, que rodó por el suelo macilento. Miró al hombre que acababa de atacarle, pensando que se trataría de un borracho, pero se sorprendió al comprobar que era Isaac Álvares.

—¿Se ha vuelto loco?

El agresor se acercó al sombrero caído y lo pisoteó contra las partes más fangosas de la calle. A continuación, lanzó una pequeña bolsa a los pies de Bento y se plantó delante de él, con los brazos cruzados.

—Ahí están las joyas.

Todo aquello dejó al acreedor asustado. Todavía conmocionado, Bento se agachó y cogió la bolsa que el hombre que le había atacado lanzó con furia a sus pies. En el interior estaban los prometidos rubíes. A cambio le entregó los diez florines del préstamo acordado. Siempre de malos modos, Isaac metió el dinero en el bolsillo y se marchó de allí.

—Meta también el sombrero en la cuenta de lo que le debemos.

Lo dijo sin girarse, como si lo lanzase como un último insulto y Bento se quedó parado en la calle, estupefacto, con los ojos fijos en el agresor, hasta que este se fundió con la noche. Después cogió el sombrero machacado y echó a andar de regreso a casa, pensando en las asperezas de la existencia. ¿Cuánto tiempo más iba a aguantar esa vida? ¿Realmente era necesario soportar aquello? Tenía que haber una mejor forma de vivir.

Segunda parte

Herem

Algo no deja de ser verdadero tan solo porque muchos no lo acepten.

SPINOZA

I

Con el guion de *Eunuchus* bajo del brazo, Bento entró en la taberna y se instaló en una esquina resguardada junto a la ventana, donde iba a poder leer con tranquilidad sus diálogos en la obra. Una densa bruma aromática exhalada por decenas de pipas humeantes se extendía por el establecimiento, un olor tan característico y universal en el país que incluso se decía que las Provincias Unidas olían a tabaco. Pidió una *kuyte*, una cerveza barata que el tabernero le trajo enseguida y se apoyó contra la silla acariciándose el fino bigote que se había dejado crecer. ¿Le habría gustado a Clara María? Ya lo llevaba desde hacía algún tiempo, pero ella no había hecho ningún comentario. Es verdad que las chicas seguían fijándose en Bento, ya que su semblante por lo visto les agradaba, pero usaba el bigote para aparentar ser más maduro.

Aún pensaba en Clara María cuando dejó las hojas de papel encima de la mesa; aprovechó la luminosidad límpida que entraba por la ventana y empezó a releer el texto de Terencio. Su interpretación tenía que ser perfecta, porque iba a actuar con ella y en el escenario le iba a dedicar declaraciones de amor en latín. Tenía que ser convincente para impresionarla.

Cuando todavía iba por la tercera página, sintió que alguien se le pegaba a su mesa y levantó la mirada. Delante de él, había dos jóvenes morenos que le resultaban vagamente familiares.

—Buenas tardes, señor Spinoza —dijo uno de ellos en portugués, con el sombrero en la mano—. Le hemos visto entrar y... ¿podemos hablar con usted un momento?

Bento posó el guion en la mesa e hizo un gesto, indicando las dos sillas que había delante.

—Hagan el favor —les invitó—. ¿De qué se trata?

Los dos se sentaron y pidieron un vaso de agua cada uno; por lo visto, no les gustaba la *kuyte*. Después se miraron, incómodos, como si se preguntaran mutuamente quién iba a decir lo que hacían allí. Al final, uno de ellos acabó asumiendo esa responsabilidad.

—Soy Adán Pereira y este es mi amigo Manuel Rodrigues —se presentó—. El otro día escuchamos algunas de las cosas que dijo en la esnoga y han despertado nuestra curiosidad.

Bento se enderezó en la silla, sorprendido con el atrevimiento y, sobre todo, preocupado con lo que acababa de oír; considerando la delicadeza del asunto, tenía que ser más cauteloso. Algunas veces ya le habían llamado la atención debido a las indiscreciones que había

cometido en la sinagoga y no terminaba de enmendar; si no tenía cuidado, llegaría el día en que su comportamiento desbocado le iba a dar un buen disgusto. Es cierto que, de ahora en adelante, había decidido vivir siempre con la verdad en la mano, pero tampoco tenía ningún sentido atraer problemas innecesarios.

—Eh... para ser franco, ni siquiera me acuerdo de lo que dije. Seguramente, había bebido demasiada *kuyte*...

Se percataron de que su interlocutor intentaba huir del tema, por lo que ambos esbozaron una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe, somos muy discretos.

—En realidad, desde hace algún tiempo nos cuestionamos sobre una serie de cosas en la religión, pero nunca nos hemos atrevido a preguntárselo a nadie, porque no sabíamos con quién podríamos hablar de estos temas —aclaró el otro—. Pero, al escucharle en la *esnoga*, pensamos que quizá podíamos confiar en usted... y hemos decidido arriesgarnos.

Bento frunció el ceño, tratando de identificar a los dos recién llegados. ¿De dónde los conocía? Sí, probablemente los había visto en la sinagoga. Unas almas perdidas, claramente.

—¿Qué quieren saber?

—Sabe, señor Spinoza, cuando leímos a Moisés y a los profetas con atención, nos dio la impresión de que el alma no es inmortal y que la existencia de Dios es material —afirmó Adán—. ¿Qué opina usted?

Ahora bien, esos eran dos temas muy delicados. De repente, quiso que aquellos inoportunos le dejaran en paz, por lo que hizo un gesto vago con la mano.

—Oigan, sigan a los profetas, que eran los verdaderos israelíes y lo decidieron todo muy bien. Si son verdaderos judíos, solo tienen que obedecer, no dudar de la Ley de Elohim y con la gracia de Dios bendito, todo irá bien.

—Pero nos atormentan las dudas, señor Spinoza —replicó Manuel con semblante angustiado—. ¿Cómo podemos estar seguros de que el alma es inmortal y de que sobreviviremos a nuestra muerte? ¿HaShem tiene una realidad física?

—¿Qué sé yo sobre esos asuntos? —le contestó Bento evasivo—. No soy más que un pobre *yehud* en búsqueda de respuestas que se le escapan como el agua entre los dedos.

—Oh, no sea modesto, señor Spinoza —insistió Adán—. Escuchamos lo que dijo en la *esnoga* y conocemos su reputación. Se dice que un día será *jajam*, también uno de los pilares de la *Nação*. No nos cabe la menor duda de que es un profundo conocedor de estos asuntos. Por favor, comparta con nosotros un poco de sus vastos

conocimientos.

—Acabo de decir que no sé nada. En la escuela Talmud Tora habrá seguramente buenos profesores que os instruirán sobre esas doctas disciplinas.

Se calló, como si lo hubiera dicho todo. En ese instante apareció la mujer del dueño del establecimiento, una holandesa enorme con dientes ennegrecidos por el tabaco. Posó en la mesa los dos vasos de agua que los recién llegados le habían pedido minutos antes y después, se alejó.

—Señor Spinoza, por nuestra parte no tiene que temer nada —garantizó Manuel—. Cualesquiera que sean sus opiniones, le puedo asegurar que seremos muy cautelosos. Nuestra curiosidad se debe a la necesidad de aclarar todas las dudas que nos torturan y para las que no tenemos ninguna ayuda. Seguramente, usted también las ha tenido, ¿o no?

Claro que las había tenido. Los ojos oscuros y vivos de Bento saltaron de uno al otro, conseguía verse en ellos. Era él mismo hacía unos años. Cómo le habría gustado entonces haber encontrado a alguien que le diera respuestas para los misterios que le atormentaban. ¿Por qué no ayudarles? Pero por otro lado, no podía ignorar los efectos de cualquier palabra dicha a la ligera. Dudó, temía arrepentirse si abría la boca, ya que el entusiasmo podría llevarle demasiado lejos, pero las ganas de hablar, el deseo de exponer lo que había descubierto y la necesidad de testar las conclusiones a las que todos los días iba llegando, acabaron por hacerle caer en la tentación.

—¿Entonces, os preocupa la naturaleza de Dios, es eso? —empezó diciendo con cierta prudencia—. Admito que no habiendo encontrado nada de inmaterial o incorporal en la Torá, no hay ningún inconveniente para creer que Amonai tenga un cuerpo. La grandeza no se comprende sin dimensión y, por tanto, sin un cuerpo; si Dios es grande, entonces deberá tener forzosamente un cuerpo material. Además, para hablar hace falta una boca. Ahora bien, Él es capaz de hablar como habló con Moisés, pero eso requiere un cuerpo o por lo menos una existencia material. Por tanto, Dios sí tiene un cuerpo físico.

Los dos recién llegados se inclinaron hacia él, visiblemente interesados.

—¿Y los espíritus? —preguntó Manuel. —¿También son materiales?

—Las Escrituras nunca dicen que sean sustancias reales y permanentes —respondió—. La Torá los presenta como simples fantasmas a quien designa como ángeles. Elohim se sirve de ellos para

proclamar Su voluntad. De esta forma, tanto los ángeles como toda la especie de espíritus solo pueden ser invisibles debido a su materia sutil y diáfana, por lo que su existencia solo se consigue entender de la misma forma como cuando vemos fantasmas en el espejo, en sueños o por la noche. Por eso, en ninguna parte de la Torá leemos que los judíos excomulgaran a los saduceos por no creer en los ángeles, lo que es significativo. Las Escrituras no dicen nada sobre la creación de esos espíritus.

—Y el alma, señor Spinoza —quiso saber Adán—. ¿Es o no es inmortal? Con sus elevados conocimientos, ¿qué piensa sobre eso?

—El alma, el alma... —murmuró Bento, como si buscara la mejor forma de responder a la pregunta sin decir nada innecesariamente escandaloso, pero también con la preocupación de que fuera verdadero—. En todas las partes de las Escrituras en las que la palabra «alma» se menciona, se usa simplemente para expresar la vida o todo lo que está vivo. Es inútil buscar versículos en los que nos podamos apoyar para sustentar la inmortalidad del alma. Ahora bien, lo contrario se encuentra en numerosas partes de la Torá, como fácilmente puede comprobar quien lea las Escrituras.

—Pero si eso está en la Torá, ¿por qué razón creen lo contrario? —preguntó Manuel—. ¿Cómo se explica que en la escuela y en la *esnoga* se enseñe lo opuesto?

—Oigan, las personas son supersticiosas —sentenció Bento, molesto porque nadie viera lo que a él le resultaba tan obvio—. Nacen y viven en la más absoluta ignorancia. No tienen la mínima idea de quién es Dios y, a pesar de ello, tienen el descaro de proclamarse como Su pueblo en detrimento de otras naciones. ¡Qué desfachatez!

Esta declaración desconcertó a los oyentes.

—Pero... pero... ¿y la ley de Moisés? —quiso saber Manuel—. ¿No trae el conocimiento?

—La Ley fue instituida por un hombre más inteligente que el resto en materia de política, pero en realidad él no tenía tantos conocimientos en materia de física, ni tampoco de teología —respondió—. Basta una onza de sentido común para detectar todas las imposturas que les vendió a personas realmente estúpidas, como eran los hebreos de aquella época, que se sometieron a ese hombre.

Se hizo un silencio corto y pesado en la mesa. Los dos jóvenes parecían algo aturdidos al escuchar aquellas cosas dichas con tanta fiereza sobre Moisés, tardaron algunos segundos en reaccionar.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Adán, que parecía incluso dudar de sus propios oídos. Levantó un dedo—. El señor Spinoza entiende que una creencia tan importante para nuestra fe, la de la

inmortalidad del alma, al final es falsa. —Segundo dedo—. Entiende también que uno de los trece principios de la fe que recitamos en el Yigdal, el de que Dios no tiene cuerpo, también es falso. En su opinión, Él tiene cuerpo. —Tercer dedo—. Además, otro de esos principios, el de que las profecías de Moisés son verdaderas, también es falso. —Cuarto dedo—. Y es más, la Ley incluye imposturas de Moisés. —Quinto dedo—. Finalmente, entiende que nosotros, los *yehudim*, no somos el pueblo elegido, en realidad no somos más que uno de muchos pueblos en igualdad con el resto. ¿Es eso?

Bento supo que había hablado más de la cuenta. Escuchó horrorizado el resumen de sus palabras y fue consciente en ese mismo momento de lo estaba sucediendo. ¿Qué había dicho? ¿Se había vuelto loco? Tenía que callarse lo antes posible, tenía la lengua demasiado suelta. ¿Qué iba a hacer ahora? Solo había una manera. Tenía que irse de allí cuanto antes. Cuanto más deprisa, mejor. Como si de repente se acabara de acordar de algo muy importante, cogió su jarra y se bebió de un trago la *kuyte* que quedaba. A continuación, cogió el guion y se levantó.

—Este no es sitio ni momento para hablar de estos temas —se disculpó como si tuviera prisa—. Además, ahora tengo un compromiso y no puedo llegar tarde. Me disculpan, señores.

Los dos jóvenes también se levantaron.

—Lo poco que el señor Spinoza acaba de decirnos serviría para convencer a los más incrédulos —afirmó Manuel—. Pero necesitamos demostraciones más sólidas, dada la naturaleza sensible de estos asuntos. Nos despedimos de usted, con la condición de que en otra ocasión retomemos la conversación.

Bento ya estaba en la puerta.

—Por supuesto.

Lo dijo a modo de despedida y, por la forma en que lo decía, aquel «por supuesto» en realidad sonaba más bien a un «ni lo sueñen».

Durante todo el camino hasta el Keizersgracht fue recapitulando la conversación palabra por palabra para determinar el número de blasfemias que había proferido, cuáles y cuán graves. De un joven que durante años había estado reflexionando sobre sus crecientes dudas en silencio, ¡se había convertido en un incontinente! Se echó en cara su falta de cautela, que le iba a traer problemas, pues nunca se le iba de la cabeza el suplicio de Uriel da Costa; a la vez, muy en el fondo, de una forma todavía vaga e inconsciente, seguía esforzándose por identificar aquellos rostros que le habían resultado tan familiares.

Cuando ya tenía el Teatro Municipal de Ámsterdam delante de él, después de que el cerebro se hubiera esforzado en aquella búsqueda,

finalmente consiguió contextualizar a aquellos jóvenes. Sintió un golpe en el corazón y se detuvo mortalmente preocupado. Los conocía, sí, ¿cómo no había sido capaz de reconocerles de inmediato? Los había visto varias veces en la *yeshivá*, aunque no en sus clases. De hecho, sí que se había cruzado con ellos. Y, si la memoria no le fallaba, en todas esas ocasiones siempre habían estado acompañados del *jajam* Morteira.

II

Mostrando su espada de soldado, Trasón, el personaje que interpretaba Meyer, se giró con una expresión conciliadora hacia su cortesana, Tais, y hacia su rival, Fedro.

—*Bene fecisti: gratiam habeo maxumam* —agradeció—. *Numquam etiam fui usquam quin me omnes amarent plurimum*.

La cortesana, representada por Clara María, miró a su otro pretendiente.

—*Dixin ego in hoc esse vobis Atticam elegantiam?*

Para tranquilidad de todos, Fedro, encarnado por Bento, parecía satisfecho con el compromiso al que habían llegado los tres, que les permitía resolver la disputa por los favores de Tais.

—*Nil praeter promissum est*, —declaró aceptando compartir la cortesana con Trasón—. *Ite hac*.

Los tres se giraron hacia el público, el resto de los actores se sumó a ellos y un coro de aplausos llenó el Teatro Municipal de Ámsterdam mientras el grupo en el escenario se inclinaba en venia de agradecimiento. Aquel era el único teatro que existía en las Provincias Unidas, pero su éxito era tan retumbante que había planes para construir otro en La Haya. Los espectadores llenaban dos pisos repletos de camerinos y los aplausos sonaban como una cascada por las galerías.

Finalmente, el telón cayó y así se terminó la representación. Cuando el público ya no podía ver a los actores, Bento abrazó a Meyer y sobre todo, a Clara María.

—Ha sido un honor estar enamorado de usted durante la obra —le dijo, yendo más lejos de lo que se atrevía, para insinuar sus sentimientos—. No podía haber deseado mejor y más bella actriz con quien actuar.

—Pues a mí me encanta ese bigote, Benedictus. ¡Ha arrasado como Fedro!

Al joven judío portugués no le dio tiempo a responder, porque enseguida Dirk Kerckrinck, que había hecho del esclavo Parmenón, se agarró a ambos.

—¿Habéis visto los aplausos? ¿Los habéis visto? —preguntó el compañero de pupitre de Bento. —¡Ha sido un éxito!

Los abrazos se sucedían, Clara María daba saltos de alegría y los actores más jóvenes hacían lo mismo. Van den Enden subió al escenario para saludar a sus pupilos y varios espectadores lo imitaron, incluyendo los amigos *collegianten* de Bento, todos invitados a la

representación. Jarig, Balling y Koerbagh sonreían, el librero Rieuwertsz no paraba de repetir «el eterno genio humanista» de Terencio y al joven De Vries, siempre tímido, le brillaban los ojos azul claro de la emoción en el momento en que saludó a su amigo judío; por su semblante, era evidente que se trataba de su admirador más fervoroso.

—¡Qué espectáculo! —exclamó De Vries—. ¡Qué interpretaciones! ¡Su interpretación de Fedro ha sido di-vi-na!

Todos se daban la enhorabuena, los abrazos se multiplicaban, así como las carcajadas. En un momento dado, el director del teatro apareció y le dijo algo a Van den Enden en secreto. Él miró a sus pupilos y su voz surgió por encima de la de los demás.

—Chicos, chicos, escuchad esto —anunció—. El director acaba de informarme que los *predikanten* han oído hablar de nuestro espectáculo y han venido a protestar. —Para referirse a los predicadores calvinistas lo hizo en tono burlón—. Dicen que las mujeres no pueden estar en el escenario, que es un atentado a la moral, a las buenas costumbres y no sé qué más. El director les ha mandado a paseo.

—¡Viva el director!

—¡Que los *predikanten* se quejen a De Witt!

Más risas. Desde que el Teatro Municipal había abierto sus puertas, estaba en el punto de mira de los *predikanten*. Los calvinistas se quejaban de la amenaza que ese tipo de establecimientos suponía para la buena moral de los neerlandeses, alegando que muchas parejas aprovechaban la sombra de las butacas para encuentros cargados de concupiscencia. Atención, eso no era totalmente falso. La presión de las iglesias era tan grande, que el teatro apenas podía funcionar algunos meses al año, dos días a la semana. Aun así, funcionaba. Todos creían que el gran pensionario, siendo el jefe del gobierno de la república y el más liberal de los políticos, sería la última persona que escucharía a los calvinistas, mucho menos porque Clara María ese día hubiera representado un papel. Por eso, a nadie le preocupaban las quejas. Por lo demás, la hija de Van den Enden ni siquiera había sido la primera mujer en subirse a ese escenario. Esa proeza le pertenecía a Ariane Noozeman, actriz de un grupo ambulante que tan solo unos meses antes había estado allí, actuando a cambio de cuatro florines y medio por actuación. Los calvinistas iban a tener que habituarse a los vientos liberales que soplaban con cada vez más fuerza y prosperidad en las Provincias Unidas.

—¡Es noche de celebración! —anunció Van den Enden—. ¡Tenemos una mesa reservada en la taberna de Van der Valckert! ¡Va

a ser comer y beber hasta reventar! ¡Todos a Van der Valckert!

Un «¡viva!» acompañado de carcajadas acogió la noticia y el grupo empezó a moverse. Bento no era un gran amante de comilonas, pero no se le pasaba por la cabeza no acompañar a sus amigos. Bajó del palco mientras conversaba con Jarig, ambos discutían detalles del texto de Terencio que acababa de ser interpretado, pero en el pasillo central del patio de butacas se encontró con la figura austera de un hombre que hacía años había aprendido a temer y después a respetar.

El *jajam* Morteira. La expresión del rabino jefe era grave.

—¿Es verdad lo que me han contado?

De inmediato, la euforia dio paso a la cautela. Había llegado la hora del gran enfrentamiento. El lugar y momento eran inesperados, inconvenientes incluso, pero no podía controlar las circunstancias. Consciente de que no podía esquivar el enfrentamiento, no era más que una cuestión de tiempo que algo así sucediera, el joven judío tragó en seco y se giró hacia su amigo neerlandés.

—Perdona, Jarig, tengo que tratar un asunto privado —dijo—. Vete andando hacia la taberna con todos y ya voy.

Llevó al rabino jefe hacia el pasillo exterior y después a una salita lateral, habitualmente usada para la planificación de los eventos y que tras los espectáculos casi nunca se utilizaba. El *jajam* Morteira mantuvo siempre el mismo semblante duro. Cuando la puerta se cerró, el rabino jefe estudió los folletos escritos en holandés y colgados en la pared, en los que había detalles de las diversas obras que habían sido representadas en el Teatro Municipal de Ámsterdam, empezando por Gysbrecht van Aemstel, de Vondel. Tenía cara de no aprobar nada de eso.

—Veo que te llevas muy bien con los *goyim*...

Lo dijo en tono de censura, por lo que utilizó una expresión peyorativa reservada a los gentiles. No le sorprendía, teniendo en cuenta que los líderes de la *Nação* no animaban a las personas a mantener contactos con elementos exteriores a la comunidad, ni siquiera con los judíos tudescos y polacos, a no ser para hacer negocios. No es que fueran oscurantistas. A muchos *yehudim* portugueses les interesaban las nuevas ideas europeas y el propio *jajam* Morteira era considerado como el más racional de los rabinos. Aun así, para todo, había límites.

—Son buenas personas, *jajam* —fue su respuesta—. He aprendido mucho con ellos.

—Quizá lo que no debes —fue su respuesta seca, en un tono cargado de insinuaciones. Se giró sobre sus talones y finalmente se enfrentó a su pupilo—. Dime, Baruch, ¿es cierto lo que me han

contado?

—Depende de lo que le hayan contado...

—Que andas por ahí profiriendo herejías —afirmó con un tono tranquilo, casi triste—. La primera vez que me lo dijeron, no me lo podía creer. Respondí que me relacionaba con tu familia desde hacía mucho tiempo y que te conocía bien, que eras listo, creyente y cultivado y que un día serías un *jajam* de gran renombre, tal vez el mayor de la *Nação*, y que eso no sería más que envidias. Pero insistieron y me dijeron que en la *esnoga* te escucharon diciendo esto y aquello, que Juan de Prado también empezó a decir blasfemias, que tú andas mucho en su compañía. Así que, tras mil cavilaciones, atormentado por las dudas, envié a dos pupilos míos a que te pusieran a prueba.

No era ninguna sorpresa, pero Bento no pudo evitar sentirse irritado. La conversación horas antes en la taberna había sido una emboscada. Y él, que desde que había empezado a expresar sus sentimientos más secretos no conseguía mantener la boca cerrada, se había dejado engañar. ¿Cómo podía haber sido tan incauto?

—¿Envió a esos dos para que me espiaran?

—No ha sido para espiarte —respondió el *jajam* Morteira—. Era para ayudarme a entender lo que está pasando y para ayudarme a salvarte, Baruch. Gracias a ellos he descubierto que los rumores sobre ti desgraciadamente son verdaderos. —Los hombros se le cayeron, en señal de derrota—. ¡Oh!, ni te imaginas lo que sentí entonces y lo que siento ahora. Tú, el hijo de mi gran y fiel amigo Miguel, que ahora estará dando vueltas en la tumba. Tú, el mejor de todos mis alumnos y el más brillante de todos los hijos de la *Nação*. Tú, Baruch, que Dios, bendito sea Su nombre, te ha bendecido y a quien ha concedido la gracia de la inteligencia. ¿Qué ha pasado para que te desvíes hacia caminos tan impíos?

Bento se llevó el dedo indicador a las sienes.

—Apenas he hecho lo que usted, *jajam*, me enseñó a hacer —dijo—. He usado la razón para entender el mundo.

—¡Solo si te refieres a la razón de los *goyim*! —replicó con repentina furia el rabino jefe, señalando hacia la puerta y hacia los neerlandeses que se encontraban al otro lado—. ¿Cómo puedes permitir que los idólatras te destruyan de esa manera?

—¿Idólatras? No son católicos.

—Son cristianos y rezan delante de la estatua de un crucificado. Rezar a estatuas es idolatría, como bien sabes. Pero eso es problema de los *goyim*, ¡no nuestro! Lo que me preocupa eres tú, tu salvación y la de nuestra comunidad. ¿Tienes idea del peligro que corres al dar la

espalda a HaShem, bendito sea su nombre?

—No he dado la espalda a HaShem —respondió Bento—. Me he limitado a usar la razón para desvendar Sus misterios, como usted, *jajam*, me enseñó, también Maimónides.

—Te enseñé a usar la razón respetando a Elohim, bendito sea Su nombre, y Su obra.

—Es precisamente lo que he hecho.

El rabino jefe miró a su pupilo con perplejidad momentánea, hasta darse cuenta de que ambos estaban usando las mismas palabras para decir cosas diferentes.

—¿Eres consciente del ejemplo que estás dando? —le preguntó el *jajam* con tono recriminatorio—. ¿Es así como me agradeces todos los esfuerzos que he hecho para ofrecerte una educación esmerada, con una rebelión?

Bento le mantuvo la mirada.

—Le agradezco que me haya enseñado a usar la razón. Es la lección más útil de mi vida.

El *jajam* Morteira esbozó un gesto de impaciencia.

—¿No temes que Adonai, bendito sea Su nombre, te castigue por tus blasfemias y por esta insolencia insoportable? Todo lo que has andado diciendo está provocando un gran escándalo en la *Nação* y hay quien quiere declararte *menuddeh* y excomulgarte. Puedo detenerlos, Baruch. Todavía hay tiempo si te arrepientes y te redimes.

—¿Arrepentirme de qué? —le preguntó el joven—. ¿Redimirme de qué? Me limito a usar la razón para separar lo falso de lo verdadero, como usted, *jajam*, me ha enseñado. Seguramente, Dios no se compadece de quien adora lo falso. Al eliminar lo que es falso, llego a la verdad de Su obra. ¿Qué mejor forma de honrarlo?

Definitivamente, ambos usaban las mismas palabras para expresar ideas diferentes y contradictorias. La lengua portuguesa, probablemente todas las demás, tenía estas cosas.

El rabino jefe respiró hondo, como si intentara expulsar todo el desánimo que durante las últimas horas se había apoderado de él.

—El *jajam* Aboab ha oído los rumores y está que echa humo —reveló—. Bet Din te va a convocar para que te enfrentes a todas las blasfemias que se te atribuyen y después informará a los señores del *ma´amad* de su veredicto. Si no quieres someterte a un *herem* que nos va a penalizar a todos, sobre todo a ti y a tus hermanos, que no tienen ninguna culpa de esto, te aconsejo que pienses muy bien lo que vas a decir.

Cabalista de renombre, Isaac Aboab da Fonseca era uno de los rabinos de la comunidad, adversario intelectual de Morteira; al

racionalismo de este se oponía la creencia de aquel en los poderes místicos de la Cábala. El problema era que en estos momentos Aboab era quien presidía el Bet Din, el tribunal rabínico. Aun así, a pesar de la autoridad de este órgano religioso, era el *ma´amad*, el órgano gubernativo formado por seis *parnassim* y un *gabbai*, el tesorero, el que tenía poderes para emitir un *herem* y expulsar a alguien de la comunidad. Pero, en un asunto de tal gravedad, ya que se trataba de las más horrendas herejías y ofensas a HaShem, los señores del *ma´amad* no iban a poder ignorar al ilustre del Bet Din.

—Ya veo lo que se está cocinando —respondió Bento con sarcasmo—. La Santa Inquisición quiere interrogarme. De paso, acláreme algo, *jajam*, si puede: ¿la idea del Bet Di es lanzarme a la hoguera como hacen en las tierras de la idolatría o me reservan el trato que aplicaron al pobre Uriel da Costa?

La impertinencia de la respuesta sirvió al *jajam* Morteira para entender que en ese momento no iba a arrancar nada de esa cabeza, que hasta entonces no sabía que era tan dura. Lo mejor, pensó, sería darle tiempo para que refrescara las ideas, para que buscara consejo y, sobre todo, para que reflexionara sobre sus actos. Seguramente, con el tiempo vería la razón y el sentido común volvería a imponerse. Shaddai, bendito sea Su nombre, le ayudaría.

El rabino jefe se encaminó hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte, Baruch.

El *jajam* se marchó y dejó a Bento solo en aquel pequeño compartimento. El joven se apoyó contra la pared y bajó la cabeza, inmerso en el dilema en el que estaba metido. ¿Estaría dispuesto a dejarse excomulgar? No podía ignorar lo que significaba un *herem*. Lo expulsarían de la comunidad y sería ignorado por todos; ni siquiera sus hermanos podrían hablar con él. ¿Iba a ser capaz de vivir sin volver a contactar con su hermana Rebecca y con su hermano Gabriel? Ese era el precio que tendría que pagar.

Si después quisiera volver, como todos los judíos excomulgados, que antes o después siempre querían, no ignoraba lo que significaba la revocación de un *herem*. Dada la gravedad de las acusaciones que le iban a hacer, algo así solo sería posible si se sometía a un castigo como el que habían aplicado a Uriel da Costa. Negó con la cabeza. No, de ninguna manera. Si lo expulsaban, sería para siempre. En eso sería diferente de los demás. Saldría y no volvería. Por lo tanto, tenía que medir bien lo que iba a hacer. ¿Tendría el valor suficiente para dar ese paso que era irreversible? Nada más plantearse esa pregunta, se le impuso otra: ¿tendría el valor de no hacerlo?

Salió de la salita y se dirigió hacia la salida del teatro, sin dejar de dar vueltas al dilema, que no se le iba de los pensamientos. Quizá era mejor analizar los escenarios, pensó al salir a la calle. Qué pasaría si reculara y dijera al Bet Din que todo eran calumnias, que la Torá venía de Dios y que Moisés era Su principal profeta, que el alma de hecho era inmortal y que los judíos, efectivamente, eran superiores al resto de los pueblos?

Chispeaba. Distraídamente, se puso el sombrero en la cabeza inmerso en sus pensamientos. Por culpa del sombrero y de las preocupaciones que lo atormentaban, no vio al hombre que se dirigía hacia él con paso ligero y cara de asesino, con un cuchillo escondido. No era un transeúnte cualquiera. El desconocido venía para matarlo.

III

Solo cuando el hombre estaba casi a su lado, apenas a unos tres metros de distancia, fue cuando Bento se dio cuenta de su presencia. En una reacción refleja, levantó los ojos y vio su figura.

—¡Impío!

Gritó el portugués con voz ronca. Pillado por sorpresa, Bento se quedó paralizado durante un instante, tratando de entender qué estaba pasando. ¿Qué significaba todo eso? Vislumbró el brillo metálico de un filo en la mano del hombre y en ese momento se desencadenó una reacción instintiva en él, echó a correr en la dirección opuesta.

El desconocido empezó a perseguirlo, estaba tan cerca que el fugitivo lo sentía pegado a su espalda.

—¡Socorro!

Lanzó el grito desesperado, pero enseguida se dio cuenta de que todo era tan rápido e inesperado que nadie llegaría a tiempo para ayudarle. Se iba a tener que valer por sí mismo. El problema era que, siendo frágil y delgado, pues no era de tipo atlético, no iba a conseguir defenderse con eficacia ni escapar con rapidez. Además, no tenía unos pulmones suficientemente buenos como para aguantar ese tipo de carrera.

El perseguidor se le pegó a la espalda, escuchaba sus jadeos y sintió cómo una mano le agarraba el hombro con fuerza, como si fuera una garra. Estaba perdido.

A no ser que…

Giró el hombro y a la vez se volvió hacia su derecha, lo que sorprendió al agresor. Con ese movimiento ágil e inesperado pudo soltarse de esa mano separándose, ganando algunos metros preciosos. Quizá fuera de constitución frágil, pero tenía cabeza y era consciente de que solo eso podría salvarle. Saltó por encima de un seto, lo que volvió a sorprender al hombre, y corrió hacia una puerta lateral de las escaleras del Teatro Municipal de Ámsterdam. La abrió y se metió en el interior del edificio.

Era una puerta de servicio que se utilizaba para traer *atrezzos* y equipamiento destinado a las obras que se representaban en el escenario. Estaba oscuro. Con los brazos estirados para protegerse de un eventual obstáculo que pudiera aparecer delante de él, aflojó el paso. La puerta detrás volvió a abrirse iluminando el pasillo, el perseguidor entró y corrió para alcanzarle.

La luz sirvió para iluminar el camino, por lo que Bento retomó la

carrera. Sabía que la luz era su enemiga, ya que denunciaba su presencia, por lo que giró en una esquina y, ante las varias opciones disponibles, se metió por el camino más oscuro. La oscuridad le impedía ir más deprisa, es cierto, pero contaba con la ventaja de que conocía el espacio, ya que había circulado por allí durante los ensayos de los tres días previos.

Dejó de escuchar los pasos del agresor detrás. Con total seguridad, el hombre había frenado al doblar la misma esquina y percatarse de la oscuridad del camino por el que Bento se había escabullido. El desconocido no tenía la menor idea de la configuración de ese sector sombrío del sótano del Teatro Municipal de Ámsterdam, lo que era una ventaja para el fugitivo. A oscuras, quien conociese el espacio estaba naturalmente un paso por delante de quien nunca había estado allí.

Solo había un problema: como era un pequeño almacén de *atrezzo*, aquel compartimento sin luz solo tenía salida por el pasillo por el que Bento había venido. Es decir, estaba acorralado. Es cierto que el fugitivo seguía avanzando, aunque lo hiciera a tientas. Pero era consciente de que se trataba solo de ganar tiempo. Podría servirle o no.

Un resplandor débil, pero suficiente para acabar con la oscuridad, se proyectó de repente en el almacén, dibujando en las paredes sombras en movimiento. Horrorizado, Bento miró hacia atrás y vio una luz trémula a distancia. De alguna manera, su perseguidor había encontrado una especie de antorcha iluminada por una vela y la usaba para avanzar. Sin poder recurrir a la oscuridad para protegerse, el fugitivo perdía así su única ventaja. Aunque entró en pánico, hizo un esfuerzo por tranquilizarse. No era momento para echarlo todo a perder. Se concentró en busca de una solución. ¿Cómo podría ganar unos minutos más?

Tuvo una idea. Se metió por un camino estrecho a su izquierda y llegó al armario de la ropa que esa misma mañana había vestido para interpretar *Eunuchus*. Abrió la puerta del armario y vio los trajes romanos usados poco tiempo antes en la representación de la obra de Terencio colgados todos juntos de una barra. Sin perder tiempo, separó las túnicas con capa, se metió en el interior del armario y cerró por dentro.

Esperó.

Tenía la respiración pesada, los pulmones estaban sin fuerza, exangües debido a la huida, pero hizo lo posible por atenuar los jadeos. Era imperativo guardar el silencio más absoluto. La recuperación no fue tan rápida como le habría gustado, cortesía de sus

frágiles pulmones, pero al final acabó consiguiendo normalizar la respiración. Ya libre de aquellos jadeos peligrosos, se concentró en los sonidos procedentes del exterior.

Lo primero que oyó fue un latido rápido y sordo. Se sobresaltó, pero después supo a qué se debía; se trataba de su propio corazón, que retumbaba por culpa del cansancio y del miedo. Sus latidos eran tan fuertes que creyó que iban a denunciarle. ¿También tenía que acallar a su corazón? Dominó su miedo. A pesar de que aquel ritmo le sonaba infernal era evidente que nada se podía escuchar fuera. Tenía que mantenerse tranquilo.

Se concentró en los sonidos exteriores. Durante dos largos minutos no oyó nada. Silencio absoluto. De repente, escuchó lo que le parecían unos estallidos y, por la rendija de la puerta del armario vio un halo de luz que se movía. Supo que el desconocido inspeccionaba metódicamente el almacén y se acercaba a su escondite. Mantuvo la respiración, como si eso le pudiera conferir invisibilidad de alguna forma. Los estallidos pararon y volvió a imponerse un silencio total. ¿Qué significaba aquello? ¿El hombre se había alejado? El halo de luz seguía siendo visible por la rendija del armario, lo cual le ponía nervioso. A lo mejor su perseguidor se había parado allí delante del...

La puerta se abrió bruscamente y el rayo de luz lo iluminó de lleno.

—¡Ah, maldito! —exclamó el desconocido en portugués—. ¡Vas a pagar por tus herejías!

Previamente preparado para aquella eventualidad, Bento saltó del armario y trató de huir, pero se chocó con las piezas del *atrezzo* que se escondían en la sombra y cayó al suelo. Al intentar levantarse, sintió un peso que se le echaba encima de la espalda; se trataba del agresor que se había tirado encima de él y le agarraba de los brazos, como si se los fuera a arrancar. Lo que más alarmó a Bento fue ver un reflejo que se cruzaba en el aire; era el filo de acero que se abatía sobre él. Intentó desviarse, pero todo pasó tan deprisa que no tuvo tiempo.

Sintió un dolor intenso que le rasgó la región lumbar. Se esforzó por liberarse, pero el agresor fue más rápido y, en una fracción de segundo, el filo estaba otra vez en el aire, esta vez, lleno de sangre. Cuando se lo iba a clavar otra vez, en una estocada fatal porque apuntaba hacia su corazón, alguien agarró el brazo del asesino. Ya no eran dos hombres que luchaban en la oscuridad atenuada por la luz brillante de la antorcha, sino tres, lo cual decidió el desenlace de la contienda. Al verse ante dos opositores, el agresor de repente abandonó la lucha y huyó con la antorcha en la mano, tropezando.

Fue entonces cuando escuchó una voz familiar.

—¡Benedictus!

Tumbado en el suelo, jadeando, dolorido, Bento entendió por la voz que quien había venido a socorrerlo era De Vries. Por lo visto, su amigo neerlandés se había quedado esperando para acompañarle hasta la taberna. Eso le había salvado. Intentó sonreírle, pero el dolor le hizo soltar un gemido. Se llevó la mano a la zona lumbar y la sintió mojada. Había conseguido escapar al intento de asesinato, pero estaba herido.

IV

Al ponerse de pie en la sinagoga en la que habitualmente transcurría el Bet Din, Bento tuvo la nítida noción de que había entrado en un tribunal. El *jajam* que presidía el juicio, con sus barbas largas, estaba sentado detrás de una gran mesa; se trataba del cabalista Isaac Aboab da Fonseca. A los dos lados había sillas vacías. La de la derecha pertenecía a Menashé ben Israel, que no estaba porque se había ido a Londres a negociar con Cromwell el regreso de los judíos a Inglaterra; y la de la izquierda era del racionalista Saul Levi Morteira, ausente momentáneamente debido a un compromiso en su *yeshivá*. Tres rabinos diferentes y en conflicto permanente, separados por visiones muy distintas del judaísmo, aunque unidos en la defensa de la fe y de su comunidad en Ámsterdam.

Como un reo, pues en aquellas circunstancias efectivamente lo era, el joven dejó a sus pies el viejo saco de rafia y esperó que se dirigieran a él. Todavía le dolía la zona lumbar, cortesía del intento de asesinato del que había sido víctima a la salida del teatro, pero no dejó que el dolor se transparentara en su semblante. El ataque también le había dejado preocupado, porque era un ejemplo de que sus ideas podían costarle la vida. Aun así, hizo lo posible por parecer imperturbable. Lo cierto es que el rabino ni siquiera se fijó en él, parecía ocupado consultando papeles de suprema importancia.

Tras cinco minutos de silencio, el *jajam* Aboab da Fonseca interrumpió su mutismo sin levantar la vista de los documentos y reveló por primera vez que era consciente de la presencia del recién llegado.

—¿Nombre y filiación?

—Bento de Spinoza. Hijo de Ana Débora Gomes Garcés de Spinoza, de Ponte de Lima, y de Miguel de Spinoza, de Vidigueira.

—¿Edad?

—Veintitrés años.

Cerró los documentos que había estado ojeando durante algunos minutos, como si estuviera terminando un capítulo y en ese momento pasara al siguiente. El presidente del tribunal rabínico finalmente miró a Bento. La expresión de su rostro denunciaba la mayor de las severidades, parecía que era Moisés cuando se preparaba para amonestar al líder de los judíos caídos en desgracia, después de haberse visto tentado por la idolatría y haber adorado al becerro dorado.

—Baruch Spinoza, te hemos llamado para que comparezcas ante

este tribunal debido a graves acusaciones, en concreto haber cometido herejías horrendas —anunció el *jajam* Aboab da Fonseca con voz atronadora, usando el plural mayestático para reforzar su posición de juez—. Después de tantas buenas esperanzas que habíamos depositado en tu fe en HaShem, bendito sea Su nombre, nos cuesta creer que todo lo que se dice por ahí de ti sea verdad y por eso te hemos convocado. Con amargura en nuestros corazones, te pedimos que des cuenta de tu fe y que tengas en consideración que se te acusa del más negro y del peor de los delitos: el desprecio a la Ley de Moisés. Deseamos con todas las fuerzas que te limpies de esas graves acusaciones, Baruch, pero no podemos dejar de avisarte de que, en caso de que tu convicción se mantenga en el desprecio a la Ley, entonces no existe en la faz de la Tierra suplicio adecuadamente duro y castigo suficientemente penoso para redimir tu hediondo delito. Por tanto, pondera con cuidado todo lo que vas a decir. Ahora, te preguntamos, porque deseamos saber la verdad, ¿cómo te declaras: culpable o inocente?

—Soy inocente, *jajam*.

El *jajam* Aboab da Fonseca frunció el ceño, como si esperara algo más que aquella simple respuesta.

—¿Crees que HaShem, bendito sea Su nombre, existe?

—Lo creo.

Las dos respuestas de su pupilo, aunque breves, parecieron aliviar al rabino; por lo visto, el tiempo de reflexión que el *jajam* Morteira había concedido al chico le había sentado bien. El sentido común parecía haber prevalecido en su espíritu. Pero el rabino que presidía el Bet Din sabía que el problema se escondía en los detalles.

—Te escucharon en la *esnoga* profiriendo blasfemias —matizó el *jajam* Aboab de Fonseca—. Por ejemplo, supuestamente has dicho que estabas dispuesto a dejar de ser judío para casarte con una gentil.

Ante esta acusación, la primera concretamente, el acusado no mostró ninguna señal de inquietud.

—Dios existe —estableció, imperturbable—. Sea judío o no, Él existe y seguirá existiendo. Su existencia no depende de que yo sea judío.

El rabino hizo un chasquido con la lengua, vagamente irritado.

—Eso es evidente —reconoció—. Pero si cometes apostasía y reniegas del judaísmo, Adonai, bendito sea Su nombre, dejará de protegerte.

—No veo por qué Él me iba a dejar de proteger. Dios es igual para todos los hombres, no distingue naciones.

El presidente del Bet Din lo señaló de inmediato con el dedo

acusador.

—¡Blasfemia! —exclamó—. La Torá establece claramente que los judíos son el pueblo elegido. Lo dice HaShem, bendito sea Su nombre, en el Deuteronomio, capítulo catorce, versículo dos: «eres un pueblo consagrado al Señor, tu Dios, que te eligió como pueblo especial entre todos los pueblos de la tierra». Dudar de ello es dudar de la palabra de Elohim, bendito sea Su nombre.

—Es cierto que tanto ese como otros versículos están en la Torá y establecen a los judíos como el pueblo elegido, pero otros versículos que se encuentran en las Escrituras extienden el mensaje divino a todos los hombres, incluyendo los gentiles —contestó Bento con inesperada firmeza—. Por lo demás, basta usar la razón para responder a esta pregunta: ¿en qué somos nosotros, los judíos, superiores a los demás? En inteligencia no debe ser, ya que nuestro intelecto es en media igual al de los demás, y lo mismo sucede con la virtud. Está bastante claro en las Escrituras que lo único en lo que, de hecho, suplantamos a otras naciones es en la forma como hemos sabido conducir la gobernación y cómo superamos los grandes peligros gracias a Su ayuda externa. Es decir, Elohim nos ha elegido debido a nuestra organización social.

El *jajam* Aboab da Fonseca le devolvió una expresión de incomprensión.

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Una comunidad solo existe cuando tiene leyes que sus miembros respetan, *jajam*. Si nadie las respetara, ese simple hecho disolvería el Estado y destruiría a la comunidad. Si aún tiene dudas, lea a Hobbes y a Maquiavelo. Ambos lo explican muy bien —se giró hacia la silla vacía, habitualmente ocupada por Menashé ben Israel—. Sé, además, que el *jajam* Ben Israel lee a esos dos filósofos gentiles, ya que soy amigo del librero que le vendió *De Cive* y *De Principativus*, libro que ambos publicaron.

Al escucharlo, el *jajam* Aboab da Fonseca se sonrojó.

—Bueno... en fin... el hecho de que el *jajam* Ben Israel tenga esas obras no quiere decir que esté de acuerdo con su contenido.

—Pero no ignora que Hobbes y Maquiavelo contribuyeron con conocimientos más actualizados sobre el origen de las sociedades y la forma de gestionarlas. A la luz de lo que los dos escribieron con motivo de la organización de los Estados, el único premio que se le podía prometer a los judíos por obedecer la Ley de Moisés era la seguridad y las ventajas asociadas a la seguridad. Nosotros, los judíos, somos el pueblo elegido porque nos hemos organizado en un Estado y hemos registrado nuestros actos en un libro. Si los gentiles hubieran

registrado sus historias en libros, seguramente ellos también considerarían esos libros como especiales. —Señaló la ventana de la sala en la que transcurría la sesión—. Mire hacia fuera y observe nuestra república, *jajam*. ¿No es una de las maravillas del progreso? ¿No crean riqueza estos gentiles, ganan conocimientos y generan avances gracias a la forma como se organizan? Lo cierto es que, en lo que se refiere al intelecto y a la verdadera virtud, todas las naciones están a la par y Dios no ha elegido a ninguna en detrimento de las otras. Las diferencias entre ellas se encuentran únicamente en la organización. Las naciones elegidas son simplemente las que mejor se organizan, ya que son ellas las que generan más riqueza y progreso.

Petrificado con estas palabras que rozaban la herejía, el rabino tardó unos instantes en recomponerse.

—¡Blasfemia! —rugió el *jajam* Aboab da Fonseca, temblando de indignación—. ¿Que nuestro pueblo no es el pueblo elegido por HaShem, bendito sea Su nombre? ¡Todo blasfemias! —Sin dudarlo, Bento volvió a señalar hacia la silla vacía de Menashé ben Israel.

—Y aun así, el *jajam* Ben Israel es un gran amigo de Adam Boreel, fundador de los *collegianten* y defensor de la igualdad y libertad de las religiones y de la idea de que el mensaje de la Torá es neutro en lo que se refiere a las diferentes formas de culto. ¿Acaso no es eso una forma de reconocer que no estamos por encima de otras naciones y religiones?

La mirada chispeante del *jajam* Aboab da Fonseca se giró instintivamente hacia el lugar vacío de Menashé ben Israel; el colega iba a oírle cuando volviera de Inglaterra. Este contrataque certero del joven le había pillado desprevenido. El presidente del Bet Din respiró hondo, esforzándose por mantener la cabeza fría.

—Baruch, hace momentos has alegado que... hemos registrado nuestros hechos en un libro —recordó—. Esa frase es dudosa, ya que fue Moisés, nuestro maestro y profeta, quien lo registró todo.

—Pero, *jajam*, si lee con atención los doctos comentarios a la Torá, constatará que Ibn Ezra muestra que Moisés no podía haber escrito todos los libros de las Escrituras que se le atribuyen —argumentó Bento, sin mostrarse intimidado—. Si Ibn Ezra puede decir algo así, ¿por qué no puedo decirlo yo también? Es más, fue el *jajam* Morteira quien me sugirió que leyera Ibn Ezra. —Se agachó y sacó el volumen del interior del saco de rafia—. El *jajam* Ben Israel conoce muy bien este libro que le voy a enseñar y que acaba de ser publicado aquí, en Ámsterdam. —Como si fuera un trofeo, exhibió la obra que Juan de Prado le había regalado. El *jajam* Aboab da Fonseca se inclinó sobre la mesa para, a distancia, intentar leer el título de la obra.

—¿Pre... pre... qué?

—*Prae-Adamitae*, de Isaac La Peyrère —dijo Bento, que todavía estaba enseñando la portada—. La Peyrère, muy amigo del *jajam* Ben Israel. Ahora bien, en este libro, La Peyrère demuestra, entre otras cosas, que la Torá que ha llegado hasta nosotros es en realidad la compilación de varias fuentes. Incluso hay textos que se le han atribuido a Moisés que no los escribió Moisés, como el propio Ibn Ezra ya se había dado cuenta.

El joven estaba mucho mejor preparado de lo que alguna vez se habría podido imaginar, entendió el presidente del Bet Din. Le había dado clase hacía mucho tiempo, cuando Bento todavía estaba en los primeros cursos de la Talmud Tora. A pesar de los sucesivos avisos que le había hecho Morteira, antes de la sesión, no se esperaba que el chico, con aquella apariencia tan delicada y frágil, pudiera contener tal fuerza, determinación y poder de intelecto. Había pocos que podrían responder de una forma tan segura y recta en el Bet Din, delante de los rabinos. Claramente, se trataba de un hueso más duro de roer de lo que podía suponer. Al implicar, en su argumentación, al *jajam* Ben Israel y al *jajam* Morteira, el imputado había dado muestras de una capacidad de maniobra táctica digna de respeto. No cabía dudas, todo el cuidado con ese habilidoso no sería demasiado.

En ese instante, se abrió la puerta de la sala de audiencias, y el *jajam* Morteira entró de repente; traía cara de pocos amigos.

—Perdón por el retraso —dijo instalándose en su lugar, a la izquierda del *jajam* Aboab da Fonseca—. Me acaban de informar de que la audición a Baruch ya ha empezado. ¿Es cierto que... ha desafiado a la Ley?

El presidente del Bet Din ni siquiera se molestó en responderle; por un lado, su rivalidad con el recién llegado le quitaba las ganas de hablarle; por otro, las respuestas de Bento le estaban dejando descolocado. Una vez superada la interrupción provocada por la entrada del *jajam* Morteira, el *jajam* Aboab da Fonseca retomó la palabra.

—Te oyeron en la e*snoga* diciendo que los milagros no existen —afirmó, dirigiéndose al imputado, pasando así al punto siguiente—. Eso es una blasfemia, como bien sabes.

—Si es una blasfemia, ¿por qué razón Maimónides no estableció la creencia en los milagros como uno de los trece principios de nuestra fe? —preguntó Bento—. *Jajam*, seguramente sabe que Maimónides se sintió de tal forma incómodo con la idea de los milagros que la desvalorizó por completo. Para él, lo que realmente revela Dios es el orden natural de las cosas, no la alteración de ese orden. ¿Para qué va

a necesitar Dios los milagros si Su obra nació perfecta?

Los dos rabinos intercambiaron miradas y la del *jajam* Morteira era más pesada, como si sugiriera al otro que el camino de los milagros, aunque fuera un tema que impresionaba a los creyentes, no les iba a llevar a ninguna parte, debido a la fragilidad de la sustentación teológica; el rabino jefe sabía lo que el propio Maimónides había dejado en las entrelíneas de su *Guía de los Perplejos* dudas sobre la validez de los milagros relatados en la Biblia. El *jajam* Aboab da Fonseca no ignoraba que el racionalista Morteira también desconfiaba de las rupturas del orden natural de las cosas, algo de lo que ya se había interrogado el propio Maimónides por lo que, de hecho, era sensato abandonar esa línea del interrogatorio. La solidez revelada por el chico requería argumentos más pesados.

Era el momento de que los jueces jugaran cartas más fuertes y presentaran al joven *yehud* las pruebas irrefutables de sus blasfemias. Consciente de ello, el *jajam* Aboab da Fonseca se giró hacia una puerta lateral y elevó la voz.

—¡Que traigan a los testigos!

Estaban por entrar los ases guardados en la manga de la acusación.

V

La puerta del tribunal rabínico se abrió y entraron dos jóvenes. Bento reconoció sin sorpresas a la pareja que semanas antes se había dirigido a él en la taberna. Sin mirar al *yehud* que estaba siendo juzgado, los recién llegados se dirigieron a una estructura lateral reservada a los testigos de los procesos del Bet Din.

El presidente del tribunal rabínico los miró.

—¿Nombres?

—Adán Pereira, *jajam*.

—Y yo soy Manuel Rodrigues.

El rabino tomó nota, casi como si fuera la primera vez que veía a aquellos dos.

—Adán Pereira, ¿conoces al *yehud* que estamos interrogando, Baruch de Espinosa?

La mirada de Adán se desvió hacia Bento.

—Sí, *jajam*. Charlé con él el otro día, enviado por el *jajam* Morteira, para saber qué pensaba él de nuestra religión.

—¿Y tú, Manuel Rodrigues?

—Charlé con él el mismo día, en las mismas circunstancias y con los mismos objetivos, *jajam*.

Más notas en los papeles del presidente del tribunal rabínico.

—Dime Adán Pereira, cuando le preguntaste sobre las cuestiones fundamentales de la verdadera fe, ¿qué te dijo Baruch de Spinoza?

Antes de empezar su declaración, el testigo volvió a mirar al acusado, como si su rostro pudiera avivar la memoria de la charla que habían mantenido. Después, sacó un papel del bolsillo, evidentemente con las anotaciones que había hecho al salir de la taberna, y miró a los dos *jajam*.

—Le escuché burlarse de los *yehudim*, los describió como personas supersticiosas, nacidas y educadas en la ignorancia, que ni siquiera saben quién es Dios, pero que aun así tienen la audacia de presentarse como Su pueblo, despreciando de esa forma a otras naciones —declaró, consultando en todo momento sus anotaciones—. Le escuché decir que Dios tiene cuerpo, que los espíritus no tienen sustancia y son simples fantasmas a los que llamamos ángeles, que el alma no es inmortal y que cuando la Torá habla del alma tan solo se refiere a la vida. Le oí decir que la Ley fue instituida por un hombre más conocedor que el resto de los judíos en materia de política, pero que en realidad no sabía nada de física ni de teología. Le escuché decir que apenas con el sentido común se podrían detectar todas las imposturas

y que era necesario ser muy estúpido, como lo eran los hebreos de la época de Moisés, para seguir a tan galante hombre.

Como se hizo evidente, no era la primera vez que los dos *jajam* escuchaban al testigo; aun así, pestañearon ante la violencia de las alegaciones.

—Dime, Adán Pereira, ¿escuchaste a Baruch decir todo eso? —quiso certificar el *jajam* Aboab da Fonseca—. ¿Estás dispuesto a jurarlo por HaShem, bendito sea Su nombre?

—Lo juro por HaShem, bendito sea Su nombre —confirmó Adán, solemnemente. Señaló acusadoramente a Bento—. Es un abuso creer que este hombre pueda un día convertirse en uno de los pilares de la *esnoga*. Todo en él es apariencia y lo que esa apariencia esconde es a un destruidor que tan solo siente odio y desprecio por la Santa Ley de Moisés. Todos creemos que estamos ante un verdadero fiel y al final se trata de un impío que nos engaña.

La mirada del presidente del Bet Din se desvió hacia el segundo testigo.

—Dime, Manuel Rodrigues, ¿tú también confirmas que escuchaste todo esto de la boca de Baruch de Spinoza?

—Sí, *jajam* —respondió—. Fue exactamente eso lo que escuché.

El *jajam* Aboab da Fonseca hizo un gesto para que los testigos se sentaran, y las miradas de todos, incendiadas por el fuego de la indignación, se giraron hacia Bento.

—Nos entristece escuchar estas palabras —dijo el presidente del tribunal rabínico con una furia que difícilmente conseguía disimular —. ¿Qué puedes decir en tu defensa, Baruch? —El rostro de Bento se mostraba impenetrable.

—No tengo que defenderme. Solo lamento que me estén juzgando con tanta precipitación y dureza.

—¿Reconoces tu culpa?

—Ya lo he dicho, soy inocente.

Esta frase, dicha después de todas aquellas pruebas, hizo explotar al *jajam* Aboad da Fonseca.

—¡Acabamos de escuchar a los testigos! —rugió—. ¡Has dicho una blasfemia detrás de otra!

—Dígame cuáles, *jajam*.

El presidente del Bet Din puso los ojos en blanco; por lo visto, la desfachatez de ese chico no tenía límites.

—¡¿Cuáles?! —se escandalizó—. ¿Te atreves a preguntar cuáles? —Miró sus notas—. ¿Niegas haber afirmado que HaShem, bendito sea Su nombre, tiene cuerpo?

—En ninguna parte de la Torá se dice que Él no tenga cuerpo —

fue su respuesta tranquila, confirmando implícitamente la palabra de Adán y Manuel—. Y si Dios habló a Moisés, eso nos hace suponer que tendrá una boca. En caso contrario, ¿cómo iba a hablar Él?

—¡Blasfemia! —le acusó el *jajam*—. El tercer principio de la fe judaica establece claramente que el Creador, bendito sea Su nombre, no tiene un cuerpo, no le afecta la materia física conforme lo formula Maimónides.

—Pero, *jajam*, Maimónides no era un profeta y su opinión no es ley —recordó Bento—. Insisto en que nada en la Torá hace explícita la inmaterialidad de Dios.

—Claramente la Torá establece que HaShem, bendito sea Su nombre, es espíritu —insistió el presidente del Bet Din—. Si es espíritu, es inmaterial.

—Si así fuera —argumentó el acusado— ¿por qué razón Dios dice en el Génesis, capítulo uno, versículo veintiséis, «hagamos al hombre a nuestra imagen»? Si el hombre tiene cuerpo y está hecho a imagen de Dios, entonces Dios también tiene cuerpo. No veo qué blasfemia he podido proferir, ya que violar un precepto de los trece principios de Maimónides no es violar las Escrituras. Que yo sepa, estos trece principios no son un texto sagrado. Solo lo es la Torá.

En ese punto, tenía razón, y lo sabían. No había dudas de que ese chico era un hueso duro de roer.

—¿Y el alma? —le preguntó el *jajam* Aboab da Fonseca, que empezaba a exasperarse—. ¿Niegas haber afirmado que el alma no es inmortal?

—En cierto modo, el alma es inmortal y persiste en Dios incluso tras la muerte del cuerpo —dijo, esquivando con habilidad el problema—. Pero si por inmortalidad estamos hablando de vida después de la muerte, en ese caso tengo que decir que el alma no es inmortal.

—¡Blasfemia! —le cortó el *jajam*—. El alma es inmortal y hay vida después de la muerte, por lo que Adonai, bendito sea Su nombre, nos traerá a todos a la vida el día del juicio final, para decidir quiénes son los justos y quiénes son los impíos, condenados al castigo eterno.

El *jajam* Morteira se mostró en ese punto muy agitado; por primera vez desde el comienzo de la audición, no pudo evitar intervenir.

—Baruch, no debes ignorar que hace diez años escribí un texto en el que explicaba la inmortalidad del alma —le recordó el rabino jefe, resentido con las palabras de su protegido—. La idea del castigo eterno de las almas pecadoras se asienta en ese principio. Si el alma no fuera inmortal, no podría haber castigo eterno. La creencia en las

tekhiyas ha-maysim, la resurrección de los muertos, es central en nuestra fe pues, si no fuera así, ¿cómo podría haber juicio final y el Olam Habá, el mundo que se sigue?

—El *jajam* Menashé ben Israel también publicó hace tres años su *Nishmat Chaim* —recordó el *jajam* Aboab da Fonseca, haciendo suyas las ideas de su colega ausente en Londres—. En ese texto, mostró que la creencia en la inmortalidad del alma es un principio fundador de nuestra fe. Negar la inmortalidad suponía negar la fe judía. Sin inmortalidad del alma, los justos no serán premiados, los pecadores no serán castigados, el mundo no tendría sentido moral. Negar la inmortalidad del alma sería, por tanto, negar a Elohim, bendito sea Su nombre. Lo que estás diciendo es una herejía pura.

Bento movió la cabeza con vehemencia.

—La inmortalidad y el castigo eterno no son más que ideas usadas para instigar el miedo e instalar la esperanza en los *yehudim* para manipularlos —contestó perdiendo la prudencia que hasta ahí le había permitido esquivar los problemas teológicos que le presentaban—. La inmortalidad da esperanza, el castigo impone el miedo. Los hombres no serían supersticiosos si las cosas les fueran siempre bien, está claro. Pero como la rueda de la fortuna muchas veces les es desfavorable, las personas se vuelven susceptibles a la credulidad, ya que necesitan soluciones inmediatas y fáciles. Nada es demasiado fútil o absurdo para creérselo, las causas más frívolas se revelan suficientes como para acariciar a los hombres con la mayor de las esperanzas o incluso hacerlos bucear en la más profunda de las desesperaciones. Todo lo que excita su miedo, les hace creer que están ante la cólera divina y confunden la religión con superstición, consideran impío no intentar impedir el mal con rezos y sacrificios. Las principales víctimas de la superstición son los que, cuando se encuentran en dificultades, se multiplican en oraciones y súplicas a Dios, llegando incluso a creer que meros sueños y otros absurdos infantiles son oráculos dictados por los Cielos. La superstición se engendra y se preserva gracias al miedo, y de ese miedo es de lo que viven los sacerdotes de las religiones. Estas se rodean de tal pompa y circunstancia e imponen dogmas tan grandes, como esos de la inmortalidad y del castigo eterno, que el simple uso de la razón para rebatirlos se considera impío. No dejan margen para pensar o dudar. Pues yo os digo, a vosotros que me juzgáis: la superstición es el enemigo más amargo del verdadero conocimiento y de la verdadera moralidad. Aquel que no está autorizado a ejercer la razón, no está autorizado a llegar a la verdad.

Los rabinos y los dos testigos se quedaron boquiabiertos con estas palabras y con el atrevimiento del joven *yehud*. Nunca nadie se había

atrevido a decir esas cosas en aquel lugar y mucho menos se esperaba que el hijo más brillante de la *Nação*, aquel en el que todos depositaban las más elevadas esperanzas para el futuro de la comunidad, fuera el autor de tamañas herejías.

El *jajam* Aboab da Fonseca temblaba.

—Eso es... ¡es ateísmo!

—No es ateísmo —le devolvió Bento en tono desafiante—. Es rechazo de la superstición y determinación en ejercer la razón y la verdadera religión.

—¡Es ateísmo! —insistió el presidente del Bet Din—. ¡Ni el más blasfemo de los gentiles se atreve siquiera a pensar la mitad de esas impiedades! ¡Y tú, supuestamente el más prometedor de nuestros hijos, no solo se atreve a pensarlo, sino a decirlo, con todo este desplante! ¿Cómo es posible que en nuestra cuna más dorada, en quien tanto hemos invertido, a quien con tantos cuidados hemos educado, que haya crecido y se haya convertido en un... ateo? Peor, ¿qué van a decir los gentiles neerlandeses cuando sepan que andamos educando a ateos?

—No soy ateo —repitió el joven—. Creo que Dios existe, como ya he explicado. Dios es infinito y no hay nada más allá de Él.

—Y aun así, si creemos en lo que dices, ¡ya ni siquiera rezas!

—Así es, de hecho.

Los rabinos se miraron, se sentían desarmados ante lo que acababan de oír. ¿Cómo era posible tal descaro?

—¿Y la Ley? —le preguntó el *jajam* Morteira, trastornado—. ¿Al menos crees en la Ley de Moisés?

—La ley divina que sustenta todo lo que es verdadero es universal para todos los hombres —respondió—. No tiene nada que ver con las leyes ceremoniales dictadas por Moisés, que en realidad son leyes temporales concebidas solo para garantizar la paz en el reino hebreo. En los cinco libros habitualmente atribuidos a Moisés, nada se promete más allá de beneficios temporales como honra, fama, victoria, riqueza, placer y salud. ¿Acaso es eso la verdadera ley de Dios?

—Los cinco libros de Moisés contienen muchos preceptos morales, como bien sabes...

—Pues sí. Pero no aparecen como doctrinas morales universales para todos los hombres, sino simplemente como órdenes adaptadas especialmente al conocimiento de los judíos y en referencia solo al bienestar de su reino. Por ejemplo, Moisés como profeta no enseña a los judíos a no matar ni a robar; en realidad, emite esos mandamientos únicamente como legislador y juez, fijando sanciones a quien incumpla tales mandamientos. Vean otro ejemplo, el mandamiento de

prohibir el adulterio. Si la intención de Moisés de verdad tuviera que ver con la salvación de las almas, ese mandamiento no se limitaría a condenar el acto en sí, sino el propio pensamiento de ese acto, aunque nunca se realice. Muchos creen que la ley mosaica resume toda la moralidad, cuando en realidad tales leyes se destinan apenas a regular la sociedad. No existen para instruir a los judíos, sino para mantenerlos en orden. Si no hubiera leyes que regulen la vida del reino, las personas se guiarían apenas por sus instintos carnales y por las emociones. Ninguna sociedad puede existir sin gobierno y sin el ejercicio de la fuerza, incluyendo leyes que restrinjan los deseos e impulsos de los hombres. Por eso se impusieron las leyes ceremoniales a los judíos.

—¿Cómo te atreves a blasfemar de forma tan impúdica? —protestó el presidente del Bet Din, rebosante de furia—. La Torá establece claramente que las leyes ceremoniales son la Ley de HaShem, bendito sea Su nombre. ¿Cómo te atreves a decir lo contrario?

—La Torá describe las leyes ceremoniales como la Ley de Dios porque están fundadas en la revelación —argumentó Bento—. Si usted, *jajam*, va al Tanach y lee a Isaías, por ejemplo, comprobará que la ley divina, en su sentido estricto, es la que establece la ley universal que orienta la vida, no los aspectos ceremoniales. En el capítulo uno, versículos dieciséis y diecisiete, el profeta resume la verdadera ley de esta manera: «cesad de hacer el mal, aprended a hacer el bien; procurad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia con el huérfano, defended a la viuda». O lean los Salmos, capítulo cuarenta, versículo nueve: «Tu ley está en mi corazón». Esta es la verdadera y eterna Ley de Dios. La del corazón. Las otras, las ceremoniales, no son más que leyes temporales concebidas para regular un reino que, por otro lado, ya no existe. No podemos olvidar lo que dijo el rabino Hillel, como se cita en el Talmud: «no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti», esa es toda la Torá y lo demás son comentarios.

Cuando el joven calló, se hizo un silencio pesado en la sala de audiencias del Bet Din. El presidente del tribunal rabínico consultó las notas que había ido tomando a lo largo de la sesión.

—Baruch, la lista de blasfemias y herejías que profieres es interminable —le dijo con tono solemne—. Cuestionas la ley de Moisés, cuestionas la inmortalidad del alma, cuestionas la inmaterialidad de HaShem, bendito sea Su nombre, cuestionas los milagros, cuestionas que el pueblo de Israel sea el pueblo elegido, acusas incluso a los judíos de ser ignorantes y supersticiosos por seguir

las enseñanzas de Moisés, nuestro profeta y profesor. Dime, Baruch, ¿qué vamos a hacer contigo?

—No he dicho ninguna blasfemia ni he cometido ninguna herejía —respondió Bento—. Me limito a afirmar que Dios existe y que se manifiesta en Sus leyes. La verdadera enseñanza de la Torá requiere que respete al prójimo como me gustaría que me respetasen a mí. Todo lo demás, como diría el rabino Hillel, son comentarios.

El presidente del tribunal rabínico no pretendía empezar otra vez la discusión. El imputado había revelado lo que realmente pensaba sobre los importantes asuntos que se debatían y el juicio estaba concluido. Había que sacar las consecuencias y pasar a las decisiones. El *jajam* Aboab da Fonseca cogió un pequeño martillo de madera y, como hacían los jueces en los tribunales comunes, golpeó la mesa.

—En nombre de HaShem, bendito sea Su nombre, declaro cerrada esta sesión —declaró—. Los testigos, hagan el favor de retirarse y el imputado que permanezca. Con la gracia de Adonai, bendito sea Su nombre, los rabinos deliberarán ahora y después regresarán para anunciar la sentencia.

Los dos rabinos se levantaron y se dirigieron solemnemente hacia una salita anexa. Durante los minutos siguientes iban a decidir el destino de Bento de Spinoza.

VI

Con la salida de los *jajamim* y de los dos testigos, Bento se quedó solo en la sala de audiencias. El imputado estaba ensimismado, tenía mucho en lo que pensar. A pesar de la firmeza de sus palabras, por dentro estaba muerto de miedo. ¿Quién no iba a estarlo, en medio de un auténtico atentado contra su vida y en un momento en que se encontraba a punto de convertirse en un proscrito, vilipendiado por su comunidad y probablemente abandonado por su familia? Nunca había negado que sus ideas fueran arriesgadas y que le podrían traer graves consecuencias, pero había actuado con impulsividad. Si hubiera podido, habría sido más cauteloso en algunas de las palabras que había pronunciado en público, sobre todo con desconocidos, como aquellos dos que habían testificado en su contra. Había cosas que solo los iniciados podían entender y solo se les podía decir a ellos. Había sido imprudente.

Pero lo hecho, hecho estaba. No se podía deshacer. De ahora en adelante, debería tener más cuidado. No solo por culpa de las peligrosas susceptibilidades que sus ideas evidentemente herían, sino también por el ataque que había sufrido la víspera a la salida del teatro, lo que le había mostrado los riesgos que corría su existencia. *Caute*, pensó. La palabra latina para cautela. ¿No habían sobrevivido con cautela los judíos en las tierras de la idolatría? También iba a ser con cautela como él tendría que sobrevivir, mientras se moviera en el mundo de la superstición.

De ahora en adelante, ese sería su lema. *Caute*. Había guardado en su casa la túnica rasgada con el cuchillo y nunca se iba a deshacer de ella, le serviría como recuerdo de los peligros que corría debido a sus ideas. Siempre que se sintiera tentado a hablar más de la cuenta, como tantas veces le sucedía, por culpa de ese orgullo ibérico que tantas dificultades tenía en domar, se repetiría la palabra en su cabeza, *caute*, y recordaría la imagen de la túnica rasgada, para tener presente en todas las circunstancias que debía ser cauteloso.

Había entendido que, cuando quisiera decir lo que realmente pensaba, solo lo podría hacer delante de personas de confianza. Como sus amigos *collegianten*. Como Van den Enden, o como Juan de Prado y un puñado más de cartesianos como ellos. A los demás, no podía decirles nada, tenía que esconder sus pensamientos, volverse opaco. Tenía que ser marrano, como tantos judíos lo eran en Portugal y España, usar con maestría sus palabras de forma que revelase y a la vez escondiera lo que realmente pensaba. Revelar a los iniciados,

esconder a los otros. *Caute*.

La puerta lateral se abrió y los dos *jajamim* volvieron a entrar en la sala de audiencias. Detrás venía una tercera persona que Bento reconoció al instante. Se trataba de Antonio Lopes Suasso, el banquero que había hecho hijos a su amante holandesa y que era uno de los seis *parnassim* del *ma´amad*, el órgano que realmente gobernaba la comunidad. El imputado siguió al recién llegado con la mirada, intrigado. ¿Qué estaría haciendo Suasso allí?

Los *jajamim* regresaron a sus lugares y el banquero se sentó en una silla lateral. Traían los semblantes graves y hacían gestos pesados, pues el momento así lo requería.

—Baruch Spinoz —dijo el *jajam* Aboab da Fonseca con su voz atronadora—. Tras escuchar a los testigos y, sobre todo, después de haberte escuchado a ti mismo, habiendo ponderado cuidadosamente todos los hechos y con la gracia de HaShem, bendito sea Su nombre, nosotros, los señores *jajamin* reunidos en el Bet Din, para nuestra gran tristeza y profundo pesar, consideramos que hay razones suficientemente graves y poderosas para aconsejar a los señores del *ma´amad* que emitan un *herem* y que te expulsen de la *Nação*.

Se calló, evidentemente para dejar que el imputado tuviera un momento para asimilar el significado profundo de lo que le acababan de comunicar. Bento permaneció impasible, con el rostro marmóreo, para esconder el conflicto que asolaba su alma. Había llegado el momento que nunca había deseado. Se había colocado en la posición en la que Uriel da Costa se había visto años antes.

El *jajam* Morteira, que estaba evidentemente tan desconcertado como el resto, intervino.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte, Baruch —le dijo en un tono suave, casi seductor—. Si pides perdón por tus blasfemias y herejías y prometes que no las vuelves a cometer, nosotros, los señores *jajamin*, estamos dispuestos a ser comprensivos y a dejar atrás todo este penoso capítulo.

El rabino jefe abría una puerta a la *peshara*, el compromiso. Durante unos momentos, Bento consideró esa posibilidad. Para evitar el *herem*, tendría que decir que la Ley de Moisés era divina, que Dios era inmaterial, que el alma era inmortal, que los milagros existían, que las leyes ceremoniales eran divinas y que tenían que respetarse escrupulosamente. En suma, tendría que faltar a la verdad en la que creía con todo su ser. ¿Sería capaz?

Negó con la cabeza.

—Lo lamento, *jajam*. Me resulta imposible negar lo que pienso.

Los *jajamin* intercambiaron miradas llenas de significado.

Claramente, habían apostado por un entendimiento, algo que era normal en esas situaciones, pero la respuesta que el imputado les daba no era la que más deseaban.

Fue en ese momento cuando Antonio Lopes Suasso, que hasta entonces había estado en silencio, se movió y carraspeó, antes de empezar a hablar; parecía que había pactado con los *jajamin* que hablaría en caso de que las circunstancias así lo exigieran.

—A ver si soy claro contigo, Bento —le dijo el banquero—. A nadie aquí le interesa decretar un *herem.* —Señaló al imputado—. Empezando por ti, como es evidente, serás el más perjudicado, porque te convertirás en un proscrito de la *Nação*. Pero también hay que considerar la situación de tus hermanos, que no van a poder volver a hablar contigo. Y después está la comunidad, que va a perder a su hijo más prometedor. Además, estaría bien que evitáramos un escándalo. Tampoco ignoramos todo lo que tu padre, el señor Miguel de Spinoza, a quien tanto añoramos y que tanta caridad tuvo entre los de la *Nação*, contribuyó en nuestra comunidad. Por todo ello, nos gustaría llegar a un acuerdo contigo. ¿Estarías dispuesto a ello?

—Depende de lo que entienda por acuerdo, señor Suasso.

El banquero lanzó una mirada rápida a los dos *jajamin*, como dándoles a entender que no había alternativa y que tendría que avanzar hacia la propuesta del último recurso que anteriormente habían acordado.

—Lo que te queremos proponer es lo siguiente —dijo—. No te pedimos que pidas perdón ni que te arrepientas de lo que sea. Tus creencias son herejías y ofenden a HaShem, pero ese es un problema con el que tendrás que lidiar el día del Juicio Final, cuando Adonai te llame a prestar cuentas. De alguna forma, yo mismo también estoy en esa posición, ya que también he cometido mis propios... eh... pecaditos, por los que tendré que responder ante Dios bendito, llegado el momento. Pero... adelante. Lo que te quiero decir es que, a efectos prácticos, te lo podemos tolerar. Piensas de la forma que piensas y eso a nadie le importa. Tan solo te pedimos que respetes las leyes ceremoniales, incluyendo el *sabbat*, y que vayas de vez en cuando a la *esnoga*. Nada demasiado riguroso, bien entendido. Puedes tener las ideas que quieras, pero serás más discreto de que lo que has sido últimamente y en la apariencia exterior respetarás la Ley. Si estás de acuerdo, ya he hablado con los *jajamin* y no habrá ningún *herem*. Eso significa que podrás quedarte en la *Nação*.

—Es decir, queréis que guarde las apariencias.

—Llámalo como quieras. Creo que es un buen *peshara* para todas las partes. A los *jajamin* no les molestarán con blasfemias que

contaminen a otros *yehudim*, tú permaneces entre nosotros y en tu familia, y el *ma 'amad* garantizará la paz y tranquilidad de la *Nação*. ¿Y bien? ¿Qué nos dices?

Bento reflexionó sobre la propuesta de *peshara*, el compromiso. No podía negar que era tentador. Seguiría integrado en la *Nação*, seguiría conectado a su familia, se evitarían los escándalos... ¿qué más podía querer? Y aun así...

Negó con la cabeza.

—No.

Suasso y los *jajamin* no se lo esperaban.

—¡¿No?! —se sorprendió el banquero, incrédulo con tal respuesta —. Pero... ¿por qué?

—¿Quieren que finja que creo en algo cuando en realidad creo en algo diferente? —preguntó el imputado—. Eso me recuerda a una anciana que conocí hace tiempo. Era muy beata. Rezaba, leía la Torá, respetaba el *sabbat* e iba a la *esnoga*. Todo apariencias. El problema era que robaba a escondidas. Es decir, respetaba las leyes ceremoniales y no respetaba la verdadera ley. Es cierto que me están proponiendo algo diferente, pero si lo acepto, yo no sería mejor que ella. Estaría pactando con la hipocresía. —Sacudió la cabeza—. No, mi conciencia no me lo permite. No puedo ser cómplice de algo así. Busco la verdad, no las apariencias.

El *parnas* del *ma´amad* respiró hondo, como si le costara digerir ese rechazo. Durante un momento permaneció en silencio, contemplando las opciones delante de él. No eran muchas. En realidad, estaban casi agotadas. Casi. Todavía le quedaba una última carta que jugar.

—Te pagaremos una pensión anual de quinientos florines —anunció Suasso en voz baja—. No queremos escándalos.

Quinientos florines al año era una excelente cuantía, como sabían todos los que estaban en aquella sala.

—No.

Suasso empalideció con el nuevo rechazo.

—Mil florines —dijo—. Te ofrecemos una pensión de mil florines al año. Es la propuesta final, ¿me oyes? Si lo rechazas, no hay acuerdo. Piénsatelo bien.

Bento tardó un segundo en pensar.

—No.

El banquero miró a los *jajamin* e hizo un gesto en señal de derrota. Las negociaciones habían fracasado. El desaliento se apoderó de todos, sobre todo del *jajam* Morteira.

—No nos das alternativa, Baruch, solo nos queda la excomunión

—avisó el rabino jefe entre dientes—. Ah, con todo lo que yo me he esforzado para llegar hasta aquí y acabar viéndote decir las más hediondas blasfemias, para ensuciarte con el *herem* más vergonzoso. ¿Qué diría mi viejo y buen amigo Miguel si te viera hoy, dándole la espalda a HaShem, bendito sea Su nombre, juzgado y repudiado por los tuyos, avergonzando el nombre de tan noble y piadosa familia?

La referencia a Miguel de Spinoza fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Bento; sabía bien lo que ese momento le habría costado a su padre y no necesitaba que se lo restregaran por la cara.

—No me hago ilusiones de la amenaza que pesa sobre mí —dijo con una mueca sibilina, incapaz de aguantar la irritación, con la lengua transformada en látigo y las palabras en dagas perforantes —. Para compensar el esfuerzo que usted, *jajam*, tuvo a la hora de enseñarme la lengua hebrea y la Ley, tendré, si quiere, el mayor placer en enseñarle cómo me excomulga.

La desfachatez altiva de la respuesta dejó a los presentes estupefactos; pensaban que Bento estaría desesperado y lo cierto es que estaba allí, retándolos.

—¿Cómo te atreves? —gritó el rabino jefe de la *Nação*, fuera de sí —. ¡Que Amonai, nuestro Señor, caiga sobre ti con todo el peso de Su ira y te someta a la fuerza de Su temible justicia! ¡Que Elohim, bendito sea Su nombre, te haga temblar! ¡Ten cuidado, Baruch Spinoza! ¡La próxima vez que me veas será con los rayos en la mano!

El *jajam* Aboab da Fonseca se levantó, hizo una señal a su colega para que le dejara hablar y miró al reo.

—Tu soberbia, Baruch Spinoza, nos entristece a todos —le dijo de forma pausada y su voz reverberó en toda la sala—. Pero vamos a seguir el proceso conforme prescrito por Maimónides y aceptado por la tradición. Debes arrepentirte de tus blasfemias y herejías y corregirte, porque ese camino solo te conducirá a la perdición. A partir de este momento, tienes dos períodos consecutivos de treinta días para reflexionar tanto sobre tus actos, como sobre tus pecados, después tendrás que venir aquí, ante nosotros, los señores *jajamin*, para implorar perdón. Si después de esos sesenta días te niegas a hacerlo, sacaremos nuestras propias conclusiones y daremos nuestro parecer docto a los señores del *ma´amad*. Será entonces cuando se te aplique el castigo final. Ahora, vete. Vete y arrepiéntete, Baruch Spinoza. Ve con HaShem, bendito sea Su nombre y regresa con Él en el corazón. Si no lo haces, sabremos que tu alma está perdida para siempre y nos cabrá entonces el penoso deber de maldecirte y enterrar tu nombre en la polvareda del tiempo.

La sesión quedaba concluida.

VII

La entrada de Bento en la sinagoga aquella mañana del 6 de *Av* de 5416, fecha que en el calendario gentil era el 27 de julio de 1656, desencadenó un murmullo entre los *yehudin*. «¡Qué descaro!», escuchó murmurar a alguien a su izquierda mientras se dirigía hacia su lugar habitual. «Nunca pensé que tuviera el desplante de venir aquí», escuchó decir a otro *yehud*, mientras un tercero recordaba que «en mi época, las personas se avergonzaban». Ignoró todos estos comentarios. Si se encontraba allí era porque estaba en su derecho. Aunque fuera por última vez. Se sentó en su lugar habitual, aquel que su padre había reservado muchos años antes para la familia Spinoza, justo al lado de un inquieto Gabriel, y esperó con tranquilidad el desarrollo de los acontecimientos.

Los susurros se cruzaban por todas partes, pero él hizo como si no los escuchara. Permaneció imperturbable. El plazo de sesenta días había expirado hacía poco y había llegado la hora de la verdad. Sintió que se le acercaba alguien, que se detuvo justo al lado de su silla.

—Valor, compañero.

Se trataba de Juan de Prado. El rostro del joven se relajó, agradeciendo el gesto de acercarse, dadas las circunstancias.

—Qué alegría verle, doctor —le dijo—. He oído que los señores *jajamin* también le han convocado...

Su amigo español forzó la sonrisa.

—Verdad —confirmó—. Andan pisándome los talones, Benito. También voy a tener que prestar cuentas al Bet Din.

Deseó suerte al portugués y el andaluz siguió hacia su lugar, en las filas de atrás, las peores de la sinagoga; los médicos no tenían mucho prestigio entre la comunidad, quizá porque eran demasiados, y Juan de Prado mucho menos, debido a sus opiniones heréticas.

El guardia de la sinagoga apareció y se puso a encender varias velas negras; era la señal de que la ceremonia solemne iba a empezar. Después, el *jajam* Morteira se dirigió hacia el *hechal*, el arca, y lo abrió mostrando a la congregación los libros de la Ley. El rabino jefe se volatilizó por una puerta y reapareció momentos después en una posición más elevada, como si fuera Moisés y hubiera ascendido a lo alto del Sinaí. Desenrolló el pergamino despacio, alargando así la solemnidad del momento y fijó los ojos en el texto que estaba escrito en él.

Se hizo un silencio absoluto en la sinagoga y la voz del *jajam* Morteira, sombría y cargada, hizo eco en el santuario.

—Los señores del *ma´amad* hacen saber —declaró en forma de anuncio, con la voz alta y la lectura pausada—. Al tener noticias de las malas opiniones y actos de Baruch Spinoza intentaron, por diferentes medios y promesas, retirarle de los malos caminos, no pudiendo remediarlo, al contrario. Cada día tenían más noticias de las horrendas herejías que cometía y enseñaba, de las monstruosas acciones que practicaba e incluso hay muchos testigos fidedignos que depusieron y testificaron todo en presencia del tal Spinoza; dijeron cosas de las que él mismo está convencido. Todo ello fue examinado todo en presencia de los señores *jajamin*, que deliberaron con su parecer que se decrete un *herem* al tal Spinoza y que este quede alejado de la *Nação* de Israel.

El silencio era absoluto. Todos los fieles estaban pendientes de la fatídica fórmula de excomunión que el rabino jefe de la comunidad se apresuraba a enunciar como si fuera una maldición dictada por los propios Cielos.

—Con la sentencia de los ángeles y de los santos, con el consentimiento de Dios bendito y con el consentimiento de toda esta congregación, delante de estos santos libros, nosotros declaramos hereje, expulsamos y maldecimos a Baruch Spinoza, con el *herem* que excomulgó a Josué y a Jericó, con la maldición con la que Elías maldijo a los mozos y con todas las maldiciones que están escritas en la Ley. Maldito sea el día y maldita sea la noche, maldito sea cuando se acueste, maldito sea cuando se levante, maldito sea cuando salga y maldito cuando entre. Y que Adonai borre su nombre debajo de los cielos, que lo aleje para su desgracia de todas las tribus de Israel, con todas las maldiciones del firmamento escritas en el Libro de esta Ley. Y vosotros, los dedicados a Adonai, que Dios os conserve a todos vivos. Advertimos que nadie puede hablar con él ni con la boca ni por escrito, ni concederle ningún favor, ni tenerlo debajo del mismo techo, ni estar con él, ni a una distancia de menos de cuatro codos, ni leer ningún papel hecho o escrito por él.

La congregación respondió en coro.

—¡Amén!

Gabriel estaba consternado. No solo porque acababan de efectuar la excomunión, sino también por sus términos, era de una virulencia anormal y ni siquiera abría la posibilidad a cualquier tipo de reconciliación. Tocó la mano de su hermano mayor y se la apretó con emoción, como si ya se estuviera despidiendo. Bento le devolvió el gesto, que le sorprendió porque su semblante no denunciaba la menor señal de abatimiento.

—En buena hora ha pasado esto —le dijo el proscrito con una sonrisa desconcertante, teniendo en cuenta las graves circunstancias

—. No me obligan a nada que yo mismo no hubiera hecho de libre voluntad si no temiera el escándalo. Pero ya que me fuerzan, entro con alegría en el camino que me han abierto, con el consuelo de que mi salida será más inocente que la que hicieron los primeros hebreos de Egipto. Aunque mi subsistencia no esté mejor fundada que la de aquellos en aquella época, no me llevo conmigo nada de nadie y, aunque sea injusto, salgo con la conciencia tranquila porque en realidad no tienen verdaderamente nada de lo que censurarme.

Se levantó y abandonó la sinagoga antes de que la ceremonia terminara, ya que sabía que si salía con los congregantes se sometería a las mayores humillaciones que existían, a los insultos y escupitajos de adultos y niños, a quienes animarían a hacerlo. Por la misma razón, tendría que dejar el barrio portugués de Houtcracht lo antes posible. Bento Spinoza acababa de convertirse en un proscrito.

VIII

Los dedos bien cuidados de Van den Enden se frotaban la barba puntiaguda, como si la quisieran agudizar todavía más, pero en realidad se trataba de un tic que adoptaba siempre que se enfrentaba a una situación complicada. El profesor no podía ignorar que sus enseñanzas habían tenido un papel en aquel drama, por lo que no podía descartar por completo las responsabilidades.

Su mirada se posó fijamente en su interlocutor, que estaba delante de él.

—¿Tienes que abandonar Houtgracht?

—Nadie habla conmigo ni dejan que me acerque —respondió Bento. —Ni siquiera mi hermano, ni mi hermana. Solo a escondidas. En la calle me dan la espalda o incluso me insultan, en las tiendas no me venden nada. Llegaron incluso a atacarme con un cuchillo, como sabe. Soy un proscrito. Eso significa que nadie en la comunidad está autorizado a mantener conmigo ningún tipo de relación, porque corren el riesgo de ser también ellos excomulgados. Maestro, en estas condiciones no puedo quedarme allí. Pero como no sé a dónde ir porque me he quedado sin réditos, eso significa que tampoco voy a poder seguir viniendo a sus clases, lamentablemente. Lo siento mucho.

El neerlandés se mordió el labio inferior. De hecho, no podía descartar las responsabilidades. Además, le costaba quedarse sin ese chico. Nunca había tenido un alumno tan inteligente y rápido a la hora de aprender; de alguna forma le superaba, pues sus conocimientos de hebreo le daban una enorme ventaja en los análisis críticos de la Biblia. Ante la idea generalizada de que las Sagradas Escrituras contenían toda la verdad que había que saber, estaba convencido de que el talento del joven judío era absolutamente fundamental para desmontar los textos bíblicos de una forma definitiva. No había en el mundo cristiano nadie en mejores condiciones que él para hacerlo. Nadie. La pérdida de ese alumno era pura y simplemente irreparable.

Levantó una ceja, iluminado por el fulgor de una idea. A no ser que...

—¿Y si te quedas a vivir aquí?

—¿Aquí... dónde?

—En mi casa.

—¿Cómo?

—Te quedas con nosotros. Te preparo una habitación y duermes aquí.

Por un momento, la propuesta dejó a Bento sin palabras. ¿Quedarse a vivir con Van den Enden? ¿En su casa con su familia? Nunca se le habría ocurrido tal posibilidad, ya que vivir con los gentiles era impensable para un *yehud*.

—¿Eso es posible?

—No veo por qué no.

Sí, ¿por qué no? A fin de cuentas, siendo un proscrito de la *Nação*, él ya no era un *yehud*. La propuesta, inesperada, le abría nuevos horizontes. De un plumazo resolvía su problema más urgente, el del alojamiento, al tiempo que le permitía seguir inmerso en aquel ambiente de saberes. Y otro detalle que también era importante, seguiría estando cerca de Clara María. Muy cerca. En su casa.

—¿Podré seguir viniendo a sus clases?

—Sí, claro —Le hizo un gesto para indicarle las obras que llenaban las estanterías—. Tendrás acceso a mi biblioteca. ¿Hay algún autor en particular que te interese leer?

El chico miró los títulos en los lomos de los libros y le llamaron la atención dos de ellos, que llevaba deseando leer desde hacía algún tiempo. Se trataba de *Elementos* y *Óptica*.

—Quizá Euclides —indicó, señalando los dos ejemplares—. Me gustaría estudiar mejor geometría.

—Lo que quieras.

La forma como aquel embrollo se estaba resolviendo le parecía casi un truco de magia. Aun así, no era ningún ingenuo y no ignoraba que todo en la vida tenía un precio, por muy oculto que estuviera.

—¿Tendré... tendré que pagar?

—Por supuesto.

Una sombra se abatió sobre Bento; la propuesta era demasiado buena para ser verdad.

—Pues, maestro, el problema es precisamente ese —le dijo con la voz abatida—. En este momento, no tengo más de diez florines. En estas condiciones no veo cómo voy...

—Me pagas con trabajo.

El joven dudó, no entendía lo que en realidad significaba esa propuesta.

—¿Qué trabajo?

—Darás clase —le propuso Van den Enden—. Por ejemplo, enseñarás a mis alumnos cómo lidiar con los problemas de la Biblia en su lengua original. Y como he visto que también eres muy hábil con las matemáticas, también te puedes encargar de la enseñanza de esa materia. A cambio, te ofrezco alimentación y alojamiento. De momento, te oriento en los estudios de latín y de algunas otras

lecturas, aunque me parece que ya sabes lo suficiente sobre los conocimientos más modernos. Pero te puedo ayudar con los clásicos, incluyendo a Euclides, si tienes alguna dificultad. ¿Qué me dices?

No podía negarse. La propuesta le resolvía casi todos los problemas. Menos uno.

—¿Cuánto me va a pagar por esas clases?

—Te pago con alojamiento, comida y las clases que te daré, ya te lo he dicho. Es una buena propuesta.

—Sí, pero el problema es que no voy a tener dinero para mis pequeños gastos. Eso significa que seré prisionero aquí, estaré totalmente a su merced.

La objeción era menor, como entendió Van den Enden. Ponderó la pregunta.

—Benedictus, si te dieran a elegir, ¿qué te gustaría hacer para ganarte la vida?

—Estudiar —fue su rápida respuesta, casi soñadora—. Investigar. Pensar. Buscar la verdad más profunda detrás de las cosas. En una palabra, filosofar.

El profesor sonrió.

—Venga, sé realista. Nadie vive de filosofar, basta verme a mí. La filosofía no da de comer a mis hijos. Piensa en algo más práctico. ¿Qué puedes hacer tú para que las personas lo valoren al punto de estar dispuestas a pagar por el producto de tu trabajo.

Bento se reclinó en la silla, reconsiderando la pregunta. A fin de cuentas, además de filosofar, ¿qué es lo que le gustaba hacer? Con otras palabras, ¿qué oficio le enamoraría? Nada más hacerse esa pregunta, la respuesta le vino de forma natural.

—Galileo.

—¿Perdón?

—Cuando hace tiempo hablamos de Galileo, una de las cosas que más me llamó la atención fue que él fabricó un *telescopium* para observar el sol, los planetas y las estrellas —recordó el joven—. Para eso, usó unas lentes cuyos principios fueron desarrollados por un oculista compatriota nuestro, creo que vive en La Haya,

—Hans Lipperhey —identificó Van den Enden—. ¿Y bien?

—He estado investigando sobre el tema y me parece que el señor Lipperhey colocó en la extremidad de un tubo una lente cóncava y en la otra extremidad una lente convexa. De esa forma, consiguió ampliar objetos distantes. Creo que esto es un producto que tiene mercado. Es más, en esta área se va a desarrollar la investigación filosófica más avanzada del mundo. Si hasta ahora la tecnología que más permitía progresar en el conocimiento eran las naves que surcaban los mares

para revelarnos los secretos del planeta, de ahora en adelante, la tecnología que más nos va a permitir progresar en los conocimientos son las lentes, que nos van a llevar en un viaje por el universo, y así vamos a poder desvelar todos sus misterios. Me encantaría estar en el centro de esa revolución.

Al escuchar estas palabras, el neerlandés se inclinó sobre la mesa, hacia su pupilo.

—¿Quieres fabricar un *telescopium*?

—¿Por qué no? Durante algún tiempo trabajé en el mercado de las piedras preciosas y le cogí un cierto gustillo a las operaciones de pulimiento de las joyas. Es un trabajo que necesita una precisión pequeña, que se adapta muy bien a mi forma de ser.

Van den Enden soltó una carcajada sonora.

—*Verdorie!* —exclamó—. ¡Caramba! ¡Qué buena idea! —Señaló una estantería llena de libros—. Allí tengo *Tractatus Opticus*, de Hobbes. Si quieres, puedes llevártelo.

—Maestro, ya lo he leído —le respondió Bento con un orgullo manifiesto—. Rieuwertsz me prestó un ejemplar que tenía en su librería. También consulté los estudios ópticos de Descartes, incluyendo las derivaciones de las leyes de reflexión y de refracción, así como otros trabajos más. Tengo la firme convicción de que en el futuro, nuestros conocimientos sobre el universo, tanto el universo de las pequeñas cosas, como el universo de las grandes cosas, pasará por delante de estas lentes.

—Eso no se lo puedo negar.

El joven frunció el entrecejo, como si se le hubiera acabado de ocurrir una idea.

—Viéndolo bien, hay otra posibilidad para conseguir algún rendimiento —dijo—. Uno de los elementos de mi grupo de *collegianten*, De Vries, me ha pedido que le de clases particulares y me ha prometido que me pagará por ello. Siempre me he negado, pues no me daba la vida para ello y además, no me siento bien pidiendo dinero a mis amigos, pero ahora que las circunstancias han cambiado, creo que voy a aceptar. A fin de cuentas, es trabajo, ¿o no?

—Confieso que prefería que mi vecino De Vries se inscribiera en la escuela...

—Sí, pero lo que él quiere son clases específicamente conmigo. Además, si pretendiera venir a clase a la escuela, ya se habría inscrito aquí después de que yo rechazara darle clases particulares. Ahora bien, no lo ha hecho.

Era verdad, como entendió Van den Enden.

—Entonces, está resuelto —dijo el profesor cerrando el asunto—.

Te mudas aquí hoy y la próxima semana empiezas tus clases sobre la Biblia. Después avanzas en la enseñanza de Matemáticas. ¿Hay trato?

Faltaba todavía un detalle.

—Y si quiero algún día libre, ¿me los dará?

La petición sorprendió a Van den Enden.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Se me ocurre la idea de ir a Leiden de vez en cuando para asistir a las clases del profesor De Raey, en la universidad. Uno de mis amigos tiene allí contactos que me permitirán ser un alumno no inscrito, con lo que me ahorro unos buenos florines.

Al escuchar aquello, Van den Enden comprendió en toda su amplitud la verdadera ambición del hombre que estaba sentado delante suyo. La Universidad de Leiden era la mejor y más antigua universidad de la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos, había sido allí donde Descartes había estudiado matemáticas. En realidad, esa universidad, además de su prestigio, era famosa por la enseñanza de las ideas y de los métodos cartesianos, pues Johannes de Raey, que había conocido personalmente a Descartes, daba allí clases de filosofía. Además, se decía que el propio Descartes lo había considerado como el mejor profesor de filosofía, lo que no era poco. Las ganas que Bento tenía de asistir a esas clases revelaban mucho de adónde pretendía llegar.

—Pero... ¿cómo vas a pagar para ir a Leiden a asistir a las clases?

—Puliré las mejores lentes de nuestra república —fue su respuesta, enunciada con la convicción fervorosa de un creyente— y con ellas, ahorraré el dinero suficiente que necesito.

No se podía decir que el chico no tuviera confianza en sí mismo, consideró el neerlandés. Le tendió la mano.

—Trato hecho.

Los dos sellaron el acuerdo y después Bento cogió sus papeles y se levantó. El título en la primera página de los papeles llamó la atención de Van den Enden.

—¿Eso es portugués?

El judío giró la hoja hacia su interlocutor. El título decía: *Apología para justificar la abdicación de la sinagoga*.

—Es español —respondió—. Hablamos portugués en casa y en la calle, pero los textos eruditos están escritos en español.

—Ah, curioso. ¿Qué es ese texto?

—Se trata de mi justificación —aclaró Bento—. Se lo voy a enviar a los *parnassim*, los señores del *ma´amad*, el órgano gubernativo que me ha expulsado. Aquí explico, para que no quepa duda, el motivo por el que creo que la Ley de Moisés no es válida y el motivo por el que no

considero la Biblia como un texto divino. Además, hablo de la forma en que se escribieron las Escrituras, transformadas y modificadas muchas veces por sucesivos autores a lo largo del tiempo. También presento una técnica revolucionaria para leer e interpretar las verdaderas intenciones de estos diversos autores. Es fundamental que los *parnassim* entiendan que nad...

—¿Benedictus, estás loco?

El joven no entendió la reacción.

—¿Perdón?

—No puedes entregar a los jefes de los judíos un texto de ese tipo, así, sin más —le advirtió el profesor—. ¿Que la Biblia no es divina y que la han alterado muchas veces? Eso es... ¡explosivo! Podemos conversar entre nosotros sobre esas cosas, sin duda, pero... ¿entregar un texto escrito y firmado haciendo esas afirmaciones? Te arriesgas a que los rabinos pongan eso inmediatamente en las manos de los *predikanten* calvinistas y ni De Witt te podrá salvar. ¡Ni se te ocurra!

—Pero tengo que responder a la excomunión, maestro —argumentó Bento, desconcertado con la objeción—. Si no, todos creerán que soy un ateo loco.

—Loco estás, claramente. —Levantó el dedo indicador, para avisarle—. ¿Te han intentado matar y sigues provocándoles? No tiene sentido. Además, no quiero problemas en mi casa, ¿me oyes? Si eso va a parar a las manos de los *predikanten*, vendrán a llamar a mi puerta y eso después será un lío. A ti te meterán en la cárcel y a mí son capaces de cerrarme la escuela. ¡Es mejor que quemes eso, antes de que hagas una estupidez!

El chico miró desolado las hojas que tenía en la mano. Había pasado dos días enteros después de la excomunión escribiendo su *Apología*. El resultado le parecía conclusivo y poderoso, una verdadera guía para las anomalías de la Biblia. El texto demostraba que tenía razón, ¿y ahora le pedía que lo quemara?

—Yo... yo no sé si soy capaz de hacer eso, maestro. La *Apología* es una defensa de las ideas que ellos usaron para excomulgarme. Con lo que he escrito aquí, muestro que yo tengo razón y ellos no. Si lo destruyo, es como si me destruyera a mí mismo.

Van den Eden entendía sus reticencias, él mismo nunca sería capaz de renegar de sus ideas en pro de encontrar alguna solución. Enfrió la cabeza y lo volvió a pensar.

—¿Dices tú que ese texto demuestra que la Biblia ha sido fabricada y cómo podemos leerla para revelar las verdaderas intenciones de sus autores? —preguntó pensativo—. ¿Sabes lo que te digo? No vas a publicar nada, pero vas a hablar de eso. ¿Por qué no

enseñas a tus alumnos la forma de leer la Biblia usando la razón? ¿Puedes hacerlo?

—Bueno... sí, claro. —Frunció el ceño—. ¿Es eso lo que quiere?

El profesor le tendió el brazo y le apretó la mano con firmeza.

—¡Hecho!

Cuando hubieron llegado a un acuerdo, Van den Enden lo llevó por la casa y le dejó solo en sus nuevos aposentos, una pequeña habitación en la parte trasera. Después de acomodarse, Bento salió con su *Apología* en las manos para quemarla en la chimenea del salón. El maestro tenía razón, concluyó. Aquel manuscrito era demasiado provocador. Además, ¿no era él quien había decidido adoptar la palabra *caute* como lema? De una vez por todas, tenía que domar su peligroso orgullo ibérico.

Al recorrer la casa se encontró a la mujer de Van den Enden sentada junto a la ventana de la cocina, con un enorme seno fuera de la blusa dando de mamar a la pequeña María. Al contrario que las portuguesas, las neerlandesas nunca usaban amas para dar leche a sus hijos; solo lo hacían si por algún motivo no conseguían producir suficiente. No era el caso de doña Clara María Vermeeren. El espectáculo lo dejó incómodo, claramente le excitaba, pero el pudor le impedía mirar. Siguió enfrente y llegó al salón.

La chimenea crepitaba, las llamas ondeaban sobre la leña como bailarinas minúsculas. Se acercó al fuego para lanzar los papeles que traía de su habitación. Dudó. ¿Se iba a atrever? Hizo un gesto para lanzarlos a la chimenea, pero se detuvo. Apretó con fuerza su *Apología*, que tanto trabajo le había costado escribir, alargó unos momentos la pausa hasta que finalmente dio un paso atrás.

No se la enviaría a los señores del *ma´amad*, en eso Van den Enden tenía razón. Pero no la destruiría. Su orgullo no le permitía rebajarse tanto. Quemar su *Apología* era quemar sus ideas, como los católicos hacían en las tierras de la idolatría, el lejano Portugal, que había sido la cuna de sus padres y donde les persiguieron con el mismo fuego que ahora le pedían que usara contra su propio pensamiento. Eso nunca.

IX

Después de pulir la lente convexa, lo que soltó una pequeña nube de polvo de sílice, Bento ajustó la entrada al tubo. Inspiró inadvertidamente las partículas de sílice que todavía estaban suspendidas en el aire y tosió. Con la garganta ya limpia, miró por la lente e intentó acertar la distancia focal respecto a la lente cóncava fija en la otra extremidad del tubo. La distancia focal...

—¡María! —grito una voz femenina, evidentemente se trataba de Clara María—. ¡Maríaaaaaa! Adriana, ¿has visto a María?

—Hace poco estaba junto a la puerta.

... tenía que medirse desde el centro de la lente hasta el punto en el que los rayos convergían tras la refracción. Hizo los cálculos mentalmente. Claro que la ampliación de la imagen se determinaba por la división de la distancia focal respecto a...

—¿A la puerta? ¡Dios mío! ¡María! ¡Maríaaa!

—Clara María, ¿qué pasa?

—Adriana ha visto a María junto a la puerta.

—¿Qué?

Bento se desconcentró y paró el trabajo. Bufó con frustración. La casa de Van den Enden a veces le parecía un verdadero patio de colegio, con tantos niños que se criaban allí. La más pequeña era María, de apenas dos años; pero también estaba Marianna, de cinco; Jacobus, de seis; las gemelas Anna y Adriana, de ocho; Margareta y la mayor, su Clara María. Eso sin contar con las diversas amigas que a veces venían a jugar con las pequeñas. Las dos mayores estaban todo el tiempo entre cazuelas y limpieza, cuidando a los más pequeños, ya que la madre había enfermado y estaba en cama. En realidad, le parecía admirable que su Clara María fuera capaz de estudiar, tocar clavicordio y enseñar latín a los alumnos mayores en medio de aquel pandemonio y con tantas tareas domésticas.

Aunque siempre había vivido en Holanda, la más importante de las Provincias Unidas, los habitantes locales seguían pareciéndole un poco extraños. Los veía en la calle, les entendía, hablaba su idioma, pero durante mucho tiempo los había considerado un misterio. Y a ellas, más todavía. Las neerlandesas en general le parecían bonitas y de pechos generosos, algo que los portugueses comentaban mucho, pero a pesar de ello, no eran vanidosas. Lo más desconcertante era la libertad que tenían. Decían lo que les apetecía, se paseaban por las calles sin acompañante masculino, iban a las tabernas hasta altas horas de la madrugada y, sobre todo, abrazaban y besaban a hombres

en público. Llegaban incluso a saludar y despedirse de los hombres con besos, sin que fueran sus familiares o conocidos íntimos. A veces había observado en la calle la práctica del *kweesten*, chicos que se pasaban la noche entera debajo de las ventanas de sus amadas, declamando poemas; y algo increíble, ¡sus padres les dejaban! Esos comportamientos, que violaban la moral y buenos costumbres ibéricas, eran inimaginables en las recatadas y virtuosas judías portuguesas y españolas.

Solamente allí, viviendo en la casa de Van den Enden, fue donde se vio inmerso en la realidad doméstica de las neerlandesas y, en particular, en su vida íntima. ¡Qué contraste con lo que sucedía entre los portugueses de Houtgracht! Quien allí gestionaba el dinero no era Van den Enden, sino su esposa, Clara María Vermeeren, aunque aquellos días estuviera enferma en la cama. A veces, había cortas discusiones entre la pareja, aunque jamás hubo agresiones a la mujer; tal práctica, por lo visto, era condenada por la tradición liberal del país, lo que causaba extrañeza a los portugueses y a todos los extranjeros que visitaban las Provincias Unidas, incluyendo ingleses y franceses. Como decía el pensador liberal neerlandés Grotius, *non enim coitus matrimonium fecit sed maritalis affectio, «e*l matrimonio no se hace solo de coito, sino también de afectos».

Trató de concentrarse de nuevo. ¿Por dónde iba? Ah, sí. La distancia focal. Miró otra vez por la lente convexa que momentos antes había fijado a una de las extremidades del tubo y buscó el punto de convergencia de la luz.

—¡Adriana! —gritó la mayor—, ¡saca a María de aquí!

—¡Sí, Clara!

Soltó un estallido impaciente con la lengua. El constante movimiento doméstico le desconcentraba. Así no iba a ninguna parte. En aquellas condiciones no conseguía ejecutar el trabajo, ya que este requería una enorme precisión. Guardó la lente y el tubo, pensó que lo mejor sería trabajar cuando todo estuviera más tranquilo en casa y se fue a buscar las anotaciones para la clase particular que tenía que dar esa tarde en la casa de Simon de Vries.

Cuando empezó sus explicaciones, el *collegiant* estaba totalmente perdido. Tras meses de trabajo, había conseguido orientarlo. Rápidamente se dio cuenta de que el chico tenía un interés especial por la biología y lo había convencido para que estudiara medicina. Ahora bien, sus anotaciones para la clase de esa tarde incidían justamente en la materia que versaba sobre el cuerpo humano. Hojeó los papeles para recapitular la lección que había preparado para De Vries.

—Ahora te quedas aquí quietecita, ¿está claro?

Miró hacia la entrada de la habitación y vio a Clara María, que cerraba la puerta del compartimento en el que había metido a su hermana pequeña. Allí estaba su oportunidad.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Cansada?

La chica se detuvo en la puerta de sus aposentos.

—¡Puf! ¡Agotada!

—Siéntese aquí un poco a reposar.

Clara María no lo dudó. Entró en su habitación y se acomodó en el borde de la cama de Bento, con una naturalidad impensable en una judía portuguesa delante de un hombre que no era de su familia. Él se mantuvo en su mesa de trabajo, guardando una distancia apropiada.

—Ni me quiero imaginar lo que está pasando por culpa de esa historia de la expulsión —comentó—. ¿Echa de menos a su familia?

Bento asintió.

—A la familia sí. Haberme prohibido contactar a mi hermano y a mi hermana es duro, aunque a veces me encuentro con ellos a escondidas, así como con unos amigos de confianza. Sobre todo, el doctor Prado, a quien también excomulgaron después, por compartir mis ideas. Pero debo admitir que no echo de menos aquella vida. La sinagoga, los disparates sobre la Ley, el *sabbat* y la comida *kosher*, las mercaderías del Algarve y las joyas, las deudas y los deudores que no me pagaban, además eran violentos... de todo eso no echo nada de menos. Ahora mi vida es mucho más tranquila. Pienso, estudio, reflexiono... hago lo que verdaderamente me gusta.

Clara María le miró la espalda.

—¿Y la herida? ¿Todavía le duele?

—¿Se refiere al navajazo? Ya se me ha curado. Solo me ha quedado una cicatriz.

—¿Me la enseña?

La petición le sorprendió, pero se dispuso a satisfacerla de inmediato. Se puso de pie y se giró para darle la espalda, se levantó la parte de abajo de la camisa y exhibió la zona lumbar, donde le habían clavado el cuchillo.

—¿Lo ve?

Ella lo observó durante algunos segundos, en silencio, y después hizo algo que volvió a sorprenderle. Pasó levemente la punta de sus dedos por la cicatriz, inclinó la cabeza y la besó con suavidad.

—Ya está —murmuró—. Ya está. Se curará.

El gesto casi lo derritió. Hacía mucho tiempo que Bento fantaseaba con quedarse a solas con Clara María. Ahora que se le había presentado la oportunidad, sentía que ella también estaba

interesada en él. La posibilidad estaba realmente ahí. Tenía que conseguir realizarla.

—Con ese beso, sí me voy a curar.

—Tengo poderes curativos...

Se hizo un silencio incómodo entre ambos. Las señales eran claras, pero quizá había ido demasiado lejos. Clara María hizo un ademán de levantarse para irse, pero Bento la detuvo. Sabía que necesitaba profundizar los lazos con ella.

—¿Y usted, Clara María? ¿También hace lo que le gusta?

La chica se pensó la pregunta.

—Más o menos.

—¿No le gusta dar clase?

—No —fue su respuesta—. Prefería ser actriz. Subirme a un escenario, hacer de gran heroína, tener al público a mis pies... eso es lo que me gustaría. —Se llevó las manos a la frente, en una postura teatral—. *Quid istic, Phaedrias?*

Se rieron los dos; se trataba de uno de los diálogos de la obra que habían interpretado en el Teatro Municipal.

—¿Terencio es su dramaturgo favorito?

Ella movió la cabeza.

—Me gustan Jan Vos y Van den Vondel, el príncipe de nuestros poetas. Pero ahora hay en Inglaterra uno mejor. Creo que es muy popular allí. He leído unas obras y son una maravilla.

—¿Alguna en especial?

—*Romeo y Julieta* —fue su respuesta inmediata, con un brillo en sus ojos—. Oh, es tan romántico... —Retomó la postura teatral—. *«Romeo, Romeo, wherefore art thou Romeo?»* —declamó con las manos sobre el corazón—. «*By any other word would smell as sweet. Parting is such sweet sorrow*».

—¡Dios mío! —exclamó Bento, sorprendido—. ¿Habla inglés?

—Solo un poco...

Él emitió un silbido apreciativo, impresionado con los dotes lingüísticos de la chica. Además del latín y el griego, por lo visto el inglés no entrañaba para ella ningún misterio.

En ese momento se fijó en un pequeño crucifijo que Clara María llevaba al cuello.

—Me he fijado que todos los domingos se echa un pañuelo por encima de la cabeza y sale por la mañana...

—Voy a misa.

Era lo que sospechaba.

—¿Iglesia anabatista, menonita o... calvinista?

—Voy a una *schuilkerk* aquí en Singel.

El corazón de Bento dio un respingo. *Schuilkerk* era una iglesia clandestina, como se llamaban habitualmente a los santuarios de las confesiones prohibidas por los protestantes, pero que las autoridades toleraban, siempre y cuando fueran discretas.

—No me diga que es...

—Sí, soy católica.

La revelación le dejó pasmado. Clara María, la hija del liberal Franciscus van den Enden, la chica de los mil talentos que enseñaba latín, se subía a un escenario e interpretaba a la cortesana Tais y tocaba el clavicordio, el ángel que acababa de besarle la cicatriz y por la que él tanto suspiraba... ¡¿era católica?!

Tragó en seco.

—¿Tiene noción de que... en fin, de que los católicos andan quemando judíos en Portugal y en España? Ayer mismo llegaron noticias de que han matado a miembros de la familia Bernal, que está establecida aquí, en Ámsterdam. Murieron dos en Córdoba, y un tercero en Santiago de Compostela.

—Los que hacen eso son los malos católicos —respondió ella—. Y no son todos malos. Es más, nuestros portugueses tienen negocios con los portugueses de Portugal, ¿no?

Era cierto y su antigua empresa, de la que se había desvinculado y había entregado a Gabriel, siempre había adquirido los productos en Portugal. Una cosa eran los portugueses y los españoles, otra la Inquisición. El problema era que los autos de fe seguían produciéndose a un ritmo preocupante y contaminaban la imagen del catolicismo en general. ¿Cómo era posible que, al ver lo que sucedía, un espíritu culto como Clara María fuera católica?

—Es cierto —asintió Bento—. Pero el hecho es que los católicos persiguen a los judíos.

—Y también es cierto que aquí, en las Provincias Unidas, los calvinistas persiguen a los católicos —recordó ella—. Aunque sea sin hogueras, pasamos lo que ustedes pasan en Portugal y España. —Había una cierta verdad en eso, pensó el judío, aunque las persecuciones a los católicos en la republica neerlandesa no se parecieran en nada a las acciones de la Inquisición y a los autos de fe en la península ibérica. Se acomodó en su asiento, incómodo con el rumbo de la conversación. Se dio cuenta de que estaba cometiendo un error. Hablar de lo que les separaba no era la mejor estrategia para cortejarla.

—Por lo tanto, quiere ser actriz —dijo con jovialidad repentina, cambiando de tema—. ¿Y no tiene otros proyectos?

—¿Qué otros proyectos podría tener?

—No sé... —hizo un gesto vago con la mano—. Casarse, por ejemplo. Ya está en edad casadera...

Clara María hizo un mohín.

—¿Quién me iba a querer?

—Oh, seguramente tiene por ahí muchos pretendientes...

—Venga, no se burle de mí. —Estiró la pierna para enseñarle el pie deformado—. ¿Ha visto mi pie?

—¿Y eso qué importa?

—Importa y mucho. Cuando me ven andar, los chicos incluso se dan la vuelta.

—Lo que verdaderamente importa es lo que está aquí dentro —dijo él, señalando la cabeza—. Ahí, Clara María les gana con los ojos tapados. Nadie la gana.

El elogio no pareció animar demasiado a la chica.

—Ya, ya. Eso es lo que se les dice a las feas, para consolarlas.

—¿Feas? —Bento estuvo a punto de escandalizarse—. ¡Qué disparate! ¡Clara María es usted una princesa! Una princesa, ¿me oye?

Ella se peinó el pelo castaño claro.

—¿Usted cree?

—No lo creo, lo sé.

—Y... ¿cuál es mi mejor parte?

El joven judío dudó.

—¿Quiere que sea sincero?

—No espero otra cosa.

—Su inteligencia —le dijo con entusiasmo—. Nunca he visto a una chica así, se lo juro. Enseña latín, sabe griego, habla inglés, toca el clavicordio, pinta, interpreta obras de teatro, es erudita...—Clara María pareció decepcionada.

—¿Solo eso?

Claramente, no era lo que ella quería escuchar, como se dio cuenta Bento con cierta sorpresa. ¿Qué más quería que le dijera?, se preguntó, sintiéndose completamente perdido, fuera de su elemento. Era la primera vez que hablaba con una chica que no fuera su hermana y no se podía decir que estuviera cómodo. Parecía que la conversación no fluyera con naturalidad, tal era el ansia de querer causar una buena impresión.

—Bueno, Clara María, tiene... cómo decirlo, tiene... tiene...

Una voz sonó por la casa en ese momento, procedía de la cocina.

—¡Clara Maríaaa!

—¿Sí, Margareta?

—¡Ven a hacerte cargo de Jacobus! ¡Mira el disparate que ha hecho! ¡Ay, pillín!

La chica se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación, en dirección a la cocina. Sentado en su mesa, con las lentes y el tubo en la mano, Bento se quedó con la mirada perdida hacia la puerta por donde la vio salir, sin saber qué pensar. Le había hecho el mayor de los elogios que podía imaginar, referente a su inteligencia y talento, pero por lo visto no había sido suficiente. Las mujeres le parecían seres extraños. ¿Qué demonios más quería Clara María que le dijese?

X

Cuando estaba a punto de acabar la clase, Bento escuchó las notas del clavicordio; era Clara María en su estudio diario. Se desconcentró momentáneamente y en ese momento se dio cuenta de que faltaba un alumno. Dirk Kerckrinck. ¡Qué narices, si lo había visto en el pasillo quince minutos antes de que empezara la clase! ¿Dónde se habría metido? Quizá, su antiguo compañero de clase se había ausentado para hacer sus necesidades y por eso tardaba. No le gustaba dar clase sin que estuvieran todos sus alumnos presentes, pero ¿qué podía hacer?

Giró la Biblia cristiana hacia sus estudiantes y prosiguió la lección.

—Ahora os voy a explicar el método que he desarrollado para interpretar correctamente las Escrituras —anunció, entrando en la última materia de esa clase—. Sé que vosotros sois cristianos, pero también sé que sois liberales, por tanto tolerantes y estáis abiertos a nuevas ideas. Lo que os voy a decir ahora me podría traer problemas con las autoridades. Por eso, cuento con vuestra discreción para que no vayáis por ahí contándoselo a los *predikanten*. En caso contrario, ni De Witt me salva.

La referencia a los predicadores y al gran pensionario liberal provocó algunas sonrisas en la clase, a nadie se le escapaba la ortodoxia de los calvinistas ni cómo estos reaccionarían si escucharan muchas de las cosas que se decían en la escuela de Van den Enden; tampoco ignoraban los esfuerzos de De Witt para contenerlos.

—Los teólogos se pasan el tiempo intentando ver cómo extraer sus ideas del texto sagrado, queriendo legitimarlas con la autoridad divina. Hacen que la Biblia diga todo lo que les conviene. Por culpa de ello, la religión hoy en día ya no tiene nada que ver con la caridad, sino que difunde la discordia y propaga odios insensatos bajo la capa del Señor. A estos males tenemos que añadir la superstición, que enseña a los hombres a despreciar la razón y la naturaleza, a admirar y venerar lo que es repugnante para ambas. Por eso fingen que hay misterios profundos que se esconden en la Biblia y desaniman a esos tontos absurdos para que no investiguen a fondo. Ahora bien, los hombres usan la razón para defender conclusiones a las que han llegado gracias a la razón, pero las conclusiones sacadas de la pasión se defienden con las pasiones. Lo que sucede es que la Biblia es un texto de pasiones. No obstante, lo que os propongo aquí es que usemos la razón para entender el contenido de los textos sagrados.

—Pero la religión tiene que ver con la razón, profesor. Basta leer a Descartes. ¿No fue él quien gracias a la razón probó que Dios existe, ya que el Señor es la causa primera de todas las cosas?

—Eh… sí, claro —asintió Bento, incómodo con la referencia a Descartes y a sus tesis sobre Dios. —Ya que los creyentes acuden a la Biblia desde la emoción, lo que se exige de un filósofo es que lo haga únicamente desde la razón. El método para interpretar las Escrituras que he desarrollado no difiere mucho de los métodos propuestos por Bacon y Descartes para interpretar la naturaleza. En realidad, son casi iguales. Así como la interpretación de las Escrituras empieza con el análisis de las mismas y con el trabajo de deducir las intenciones de sus autores a partir de principios fundamentales, muchas veces las Escrituras hablan de asuntos que no se pueden deducir de principios racionales, ya que están construidos sobre todo a base de narrativas y revelaciones sagradas. En general, las narrativas contienen milagros, ocurrencias extraordinarias adaptadas a las opiniones de los cronistas que las registraron, también revelaciones que, en realidad, son visiones adaptadas de las opiniones de los profetas. Si un profeta es una persona alegre, sus profecías hablan de victorias, paz y acontecimientos que traen alegría. Si es melancólico, sus profecías hablan de guerras, masacres y calamidades.

—Profesor, ¿está insinuando que las profecías son invenciones de los profetas?

Caute, pensó Bento.

—Simplemente digo que las revelaciones recogen también las opiniones de los profetas —repitió sin responder directamente a la pregunta—. Es importante entender que nuestro conocimiento de las Escrituras solo se puede obtener a partir de las mismas Escrituras.

—Sí, pero ¿Dios hizo o no revelaciones a los profetas?

Aquel alumno cristiano estaba presionando en un punto sensible.

—Si lee Números, capítulo doce, versículo seis, verá que Dios se presenta manifestándose «en una visión» y «en sueño» —respondió Bento al estudiante en concreto—. Es decir, Dios no hace revelaciones directamente a los profetas. —No estaba nada interesado en proseguir por esa línea de pensamiento, por lo que se giró hacia toda la clase—. Pero si no les importa, me gustaría exponer el método correcto de análisis de las Escrituras. El primer paso es conocer estos textos teniendo en cuenta su historia. Esto incluye naturalmente la naturaleza y las propiedades de la lengua en la que fueron escritos los textos de la Biblia. Saber hebreo es imprescindible. Incluye también la división de cada libro en temas. Finalmente, tenemos que anotar todos los párrafos que nos parezcan ambiguos, oscuros e incluso

contradictorios.

Esta última palabra suscitó extrañeza en la clase.

—¿La Biblia tiene contradicciones?

—Es lo que vamos a ver en las próximas clases —respondió el profesor, aplazando el problema—. Es importante que entiendan que no estamos aquí lidiando con la verdad de los textos, sino apenas con su significado. Para eso, tenemos que entender el significado de cada palabra. Por ejemplo, cuando Moisés dice que «Dios es fuego» o «Dios se puso celoso», ¿debemos interpretar esas expresiones literal o metafóricamente? El autor no quería decir literalmente que Dios es fuego, como si hubiera allí una hoguera, sino que Dios es pasión, que Dios es intenso. Si la interpretación no admitiera otro significado, entonces el texto tendría que ser interpretado literalmente, por muy repugnante que eso le resulte a la razón. Finalmente, es necesario conocer la vida, el comportamiento y los estudios del autor de cada libro. Quién era, en qué circunstancias escribió el texto, la época en que lo escribió, para quién lo escribió y en qué idioma. Después, es necesario conocer la historia de cada libro. Cómo fue recibido, por qué manos pasó, cuántas versiones se hicieron y cuáles son las diferencias entre ellas, cuáles los errores introducidos en cada copia, quién recomendó el libro para que lo aceptaran en la Biblia y por qué... finalmente, cómo todos los libros fueron considerados sagrados e integrados en una unidad, tenemos que conocer la historia de las Escrituras y sus doctrinas, las universales y las que no son universales. Tenemos que conocerlo todo.

—¿También el Nuevo Testamento?

La pregunta del alumno era una especie de prueba y Bento lo sabía. Nadie en esa sala ignoraba que el profesor era de origen judío, aunque hubiera renegado.

—Por supuesto —fue su respuesta rápida para que no quedaran dudas—. Cuando Cristo dijo, «si te golpean en una mejilla, pon la otra», estaría revocando la Ley de Moisés en caso de que esa orden fuera dada como legislador. No obstante, él dijo expresamente que no era eso lo que quería decir, como se constata en Mateo, capítulo cinco, versículo diecisiete. Cristo dijo que no ordenaba las leyes como legislador, sino que enseñaba preceptos como maestro. Tenemos que considerar quién dice qué, en qué ocasión y a quién. Las palabras de Cristo se dirigían a hombres oprimidos que vivían en una comunidad corrupta, al borde de la ruina, donde la justicia no existía. También constatamos que la doctrina que Cristo enseñaba antes de la destrucción de Jerusalén es igual a la que enseñaba Jeremías antes de la primera destrucción de la ciudad. Así se demuestra que los profetas

solo predicaban este tipo de enseñanzas en época de opresión y esas enseñanzas nunca se presentaban como leyes. Por otro lado, Moisés no escribió en una época de opresión, sino para instituir reglas en su comunidad, por eso impuso la ley del ojo por ojo. De esta forma, los preceptos de Cristo y Jeremías de sumisión a las agresiones solo son válidos donde la justicia no existe y no abundan en Estados bien estructurados. En los Estados en los que existe justicia, forzosamente las sanciones también existen, no para efectos de venganza, sino para que la sociedad funcione y se respeten sus leyes. Las narraciones se adaptan en gran medida a las circunstancias de cada época, ¿lo entienden?

—Tengo una duda respecto a Cristo, maestro —intervino otra vez el alumno provocador—. ¿Dios se manifiesta en Jesús o no?

Otro tema sensible, sobre todo teniendo en cuenta que estaba lidiando con estudiantes que, a pesar de que en general fuesen liberales, también eran cristianos.

—Creo que Dios se manifestó en los apóstoles a través de Cristo, como lo hizo a través de Moisés y, de esa forma podemos decir que la voz de Cristo, como la voz que Moisés escuchó, fue la voz de Dios.

Dio la respuesta con tacto y con mucho juego de palabras. Pero el alumno provocador insistió.

—¿Jesús es o no la Palabra hecha carne?

Sintiéndose contra la pared, el profesor suspiró.

—En este punto, debo decir que esas doctrinas que ciertas iglesias proponen sobre Cristo ni las confirmo ni las niego, pues libremente confieso que no las entiendo.

Al darse cuenta de las dificultades de Bento, otro estudiante salió en su defensa y cambió de tema, para volver a las cuestiones relacionadas con el método de análisis de la Biblia.

—Maestro, ¿cómo determinamos la verdadera intención de los profetas?

El profesor casi soltó un suspiro de alivio.

—Para hacerlo tenemos que empezar por la proposición más universal y determinar cuál es la naturaleza de la profecía o de la revelación en cuestión, y en qué consiste. Después pasamos a...—El timbre sonó en el pasillo y todos dejaron de tomar notas, era el anuncio del final de la clase.

—En la próxima clase concluimos este tema y analizaremos con más detalle los problemas del hebreo bíblico —dijo a modo de conclusión—. ¡Hasta la semana que viene!

Los alumnos recogieron sus cosas y salieron de la clase, mientras Bento seguía sentado revisando sus notas. Las clases iban bien y

enseñar le daba la oportunidad de esquematizar sus ideas. El problema era que no podía decir todo lo que pensaba. Aun así, no se hacía ilusiones. El pensamiento dominante de su época no le permitía ir más allá de donde iba. *Caute* se había convertido en su lema desde el ataque con cuchillo que había sufrido a la salida del Teatro Municipal y tras el *herem* con el que lo habían expulsado de la comunidad. Eso jamás podría olvidarlo. Siempre que le surgía la tentación de retar los tabúes impuestos por la religión, la palabra latina surgía en su espíritu como un reflejo condicionado. *Caute*. Solo hablaría delante de quien confiara. Juan de Pedro, claramente; Van den Enden también; así como sus amigos *collegianten*. Con los demás, c*aute*.

Volvió a registrar el sonido de la composición tocada al clavicordio; en realidad, durante su clase no había parado de escucharse desde la sala en la que el instrumento de teclas se encontraba, pero él había estado tan concentrado en el tema que se había abstraído de la música. Por lo visto, Clara María seguía ensayando sus talentos musicales, como hacía a diario. Su pensamiento se detuvo en ella. ¿Llegaría un día a ser tan próximo de Clara María como para que su *caute* no se aplicara? Eso esperaba. Aun siendo católica, ese ángel era brillante. Además, siendo la hija de Van den Enden, seguramente sería capaz de seguirle en sus ideas.

Ah, sí. Se iba a casar con ella. De eso no tenía ninguna duda. Solo tenía que encontrar la forma de abrirle los caminos de su corazón. Tenía que ser paciente. Nada de precipitarse. Todo a su tiempo. Una conversación aquí, una sonrisa allí, las afinidades se irían formando, la complicidad también, el amor vendría después. Tan seguro como que se llamaba Bento. Pero tenía que ser paciente. Y cauteloso. *Caute*, por tanto. Tiempo al tiempo.

Se levantó y se dirigió hacia la salita del clavicordio. Como tantas veces pasaba, la vio sentada delante del instrumento con los dedos finos deslizándose sobre las teclas blancas y negras, los ojos cerrados y el cuerpo moviéndose al son de la música. Se apoyó en la entrada y suspiró mirando a Clara María. Qué gracia, qué elegancia. Qué clase. Él sería el hombre más afortunado de todos cuando ella le dijera sí. Sí. Mil veces sí. En una iglesia clandestina católica, si fuese necesario. Sí. Un sí que sonaría todavía más melodioso que aquella música que la chica tocaba con maestría.

La composición terminó y se oyeron aplausos entusiastas dentro de la sala del clavicordio.

—Magnífico —dijo una voz masculina de forma efusiva—. ¿Y ahora? ¿Qué va a tocar? —Sorprendido, Bento se dio cuenta de que había un hombre en un rincón de la salita y desvió la mirada hacia él.

Se trataba de Dirk Kerckrinck sentado en una silla, escuchando a la clavicordista, con semblante embobado.

—El *Passemezzo di nome antico*, de Facoli.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Ella empezó a tocar el clavicordio otra vez, pero Bento ya ni siquiera escuchaba la melodía. ¿Qué demonios estaba haciendo allí su antiguo compañero de pupitre?, se preguntó alarmado de repente. No sería que... que...

La realidad se le impuso con la fuerza brutal de una epifanía. ¡El soso de Dirk andaba cortejando a Clara María! ¡A *su* Clara María! Hacía ya algún tiempo que Bento vivía en su casa y hacía también algún tiempo que estaba en aquella escuela, pero a pesar de sus constantes suspiros, no había encontrado dentro de él la osadía suficiente como para dejar claros los sentimientos que nutría por ella.

En ese instante, se dio cuenta de que las cosas no podían seguir así. No ahora que Dirk andaba rondándola. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho y el pánico le debilitaba las piernas. Tenía que hacer algo.

Y deprisa.

XI

El cochero soltó un grito y el caballo relinchó, al frenazo del tirón de las riendas, hasta que el vehículo se paró. Johannes Hudde miró hacia el exterior.

—Hemos llegado a Singel —anunció—. Es su destino, presumo. ¿Cuándo nos volvemos a ver?

—La próxima semana en Leiden, espero.

Después, Bento se despidió de su nuevo amigo, un matemático que había conocido en la Universidad de Leiden. Con una mezcla de confianza y aprehensión se bajó de la carroza y contempló la fachada de la casa de Van den Enden. Se había pasado toda la semana en Leiden, donde Descartes había estudiado, para asistir a las clases del célebre Johannes de Raey, el profesor de filosofía que Descartes había conocido y elogiado; también a las clases del profesor Geulincx, a quien obligaron a huir de la Universidad de Lovaina precisamente por sus ideas cartesianas.

Las lecciones de Leiden habían sido muy valiosas, no solo por las estimulantes conversaciones con Hudde sobre los aspectos intrigantes de la matemática como lenguaje de la naturaleza sino, sobre todo, porque el profesor De Raey quiso debatir un nuevo libro de Thomas Hobbes que le habían enviado a la universidad desde Londres. Por lo visto, la obra más reciente del filósofo inglés profundizaba en ciertas ideas ya presentes en *De Cive*, lo que había excitado a todos los estudiantes, en particular a Bento, cuyo intelecto enseguida notaron los profesores cartesianos de Leiden.

Sintió el peso de los dos volúmenes que traía debajo del brazo, eran para Clara María. Estaba convencido de que con esto, iba a arrasar. Se había armado con las municiones más poderosas que alguna vez podría tener un hombre enamorado. Ella no iba a ser capaz de resistirse. ¿Qué iba a poder hacer ese idiota empedernido de Dirk ante este ataque tan decisivo? Nada, pobre. Esta vez iba a ganar. Mostraría que era, de lejos, el mejor de sus pretendientes. Su rival no tenía ninguna alternativa.

Al entrar en casa, se encontró con un silencio inusitado. El hogar de los Van den Enden era normalmente un espacio bullicioso, con actividad permanente y gente por todas partes. Esa tarde estaba todo desierto. ¿Habrían salido todos?

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien?

Durante unos largos segundos lo único que le respondió fue el silencio. Definitivamente, no había nadie en casa, pensó. En el pasillo,

escuchó el suave chasquido de una puerta que se abría, pero descubrió que al final no era así. Miró en esa dirección y vio a Van den Enden observando por la rendija de la puerta de su habitación. Tenía los ojos rojos, ojeras enormes y el pelo despeinado; parecía borracho.

—¡Maestro! —exclamó Bento, sorprendido—. ¿Va todo bien?

Con mirada triste, Van den Enden negó con la cabeza.

—Clara María ha muerto.

El joven quedó clavado al suelo, en estado de *shock*, abría y cerraba la boca sin emitir ningún sonido, con los ojos abiertos como platos y en su cara una expresión de horror. Se le cortó la respiración.

—¿Cla... Clara María? —balbuceó—. ¿Ha... ha muerto?

El viejo maestro le hizo un gesto suave, afirmativo. La confirmación de la noticia le resultaba penosa.

—La pobre.

Bento se llevó la mano a la boca, estupefacto e incrédulo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué... qué ha pasado?

Los ojos de Van den Enden se humedecieron y la voz le tembló a la hora de responder.

—Se ha muerto, mi Clara María. Hace tres días. Ayer fue el funeral. Estabas en Leiden y ni tuve cabeza para que te informaran. Fue todo tan... tan repentino.

Repentino era la palabra. El recién llegado se apoyó contra la pared, abandonado, casi como si se hubiera dejado caer y aquella pared fuera su amparo, mientras trataba de asimilar la enormidad de la noticia.

—¿Clara María? ¿Muerta? Pero ¿cómo?

—Hace un tiempo que estaba enferma, ¿verdad? Yo tenía esperanzas de que se recuperara, todos los días le administraba unos tratamientos modernos, recetados por un médico amigo mío, pero... la pobre no aguantó. Terrible. Terrible.

Bento escuchaba sus palabras incrédulo. ¿Le habrían echado una maldición? Todo el mundo que amaba se moría. Su madre, sus hermanos, su padre. Ahora, Clara María. Entre la letargia que le provocó la noticia, aún pudo pensar con suficiente claridad para desentrañar un detalle que le acababa de ser transmitido.

—Perdone, pero... ¿Clara María estaba enferma?

Estas palabras desconcertaron a Van den Enden.

—¿No te habías dado cuenta? —le preguntó, sin entender nada—. Ha estado tres meses de cama.

—¡¿Clara María?!

Ambos intercambiaron una mirada de perplejidad, como si hablaran idiomas diferentes y no entendieran lo que el otro decía. En

ese instante, se abrió la puerta del pasillo que daba a la cocina y un rostro familiar se asomó.

—¿Benedictus?

Bento miró a la chica que le hablaba y su rostro se contrajo en una expresión de estupefacción e incredulidad, como si viera a un fantasma. Se trataba de Clara María.

—Pero... pero...

En ese instante Van den Enden se dio cuenta del equívoco.

—Quien ha fallecido ha sido mi querida mujer, Clara María —aclaró—. Mi hija está aquí, como es evidente.

Todo se aclaraba, por fin. La madre de Clara María, la mujer de Van den Enden, Clara María Vermeeren, sufría una enfermedad incapacitante y durante las últimas semanas había estado encamada. Al final, quien se había muerto era ella, y no «su» Clara María.

El recién llegado casi corrió hacia la chica, con el alivio estampado en el rostro.

—Pensé que... que... —Se contuvo, pues a fin de cuentas se había muerto su madre y lo último que quería era mostrar alegría—. ¿Se encuentra bien?

Ella movió la cabeza, con una expresión triste en la cara.

—Benedictus, no vino usted al funeral de mamá...

—Lo siento mucho, estaba en Leiden, no sabía nada —se justificó Bento—. Me acaba de informar su padre. Lo lamento mucho. Mis más sincero pésame.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de la chica.

—Pobre mamá...

Al recién llegado le entraron ganas de abrazarla para consolarla, pero no se atrevió a tanto. En vez de eso, la cogió del brazo y se lo apretó afectuosamente para expresarle su solidaridad.

—Su madre era una excelente persona —murmuró—. Me da mucha pena que ya no esté con nosotros. Me cuesta creer la noticia. Es todo tan... tan sentido.

Clara María le hizo un gesto para que entrara en la cocina.

—Dios así lo ha querido —suspiró—. Por suerte, Dirk vino y me ha hecho compañía. Desde que mamá murió, no se ha apartado de mí.

Al entrar en la cocina, Bento se encontró a Dirk Kerckrinck allí sentado. Durante unos momentos se quedó plantado en la puerta, mudo y lívido, considerando las consecuencias de aquella presencia. ¿Su rival había pasado los tres últimos días en casa consolando a Clara María?

—Hola, Benedictus —le saludó Dirk en un tono vagamente sarcástico—. Finalmente has venido, ¿eh? Ya era hora.

—Yo... no sabía nada.

Su rival esbozó una expresión cargada de ironía.

—Ya, ya. Mira, yo siempre me informo de las personas que aprecio. Si fuéramos todos así...—Ella se sentó.

—Dirk, por amor de Dios. Benedictus estaba en Leiden...

—Él en Leiden, en su mundo, en la luna, y yo aquí ayudándola siempre con los problemas reales —fue su rápida respuesta—. Esa es la diferencia.

La forma como Dirk sacaba partido a su ausencia a Bento le pareció un abuso, pero no dijo nada. A fin de cuentas, por el motivo que fuera, lo cierto es que no había estado con Clara María cuando ella más le necesitaba. No podía deshacer la ausencia de aquella semana. Además, ¿no decían los portugueses que en el amor y en la guerra vale todo?

Quizá pudiera invertir la situación. Cogió el paquete que traía debajo del brazo y se preparó para regalárselo a la chica, pero al verla con los ojos fijos en la mesa, claramente en estado de melancolía, se lo pensó dos veces; definitivamente, no era el momento para entregarle aquel regalo. Tendría que esperar a otra ocasión.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Ella negó con la cabeza, sin pronunciar ninguna palabra, con los ojos bajos por la tristeza. Dadas las circunstancias, no estaba muy conversadora.

Bento tuvo una idea.

—¿Y si me encargo yo de la cena?

—Ya lo he hecho —intervino Dirk rápidamente—. Se lo he encargado todo a mi vecina, que vendrá dentro de poco para traer salmón, ostras y cangrejos. Para Clara María y su familia, lo mejor.

En una Europa que vivía permanentemente en carencia alimentaria, la abundancia que el capitalismo había traído a los Países Bajos había convertido al país en un oasis en medio de un inmenso desierto. Aun así, la calidad de la cena que Dirk había encargado era superior a lo normal y Bento tuvo que admitir que estaba impresionado. Su rival parecía superarle en todo. Tenía que contraatacar. Deprisa.

—Yo me encargo del postre —decidió, dándose la vuelta para salir—. Voy a Swildens y traigo unos *poffertjes*.

Salió de casa y se fue apresuradamente a la tienda de la señora Swildens, el mejor establecimiento del género en Singel, para comprar dos paquetes de las tradicionales mini tortitas neerlandesas. Revestidas de azúcar y con caramelo por encima, los *poffertjes* le recordaban a los churros y porras que se vendían en las tiendas

portuguesas y españolas de Houtgrach, aunque diferentes, está claro.

Bento tardó apenas unos quince minutos en hacer la compra y volvió a casa de Van den Enden. Volvió a encontrar a Clara María en la cocina, todavía con Dirk; también los acompañaba Margareta. A pesar de haberlos comprado para la cena, los *poffertjes* que dejó encima de la mesa parecían tan deliciosos que empezaron a comerlos.

—Estos *poffertjes* están maravillosos, Benedictus —agradeció Clara María, mordiendo su segunda mini tortita—. Hmmm… absolutamente de-li-cio-sos.

El aprecio que ella demostró por los dulces enorgulleció a Bento y provocó los celos de su rival. Al darse cuenta de que momentáneamente se había quedado por detrás, Dirk retomó la iniciativa. Recordó unas técnicas que había aprendido con un médico amigo suyo que acababa de llegar de Batavia y, nada más terminar de cenar, se puso a masajear los hombros de la chica alegando que se trataba de un tratamiento milagroso usado en India Oriental para liberar a las personas de los «malos humores» que les infectaban el cuerpo y atormentaban el alma.

Ante esta situación, Bento empezó a maquinar una respuesta. Con rapidez, pero sin sentirse ridículo. Al final, ¿en qué competición se estaba metiendo? ¿Tenía algún sentido disputar de esa forma los favores de Clara María con Dirk? Su amada era una chica inteligente y sabría ver la esencia más allá de las apariencias. Las palabras de consuelo, los *poffertjes* de la señora Swildens, los masajes indios, todo eso no eran más que distracciones. Cuando la conmoción por la muerte de su madre pasara y llegara el momento de la verdad, sin duda ella sabría ver más allá de lo accesorio y valorar lo esencial.

Pero ¿qué era al final lo esencial? Era la verdad. Y en desvelar la verdad, nadie se esforzaba más que él. Bento acarició el paquete con los regalos que había traído de Leiden. La verdad estaba allí. En ese paquete que le regalaría cuando llegara el momento oportuno, su gran y definitiva baza para conquistarla.

XII

Nada más despertarse esa mañana, Bento se sentó delante del torno de pulir que había instalado en la habitación. Empezó a limar la lente, lo que siempre generaba una nubecita de sílice. El mayor problema en la fabricación de las lentes era la dificultad para producir vidrio con transparencia suficiente. Para ello, era necesario un pulimento meticuloso y Bento se empeñaba con infinita paciencia. Hacer el pulimento a mano era posible y esa era su opción, por falta de recursos al comenzar en aquellas artes, pero su amigo De Vries, el más joven de los *collegianten* y su alumno en las clases particulares, le había regalado un equipamiento rotativo, un torno que usaba en ese momento, y así el trabajo se había vuelto considerablemente más fácil.

Tosió.

—Porquería de tos...

Hacía ya algún tiempo que sentía una especie de picor en el interior del pecho, lo que le hacía toser. La tos era seca, diferente de la que su madre y hermano mayor habían tenido, responsable de su partida, pero eso no le impidió sentir una cierta preocupación. Había aprendido por experiencia de su familia que toser nunca era una buena señal. Se preocupó, quizá exageraba. Tosió otra vez.

Escuchó un ruido en el interior de la casa y reconoció los sonidos. Se trataba de las habituales limpiezas domésticas, una especie de deporte nacional en las Provincias Unidas: Margareta, la segunda hija, sacudía las alfombras con envidiable vigor; Clara María limpiaba el suelo y frotaba las paredes. Con el luto por la muerte de Van den Enden, aquellos sonidos habían desaparecido de la casa. Pero ahora ese período había terminado y, por lo visto, la antigua actividad había regresado. No cabía duda, todo volvía a la normalidad y la vida retomaba su curso.

Después de algunas horas, el ruido de las mujeres de la casa en la limpieza doméstica se tranquilizó. Ya no se oían los golpes en alfombras ni sonidos de objetos barriendo y fregando cosas. Los niños también estaban quietos. Si el luto había terminado, pensó Bento, eso significaba que ya no sería inoportuno obsequiar a Clara María con los regalos que le había traído de Leiden. Había llegado el momento. Cogió el paquete y se fue a buscarla.

Encontró a Clara María en la cocina cosiendo un *zakdoek*, como los neerlandeses llamaban a los pañuelos.

—Le he traído un regalo.

Los ojos azules de la chica se iluminaron.

—¿En serio?

Sacó uno de los brazos de detrás de su espalda y le enseñó el primer regalo. Un libro con pocas páginas. Clara María cogió el ejemplar y leyó el título, *Areopagitica*. Debajo venía el nombre del autor, John Milton.

—¿El monte de Ares? —preguntó, traduciendo el título del griego —. Milton es un poeta, ¿no? — Hojeó el contenido—. No veo los poemas.

—Es un texto de Milton en el que defiende la libertad de expresión y de publicación. Dice que solo se aprende si se puede leer libros de todos los tipos, incluyendo los heréticos ya que incluso sus errores son útiles porque nos permiten distinguir lo verdadero de lo falso. Idea interesante, ¿no?

—Eh... mucho.

No parecía demasiado entusiasmada. Eso no le desanimó, ya que aún tenía el *coup de grâce*.

—Tengo otro regalo...

La mirada de Clara María volvió a llenarse de expectativa y anticipación.

—¿De verdad? ¿Qué es?

Le entregó el libro.

—¡La nueva obra de Hobbes!

Se lo dijo como si le estuviera dando una noticia absolutamente sensacional. La portada mostraba el dibujo de un rey gigante con una espada delante de una ciudad y el título de la obra era, *Leviathan —Or the Matter, Forme and Power of a Commonwealth, Ecclesiastical and Civil.* Debajo estaba escrito el nombre del autor.

—Está en inglés...

—Sabe leer en inglés, ¿verdad?

—Sí, claro. —Hojeó el contenido con cierta expectación—. Este título, *Leviathan*... ¿es una historia de monstruos?

—Al contrario que usted, yo no sé leer en inglés pero en Leiden me contaron de qué trata —dijo Bento, haciendo un esfuerzo para contener su entusiasmo—. Hobbes considera que el estado natural de los hombres es estar en guerra los unos con los otros y que el miedo a la muerte es lo que los lleva naturalmente a abandonar la anarquía y a ceder parte de la libertad a un gobernante o a una asamblea de gobernantes, para que estos impongan y hagan respetar reglas que impidan a las personas matarse unas a las otras. Así se establece un contrato social. Lo que mueve a los hombres no es la búsqueda de un bien mayor, como se pensaba hasta ahora, sino huir del mal mayor, el miedo de matarse unos a otros. La sociedad existe para que cada uno

de nosotros consiga sobrevivir. Es fascinante, ¿no?

—Pues... sí, claro, mucho... eh... muy interesante.

De nuevo, no parecía demasiado entusiasmada. No debía de ser solo timidez. Además, si hay algo que Clara María no era, es tímida. El hecho de dar clase a los chicos mayores lo dejaba claro, así como su facilidad para subirse a un escenario.

—¿No le han gustado?

—Me gustan, me gustan.

Aun así, su semblante decía lo contrario.

—Parece que Hobbes defiende tesis muy curiosas en este libro —añadió su pretendiente, intentando suscitar el interés por los temas de la obra—. Se relacionaba con Bacon, se escribía con Descartes y visitó a Galileo. Igual que Descartes, él sustenta que el hombre es esencialmente materia en movimiento, ya que todo en los seres humanos puede explicarse en términos materiales, en el perpetuo movimiento de máquinas, sin recurrir a almas incorpóreas. Además, el bien y el mal no existen. Se trata simplemente de palabras que usamos para expresar nuestros apetitos y deseos.

—Ah, vale...

—Hobbes llama a los sacerdotes de las religiones confederación de embusteros «que propagan ideas erróneas para conseguir dominar a las personas» —indicó, esforzándose por contagiar a la chica con el entusiasmo que aquellas ideas despertaban en él—. Es lo mismo que pienso yo. —Sus ojos brillaban con una exaltación intelectual—. Para él, el universo es la masa total de las cosas que hay, es un cuerpo, y lo que no es un cuerpo, no forma parte del universo. Como el universo es un todo, lo que no forma parte no existe en ningún lado. Hobbes no creía en la existencia de sustancias sin cuerpo, como las almas, y subraya que todo es causa-efecto, aunque coloque a Dios como la causa primera de todas las cosas, el fabricante invisible de todo lo que es visible. —Esbozó un gesto vagamente reticente—. Pero dice que en el pasado hubo verdaderos milagros y que Dios es el autor original de las Escrituras, ya que se las comunicó a los profetas por revelación divina. Aun así, admite que la Biblia es un documento histórico escrito por la mano humana. En lo que se refiere a...

—¡Clara!

Al girarse hacia atrás, Bento vio a Dirk Kerckrinck entrando de golpe. ¡Otra vez el visitante inoportuno! ¡Tenía que acabar con esto! ¡Y ya! Aquel sería el momento del enfrentamiento final. Con los dos pretendientes delante de Clara María, era el momento de forzarla a elegir.

XIII

Tal vez nadie se daba cuenta, pero Bento era un hombre terriblemente solitario. Había perdido a su madre a los seis años, después perdió a sus dos hermanos y a su madrastra, más tarde había perdido a su padre y, finalmente, había perdido también a su propia comunidad, aquella en la que había nacido y había sido educado. El *herem* trajo la exclusión, un corte total que lo empujó hacia una comunidad que durante toda su infancia tan solo había conocido a distancia. Los neerlandeses liberales lo acogieron con los brazos abiertos y él se esforzaba por integrarse, de eso no cabía duda, pero su esfuerzo aún no había funcionado del todo, quizá porque todas esas pérdidas a lo largo de su vida habían dejado cicatrices emocionales, o simplemente le faltaba algo que lo completara. Lo cierto es que se sentía muy solo. Trataba de compensarlo con la imagen de un asceta, alguien que estaba por encima del resto y de las necesidades normales de la vida. Sin embargo, lo cierto es que era un hombre y como hombre era consciente de que sentía un enorme vacío en su vida. Le faltaba algo o alguien. Evidentemente, Clara María. El problema era Dirk Kerckrinck, el pretendiente inconveniente que acababa de entrometerse y que por lo visto no había manera de que se diera cuenta de que sobraba. Había llegado el momento de resolver ese asunto.

—Hola, Dirk —le saludó Clara María esbozando una sonrisa leve—. Hoy ha venido pronto.

—Lo he hecho para estar un poco con usted —dijo el recién llegado, al tiempo que se sentaba al lado de su rival—. ¿Y tú, querido? Te gusta tanto Clara María que te pasas el día en Leiden...—Le lanzó la provocación con la precisión de una daga.

—Sabes muy bien que voy allí a estudiar filosofía en la universidad.

—Quizá era mejor que te quedaras por allí filosofando. Oye, ¿no debías estar puliendo una de tus lentes o algo así?

Bento se dio cuenta de que el idiota intentaba echarlo de ahí; casi se sintió escandalizado con el atrevimiento de Dirk. Mientras tanto, la chica parecía estar estudiando a los dos. Como si los estuviera valorando.

—Estábamos conversando sobre Hobbes —le respondió el filósofo con altivez, señalando el ejemplar de *Leviathan*—. Me imagino que ya has oído hablar de su obra. Acaba de llegar de Londres.

Dirk lanzó una mirada desinteresada hacia el libro y después dibujó en su rostro una mueca insolente.

—Ah, sí. Apasionante.

El gesto irónico arrancó una sonrisa a Clara María.

—Claro que solo las personas cultas son capaces de leerlo —añadió Bento con tono cáustico, incomodado con el intento de su rival de disminuirlo delante de la chica—. Clara María, por ejemplo, es capaz. —La miró, buscando su aprobación—. ¿No es cierto?

—Por supuesto —confirmó la neerlandesa—. Estoy segura de que el contenido de estos libros animará las conversaciones de la velada.

—Lo interesante es que muchas de las cosas que Hobbes escribe en su libro yo ya las pienso desde hace algún tiempo —reveló Bento, pero sin mostrar ningún orgullo—. Es más, las incluí en una *Apología* que escribí en mi defensa.

—Oh, eso no es nada —contrapuso Dirk—. Cuando yo mismo vaya a la Universidad de Leiden, haré un manual de anatomía que...

Clara María levantó la mano, como si quisiera frenar lo que amenazaba con convertirse en una pelea de gallos.

—¡Tranquilos! —pidió—. Vamos a hacer un juego. El objetivo es saber cuál de los dos es más listo. Yo haré de juez. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos rivales se miraron, como si se retaran mutuamente.

—¡Venga!

Ella cogió un abanico y se abanicó la cara, como si interpretara el papel de una noble en un salón en la época de la monarquía.

—Imaginaos que soy una frágil doncella y vosotros unos príncipes encantados que venís a hacer un *kweesten* bajo la ventana de mi castillo —propuso—. ¿Qué haríais para convencerme?

En ese momento, Bento ya se había dado cuenta de que, definitivamente, la razón no era el mejor camino para llegar a su corazón. La inteligencia le seducía a él, pero por alguna extraña razón y a pesar de sus obvias cualidades de inteligencia y cultura, Clara María permanecía relativamente inmune a los encantos del intelecto, como había demostrado su fría reacción a los libros que le había regalado; no se trataba apenas de melancolía por la reciente muerte de su madre, sino de una manifestación genuina de falta de interés por el tipo de lecturas que a él sí lo entusiasmaban. Aun así, no se daba por vencido y en la manga se guardaba un as, cuya preparación le había costado mucho trabajo.

—Si le hiciera un *kweesten* bajo su ventana, dulce doncella, sería una serenata. —Se arrodilló delante suyo, como si estuviera en un escenario—. *«But soft! What light through yonder window breaks?»* —recitó—. *«It is the east, and Juliet is the sun. Arise, fair sun, and kill the envious moon»*.

Ella estaba encantada.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! —exclamó, aplaudiendo de forma calurosa—. ¡Bravo! ¡Bravo, Benedictus!, ¿también conoce *Romeo y Julieta*?

—Recorrí Ámsterdam de cabo a rabo buscando esa obra y no la encontré —dijo Bento—. Pero en la Universidad de Leiden conocí a un estudiante inglés que me la enseñó. Aunque no hable inglés, memoricé estos versos para poder recitarlos cuando se diera la ocasión. Aquí los tiene...

Clara María lo miró con admiración.

—¿Se imagina que los dos pudiéramos interpretar *Romeo y Julieta* en el Teatro Municipal? ¡Ah, a mí me encantaría!

Al verla tan entusiasmada, un regocijo que en nada se parecía a la forma como había reaccionado a los libros y a las consideraciones sobre Hobbes, Bento se sintió a la vez perplejo y seguro. Perplejo porque durante todo aquel tiempo la había interpretado mal, seguro porque finalmente parecía que ella se inclinaba por él.

Se giró hacia su rival con una expresión triunfal, a la espera de ver qué haría él. ¿Sería capaz de vencerlo, tanto a él como a Shakespeare? Por su semblante era evidente que Dirk estaba tocado. Pero su rival también tenía sus ases guardados.

Tal como Bento, el neerlandés se arrodilló delante de ella.

—Dulce doncella, sus ojos brillan como los rayos de sol en el azul del mar y su sonrisa es más poderosa que los ejércitos —declaró Dirk—. Como garantía de mi eterno y sincero amor, coloco en sus manos mi corazón palpitante... y además, un pequeño detalle.

Con estas palabras, metió la mano en el bolsillo y sacó una caja que le entregó bajando la cabeza; parecía un caballero andante delante de su princesa. Muerta de curiosidad, Clara María cogió la caja y la abrió. Al ver lo que había dentro, soltó un grito.

—¡Oh!

Del interior sacó un collar que de inmediato se llevó al cuello; estaba radiante y había que reconocerlo, también esplendorosa.

—¿Le gusta?

—¿Que si me gusta? —se rio ella—. ¿Acaso se pregunta? —Fue corriendo hacia el pasillo, donde había un espejo y se miró probando varios ángulos y posturas. —¡Qué maravilla! No me diga que son... que son...

—Perlas —confirmó él—. Las he encargado expresamente de Java.

A pesar de la cojera ella echó a correr, de vuelta esta vez en dirección a Dirk. Efusiva, saltó a sus brazos.

—¡Mi príncipe! —murmuró, estrechándolo entre sus brazos con

fuerza—. ¡Mi querido príncipe! —Bento asistió a todo esto con la boca abierta. Entonces, ¿qué pasaba con el latín y las matemáticas? ¿Y con Milton y Hobbes? ¿Shakespeare y *Romeo y Julieta*? ¿Ella cambiaba lo mejor que el intelecto humano había producido por una... miserable baratija de mercadillo? ¿Cómo era posible algo así? ¿Clara María, la inteligente y culta Clara María, la chica que le derretía el corazón con su inteligencia, aquella que lo había seducido con su gracia y espíritu, la mente superior que le hablaba en latín y recitaba a Terencio, cambiaba las perlas del espíritu humano... por un frívolo y banal collar? ¿Qué mundo era ese en el que las apariencias derrotaban a la sustancia?

Estupefacto, tocado, temblando y, sobre todo, derrotado, Bento sintió que le faltaba el aire. Aquello era demasiado. Necesitaba salir de allí lo más rápido posible. ¡Aire! ¡Aire! Casi corrió hacia sus aposentos. Cogió el primer abrigo que encontró y se dirigió apresuradamente hacia la puerta, solo paró cuando estuvo en la calle.

Sintió cómo el aire fresco le acariciaba la cara, pero si esperaba que eso lo tranquilizara, rápidamente perdió la esperanza. Estaba perdido y no sabía cómo encontrarse.

XIV

Las calles de Ámsterdam estaban impecables y limpias, como era habitual en la ciudad para sorpresa de tantos visitantes; tan solo algunas hojas del otoño revoloteaban sobre la calzada, al sabor volátil de la brisa caprichosa. Los extranjeros solían comentar con admiración la higiene que encontraban en los espacios públicos, por lo visto en ninguna otra parte del mundo se veía algo así. Pero para Bento nada de eso era novedad, pues siempre había visto Ámsterdam así, no había conocido otra ciudad fuera de las Provincias Unidas y no sabía de dónde venía tanta sorpresa. La verdad es que el liberalismo económico generaba tanta riqueza que la república neerlandesa se había convertido en la nación más próspera del mundo y sus ciudadanos daban su abundancia por hecha.

Nada lo animaba en ese momento. Bento deambulaba por la ciudad con la cabeza baja, sin destino, desolado y abandonado, perdido en el laberinto de su tristeza y preguntándose sobre el rumbo que su vida había tomado. Si aquello no era una derrota, ¿qué podía entenderse por derrota? Lo que más le molestaba no era el rechazo, aunque eso le doliera y mucho, sino el motivo del rechazo. El motivo. No podía conformarse con la idea de que Clara María no lo rechazara por ser incapaz, estúpido o simplemente feo, que además sabía que no era el caso, porque en la calle las chicas le lanzaban miradas interesadas a todas horas, sino porque otro tipo le había regalado un collar de perlas. ¡Lo había rechazado por un simple collar hecho con bolitas brillantes!

Quiso gritar, correr, explotar con aquella rabia que le apretaba el pecho y lo sofocaba como si fuera un garrote. ¿Cómo era posible algo así? ¡¿María Clara lo había rechazado por un collar de perlas?! ¿Podía aceptar algo así? Negó con la cabeza, hablaba para sí. No, definitivamente no. Solo los seres irracionales serían capaces de una elección como esa. Si una chica tan inteligente y culta como Clara María era capaz de una opción tan irracional, ¿qué le decía eso de las mujeres? ¡Ah, ellas no usaban la razón para interpretar el mundo! Por lo visto, preferían las emociones sencillas, como niñas animadas por los instintos más básicos. Por tanto, eran necesariamente inferiores al hombre. Era la única explicación.

Pensó sobre esta conclusión. Si la naturaleza hubiera hecho a las mujeres iguales que los hombres, consideró, seguramente que, entre tantas naciones diferentes, en algunas se encontraría a ambos sexos en igualdad, en otras en las que las mujeres mandarían más que los

hombres. Pero no era eso lo que se veía, ¿cierto? Por todas partes las mujeres no tenían los mismos derechos que los hombres. Eso solo podía ser porque, efectivamente, eran inferiores a ellos. Sí, era eso. Solo podía ser eso. Se trataba de la única explicación plausible para el comportamiento irracional de Clara María. Las mujeres, al contrario que los hombres, no usaban la razón para interpretar el mundo y actuar sobre él. Lo hacían solo con la emoción. Solo eso justificaba que su amada, tan culta e inteligente, la mejor de su sexo, hubiera preferido las perlas al intelecto.

¡Ah, aquello le dolió tanto! Sentía el rechazo como una daga clavada en el alma y se sorprendió a sí mismo odiándola con todas sus fuerzas, como nunca había odiado a nadie, odiándola a ella y odiándolo a él, a Dirk Kerckrinck, que se la había robado por el precio barato de una vulgar baratija de las Indias Orientales. Al ver a alguien que amaba unida a otra persona por amor, se vio invadido de odio por su amada, y de envidia y celos por la persona por la que ella sentía amor. Respiró hondo e hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Si la emoción le cegaba, tendría que usar la razón para analizarse a sí mismo y al hacerlo, entonces quizá sería capaz de ver.

La odiaba, la odiaba más que a nada, sobre eso no tenía ninguna duda, pero al mismo tiempo se sorprendía al odiar a quien apenas una hora antes amaba como nunca antes había amado a nadie. Y lo más extraordinario, como se dio cuenta, era que seguía amándola, ya que, si ella lo llamara, iría corriendo. La amaba y la odiaba al mismo tiempo. ¿Cómo era posible algo así?

Repitió la pregunta que se acababa de hacer a sí mismo. ¿Qué le revelaba todo eso de sí mismo? Que era humano, respondió inmediatamente. Aquellos sentimientos eran suyos, pero no solo suyos, eran de todos los hombres a lo largo de los tiempos, pues todos los hombres estaban hechos de la misma manera. Todas las emociones están relacionadas con el deseo, la alegría y la tristeza, concluyó. ¿Qué era el amor sino la alegría acompañada de la idea de una causa externa? ¿Qué eran la envidia y los celos sino odio? ¿Y qué era el odio sino una furia acompañada de la idea de una causa externa? Quien algo ama, necesariamente trata de mantenerlo junto a sí y preservarlo; quien algo odia, necesariamente trata de rechazarlo y destruirlo. Si amaba y odiaba a Clara María, entonces a la vez quería acercarla y apartarla de él, a la vez quería preservarla y destruirla. ¿Cómo era posible que en él y consecuentemente en la naturaleza humana hubiera una contradicción tan radical?

No podía olvidarse de los sentimientos que lo animaron una hora antes. En ese momento, rebosaba amor por Clara María y ese amor le

provocaba una alegría que quería preservar a toda costa. Pensándolo bien, el esfuerzo por preservar la alegría del amor era mayor cuanto más fuerte fuese el propio amor. De ahí el esfuerzo que había hecho para que el objeto de su amor también lo amara a él. Ese esfuerzo ahora se veía restringido por el odio hacia el mismo objeto de su amor. Por esa razón se veía atormentado por el sufrimiento, y este era tan grande como su amor. Eso explicaba por qué motivo contemplaba con tanto sufrimiento el objeto de su amor, Clara María, que ahora amaba y odiaba a la vez, motivo por el que la odiaba más que si no la amara, ya que su odio era proporcional a su amor.

Ya caminaba cerca de la zona de Houtgracht pero no se daba cuenta de dónde estaba ni hacia dónde iba de tan ensimismado como estaba, inmerso en el laberinto de su amargura. Apenas una hora antes, Clara María era la personificación del bien y ahora la veía como la encarnación del mal. ¿Qué había pasado por su cabeza para que sucediera tal cosa? Hobbes tenía razón. El bien y el mal no existen, son palabras simples que se usan para expresar apetitos y deseos. Era lo que le pasaba a él y a todos los hombres, pensaba. No deseaba algo porque lo considerase bueno, lo consideraba bueno porque lo deseaba. De la misma...

—¿Por qué no viene a divertirse conmigo, hombretón?

... manera, no odiaba algo porque lo considerara malo, sino que lo consideraba malo porque lo odiaba. Así era él y, consecuentemente, así era la naturaleza humana. Claro que...

Sintió que alguien le tiraba del brazo.

—¡Venga conmigo!

—¿Qué?

Solo en ese momento volvió al presente.

—¡Venga! —le dijo la chica que le había hablado, al tiempo que se abría el abrigo y durante un instante le enseñaba los pechos respingones, como una vendedora ambulante que expone sus productos a la clientela—. Venga conmigo y le llevaré al paraíso.

Se asustó, la empujó y apretó el paso. ¿Dónde narices se había metido? Miró alrededor y reconoció el lugar. Estaba en la zona de concupiscencia entre Jodenbreestraat y la vieja iglesia, la zona en la que vivía la comunidad portuguesa, cerca de la casa del *jajam* Ben Israel y del pintor Van Rijn. Su padre siempre le había recomendado evitar aquel antro de pecado, pero en su adolescencia había hecho dos o tres incursiones por allí, una de ellas con Gabriel, habiendo sorprendido a varios portugueses en conversaciones poco *kosher* con aquellas mujeres.

—¡Hola, guapo! —le llamó otra, esta vez a su izquierda, que

llevaba un sombrero ancho con plumas en la cabeza—. ¿Quiere entrar? Por cincuenta *stuivers* me arrodillo a tus pies y te rezo un padrenuestro que te va a subir a los cielos.

Era una mujer grande, plantada a la puerta de una posada barata donde probablemente ejercía su actividad. Bento ni siquiera la miró y siguió de frente. La calle en la que había entrado estaba animada, varios hombres se movían por entre las mujeres que los provocaban sin parar. A ambos lados se veían filas de tabernas y posadas, también *plugge-kit, sonnenbosch y glydebosch*; estas tres últimas eran expresiones con las que los neerlandeses se referían a los burdeles apiñados de *glyden* y de *wederhaen*, las mujeres del vicio. Reconoció a Abraham Pessoa, que circulaba distraídamente entre la multitud, también a David Henriques, que salía deprisa de un tugurio mientras se cerraba los pantalones; los había visto tantas veces, tan píos, sentados en la sinagoga con el Sidur, el Libro de las Oraciones en el regazo, recitando el Shemá. Tal y como tantos otros *yehudim*, en nada diferentes a la vieja piadosa de su infancia que, entre rezos, intentaba robar al tiempo que adoraba a Adonai.

Siguió su camino. En el interior de uno de los establecimientos sonaba *Bredas Biertje*, una canción muy de moda. Atraído por las notas alegres que se escuchaban desde la puerta, Bento se detuvo en la entrada. Se trataba de un *musico*, una especie de taberna donde, además de las bebidas y las mujeres, el entrenamiento incluía música y bailes. Se sintió tentado y reluctante a la vez. Nunca había entrado en un sitio de esos, ni siquiera se había planteado esa posibilidad pues eso estaría muy mal visto entre los *yehudim*, pero esa noche era diferente. Se sentía solo e infeliz, ahogado en el abismo de un desamor y necesitaba aligerar su cabeza, distraerse, pensar en otras cosas. ¿Por qué no entrar? ¿Qué tal hacer algo diferente? ¿Qué mal había en cometer una pequeña locura? ¿Cuál era el problema de divertirse un poco? Tenía que vencer la modestia que no era sino un condicionante de su educación, ya que al final la modestia no era más que el temor a la vergüenza, que impide a un hombre cometer un acto que le pueda avergonzar. ¿Qué es lo que le avergonzaba, verdaderamente? ¿Entrar en un *musico*? ¿Huir de esa melancolía que le sofocaba?

Casi como si fuera su cuerpo quien tomara la decisión, su cuerpo y no su mente, cruzó el umbral de la puerta, entró como un cordero que mira con inocencia la guarida del lobo. Así fue como llegó a aquel verdadero antro de perdición.

XV

Lo primero que sintió Bento fue un fuerte olor a tabaco. Una verdadera niebla cubría el interior del *musico*, en medio de una algarabía de carcajadas y conversaciones animadas, el sonido de fondo era una música ruidosa que ponía la nota a aquel caos que había en el establecimiento. Varios hombres y mujeres se alineaban en la barra, hablando, bebiendo cerveza y vino, mientras a la derecha se elevaba el humo exhalado de los cigarros y puros de los jugadores con dinero sobre las mesas; en una de ellas, se jugaba a las cartas, en las otras al chaquete y en otra, se lanzaban los dados. Por el aire se cruzaban frases en diferentes idiomas, pero sobre todo en neerlandés, portugués y el alemán de los marineros, con el ocasional francés, inglés, danés y polaco, que también se mezclaba de vez en cuando.

En el centro del *musico* se abría un espacio en el que dos hombres y tres mujeres del vicio saltaban en un baile envuelto en el sonido alegre de tres artistas en mangas de camisa, que tocaban en un rincón; uno, la armónica; otro, un órgano minúsculo; y el tercero, el violín. Por los *tzitzit* de sus cuerpos y los *kippah* en sus cabezas, que se llamaban *yarmulke*, Bento supo que se trataba de judíos tudescos procedentes de tierras alemanas y polacas, que estarían ahí ganándose algunos florines. Tal como la vieja piadosa que lo había intentado robar y los portugueses píos que rezaban en la sinagoga pero luego iban a las *glyden*, los tudescos también tenían escapadas poco pías.

Fue a la barra a pedir una cerveza y se sentó al borde de una mesa larga para escuchar la música y apreciar a los clientes y a las *glyden* que bailaban en el centro del establecimiento. Se preparó un cigarrillo y lo encendió. Pero el tabaco no le era suficiente. Necesitaba beber para olvidar. La mesa en la que se había sentado se extendía hasta la otra pared y en ella había varias *glyden* con los clientes; casi todos bebían y se reían estrepitosamente, algunos se acariciaban mutuamente los genitales por debajo de la mesa. Escuchó gritos al fondo y vio a uno de los clientes, un marinero, intentando pegar a una mujer.

—¡Tu agujero atrae hasta a las moscas, ramera! —gritó el hombre, que evidentemente estaba borracho—. ¿Quieres mi bolsa, no? ¡Pues primero coge la verga!

—¿Qué verga? —le respondió ella, despeinada—. ¡Si ni se te levanta, impotente de mierda! —Sin saber de dónde salió, una mujer mayor hizo un gesto a un hombre corpulento y este cogió al cliente por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta la puerta. Lo lanzó a la

calle como si no fuera más que un saco.

Por momentos, el incidente provocó algunas carcajadas y comentarios más o menos jocosos, pero enseguida todo volvió a la normalidad, en aquel caos en el que se mezclaban las conversaciones en voz alta, las risas, la música alegre, los bailes y los juegos y caricias desvergonzadas.

—Y bien, querido, ¿me pagas una copita de vino?

Delante de Bento se sentó una chica demasiado maquillada, con los senos tan opulentos y apretados que parecían ansiosos por saltar hacia fuera del escote del corsé.

—Eh... solo estaba bebiendo una cerveza...

—Hmmm, ya te he visto, querido —le dijo ella—. Todo tímido, fresco como una lechuga, casi te escondes debajo de la mesa. ¿Eres nuevo en esto, virgen, eh?

El chico se puso rojo.

—¿Por qué lo dice?

—¿Estás de broma? Eres un novato, querido. Por tu aspecto... diría que eres portugués.

—Eso es capacidad de observación...

—Oh, querido, aquí ya he visto de todo, no te haces una idea. Incluso mujeres haciéndose pasar por hombre, ¿te imaginas? —Se encogió de hombros—. A mí no me importa, mientras me paguen... —Miró su copa—. Venga, ¿no invitas a una copa a tu Tartie? Anda, vamos. Solo una copita para quitarme la sed...

La observó mejor. Debía de tener unos veinte años y si le quitaba todo el maquillaje que le embadurnaba los ojos de negro y los labios de un rojo vivo, incluso parecía guapa, con el pelo rojizo rizado, los ojos azul oscuro y algunas pecas salpicadas por su cara y nariz respingona. Por el acento debía ser de Brabante, y con su forma de ser iría donde quisiera.

—Mire, no me malinterprete, pero solo quiero tomarme tranquilamente una cerveza y no quiero...

—Yo te animaré, querido. Estás tan solo con tu melancolía. No tiene nada de malo charlar un poco, ¿no? Así nos hacemos compañía el uno al otro. ¿Qué mal hay en eso? O... ¿no te gustan las mujeres?

Este comentario hizo que Bento sacara pecho.

—Vale, pida el vino.

La chica hizo un gesto a uno de los taberneros y casi de inmediato depositaron una pequeña jarra encima de la mesa. Ella se sirvió una copa, hizo un brindis y dio un trago.

—¡Ah, qué delicioso vino peleón! —exclamó, posando el vaso. Le miró—. Oye, ¿no me acompañas con el vino?

—Soy más de cerveza.

A Tartie no le hacía mucha gracia que su cliente no compartiera el vino con ella, pero rápidamente se le olvidó.

—¿No habías venido antes a un *musico*?

—Es la primera vez.

Ella cerró un poco los ojos, escudriñándolo.

—¿Y mujeres? ¿Has estado alguna vez con una?

—Bueno... he... sí, claro. Tengo una hermana, tengo...

—Me refiero a relaciones carnales, querido —matizó Tartie. Cerró el puño e hizo un gesto de golpes seguidos—. Ñaca-ñaca-ñaca... ¿lo pillas? —Inclinó la cabeza de lado—. Me imagino que no haces eso con tu hermanita, ¿no?, ¿o sí, pillín?

Bento, que normalmente era pálido, volvió a enrojecerse; parecía un tomate gigante.

—No diga tonterías.

—Vale, vale, no quería ofenderte —retrocedió ella. Levantó una ceja—. Pero todavía no me has contestado. ¿Has estado o no con una mujer? Venga, querido, cuéntaselo todo a Tartie...

—No es de su incumbencia.

Volvió a estrechar los párpados, parecía que conseguía leerle como si se tratara de un libro abierto.

—Algo me dice que tú nunca has hecho ñaca-ñaca, a no ser con tu mano...

Estuvo a punto de negar o simplemente evitar la pregunta, pero se sintió tan transparente delante de aquella sabionda que se vio ridículo.

—¿Qué le importa eso?

Ella soltó una carcajada y dio una palmada sonora encima de la mesa.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Oye, tenemos que resolverlo, querido! Y va a ser con tu Tartirita, ¿me oyes? ¡Vamos a hacer un *menistenbruiloft* como debe ser!

Aunque fuera joven e inexperto en esos temas, Bento sabía que *menistenbruiloft* era jerga en Ámsterdam. Literalmente quería decir «boda menonita» aunque en realidad, en aquel contexto, significaba encuentro carnal de un cliente con una chica de un *musico*.

—¡Tranquila! Que solo estamos tomándonos una copa.

Pero la chica no se amilanó. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y se acercó a su cara, como si fuera a contarle un secreto.

—Como está la mesa no lo ves, pero por debajo tengo las piernas abiertas para ti, querido —le susurró con lascivia repentina—. ¿Por

qué no metes la mano entre mis piernas para tocarme la rajita, ¿eh? Estoy toda, toda mojadita...

—¿Per... perdón?

—Venga, querido. Méteme la mano. Hasta el fondo. Todo, todo, todo. No vas a encontrar refugio más cálido y acogedor para tu gran chicarrón que aquí, en medio de mi *kwedio* toda húmeda, ¿me oyes? Es la mejor y mayor *kwedio* de Ámsterdam entera.

Como si en su cuerpo se hubiera desencadenado una reacción automática, Bento sintió que el sexo se le ponía duro como nunca antes le había pasado, al punto que temió que le reventara y le rompiera los pantalones.

—Mire, yo... eh...

Sintió que una mano le agarraba los genitales por debajo de la mesa.

—¡Ay, qué hombretón! —dijo ella, con una risita, llenándose la mano y sintiendo el volumen—. ¡Sí, señor! Ya veo que estás bien equipado para llenar a Tartie enterita. —Le hizo un gesto con la cabeza, invitándole a que se marcharan de allí—. Anda, querido. Ven con tu Tartie a consumar nuestro *menistenbruiloft.* Te voy a hacer cosas con la boca y con la *kwedio* que te van a volver loco, ay si voy...

La cabeza le decía que no, no y no, y el cuerpo le exigía que sí, sí y sí.

—Oiga, yo...

—¿Tienes cuatro florines?

—¿Por qué?

Sin más, ella se levantó y tiró de él llevándolo por el *musico* hacia unas escaleras laterales que conducían al primer piso, a una habitación que parecía una especie de escondrijo minúsculo. La oscuridad estaba iluminada por las llamas danzarinas y amarillentas de dos velas encendidas. En medio había una vieja cama de hierro con la colcha llena de manchas. Lo único que se veía eran las siluetas formadas por sus cuerpos, agigantadas y recortadas delante de la luz de las llamas.

Nada más cerrar la puerta, ella le bajó los pantalones con la destreza que le daba la experiencia, se arrodilló delante suyo y se llenó la boca de pecado, rezó el padrenuestro y le llevó al cielo, exactamente como la mujer de la calle le había prometido hacía menos de media hora.

XVI

Con el cuerpo cubierto de sudor y los músculos contrayéndose en espasmos ocasionales, Bento salió de dentro de Catryn y rodó hacia un lado hasta quedarse tumbado boca arriba jadeando, exhausto, con una sensación de vacío que inmediatamente se apoderó de él. La chica dio un salto de la cama y fue a lavarse en una palangana mientras él permanecía quieto, con los ojos fijos en el techo y el espíritu estéril. Tosió. ¿Qué hacía allí? ¿Hacia dónde iba? ¿Por qué de repente se sentía tan hueco?

Las lentes para telescopios y microscopios que había producido durante un año entero le habían rendido buenos florines y desde hacía dos meses se los fundía en sucesivas *glyden* que buscaba en la noche de Ámsterdam con la obsesión de alguien ebrio. Empezó accidentalmente con Tartie en el *musico* de Houtgracht y a partir de ahí fueron una detrás de otra. Tryn en una *glydebosch* de Harlemmerstraat, en la zona del puerto; Lys en una habitación húmeda en un hotel decadente en un callejón de Achterburgwal; Anouk en un tugurio miserable en Hasselaerssteeg, en pleno Singel...

La lista de mujeres del vicio se había hecho interminable y a él mismo le resultaba difícil acordarse de todas. La mayoría de los nombres ya los había olvidado, los rostros se le fundían unos con otros, de las situaciones apenas le restaba una idea vaga, se sentía como un sonámbulo que atraviesa una neblina irreal en medio de una larga noche de sueño.

—¿El *monye?*

Se quedó quito, insensible, el cansancio se había transformado en un sopor laxo, parecía indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor, como si nada importara.

—¿Me oye, señor? —insistió Catryn, como parece que se llamaba aquella rubia. Estaba desnuda, de pie, al lado de la cama y con la mano tendida a la espera de cobrar por sus servicios. —¿El *monye*? Venga, mi dinero. Acuérdese de que son tres florines. Págueme ya, que tengo cosas que hacer.

Después de respirar hondo, Bento se levantó despacio y con esfuerzo, fue al abrigo que había tirado al suelo. Sacó el dinero del bolsillo interior y se lo entregó a la chica. Ella se guardó los tres florines, se vistió y salió por la puerta sin decir una palabra más.

Se quedó solo. En realidad, en ningún momento había dejado de estarlo. Había sido precisamente su soledad la que le había arrastrado hasta allí, a una habitación oscura más, a una mujer viciosa más, a

aquella melancolía y vacío que lo mantenían alejado del mundo. ¿Qué alternativa tenía? ¿Quedarse en casa? Ni soñarlo. La residencia de los Van den Enden se había vuelto insoportable. La presencia de Clara María le perturbaba y verla acompañada por Dirk Kerckrinck, como tantas veces pasaba, se había convertido en una verdadera tortura.

¿Qué le decía aquello sobre él y sobre la naturaleza humana? Le decía que el hombre que ama a una mujer y la imagina entregándose carnalmente a otro, no se perturba porque no pueda satisfacer su apetito, sino que se aleja de ella porque siempre que la ve la imagina entregándose a sus intimidades con otro. Pensaba con una frialdad que incluso le sorprendía a sí mismo, como si viera la situación con emoción y al mismo tiempo la analizara desde fuera, con la razón. Además, consideró en su autoanálisis frío y caliente a la vez que el hombre abandonado no era recibido con el mismo favor que su amada concedía al otro, lo que suponía una fuente adicional de sufrimiento.

Ese sufrimiento se volvía insoportable y, por culpa de él, Bento recurría a todos los pretextos para salir de casa en cuanto sus deberes así se lo permitían. Paseaba por las calles de Ámsterdam en una búsqueda desesperada de alguna distracción que le ocupara el espíritu y le sacara a Clara María de su mente, para quitarse el rechazo y su felicidad con el otro. Se ponía hasta arriba de cerveza en las tabernas hasta que caía inconsciente al suelo, bailaba hasta al abandono en los escenarios de los *musicos*, jugaba a las cartas y a los dados con los mayores tramposos de la ciudad, satisfacía sus deseos carnales con la primera de las *glyden* que se le ponía por delante; llegó incluso a satisfacerse a la vez con dos *nachtlopers*, como se conocía a las peores, las mujeres más baratas y viejas de la calle. Todo le servía para aplacar aquel fuego amargo que le consumía por dentro.

El problema era que, bien vistas las cosas, estas escapadas no conseguían resolver nada. El deseo de sexo no era más que pura lascivia. En los momentos en que se unía a una mujer de la calle y mantenía con ella relaciones carnales en algún agujero miserable, el cuerpo se le llenaba de placer sensual al punto de alcanzar una especie de beatitud celestial, como si de hecho el bien supremo se hubiera apoderado de él y ya no fuera capaz de pensar en otra cosa. El problema era que, cuando la lascivia se consumía y una melancolía extrema se apoderaba de él, el cuerpo se le entorpecía y le perturbaba el alma.

Despacio, meditando sobre esa melancolía que se adueñaba de él tras los éxtasis de lascivia carnal, volvió a levantarse de la cama y, siempre con movimientos cansados, se vistió. Salió de la habitación inmunda en la que había pasado la noche en compañía de Catryn y

bajó las escaleras que olían a moho de aquella posada miserable. El deseo es un apetito consciente, consideró, y ese apetito es la esencia misma del hombre, teniendo en cuenta que lo conduce a actos que contribuyen a su conservación. ¿Aunque así fuera, cómo se explicaba aquella melancolía que le deprimía después del éxtasis carnal? Quizá fuera simple vergüenza lo que explicaba su arrepentimiento. Veía la vergüenza como la tristeza que seguía a un acto que le avergonzaba. De alguna forma, era eso lo que le sucedía todas las veces que se tumbaba boca arriba, con los ojos fijos en el techo del tugurio en el que acababa de pasar la noche, preguntándose qué acababa de hacer y por qué lo había hecho. ¿Cuál era el sentido de todo aquello?

Salió de la posada decadente y se dirigió hacia la casa de Van den Enden, en Singel. Iba absorto, perdido en sus perplejidades, preguntándose sobre el sentido de lo que hacía, deseando deshacer lo que había hecho pero sabiendo que más tarde el deseo regresaría y lo volvería a hacer, ya que esa es la naturaleza circular de todos los vicios.

—¿Y bien, Benito?

Se dio cuenta de que su amigo español aceleraba el paso en su dirección, venía del otro lado de la calle.

—Hola, doctor Prado. —Tosió—. ¿Qué tal está?

Desconsolado y triste, Juan de Prado negó con la cabeza.

—Muy mal.

—¿Por qué? —se preocupó Bento—. ¿Ha pasado algo?

—Es este maldito *herem* que los señores del *ma´amad* lanzaron sobre mí —dijo el médico—. Desde ese día, mi vida es imposible. Nadie habla conmigo, todos me dan la espalda, no encuentro un único cliente. ¡Una desgracia!

—Júntese a los neerlandeses —sugirió su amigo, volviendo a toser —. También enferman, no son solo los portugueses...

—Ya, para ti es fácil hablar, Benito. Has nacido aquí y te relacionas con los neerlandeses, estás integrado en esta sociedad y puedes vivir totalmente fuera de la comunidad portuguesa. Yo no estoy en las mismas condiciones, desgraciadamente. Que no se te olvide que yo ni siquiera hablo neerlandés. Los neerlandeses no me conocen ni me entienden, ni yo tampoco los conozco ni los entiendo. Con ellos, nada de nada. Mis únicos clientes eran los portugueses y los españoles de la *Nação*. Y como ahora les han prohibido venir conmigo, ¿qué va a ser de mí? ¿De qué voy a vivir? —Bento tosió.

—¿Ninguno de sus antiguos pacientes quiere verle? ¿Ni siquiera a escondidas?

—Solo alguno de los más liberales y siempre en secreto —fue la

respuesta de Prado—. El resto tiene miedo de violar el *herem* y que los excomulguen también a ellos. Además, médicos no faltan por ahí, como sabes. Somos tantos en la comunidad portuguesa que no hay trabajo para todos. Ya no puedo volver a España, si me agarra la Inquisición acabo en la hoguera. ¡Qué pesadilla!

Más tos.

—Ya, en esas condiciones...

El español lo miró con una expresión súbitamente analítica.

—Oye, ¿qué es esa tos?

—Qué sé yo. Toso, ando con falta de apetito, a veces tengo unas décimas de fiebre...

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Dos años, quizá.

—¿Dos años? ¡Madre mía! ¿No has ido al médico?

—No, ¿por qué? ¿Debería?

—Toses, estás pálido y delgadísimo, tienes pinta de cansado... —Consideró el cuadro clínico—. ¿Oye, hay casos de tisis en tu familia?

—¿Tisis?

—Problemas de respiración, tos, fiebre baja...

Ahora que Juan de Prado describía los síntomas de esa forma, Bento los reconoció.

—Mi madre tuvo eso y mi hermano Isaac también —reveló—. Ambos murieron jóvenes. No me diga que... que...

—La tisis es algo muy serio, Benito. Hay que tener cuidado, ¿me oyes? Mucho cuidado. En caso contrario, te va a pasar lo mismo que a tu madre y a tu hermano.

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Tienes que descansar. Muchísimo. Nada de esfuerzos físicos, ¿me oyes?

—Poco hago —indicó Bento—. Mi trabajo consiste en estudiar, dar clases y pulir lentes. Nada de eso implica esfuerzo físico.

—¿Y las relaciones carnales?

La pregunta sorprendió a Bento, tal era el despropósito.

—¿Qué pasa con eso?

Juan de Prado suspiró.

—Hombre, voy a ser franco contigo —dijo, preparándose para abrir fuego—. Te han visto dos o tres veces yendo a *musicos*. No es de mi incumbencia, claro, tú puedes hacer lo que te dé la gana... pero bueno, puede ser un problema.

El joven se sonrojó, tantos portugueses iban a esos establecimientos y a encontrarse con aquellas mujeres que era inevitable que no se vieran unos y otros. Lo que no esperaba era que

el español le sacara el tema.

—Voy a *musicos* para distraerme.

—Sí, claro, lo que pasa es que hay allí muchas mujeres y...

Dejó la frase sin terminar, como si no hiciera falta decir nada más.

—¿Cuál es el problema, exactamente? —le respondió Bento con una cierta agresividad, dolido porque su amigo se atreviera a tocar un asunto tan íntimo y delicado—. Que yo sepa, soy libre de hacer lo que me dé la gana, que para eso vivimos en las Provincias Unidas. No me diga que me va a dar una lección de moral. Ya solo le falta decirme que Elohim me castigará el día del Juicio Final...

—No te ofendas —le tranquilizó el médico, habituado a lidiar profesionalmente con cuestiones de esa sensibilidad—. Solo te lo digo porque es relevante para tu enfermedad. Los manuales de medicina son claros. La tisis solo se cura con mucho descanso y sin actividad física. ¿Entiendes lo que eso significa? Nada de esfuerzos.

—Ya le he dicho que mi trabajo es meramente intelectual.

—Sí, pero las mujeres que van a los *musicos* no son intelectuales. Y las relaciones carnales, que yo sepa, cuentan con una buena dosis de esfuerzo físico... si me estoy explicando.

El joven miró a Juan de Prado con expresión inquisidora, casi con recelo del verdadero significado de lo que acababa de oír.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que, según los manuales de medicina, no puedes tener relaciones carnales.

Bento puso los ojos en blanco.

—¿Qué?

—Lamento decirte esto, pero la literatura médica es categórica: los tísicos tienen prohibido mantener relaciones carnales.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Nunca más.

El joven pareció horrorizado.

—¡¿Qué?!

El médico le echó la mano por encima del hombro, compasivo.

—Sé que es duro, Benito, pero si andas con mujeres, no vas a durar mucho. La tisis es una enfermedad muy mala. Ya he visto a muchos finados porque no eran capaces siquiera de quitarse los pantalones. No me gustaría que te pasara lo mismo.

—¿Y si me caso?

—No puedes tener relaciones carnales. Punto. Te puedes casar, claro. Pero nada de relaciones carnales con ella. ¿Está claro? Eso si quieres vivir, como es evidente.

El joven se quedó paralizado, durante un largo rato, estupefacto. Tenía la boca entreabierta, con una expresión de incredulidad. No es que no se lo creyera, sino que no quería creérselo.

—¿Ni siquiera si me caso?

—Nada de nada. Lo siento mucho, Benito. Sé que es duro pero las cosas son como son, y no como nos gustaría que fueran.

—Pero... pero...

Consciente de que una noticia de esas tardaba un tiempo en ser asimilada, Juan de Prado tiró a su amigo del brazo.

—Anda, vamos allí, a la casa de Guerra —le propuso—. Te va a servir para despejar las ideas. Has andado desaparecido y seguro que le encantará verte. Ayer incluso me habló de ti.

José Guerra era un cristiano rico que sufría lepra y había venido a Ámsterdam en busca de tratamiento. Siendo médico, Juan de Prado solía ir a su casa para tratarle y a veces llevaba a Bento, ya que la filosofía era un tema que los apasionaba a todos. De esta forma, la casa de Guerra se había convertido en un encuentro de conversaciones cartesianas llamadas tertulias, muchas veces en compañía de dos judíos prestigiosos de la comunidad de Houtgracht, el doctor Reinoso y Pacheco, un comerciante de tabaco. Ambos apreciaban los encuentros con los dos excomulgados, siempre y cuando fueran en secreto, ya que con el *herem* decretado por los señores del *ma´amad* no se jugaba.

Pero en ese momento, lo último que Bento quería era que lo arrastraran a una conversación filosófica.

—Eh... prefiero estar solo.

—¡Venga! —insistió Juan, preocupado. No quería dejar a su amigo solo después de una noticia como esa—. Guerra acaba de recibir un vino de Portugal que... ¡ay, madre mía, es de lo mejor que hay! ¡Te va a dar vueltas a la cabeza!

Como una marioneta, conmocionado y todavía aturdido, Bento se dejó arrastrar donde su amigo quería llevarlo. La idea de que nunca más iba a poder unirse carnalmente a ninguna mujer le martilleaba la cabeza sin cesar, como una maldición.

XVII

Entró en casa ya de noche y se fue derecho a su habitación. Sentía una necesidad imperiosa de estar solo. A pesar de los esfuerzos de Juan de Prado para mantenerlo entretenido, casi no había abierto la boca durante todo el tiempo que estuvo en casa de José Guerra. Era consciente de que el anfitrión esperaba de él ideas nuevas y profundas, ya que la reputación de Bento como filósofo y orador era incomparable entre los miembros de la *Nação* que buscaban la verdad fuera de la sinagoga.

Aun así, esa velada no fue una buena compañía para las tertulias. ¿Alguien podía censurarle en tales circunstancias? ¿Cómo iba a ser una buena compañía si acababa de descubrir que no iba a poder casarse ni siquiera volver a estar carnalmente con una mujer? Necesitaba tiempo y espacio para pensar en todo eso, para digerir la situación con todas sus consecuencias y para decidir el rumbo que daría a su vida.

Quizá la solución fuese un cambio en sus prioridades, consideró al tumbarse en la cama para reflexionar sobre la existencia que llevaba. ¿Era el éxtasis después de la lascivia lo que verdaderamente buscaba? ¿Encontraría en aquella beatitud momentánea el bien supremo? ¿Qué debía hacer ahora que sabía que no podía seguir así, si quería preservar su vida? Siempre había buscado el camino de la verdad, ya que creía que sería esta la que le llevaría hasta la alegría. De niño quiso creer en la religión, pero la evidente falsedad de muchas de las aserciones y la duplicidad e hipocresía de los creyentes y rabinos que pregonaban una cosa y después hacían otra o permitían lo contrario, le habían convencido de que no era la dirección adecuada.

Había intentado creer que, a pesar de todo, la Torá contenía la inspiración divina y tocaba la verdad más profunda de las cosas, pero era imposible seguir creyendo algo así después de detectar tantos errores en las Escrituras y de vislumbrar la mano humana que decía ser divina. Desilusionado, había intentado refugiarse en el negocio de su padre, dedicándose a la riqueza y al éxito profesional. Pero los numerosos problemas para recabar dinero, al punto de tornarse un esclavo del mismo, le mostraron que ese tampoco era el camino. Por esa vía, nunca llegaría a la verdadera alegría.

La imagen del dinero ocupaba las mentes de las personas comunes, de tal forma que ni siquiera conseguían imaginar otro tipo de alegría cuya causa no fuese el dinero. Para aquellos que no lo buscaban debido a pobreza o necesidad, como Suasso y los demás que

ocupaban las primeras filas de la sinagoga, el dinero se había convertido en un vicio que alimentaba sus apariencias. ¿Qué era el dinero y la fama que con tanto ahínco había buscado durante ese período de tiempo sino vanas ilusiones de riqueza e inmortalidad? Los que conocen el verdadero valor del dinero lo buscan estrictamente en función de sus necesidades y se contentan con lo que les da para vivir confortablemente.

Después, había invertido en el amor de Clara María, que no era sino más que amor por su inteligencia, por su gracia y su cultura, creyendo que le traería la alegría a la que tanto aspiraba, pero acabó desencantado al ver cómo le cambiaba por un mero collar de perlas. Finalmente, sin saber hacia dónde ir, se dejó llevar por las mujeres viciosas, como si pudiera encontrar la alegría entre sus piernas. Las coleccionaba como trofeos y con ellas satisfacía sus deseos sensuales, lo mismo sucedía con los que descubría en el fondo de vasos de cerveza, que bebía a tragos en los múltiples *musicos* y tabernas de Ámsterdam. Todos esos placeres resultaron ser tan efímeros como vanos, definitivamente no le condujeron a la alegría ni a la felicidad.

Los deleites de la carne se transformaron en verdaderos vicios. Era como si detrás de un deseo satisfecho viniera otro que urgía satisfacer, después otro más, una sucesión interminable de deseos permanentes y satisfacciones temporales que lo llevaban siempre al punto de partida, una especie de círculo eterno e insaciable que no le conducía a mayor destino que no fuera el mismo en el que había empezado. La lujuria, el alcohol, la lascivia, avaricia y ambición, pensó, no eran más que el amor y deseo desenfrenados de la buena vida, de beber, de mujeres, de riqueza y de gloria. La concupiscencia de la relación carnal se había convertido en una especie de delirio; se dejaba llevar por compulsión, como si algo de lo que no tenía realmente consciencia lo empujara. Lo cierto es que los hombres ignoran normalmente las razones por las que hacen las cosas; son conscientes de sus acciones y deseos, pero nada saben de los motivos que los llevan a desear. ¿Cuál es la utilidad de esos deseos? ¿Alguna vez le conducirán a la alegría? Jamás. ¿Entonces, qué tenía que hacer con su vida?

Se pasó la noche entera tumbado en su cama con los ojos abiertos, meditando sobre sus sucesivas demandas y fracasos; gradualmente fue llegando a la conclusión de que había estado persiguiendo una quimera, como si corriera detrás de su propia sombra sin jamás conseguir alcanzarla, ya que los diferentes objetos de su deseo se revelaban al final obstáculos en la búsqueda de algo nuevo y diferente. En realidad, eran incluso lo opuesto a la búsqueda

de la alegría y felicidad. Bien abandonaba esos deseos comunes, bien dejaba la propia búsqueda. No podía tener las dos cosas a la vez. Tenía que elegir y asumir la elección que hiciera. ¿Qué sería mejor? Le parecía que su comportamiento hasta entonces le mostraba que estaba dispuesto a perder algo que seguramente era bueno a cambio de la incertidumbre. Ahora bien, si abandonaba esos deseos comunes dejaría también un bien que la razón no daba como garantizado, pero si seguía buscado encontraría un bien seguro. Es decir, si quería llegar a algo seguramente bueno, tenía que abandonar los males que hasta ahora había deseado.

El sol empezaba a aparecer cuando la realidad de su situación se abatió sobre él con la claridad de una epifanía. Corría un gran peligro y tenía que usar todas sus fuerzas para encontrar un remedio, por más incierto que fuera. Como un enfermo que se debate con una enfermedad mortal, Bento concluyó que solo el remedio podría salvarle de la muerte. Lo que sucedía era que todos los deseos habitualmente manifestados por los comunes de los mortales, en vez de ser el remedio con el que preservar la vida, actuaban como venenos y muchas veces eran los que provocaban incluso la muerte, ya que esos deseos en los que se perdían terminarían incluso consumiéndolos.

Bastaba ver los muchos ejemplos de hombres perseguidos hasta la hoguera por causa de su riqueza, como había sucedido con tantos judíos ricos que la Inquisición atormentaba en Portugal y en España, por culpa de la envidia y para apropiarse de sus bienes; también, muchos hombres en búsqueda de la riqueza se habían expuesto a tantos peligros y por culpa de ese deseo acababan incluso perdiendo la vida. Sin olvidar los numerosos casos de aquellos que anticiparon su muerte debido a la excesiva indulgencia en los placeres sensuales.

Todos esos males sucedieron porque los seres humanos permitieron que su felicidad e infelicidad dependiera totalmente de la calidad de las cosas que les gustaban, fuesen deseos de riqueza o ambiciones de fama, incluso placeres sensuales. Cuando no se deseaba algo así, no había ningún conflicto asociado, ni tristeza ni odio, a decir verdad nada perturbaba la mente. Al final, todos los males nacían del deseo de cosas efímeras.

Para compensar, había constatado a lo largo del tiempo, sobre todo con las lecturas de los filósofos que preconizaban el uso de la razón y con las reflexiones que había hecho en torno a lo que escribían, que el gusto por las cosas eternas e infinitas alimentaba la mente y la llenaba de alegría. Eso significaba que eran esas las cosas que debía desear y buscar con toda su energía. El problema era que, yendo a lo más profundo de la cuestión, sentía una enorme dificultad

para dejar de lado todos los deseos de riqueza, de placer carnal y fama. A fin de cuentas, Bento no era más que un ser humano y los humanos, como comprobaba todos los días consigo mismo y con los demás a su alrededor, eran seres emocionales.

Cuando usaba la mente para reflexionar sobre todas estas cosas, como lo hacía en ese preciso instante, comprobaba que se abstraía de los tradicionales objetos de deseo. La constatación le llevó a postular un nuevo principio, que pensar sobre las cosas realmente importantes tal vez constituyera el verdadero remedio para los deseos momentáneos que hasta entonces había buscado. El esfuerzo para llegar a las verdades eternas era el verdadero remedio. La conclusión lo reconfortó de una forma inesperada, como si se liberase de una sombra negra. Sí, ese era el camino. Tendría que buscar lo eterno para poder superar lo efímero. Solo en ese camino alcanzaría la alegría genuina.

Al principio, los momentos que dedicaba a las cosas realmente eternas eran raros y cortos, pero con el tiempo y a medida que la verdad sobre el funcionamiento del mundo se le volvía más discernible, esos períodos se hicieron cada vez más frecuentes y duraderos. Los deseos comunes no podían encararse como fines en sí mismos, como hasta entonces había supuesto, sino como simples medios. El dinero, por ejemplo, sería nocivo si fuera un fin en sí mismo, pero era útil como medio para llegar a fines más elevados. Viendo los deseos como transitorios, como medios y no como fines, conseguiría educarlos en vez de seguir siendo obstáculos; le ayudarían a alcanzar los verdaderos objetivos, la felicidad y la alegría.

Por tanto, tendría que ser mejor de lo que había sido hasta entonces. La incapacidad de un hombre a la hora de dominar o limitar las emociones es la servidumbre, pensó, ya que un hombre que se deja controlar por estas no es dueño de sí mismo, sino esclavo del destino que lo lleva hacia un camino peor, ya que estas lo esclavizan en los placeres transitorios. La forma de hacerlo era a través del método sugerido desde Maimónides a Bacon, de Maquiavelo a Galileo, de Hobbes a Descartes: el ejercicio de la razón. Solo la razón le permitiría alcanzar la verdadera alegría, ya que la alegría no era sino el paso del hombre de una menor a una mayor perfección. Bento entendía por realidad y perfección lo mismo, por lo que solo alcanzaría la alegría cuando llegara al entendimiento de la esencia de la realidad. Solo así alcanzaría la perfección. La alegría.

La verdadera alegría era conocer la perfección y la verdadera perfección era la realidad. ¿Y qué era la realidad sino la naturaleza en sí misma?

Por tanto, la alegría nacía de la unión de la mente con la naturaleza. De la fusión de ambas. Para alcanzar esa fusión, para llegar a la alegría suprema, la del placer permanente, tenía que ir por un camino de búsqueda del conocimiento. El vehículo que lo transportaría en esa búsqueda sería la razón. Gracias a la razón comprendería la naturaleza y, al comprenderla, alcanzaría la perfección, que no era sino la alegría genuina.

El gallo cantaba afuera y los rayos de sol se colaban por los huecos que dejaban las cortinas, dibujando rectángulos de luz sobre la manta. Tosió, bostezó y volvió a toser. En el interior de la casa escuchó el ruido de metales que chocaban contra la porcelana y supo que los Van den Enden estaban ya en pie, preparando el desayuno. Tenía que tomar una decisión y la tomó en ese mismo momento. Había llegado el momento de hablar con Clara María. Decir adiós a su antigua vida.

Bento Spinoza, el niño que había encantado a la comunidad portuguesa de Houtgracht con su inteligencia asombrosa, el chico que por respeto a su padre había reprimido lo que realmente pensaba de la religión, el hombre que finalmente había retado a la *Nação* hasta ser expulsado de esta, acababa de morir. El pequeño Baruch judío ya no existía. El Espinosa portugués también se había convertido en memoria. No importaba de dónde venía, lo que importaba era hacia dónde quería ir. Estaba en las Repúblicas Unidas, entre los neerlandeses, por lo que se iba a convertir en neerlandés. De alma, de razón, de nombre. Si era el nombre lo que expresaba su identidad, si era entre los neerlandeses donde se reconocía a sí mismo, entonces se llamaría como los neerlandeses le llamaban. De ahora en adelante sería Benedictus, solo Benedictus.

Benedictus Spinoza.

XVIII

Al entrar en la cocina, Bento se encontró con las dos hijas mayores de Van den Enden poniendo los platos sobre la mesa junto con el pan, la mantequilla, queso, leche y huevos; en el ambiente se olía el aroma caliente y agradable del pan en el horno. Preparaban el desayuno. Se dieron los saludos matutinos habituales pero esta vez, al contrario de lo que sucedía desde hacía un tiempo, Bento miró a Clara María. Desde que ella le había rechazado hacía dos meses, él evitaba mirarla, pero esa madrugada había tomado la decisión de usar la razón para domar la emoción. Es cierto que Clara María lo había rechazado, pero ¿no había aprendido tanto de ella a lo largo del tiempo? Los hombres estaban mucho más dispuestos a vengarse que a retribuir un favor. Ella le había enseñado latín y tantas otras cosas; sin embargo, él le había pagado con celos y resentimiento. No lo haría más.

Esbozó una sonrisa abierta e indiscutiblemente sincera.

—Está radiante hoy —le dijo con una afabilidad desconcertante—. Seguramente es la felicidad. Apuesto que su Dirk viene ahí...

—Eh... sí... él debe estar a punto de llegar.

—Es un excelente chico —dijo Bento, siempre afable—. Tiene un gran futuro como médico. Estoy seguro de que los dos serán muy feli...

—¡Benedictus!

Miró hacia la puerta de la cocina y vio a Van den Enden, que le hacía una señal para que se acercara a él.

—Buenos días, maestro.

—¿Puedo hablar con usted un momento?

Salió de la cocina y acompañó a Van den Enden a su despacho. Encontró el espacio desordenado, como siempre, con papeles descolocados encima de la mesa, libros apilados por todas partes, incluso en el suelo. El profesor cerró la puerta pero no se sentó, ni invitó a Bento a que se sentara, lo que indicaba que se trataba de una conversación corta.

—Un burgomaestre amigo mío ha venido a hacerme preguntas sobre ti —reveló Van den Enden, con semblante preocupado—. Parece que, cuando te excomulgaron, un responsable de la comunidad portuguesa informó al consejo que gobierna en Ámsterdam de lo que sucedía y lamento decirlo, te describió como un ateo.

—¿Yo? ¿Ateo?

Se trataba de una acusación muy grave, como ambos sabían; en el país se toleraba creer en dioses diferentes, pero la creencia de que no había un Dios eran un delito punible con prisión. Ni siquiera ningún

filósofo alguna vez se había atrevido a proclamar que Dios no existe. Ni Bacon, ni Hobbes, ni siquiera Descartes. La proclamación de la existencia de Dios era una obligación absoluta. Un dogma. Un ateo era considerado un depravado, alguien que, al no creer en la existencia de Dios, se permitía todas las libertades y pecados, todas las infamias y degeneraciones, todos los delitos e inmoralidades, ya que no temía el castigo divino. Quien no temía a Dios, debía temer mucho a los hombres.

—Es lo que los de la comunidad portuguesa dicen de ti. Esa queja en sí no es lo que me preocupa, pues la interpreto como una simple difamación, resultado de cuestiones internas entre judíos, pero mi amigo burgomaestre me ha informado de que también ha habido otras quejas contra ti, Estas de calvinistas e incluso de alumnos neerlandeses de la escuela. Dicen que andas pregonando por ahí que la Biblia no es divina, sino una construcción humana, que los milagros no existen, que Dios tiene cuerpo, que el alma no es inmortal... En fin, tú sabes lo que le has dicho a todo el mundo cuando hablas del asunto, ¿no? El problema es que solo le puedes decir eso a personas en las que confías, ¿lo entiendes?

—Eso son temas de las clases, maestro. Fue precisamente para explicar la Biblia en su versión original que usted me pidió que diera esas clases. Es lo que he hecho.

—Ya, pero quizá has ido demasiado lejos.

Bento se pasó los dedos por el fino bigote, pensativo. Estaba preocupado con lo que acababa de oír. Una cosa era desagradar a los rabinos de la *Nação*, cuyo poder se limitaba al Houtgracht, otra era desencadenar la ira de las autoridades cristianas. Algo así era tremendamente peligroso, como cualquier judío ibérico bien sabía.

—¿Qué... qué es lo que planea hacer el consejo?

Van den Enden suspiró, no era fácil dar malas noticias.

—El burgomaestre me ha dicho que van a tomar medidas contra ti —reveló. Bajó la voz, como si temiera que se volviera real si alguien los escuchaba—. Habló incluso de la posibilidad de enviarte a Rasphuis.

Rasphuis era la cárcel de Ámsterdam.

—¿Qué?

—Es un problema muy serio, muy serio.

La imagen del Rasphuis, con sus muros y las rejas en las ventanas, estaba grabada en la mente de Bento.

—Ellos... ¿van a detenerme?

—Es posible. Eso, o la expulsión de la ciudad. Tienes que entender que tus conversaciones cartesianas han sido indiscretas.

Andas hablando demasiado y a los oídos equivocados. Ni siquiera en las clases has sido cauteloso. Dices en voz alta todo lo que tu cabeza piensa... y esto es lo que pasa.

Mortalmente alarmado, a Bento le entraron ganas de darse de puñetazos. ¡Qué estúpido! Su orgullo y su boca le habían vuelto a meter en líos. El caso era que no aprendía. ¡Maldito orgullo de portugués! Después de todos los problemas que había tenido por no cerrar la boca, había intentado corregirse y sobre todo tras el atentado contra su vida, había adoptado el *caute* como lema. Pero por lo visto, seguía sin tener ninguna cautela.

De una vez por todas, tenía que aprender. ¿Acaso su padre y su madre no habían vivido una vida doble en Portugal, diciendo una cosa y pensando otra para evitar así a la Inquisición? Era esa la vida del marrano. Si quería llegar a algún sitio en la vida, también él tenía que ser un marrano, también él tendría que esconder su vida interior y mostrar otra al exterior, también tendría que silenciar sus pensamientos prohibidos y en público expresar únicamente los aceptables. Si por casualidad decidiera decir lo que realmente pensaba, tendría que recurrir a palabras ambiguas, usar expresiones cargadas de dobles sentidos, fingir que afirmaba algo pero en realidad decir otra cosa, enigmas dentro de enigmas, las verdaderas ideas disimuladas, expresadas de manera que solo las comprendieran los iniciados. *Caute* significaba *caute*. Significaba cautela. Significaba lenguaje sutil. Significaba cerrar el pico.

El problema, como recordó, era que su propio anfitrión, que ahora le recomendaba cautela, no revelaba la menor cautela en las herejías que pregonaba.

—Pero espere un momento, usted, maestro, también anda propagando esas ideas...

El profesor hizo un gesto embarazoso.

—Ya, pero a mí nunca me han excomulgado.

—¡Usted ya fue un jesuita católico!

—Pero ya no lo soy.

Aunque la tolerancia de los neerlandeses con los judíos fuera enorme, sobre todo en la provincia de Holanda, Bento sabía que había barreras que nunca serían eliminadas. Quizá esa era una de ellas. Había cosas que tal vez se permitieran a un cristiano, pero nunca a un judío.

Respiró hondo, vencido y resignado.

—Maestro, ¿hay algo que pueda hacer para impedir que los burgomaestres me expulsen?

Esbozó un gesto de impotencia y Van den Enden acabó con la

conversación.

—Tienes que huir.

Bento comprendió que los acontecimientos se precipitaban y estaban fuera de su control. Inquieto, se mordió las uñas. Había sido excesivamente incauto y Ámsterdam se había convertido en un lugar demasiado peligroso. Tosió. Si lo enviaban a los calabozos fríos y húmedos como imaginaba que era Rasphuis, frágil como estaba su salud, estaba claro que no sobreviviría una semana.

Sí, tenía que huir.

XIX

Después de una mañana entera de inquietud, ponderando mil opciones, Bento salió de casa de Van den Enden para ir a hablar con su alumno y amigo de los *collegianten*, que también vivía en Singel. Estaba nervioso y llamó tres veces, impaciente, a la puerta de la gran mansión. Tras un tiempo de espera, la puerta se abrió y se encontró con el rostro casi imberbe de De Vries.

—¡Maestro! —lo saludó el joven neerlandés con su habitual deferencia y con gesto de interrogación—. ¿No es un poco pronto? Las lecciones son solo por la tarde, ¿no?

—¡Tengo que irme de Ámsterdam!

—¿Cómo dice?

—Tengo que irme a vivir a otro lado. Lo antes posible. Si no, me detienen.

De Vries pestañeó.

—¿Qué?

En pocas palabras, el recién llegado explicó lo que Van den Enden le había dicho esa mañana. Ante la precipitación de los acontecimientos, su discípulo lo invitó a que entrara.

—Jarig ha venido a comer a casa, maestro. Vamos a hablar con él. Quizá pueda ayudarle.

De Vries lo condujo a la cocina, en donde Bento se encontró con Jarig Jelleszoon, su primer amigo neerlandés. Volvió a explicar la situación, ahora con más detalles.

—¿Por qué no te vas a vivir a Leiden? —sugirió Jarig—. Si vas a la Universidad de Leiden, quizá tiene más sentido que vivas allí.

—Leiden es demasiado caro —respondió el visitante—. Además, en este momento no voy a poder seguir yendo a clase. Necesito trabajar para sustentarme.

—Hace poco me he comprado una casa grande en la carretera que va a Ouderkerk —le contó su amigo—. Tengo una habitación vacía. Si quieres, está a tu disposición.

—¿Vacía, en qué sentido?

—No tiene muebles, ni nada, ya que estoy amueblando la casa. Pero la habitación tiene suelo, techo, paredes e incluso una ventana. Basta comprar una cama y...

—Yo conseguiré una cama —dijo Bento—. Y puedes estar tranquilo que estaré poco tiempo.

—¡Hombre, Benedictus! Te quedas el tiempo que haga falta. Eso será mejor que las rejas de Rasphuis, supongo.

—Puedo ayudar con dinero —propuso De Vries—. Todavía soy estudiante, pero mi familia tiene posesiones y estoy seguro de que no será difícil convencer a mi padre. Le he hablado de usted, maestro, y seguro que estará de acuerdo. Le está muy agradecido por haberme orientado en los estudios de medicina.

Bento miró a los dos neerlandeses con admiración. Le parecía increíble que dos personas con quienes no tenía afinidad de origen, ya que procedían de mundos diferentes, se ofrecieran de aquella manera para ayudarlo. A pesar de su cultura judía y portuguesa, nunca se sintió más neerlandés como en aquel momento.

—Gracias, amigos —afirmó con emoción contenida—. Será apenas algo temporal. Estaré en casa de Jarig el menor tiempo posible. En cuanto al dinero, lo haré con el negocio de las lentes.

—¿Las lentes? Eso da poco...

—No sirve para enriquecerse, pero tampoco quiero hacerme rico, debidamente gestionado será suficiente para mis gastos corrientes, estense tranquilos. Además, siempre he creído que la búsqueda de dinero o de cualquier otro bien material debe hacerse exclusivamente en la medida de las necesidades para conservar la vida y la salud. Necesito dinero para vivir, no vivo para tener dinero. Además, no como mucho, me paso el día quietecito puliendo lentes y mis únicos vicios son un vasito de cerveza y unas caladas de tabaco. Puedo perfectamente vivir con poco.

—Puede que no le haga falta mucho dinero para llevar esa vida —concedió De Vries—. Pero hay algo que claramente sí le hace falta. Déjeme ayudarle con una mensualidad.

—De ninguna manera —contestó Bento con firmeza—. Viviré de las lentes que venda.

El joven neerlandés se dio cuenta de que así no iba a convencerlo; Bento era demasiado orgulloso. Pero sí que había otra forma.

—Tengo una idea y, si no le importa, me gustaría exponérsela —propuso con tacto, pues ya había aprendido a lidiar con aquel sentido de la honra—. Maestro, puede escribir sus reflexiones y descubrimientos, después nos entrega los textos para que los leamos y podamos discutirlos entre nosotros. A cambio de ese servicio, le pagaré una cantidad mensual. Así, ganamos todos. Usted, maestro, recauda algún dinero y nosotros tendremos acceso a sus pensamientos y podremos analizarlos. Dejaremos de ser un grupo que se reúne para discutir las ideas de René Descartes y nos convertiremos en un grupo que se reúne para discutir las ideas de Benedictus Spinoza. ¿Qué le parece?

La sugerencia tocó el irreprimible orgullo de Bento. ¿Un grupo

para discutir sus ideas? Y además, ¿iba a recibir una mensualidad para completar sus ganancias con el negocio de las lentes? La propuesta era irresistible. No obstante, teniendo en cuenta el clima en su contra que se estaba creando en Ámsterdam, todo el cuidado era poco.

—Cuando dices que el grupo va a discutir mis ideas, ¿a qué grupo te refieres exactamente?

De Vries señaló a Jarig.

—Al nuestro —indicó—. Los *collegianten*.

—¿Nadie más?

Su amigo no parecía entender cuál era el problema.

—Bueno... solo nuestro grupo.

—Como conocéis bien las características del momento que vivimos, os pido insistentemente que seáis muy cautelosos en la comunicación de estos asuntos a otros.

—Ya, pues que sepa que Koerbagh toma nota de todo lo que dice en nuestras reuniones de los *collegianten* —intervino Jarig—. Sobre todo, aquello sobre la irracionalidad de las religiones, las supersticiones transformadas en leyes divinas, el embuste que son las ceremonias religiosas, los milagros que no existen, el concepto de que Dios tiene un cuerpo... todo eso. Anda escribiendo un libro para divulgar esas ideas.

—¡¿Qué?!

La reacción fue tan vehemente que los dos neerlandeses dudaron.

—¿No quieres que lo publique?

—No me opongo a la publicación —explicó Bento—. El problema es que Koerbagh corre inmensos riesgos. Si hablar en público sobre eso ya es complicado, imagínense qué será si lo pone en un libro.

—Koerbagh sabe lo que hace, esté tranquilo —dijo Jarig—. Su libro levantará polémica y atraerá a los *predikanten*, eso es evidente, pero no le van a hacer nada.

—Si así es, ¿por qué razón me veo yo obligado a huir de Ámsterdam?

—Huyes porque quieres —indicó Jarig—. Que yo sepa, los burgomaestres todavía no te han detenido, ni siquiera te han expulsado...

Bento suspiró.

—Ya me han expulsado una vez de mi comunidad y no quiero volver a pasar por la experiencia —explicó—. Odio la polémica.

Jarig sonrió.

—Para odiar la polémica, eliges buenos temas, sin duda...

A pesar de la ansiedad que le consumía, Bento no pudo evitarlo y se sumó a sus amigos en una carcajada.

—La polémica es emoción pura —justificó el filósofo—. Ahora bien, lo que yo pretendo es discutir con la razón, sin pasiones que tan solo oscurecen el camino de la verdad. No vale la pena intentar convencer a quien, por la emoción, nunca aceptará ver la razón, sean cuales sean los argumentos que invoquemos. El uso de la razón para acceder a la verdad está limitado a un grupo restringido. En cuanto a los demás, prefiero que ni siquiera conozcan mis ideas, que me ignoren por completo, pues si las conocen, es inevitable que las desfiguren según sus conveniencias.

—¿Por qué dice eso, maestro? —preguntó De Vries, siempre preocupado por él—. ¿Por casualidad alguien ha desfigurado sus ideas?

—Andan por ahí acusándome de ser ateo —respondió Bento rápidamente—. Yo creo en Dios. Creo que Él existe. Nunca he dicho, ni nunca me escucharán decir lo contrario. Si esto es así, ¿por qué tergiversan mis palabras?

—Esa es una parte de su filosofía que, debo confesar, nunca he entendido bien —intervino Jarig—. Dices que Dios existe y que tiene cuerpo. ¿Dónde tiene cuerpo? ¿Dónde lo vemos?

Bento hizo un gesto largo.

—En todas partes.

Sus amigos neerlandeses miraron alrededor, en la cocina, estaba claro que no habían entendido el significado de la frase.

—Pero... ¿dónde?

—Abrid los ojos y mirad. Mirad.

Los dos discípulos siguieron mirando a su alrededor, posando los ojos en las paredes, en los muebles de la casa.

—Ver, ¿el qué? ¿Dónde está Él?

La perplejidad de ambos daba de lleno en el quid de la cuestión y de las ideas que en esos momentos Bento andaba madurando en su espíritu. Realmente, quería exponer todos los pensamientos que se formaban en su mente pero, cuando iba a abrir la boca para empezar a hablar, una palabra le sonó en el oído, como si una voz le hablara dentro de la cabeza.

Caute.

¿No se había quemado ya por hablar más de la cuenta cuando debería estar callado?

Había aprendido con su propia experiencia que había temas que solo podían ser discutidos cuando las personas estaban preparadas para ello. Sobre esta cuestión en concreto, nadie estaba todavía preparado. ¿Por qué narices iba a cometer otra vez el mismo error? *Caute*. Tenía que aprender de una vez por todas a ser cauteloso. Jarig

y De Vries eran sus amigos y sabía que podía confiar en ellos, pero no estaban todavía preparados para entender y aceptar todas las ideas que germinaban en su mente. Ni ellos, ni nadie. Todavía.

—¿Sabéis dónde puedo conseguir un carro? —preguntó, cambiando de tema de forma repentina—. De camino a Ouderkerk tengo que pasar por casa de mis hermanos para ir a buscar las cosas que dejé allí cuando me excomulgaron. Necesito un carro para transportarlas.

Los dos neerlandeses pestañearon ante el despropósito de la pregunta. Acababan de preguntarle por Dios y él respondía preguntándoles a ellos por un carro. Aun así, confiaban en Bento y entendieron que si rehusaba responder, tendría sus motivos.

—Mi padre tiene un carro atrás —indicó De Vries, señalando con el pulgar hacia la parte trasera de la casa—. Podemos prestártelo.

Los tres fueron al patio y, tras inspeccionar el carro, ataron un enorme caballo de los De Vries. Como Bento tenía complexión frágil, su joven anfitrión fue a buscar un *boer* robusto que trabajaba en la huerta de su casa y le pidió que ayudara a su amigo para que llegara hasta su destino seguro.

Así fue como Bento abandonó Ámsterdam. Una parte de su vida terminaba y el futuro se le presentaba incierto. Por eso, en su corazón había miedo pero también esperanza. A fin de cuentas, como él mismo se había dado cuenta, ambas cosas estaban íntimamente conectadas: no había esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza.

XX

Con la punta de la pluma húmeda de tinta, Bento tachó el título que originalmente había escrito para el primer capítulo. Necesitaba algo más directo, una frase corta que dijera exactamente lo que quería decir. Quizá... *Que Dios existe*. ¿Sería mejor? Escribió el nuevo título y lo leyó para valorar el efecto en el conjunto del texto.

CAPÍTULO 1
QUE DIOS EXISTE

En lo que se refiere a la primera cuestión, concretamente si existe Dios, eso lo afirmamos, pero ¿puede probarse?

En primer lugar, *a priori*...

Ahora sí, el título del capítulo le parecía preciso. Había empezado a escribir el texto estando todavía en la casa de Jarig, en la carretera a Ouderkerk, pero se había quedado allí poco tiempo, ya que no pretendía abusar de la hospitalidad de su amigo. Pero, aunque ya no fuera a la Universidad de Leiden, quería hallarse cerca, pues mantenía varios amigos queridos, en particular el matemático Johannes Hudde. Por eso, cuando se fue de Ouderkerk eligió Rijnsburg. El pueblo se situaba cerca de Leiden, la ciudad de la ciencia, hogar de la mejor y más avanzada universidad del mundo. Tras romper con la escolástica medieval, la Universidad de Leiden contaba con asignaturas innovadoras en su currículo: anatomía, astronomía, botánica, química, óptica, meteorología, filología grecolatina y lenguas orientales, incluyendo árabe, etíope y turco. ¿Dónde más en todo el universo se estudiaban y enseñaban esas asignaturas? La Universidad de Leiden incluso estaba equipada con un observatorio anatómico, un jardín botánico, un museo y una biblioteca con manuscritos únicos; allí se usaban instrumentos científicos revolucionarios como telescopios, microscopios, barómetros, termómetros y el cálculo logarítmico, integral y diferencial, todo inventado por los neerlandeses. No había sido casualidad que Descartes hubiera elegido aquella universidad para estudiar, así como una tipografía de la ciudad para imprimir la primera edición de su ya legendario *Discours de la méthode*.

Además, había elegido Rijnsburg para vivir porque también obedecía a cuestiones prácticas. El pueblo contaba con un complejo de canales que le permitía ir rápidamente a Ámsterdam, incluso a Haarlem, usando exclusivamente los transportes públicos a precios

accesibles. Detalle relevante, también había sido un importante centro de encuentros intelectuales de los *collegianten*. Todo ello hacía de Rijnsburg especialmente simpática a los ojos de Bento. Allí encontraría, sin lugar a duda, el ambiente de tolerancia que necesitaba, sin tener que preocuparse permanentemente con los *predikanten* calvinistas. Por lo demás, la universidad vecina de Leiden tenía por política recusar cualquier control extraacadémico al trabajo de los profesores y el nuevo vecino creía que ese espíritu se extendería a Rijnsburg.

Le dio un ataque de tos y se sintió cansado. Se había pasado la mañana entera trabajando en su *Tractatus de Deo et Homine Eiusque Felicitate* y había regresado a él tras la comida, escribiendo siempre en latín. Si hubiera sido en su lengua materna, habría sido mucho más fácil, claro. Llamaría al texto *Tratado sobre Dios, sobre el Hombre y sobre Su Felicidad* y se ahorraría tantos y tantos esfuerzos denodados para encontrar las palabras adecuadas en latín para las ideas complejas que en portugués, incluso en castellano, se formaban naturalmente en su cabeza.

Dejó la pluma. Después de tantas horas escribiendo, necesitaba hacer una pausa. Salió de la mesa y se tendió sobre el *ledikant*, como los neerlandeses llamaban al *lit de camp* de los franceses, la cama con cortinas rojas, que era el único mueble que había aceptado como herencia y que había rescatado de la casa de sus hermanos el día en que partió hacia el exilio. Su madre había muerto en esa cama, con la cabeza hundida entre las mismas almohadas, con su cuerpo frágil apoyado sobre aquel colchón de plumas. Tumbarse allí era como volver a estar junto a ella, anidado en su cuerpo como lo hacía cuando era niño, sintiendo el calor de las sábanas y también el calor de su madre, una tibieza que lo templaba y lo envolvía en un abrazo; eran memorias de los únicos momentos de su vida en los que no se había sentido solo. Cerró los ojos e imaginó la presencia de Ana Débora, con sus manos suaves acariciándole la piel; en sus oídos escuchaba el eco de las palabras dulces que ella le susurraba con cálida ternura; le llamaba «Bentinho» y le hablaba en portugués, suavemente, de una época que ya no existía, la de su juventud en Ponte de Lima y la de su infancia en aquella misma cama en Ámsterdam.

Un golpe a la puerta lo sobresaltó.

—¡*Mijnheer* Spinoza! —llamó una voz al otro lado—. ¿Me permite?

—¿Sí?

La puerta se abrió y el dueño de la casa miró hacia dentro de la habitación. Herman Homan era un químico cirujano de Rijnsburg al

que había alquilado la habitación y un anexo en la parte trasera, donde había colocado el torno que usaba para pulir en la producción de lentes para telescopios y microscopios.

—Tiene una visita.

Se sorprendió. Era habitual que Pieter Balling pasara por Rijnsburg para recoger las cartas destinadas al grupo de los *collegianten*, pero que él recordara, no estaba prevista ninguna de esas visitas esa semana.

—¿Es el señor Balling?

—No. Es un alemán.

—¿Un alemán? —se extrañó. ¿Qué querría un alemán? ¿Sería un estudiante de Leiden?—. Dígale que ya voy.

El dueño de la casa cerró la puerta. Bento saltó de la cama y se arregló. Sus amigos de Ámsterdam a veces venían a verle, sobre todo De Vries, pero también recibía visitas de figuras notables de Rijnsburg y estudiantes de Leiden. Cuando llegó allí, la población local se refería a él como el *Spanjaard*, una forma desdeñosa de decir *Spanjool* o español, ya que fundía *Spanjool* con *veinzaard*, hipócrita, y *snoodard*, bandido. La reputación de los españoles no era la mejor entre los neerlandeses, sobre todo debido a la Guerra de los Ochenta Años y a su letanía de masacres y atrocidades; pero rápidamente, Bento consiguió deshacer el equívoco e hizo saber a todos que era neerlandés, que sus padres eran portugueses y que ni él ni nadie de su familia era «papista», la expresión que se usaba para hacer referencia a los católicos. Fue suficiente para que el ambiente en el pueblo se relajara.

Encontró al visitante sentado en el salón, bebiendo una *jenever* que el dueño de la casa le había ofrecido. Se trataba de un hombre unos diez años mayor que él, regordete, con el pelo largo, hasta los hombros y raya al medio. Por su aspecto, no era estudiante.

Nada más verlo, el hombre se puso de pie y le hizo una venia.

—Heer Spinoza —saludó el desconocido en un neerlandés con acento alemán—. Le pido disculpas por mi intromisión. Me llamo Henry Oldenburg y acabo de llegar de Leiden. Estuve en la universidad visitando a viejos amigos de la época en la que estudié allí y me han hablado mucho de usted y de su intelecto e ideas. Escuchar estas palabras sobre alguien que todavía no ha publicado ninguna obra me ha impresionado mucho. Por eso, me he tomado la libertad de venir a llamar a su puerta y... en fin, espero que no considere mi gesto como un abuso.

El anfitrión hizo un gesto para señalar el sofá y ambos se sentaron.

—De ninguna manera, mi querido amigo —dijo—. ¿Cómo puedo ayudarle?

Oldenburg dejó su vaso de *jenever* encima de la mesita y se puso cómodo, cruzando las piernas.

—Nací en Bremen pero ahora vivo en Londres —explicó—. Me imagino que está familiarizado con la obra de sir Francis Bacon.

—Claro.

—Sir Francis creía firmemente que la filosofía solo avanzaría si los pensadores se unían en sociedades en las que hubiera intercambio de ideas y de experiencias, para que los descubrimientos de unos fueran rápidamente conocidos y valorados por sus pares, concentrándose en una sola institución el conocimiento científico más avanzado. Sir Francis murió sin que se pudiera constituir esa sociedad, pero la idea ha sobrevivido y, para concretarla, hemos creado el Invisible College. A mí me han nombrado secretario de esa sociedad y soy el encargado de identificar a los mayores talentos científicos de Europa para formar una red con ellos. Como he estudiado en Leiden y conozco bien el ambiente liberal y de apertura a nuevas ideas que prevalece aquí, he venido a buscar a los mayores talentos de las Provincias Unidas. Ahora bien, su nombre es el que más he oído entre los círculos cartesianos, por lo que entendí que es usted la personalidad más famosa que ha estado inscrita en la universidad, lo que me parece algo verdaderamente extraordinario.

—A ver si lo he entendido —dijo el anfitrión—. ¿Quiere incluirme en la red de contactos?

—Sí, me gustaría incluirlo en esa red y, sobre todo, recibir sus textos científicos para someterlos a la revisión de sus pares y publicarlos.

Bento abrió las manos, como si quisiera mostrar que están vacías.

—El problema es que, en estos momentos no tengo nada que darle, me temo.

Una sombra de decepción pasó por el rostro de Oldenburg.

—Qué pena —dijo—. ¿En qué áreas le gustaría trabajar, si no es indiscreción?

—Estudio óptica y fabrico lentes —respondió—. Pero lo esencial de mi trabajo se basa en la búsqueda del conocimiento sobre la naturaleza más profunda de la realidad. Es decir, investigo a Dios desde una perspectiva cartesiana. El año pasado empecé a trabajar en un texto llamado *Breve Tratado de Dios, del Hombre y de su Bienestar*, título que creo, resume bien su contenido.

El secretario del Invisible College se interesó.

—¡Ah, qué curioso! —exclamó—. ¿Cuándo tiene pensado

publicarlo?

El anfitrión se rascó la cabeza.

—Ya, ese es el problema. Me temo que los religiosos de nuestra época se ofenderían con las conclusiones a las que he llegado en el *Breve Tratado* y, con su celeridad tradicional, me podrían atacar. Por eso, estoy pensando escribir otro texto al que voy a llamar *Tractatus de Intellectus Emendatione*, que previamente explique el sistema lógico y que tal vez sirva para que los gobernantes de mi país quieran leer más escritos de mi autoría y entiendan que mis textos no son inconvenientes; también para que me permitan hacer público el *Breve Tratado* sin correr el riesgo de tener problemas con los religiosos por culpa de las ideas menos convencionales que expongo ahí. Si eso no sucede, tendré que guardar silencio; no voy a imponer mis opiniones contra la voluntad de mi país, ni correré el riesgo de atraer las hostilidades de los hombres contra mí.

—Una táctica astuta, sin duda —asintió Oldenburg, evidentemente familiarizado con las sensibilidades de las iglesias—. ¿A partir de qué experiencias ha sacado esas conclusiones potencialmente controvertidas que infiere en su obra?

—Yo no infiero —corrigió Bento—. Yo deduzco.

—¿Deduce?

El anfitrión esbozó un gesto de aburrimiento. Había un debate entre los filósofos sobre cuál era el mejor método para llegar a la verdad, inferir principios generales a partir de observaciones concretas o deducir fenómenos concretos a partir de principios generales. En otras palabras, usar experiencias y observaciones para comprender las cosas, o usar la razón pura para deducirlas. Bento defendía la segunda opción, pero su interlocutor y la institución que representaba claramente preferían la primera.

—Sabe, leí a Bacon y debo confesar que no me parece que él haya alcanzado los patrones necesarios de racionalidad. Su método sirve para determinar las formas de los fenómenos naturales, sin duda, pero no explica tales fenómenos.

—Para explicar un fenómeno primero tenemos que determinarlo —argumentó Oldenburg, en defensa de la metodología de Bacon y del Invisible College—. Además, nuestros métodos empíricos son sólidos.

—El problema es que la inferencia no es más que una interpretación —respondió Bento—. Las experiencias empíricas pueden describir el funcionamiento del universo, pero nunca nos van a decir por qué el universo existe.

—¿Cuál es la alternativa?

—Usar la razón pura y la lógica absoluta —fue su respuesta—.

Todo lo que existe puede conocerse a través del pensamiento puramente deductivo, partiendo de axiomas y definiciones evidentemente verdaderas para así, por deducción lógica, llegar al origen de las cosas. Exactamente como las matemáticas. La naturaleza no necesita nada fuera de ella para explicarla. A través de la lógica, ella se explica por sí misma.

—¿Cómo se llega a los axiomas iniciales desde los cuales hacer las deducciones?

—Por la evidencia lógica, como hacía Euclides. Dos líneas que son paralelas a una tercera son necesariamente paralelas entre sí. Dos más tres son necesariamente cinco. Es la matemática, con sus encadenamientos lógicos, lo que nos da la llave para decodificar la realidad; ya que dos más tres es igual a cinco, eso no es una conclusión sujeta a interpretación, sino una verdad autoexplicativa.

—En ese esquema, ¿dónde coloca a Dios?

Pregunta muy sensible, como bien sabía Bento.

—Solo con la razón pura Lo podemos conocer —respondió, jugando con las palabras—. La matemática, que usa la lógica absoluta, nos da la llave para desvelar el enigma de Dios. Me propongo, nada más y nada menos, responder a las preguntas más profundas que el método experimental de Bacon no permite responder. ¿Por qué existe algo en vez de nada? ¿Cómo se constituye el mundo? ¿Qué somos nosotros, los hombres, respecto a todo lo demás? ¿Somos libres? ¿Cuál es la forma correcta de vivir? Es la deducción lógica, y solo ella la que nos permitirá responder a las preguntas fundamentales. Ninguna otra explicación lo hará.

Embobado, Oldenburg estuvo un buen rato mirándolo, con la boca semiabierta y en los ojos la expresión de quien había visto algo nuevo.

—*Himmel*! —exclamó finalmente el visitante—. Usted no es un simple cartesiano. ¡Usted es aún más cartesiano que el propio Descartes! ¡Va más allá que él! Sus métodos son... ¡ultra cartesianos!

La observación provocó una leve sonrisa en Bento. El hombre del Invisible College había entendido la ambición de su proyecto, pero no lo esencial. Como buen marrano, había conseguido enmascarar sus ideas con las palabras. Su secreto permanecería oculto tras un velo. Los dos estuvieron horas conversando sobre Dios y Sus características, en particular sobre Su naturaleza infinita, y sobre otras ideas cartesianas de unión del alma con el cuerpo.

Cuando la sombra del crepúsculo anunció el final del día, Oldenburg miró por la ventana hacia los lados del canal, con una melancolía que no disimuló. Observó un *trekschuit* que se deslizaba

por el agua al ritmo del caballo que tiraba de él desde el margen. El paso de la embarcación típica de los canales neerlandeses le recordó que se hacía tarde y que, como aún tenía que viajar, no podía retrasarse. Al anochecer, las calles de los pueblos de las Provincias Unidas se quedaban desiertas, apenas recorridas por los guardas nocturnos y algún maleante ocasional, lo que hacía urgente su partida.

—Tengo que coger el barco a Leiden, me temo —dijo el alemán con la lentitud de quien se armaba de valor para hacer algo que no le apetecía—. Me separo de usted con mucha reluctancia, señor Spinoza, ya que los temas de nuestra conversación, aunque sean importantes, los hemos abordado de forma superficial. Aguardaré que concluya sus investigaciones y me las envíe a Londres en cuanto le sea posible, para que las vea y el Invisible College las publique para su gloria, utilidad del Invisible College y provecho de la ciencia en general.

—No busco gloria, señor Oldenburg, ni estoy seguro de que el mundo esté preparado para mis ideas.

—¡Oh! —se sorprendió el visitante—. Lamento saber que tiene dudas sobre la publicación de sus descubrimientos. Espero que en su debido momento cambie de idea, porque la humanidad no debería perderse su enorme talento. Algunas de las cosas que he oído esta tarde de su boca me han sonado verdaderamente revolucionarias. Sería una pena enorme que ideas tan estimulantes no se compartan con el resto de la comunidad filosófica. Aunque no sea con la intención de publicarlo, ¿estaría usted dispuesto a compartir sus investigaciones conmigo? Quién sabe si no podría ayudarle comunicando por mi parte descubrimientos importantes que también se están llevando a cabo en Inglaterra y en otros países en los que tengo contactos, y que podrán aportar nuevas perspectivas a sus trabajo.

Los dos intercambiaron direcciones y Bento, tras preparar un breve refrigerio, acompañó a Oldenburg hasta el muelle de Rijnsburg. Después, le ayudó a entrar en el *trekschuit* que le llevaría de vuelta a Leiden y regresó a casa cuando la luz del barco desapareció en el horizonte, como una bombilla que se apagaba en medio de la noche.

XXI

En la habitación hacía frío, por lo que había acercado la mesa junto a la estufa de turba para obtener más calor. Bento se colocó detrás del estudiante y miró por encima de su hombro para leer lo que en ese momento él escribía en la hoja. Al ver las palabras que nacían de la pluma del chico, soltó un chasquido impaciente con la lengua.

—¡No, Johannes, no es nada de eso! —le corrigió—. Lo que Descartes dijo no era que no podemos saber nada excepto que existimos. Al contrario, él creía que era perfectamente posible conocer la realidad... siempre y cuando adoptáramos el método correcto. Ese método es la razón.

—Pero maestro, hace poco ha dicho que Descartes metódicamente lo puso todo en duda...

—La duda metódica es un método para llegar a la verdad, no es la negación de que haya verdad —corrigió—. Dios no nos miente, como muy bien aclaró Descartes. Lo que él quería decir con esto es que podemos confiar en lo que vemos alrededor de nosotros, pero debemos tener cuidado con las inferencias y deducciones equivocadas que surgen de formas incorrectas del razonamiento. Si utilizamos la metodología correcta, entonces llegaremos a la verdad.

El alumno tachó esa parte y la reescribió según las indicaciones que acababa de recibir de su maestro. Este volvió a su lugar y se acomodó bajo la ventana de espeso vidrio emplomado por la que entraba la luz de la tarde. Regresó a la lectura de la carta que Oldenburg le había enviado desde Londres. Por lo visto, su Invisible College iba viento en popa y había recibido el beneplácito del rey Carlos II, por lo que había cambiado de nombre y ahora era la Royal Society.

Las clases particulares que Bento daba a estudiantes de la Universidad de Leiden se habían convertido en una fuente regular de rendimientos, aunque la ignorancia de algunos le exasperaba. Muchos de ellos cogían el *trekschuit* a Rijnsburg por la mañana y pasaban el día en las clases, volviendo a Leiden al final de la tarde. Sobre todo venían a aprender de Descartes, ya que Bento había conquistado la reputación de ser un pensador versado en temas cartesianos, aunque en secreto ya estaba cansado de tanta obsesión de los liberales con el filósofo francés. Descartes había sido un genio, sin lugar a duda, pero ¿cómo era posible que dichos cartesianos no descubrieran los errores que a él le parecían tan evidentes?

Aunque eran obvios, no se atrevía a exponer tales errores a aquel

alumno. Johannes Casearius había llegado más lejos que los demás estudiantes. En vez de ir y venir a Rijsburg todos los días, había decidido alquilar una habitación en la misma casa en la que Bento estaba instalado para evitar perder aquel precioso tiempo en los desplazamientos. Podía no ser el más inteligente de sus alumnos, pero no cabía duda de que era listo. Como Casearius era estudiante de teología, las clases eran sobre los *Principia Philosophiae* de Descartes, ya que esta obra empezaba abordando las pruebas de la existencia de Dios. Aun así, Bento aprovechó para que conociera también la segunda parte del libro, sobre los principios generales de la física; y la tercera, sobre física celeste.

—Maestro, he acabado.

Levantó los ojos de la carta de Oldenburg y vio que el estudiante le tendía el texto que acababa de escribir. En ese momento sonaron las campanas de la iglesia de Rijnsburg para anunciar que eran las cinco de la tarde. El final de las clases. Bento dejó la carta en la mesa, cogió los papeles y empezó a leerlos mientras su alumno concluía la jornada de trabajo, se levantaba y salía de la habitación. Algunas de las cosas que leyó le irritaron, estaba claro que Casearius no había entendido todo lo que Descartes había escrito y él mismo le había explicado, por lo que anotó las respectivas correcciones en los márgenes.

Escuchó la puerta de la habitación que se abría, pero mantuvo los ojos fijos en el texto.

—Esto está lleno de disparates, Johannes —le reprendió—. Mira lo que has escrito en este...

—¡Maestro, no he sido yo!

Al reconocer la voz, Bento miró al recién llegado con sorpresa; no era Casearius quien había vuelto a la habitación sino De Vries, que había venido a visitarle.

—¡Simon! —exclamó poniéndose de pie—. ¿Qué... qué haces aquí?

Su amigo lo abrazó y dejó una bolsa de viaje en el suelo. Se sentó a su lado.

—Estoy de paso de Ámsterdam a Leiden —explicó—. La carrera de anatomía es dura y no paro quieto. Puf, un cansancio...

—Trabajar da trabajo.

—Lo que me salva, maestro, son las reuniones con los *collegianten* en las que analizamos sus textos y cartas. Desde que salió de Ámsterdam, ya no nos reunimos con la misma regularidad, lo que pone en evidencia la falta que nos hace usted, maestro, pero siempre que envía algo, vamos corriendo a reunirnos para leerlo. ¡Ah, ni se imagina el revuelo que han provocado algunas de sus líneas!

—Ahora bien... ¿y por qué?

—Maestro, tiene aquí un alumno viviendo con usted, ¿no? ¡Qué afortunado, sí, qué afortunado es ese Casuarius que comparte con usted el mismo techo, que puede conversar con usted de temas más profundos mientras desayuna, mientras cena, durante los paseos; mientras nosotros, pobres miserables, estamos abandonados en la lejana Ámsterdam, leyendo sus cartas e intentando entender en sus líneas sabias el verdadero sentido de los pensamientos que usted, maestro, en sus horas de reflexión se digna a compartir con sus abandonados amigos!

Bento se rio. De Vries se había referido a Casearius como Casuarius, lo que mostraba un gran sentido de humor, ya que en latín *casuarius* significaba «individuo despreciable».

—Mi querido Simon, no hay razón para que estés celoso de Casearius. —Bajó la voz—. A decir verdad, nadie me deja más inquieto ni me exige más cuidado que él. Tengo que estar siempre en guardia, ni te haces una idea. Es demasiado joven e inestable. Se excita más con las novedades que con la verdad, lo que naturalmente me obliga a reservarme todo el tiempo mis opiniones.

—*Caute*, ¿eh?

—Siempre *caute* —confirmó Bento, reafirmando su lema—. Espero que dentro de unos años el chico corrija esos excesos de juventud.

Se agachó hacia su bolsa de viaje y De Vries sacó de su interior un paquete de hojas que el anfitrión reconoció al instante. Se trataba de un largo texto que Bento había enviado a sus amigos *collegianten* de Ámsterdam con el contenido de algunas de las clases que en esos momentos daba a Casearius.

—Maestro, tengo que confesarle que sus lecciones sobre Descartes nos han dejado un poco intrigados —reveló el recién llegado—. Me temo que, o mucho nos equivocamos, o ha hecho aquí demostraciones de las ideas de Descartes usando métodos que Descartes nunca usó...

Bento sonrió.

—¿Se han fijado en eso?

—¿Cómo se nos iba a escapar?

—Lo que hice fue seguir una sugerencia de Meyer y usar el espíritu geométrico de Euclides para demostrar las ideas de Descartes, reorganizándolas y reordenándolas.

—Maestro, ha hecho mucho más que eso —atajó De Vries localizando un fragmento—. Mire la forma como ha presentado el famoso *cogito ergo sum* cartesiano. Mientras Descartes expuso ese enunciado como una verdad intuitiva, *si pienso es porque*

indudablemente existo, usted, maestro, ha hecho una demostración silogística que nunca se le ocurrió a Descartes, empezando con una proposición: solo puedo conocer mi existencia a través de mí mismo, demostrando que la negación de la proposición sería absurda, por lo que ella es necesariamente verdadera. Es... es brillante. Nos hemos pasado horas discutiendo esta demostración.

—Bueno, es cierto que al escribir ese texto mi idea no era simplemente exponer las ideas de Descartes, sino resolver problemas que Descartes no resolvió bien. Al leer las lecciones con cuidado, podrán constatar que muchas cosas que están ahí las dijo explícitamente Descartes, pero también pueden deducirse a partir de las anotaciones que él dejó.

El recién llegado siguió hojeando el texto, pero esta vez de forma distraída, como si buscara palabras, no en aquellas páginas, sino en su propia mente.

—Hay aquí otra cosa que nos llamó la atención —dijo despacio, sopesando las palabras—. Se trata de una impresión que... no sé cómo hacerle esta pregunta, una impresión de que... en fin, que...

—¿De qué? Simon, dilo.

De Vries se llenó el pecho de aire para darse ánimos. A fin de cuentas, Descartes era un dios para los filósofos liberales que creían en el uso de la razón para llegar a la verdad.

—De que... no está de acuerdo con Descartes.

Lo dijo del tirón, como si hubiera hecho una declaración explosiva, expulsando todo el aire nada más decirlo. Al momento, miró a Bento con preocupación repentina, como si temiera haber ido demasiado lejos. Por eso se sorprendió tanto al escuchar la carcajada.

—¿Es tan obvio?

De Vries se sintió aliviado.

—Bueno... se entiende entre líneas que usted, maestro, no está de acuerdo con algunas cosas. —Identificó unos fragmentos en las hojas que tenía entre manos—. Por ejemplo, aquí escribe: «Pienso que Descartes era demasiado inteligente para decir eso».

—El problema de Descartes es que él instituyó un método racional para comprender la realidad, pero no lo llevó hasta sus últimas consecuencias —explicó Bento—. Es el caso de la mente, a la que los religiosos llaman alma. Descartes estableció la existencia de dos sustancias distintas: por un lado, el pensamiento; por otro, la materia.

—La famosa dualidad cuerpo-alma. ¿Y bien?

—El primer problema es que Descartes dijo que el pensamiento tiene naturaleza divina y la materia no, lo que significa que el alma

tiene una esencia divina y el cuerpo no, porque es material —recordó—. Lo que pasa es que en la naturaleza solo existe una sustancia, Dios. Por Dios entiendo un Ser absolutamente infinito. Ahora bien, una sustancia absolutamente infinita es indivisible. Al cuerpo lo llamamos finito porque podemos concebir otro que es diferente, lo que no es posible en el caso de Dios. La cuestión es esta: si Dios es infinito y el infinito es indivisible, entonces forzosamente Dios incluye a la materia. En caso contrario, Dios sería finito, ya que la materia se separaría de Él y estaría más allá de Él. Decir que Dios es infinito pero no incluir a la materia en Él, es como decir que Dios está en todas partes pero después hacer de Él un mero espectador de una obra de teatro. Si Dios es infinito, Dios es todo. Él no es un simple espectador. ¡Él es la mismísima obra de teatro! Todo significa *todo*. Infinito significa *infinito*. Si Dios es todo, entonces es completamente *todo*. Pensamiento y materia. Todo.

El encadenamiento de proposiciones lógicas dejó a De Vries pensativo.

—Dios es todo, ¿incluyendo la materia? —se preguntó—. Maestro, eso es nuevo.

—El segundo problema es la división que Descartes hizo entre el alma humana, según él conectada a Dios, y el cuerpo humano, según él fuera de Dios —añadió Bento—. Si Dios es todo, entonces el ser humano forma parte de Dios. Es decir, Dios no es solo la causa de la existencia del cuerpo humano; es su esencia. No solo nuestra alma es divina, nuestro cuerpo también lo es. Es más, basta constatar lo obvio. El hombre está compuesto de mente y cuerpo, pero la mente humana está unida al cuerpo. Si observamos bien, vamos a constatar que cuanto más sano está el cuerpo, mayor se revela la capacidad de pensar de la mente. Y es más, la mente no imagina nada ni se acuerda de nada del pasado si el cuerpo no existe. ¿Qué nos dicen estas constataciones simples? Nos dicen que la mente y el cuerpo no son cosas diferentes. Son lo mismo.

Aquello era otra novedad.

—¿Lo mismo?

—¿No resulta evidente? La mente y el cuerpo son uno y lo mismo, la primera se expresa bajo el atributo de pensamiento y la otra bajo el atributo de materia. El cuerpo es esencial para el desarrollo de la mente, la mente es esencial para el desarrollo del cuerpo. El cuerpo no se mueve ni siente nada sin la mente, la mente no piensa ni imagina nada sin el cuerpo. Pensamos a partir del cuerpo, actuamos a partir de la mente. No pueden ser opuestos ni separados. Descartes estaba equivocado, no hay dualidad. Más que un conjunto, cuerpo y mente

son lo mismo bajo atributos diferentes. Lo mismo.

—Entonces, ¿qué pasa con lo que Descartes describe en *Passiones Animae*? ¿Todo es falso?

Se trataba de una referencia a las *Pasiones del alma*, el libro en el que Descartes había expuesto su teoría sobre cómo se procesaba la interacción entre cuerpo y alma.

—Descartes afirmó que la mente o alma se encuentran en una determinada parte del cerebro llamada glándula pineal y que es ahí desde donde se ejerce la voluntad —respondió Bento, recordando el punto clave de esa teoría—. No deja de sorprenderme ver que un filósofo que decidió tan solo hacer deducciones a partir de principios evidentes y que solo afirmaba lo que él veía clara y distintamente, que acusaba a otros de usar cualidades oscuras para explicar materias oscuras, haya propuesto una hipótesis todavía más oscura que cualquier otra cualidad oculta. ¿Qué es eso de la unión de la mente con el cuerpo? Él concibió la mente tan distinta del cuerpo que no fue capaz de establecer un vínculo casual para esa unión y acabó viéndose obligado a recurrir a la causa de todo el universo, es decir, a Dios.

Las consecuencias de todo esto eran enormes, como De Vries y cualquier otra persona de su época tan bien sabían.

—Entonces, si el alma y el cuerpo son lo mismo con atributos diferentes, eso quiere decir que... que cuando el cuerpo muere, ¡el alma también muere! Es decir, ¡no hay inmortalidad!

La cuestión era tremendamente sensible. La inmortalidad del alma no era solo un dogma de la religión judía, también lo era en la religión cristiana. Negar que el alma estaba separada del cuerpo equivalía a afirmar que el alma moría con el cuerpo. Es decir, el alma no era inmortal. Eso contradecía directamente las creencias más sagradas de los cristianos. Ahora bien, si poner en tela de juicio dogmas judíos le había costado un *herem*, hacer lo mismo con los dogmas cristianos sería mucho más peligroso. Que lo dijeran Galileo y Giordano Bruno.

La cuestión exigía, por tanto, la mayor prudencia, incluso delante de alguien que le era tan devoto, ya que nunca se sabía si accidentalmente podría cometer alguna confidencia desafortunada delante de alguien.

Caute.

—Aunque no recordemos nuestra existencia antes del cuerpo, sentimos que nuestra mente, en la medida en que engloba la esencia del cuerpo de forma eterna, es eterna —dijo Bento, jugando con las palabras—. En ese sentido, la mente humana no queda absolutamente destruida por el cuerpo, algo de ella permanece que es eterno.

De Vries parecía confundido.

—Eh… no lo he entendido.

—Dios es todo y es eterno —proclamó, estableciendo un principio general—. Si el hombre forma parte de Dios, porque Él es todo, entonces hay ciertamente una parte del hombre que es eterna, ya que Él es eterno. Simple deducción lógica.

Esta vez, su amigo entendió la deducción hecha a partir del principio general.

—Maestro, ¿es consciente de que está diciendo cosas muy diferentes de las que dijeron Descartes y otros filósofos? —preguntó con fervor súbito—. ¿Nunca ha pensado divulgar sus ideas en un libro? ¡Dios mío, sería una… revolución!

La palabra asustó a Bento.

—¡¿Revolución?! Ni lo sueñe. ¡Odio la polémica!

—Pero maestro, está yendo a lugares a los que ni Descartes fue capaz de ir. Es imperativo que escriba un libro revelando todo esto.

—Bueno, bueno, el mundo no está preparado para oírme.

—Eso era lo que se creía de las ideas de Descartes cuando él las publicó. El mundo no estaba preparado para él, pero el simple hecho de publicarlas cambió el mundo. —Señaló con convicción hacia su interlocutor, como si lo responsabilizara—. Maestro, usted también va a cambiar el mundo. Pero para eso, lo tiene que publicar. Sus ideas son demasiado innovadoras como para no divulgarlas. El mundo necesita escucharlas. Cuando las oiga, cambiará.

Bento pensó que su amigo tenía razón en parte. Por un lado, era verdad que registrar por escrito sus ideas traía riesgos evidentes. Los *predikanten* se le echarían encima. La prueba era que había tenido que huir de Ámsterdam. Por otro lado, el gobierno liberal de Johan de Witt le garantizaba una cierta protección. La prueba era que, a pesar de su exilio, nadie le había perseguido. Los calvinistas podían hacer todo el ruido que quisieran, pero al fin y al cabo era solo eso, ruido. No estaba en Italia, él no era Giordano Bruno ni Galileo, la Inquisición allí no mandaba, ya no vivía en la edad de las tinieblas. Vivía en la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos, él se llamaba Bento Spinoza, quien gobernaba era Johan de Witt, el liberalismo florecía y la ciencia también. Además, no había duda de que el mundo solo cambiaría si aparecían ideas que lo hicieran cambiar.

El orgullo, pecado heredado de sus orígenes portugueses que tantas veces le había cegado ante la cautela más elemental, acabó imponiéndose.

—¿Por qué no? — asintió—. Escribiré un libro en el que voy a

exponer todo lo que he descubierto sobre la naturaleza más profunda de la realidad. Y, a través de él, intentaré inculcar en las personas el método que las ilumine. Meyer me sugirió que usara el sistema euclidiano de exposición geométrica, con axiomas, definiciones, postulados, proposiciones, teoremas y demostraciones, y me parece que realmente eso es una buena idea. Le daré un título del estilo de la *Principia Philosophiae* de Descartes. Por ejemplo... eh... a ver... *Philosophia*. —El rostro se le iluminó—. Eso. *Philosophia*. La mía, claro.

Con una sonrisa contagiosa, De Vries soltó las hojas que sujetaba en las manos y abrió los brazos para echársele encima.

—¡Ah, maestro! —lo abrazó—. ¡No se imagina lo feliz que me hace! —Se apartó de repente, ansioso—. ¿Cree que... que nos puede ir dando algunas páginas según vaya escribiendo? Ni se imagina lo que eso significaría para mí y para nuestros amigos de Ámsterdam.

—Voy a escribir en latín y, según vaya avanzando, le enviaré fragmentos a Balling para que lo traduzca al neerlandés, estese tranquilo. Él os hará llegar esa traducción y podrán discutir lo que escribo.

El neerlandés se agachó y recogió las hojas con las lecciones de Bento sobre Descartes que había dejado caer en el suelo.

—Se me ha olvidado decirle algo —indicó mientras colocaba las páginas en un mazo—. Después de leer y analizar sus lecciones, somos de la opinión de que... en fin, lo ve, ¿no?

—¿Veo el qué?

Le enseñó las hojas.

—Publíquelas también.

La mirada sorprendida de Bento se posó en los papeles donde había registrado las clases que daba a Caseraius.

—¿Publicar esto? ¡Son apenas anotaciones para las clases! ¿A quién iba a interesarle algo así?

—Esto son lecciones sobre Descartes usando argumentos diferentes de Descartes y haciendo demostraciones que Descartes nunca hizo, recurriendo para ello al método geométrico de Euclides. Si publicara estas lecciones, maestro, sería considerado como uno de los mayores especialistas del país en pensamiento cartesiano.

—¡Qué disparate! ¿Quién iba a querer publicar algo así?

Llegó el momento de que De Vries jugara su baza.

—Rieuwertsz.

—¿Rieuwertsz? ¿Pretendes convencer al pobre a imprimir mis lecciones? No creo que él...

—Ya lo hemos hablado los dos, maestro. La idea fue de Meyer y Rieuwertsz está de acuerdo.

Lodewijk Meyer era el colega que había conocido años antes en la escuela de Van den Enden y que en la obra *Eunuchus* había interpretado al soldado Trasón. Le había presentado a varios estudiantes de su grupo de *collegianten* y se encontraba con él a menudo en Leiden, a cuya universidad iba Meyer para estudiar filosofía y medicina.

—Ya, pero no tengo dinero para pagar la publicación del libro.

—Jarig se ha ofrecido para pagarlo.

Bento se frotó la barbilla.

—¿De verdad quieren publicar mis lecciones? —se sorprendió—. Pero si las he escrito en apenas quince días...

—¿Eso qué importa? Todos las hemos leído y nos han entusiasmado. Rieuwertsz me ha pedido que le diga que se ofenderá si elige otra librería. Jarig paga, Meyer edita y Rieuwertsz publica. Ya lo hemos decidido entre nosotros. Solo falta su acuerdo.

La idea de publicar siempre estuvo en la mente de Bento, pero no las lecciones sobre Descartes. Aun así, en aquel momento le parecía evidente. Jarig era su primer amigo *collegianten*, tenía dinero y siempre había estado dedicado a la causa. Meyer, por su parte, era un entusiasta del método geométrico, por lo que su interés en la publicación de la obra le parecía natural. Rieuwertsz andaba siempre a la caza de libros polémicos para editarlos en su sello editorial Het Martelaarsboek, así que también tenía sentido. ¿Qué autor había más polémico en todo el mundo que René Descartes?

La lectura de las obras del filósofo francés estaba prohibida en casi toda Europa. Incluso allí, en la liberal república neerlandesa, las universidades lo habían denunciado e intimidado a los profesores para que ignoraran sus enseñanzas heréticas. Pero el hecho de que muchos hubieran pasado por alto la prohibición mostraba que, lejos de frenar el interés por las ideas cartesianas, la campaña de denuncia parecía fomentarlo.

—¿Ustedes no consideran mi texto... eh... peligroso?

—¿Peligroso, maestro? —se sorprendió su amigo—. ¡De ninguna manera! Meyer fue muy cuidadoso en la lectura y no ha visto ningún problema.

Bento siguió acariciándose la barbilla, todavía dudaba.

—Para aceptar publicar esas lecciones, Rieuwertwz tiene que conseguir que alguien, quizá el propio Meyer, con mi participación, está claro, le dé un estilo más elegante y añada un corto prefacio en el que alerte a los lectores que yo no reconozco todo lo que está ahí escrito como mis propias opiniones, ya que he escrito algunas cosas que son en realidad completamente opuestas a lo que pienso como es,

precisamente, la dualidad cuerpo-alma.

—Maestro, estoy seguro de que para Rieuwertwz eso no va a ser ningún problema.

Dudó una última vez. ¿Valdría realmente la pena publicarlo? Solo le iba a traer inconvenientes. Descartes era objeto de total polémica entre calvinistas y conservadores, esto le incomodaba. No quería polémicas. *Caute*. No obstante, si Meyer había leído las lecciones y no veía ningún problema, como tampoco sus amigos *collegianten*, todos ellos cristianos, y si quien gobernaba el país era Johan de Witt, un liberal que protegía la libertad, ¿qué tenía que perder?

—Deme eso.

Cogió las hojas que De Vries había traído de Ámsterdam y las colocó encima de la mesa. Mojó la punta de la pluma, la posó sobre el título *Lessons* y lo tachó. A continuación escribió el nuevo título, más largo: *Renati Descartes principia philosophiae, more geometrico demonstrate*. Se echó hacia atrás un palmo y lo contempló. Le gustaba. Sería su primer libro. Una vez más, su orgullo se impuso a la cautela.

En ese instante la puerta de su habitación se abrió con un gran estruendo y vieron al dueño de la casa que entraba de golpe, con el rostro rojo y la mirada trastornada.

—¡La peste! ¡La peste!

Por la forma como hablaba, parecía que traía consigo el fin del mundo.

XXII

Después de atravesar la densa neblina y soportar los fuertes vientos laterales y las olas bruscas que hacían balancear el *trekschuit* con inusitada violencia, el caballo paró en el margen. La embarcación se balanceaba en el agua, a trompicones, hasta que chocó contra el muelle desierto y se paró. Llovía. Había casas alineadas a lo largo de las dos orillas, parecían proas de navíos de piedra que emergían entre la bruma. En la plataforma, un cartel anunciaba el nombre de la ciudad, Voorburg.

Tres sombras se recortaron en la niebla cerrada, como fantasmas de ceniza que se deslizaban por el muelle. Rápidamente, los espectros adquirieron densidad y se hicieron hombres; delante, caminaba Simon de Vries, sus cabellos rubios volaban al viento húmedo, salpicado por gotas; detrás venían dos *boeren*. Cuando llegaron junto al *trekschuit*, De Vries se paró y los dos hombres rudos y corpulentos saltaron hacia el interior. Bento, que los esperaba dentro del *trekschuit*, señaló hacia la popa, donde se aglomeraban los equipajes de los viajeros.

—Estas tres cajas contienen libros, aquellas de allí ropa y en las dos grandes, en una va mi torno de pulir y el material óptico. En la mayor de todas va una cama desmontada —indicó, señalando los equipajes—. Cuidado con esa, que no se caiga. Es la cama de mi madre.

Mientras los *boeren* cogían las cajas y las sacaban del *trekschuit*, el viajero saltó al muelle, pisó tierra firme y a continuación abrazó a su amigo neerlandés.

—¡Ah, maestro! —saludó De Vries—. ¡Qué alivio saber que finalmente ha salido de Rijnsburg! ¡Uf, ya era hora! La peste en Ámsterdam es terrible, terrible. ¡Ni se imagina! Me aterrorizaba que llegara a Rijnsburg y usted aún estuviera allí, maestro. Aquí en Voorburg estará mejor, ya verá.

Bento puso una mano encima del hombro de su amigo.

—Jarig me envió una carta para contarme lo que le sucedió a tu madre. Lo lamento mucho. —Las palabras de consuelo conmovieron a De Vries.

—No ha sido solo mamá. También mi hermano Frans y su mujer, todos con bubónica y... ya han partido.

—¡Ah, qué horror! Mi pobre amigo.

El joven neerlandés forzó la sonrisa.

—Dejémonos de tristezas y vamos a concentrarnos en la vida —dijo con una jovialidad consternadora—. Maestro, ahora que usted ha

dejado Rijnsburg y se va a quedar a vivir aquí, en Voorburg, le será más fácil ir al médico para tratar esa tos tan persistente. No se olvide de que La Haya está a dos pasos de aquí.

Los *boeren* cargaban con las cajas, habían apilado unas encima de las otras, por lo que el grupo abandonó el *cais* de Voorburg y se dirigió a una calesa que De Vries había alquilado. Cuando todo el equipaje estuvo depositado en la carga, arrancaron y recorrieron las calles cenagosas en dirección al centro. El recién llegado ya había pasado por allí en sus desplazamientos en *trekschuit*, pero era la primera vez que circulaba por aquella gran localidad rural a las puertas de La Haya, la capital en la que se encontraba el gran pensionario, Johan de Witt; en realidad, estaba tan cerca que incluso podría ir a pie, si sus pulmones se lo permitieran.

No se veía ni un alma en ningún lado, incluso se podía decir que Voorburg estaba abandonada.

—¿La peste ya ha llegado aquí?

—El miedo, maestro. Las noticias de Ámsterdam y de Rotterdam son aterradoras y, aunque aquí no ha habido ningún caso, las personas se han encerrado en sus casas.

Durante las últimas semanas que Bento había vivido en Rijnsburg, tampoco había visto a nadie por las calles, pero eso era porque allí sí habían surgido varios casos. Aquí, a pesar de no haber identificado ninguna incidencia, por lo visto las personas reaccionaban de la misma manera. El miedo era palpable y el mismo tema ocupaba todas las conversaciones.

—¿Ya se sabe cómo ha llegado la peste?

—Maestro, hay muchas teorías. Unos dicen que llegó de Italia, otros que fue la armada turca la que la trajo de Levante, otros que empezó en Chipre... En fin, existen teorías para todos los gustos. Lo único que sabemos es que el primer caso apareció en Heusden y, a partir de ahí, se instaló el caos en Ámsterdam y en Rotterdam.

—¿Es cierto que hay problemas con Inglaterra?

—Desgraciadamente, maestro. Aunque hacía poco tiempo habíamos firmado un tratado con los ingleses, esos necios están interceptando nuestros navíos, usan la peste como pretexto. Aunque, en realidad, es una artimaña para sabotearnos. No sé, pero creo que el día menos pensado habrá problemas con ellos, y de los gordos...

Pasaron por delante de una carnicería. El carnicero estaba en la puerta de brazos cruzados, como un centinela contrariado, evidentemente aguardaba la llegada de algún cliente.

—Buenas tardes —saludó De Vries desde la calesa, quitándose el sombrero de forma cortés—. ¿No tiene miedo de la peste?

El carnicero negó con la cabeza.

—De lo que tengo miedo es de perder el negocio —dijo con acidez—. ¿Ha visto cómo están las cosas? Anda todo el mundo loco. ¡Por culpa de una gripe de nada nos arruinan la economía! ¡Quién paga somos nosotros! ¡Ah, una miseria!

Durante algunos segundos, los ojos oscuros de Bento se mantuvieron fijos en el carnicero, que se iba quedando atrás a medida que la calesa avanzaba. También en Rijnsburg había comerciantes que no cerraron sus puertas, pero la resistencia acabó cuando la peste entró en casa de uno de ellos y, de una familia de seis, apenas una hija y la mujer sobrevivieron. ¡Cuatro muertos de seis personas en solo una semana o diez días! A partir de ese instante, los más recalcitrantes tuvieron que rendirse a la evidencia y todo cerró en aquella localidad.

—¿La casa queda lejos?

Su amigo señaló hacia uno de los edificios que había delante, entre el canal y una iglesia con una torre alta en espiral. La plaza del mercado y el muelle de los barcos quedaban cerca.

—Es aquella —identificó De Vries—. Está en el centro de la localidad, con fácil acceso al mercado. Si la peste llega hasta aquí, para el maestro será fácil abastecerse sin correr riesgos.

—También tengo la iglesia para rezar —bromeó Bento—. Y en último recurso, el muelle para huir.

El viaje no había durado ni cinco minutos. La calesa se paró delante de la casa, situada al lado de un cartel que indicaba el nombre de la calle: Kerkstraat, la calle de la Iglesia. De Vries se apeó y fue a llamar al propietario, mientras Bento se quedaba para ayudar a los hombres a descargar el equipaje.

De Vries volvió momentos después, acompañado de una pareja. Se trataba de un hombre de unos veinte años, alto y de buena constitución, acompañado de una mujer un poco más joven, también grande, de pelo rubio y rizado.

—Este es Daniel Tydeman, maestro pintor aquí en Voorburg —le presentó. Señaló a la mujer—. Esta es su esposa, Margarita. Maestro, son personas de confianza, puede estar tranquilo. Ambos *collegianten* como nosotros.

A pesar de ello, la pareja no parecía muy conversadora. Los recién llegados no se lo tuvieron en cuenta, intuían que podían estar incómodos por causa de la peste. ¿Quién no se sentía inquieto aquellos días con lo que estaba sucediendo en el país? ¿Quién no temía la llegada de forasteros?

Entraron en la casa. Era pequeña y la habitación de Bento iba en proporción al tamaño del edificio. Con la ayuda de los *boeren*

montaron el *ledikant* de su madre; la colocación de las cortinas rojas era lo más sensible y Bento prefirió encargarse él mismo de ello. Colgó las ropas en el armario, incluyendo la túnica acuchillada a la salida del Teatro Municipal, que había guardado como recuerdo del *caute*, y los libros que había comprado en las librerías de Ámsterdam, colocados en sus respectivas baldas. Cuando todo estuvo listo, un pequeño paquete se materializó en las manos de De Vries.

—Le he traído un regalo de Ámsterdam.

Por el formato del envoltorio, Bento sospechó de lo que se trataba. Arrancó la hoja que lo envolvía y el libro quedó a la vista. Sintió una fuerte emoción. El título en la parte superior anunciaba, *Renati Descartes principia philosophiae, more geometrico demonstrate* y, en medio de la portada estaba el nombre del autor: *Benedictum de Spinoza*.

Estuvo un buen rato contemplándolo como un padre enamorado de su hijo recién nacido. Su libro. Pasara lo que pasara, lo había publicado. El acontecimiento se había producido y ya no había vuelta atrás. No es que la fama le interesara especialmente, pero de algún modo había alcanzado la inmortalidad. Cuando lo pensó, se dio cuenta de la ironía: ¿no había sido él quien había escandalizado a medio mundo al decir que la inmortalidad no era más que una ilusión?

Para ser fieles a la verdad, no se había confundido del todo, ya que también había dicho que de alguna forma el alma era inmortal y persistía en Dios, incluso después de la muerte del cuerpo. Allí, en ese libro, estaba la prueba. Su carne podría perecer, pudrirse y ser devorada por los gusanos y en ese sentido, de hecho, era mortal; pero las ideas... ¡ah, las ideas sobrevivían! Él no viviría en la carne, pero viviría en las páginas de aquel libro y quién sabe si, siglos más tarde, alguien lo leería y de alguna manera él resucitaría mientras durara la lectura. Su voz estaría en el libro y, a través de él, hablaría a pesar de estar muerto. ¿Al final, no era eso una cierta forma de inmortalidad?

—Eh... ¿señor De Spinoza?

Levantó los ojos del libro y miró a la persona que le acababa de hablar, se trataba del propietario de la casa. Tenía el mismo semblante constreñido con el que los había recibido hacía media hora. Presumió el origen de aquella incomodidad, por lo que Bento sacó un puñado de florines de su bolsillo.

—Tiene razón, señor Tydeman. Aquí está el pago.

Acto seguido, De Vries se interpuso entre ambos.

—De ninguna manera, maestro. Quien paga soy yo.

—No, Simon. De esto me encargo yo.

Su amigo neerlandés lo miró.

—Maestro, mi familia es rica, como bien sabe. Concédame por favor, el placer de ayudarle en estas cosas mundanas. Usted ha nacido para las grandes ideas, no para gastar su energía en asuntos menores, como el dinero.

—Se lo agradezco, Simon, pero quien paga el alojamiento soy yo, como es evidente.

De Vries insistió y extrajo del interior de su abrigo una bolsa repleta de monedas.

—Maestro, si no me deja que pague, permítame al menos darle dos mil florines —dijo—. Es para ayudarle a que tenga una vida más cómoda.

—Ni lo sueñe, Simon —rechazó Bento—. No necesito nada y no puedo aceptar algo así. Además, si me viera con tanto dinero en el bolsillo, inevitablemente me iba a distraer de mis estudios y deberes. Y no es eso lo que quiere, ¿cierto?

Cuando acabaron aquella pequeña disputa, Bento contó diez florines y se los extendió al dueño de la casa. Pero Tydeman no hizo ningún gesto para recibirlos. En realidad, permanecía allí con el mismo semblante constreñido desde el principio.

—Yo... bueno... no le estoy pidiendo ningún pago. Antes de que ustedes llegaran, un amigo *collegiant* que vino esta mañana de Ámsterdam apareció en casa con una noticia que... no sé muy bien cómo decirlo, una noticia que... eh... me ha pedido que se la comunique.

Al escuchar todas aquellas vacilaciones, Bento sintió un mal augurio. Los recién llegados se inquietaron.

—¿Qué sucede, señor Tydeman? —quiso saber De Vries—. ¿Qué noticia es ésa?

—Es el señor Balling. Hay... peste en su casa.

—¡¿Qué?!

Ambos se miraron conmocionados, la bubónica se extendía tanto que ya había alcanzado a su grupo de amigos.

XXIII

El ambiente en las calles de Ámsterdam era irreconocible. Los muelles estaban vacíos y el estado de abandono de la ciudad era tal, que incluso la hierba crecía en las calles. No se oían ruidos normales, como el relinchar de los caballos o el traqueteo de sus cascos por la calzada, el sonido de las carrozas, los vendedores llamando a los clientes, el murmullo habitual en una urbe vibrante. Nada de eso. Apenas el gorjear de los pájaros y el borboteo del agua que corría por los canales. Un silencio poco natural se había posado sobre Ámsterdam.

Había muy pocas personas en Dam, la plaza central. En una casita de madera frente al edificio del ayuntamiento encontraron un cartel en el que se anunciaban «896 muertos»; se trataba de la contabilidad de las víctimas de la semana en la ciudad. Por las vías públicas desiertas se veían, aquí y allá, a los ricos a caballo o en carrozas repletas de bolsas y cajas, familias y criados abandonaban la ciudad dejando atrás sus casas para irse al campo en busca de refugio. Quien no tenía medios para seguir el ejemplo, se encerraba en su casa y observaba desde la ventana a los pocos que pasaban; eran rostros duros, ensimismados, asombrados por el miedo. Entre los pobres había familias enteras que vivían en la misma habitación, por lo que era allí donde la peste arreciaba.

Aprehensivos, los tres hombres aceleraron el paso. Cuanto más deprisa llegaran a su destino, mejor, pensó Bento palpando en el bolsillo de su abrigo el certificado sanitario que le habían emitido en Voorburg y que le permitía circular en caso de que fuera interceptado por las fuerzas del orden. Al igual que los escasos transeúntes con que se cruzaban, los tres caminaban con pañuelos que les tapaban la boca y la nariz. Circulaban con cuidado en medio de la calle; se trataba de una forma de evitar los miasmas, como se conocía al aire de los enfermos que, según se decía, venían de algunas de las viviendas cercanas y contaminaban el espacio público. Algunas casas tenían cintas de paja colgadas de las ventanas y las puertas custodiadas por un vigilante nombrado por los burgomaestres, cuya función era impedir que alguien entrara allí. Los tres se cruzaron puntualmente con barriles de alquitrán ardiendo, los habían colocado allí por orden de los burgomaestres para ahuyentar a los tan temidos miasmas.

En las manzanas de los burgueses más adinerados se encontraron filas de casas con ventanas cerradas a cal y canto, evidentemente habían sido abandonadas por sus propietarios, todos ellos refugiados

en sus propiedades del campo y en otras residencias en los canales. Alguna puerta sí había derribada, sin duda por los saqueadores. Cuando veían una cinta de paja colgada de una ventana aquí y allá, apresuraban el paso. En una puerta se encontraron un letrero que anunciaba, «se vende médico»; seguramente era la casa de un clínico que había abandonado a sus pacientes y huido, provocando la ira de sus vecinos.

—Desde hace dos semanas el pánico es total —contó Koerbagh, rompiendo así el silencio mientras recorrían las calles—. Había multitudes que se atropellaban para salir de la ciudad. Ahora todavía se ve a algunas personas que salen, como esta familia con la que nos hemos cruzado hace unos instantes, pero es menos habitual. En Ámsterdam solo quedan los que no tienen dónde huir.

—Es la única defensa contra la peste —lamentó De Vries—. Huir de ella. En caso contrario, la muerte llamará a nuestra puerta. No entiendo por qué Balling se ha quedado aquí.

La presencia de Bento en Ámsterdam en compañía de De Vries y Koerbagh era resultado de la reactivación de las reuniones intelectuales de su grupo de amigos, algo que sucedía desde que se había ido a vivir a Voorburg. Después de que las tertulias de sus amigos *collegianten* casi cesaran tras la marcha de Bento de Ámsterdam, el grupo se había reorganizado para formar lo que De Vries había designado como un colegio. El colegio spinozista estudiaba y discutía sobre todo los textos del filósofo, porque sus miembros eran los primeros lectores de sus manuscritos. También leían, claro está, a otros autores que estaban a favor de la razón. Además de Bento y De Vries, en ese colegio estaban Jarig, Balling, Koerbagh y Meyer. Por causa de este colegio estaban aquel día los tres en Ámsterdam.

—¿Maestro, no tiene familia aquí, en la ciudad? —recordó De Vries—. ¿No sería mejor ir a ver si están bien?

—Mi hermano Gabriel acaba de partir hacia las Indias Occidentales —reveló Bento—. Él mismo informó a Jarig de que se iba a Barbados, donde vive una comunidad portuguesa. Parece que mi hermana Rebecca también tiene planes de irse allí.

—¿Los ingleses se lo permiten?

Se trataba de una referencia a la ley inglesa, que solo permitía la entrada en sus colonias a navíos con la bandera de Inglaterra.

—Los miembros de la comunidad portuguesa que van hacia allí se están aprovechando de una laguna en la ley inglesa —explicó—. En vez de decir que son neerlandeses, lo que les impediría la entrada, usan la declaración del emperador Caracalla que concedió derechos de

ciudadanía a los judíos en el Imperio romano.

El llanto de una mujer y de un niño en la ventana de un primer piso a su derecha les llamó la atención; o ambos estaban infectados o algún miembro infectado de su familia estaría muriendo. Verlos en aquel estado era descorazonador, pero no podían hacer nada. Siguieron su camino con la idea de permanecer en la ciudad el menor tiempo posible. Vieron a un hombre en la calle que se encaminaba hacia ellos.

—¡Cuidado! —se asustó De Vries—. ¡Tiene un bastón blanco!

Los ojos aterrorizados de los tres se fijaron en el hombre, el bastón blanco era señal de que su portador estaba infectado. Mantuvieron la respiración y echaron a correr esquivando al enfermo, solo pararon unos metros más allá.

—¡Menos mal! —resopló Koerbagh—. El otro día fue mucho peor. Me encontré a un infectado que se arrastraba por la calle delirando. Iba medio desnudo, mostrando las heridas. ¡Qué pavor!

—¿No se habían ido todos los infestados a Pesthuis?

Pesthuis o la casa de la peste era un edificio situado en Overtoomsevaart, fuera de las murallas de la ciudad, donde enviaban a las víctimas.

—Todos no, todos no...

Se cruzaron con dos personas que cuchicheaban en una esquina con semblante asustado, todas las conversaciones eran sobre la peste y la muerte. De repente, a la salida de un callejón se encontraron a una mujer solitaria que caminaba con un pequeño ataúd entre los brazos, con el rostro bañado en lágrimas; la miraron aterrados, seguramente se trataba de la madre de un niño que había muerto y que, ya sin familia, iba a enterrar a su último hijo. Todo aquello era de un sufrimiento indecible.

—¡Es castigo divino! —clamó un hombre de negro que venía por la calle en sentido contrario, con una Biblia en la mano y con la otra señalando el firmamento como si fuera un juez que dicta la sentencia de los cielos—. ¡Los hombres han ofendido al Señor y Dios está descargando su ira! ¡Los impíos son quienes le han ofendido y los que han permitido que se le ofenda! ¡Arrepentíos, pues Dios es juez pero también es misericordioso! ¡Arrepentíos y no pequéis más! ¡Dejad de jugar! ¡Dejad de beber! ¡Dejad a las mujeres de mala vida! ¡No ofendáis al Señor! ¡La venganza divina es terrible!

No se apresuraron más porque ya iban muy deprisa; Bento no conseguía aguantar tal ritmo debido a la debilidad de sus pulmones. El ambiente en la ciudad era espeso y el pavor tan denso que se asemejaba a la niebla. Cuanto más deprisa salieran de allí, mejor.

—Dime, Koerbagh —le dijo el filósofo, para distraerse de la terrible situación a su alrededor—. ¿Al final vas a publicar tu libro?

—Lo estoy escribiendo, lo estoy escribiendo...

Lo importante era que hablaran de otras cosas, pensar en otros temas, ocuparse de todo excepto de la tragedia que se extendía a su alrededor y con la que no había manera de lidiar. Cualquier tema servía.

—¿Sigues con la intención de incluir en la obra algunas de las ideas que he presentado en nuestras conversaciones?

—Absolutamente —confirmó Koerbagh—. La Biblia la escribieron hombres y la compiló Ezra. La interpretación del sentido de las Escrituras solo se puede hacer con un análisis de su lenguaje y del contexto histórico de los autores y sus respectivos textos. Para entender la verdad de la Biblia basta usar la razón humana. El resto es inútil y vano, se puede rebatir sin la menor dificultad. Lo voy a incluir todo, todo. No va a quedar títere con cabeza. ¡Va a arrasar!

Todo aquello era lo que Bento había explicado a lo largo del tiempo en las reuniones de los *collegianten*.

—¿Cómo crees que van a reaccionar los *predikanten*?

—No muy bien, supongo —fue su respuesta, profiriendo una carcajada—. No será peor que la forma en recibieron tus lecciones sobre la filosofía de Descartes.

De hecho, la recepción al *Renati Descartes principia philosophiae, more geometrico demonstrate*, el libro de Bento que exponía los principios filosóficos de Descartes, no había sido la que se esperaba. Un gran silencio acogió la obra. La única reacción fue por parte de un teólogo de Utrecht, que había descrito a Bento como un «autor maligno», «completamente embebido en la filosofía de Descartes». Los otros habían permanecido callados. Pero sus amigos ya le habían contado que, en los círculos religiosos, los conservadores le describían con desdén como un cartesiano puro, lo que en sus bocas no era ningún elogio. Por lo visto, nadie había comprendido las sutiles demarcaciones que había en su libro de las ideas de Descartes. ¡Qué ingenuo había sido!

Reconsideró la cuestión. Aunque no las comprendieran, ¿cambiaba eso algo? Nada. Además, incluso había sido peor. ¿No eran sus ideas todavía más cartesianas que las del propio Descartes? Había ido donde nunca ningún filósofo se había atrevido a ir, había llevado la lógica y la razón al extremo de los extremos, a sus últimas consecuencias, y no podía esperar que los defensores de la religión, que en realidad eran casi todos, estuvieran contentos. Pensándolo bien, quizá lo mejor era, de hecho, que no lo hubieran comprendido.

Tal vez estaba exagerando. Lo cierto es que, a pesar de las protestas sordas de algunos y de su creciente reputación como cartesiano, su *Renati Descartes principia philosophiae, more geometrico demonstrate* no había agitado las aguas y eso, bien visto, incluso tenía un lado positivo. Significaba que no había ofendido a nadie. Eso quería decir que las personas estaban preparadas para el paso siguiente, el libro que ya había empezado a escribir en latín. Su *opus*. La obra en la que, usando de nuevo el método geométrico que había ensayado en las lecciones sobre Descartes, diría todo sobre la naturaleza más profunda de la realidad. Igualmente importante, enseñaría a las personas a vencer el miedo y la superstición, les ofrecería un método para perfeccionarse. Tal método se asentaba en la razón.

A pesar de que solo llevaba el libro por la mitad, ya había entregado las dos primeras partes a Balling para que las tradujera al neerlandés y así las podría leer su colegio.

—Es aquí.

Koerbagh identificó la casa. Los tres se pararon casi jadeantes, contemplaron la fachada durante un momento mientras trataban de recuperar el aliento. Lo cierto es que no se atrevían a entrar. La cinta de paja colgada en la ventana era un aviso suficientemente poderoso como para hacer temblar incluso a los más valientes. Pero lo que tenía que ser, sería.

Había un guardia en la puerta y evidentemente tenía órdenes para mantener la casa en cuarentena. Koerbagh se encargó de él.

—Soy médico —se presentó, enseñando al hombre su diploma de la Universidad de Leiden—. Estos señores son mis ayudantes. Hemos venido a inspeccionar este domicilio para determinar las condiciones de seguridad y el estado de sus moradores.

El guardia se apartó a un lado y les permitió el paso. Bento se colocó el pañuelo en la cara y llamó a la puerta. Llamó con miedo, como si temiera que quien les fuese a abrir fuera la propia peste.

XXIV

La respuesta tardaba, por lo que los visitantes llegaron a pensar que no había nadie en casa. Bento llamó otra vez. Nada. De Vries y Koerbagh se miraron. Llamaron una vez más, de nuevo sin respuesta. ¿Se habría ido Balling al campo con su familia? Cuando ya estaban a punto de desistir, la puerta se abrió y apareció el rostro decaído de su amigo, con los ojos rojos, enmarcados por la sombra de sus ojeras, la barba desaliñada y una túnica sucia que le cubría el cuerpo abatido.

—¡Balling! —exclamó Bento, disimulando la impresión de verlo en aquel estado deplorable—. ¿Cómo estás, amigo mío?

Por su parte, De Vries y Koerbagh miraban a Balling sin ocultar nada, en sus caras se estampaba el horror al encontrarlo de esa forma.

Balling bajó la cabeza, una lágrima resbaló por su rostro y empezó a llorar, con mocos verdes escurriéndose de la nariz hacia el labio superior.

—Mi... mi niño ha muerto.

Los tres se quedaron plantados en la puerta, con los pañuelos en las caras, sin saber qué decir, perdidos, sin palabras; no se les ocurría ninguna forma de consolar a un hombre en un momento así. En realidad, eran conscientes de que no había nada que pudieran decir o hacer que sirviera para aplacar aquel dolor.

—*Mi queridísimo amigo* —dijo Bento en castellano, la lengua en la que normalmente hablaban los dos cuando se encontraban—. ¡Qué inmensa tristeza!

Después de señalar hacia la ventana junto a la entrada, Balling regresó al interior; los visitantes todavía podían ver a los familiares de su amigo caminando por el pasillo interior de la casa como fantasmas en una casa encantada, maldita por la peste.

Desde interior, el anfitrión abrió la ventana y, desde la calle, los visitantes se acercaron a ella y miraron dentro, a la habitación. Había un cuerpo tendido en la cama. Un silencio profundo envolvía el espacio y un olor ácido y nauseabundo se escapaba por la ventana, que les hizo protegerse la nariz y la boca con pañuelos de forma instintiva. ¿Sería aquel el hedor de los famosos miasmas? Había dos vasijas en el suelo, una llena de sangre y la otra con ácidos gástricos; ambos, ácidos y sangre, eran producto del vómito. Horrorizados, los tres visitantes posaron los ojos en el niño desde la distancia; estaba pálido y presentaba pequeños nódulos en el cuello. Pero lo que más impresionaba era la punta de la nariz y de los dedos, todos negros como el carbón. No era casualidad que a la bubónica también se la

conociera como la peste negra: aquellas puntas aparentemente carbonizadas eran gangrenas.

—Ha sido esta noche —indicó Balling desde la ventana, con la cabeza baja—. En realidad, ya había habido malos augurios. Antes de la peste, cuando estaba normal y sano, una vez le escuché soltar unos extraños gemidos al alejarse de nosotros, gemidos similares a los de los últimos días, ya enfermo. Un presagio, sin duda.

Si había persona que no creía en los presagios era Bento, pero no dijo nada. Más tarde tendrían tiempo para hablar de ello, quizá por carta. Aquel no era el momento.

—Balling, quizá lo mejor es que salgáis de la ciudad —sugirió De Vries—. Los aires de Ámsterdam no son sanos.

—Por ahora tengo que enterrar a mi niño —respondió Balling—. Por lo demás, aquí es donde están mis negocios. Mis empleados han dejado de venir y, si me marcho, caeré en la ruina. Como debéis calcular, amigos, no puedo abandonar los negocios de un día para otro.

—Es mejor perder los negocios que...

Bento interrumpió la frase de De Vries con un gesto con el que le pedía que se callara, no era momento para discutir algo así.

—¿Ya te has encargado del funeral? —preguntó Koerbagh—. ¿Quieres que nos encarguemos nosotros?

Balling respiró hondo.

—Si me ayudáis, os estaría muy agradecido.

Aunque querían apoyar a su amigo en un momento como aquel, ninguno de los tres estaba cómodo. Lo que les inquietaba no era solo el ambiente grave de una casa en la que acababa de morir un niño, sino el hecho de que la bubónica gravitaba por allí. Nadie quería contaminarse y la forma en que se extendía la peste todavía no se entendía del todo. Unos creían que era a través de los perros, otros que eran las propias personas, pero nadie dudaba de que había miasmas contagiosos en el aire. Las teorías abundaban, tantas que parecían rumores descontrolados, aunque lo cierto es que nadie sabía nada con seguridad. Se tapaban la boca y nariz con pañuelos, con eso sentían una cierta sensación de seguridad, pero ¿cómo podían estar seguros de que sería eficaz?

Tener la misión de ayudar a Balling les dio un pretexto para alejarse de aquella casa tocada por la peste. Las agencias funerarias estaban muy ocupadas aquellos días, lo que atrasaba los servicios, pero De Vries conocía al propietario de una en Singel. Decidieron ir a hablar con él para pedirle una atención especial. De repente, el dueño de la casa desapareció y volvió a la ventana con un conjunto de hojas

que entregó a Bento.

—Son traducciones al neerlandés de las páginas que me enviaste de tu *Philosophia* —le dijo—. En mi opinión, deberías darle otro título.

—¿Por qué?

—El libro habla del mundo, pero también de cómo podemos mejorarnos como seres humanos, ¿no es cierto?, entonces tendrías que encontrar un título que indique eso.

El filósofo consideró la sugerencia.

—Voy a pensar en el asunto.

Después de despedirse de su amigo, los tres se alejaron y se encaminaron hacia Singel. Iban en silencio, aprensivos y ensimismados, tan solo se escuchaban sus pasos y la tos ocasional de Bento. Se cruzaron con un cortejo fúnebre formado por apenas cinco personas, todas con pañuelos en las caras y caminando a dos pasos de distancia entre sí. Los tres amigos se alejaron un poco para dejarles paso.

Un poco más adelante se encontraron con un grupo de mujeres de blanco, todas también con pañuelos en la cara, llamando a las puertas y preguntando a los moradores; eran voluntarias, consideradas por los burgomaestres como señoras de buena reputación y autorizadas a identificar las casas contaminadas. Solo cuando pasaron cerca de la casa de Van den Enden, De Vries rompió el mutismo.

—Tiene que irse de Voorburg, maestro.

De eso Bento ya se había dado cuenta. Había ido a ese lugar para salvaguardar su salud, pero con la llegada de la peste a La Haya, situada a una corta distancia a pie de Voorburg, entendía que en breve estaría rodeado por la bubónica.

—Es fácil de decir —respondió—. El problema es que no tengo dónde ir.

—El marido de mi hermana tiene una finca agrícola cerca de Schiedam —dijo De Vries—. He estado hablando con Trijntje y ella estará encantada en recibirnos.

—No quiero molestar.

—No molesta en absoluto —fue su respuesta inmediata, como si la cuestión fuese incluso absurda—. Además, maestro, tiene unos pulmones muy débiles, como se constata por su tos constante. Si coge la bubónica, no sobrevivirá. Sería absurdo morir porque no quiere molestar. Le ruego que acepte la invitación.

No era posible rebatir ese argumento. Aunque no se supiera cómo se trasmitía la peste y en consecuencia cómo defenderse de ella, todos eran conscientes de que la única forma eficiente para protegerse era la misma que la humanidad había usado desde hacía milenios.

Confinamiento. Solo aislándose del resto del mundo podían protegerse para no ser tocados por la catástrofe. Vivir en zonas urbanas como Ámsterdam y los alrededores de La Haya era una invitación al desastre. Para Bento, era imperativo abandonar Voorburg.

Asintió con una mirada de agradecimiento, pero no dijo nada más porque acababan de llegar a la agencia funeraria y tenían que negociar el funeral del hijo de Balling.

XXV

Una ráfaga de aire fresco golpeó el rostro adormilado de Bento, como si el viento quisiera despertarlo poco a poco. Sintió el aroma perfumado de las flores y abrió los párpados despacio. Sobresaltado, delante de él vio sus propias piernas echadas en una esterilla, con los pies apuntando a un vasto mar de copas de árboles. Abajo, serpenteando con un gorgoteo bullicioso, fluía la corriente nerviosa de un riachuelo. Confuso al despertarse así, durante un momento no supo dónde se encontraba, era un hombre de ciudad y nunca había vivido en el campo. Pero rápidamente se ubicó, tanto en el tiempo como en el espacio. Se encontraba, claro estaba, en el alpendre trasero de De Lange Boogert, «El Largo Huerto», la propiedad de la hermana de Simon De Vries, situada cerca de Schiedam, una aldea de la zona de Rotterdam.

—¿Eso es un hábito portugués?

Miró a su lado y vio a Trijntje de Vires, la hermana de Simon, sentada en una mecedora acunándose al tiempo que tricotaba.

—¿El qué?

—Dormir por la tarde. Se llama siesta, ¿no?

Bento se estiró.

—Siesta en España, *sesta* en Portugal —dijo bostezando—. Mi padre era del sur de Portugal, en donde en verano los días son calurosos y las personas se tumban a la sombra de los árboles.

—Hay hábitos que pasan de padre a hijo…

—¿Quién sabe? —fue su respuesta—. Aunque sospecho que este sueño ha sido más bien fruto de la excelente comida que nos ha servido, sobre todo de esa cerveza divina, más que de los hábitos ancestrales de los portugueses.

Ella se rio.

—Dicen que mis comidas tienen ese efecto. Simon se queja de lo mismo.

Era Simon de Vries quien en ese instante aparecía en el alpendre. Venía de dentro de la casa.

—Mira, mira —dijo su hermana—. Como el diablo, si antes hablo de él, antes aparece.

Se giró hacia Bento.

—Señor De Spinoza, usted que es filósofo y estudia estas cosas, ¿cree en el diablo?

Pregunta inesperadamente complicada.

—Eh… no.

—¿Por qué no?

—Porque... En fin, porque creo que ni el bien ni el mal existen en la naturaleza. Tan solo en nuestras cabezas.

La respuesta casi escandalizó a Trijntje.

—¿En nuestras cabezas? —preguntó, al tiempo que paraba de tricotar—. Mi hermano me ha contado que usted, señor De Spinoza, es la persona más lógica y racional del mundo. Pues bien, le voy a probar que el diablo existe. Todo el mundo sabe que Dios, en Su misericordia infinita, es el bien supremo. Aun así, el mal existe y por definición Él no puede ser responsable del mal, porque es el bien supremo, por deducción lógica tiene que haber otra entidad responsable del mal, ¿no es cierto? ¿Qué entidad es esa? El diablo, claro. Así que ya está, por deducción lógica está hecha la demostración. ¿Cómo responde a esto, señor filósofo? ¿Eh?

Interpelado de esa forma sobre un asunto tan sensible, Bento miró a De Vries, con semblante de súplica, como si le pidiera socorro.

—Deja al señor De Spinoza en paz, Trijntje —intervino—. ¿No ves que acaba de despertarse?

—Dígame, señor De Spinoza —insistió su hermana—. ¿Se lo he probado o no? Le he demostrado con recurso a la lógica que el diablo existe, ¿no? ¿Qué piensa usted, señor De Spinoza?

No iba a poder escaparse, además ella era la dueña de la casa. En realidad, el verdadero propietario del De Lange Boogert era su suegro, el rico señor Jacob Gijsen, que había hecho fortuna con el negocio de la sal y el arenque, pero si Bento estaba allí era por decisión de Trijntje. Nada le iba a suceder si se negara a responder, estaba claro, pero por cortesía le pareció que lo más adecuado sería satisfacer su capricho.

—Su demostración es interesante y tiene valor, sin duda. El pensamiento lógico que ha efectuado me parece intachable.

Trijntje observó el rostro del hombre con sus grandes ojos azules.

—A mí no me engaña, señor De Spinoza. Veo que no está de acuerdo conmigo. ¿En dónde ha fallado mi razonamiento? ¿No es impecablemente infalible?

Al igual que su hermano y en realidad prácticamente igual que todas las personas en el mundo civilizado, Trijntje creía en la existencia de Dios. Se había casado con un Gijsen, una familia de mercaderes anabaptistas con conexiones de sangre con los De Vries. Aunque fueran liberales y abiertos a nuevas ideas, en caso contrario ni siquiera habrían permitido la presencia de un reputado cartesiano como él en su casa, había líneas que los Gijsen no estaban dispuestos a pisar.

—Su razonamiento, le aseguro, ha sido el más lógico posible —declaró el visitante con suavidad, como si quisiera acallar su desconfianza—. Partiendo de la premisa inicial que ha establecido, la deducción que ha hecho es racional, necesaria e inevitable.

Se calló, a la espera que ella entendiera su reluctancia para abordar un tema tan delicado y dejara las cosas ahí.

—Pero...

Estaba claro que Trijntje quería llevar esa conversación hasta el final. Una de las cosas que más chocaba a los portugueses de Houtgracht en las costumbres neerlandesas era su estilo directo, sin cortesías ni tacto. Los habitantes de los Países Bajos valoraban la transparencia y la honestidad, por eso decían lo que pensaban y preguntaban lo que querían, incluso las cosas más inconvenientes, sin adornar las palabras con formas bonitas o con las sutilezas retóricas habituales de nuestros pueblos. La hermana de De Vries también era así y su insistencia en un tema tan delicado no dejaba alternativa a Bento, a no ser que se resignara a responderla.

—El problema está, a mi parecer, en la premisa inicial desde la que ha hecho las deducciones. Las deducciones son correctas, pero no lo es la premisa en las que se basan.

—Mi premisa es que Dios es bueno y solo hace el bien. No me va a decir que es falsa...

Con un movimiento suave, Bento balanceó afirmativamente su cabeza.

—Creo que es precisamente lo que voy a hacer.

La hermana de De Vries dio un salto en la mecedora, escandalizada.

—¿Está... está insinuando que Dios no es bueno?

—Trijntje —intervino su hermano—. Es mejor... eh... ¿puedes ir a ver si ha llegado tu marido?

—Alewijn ha ido a Rotterdam a tratar unos asuntos y cuando llegue lo sabremos, no te preocupes —le respondió ella con sequedad, rechazando así su intento por cambiar de tema—. Volviendo a nuestra conversación, señor De Spinoza, ¿qué piensa? ¿Dios es bueno o no?

¿De verdad que la dueña de la casa quería saber lo que él pensaba? Entonces, no iba a dejarla sin respuesta.

—Dios es infinito—afirmó Bento—. ¿Está de acuerdo?

—Sí, claro. Todo el mundo lo sabe. ¿Y bien?

—Si Dios es infinito, entonces Dios es todo, ya que si no es todo, entonces Él no sería infinito. ¿Está de acuerdo?

—Eh... sí.

Una vez aceptada la primera premisa, Dios es infinito, la segunda

premisa, Dios lo es todo, se hacía inevitable, como bien sabía Bento. El resto era una cuestión de sumar deducciones lógicas hasta sus últimas consecuencias.

—Si Dios es todo y si el bien y el mal forman parte de todo, entonces Dios incluye el bien y el mal.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Dios incluye al mal?

—Dios lo es todo —le recordó Bento—. Todo significa todo, no significa casi todo. Dios es todo. ¿De acuerdo?

—Él es todo, excepto el mal, está claro.

—Entonces, si es excepto algo, Dios no es todo. Si es excepto el mal, Dios no es infinito. Si Dios es infinito y es todo, si el bien y el mal forman parte del infinito y del todo, como de hecho así es, entonces Dios tiene que incluir el bien y el mal. Simple deducción lógica.

La respuesta la desconcertó, ya que no tenía cómo contradecirle.

—Pero... ¿y el diablo?

—Si Dios es todo y si el diablo no tiene nada que ver con Dios, entonces el diablo es nada.

—Pero ¿y las Sagradas Escrituras? —insistió ella, buscando otro camino—. Cuando la Biblia atribuye todo el bien a Dios, ¿está diciendo algo errado?

—Los que afirman que Dios lo hace todo en pro del bien parece que ponen algo, el bien, fuera de Dios, independientemente de Él. Si Dios es todo, Dios lo incluye todo. Todo es todo. ¿Correcto?

Ante esta lógica aplastante, Trijntje no sabía qué decir.

—Dios es todo, sí —aceptó—. Todo tiene forzosamente que incluir el mal, porque si no, no sería todo. Entiendo eso. ¿Cómo es posible que Dios incluya al mal? ¿Eso no contradice las Sagradas Escrituras?

—Sí, si no se diera el caso que ni el bien ni el mal efectivamente existen.

Esta nueva afirmación la confundió todavía más.

—¡¿El bien no existe?!

—El bien y el mal no existen más allá de nuestras cabezas —estableció Bento, dando respuesta al misterio—. Las cosas son lo que son, las calificaciones del bien y del mal emergen de la forma como las vemos. Por bien entiendo lo que sabemos que es bueno para nosotros. Por mal entiendo lo que sabemos que nos impide obtener lo que es bueno para nosotros. El bien y el mal no son más que los efectos de la alegría y la tristeza. Decimos que algo es bueno si contribuye a nuestra preservación y que algo es malo si constituye un obstáculo a nuestra preservación. Decimos que algo es bueno o malo en función de

si aumenta o disminuye, ayuda o perjudica nuestro poder de acción. A los objetos que nos causan alegría los llamamos buenos, y a los que nos causan tristeza los llamamos malos. El bien y el mal no son más que ideas procedentes de la alegría o la tristeza. Según las leyes de la naturaleza, cada persona desea necesariamente lo que cree que es bueno y evita lo que considera que es malo. Una persona, cuanto más se intenta preservar, más virtud tiene.

—Pero hay cosas que son buenas y cosas que son malas.

—No. Simplemente hay cosas. Somos nosotros quienes pensamos que unas son buenas y las otras malas, en función de si nos benefician o nos perjudican. Por ejemplo, si pierdo dinero en la calle, eso es malo para mí, pero es bueno para quien lo encuentre. Aunque los cuerpos humanos sean en muchos aspectos similares, son diferentes en tantos otros. De esta forma, lo que para una persona es bueno, a otra le parecerá malo. Lo que para una persona está claro, para otra será confuso. Lo que agrada a uno, desagrada al otro, y así, sucesivamente.

Ella pensó en la respuesta.

—¿Y la bubónica, que tantas personas mata y tanta desgracia está trayendo a nuestro país? ¿No es mala?

—Sin duda es mala para nosotros pero, por ejemplo, podrá ser buena para los ingleses, ya que les da un buen pretexto para obstaculizar la navegación de nuestros navíos y así obtienen más ganancias en el comercio de las Indias —argumentó Bento—. El bien y el mal no existen en sí mismos, existen en nuestra cabeza en función de los beneficios y pérdidas que las cosas nos provocan.

—Señor De Spinoza, ¿no teme a la peste? —insistió Trijntje—. ¿No cree que es mala?

—Señora mía, ninguno de los objetos de mis miedos contiene en sí mismo el bien o el mal. Eso sucede porque en todas las circunstancias intento guiarme por la razón. Un hombre solo es libre si se guía por la razón. Si la mente humana se guiara siempre por la razón, no formaría la noción del mal. Las acciones determinadas por la razón son siempre buenas.

—Pero hay personas que hacen cosas buenas por otros motivos que no sean la razón —argumentó ella—. Hacen el bien porque es eso lo que el Señor les exige en la Biblia.

—En ese caso, hacen el bien por miedo al castigo divino —apuntó el filósofo, siempre con un tono sereno—. Ahora bien, el hombre que se motiva por el miedo y hace lo que es bueno por miedo, no se guía por la razón. Se guía por la superstición. Los supersticiosos, que saben más apelar al vicio que enseñar la virtud y que no intentan guiar al hombre por la razón sino por el miedo, hacen a los otros tan infelices

como ellos mismos lo son. Un juez que condena a un hombre como culpable no por odio o por furia, sino por amor al bienestar público, se guía por la razón. Quien vive según los dictámenes de la razón e intenta depender lo menos posible de la esperanza, se libera del miedo y se guía solo por la razón.

—Entonces, ¿las emociones que todos sentimos? El amor, la generosidad, el desprecio, el odio...

—Todas las emociones de odio son a evitar —estableció Bento—. El odio aumenta en función del odio recíproco, pero puede extinguirse gracias al amor y la generosidad. Consecuentemente, quien vive según los dictámenes de la razón, intentará lo más posible no dejarse guiar por el odio, sino responder con amor y generosidad al odio, a la furia y al desprecio de los demás. Si nos guiamos por la razón, desearemos a los otros el bien que buscamos para nosotros mismos. Las mentes no se conquistan con armas, sino con amor y generosidad.

Desconcertada por las múltiples perspectivas que su interlocutor le acababa de demostrar como el corolario lógico de un único principio general, el de que Dios es infinito, Trijntje volvió a coger la prenda que minutos antes estaba tricotando, aunque no consiguió retomar el trabajo en el punto en el que lo había dejado, tal era la agitación que estas palabras habían provocado en ella. No le cabía duda, su hermano tenía razón. Existía algo inmensamente seductor en el intelecto de aquel filósofo de conversación amena y lógica implacable. Todo lo que él decía parecía tan simple y evidente que se preguntaba cómo era posible que hasta entonces no lo hubiera comprendido por sí misma. Él veía las cosas de forma diferente y sacaba nuevos axiomas sobre la forma en que deberían comportarse las personas.

En ese momento, oyeron que la puerta se cerraba, unos pasos se acercaban y la voz de un hombre sonó en el cobertizo.

—¡Es la guerra!

Era el marido de Trijntje que acababa de llegar de Rotterdam.

—¿Qué guerra, Alewijn? —preguntó la mujer—. ¿Qué ha pasado?

—Son los ingleses —dijo él, después dio a su mujer un beso en la frente y saludó a los dos invitados con un gesto—. Esos miserables han ocupado Nueva Ámsterdam.

Bento se quedó blanco. Nueva Ámsterdam era una isla neerlandesa en el Nuevo Mundo a la que durante los últimos tiempos habían ido muchos miembros de la comunidad portuguesa de Houtgracht y que prosperaba a costa de los vientos del liberalismo.

—Y... ¿los nuestros están bien?

—Qué sé yo. Las noticias han llegado ahora y en Rotterdam no se

habla de otra cosa. Han aprovechado nuestra debilidad momentánea debido a la peste y los malditos ingleses, esos perros falsos y oportunistas, han tomado Nueva Ámsterdam.

—Oh, es cuestión de negociar.

—Los ingleses no quieren negociar.

—¿Cómo que no quieren negociar? —preguntó Trijntje—. Todo es negociable.

—Si ellos quisieran negociar, querida, no habrían cambiado el nombre a la colonia —respondió su marido—. Por decreto real y para que no nos hagamos ilusiones, le han cambiado el nombre a la isla. Ya no se llama Nueva Ámsterdam. Ahora le han dado el nombre de... eh... ¿cómo se llama esa ciudad importante del norte de Inglaterra? Es... eh...

—¿Manchester?

—No, la capital del norte de Inglaterra, esa con la gran muralla.

—¿York?

—Eso, York.

—¿Llaman ahora York a Nueva Ámsterdam?

—Nueva York —corrigió Alewijn—. ¡Ah, es una infamia, lo que yo digo! ¡Una infamia!

La noticia tocó hondo en las tres almas de Bento, la neerlandesa que había perdido la colonia, la judía y la portuguesa porque, a pesar del *herem*, aún le preocupaba el destino de los miembros de la comunidad portuguesa de Ámsterdam que se habían ido a vivir a aquella colonia.

—¿Qué significa eso? —preguntó el filósofo—. ¿Que hemos perdido Nueva Ámsterdam para siempre?

Cerró el puño como quien se preparaba para darle un puñetazo a alguien y, de hecho, lo dio al aire como si allí mismo estuviera un inglés. Después, Alewijn soltó el grito que en ese momento proferían todos los que en la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos acababan de conocer la increíble noticia, fueran burgueses o *boeren*, cristianos o judíos, holandeses, frisios o brabantinos.

—¡Significa la guerra!

XXVI

El tema de la conversación de esa noche tras la cena fue la guerra con Inglaterra. Hacía ya cuatro años que las tensiones entre los dos países iban *in crescendo* debido, sobre todo, a la subida al trono en Inglaterra de Carlos II y a la paz que mientras tanto se había establecido entre Inglaterra y España. Esa paz había puesto fin a un conflicto que había mantenido a los dos países ocupados y que durante años había dejado el camino abierto a la república neerlandesa para consolidar su dominio sobre las rutas marítimas comerciales.

Ahora, con el frente bélico despejado y confiando en su clara ventaja militar, Inglaterra se volvía contra sus rivales comerciales de las Provincias Unidas. Después de tomar el puesto comercial neerlandés en Cabo Verde y la colonia neerlandesa de Nueva Ámsterdam, los ingleses empezaron a interceptar navíos neerlandeses en altamar e incluso a apropiarse de ellos. Constaba que habían capturado más de doscientos navíos. No era poca cosa. Eso, además de las humillaciones, ya que obligaban a los navegadores de las Provincias Unidas a saludar a la bandera inglesa siempre que embarcaciones de los dos países se cruzaban en alta mar.

—Es inaceptable —se quejó Alewijn Gijsen, el cuñado de De Vries, sentado junto a la chimenea con una copa de aguardiente en la mano—. Si estos idiotas creen que se van a reír de nosotros, se equivocan. Tenemos más de un centenar de navíos y veinte mil hombres preparados en nuestros puertos para partir, darles una lección a los ingleses y, sobre todo, a ese traidor sinvergüenza que ha tenido el descaro de elegir a una papista española como esposa.

—Portuguesa —corrigió Bento, que sobre asuntos relacionados con la patria de sus padres estaba siempre atento—. Carlos II se ha casado con Catalina de Braganza. Es portuguesa.

La corrección sorprendió a Alewijn.

—¿Carlos II se ha casado con una judía?

La pregunta provocó una sonrisa a Bento. La comunidad judía portuguesa de Houtgracht era tan importante que, para los neerlandeses comunes, portugueses y judíos seguían siendo vistos como simples sinónimos.

—Doña Catarina es portuguesa católica —aclaró el invitado—. No es judía ni española. Cuando yo era niño, los portugueses recuperaron su independencia y tienen tanto miedo de que España les intente dominar otra vez que han ofrecido una princesa al rey de Inglaterra, con Tánger y Bombay como dote, a cambio de la promesa inglesa de

ayudarles a defenderse de los españoles siempre que haga falta.

—Españoles, portugueses... ¿qué más da? ¡Son todos papistas! Ese Carlos II es un ingrato, eso es lo que es. Cuando gobernaba Cromwell y Carlos andaba en problemas, ¿quién lo acogió? ¿Quién? ¡Nosotros! Para tener libertad tuvo que venir al país de la libertad, ¡a la patria del liberalismo! ¡Ah, qué infame!

Todo aquello era verdad, todos lo sabían. Habían sido las Provincias Unidas quienes habían recibido a Carlos II durante su exilio y era precisamente contra quien lo había acogido que ahora apuntaba los cañones. ¿Cómo se podía ser indiferente ante tamaña ingratitud?

—Nadie entiende por qué razón nuestra flota no levanta el ancla ya mismo —suspiró Bento—. Me temo que estamos siendo demasiado cautelosos. En fin, hay que esperar para ver. Estoy seguro de que De Witt sabe lo que hace.

—Nuestros navíos más pesados son más ligeros que los diez navíos más pesados de su flota, lo que es una desventaja considerable —dijo Alewijn—. Parece que De Witt ha mandado construir barcos más grandes, pero eso lleva su tiempo. Además, los ingleses seguramente también van a construir barcos mayores.

—Te olvidas de algo —intervino Trijntje—. Nuestra economía, como es liberal, es más fuerte que la inglesa. Eso podría marcar la diferencia.

—Confiemos en De Witt —defendió el filósofo, un fiel del gobernante liberal—. He oído que él ha ido a Texel a sacar nuestros navíos de los canales. La cuestión es saber si va a conseguirlo, teniendo en cuenta que el agua allí es muy baja.

—El tiempo lo dirá —opinó De Vries, ansioso por desviar la conversación de los temas de guerra, que le perturbaban—. Maestro, ¿aún mantiene el contacto con su amigo de Inglaterra?

—¿Oldenburg? —negó con la cabeza—. Hasta ahora, así era. Pero las hostilidades entre nuestros dos países seguramente obligarán a la interrupción de nuestra correspondencia.

Se hizo un corto silencio. Una guerra además de la peste no auguraba nada bueno.

—Maestro, imagino que todo esto le preocupe a usted tanto como a mí...

—De ninguna manera —respondió Bento—. Estos problemas no me hacen ni reír ni llorar, solo filosofar y estudiar mejor la naturaleza humana. No me parece correcto reírme de la naturaleza y mucho menos recriminarle nada, ya que los hombres, como en todo lo demás, forman parte de ella.

—No es exactamente así —contrapuso Alewijn—. Al contrario

que la naturaleza, nosotros tenemos el control de nuestros actos, que muchas veces perturban el orden natural, como es el caso de esta guerra. No es por mera casualidad que decimos que todo lo que el hombre hace es artificial, ¿no es cierto?

La mirada del filósofo se fijó distraídamente en las llamas serpenteantes que bailaban, crepitantes, en la leña de la chimenea; las veía, pero era como si su mente contemplara otra cosa.

—¿Será así de verdad? —preguntó—. La mayor parte de las personas que hablan sobre el comportamiento del hombre en la vida no parece que estén hablando de las cosas naturales que suceden como consecuencia de las leyes de la naturaleza, sino de cosas que suceden fuera de ella. Parecen incluso considerar que el hombre es un reino dentro de un reino. Creen que el hombre perturba a la naturaleza en vez de seguir su orden, que tiene poder absoluto sobre sus acciones, que él se determina a sí mismo. Entonces, atribuyen la causa de la debilidad humana no al poder normal de la naturaleza, sino a algún problema de la naturaleza.

—¿Y no es así?

—Claro que no. Nada sucede en la naturaleza que pueda atribuirse a un vicio de la naturaleza, ya que ella es siempre la misma. Su virtud es la misma, sus leyes y reglas son las mismas. Consecuentemente, los sentimientos de odio, furia y envidia tienen ciertas causas por las que se pueden comprender.

—Por tanto, si le he entendido bien, nosotros formamos parte de la naturaleza y, como consecuencia, no hay nada artificial —dijo Alewijn—. Todo es natural. La propia basura que producimos es natural, no es artificial. Esta guerra que los ingleses imponen es natural, no es artificial.

—Exacto.

El anfitrión consideró durante unos momentos la cuestión bajo esta perspectiva.

—Si estamos dentro de la naturaleza, entonces lo único que existe fuera de nosotros es Dios.

La mirada de Bento se desvió momentáneamente hacia Trijntje de Vries, que tricotaba en un rincón de la sala: la solución lógica para el problema de aquella conversación partía del mismo principio general que había abordado cuando discutió con ella la cuestión del bien y del mal.

—Dios es infinito, eso ya lo sabemos —enunció el filósofo—. Si Él es infinito, Él es todo. Si Dios es todo, entonces los hombres forman parte de Él; en caso contrario, Dios no sería todo. Como consecuencia, la esencia del hombre es algo que está en Dios y sin Él, no puede

existir ni ser concebida. La esencia del hombre expresa la naturaleza de Dios de una cierta manera, ya que las esencias formales de las cosas individuales están contenidas en los atributos de Dios. Sin Dios, nada puede ser ni ser concebido; Dios es la única causa de la esencia y de la existencia de todas las cosas. Eso quiere decir que la mente humana forma parte del intelecto infinito de Dios y, por eso, cuando afirmamos que la mente humana piensa esto o aquello, lo que estamos diciendo es que Dios tiene esta o aquella idea.

La conversación sobre las cosas del mundo, desde Dios hasta la guerra y la peste, se prolongó durante la noche. Bento era un buen conversador y se mostraba entusiasmo a la hora de exponer sus ideas. Su pasión por hablar se transformaba en sus oyentes en pasión por escuchar. Su discurso no era complicado ni tenía la pomposidad que podría esperarse de un hombre con su intelecto y cultura, pero todo tenía lógica y mostraba un sentido común tal, que no solo se hacía agradable sino que además era difícil estar en desacuerdo con él. Pero todo tenía un límite y el sueño, pues ya eran altas horas de la madrugada, acabó imponiéndose.

—Se hace tarde —constató Trijntje, que tomó la iniciativa—. Hala, todos a la cama.

Como todos los demás, Bento se recogió en sus aposentos, en un pequeño cuarto en la parte trasera de la casa. Después de ponerse el pijama, se tumbó en la cama, apagó la vela y se enroscó debajo de la manta, intentando calentarse con su propio calor. Aún tosió un poco, pero pronto sus pulmones se tranquilizaron e hizo un esfuerzo para relajarse.

Cuando finalmente sintió que le entraba el sueño, el crujido de la puerta volvió a despertarlo; levantó la cabeza, pero la oscuridad le impedía ver nada.

—¿Quién es?

De la oscuridad oyó una voz familiar.

—Soy yo, maestro —susurró De Vries—. Le oí toser y me inquieté.

—No te preocupes, Simon, estoy habituado. Desde pequeño, mis pulmones son flojos. Mi madre también era así. —Bostezó—. Anda, vete a dormir. Es tarde.

Su amigo no respondió, pero Bento escuchó el sonido de la puerta que se cerraba y se giró de lado, acomodándose en la manta y cerrando otra vez los párpados para dormirse. Para su sorpresa, sintió que la manta se movía, como si estuviera viva, y el colchón se hundió a su lado con un peso; algo se había metido en su cama. Se sobresaltó y levantó el tronco apoyándose en los codos.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de De Vries sonó como un hilo a punto de quebrarse.

—Permítame que le haga compañía, maestro. Solo esta noche.

No se podía decir que fuera totalmente inesperado. La veneración que el joven sentía por él, las cartas tiernas que le escribía, los celos que mostró cuando supo que su adorado maestro tenía un alumno instalado en su casa en Rijnsburg e incluso algunas otras cosas le habían mostrado claramente que toda aquella devoción no tenía ninguna naturaleza intelectual. No se trataba solo de la razón, aunque la razón quizá fuera el camino hacia el corazón.

El problema era qué hacer en tal circunstancia. De Vries había corrido riesgos al exponerse de aquella manera, y eso requería valentía; no podía negarlo. Aun así, tampoco podía, simplemente, acceder al deseo de su amigo.

—Simon —dijo con suavidad—. Sabes que te aprecio mucho y siempre lo voy a hacer. Eres una persona extraordinaria, de una enorme generosidad, y no hay nada que valore más que tu amistad sincera. Pero... tienes que volver a tu habitación.

Se hizo un corto silencio.

—¿Por qué?

Formuló la pregunta en un susurro, herido de un dolor que le quebraba la voz.

—Por una infinidad de razones, Simon —dijo—. Porque estamos en casa de tu hermana, porque ya es tarde, porque sufro tisis y los médicos me han prohibido terminantemente hacer... eh... esfuerzos. En fin, porque te veo como un amigo, un gran amigo, pero ciertas cosas no están en mi naturaleza. Tenemos que ser siempre fieles a nuestra naturaleza, ¿no es cierto?

Tras una pausa para digerir el rechazo, De Vries abandonó la cama y salió de la habitación sin pronunciar una sola palabra. Bento respiró hondo, se colocó en la cama y cerró los párpados, pero lo que acababa de suceder le incendió el espíritu. ¿Se habría ofendido su amigo? Temía que la amistad que había entre ambos se hubiera roto irremediablemente, una posibilidad en la que ni siquiera quería pensar. ¿Debería haberlo rechazado con otras palabras o habría alguna otra forma de lidiar con aquella situación? Recapituló un sinfín de veces lo que acababa de suceder y, sobre todo, lo que había dicho para detener los avances de su amigo, vio que quizá podría haberle dicho las cosas de otra manera ligeramente diferente, posiblemente más afectuoso y aún con más tacto, pero en esencia había dicho lo que tenía que decir. Si la amistad se terminaba debido a eso, concluyó, era porque nunca había sido una amistad verdadera. Este pensamiento fue

el único que le dio la tranquilidad para conseguir dormirse.

Por la mañana se encontró a De Vries en la cocina, con su hermana y cuñado, y se sentó en la mesa con ellos para tomar el desayuno. Sintió el ambiente pesado y miró a su amigo, casi con recelo. De Vries tenía los ojos rojos, evidencia de que había estado llorando. Esa constatación incomodó mucho a Bento, pues le pareció la confirmación de sus peores temores. La amistad entre ellos seguramente había llegado a su fin; después de lo que había sucedido esa noche, nada volvería a ser igual. Pero su amigo le devolvió la mirada y la tristeza que le sorprendió en su rostro no parecía ser fruto del rechazo, de esa mezcla de dolor y resentimiento que sería de esperar si realmente estuviera ofendido, sino de algo diferente.

—Esta mañana ha llegado una carta de Ámsterdam —anunció De Vries con la voz rota, mostrando un sobre rasgado por el borde—. Pieter también ha cogido la bubónica.

Bento permaneció un largo instante, petrificado. Por momentos, pensó que su amigo pudiera estar hablando de algún otro Pieter que no fuera el que él conocía, el *collegiant* que hablaba castellano y cuyo hijo había muerto semanas antes de peste, el hombre que le había traducido las dos primeras partes de su nuevo libro al neerlandés; podría haber sido otro Pieter, otro cualquiera que hubiera por ahí, tan común era ese nombre en las Provincias Unidas. No obstante, rápidamente entendió que solo estaba intentando mentirse a sí mismo.

—Ba... ¿Balling?

Con un gesto lánguido, De Vries dejó el sobre encima de la mesa y, con la punta de los dedos, empujó la carta hacia el filósofo. Bento la cogió con miedo, con la mano temblando, sacando la hoja de su interior. Se trataba de una carta de Koerbagh que cumplía el penoso deber de informar que Pieter Balling se había sumado a la lista de los miles de muertos provocados por la peste en Ámsterdam.

XXVII

Al salir del muelle, de regreso a casa, Bento se paró un momento en la acera, junto al canal, para contemplar las calles de Voorburg; no se veía un alma. Debido a la debilidad física y a la tos crónica de su huésped, el propietario del cuarto que había alquilado en la localidad había tenido la gentileza de venir al *trekschuit* para cargar con su maleta. Aunque se sentía desanimado por el impacto provocado por la pérdida de Balling, el filósofo se esforzó en ser agradable con él.

—Es una tristeza, señor Tydeman —murmuró contemplando las calles desiertas—. ¿La peste ya ha llegado aquí?

—¡Y de qué forma, señor De Spinoza! ¡Y de qué forma! Ha muerto Jacob, vea usted. Ha sido un disgusto.

Por la forma como lo dijo, con pesar, Bento entendió que la pérdida significaba algo para él.

—¿Era un familiar suyo?

La pregunta sorprendió al casero, que solo en ese momento se dio cuenta de que su huésped no tenía la menor idea de la identidad de la más estimada víctima de la bubónica en Voorburg.

—El señor Jacob van Oosterwikck era el predicador de nuestra iglesia, señor De Spinoza —explicó, señalando con la cabeza la iglesia que había al lado de su casa—. ¿Nunca fue a oír uno de sus sermones?

—No, pero por lo que dice, seguro que habría valido la pena.

—¡Ah, puede estar seguro! Jacob era un gran predicador, sobre eso no hay dudas. Es una gran pérdida para Voorburg.

—¿Y ahora? ¿Qué van a hacer?

—Tenemos que conseguir otro predicador, qué remedio —fue la respuesta, conformista—. El obispo Van Gaelen, el antiguo obispo Rotteveel y yo hemos sido nombrados en una comisión destinada a encontrar al nuevo predicador. Estamos buscando un predicador liberal, abierto a nuevas ideas y tolerante con otras religiones.

—Su alma de *collegiant* le ennoblece, señor Tydeman.

En ese momento llegaron a Kerkstraat, la calle de la Iglesia, atravesándola en dirección a casa se cruzaron con la única persona que había en la vía. Se trataba de un hombre muy bien vestido, con pinta aristocrática y sombrero de mosquetero por encima de una larga cabellera de rizos que le caían por los hombros. El desconocido fijó su mirada inquisidora en Bento, como si tratara de leerle el pensamiento. El filósofo no prestó demasiada atención, estaba acostumbrado a que los neerlandeses de las aldeas de afuera de Ámsterdam lo miraran fijamente, intrigados por su tez morena y su cabello oscuro, y siguió

con el casero hasta que se pararon frente a la casa. Daniel Tydeman metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Perdone, es usted Benedictus de Spinoza?

Bento miró hacia atrás y comprobó que se trataba del hombre de pinta aristocrática con el que se había cruzado momentos antes.

—Sí, lo soy. ¿En qué puedo ayudarle?

El desconocido se quitó el sombrero ancho que usaba en la cabeza para hacer una venia elegante.

—Christiaan Huygens, a su servicio —se presentó—. Nuestros amigos en común, Henry Oldenburg y Johannes Hudde, me han dado excelentes referencias suyas y me han recomendado mucho que entrase en contacto con usted, razón por la que me encuentro aquí.

A Bento, el nombre del hombre que le hablaba le sonó familiar.

—Huygens... Huygens... ¿por causalidad no tendrá relación familiar con el inventor del *telescopium* más potente del mundo?

Huygens sonrió.

—Soy yo mismo.

El rostro de Bento se iluminó.

—Pero... es un honor —exclamó. Recomponiéndose de la sorpresa, hizo un gesto solícito para señalar la entrada por la que el señor Tydeman ya había desaparecido—. ¿No quiere entrar, señor Huygens? Es una casa humilde, pero es mejor que quedarnos aquí, hablando en la calle.

Los dos entraron y se instalaron en el salón. Bento ofreció a su invitado una *oranjebitter* y, como era costumbre, se sirvió una cerveza antes de acomodarse en los sofás.

—Como le he dicho, han sido Hudde y sobre todo Oldenburg quienes me han recomendado con insistencia que viniera aquí a conocerle —indicó Huygens—. Vivo en La Haya pero, debido a la peste, he estado confinado en Hofwijk, la propiedad de nuestra familia, a unos cinco minutos a pie de aquí. Esta mañana me desperté y decidí que vendría a llamar a su puerta. La señora que me atendió me dijo que llegaría en cualquier momento, por lo que me quedé a esperarle. Espero que no considere mi presencia un abuso.

—¡Por supuesto que no! —le tranquilizó su anfitrión—. Su reputación habla por sí sola, si me permite que se lo diga. Me imagino que Hudde y Oldenburg ya le habrán contado que yo mismo fabrico lentes para *telescopium* y *microscopium*.

—¿Cómo no me iban a contar ese detalle? Como sabe, el propio Hudde fabrica lentes.

—Y buenas, todo hay que decirlo. —Miró a su interlocutor con curiosidad—. Sabe, señor Huygens, cuando hace un tiempo oí hablar

de su *telescopium*, me suscitó una especial intriga. ¿Es indiscreción preguntar qué tipo de lentes usa?

—Son lentes normales, pero pulidas con un método especial que yo mismo he inventado —respondió Huygens, celoso de su secreto—. Gracias a ellas, he construido un *telescopium* maravilloso, que me ha permitido hacer observaciones astronómicas muy interesantes.

—¿De qué tipo?

—Oh, de todo. De la Luna, de los planetas, de las constelaciones... qué sé yo. Mi descubrimiento más extraño, si lo puedo llamar así, ha sido sin duda una sombra bizarra que vi en Saturno.

—¿Una sombra?

—Sí. Usando mis lentes mejoradas, me di cuenta de que había algo que rodeaba el planeta. Una especie de... no sé, de anillo o algo parecido.

—¡Ah, qué curioso!

—Hay más. Me han llegado noticias de que en Italia han desarrollado un *telescopium* que permite observar eclipses en Júpiter. Creen que son sombras provocadas por lo que parecen varias lunas.

—¿Júpiter tiene lunas?

—Así es. Yo mismo he de decirlo, ya he visto en mi *telescopium* una luna en Saturno. Si la Tierra tiene una luna, si Júpiter tiene varias y si Saturno también tiene una, eso significa que se trata de un fenómeno relativamente común en el universo.

A Bento todas aquellas novedades le resultaban increíblemente excitantes, a fin de cuentas era precisamente para hacer esos descubrimientos, en el gran universo y en el mundo de las cosas minúsculas, por lo que tanto le interesaban las lentes. El propio Dirk Kerckrinck, el rival que lo había derrotado en la conquista del corazón de Clara María, le había comprado un microscopio para sus estudios de medicina y con él había conseguido hacer descubrimientos curiosos sobre el cuerpo humano.

—Todo eso es extraordinario.

Huygens afinó la voz, como señal de que finalmente iba a abordar el asunto que en realidad le había llevado hasta allí.

—Sabe, señor De Spinoza, como debe calcular, estoy siempre buscando nuevas lentes e ideas para hacer mis *telescopia* todavía más potentes. Lo que sucede es que, en el intercambio de correspondencia que mantengo con Hudde y Oldenburg, ellos insisten mucho en la calidad de su trabajo en esta área. ¿Podría permitirme echar un ojo a lo que ya ha producido?

Bento posó la cerveza sobre la mesita que había al lado del sofá y se puso de pie.

—Inmediatamente.

Fueron al compartimiento en el que el filósofo se había instalado, un cubículo pequeño en el que, además del *ledikant* con las cortinas rojas y una mesita llena de papeles, se encontraba el torno de pulir, con varias lentes cuidadosamente organizadas en una esquina. Huygens cogió una de ellas y la analizó minuciosamente con su mirada.

—Estas lentes son diferentes de lo que estoy habituado a ver —afirmó— ¿Son planas?

—Así es —confirmó Bento—. Creo que una combinación de lentes convexas con lentes planas es más útil que la habitual combinación entre las convexas y las cóncavas. Además, he desarrollado un argumento geométrico para demostrarlo.

—Qué interesante —murmuró—. Estas lentes son excelentes, debo darle la enhorabuena. ¿Me vende una?

—Le vendo las que quiera.

Intercambiaron algunos argumentos técnicos sobre la producción de las lentes y discutieron los detalles de la teoría óptica y de la matemática involucrada en los cálculos de la refracción de la luz. Huygens analizó otras lentes que había allí e hizo lo mismo con el torno de pulir. En un momento dado, el astrónomo deparó en los papeles llenos de garabatos que Bento había dejado en un montón encima de la mesita. Unos mostraban dibujos a carbón, sobre todo retratos de personas. Se detuvo en uno en particular; ilustraba a un pescador con una camisa y una red por encima del hombro derecho.

—¿Son suyos?

—Es una pequeña distracción mía —dijo Bento—. El propietario de esta casa, el señor Tydeman, es pintor y me ha enseñado los rudimentos de su arte. Así que, cuando estoy cansado, me entretengo dibujando.

—Pues mire, este pescador tiene su mismita cara...

—No me sorprende. Lo dibujé mirándome en el espejo.

—Le va a gustar conocer a mi hermano Constantijn. Creo que tienen mucho en común. Además de trabajar con lentes, Constantijn también dibuja.

La atención de Huygens se desvió hacia un conjunto de hojas escritas de arriba abajo, con letra nerviosa; intentó leer una página pero se dio cuenta de que se trataba de un texto en latín.

—Es un libro que estoy escribiendo —explicó el filósofo—. Ya sabe, con la peste y estos largos confinamientos, he tenido más tiempo libre y por eso he avanzado bastante en la escritura. Pero todavía me falta terminarlo y limar algunas cosas.

Huygens se fijó en el título escrito en la primera página.

—Ajá... *Philosophia*.

—Es una exposición de mis ideas sobre Dios, la naturaleza, el hombre y la ética que debemos practicar para alcanzar la alegría. Pero un amigo mío, que murió hace días por culpa de la bubónica, pobre, me sugirió que buscara otro título. Es algo que tengo que volver a pensar.

En medio de los papeles, el astrónomo encontró un libro con el sello de Rieuwertsz; se trataba de la obra que Bento había publicado con sus lecciones que exponían la filosofía de Descartes. Curioso, al constatar que se trataba de un libro de su anfitrión, el visitante lo hojeó.

—¿Sabe a quién conocí?

—¿A quién?

—A Descartes —dijo Huygens, que todavía manoseaba el ejemplar—. Era amigo de mi padre, con quien mantenía correspondencia y fue a mi casa algunas veces. Incluso llegó a ver algunos de mis trabajos de geometría, fíjese.

El anfitrión miró al visitante con admiración.

—Y... ¿cómo era en persona?

—Conmigo fue siempre agradable —fue su respuesta—. Pero debo confesar que no me convencen los criterios que estableció para llegar a la verdad ni las pruebas que presentó sobre la existencia de Dios.

—La cuestión de Dios es uno de los puntos débiles de la teoría cartesiana, sin duda.

Después de hojear el libro, Huygens lo devolvió al lugar de donde lo había cogido.

—¿Qué piensa sobre lo que él escribió a propósito de la libre voluntad?

—Voy a omitir todo lo que Descartes dijo sobre la libre voluntad, porque es falso.

—¿Falso? —se sorprendió el astrónomo—. ¿Por qué dice eso?

Bento se acercó a un telescopio que había construido para un cliente. Hasta que se lo llevara lo había colocado en la ventana, apuntando hacia la Luna, los planetas y las estrellas en las noches limpias.

—Cuando mira por su *telescopium* hacia el universo y ve alrededor de Saturno la luna y esa sombra que parece un anillo, ¿cree que esos fenómenos surgen con un espíritu y tienen libre voluntad?

La pregunta arrancó una sonrisa a Huygens.

—Eso de los poderes ocultos de la materia es escolástica aristotélica ya obsoleta —respondió—. La materia no tiene un espíritu

que la anima como los hombres tienen un alma, eso es evidente. Los fenómenos naturales se explican en términos de materia en movimiento y en obediencia a las leyes fijas de la naturaleza, como sabemos desde Galileo y Descartes.

—Entonces, ahí tiene su respuesta.

—Espere un momento, yo no estoy hablando de movimientos de planetas ni de cualquier otro fenómeno natural —corrigió Huygens—. Estoy hablando de los seres humanos. Descartes decía que la libre voluntad existe entre los hombres y eso a mí me parece evidente. Si he venido aquí a visitarle, por ejemplo, es porque he elegido hacerlo, no porque las leyes naturales me hayan obligado.

—¿No le aconsejaron Hudde y Oldenburg que viniera?

El astrónomo sonrió; obviamente, la pregunta iba destinada a mostrarle que algo había causado su visita.

—Me lo aconsejaron, es cierto, pero he sido yo quien ha decidido venir.

—Usted... ¿o su enorme interés por las lentes?

—Bueno... eh.... sí, eso ha contribuido, sin duda. Pero, insisto, la decisión resulta de una elección libre que yo he hecho.

A pesar de la crítica que el astrónomo había hecho sobre Descartes debido a la prueba que el filósofo francés había presentado sobre la existencia de Dios, Bento se dio cuenta de que había conceptos cartesianos erróneos que permanecían profundamente arraigados en la mente de los hombres de ciencia más racionales. Sabían que los objetos no se movían por libre voluntad, sino por necesidades impuestas por las leyes de la naturaleza. Sin embargo, insistían en considerar que los seres humanos constituían una especie de excepción en ese normal funcionamiento del orden natural, como si los hombres no pertenecieran a la naturaleza, sino que estuvieran fuera de ella. Ese era un equívoco que urgía corregir.

—Como sabe, en la naturaleza todas las cosas se determinan por la necesidad —recordó el filósofo—. A una determinada causa, le sigue necesariamente un determinado efecto. Solo consideramos que una cosa es contingente cuando nos falta información. Eso significa que Dios existe necesariamente, no contingentemente. De esta forma, la voluntad no es una causa arbitraria, sino necesaria. Nada sucede que no esté determinado por una causa, y esta por otra, así *ad infinitum*. Como consecuencia, la voluntad no es una causa arbitraria, sino necesaria o compelida. Es decir, Dios no actúa de libre voluntad. Él no podría haber hecho las cosas de otra manera, tan solo de la manera como las hizo.

—Ya, pero si todas las cosas suceden por necesidad, procedentes

de Dios, ¿cómo se explica que haya tantas imperfecciones en la naturaleza?: que las cosas se degraden hasta que apestan; deformidades que dan asco; confusión, maldad, crímenes, *etc.*

—Todo eso tiene una respuesta fácil. Las cosas no son más o menos perfectas para agradar u ofender los sentidos humanos, tampoco porque beneficien o perjudiquen a la naturaleza humana. A aquellos que se preguntan por qué motivo Dios no ha creado a todos los hombres de forma que puedan actuar solo según los dictámenes de la razón, respondo: porque las leyes de Su naturaleza son tan vastas que son suficientes para la producción de todo lo que puede concebirse por el intelecto divino.

Al escuchar estas palabras, Huygens no tuvo claro si había entendido bien lo que su interlocutor pensaba sobre Dios.

—Claro, en la naturaleza todas las cosas son determinadas por la necesidad, eso es evidente — confirmó el astrónomo—. No obstante, sobre Dios no me parece que sea así. No se olvide de que Él es todopoderoso. Eso significa que hace lo que quiere.

—Que Dios no hace lo que quiere es una evidencia demostrada por simple deducción lógica —contrapuso Bento—. Hay quien piensa que Dios es una causa arbitraria porque, según ellos, Él puede hacer cosas que en mi opinión están en Su naturaleza. Pero eso no equivale a decir que Dios consiga hacer cosas que están en la naturaleza de un triángulo o que una determinada causa no provoque un efecto, lo que es absurdo. Para la existencia o la no existencia de algo, tiene que existir una razón o causa.

—Que todo requiere una causa es evidente, pero en el caso de Dios, ¿cuál es la causa para su existencia?

—Si no existe causa ni razón que impida que algo exista, entonces necesariamente existe. Como consecuencia, si no existe una razón o causa que imposibilite la existencia de Dios, tenemos que concluir de forma absoluta que Él necesariamente existe. Todas las cosas están en Dios, Él es la causa de las cosas que están en Él y fuera de Él nada existe. Si Dios es la causa de todo, y ya que Él es todo, eso significa que Él es la causa de Sí mismo. Las cosas individuales no son más que derivaciones de los atributos de Dios.

Huygens se rascó la cabeza.

—Al oírle hablar, me da la impresión de que nosotros formamos parte de Dios...

—Si Dios es todo y si nosotros nos integramos en ese todo, esa es una deducción lógica inevitable.

—Si está en lo cierto, las consecuencias de algo así son enormes, como debe calcular —comentó el visitante—. Significaría en nosotros

que hay algo divino. Pero estamos divagando. Mi duda se encuentra específicamente en los hombres. ¿Por qué dice que no tenemos libre voluntad?

—No divagamos porque al hablar de la libre voluntad de Dios también estamos hablando de la libre voluntad del hombre —contrapuso Bento—. Si Dios no tiene un comportamiento arbitrario, sino necesario, ¿por qué narices lo íbamos a tener nosotros? Los hombres se equivocan porque creen que son seres libres y la única razón para creer eso es porque no son conscientes de sus propias acciones e ignoran las causas que las determinan. La idea de libertad de los hombres radica en el desconocimiento de la causa de sus acciones; pues decir que sus acciones dependen de su voluntad es un error. Nadie sabe lo que es la voluntad y los que pretenden saberlo, incluso la localizan en lugares que albergan el alma, lo que da la risa o nos hace negar con la cabeza. De la misma forma, cuando miramos hacia el sol, imaginamos que está solo a doscientos metros; el error no está solo en nuestra imaginación, sino también en el desconocimiento de la verdadera distancia a la que se encuentra el sol, y las causas de nuestra imaginación. Pues, aunque después sepamos que el sol se encuentra a más de seiscientos diámetros de distancia de la Tierra, seguimos imaginándolo cerca, ya que nuestros cuerpos se ven afectados por él.

—¿Está diciendo que nuestra libre voluntad no es más que una ilusión?

—Exacto.

El astrónomo negó con la cabeza.

—Le voy a mostrar que se equivoca. —Levantó la mano—. ¿Qué voy a hacer con la mano? ¿La voy a girar hacia la izquierda o hacia la derecha? Yo elijo. —La giró hacia la derecha—. ¿Lo ve? Yo he elegido la derecha. Así que lo he hecho de libre voluntad.

Bento hizo una mueca.

—Señor Huygens, no ha demostrado que tiene voluntad propia, solo ha demostrado que no es consciente de su inexistencia —aclaró—. Por voluntad entiendo la capacidad de afirmar o negar lo que es verdadero o falso, no un deseo. Ahora bien, en la mente no existe voluntad libre o absoluta; la mente está determinada por una causa, que también está determinada por otra causa, a su vez por otra y así *ad infinitum*. Los hombres creen que el cuerpo se mueve solo según la voluntad de la mente y el poder del pensamiento. Pero los sonámbulos, dormidos, hacen numerosas cosas que no se atreverían a hacer cuando están despiertos, lo que demuestra que el cuerpo hace solo muchas cosas que provienen únicamente de las leyes de la

naturaleza, cosas que sorprenden a su propia mente.

—Entonces, ¿y el arte? —preguntó Huygens—. La arquitectura, la pintura y cosas parecidas no pueden reducirse a las leyes de la naturaleza. El cuerpo humano no sería capaz de erigir un templo si no fuera guiado por la mente. Eso muestra que hay algo más allá del cuerpo.

—Mente e inteligencia son solo uno, son lo mismo —insistió Bento—. Si la mente integra el cuerpo, y si el cuerpo obedece a los principios de causa-efecto que rigen la materia, eso significa que la mente está determinada por una cadena infinita de causas y efectos. Cuando los hombres dicen que esta o aquella acción es resultado de la mente sobre el cuerpo, no están viendo las cosas como son verdaderamente. ¿No nos enseña la experiencia que cuando el cuerpo no está bien, la mente no consigue pensar de la misma forma? Cuando el cuerpo duerme, la mente también duerme y no tiene la capacidad de pensar que demuestra cuando el cuerpo está despierto. Hacemos muchas cosas de las que nos arrepentimos, creyendo que lo hacemos todo libremente. Así, el niño cree que busca el pecho de su madre por voluntad propia; el chico enfadado cree que es por voluntad propia que busca venganza; el hombre asustado cree que es por voluntad propia que huye; el borracho cree que es por voluntad propia que dice cosas que cuando esté sobrio desearía no haber dicho. Los hombres creen que son libres simplemente porque son conscientes de sus actos, pero desconocen las causas que los determinan. Todo esto muestra que los dictados de la mente, el apetito y la voluntad del cuerpo coinciden en la naturaleza, son lo mismo. Los que creen que hablan o se callan o hacen algo debido a un dictado libre de la mente, sueñan despiertos.

El astrónomo levantó los brazos.

—¡Vale, me rindo! —exclamó con una sonrisa—. ¡Señor De Spinoza, es demasiado fuerte para mí!

—Cada maestro en su oficio, señor Huygens.

Las campanas de la iglesia, justo al lado de la casa, tocaron anunciando la hora.

—¿Ya? —se sorprendió el visitante—. ¡Dios mío, tengo que volver a casa! —Se metió la mano en el bolsillo—. ¿Cuánto le debo de la lente?

—Diez florines.

El astrónomo le entregó el dinero.

—Le pago por voluntad propia, ¿eh?

—Pero ciertamente desconoce la causa por la que lo hace.

Los dos se rieron.

Antes de separarse quedaron en que volverían a encontrarse

siempre que la ocasión así lo permitiera; cuando Huygens viniera a Hofwijk pasaría su estancia en casa del filósofo, y cuando Bento fuera a La Haya, visitaría la casa del astrónomo. Así, podrían pasarse informaciones sobre sus descubrimientos y pensamientos ya que era, a fin de cuentas, la forma de descifrar el mundo.

XXVIII

Sentado en un despacho en la iglesia de Voorburg, Bento iba redactando los términos de la petición dirigida a los magistrados de Delft. El documento iba destinado a la comisión e indicaba la elección de un nuevo predicador para sustituir al fallecido Jacob, víctima de la peste. Como conocía las capacidades intelectuales de su huésped, Daniel Tydeman, que pertenecía a esa comisión, le había pedido que le ayudara a redactar el texto, en el que habían trabajado sobre todo los argumentos que sustentaran la elección del predicador ceilandés Van de Wiele.

El filósofo estaba concentrado escribiendo la petición para que los demás la firmaran; mientras no acabara, los otros tres miembros de la comisión no tenían nada que hacer.

—¿Habéis oído las noticias? —preguntó uno de ellos, el obispo Van Gaelen, en un susurro para no molestar a Bento en su trabajo—. Parece que nuestros navíos han entrado por sorpresa en el Támesis y han destruido la flota inglesa. ¡Qué grandes!

Tydeman desconfiaba.

—¿No será un rumor?

—Me llega de buenas fuentes —aseguró el obispo—. Hemos metido ochenta navíos de nuestra escuadra en el Támesis y... pumm, hemos machacado a esos arrogantes. Parece que hemos capturado el *Royal Charles*.

Los otros dos miembros de la comisión se bendijeron; una victoria de esas y la captura del mayor navío de la armada inglesa en el corazón de la propia Inglaterra era un hecho nunca visto en los anales de la historia.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Tydeman—. Si eso es cierto, considerando que Inglaterra ahora está peor que nosotros en cuanto a la peste, los ingleses van a tener que parar la guerra.

—¡Dios lo quiera! —dijo el tercer miembro de la comisión, el antiguo obispo Rotteveel—. Todo esto es pésimo para los negocios. Nuestros navíos mercantes hasta tienen miedo de navegar en altamar.

—¿Cree que los ingleses nos van a devolver Nueva Ámsterdam?

—A ver, a ver...

La guerra con Inglaterra, que había eclosionado en plena peste en las Provincias Unidas, comenzó muy mal, con derrotas sucesivas en el mar; además, Francia ya no cumplía su compromiso de honrar el tratado de asistencia militar mutua que habían firmado hacía pocos años en La Haya. Pero rápidamente las cosas empezaron a cambiar.

Con mayor capacidad económica, las Provincias Unidas empezaron a construir navíos de guerra más poderosos. Forzados por los acontecimientos, Francia y Dinamarca finalmente declararon la guerra a Inglaterra, al tiempo que la bubónica llegaba a las islas británicas y por todas partes provocaba una gran devastación, sobre todo en Londres; por lo que se decía, el rey Carlos II y su «papista» portuguesa se habían visto forzados a abandonar la capital. En esas condiciones, era evidente que la guerra no iba a poder durar mucho más tiempo.

—Ya está.

Las miradas se posaron en Bento, que por lo visto había terminado de redactar la petición. Los tres miembros de la comisión leyeron el texto y, con un movimiento sincronizado de cabezas, mostraron su aprobación.

—¡Excelente! —asintió Tydeman—. Con esta argumentación, seguramente los magistrados de...

La puerta se abrió de par en par con un gran estruendo y un grupo formado por cuatro hombres entró de golpe en el despacho; eran *predikanten* calvinistas que todos reconocían.

—No aceptamos la elección de la comisión —declaró el *predikant* que parecía ser el líder del grupo que acababa de llegar—. ¡No queremos al predicador que han elegido!

—¡Bueno, bien! —se sorprendió el obispo Van Gaelen—. ¿Por qué?

—Es un cartesiano.

Entre los calvinistas, la expresión se usaba como un insulto.

—El predicador elegido es un gran conocedor de las Sagradas Escrituras —argumentó el obispo—. Además, es la elección de la comisión, que ha sido nombrada específicamente para seleccionar al nuevo predicador de nuestra iglesia.

—La comisión ha sido nombrada para elegir a un nuevo predicador que tema a Dios, no a un cartesiano. Elegir a un cartesiano para predicar en nuestra iglesia es una provocación deliberada. La elección que han hecho no es del agrado de la mayor parte de las personas que van a nuestra congregación y por eso tienen que retirarla. Preferimos al pastor Westerneyn, él sí es un verdadero cristiano.

—¡No podemos aceptar algo así!

—Van a tener que hacerlo. Los burgomaestres están de acuerdo con nuestra elección.

—Si así es, ¿por qué nos han nombrado?

El jefe de los *predikanten* señaló a Bento con tono acusador.

—Porque no imaginábamos que la comisión se iba a dejar

influenciar por ese hombre, ¡hijo de padres judíos! —vociferó el calvinista—. ¡No le llamo judío porque ha traicionado hasta a su propia religión!

—¡No tiene que mencionar para nada al señor De Spinoza, no viene a cuento!

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

Los tres miembros de la comisión se miraron, incómodos.

—Bueno... eh... está aquí para...

El *predikant* cogió la petición que Bento acababa de redactar y la exhibió como un trofeo.

—¿Quién ha escrito esto? ¿Quién ha escrito esto, eh?

—El señor De Spinoza es un filósofo con obra publicada y solo nos está ayudando a fundamentar la petición —explicó Tydeman—. No tiene nada que ver con la elección de Van de Wiele como predicador. Ésa es nuestra elección.

—Si está fundamentando la petición, es evidente que está involucrado en la elección del nuevo predicador —insistió el jefe del grupo calvinista—. Digan lo que quieran, el hecho es que este hombre es un peligro para la sociedad. Se dice por ahí incluso que es un ateo o, por lo menos, alguien que se burla de las religiones, y eso es perjudicial para nuestra sociedad.

Tydeman iba a replicar, pero Bento le hizo un gesto para decirle que quería ser él quien respondiera y se dirigió directamente a su adversario; aquellas acusaciones eran peligrosas y había personas a las que detenían por menos, por lo que tenía que contradecir aquellas palabras.

—¿Tendría la amabilidad de decirme su nombre, por favor?

El *predikant* se cruzó de brazos y lo miró con semblante desafiante.

—Me llamo Frans Velthuysen.

—Señor Velthuysen, sus acusaciones son perversas y debería avergonzarse de lanzarlas contra mí —dijo el filósofo, controlando la tensión—. Si usted me conociera verdaderamente, no sería tan convincente a la hora de decirle a todo el mundo que enseño ateísmo. Los ateos son habitualmente amantes de honras y riquezas, que yo siempre he despreciado, como saben todos los que me conocen bien.

—Ya, pero todos saben también que usted no respeta la religión.

—Eso no es cierto —negó Bento—. Lo que yo no respeto es la superstición. Porque si yo digo que Dios existe, que Él es todo y es infinito, que Dios es el origen y el fin de todas las cosas, que nada sucede sin Él, todo sucede por causa de Él, ¿cómo puede venir a decir que yo soy ateo? Ateo es aquel que no cree en la existencia de Dios.

Yo creo en Su existencia. En lo que no creo es en la superstición, que es muy diferente. No creo que Él sea igual a los hombres ni que tenga pasiones como los hombres. No creo que Él se enfade, que se equivoque, que se arrepienta, se vengue, que cambie las leyes de la naturaleza que Él mismo ha creado, porque eso significaría que Él había concebido mal esas leyes. Y le digo más, señor Velthuysen: el verdadero creyente no es el virtuoso que obedece los mandamientos como un esclavo tan solo porque tiene miedo de ser castigado por Dios, sino aquel que es virtuoso por convicción, sin miedo a castigos terrestres o divinos, que no busca recompensas en esta o cualquier otra vida.

—Me he limitado a repetir lo que se dice por ahí.

Bento era consciente de que allí no había nada más que hacer, por lo que se levantó y se puso el abrigo.

—Oh, señor Velthuysen, también se dicen muchas cosas sobre usted y yo no voy por ahí difamándole.

Sin más, salió del despacho y también de la iglesia a paso lento. Estaba furioso y se sentía humillado. Estaba harto de ese tipo de gente: de los rabinos, que decretaban un *herem* contra quien pusiera en tela de juicio la Torá; de los *predikanten*, que vilipendiaban a quien se desviara de la Biblia; de los conservadores, que antagonizaban con quien usara la razón para interpretar el mundo. Aquel tipo de gente representaba una barrera al progreso y no podían tener el poder de interferir en la búsqueda del conocimiento. Los prejuicios de los religiosos eran en realidad el mayor obstáculo al desarrollo de la ciencia y de la humanidad.

Entró en casa y fue directamente a la habitación. Se colocó junto a la ventana para que un rayo tenue de sol le acariciara el rostro. Cerró los párpados y respiró hondo, dejando la mente en blanco para tratar de serenarse. Aquella situación no podía seguir así. Tenía que actuar. Pero ¿qué podía hacer para poner en tela de juicio el poder de los religiosos, un poder que conquistaban y mantenían a costa de manipular sin ningún tipo de vergüenza las supersticiones de las personas? Nada. No podía hacer nada. Estaba en el país más libre del mundo y se sentía enjaulado. Necesitaba aire, necesitaba encontrar su espacio, quería poder decir lo que pensaba sin someterse a difamaciones. Se sentía sofocado y necesitaba libertad. Si eso ni siquiera era posible en el país de De Witt, ¿en dónde sería?

Durante algunos momentos, la imagen del gran pensionario perduró en su mente como el humo de un cigarro ya apagado. Seguramente, en el país de De Witt había algo que se pudiera hacer. De nada valía quejarse. Tenía que actuar. Y actuar significaba

desmontar la superstición. La idea lo iluminó como un relámpago en medio de la noche. ¡Eso era! ¿Y quién era la mejor persona para hacerlo? ¿Quién en todo el mundo sería capaz de conciliar el conocimiento hebreo bíblico con el conocimiento del método cartesiano? ¿Quién tenía simultáneamente conocimientos profundos de las ideas racionales de Maimónides y de Descartes? ¡Él! ¡Solo él! Es más, si no le fallaba la memoria, incluso tenía... incluso tenía...

Se precipitó sobre el cajón en el que guardaba sus papeles y del interior sacó un viejo texto que años atrás había escrito como consecuencia del *herem* que habían decretado contra él los señores del *ma´amad*. El título tenía la marca de su mano, *Apología para justificarse de su abdicación de la sinagoga*. ¿Podría usar ese texto? No, claro que no. Había escrito su *Apología* para responder a rabinos y en ese momento lo que necesitaba era un programa más vasto. Tuvo otra idea. ¿Por qué no usar ese texto, en el que desmontaba la superstición y la mostraba como base del poder de los religiosos, para escribir y publicar un libro sobre el asunto a partir de él? Un libro, no. Tendría que ser algo más ambicioso que eso. Un tratado.

Excitado, se sentó en su mesa de trabajo y, con mirada febril, cogió una pluma, mojó la punta en la tinta y, durante algunos instantes la mantuvo suspendida sobre el papel, mientras consideraba el título de la obra. Siendo un tratado y siendo el tema la superstición, el nombre más adecuado sería... ¿por qué no *Tractatus Theologico*? El título le agradó. Sí, *Tractatus Theologico*, ya que era de teología de lo que trataba. No de una teología apologética, entiéndase bien, sino analizada puramente bajo el prisma de la razón. Una teología que fuera hasta donde ni Maimónides ni Descartes se habían atrevido a ir. Una teología sometida a un análisis racional sin concesiones ni compromisos. Una teología que nunca antes había hecho un hombre.

Su idea era exponer los prejuicios de los religiosos, fueran ellos rabinos, predicadores cristianos o de cualquier otra religión, para acabar así con las ideas falsas que ellos propagaban y a costa de las que se mantenían en el poder. También demostraría que las sucesivas acusaciones que escuchaba de todo el mundo de que era un ateo no tenían fundamento. Había sentido esa acusación en la piel cuando le impusieron el *herem*, también hacía unas horas. Para enfrentarse a la ignorancia, mostraría cómo los religiosos usan la superstición y el miedo para manipular a las personas y cómo los cristianos predican sobre el amor pero practican la violencia, cómo los judíos no tienen nada de especial en relación a otros pueblos, cómo la Ley de Moisés significaba simplemente obediencia al Estado y cómo las profecías eran la voz de los profetas y no la voz de Dios, cómo la Biblia estaba

llena de anomalías y sus verdaderos autores no eran ni Dios ni Moisés y cómo los milagros no existían. No era algo fácil. No obstante, después de haber visto aquel día a los *predikanten* en la iglesia haciendo lo que querían, como si fueran intocables, era necesario un grito de rebelión. El tratado sería ese grito.

Se sumergió en pleno proceso creativo de concepción de los principios y de la estructura del nuevo libro con base en la apología que había escrito para el *herem* y solo en ese momento se dio cuenta de que había un sobre encima del *ledikant*. ¿Qué hacía esa carta ahí? Debía de haber sido Margarita, la mujer del señor Tydeman, que, en ausencia de ambos, la habría dejado allí, concluyó. Fue a buscar la carta e identificó el remitente: Trijntje de Vries, la hermana de Simon. ¿Qué querría decirle? ¿Por qué no había sido el propio De Vries quien le escribía?

Intrigado, rasgó el sobre por el borde y sacó la hoja. Se trataba de una nota corta escrita por Trijntje con su letra redonda, le informaba que su hermano Simon de Vries se estaba muriendo.

XXIX

La casa de los De Vries en pleno Singel, que solía ser un espacio alegre típico de los *burgerij* holandeses, con una fachada ricamente decorada y la puerta de entrada coronada por un arco rústico quebrado, tenía un aspecto sombrío esa mañana. Quien vino a la puerta fue la propia Trijntje, para recibir a Bento y encaminarlo al espacioso atrio *voorhuis*.

—¿Cómo se encuentra?

—No ha pasado buena noche, fiebre alta y muchos delirios, pero por la mañana suele estar siempre mejor.

Tras dos años muy complicados, marcados por varios confinamientos y miles de muertos por todo el país, la peste había terminado. Pero perduraba el temor a que volviera, ya que la epidemia proseguía en Inglaterra y siempre quedaba la posibilidad de que se desencadenan nuevos focos.

—No es la bubónica, ¿cierto?

—No. Parece que se trata de algún desequilibrio de humores. Le hemos hecho varias sangrías, pero no han funcionado.

Hablaban en susurros. Trijntje le condujo por las escaleras hasta el primer piso, donde había un piano noble al estilo de las casas venecianas; allí era donde habitualmente se instalaban las habitaciones más imponentes, una moda en varias casas burguesas de Ámsterdam. Por todas partes se veía armarios con adornos cuidadosamente trabajados, alfombras y cortinas con tejidos nobles; en las paredes había cuadros colgados con navíos, personas y paisajes planos rasgados por canales.

La residencia de los De Vries podía no ser tan magnífica como la monumental mansión vecina de los Huydecopers, pero aun así respiraba opulencia.

La habitación de Simon estaba oscura y olía a ácidos gástricos; sin duda, se trataba de vómitos. Trijntje y Bento se acercaron a la cama, una estructura decorada con cortinas de terciopelo azul. De Vries estaba encogido debajo de las sábanas, pálido y sudado.

Su mirada se animó al ver al visitante.

—¡Maestro! —exclamó con una voz debilitada, dibujando en su rostro una sonrisa. —Ha venido a verme...

—¿Cómo no iba a hacerlo, querido amigo?

De Vries intentó incorporarse, pero le fallaron las fuerzas; fueron su hermana y su amigo quienes le colocaron las almohadas para que estuviera más cómodo.

—¿Es cierto que se ha terminado la guerra?

El paciente abordaba los asuntos del día a día, evidentemente, para aligerar la conversación.

—Felizmente —confirmó Bento—. Vamos a firmar un acuerdo de paz con los ingleses. Pero cuando venía hacia aquí, recibí noticias de Londres. Han detenido a mi amigo Oldenburg.

—¡Oh! ¿Qué ha hecho?

—No se sabe muy bien. Parece que criticó la forma en que los ingleses permitieron que la flota entrara en el Támesis. Al rey no le habrá gustado la crítica. Las autoridades han alegado que los contactos que ha mantenido con filósofos de nuestro país, como Huygens y yo mismo, podrían haber servido para pasar información militar; por eso, lo han encerrado en la Torre de Londres. Ahora está en los calabozos, el pobre.

—Información militar, ¿eh? Maestro, ha de tener cuidado...

—Lo sé.

Ya había pensado en ello. El intercambio de cartas con el secretario de la Royal Society se prolongaba desde hacía unos años y no había cesado con la guerra anglo-neerlandesa. Bento siempre había escrito con total libertad, sin especiales preocupaciones a nivel de seguridad por estar carteándose con alguien que se encontraba del lado enemigo.

Aun así, cuando supo de la detención de Oldenburg se puso a repasar todo lo que había escrito en la correspondencia que había enviado a Londres sobre la situación de las Provincias Unidas. ¿Habría sido indiscreto? Pensaba que no, que lo había dicho todo con inocencia, pero la prisión de su amigo alemán de la Royal Society le mostraba que incluso las cosas más inocuas, los *predikanten* u otras personas que lo criticaban las podrían usar como argumento de espionaje a favor de Inglaterra. De ahora en adelante, habría de tener todavía más cautela cuando se escribiese con alguien en el extranjero.

—Quien no tiene ningún cuidado es el descerebrado de Koerbagh. —Las palabras de De Vries rompieron de súbito aquel silencio—. Me consta que ya ha publicado su libro.

—Koerbagh y Van den Enden —matizó el recién llegado—. Mi antiguo profesor también ha impreso un folleto.

—Tengo curiosidad por leer el de Koerbagh.

Como si estuviera extrayendo oro, Bento sacó un objeto de su chaqueta y se lo mostró a su amigo.

—Aquí está.

Con las manos temblorosas y debilitadas, su amigo cogió el libro. En la parte superior estaba el título: *Een Bloemhof van allerley lieflijkheyd,* es decir, «Un jardín de flores compuesto por todo tipo de

cosas adorables». Por debajo, el nombre del autor. Adriaan Koerbagh.

—Maestro, ¿ya lo ha leído?

—Claro.

—Y... ¿qué tal?

—Bueno, esencialmente se puede decir que reproduce las ideas que a lo largo del tiempo os expuse en nuestras reuniones de los *collegianten*. Por ejemplo, dice que la Biblia no tiene autoría divina y que fue compilada por Ezra a partir de varias fuentes diferentes. También dice que para comprender la verdad de las Escrituras, basta usar la razón humana. En fin, lo que os enseñé, a él y a todos vosotros. Eso es lo que Koerbagh ha escrito en este libro. Es casi como si fuera yo el que hablara a través de él.

El enfermo intentó hojear el ejemplar, pero estaba tan débil que se le cayó al suelo. Bento lo cogió y se lo devolvió. De Vries intentó agarrarlo, pero acabó desistiendo. Se sentía demasiado débil como para poder hacerlo.

—Maestro, léame algunos párrafos.

—No, no. Tiene que descansar.

Su amigo hizo un gesto de súplica.

—Por favor, maestro...

¿Cómo negarse en aquellas circunstancias? Bento cogió el libro de Koerbagh y lo hojeó, buscando los párrafos que previamente había subrayado con carbón. Encontró uno de ellos.

—Aquí habla sobre las hostias y dice que no son más que un pedazo de pan, concluyendo: «ellos se las dan a alguien para que las coma y le dicen que es un hombre, pero no solo un hombre, sino Dios-Hombre». ¡Qué absurdo! —Buscó otro párrafo—. Aquí habla de las partes de la Biblia que no están conforme a la razón: «inútil y vano, se puede rechazar sin la menor dificultad».

Posó el libro en su regazo, como si fuera irrelevante proseguir con la lectura; todo aquello eran cosas que De Vries y el propio Koerbagh le habían escuchado decir en tantas conversaciones, por lo que no veía ninguna utilidad en repetirlas. La única novedad en las páginas del *Een Bloemhof* era que aquellas ideas de Bento habían aparecido impresas de mano de uno de sus más fieles seguidores.

De Vries respiró hondo, con lo que volvió a romper el silencio que se había establecido en la habitación, como si intentara exhalar la tristeza que le consumía, ahora que se sentía tan cerca de su final.

—Maestro —murmuró esta vez con tono pesado—. No me queda mucho tiempo.

—Qué disparate, Simon. Hay muchas personas que se recuperan de las enfermedades. Tú también te vas a recuperar. Solo tienes que...

—Maestro, permítame hablar —le interrumpió su amigo—. No me queda mucho tiempo y hay algo que necesito decirle.

—Te vas a librar de esto, puedes estar seguro —insistió Bento, intentando poner algo de esperanza y confianza en sus palabras—. Pero si quieres desahogarte, puedes hacerlo...

El enfermo tragó en seco.

—Como sabe, no me he casado ni tengo descendencia —dijo—. He hablado con mi hermana sobre esto. Estoy preparando mi testamento, por si la enfermedad... en fin, me lleva. Estaba pensando en hacerle mi único heredero.

El visitante se sobresaltó.

—¿Yo? ¿Su heredero?

—Sí, maestro. Voy a firmar el testamento hoy, para quedarme tranquilo.

Bento negó con la cabeza vigorosamente.

—¡Ni se te ocurra! ¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué no, maestro?

—Porque... porque no puedes. —Señaló hacia Trijntje—. Tienes familia, Simon. Por mucha amistad que sientas por mí, no puedes dar tus bienes a un extraño. Eso no es normal.

—Maestro, usted no es un extraño.

—Pero lo que no soy es alguien de tu familia. ¿Acaso estás enfadado con tu familia?

—Claro que no.

—Entonces, no le puedes hacer eso a los tuyos. Son tu familia.

—Maestro, usted lo necesita más que los míos —argumentó De Vries—. Su trabajo es demasiado importante. Necesita desvelar los misterios de Dios y de la existencia. Mi deber es ayudarle. Ese es el propósito de mi paso por esta vida.

—Tengo una existencia frugal y me contento con los rendimientos que me genera la venta de mis lentes. No necesito nada más, créeme. Debemos buscar solo el dinero o cualquier otra cosa en la medida en que sea suficiente para sustentarnos. Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería y que tu herencia será para los tuyos.

—Pero...

—¡Promételo!

De Vries suspiró, cansado y vencido.

—Que así sea.

Los dos conversaron un poco más, recordando episodios que habían vivido juntos. El más intenso era aquel en que De Vries había socorrido a Bento cuando lo acuchillaron en el teatro, pero había tantos que cabía la posibilidad de que la conversación se prolongara el

resto del día y así el paciente no iba a conseguir descansar. Además, por evidentes razones de seguridad, era desaconsejable que permaneciera demasiado tiempo junto a él.

La tarde llegaba a su fin cuando Bento se levantó y se despidió de su amigo, con la promesa de que volvería al día siguiente. Cuando Trijntje lo conducía hacia la puerta, De Vries le llamó.

—Maestro, usted que ya ha indagado en todos los secretos, aún tengo una pregunta que hacerle sobre uno de los mayores misterios de la vida. ¿Conseguirá responderme?

—¿Qué te inquieta, mi amigo?

De Vries se quedó largo rato mirándole, como si buscara en su interior el valor para formular la pregunta; no porque temiera la respuesta, sino porque le avergonzaba exponer su debilidad.

—¿Cómo... cómo será la muerte?

Bento se compadeció del sufrimiento de su amigo y volvió a su lado, para cogerle la mano de forma calurosa.

—La muerte está en la naturaleza, no debemos temerla —le dijo—. Enfréntate a ella con la razón, no con la emoción. Cuanto más comprendemos, menos sufrimos con las pasiones malas y menos tememos a la muerte. Las mentes que ascienden al conocimiento no temen a la muerte. La vida es un cambio constante. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento, menos nos incomodará la muerte. La parte humana que desaparece con el cuerpo, cuando la comparamos con la parte que permanece, es insignificante.

—Y... ¿cuál de esas partes es la que permanece, maestro?

—Las ideas, Simon. Las ideas.

De Vries pestañeó, sin entender el alcance de la respuesta.

—¿Cómo dice, maestro?

Su amigo le atusó el pelo a modo de despedida, y volvió a salir. Se paró en la puerta y se giró hacia el enfermo.

—Un hombre libre no piensa en la muerte —le dijo—. La sabiduría no es meditar sobre la muerte, sino sobre la vida.

Vio cómo se le apaciguaba el rostro pálido y huesudo de De Vries, como si aquellas palabras tuvieran el poder anestesiante del opio. Su cabeza llena de largos cabellos rubios se ahondó en la almohada, cerró los párpados y finalmente se dejó llevar por el sueño. Bento guardó esa imagen en su memoria como si fuera una pintura de Van Rijn y, tras una pequeña pausa, dio media vuelta y salió.

Fue la última vez que vio a su amigo.

Tercera parte

Verdad

No nos podemos satisfacer con nada que no sea la verdad.

SPINOZA

I

Una pequeña multitud se aglomeró en el cementerio de Ámsterdam en aquel día triste de lluvia fina. Nubes oscuras cargaban el cielo y el gris del día reflejaba el estado del alma del cortejo que acompañaba la marcha lenta del féretro. Entre familiares y amigos de De Vries, Bento iba en medio de Jarig y Meyer, con Rieuwertsz y Koerbagh delante. Un poco más atrás venía Van den Enden, con sus hijas; Clara María estaba en el grupo y miró a Bento con tanta intensidad que reavivó en él una vieja llama.

Durante el funeral, el filósofo mantuvo sus emociones bajo control, no solo porque era algo a lo que estaba habituado desde pequeño, sino también porque creía que la muerte era la naturaleza que seguía su curso. No tenía ningún sentido ir en contra de la naturaleza. Las cosas eran así y no de otra forma. Tenía que soportar las contrariedades, superar los momentos difíciles y seguir de frente. Algo del viejo fatalismo portugués quedaba aún vivo en él.

La ceremonia en la iglesia fue simple, como sucedía en general en los funerales neerlandeses. Tras el entierro, Trijntje invitó a los amigos más cercanos de su hermano a tomar un té. Cuando llegaron a la mansión de los De Vries, en Singel, se encontraron las ventanas cubiertas con telas blancas, una tradición para proteger la casa de los daños causados por el alma del fallecido. El hábito, obviamente, nunca había dado resultado en aquella residencia, teniendo en cuenta la sucesión de muertes recientes en la familia; todos los hermanos masculinos de De Vries ya habían muerto y lo mismo había sucedido con su madre, por culpa de la peste.

Ya en el interior de la mansión, Bento se alejó de sus amigos y se dirigió a Clara María, que charlaba con su padre. Justo en el momento en que iba a llegar a hablar con ella, sintió que alguien le tiraba del brazo; era Trijntje de Vries.

—Necesito hablar con usted, señor De Spinoza.

El filósofo dudó. Sus ojos saltaban entre la hermana de De Vries y Clara María. Hacía mucho tiempo que no veía a la hija mayor de Van den Enden; después de la mirada que ella le había lanzado en el cortejo, tenía ganas de hablar con ella...

—¿No puede esperar?

—Prefería que fuera ahora, si no le importa.

Sin alternativa y después de mirar a Clara María para pedirle que le esperara un poco más, Bento acompañó a Trijntje. Se metió por el pasillo, subió las escaleras y lo llevó hasta un despacho en el primer

piso; el despacho de la casa. Una vez dentro, cerró la puerta y fue derecha al cajón de una mesa, sacó un sobre.

—Este es el testamento de Simon —reveló—. Ha dejado escrito que se le paguen quinientos florines anualmente. —Sacó las hojas dobladas de dentro del sobre y se las extendió—. ¿Las quiere leer?

Bento negó con la cabeza.

—Ah, qué cabezota —murmuró—. Se lo agradezco, Trijntje, pero no puedo aceptarlo.

—No soy yo quien le da el dinero. Es mi hermano.

—Precisamente por ser su hermano, lo que él ha dejado es para la familia. Aunque sea amigo de Simon, no soy de la familia. Pensaba que había quedado claro.

—Puede estar tranquilo, mi hermano me ha legado la mayor parte de sus bienes. Pero a usted, señor De Spinoza, ha querido dejarle estos quinientos florines anuales. Como hermana y fiel depositaria de sus últimas voluntades, tengo que hacer lo que él pidió.

—Oiga, soy frugal en la forma como llevo mi vida —explicó el filósofo—. Tengo hábitos simples, consumo poco y lo que gano con mis lentes, con una u otra clase que doy a los alumnos de la universidad, me llega para vivir. Aquellos que conocen el verdadero valor del dinero viven según sus necesidades y se contentan con poco. —Se giró dirigiéndose hacia la puerta, con la intención de regresar junto a sus amigos—. Por eso, se lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

Al verle abrir la puerta para irse, el rostro de Trijntje se endureció, de golpe.

—Puede y va a aceptarlo.

La gravedad repentina en el tono sorprendió a Bento.

—Ese dinero no me pertenece —insistió—. No puedo quedármelo. Sería inmoral.

—Vaya, hombre y, ¿por qué?

—De mí nadie dirá que viví a costa de otros —explicó el filósofo, determinado a no ceder a la tentación—. Vivo con lo suficiente y me contento con poco.

La hermana de De Vries se enervó con aquella obstinación que para ella era incomprensible. Se acercó a él y le puso las hojas del testamento delante, como si se las quisiera pasar por la cara.

—¿Simon le ha elegido heredero y usted va a negarse a su última voluntad? —le preguntó Trijntje con tono acusador—. ¿De verdad va a ser capaz de negarse el mismo día de su entierro? ¿Para usted, eso es la verdadera moralidad?

La hermana de De Vries tenía razón, no podía negarlo. Su amigo

había tenido un último gesto de amistad y él, ¿lo iba a rechazar? ¿Con qué derecho? Se atusó el fino bigote y ponderó una solución.

—Le sugiero un compromiso —acabó proponiendo—. En vez de recibir la totalidad de esa cantidad, que de hecho es demasiado elevada y solo me iba a servir para suscitar tentaciones que me podrían descentrar, acepto la mitad.

—Como debe calcular, señor De Spinoza, mi interés sería quedarme con el dinero que usted absurdamente rechaza —respondió ella—. Lo que pasa es que mi voluntad aquí no cuenta nada. Simon quería que se le atribuyera un rendimiento anual de quinientos florines. Como su hermana y fiel depositaria de su herencia y testamento debo encargarme de que se cumplan sus últimas voluntades. Usted y yo le debemos eso. Le ruego por favor, que acepte lo que Simon le ha dejado.

—Al aceptar la mitad, estoy conciliando la voluntad de Simon con mi voluntad —observó Bento—. Me parece una solución equilibrada.

Trijntje bajó la mirada hacia el testamento como si buscara en él la respuesta de su hermano a ese problema inesperado.

—Comprendo su punto de vista —dijo—. Pero, si me lo permite, señor De Spinoza, tendrá que inclinarse un poco más hacia el lado de Simon. ¿Qué le parece trescientos florines anuales? Acepte, al menos por respeto a su memoria.

Realmente, no podía decir que no. Sellaron el acuerdo y Trijntje fue a un cofre que había detrás de un retrato de su padre y extrajo de su interior un fajo de billetes, que contabilizó antes de entregárselo. Bento miró los trescientos florines con sentimientos encontrados, en cierta forma representaban a De Vries, como si fuera su propio amigo quien le extendía la mano desde el otro lado de la vida para dejarle un recuerdo de sí mismo; pero también le mostraba hasta qué punto la existencia de una persona se reducía a la nada, pues solo era eso lo que representaba aquel simple fajo de papeles al que los hombres llamaban dinero.

II

Al regresar al salón en el que se reunían los familiares y amigos de De Vries que habían comparecido al funeral, Bento buscó a Clara María y no la encontró. Vio a Van den Enden y pensó en ir a hablar con él, pero su antiguo maestro parecía ocupado, por lo que aplazó el encuentro para cuando su hija mayor reapareciera. ¿Dónde se habría metido?

Se dirigió hacia su grupo de amigos. Estaban hablando con familiares y conocidos de De Vries e intercambiaban episodios rocambolescos de su vida, algunos de ellos bastante cómicos. Las risas ocasionales podrían parecer fuera de lugar, pero lo cierto es que en la cultura neerlandesa la ceremonia del té después del funeral no era necesariamente un momento de lamentos. La idea de aquellas reuniones tras el entierro tenía por objetivo confraternizar con personas próximas del difunto y, al recordar historias vividas con él o al hablar de temas que eran de su interés, le hacían un homenaje. Además, la peste estaba prácticamente neutralizada en las Provincias Unidas y las reuniones ya estaban permitidas, lo que había llevado a una especie de euforia social; todos los pretextos eran buenos para que las personas se encontraran y convivieran, exorcizando así los confinamientos prolongados.

—La vida está llena de sorpresas —observó Jarig—. Parece que fue ayer cuando nos juntábamos en la librería de Rieuwertsz para conocer a Benedictus y... y ahora estamos prestando el último homenaje al segundo de los nuestros que nos deja.

Al escuchar la referencia implícita a Pieter Balling, el primero del grupo original que había partido, Koerbagh levantó su taza como si fuera a brindar con vino.

—¡Por Simon y Peter!

Todo el grupo, en coro, repitió el nombre de los dos *collegianten*.

—Una persona nace, pasa por esta vida como en un sueño y después... se acabó —dijo Rieuwertsz—. Me pregunto por qué.

Las miradas de todos se desviaron hacia Bento; siempre que los temas eran complicados, era de él de quien esperaban las respuestas.

—¿Por qué el qué?

—¿Por qué la vida? —quiso saber el librero—. Si es para morir de esta forma estúpida, ¿para qué nacemos? ¿Qué es lo que Dios tiene en mente? ¿Cuál es el objetivo de todo esto?

—La naturaleza no hace nada en función de un fin —respondió el filósofo—. Las personas suponen que todas las cosas que existen en la

naturaleza, como los hombres, trabajan para un determinado objetivo; en realidad, incluso se entiende como una verdad que es el mismo Dios quien dirige todo en función de un objetivo, ya que se cree que Dios lo hace todo en beneficio del hombre y, como agradecimiento, el hombre debe prestar culto a Dios. ¿Por qué tantas personas creen eso y se inclinan a abrazar esa idea falsa? La razón o la causa por la que Dios o la naturaleza actúan y la razón por la que Él existe es la misma. Él no existe con un objetivo, Él no actúa con un objetivo; y ya que Él no tiene principio ni motivo de existencia, Él no tiene principio ni objetivo de acción. La causa final, como le llaman, no es más que un deseo humano.

Este pensamiento de Bento suscitó la extrañeza de algunas personas que lo escucharon, pero que no pertenecían al círculo restringido de los amigos de De Vries. Uno de ellos, un fiel de la Iglesia Reformada que todos conocían como Van Blijenbergh, no se contuvo.

—Perdone, ¿qué es lo que está diciendo? —le preguntó—. ¿Dios no actúa con un objetivo? ¡Qué disparate! Dios existe y está allí arriba, en lo alto de los cielos, ¡para protegernos!

Al dirigirle esa objeción, el filósofo entendió el tipo de persona que tenía delante; su experiencia le decía que no merecía la pena intentar convencer a aquel hombre de nada.

—Querido señor, las cosas verdaderas solo son claras para quien no tiene ideas preconcebidas.

—¿Insinúa que mis ideas no son claras?

Bento se dio cuenta de que aquel intercambio de palabras amenazaba con complicarse. Tenía que ponerle fin rápidamente.

—Para ser sincero, me cuesta creer que una conversación entre nosotros pueda resultar mutuamente instructiva.

—¡Vaya por Dios! —reaccionó Van Blijenbergh— ¿Por qué?

—Somos personas muy diferentes. Esa conversación no nos traería ningún propósito útil.

Sus amigos reaccionaron con un ¡oh! en coro, decepcionados porque no quisiera entrar en aquel juego.

—¡No pares ahora!

—Si no te atreves a aclararlo a este señor, ¿cómo te vas a atrever un día a publicar tu obra? —le retó Rieuwertsz—. Anda, explícale lo que siempre nos has explicado.

El grupo de *collegianten* le animaba a responder. Al sentirse presionado, Bento acabó cediendo.

—¿Usted dice que Dios está en el cielo para protegernos? —le preguntó—. Los hombres creen que todas las cosas han sido

concebidas para servirse de ellas y que la naturaleza de una cosa es buena, mala, sólida, putrefacta o corrupta por la forma como les afecta. Ya que no todas las cosas han sido concebidas por el hombre y ya que el hombre no cree que se hayan creado solas, entonces el hombre cree que existe otra persona que las ha concebido para que él las use. Por tanto, el hombre deduce que existe alguien que reina sobre la naturaleza, alguien que posee una libertad como la de los seres humanos, alguien que lo ha tratado todo a favor del hombre y lo ha concebido todo para su uso. Por eso dicen que los dioses lo han hecho todo para beneficio del hombre, para que les esté agradecido y les preste tributo. Por eso cada hombre ha concebido en su cabeza, cada uno a su manera, una forma de adorar a Dios, para que Dios lo ame por encima de los demás y ponga toda la naturaleza al servicio de su egoísmo y avaricia insaciables. Así se creó la idea que se transformó en superstición y que ha echado profundas raíces en la mente.

—¡¿Qué?! —se escandalizó Van Blijenbergh—. ¿Insinúa que creer en Dios es una superstición?

—Dios es lo que es y la superstición es lo que queremos que sea —fue su respuesta—. El esfuerzo por demostrar que la naturaleza no hace nada por casualidad y que todos sus actos se destinan a servir al hombre acaba en la constatación de que la naturaleza, los dioses y el hombre están todos igualmente locos. Entre tantas cosas en la naturaleza que nos benefician, muchas otras nos hacen daño como las tempestades, los terremotos y las enfermedades. Entonces se dijo que estas cosas suceden porque los dioses están enfadados con el comportamiento del hombre o por culpa de pecados cometidos en la forma en como el hombre adora a los dioses; aunque la experiencia contradiga esto todos los días, mostrándolo a través de una infinitud de ejemplos de cosas buenas y malas que suceden indiscriminadamente a piadosos y a los impíos, aun así no abandonamos estos prejuicios. Para el hombre es más fácil ignorar esta evidencia que derribar toda la estructura y crear una nueva de raíz.

Aunque se esforzaba por mantener la calma, no solo debido a las circunstancias funestas de aquella reunión y porque su interlocutor estaba rodeado de amigos, el rostro del hombre con quien hablaba se puso rojo.

—¡Qué desplante! —protestó Van Blijenbergh—. Dios no trata a todos de la misma forma. ¡De ninguna manera! ¡Él castiga a los impíos y premia a los justos!

—¿Ah, sí? —le respondió Bento, mordaz—. ¿Entonces, por qué ha muerto tan joven nuestro amigo De Vries? ¿Lo considera impío?

La pregunta pilló por sorpresa a su interlocutor, que rápidamente se recompuso.

—Los caminos del Señor son insondables.

—Ah, ya. Cuando vemos que cosas malas suceden a personas buenas, como nuestro querido De Vries, a quien ya tanto añoramos, la justificación siempre es esa. Un pensamiento así es suficiente para mantener a la humanidad en las tinieblas durante toda la eternidad, si no tuviéramos las matemáticas. Al lidiar, no con objetivos, sino con la esencia y las propiedades de las formas, la matemática nos muestra la verdad. La naturaleza no ha establecido ningún objetivo y todos los objetivos que presumimos que existen no son más que ficciones humanas. Además, bien pensado, tal doctrina pone en tela de juicio la perfección de Dios.

—¿Qué le lleva a decir algo así?

—Si Dios actúa en función de objetivos, Él necesariamente busca algo que cree que no tiene —apuntó Bento—. Los defensores de esta doctrina concibieron un nuevo tipo de argumento, no la *reductio ad impossible*, sino la *reductio ad ignorantiam*. Eso muestra que no hay otra defensa. Por ejemplo, si una piedra cae de un tejado encima de la cabeza de alguien y lo mata, ¿usted por qué cree que ha sucedido?

—¿No es evidente? —exclamó Van Blijenbergh, sorprendido ante una pregunta de respuesta tan fácil—. La piedra ha caído con el objetivo de matar al hombre. Ya que si no ha caído con ese propósito por voluntad de Dios, ¿cómo podrían tantas circunstancias conspirar por un simple caso?

—La piedra cayó porque el viento soplaba de una determinada manera y el hombre estaba pasando en esa dirección.

—Pero ¿por qué razón el viento sopló en ese momento y por qué razón el hombre pasó precisamente en aquel momento?

La pregunta casi hizo reír a Bento, no por ser cómica, sino por ser previsible; en el pasado, tantas veces había escuchado a rabinos decir cosas parecidas.

—Oiga, puedo responder que el viento soplaba porque el mar, el día anterior, estaba revuelto y que el hombre iba a casa de un amigo que le había invitado, pero estoy seguro de que usted ahora me va a preguntar otra vez, ya que no hay fin en este tipo de pensamiento pues: ¿por qué se revolvió el mar? Y así, no va a parar de preguntar la causa de las causas hasta que acabemos en la voluntad de Dios, el refugio de la ignorancia.

Al escuchar esto, el rostro del hombre se puso tan rojo tanto que parecía que iba a explotar.

—¿El refugio de la...? —se indignó, acercándose al filósofo como

si quisiera pegarle—. ¿Cómo se atreve? Usted es un... ¡hereje! ¡Un impío!

Los amigos de ambos tuvieron que intervenir; unos, para detener a Van Blijenbergh, pues ya estaba claro para todos que podría cometer una locura; los *collegianten*, para sacar a Bento de allí; definitivamente, la conversación había ido demasiado lejos.

—Cuando alguien intenta entender las verdaderas causas de los milagros y trata de entender la naturaleza en vez de quedarse embobado como un idiota, las personas corrientes que veneran a los dioses como si fueran los intérpretes de la naturaleza no tardan en considerarlo hereje e impío —lanzó el filósofo hacia Van Blijenbergh mientras era arrastrado por Jarig, Rieuwertsz y Koerbagh hacia el otro lado del salón—. Estos saben que, si la ignorancia acabara, también acabaría el encantamiento estúpido, la base de la que dependen para proteger su autoridad.

Sus amigos tuvieron que ponerle la mano en la boca para que se callara.

—Vale, vale —le pidió Jarig—. Tranquilo. ¿No ves que el hombre se ha vuelto loco?

Bento se encogió de hombros.

—Sois vosotros los que me habéis pedido que le respondiera...

—¡Responder, sí, pero no de esta manera, demonio! —se rio Koerbagh—. ¡Casi le da un ataque al pobre!

—Te ha faltado regalarle el libro de Koerbagh —sugirió Rieuwertsz—. Ya me lo imagino leyendo *Een Bloemhof* y toda la historia de que la Biblia no tiene autoría divina, que muchas de las cosas que están escritas ahí son inútiles y vanas, qué sé yo. Eso sí estaría bien.

Se rieron nerviosos, excepto Bento. Bastaron unos segundos para darse cuenta de todo y arrepentirse. ¡Qué estupidez haber caído en esa trampa y haber respondido a las preguntas de aquel hombre! No podía decir esas cosas ante personas que no estaban preparadas para escucharlas, esa era la verdad. Si ya había aprendido aquella lección años antes, ¿por qué seguía cometiendo el mismo error? *Caute*, pensó, recordándose a sí mismo el lema que había adoptado desde le dieran un navajazo en el teatro. *Caute*. Solo cuando forzó la palabra en su mente consiguió tranquilizarse de verdad. La forma como había cedido a la presión de sus amigos, y cómo se había dejado arrastrar hacia una discusión estéril de la que nadie se iba a beneficiar, no podía volver a suceder. Tenía que ser cauteloso, poner freno a su maldito orgullo ibérico y atarse la lengua.

Caute.

Fue entonces cuando vio a Clara María y volvió a perder la cautela.

III

La tos de Bento hizo que Van den Enden y su familia, incluida Clara María, se giraran en su dirección; el sonido de aquella tos en particular les resultaba familiar, una especie de firma, ya que la conocían de la época en la que el filósofo vivió en su casa. Ahí estaba él. Al reconocerlo, su antiguo profesor dibujó en su rostro una sonrisa luminosa, mientras Clara María bajaba la mirada un poco vergonzosa y el resto de la familia lo acogía como quien reencuentra a un viejo amigo.

—¡Benedictus! —lo saludó Van den Enden, dándole un abrazo—. ¡Qué alegría verte, chico! —Se echó un paso atrás y lo miró de arriba abajo—. ¡Vaya, pareces más delicado que la porcelana de Delft! ¿Qué andas comiendo?

El recién llegado saludó a todos los miembros de la familia Van den Enden. Volver a ver a Clara María despertó en él sentimientos que estaban adormecidos en su corazón. Quiso tirar de ella a un lado para poder conversar el resto de la tarde, quién sabe a dónde les conducirían las palabras, pero no podía hacerlo sin prestar la debida atención a su profesor.

—Como lo que hay para comer, maestro —respondió, finalmente —. Mi verdadero alimento es el conocimiento, ya que ahora me dedico a la filosofía.

—¿Crees que no lo sé? —afirmó Van den Enden—. Leí tu librito sobre Descartes, ¿qué te crees? No está nada mal, sí, señor. Notables tus demostraciones de las ideas cartesianas con métodos aún más cartesianos que los del propio Descartes. Has conquistado reputación nacional como cartesiano, sin duda alguna. Incluso se puede decir que eres quizá de las pocas personas en nuestra república, quizá en el mundo, que verdaderamente han comprendido al viejo René.

—Ya, yo también he leído el panfleto que publicó, maestro...

La noticia dejó al viejo profesor todo orgulloso; ahí estaba la prueba de que, a pesar de haber escrito ese pequeño libro en el anonimato más absoluto, había lectores que lo reconocían como autor.

—Ah, mi *Vrye Politijke Stellinge* te llegó a las manos, ¿eh? ¿Y bien? ¿Te gustó?

El título de la obra anónima de Franciscus van den Enden significaba, *Tesis Políticas Libres*, un panfleto donde desarrollaba la idea de la soberanía popular.

—Es interesante.

—¿Interesante? —rio el profesor—. Eh... eso quiere decir que hay

algo que no te ha gustado, pero no te atreves a decirlo. Venga, dime, ¿qué es lo que no te ha gustado?

—Me ha gustado el libro, maestro. ¿Cómo no iba a gustarme? Defiende la democracia como el mejor de los sistemas y de ninguna manera podría discrepar de eso con usted. Me parece evidente que el futuro está en la democracia.

Por la forma como decía las cosas, como si sopesara cada palabra, se notaba que Bento, aunque estaba diciendo lo que pensaba, no estaba diciendo todo lo que pensaba.

—Me da que hay por ahí un «pero» escondido...

—Claro que no.

—No me digas que eres como esos que me han prohibido hacer presentaciones públicas, con miedo de mis ideas democráticas...

—Le acabo de decir que creo en la democracia como el sistema ideal de gobierno.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —insistió Van den Enden, como si le quisiera sacar la verdad con sacacorchos—. ¿Con qué no estás de acuerdo, eh? ¡Desembucha Benedictus!

Era agradable escuchar al hombre que le había enseñado a Descartes dirigirse a él con aquella familiaridad. Había cosas que no se perdían y la forma como las personas se tratan es una de ellas. Había que verle a él mismo. Evidentemente, Bento ya no era un estudiante, en realidad ahora era un maestro para muchas personas; el propio De Vries nunca le había llamado de otra forma. Y aun así, ahí estaba él llamando «maestro» a su antiguo profesor. No tenía sentido, está claro; parecía que mantenía una cierta sumisión ante Van den Enden, pero no era capaz de evitar ese antiguo hábito.

—Digamos que no estoy del todo de acuerdo con la idea que sustenta en su libro de que la voz del pueblo es la voz de Dios.

—¡Ah! —se sorprendió Van den Enden. —¿Por qué no? La prosperidad del pueblo es la ley más elevada y la voz del pueblo es la voz de Dios. ¿Cómo puedes no estar de acuerdo con una evidencia así?

—No estoy de acuerdo precisamente porque no hay ninguna evidencia y, además, está comprobado que es falso —respondió Bento —. Maestro, lo que enuncia no es una conclusión científica, es un discurso político con vestigios de superstición, lo que lo convierte en erróneo. El hecho de que se trate de una frase con un gran efecto no significa que sea verdadera. Los *predikanten* y los rabinos también se llenan la boca con frases bonitas que al final se revelan vacías de verdad. La verdad no se sustenta en un estilo bonito, sino en la lógica de sus aserciones.

—¿Qué te hace creer que la voz del pueblo no es la voz de Dios?

—La evidencia, maestro. La voz de Dios se expresa en Sus leyes y solo una persona que use la razón podrá entenderlas. Ahora bien, el populacho vive inmerso en la superstición, una especie de grilletes impuestos por los religiosos. Si la turba se comporta sobre todo según sus pasiones y no en conformidad con la razón, ¿cómo puede ser la voz de Dios? Eso no tiene sentido. El pueblo tiene que ser respetado y escuchado, eso está claro, pero el pueblo no siempre tiene la razón por el simple motivo de que el pueblo, en general, no usa la razón para discernir sobre las cosas de la naturaleza, acepta como buenas las supersticiones con las que son engañados en iglesias y sinagogas. La disposición errática de la multitud prácticamente la conduce a la desesperación, ya que la turba únicamente se gobierna por las emociones, no por la razón.

—No digo que no haya ignorancia entre el pueblo, claro que la hay —reconoció Van den Enden—. Pero me parece que, a pesar de que te reconoces como defensor de la democracia, en la práctica parece en realidad que estás más cerca de rechazarla.

—Lo que rechazo, maestro, es la idea de que la voz del pueblo sea la voz de Dios —insistió Bento—. Sobre los méritos intrínsecos de la democracia, no me cabe la menor duda de que conducen al gobierno de la razón. La democracia se puede definir como una sociedad que asume sus poderes y se convierte en soberana. Es muy raro que tales soberanos impongan órdenes irracionales, ya que si quieren mantener el poder, tendrán que actuar según el interés público, lo que implica obedecer los dictámenes de la razón. Las órdenes irracionales son menos probables en una democracia, ya que es casi imposible que la mayor parte de un pueblo esté de acuerdo con medidas irracionales. Además, la democracia trata de evitar un gobierno por deseos y conduce a los hombres a través de la razón para que puedan vivir en paz y armonía.

—La democracia es el régimen de los hombres libres, Benedictus.

—La democracia claramente tiene que ver con la libertad. El verdadero esclavo es el que se deja llevar por sus deseos y las personas libres son las que se guían por la razón. Es cierto que la acción en obediencia a órdenes en un cierto sentido restringe la libertad, pero no transforma a un hombre en un esclavo; todo depende del objeto de la acción. Si tal objeto es bueno para el Estado y malo para el hombre, entonces es un esclavo; pero en un Estado en el que la voluntad de las personas, no del gobernante, sea la ley suprema, la obediencia al poder soberano no convertirá a las personas en esclavas, sino en ciudadanas. Un Estado es más libre cuanto más se fundamenten sus leyes en la razón. Un esclavo es alguien que está obligado a obedecer

las órdenes de su dueño, dadas únicamente en interés de ese dueño; un hijo es quien obedece las órdenes del padre, dadas en interés del hijo; un ciudadano es quien obedece las órdenes de su gobierno, dadas en pro en el interés común, en el que él se incluye. La democracia es, de todas las formas de gobierno, la más natural y la que mejor encaja con la libertad individual.

—Sí, pero lo que yo defiend...

—Vale, vale —intervino Clara María, que conocía de sobra la naturaleza revolucionaria de su padre y el poder de argumentación de Bento como para saber cómo evolucionaría el diálogo entre ambos—. Ya vale de conversaciones que no nos llevan a ninguna parte, sobre todo en las actuales circunstancias. Acabamos de enterrar al señor De Vries, pobrecito, y tenemos que respetar este momento.

Lo que los calló fue específicamente esa referencia a De Vries. De hecho, el antiguo pupilo de Van den Enden se dio cuenta de que no tenía sentido mantener aquella conversación el día del funeral de su amigo. Las personas próximas al fallecido se esforzaban por aligerar el ambiente en aquellas circunstancias, de ahí que contaran historias e incluso se rieran en una ocasión tan funesta. Hablar de política no era, definitivamente, la forma más adecuada de aligerar el ambiente.

—Es un placer encontraros con tan buena salud —dijo Bento, acatando la orden para cambiar de tema. Se giró hacia Clara María, como si solo en ese momento se hubiera fijado en la ausencia de su rival—. ¿Por dónde anda su Dirk?

—No es mío ni anda por ahí.

La forma como respondió dejó claro que la ausencia del novio no era inocente; algo había sucedido entre ambos. Lo que explicaba la mirada que ella le había lanzado en el cortejo.

—¿Pasa algo?

La chica se encogió de hombros.

—Tuvimos un... ¿cómo decirlo? Un... desencuentro.

Ahí estaba.

—No se entienden sobre religión —intervino Van den Enden con una carcajada—. Mi Clara es católica y Dirk pertenece a la Iglesia Reformada. El choque era inevitable.

Clara María lo miró con semblante de censura.

—Padre, no se meta en la conversación —lo reprendió, dándole la espalda, como si fuera a marcharse—. Benedictus, ¿me acompaña hasta la mesita?

No hizo falta que se lo preguntara dos veces. Saludó a la familia Van den Enden con un gesto de cabeza, como si se despidiera y Bento condujo a la chica hasta la mesa en la que habían colocado platos con

galletas *speculaas* y jarras de café que la Compañía de las Indias había traído de Java.

—Venga, cuénteme —le dijo él, sirviéndole unas *speculaas*—. ¿Las cosas con Dirk están terminadas?

—¿Qué cree?

—Yo no creo nada. ¿Tienen opiniones diferentes sobre la religión?

—Tenemos opiniones diferentes sobre el matrimonio —aclaró la chica, dando un mordisco a la galleta—. ¿En qué iglesia nos casamos? ¿La católica o la reformada? Y nuestros hijos, ¿serían católicos o reformados? Como no conseguimos ponernos de acuerdo sobre este tema, entendí que lo mejor era que cada uno siguiera su camino.

Bento levantó una ceja y un brillo esperanzado le aclaró la mirada con más intensidad que nunca.

—Ah, bueno —exclamó—. Eso quiere decir que... Clara María... ¿está libre?

—Solo estoy libre para un católico o para un hombre que acepte convertirse al catolicismo.

Al escuchar eso, Bento casi se atragantó.

—¿No admite ser flexible?

—Si lo admitiera, me habría quedado con Dirk, ¿no le parece?

Para quien se las daba de saber mucho de pensamiento lógico, como era el caso del filósofo, aquella respuesta era intachable.

—*Touché*.

Ella cogió dos galletas más y empezó a caminar de regreso al lugar en el que se encontraba su familia.

—Espere —la llamó su pretendiente—. ¿No quiere quedarse un poco más a charlar?

Clara María se paró, inclinó la cabeza de lado, lo miró por el rabillo del ojo.

—Benedictus, ¿es usted católico?

—Eh... no.

—Entonces, primero se convierte y después hablamos.

Se giró sobre sus talones y volvió hacia donde se encontraban los Van den Enden, esta vez con paso determinado, como quien no iba a volver a pararse dijera lo que él dijese, a no ser que dijera lo que ella quería que él dijese. Era una cuestión muy relevante para un hombre como Bento.

¿Por ella sería capaz de convertirse en católico?

IV

Bento no sabía qué hacer, tal era el dilema provocado por la exigencia de Clara María. Para empezar, estaba el tema de su fragilidad física. Juan de Prado había usado su autoridad de médico para prohibirle el ejercicio físico, incluyendo los encuentros carnales. Si se casaba, su salud estaría en peligro. Pero ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

El siguiente problema era más delicado. ¿Debería convertirse al catolicismo para poder casarse con ella? ¿Qué decía ese acto de él, si se convertía? Él, cuyos padres tuvieron que abandonar su amada patria portuguesa precisamente para huir de los católicos, ¿podría alguna vez convertirse a la religión de los inquisidores? ¿Qué pensaría su padre si supiera que se había vuelto un idólatra? Peor, ¿qué diría de sí mismo? ¿Cómo podría convertirse a la superstición? No era solo el catolicismo. Para Bento, la superstición comprendía a todas las religiones humanas. El judaísmo, el catolicismo, el reformismo, el islam... todo supersticiones. Además, él estaba escribiendo el *Tractatus Theologico* para desmontar la superstición, ¿cómo, al mismo tiempo, iba a abrazar él la superstición?

De regreso junto a sus amigos, Bento iba meditando sobre el asunto, estaba dividido y también un poco atormentado. Al verlo tan pensativo, Koerbagh le dio una palmadita en la espalda como si quisiera sacarlo de ese estado ensimismado.

—¡A ver, seductor portugués! Andas galanteando a la hija de Van den Enden, ¿no?

—Déjale en paz, Koerbagh —le aconsejó Jarig—. ¿Acaso crees que todo el mundo es como tú?

—¿Yo? ¡Si soy un santo!

—Ya, ¿y ese hijo que tienes fuera del matrimonio?

—Oh... eso fue un despiste...

Mientras ambos discutían, Rieuwertsz se acercó al filósofo.

—Benedictus, tengo que hacerte una pregunta —le dijo el librero —. ¿Cuándo vas a acabar tu *Philosophia*?

—*Ethica* —le corrigió—. He cambiado el nombre a *Ethica*.

—Me muero de ganas de echarle el ojo a la versión final —intervino Koerbagh, que ya había dejado de pelearse con Jarig—. Los fragmentos que nos dejaste leer son fantásticos. Absolutamente formidables. Tienes que imprimir esa obra para que llegue al público, ¿me oyes? Si yo mismo ya he publicado un libro, con mucha más razón tienes que hacerlo tú.

—¿No has tenido problemas con tu *Een Bloemhof*? —quiso saber Bento—. Oí decir que los *predikanten* te llamaron...

—Sí, el consistorio de la Iglesia Reformada nos convocó a mí y a mi hermano. Me reprendieron por comportamiento inmoral. Como sabes, tuve un hijo bastardo y eso... en fin. Pero a Jan, como es *predikant*, le preguntaron sobre sus opiniones sobre Dios. Ya sabes cómo es mi hermano, él también leyó el borrador que nos has pasado de tu *Philosophia*...

—*Ethica* —insistió Bento—. Ahora se llama *Ethica*.

—Eso. El hecho es que Jan empezó a alimentar algunas dudas sobre la verdadera naturaleza de Dios. El problema es que el idiota se puso a hablar más de la cuenta, alertaron a la jerarquía y... bueno, nos llamaron.

—¿Qué pasó?

—Nada. Él alegó que solo dijo que Dios es infinito y que nosotros somos Sus extensiones, palabras retiradas del borrador de tu *Philosophia*... eh... de tu *Ethica*, yo prometí no volver a pecar y... todo resuelto. —Se rio—. Benedictus, voy a darte una noticia. Después de leer tus fragmentos, me han surgido unas ideas y me he puesto a escribir un segundo libro. Están empezando a imprimirlo en Utrecht.

—¿Otro?

—Así es —confirmó, todo orgulloso—. Se llama *Ligt schijnende in duystere plaatsen*.

Es decir, «Una luz que brilla en lugares oscuros».

—¿Sobre qué trata?

—Sobre la verdad, claro. Toda ella. Jesús no tiene naturaleza divina y la Santísima Trinidad no existe. Dios es infinito y no es más que la sustancia del universo. Dios es idéntico a la naturaleza y el sistema es necesario y determinista. Los milagros son imposibles ya que, si existieran, implicarían una alteración en las leyes de la naturaleza...

Bento estaba perplejo.

—Pero... ¡todo eso os lo he enseñado yo a lo largo de todo este tiempo! —constató—. ¡Si es lo que está en el borrador de mi *Ethica* que os he dejado leer!

Su amigo se encogió de hombros.

—Si no lo publicas tú, lo publico yo.

Al escucharle, Rieuwertsz se impacientó.

—Benedictus, perdona —intervino—. Si Koerbagh no es más que un pupilo y, después de leer tus apuntes, se pone a publicar tus ideas, el día menos pensado van a decir que las ideas son suyas. Vamos hombre, lo tienes que publicar.

El librero quería patrocinar el libro. Años antes había publicado las lecciones de Bento sobre Descartes y, como ya había leído partes de *Ethica*, no veía la hora de poder echarle el guante.

—Ya, no digo que no.

—No dices que no, no —respondió Rieuwertsz, a quien se le empezaba a agotar la paciencia—. Necesito respuestas concretas. ¿Cuándo me entregas el texto final? ¿Este mes?

Acorralado, entre la espada y la pared, el filósofo entendió que no podía aplazarlo más.

—Eh... he suspendido la escritura de *Ethica*.

—¿Qué? —preguntó Rieuwertsz, estupefacto—. Pero... pero...

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Koerbagh—. No me digas que te da miedo publicar el libro...

Notó un cierto fanfarroneo por parte del autor de *Een Bloemhof*, ya que se había anticipado a su maestro y estaba otra vez adoptando sus ideas, pero también había verdad en sus palabras. Era cierto que Bento odiaba las polémicas y no había conseguido callar la voz que le soplaba al oído para que tuviera cautela. *Caute*. Prudencia de marrano. Su *Ethica* decía cosas que iban a desagradar a muchas personas, de eso no le cabía la menor duda. Por otro lado, era cierto que el gran pensionario de las Provincias Unidas era el liberal Johan de Witt. Eso marcaba la diferencia. Era De Witt quien mantenía a raya a los *predikanten* calvinistas. La prueba estaba en el libro de Koerbagh. Si su amigo había publicado aquellas ideas y no había sufrido consecuencias, entonces él también podría hacer lo mismo.

—Ahora estoy escribiendo un tratado en el que expongo mis puntos de vista sobre las Escrituras —anunció el filósofo—. Se llama *Tractatus Theologico*.

—¿Otro libro? —preguntó Rieuwertsz descolocado—. Pero... ¿por qué? ¿Por qué no terminas primero *Ethica* y después empiezas a escribir una nueva obra? Así, no vamos a publicar nada...

—Tuve un incidente con los *predikanten* en Voorburg, por causa del nombramiento del nuevo predicador de la iglesia local, lo que me hizo ver que, antes de publicar *Ethica*, tengo que crear las condiciones adecuadas de libertad para que puedan comprender y aceptarla —justificó Bento—. Eso se hace desmontando la Biblia, como es evidente, ya que ahí se encuentra la base del problema. Las ideas erróneas y el poder de los religiosos son la principal razón por la que las personas no acceden a la verdad. Eso significa que primero tengo que mostrar que esas ideas están erradas, lo que voy a hacer en el *Tractatus Theologico* y, solo después podré exponer las ideas correctas, las que están en *Ethica*. Además, confieso que estoy harto de que me

acusen de ateo. Debo combatir esa acusación lo más que pueda. Para eso, tengo que probar que si no hago algunas cosas que las religiones me exigen es porque las Escrituras no tienen origen divino. Solo después de desmontar la Biblia con el *Tractatus Theologico* podré publicar *Ethica* y exponer así la verdadera religión, esa que nos revela la naturaleza real de Dios.

El librero hizo un gesto de resignación.

—¿Cuándo piensas tener listo ese tratado?

—He empezado a escribirlo ahora, pero partiendo de la base de la *Apología*, un texto que escribí en castellano cuando me expulsaron de la comunidad portuguesa y eso me ha ayudado a...

Un bullicio repentino procedente de la entrada de la casa de los De Vries, con un hombre exaltado abriéndose camino entre los presentes, interrumpió la conversación. Todos miraron en aquella dirección y vieron a un individuo de aspecto humilde que apareció en el salón con expresión asustada; miraba en todas las direcciones, como si buscara a alguien.

Koerbagh lo reconoció.

—¡Thijs! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Al oír su nombre, el recién llegado localizó a Koerbagh, evidentemente era la persona que buscaba y corrió hacia él, trémulo, con expresión desquiciada, la aflicción le incendiaba el rostro.

—¡Huya, señor! ¡Huya!

V

Primero pensaron que se trataba de un loco, un chiflado que había irrumpido en la mansión anunciando el apocalipsis; hacía poco había surgido un enorme movimiento apocalíptico en torno al fatídico año 1666, para los cristianos la marca de la Bestia, y para los judíos la fecha de la llegada del Mesías, por lo que incidentes de ese tipo se sucedían a toda hora. No obstante, el hecho de que Koerbagh conociera al intruso, incluso su nombre, dejó claro que no era el caso.

El recién llegado, un tal Thijs, parecía estar en pánico.

—Señor Adriaan, ¡han detenido al señor Jan! —anunció—. Y... ¡vienen a llevárselo a usted!

—¿Han detenido a mi hermano?

—Hace poco, señor. Ellos están de camino.

—¿Ellos, quiénes?

—La policía, señor. ¡La policía!

Todo era inesperado.

—¿Quién es este señor? —preguntó Jarig, que no estaba entendiendo nada—. ¿Qué pasa?

—Thijs es mi empleado —explicó Koerbagh, que todavía estaba intentando entender lo que sucedía—. Por lo visto, la policía ha detenido a mi hermano y...

—Lo hemos oído. ¿Qué habéis hecho Jan y tú para que la policía os quiera detener?

Koerbagh se mostraba visiblemente confuso.

—¿Yo? No he hecho nada. —Dudó—. Solo si ha sido aquel niño bastardo que... que...

—Solo es por haber publicado el *Een Bloemhof*, ¡idiota! —atajó Bento, que empezaba a entenderlo todo—. Apuesto a que tu hermano también está metido en la escritura del libro.

—Bueno, lo leyó, me dio algunos consejos, claro.

—¡Entonces, lo han detenido por eso!

Koerbagh esbozó un gesto escéptico.

—No puede ser.

El empleado que acababa de llegar con la noticia daba saltitos de nervios.

—Señor, ¡tiene que huir de aquí! —casi le imploró, con la voz embargada por la urgencia, mirando hacia la entrada como si temiera lo peor en cualquier momento—. ¡La policía está a punto de llegar! Vienen ahí...

En ese momento, sonaron fuertes golpes en la puerta de la

entrada de la casa. Alarmados, los cuatro amigos se precipitaron hacia la ventana y vieron a tres elementos de la policía de Ámsterdam en la calle.

Jarig fue el primero en reaccionar.

—¡Tienes que irte! —decidió, agarrando a Koerbagh por los hombros—. ¡Vamos!

Jarig arrastró apresuradamente a su amigo en dirección a la parte de atrás de la mansión de los De Vries y los tres desaparecieron por la puerta del salón. Un murmullo agitado recorría a los invitados allí reunidos, todos tenían curiosidad por entender el origen de tal conmoción. Conscientes de que era necesario ganar tiempo para que Koerbagh pudiera escapar, Bento y Rieuwertsz se encaminaron a la puerta de entrada, justo a tiempo de interceptar a Trijntje, en el momento en que ella iba a abrir.

—¡Espere!

La hermana de De Vries se paró, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—Primero tenemos que ver quién es.

Los golpes volvieron a sonar en la madera, esta vez, con más fuerza.

—¡Abran! —rugió una voz en el exterior—. ¡Policía! En nombre de la ley, ¡abran la puerta!

Trijntje agarró el pomo.

—Tengo que abrir.

Rieuwersz le agarró la mano y le impidió rodar el pomo.

—Solo un momento.

Ella pestañeó, estaba claro que no entendía por qué le pedía algo así.

—Pero... es la policía —dijo exponiendo la evidencia—. Tengo que abrir.

—Espere un poco más.

—¿Por qué tengo que esperar?

Más golpes.

—¡Último aviso! —dijo la voz desde el exterior—. ¡Abran o derribamos la puerta!

Esta vez, Trijntje abrió la puerta. Nada más hacerlo, los policías invadieron la casa a la fuerza; eran tres y tenían prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó la hermana de De Vries—. ¿Ha pasado algo?

El último policía que entró, que por lo visto era el jefe de la unidad, traía un papel en la mano. Se paró delante de Trijntje y desdobló el documento para consultarlo.

—Tengo información de que el señor Adriaan Koerbagh se encuentra en esta casa.

—¿Qué desea?

—Aquí quien hace las preguntas soy yo —respondió—. ¿Dónde está el señor Adriaan Koerbagh?

—Perdone, pero no son maneras —protestó ella—. Señor guardia, no puede entrar así en mi casa. Hoy hemos enterrado a mi hermano y la policía no tiene ningún derecho para comportarse de esta manera, no puede entrar en una casa en luto como si entrara en un *musico* o en un burdel. Aquí viven ciudadanos respetables de nuestra república.

Al escuchar aquello, entendió que una mansión así solo podía pertenecer a personas con recursos financieros y, consecuentemente, con influencias, por lo que el policía suavizó las maneras.

—Lamento la intrusión en estas circunstancias, señora —dijo bajando el tono de voz. Le enseñó el documento—. Lo que pasa es que traigo una orden de captura en nombre del señor Adriaan Koerbagh. Hace poco hemos estado en su casa, para cumplir la orden, y nos han informado de que se encontraba aquí.

La mirada de Trijntje se desvió hacia Bento, como si así le pasara el problema.

—¿Koerbagh?

—Creo que lo vi hace poco subir al primer piso.

No fue necesario nada más. A excepción de un hombre que se quedó en la puerta bloqueando la salida, los demás policías subieron las escaleras de dos en dos para revisar el piso superior. Trijntje intercambió una mirada interrogativa con Bento y Rieuwertsz, como si les preguntara qué estaba pasando, pero la presencia del policía impedía que los dos amigos pudieran aclararle algo.

Como era previsible, minutos después, los policías reaparecieron en lo alto de las escaleras, con las manos vacías.

—¡Aquí no está!

Bento parecía la inocencia en persona.

—Qué raro. Pues a lo mejor bajó...

Los policías bajaron la escalera en tropel y empezaron a inspeccionar las habitaciones del bajo. Como no conocían a Koerbagh personalmente, tuvieron que preguntar a cada hombre con el que se cruzaban para averiguar su identidad. Finalmente, fue evidente que no iban a encontrar a quien buscaban.

—¿Qué sucede, señor guardia? —preguntó Rieuwertsz—. ¿Qué ha hecho el señor Koerbagh?

—Hemos recibido una alerta de Utrecht —reveló el jefe de la unidad, cuando ya se dirigía hacia la puerta para marcharse—. En una

gráfica local han confiscado un libro blasfemo de la autoría del señor Adriaan Koerbagh, se sospecha que el señor Jan Koerbagh también está involucrado en el delito. El tal Jan ya está en los calabozos, el siguiente será su hermano.

—Pero, señor guardia, ¿eso es motivo para detener a alguien?

El policía hizo un gesto a sus hombres y después pasó por delante de Bento y Trijntje como si ellos ya ni siquiera estuvieran allí. El grupo cruzó la puerta y salió.

—La ley es dura, pero es la ley.

VI

El libro ya tenía las páginas amarillentas por el paso del tiempo y estaba cubierto de tanto polvo que Bento tuvo que limpiar la portada y confirmar el título que había visto en el lomo, *De revolutionibus orbium coelestium*. Por debajo, la ciudad y el año en que había sido editado: Nuremberg, 1543. Aun así, lo más relevante era el nombre del autor, situado en la parte superior de la portada, en enormes letras: Nicolás Copérnico. En cuclillas, frente a la estantería, el filósofo abrió la obra y empezó a hojearla, en busca de detalles sobre las observaciones astronómicas relevantes para el problema que trataba de resolver.

—¿Estás leyendo a Copérnico?

Giró la cabeza hacia atrás y se encontró a Rieuwertsz, que miraba por encima de su hombro.

—Así es —confirmó cerrando el libro, para mostrar la portada—. Estoy buscando observaciones relativas al fenómeno ahora teorizado en Inglaterra.

—¿Oldenburg te ha escrito desde Inglaterra?

—Con el final de la guerra, lo liberaron y hemos retomado la correspondencia —confirmó—. Pero su paso por las mazmorras de la Torre de Londres le ha dejado muy traumatizado, pobre. Así que ahora evitamos mencionar la situación política de nuestros países, no vaya a ser que nos intercepten las cartas y alguien nos acuse de espionaje.

—¿De qué teorización te ha hablado para que vengas a la librería a hojear el libro de Copérnico?

Bento devolvió el libro *De revolutionibus orbium coelestium* a la estantería y se levantó. Estaban en la Het Martelaarsboek, la librería de Rieuwertsz en la que había participado en su primera reunión de los *collegianten*. Había sido hacía años, cuando aún era miembro de la comunidad portuguesa de Houtgracht, pero parecía que fuese en otra vida.

—Quien me lo ha contado no ha sido Oldeburg, sino Huygens —aclaró—. Fui a visitarle a La Haya y me contó que, durante el confinamiento provocado por la peste, un estudiante de Cambridge estaba sentado bajo un manzano y vio caer una manzana, o le dio en la cabeza, no lo sé. A partir de ahí, parece que ese inglés ha desarrollado una teoría que explica todos los movimientos celestes.

El libro soltó una carcajada.

—¿Una manzana en la cabeza? Quizá es Guillermo Tell. Anda que

ese suizo...

—Se trata de un matemático inglés —dijo Bento—. Me consta que todavía es muy joven. Tengo curiosidad por conocer su teoría y por eso he venido a echar un vistazo al libro de Copérnico.

—Si ese inglés de la manzana en la cocorota publica algo, te aviso, estate tranquilo —le prometió Rieuwertsz en tono jocoso—. Ahora, cuéntame la verdad. ¿A qué has venido?

—He venido a hojear tus libros, menuda pregunta.

El librero frunció el ceño y le lanzó una mirada penetrante, cargada de ironía.

—Pues a mí me huele que andas en Ámsterdam rondando a la hija de Van den Enden, pillín. No me digas que te vas a convertir al catolicismo...

Bento suspiró.

—Ya, el problema es ese —admitió—. La única forma de que ella me acepte como marido es que me convierta al catolicismo. ¿Cómo voy a convertirme al catolicismo? ¡Eso es imposible!

—Admito que sería extraño verte besar crucifijos y a adorar a estatuas de santos...

—¿Qué me aconsejas que haga?

Rieuwertzs hizo un gesto vago en el aire.

—Con tantas mujeres que hay por ahí, ¿por qué demonios te has tenido que fijar en esa en particular? —le preguntó, intentando colocar las cosas en perspectiva—. ¿Te vas a convertir en un idólatra por culpa de esa espabilada?

Ahí estaba el problema. Pero, aun así...

—Me gusta.

—¿Por qué ella específicamente?

—Porque... porque me toca aquí dentro —admitió Bento—. A los hombres en general les gustan las mujeres solo por motivos de lascivia y las juzgan por su belleza, como si la belleza fuera sabiduría. El problema es que las mujeres son seres de pasión y el camino para la verdad no es el de las pasiones, sino el de la razón. Clara María es una especie de excepción. Tiene un intelecto único y una cultura envidiable. No hay mujeres así en ningún lado. ¿Sabías que imparte clases de latín y griego en la escuela de su padre?

—Todo el mundo lo sabe, Benedictus. En vez de aprender a coser y a cocinar, Van den Enden le ha dado una educación clásica, ahí está el resultado. ¿No fue esa grandullona la que te cambió por Kirk, por un collar de perlas?

El recuerdo de ese episodio hizo que Bento esbozara una mueca de dolor; ¿cómo iba a olvidarlo?

—¡Ag, no me lo recuerdes!

Se pararon delante de una estantería de la librería y se pusieron a consultar más libros. Rieuwertsz aún quiso añadir otra sugerencia sobre el tema del cortejo a Clara María, pero se contuvo; su amigo necesitaba tiempo y el asunto era demasiado personal. En vez de eso, optó por sacar otro libro que estaba en la parte superior de la estantería.

—¿Has visto este? —le preguntó, enseñándole la portada con el título *Leviatán* y el nombre del autor, Thomas Hobbes—. Esta edición en neerlandés salió el año pasado.

—Lo sé. Quien lo tradujo fue mi amigo Van Berckel. Me regaló un ejemplar en La Haya y lo he leído de principio a fin. Una obra notable, debo decir.

El librero colocó el libro en su sitio y retomaron la marcha, deambulando por las estanterías de la Het Martelaarsboek, consultando un libro aquí, otro allí.

—¿Sabes algo de Koerbagh?

La pregunta hizo que Bento mirara a su alrededor, para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Jarig lo metió en un *trekshuit* y ahora está escondido en Leiden —respondió en voz baja—. Me gustaría hacerle una visita, el pobre debe de estar aterrorizado, pero estoy seguro de que la policía me vigila y podrían seguirme hasta él. Así que ni siquiera me he atrevido a llamar a la puerta de su escondite.

El asunto era delicado y preocupaba a todos los elementos del grupo de amigos, por lo que el ambiente de la conversación se volvió sombrío.

—Todo esto resulta aterrador— murmuró el librero—. Han detenido a su hermano y ahora lo quieren detener por culpa de un libro. ¡Un libro, Benedictus!

—Los libros contienen ideas y las ideas cambian el mundo —fue la respuesta del filósofo—. Es eso de lo que tienen miedo. Un conservador teme el cambio y por eso se agarra al pasado, un liberal lo abraza sin miedo y por eso innova el futuro.

—Y después termina en la cárcel.

Era cierto.

—Eso me pone nervioso con los libros que ando escribiendo —confesó Bento—. Tenía esperanzas de que las cosas evolucionaran para que fuera posible publicar el *Tractatus Theologico* y la *Ethica* sin este tipo de problemas, pero ya no sé qué hacer.

—Estamos en la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos, ¡qué demonios! —vociferó Rieuwertsz, enfadado—. Esas

cosas pasan en España, Francia, Inglaterra. ¡Pero esta es la patria del liberalismo! ¡Debíamos ser libres para publicar lo que quisiéramos! En vez de eso, permitimos que los *predikanten*, los calvinistas, los orangistas y todos esos idiotas ganen cada vez más fuerza. ¿Qué anda haciendo De Witt? ¿Acepta algo así? ¿Cómo puede permitir que detengan a alguien por culpa de un libro?

—De Witt gobierna nuestra república, pero no puede hacer lo que le dé la gana —comentó el filósofo—. Hay que mantener ciertos equilibrios. Los calvinistas y los orangistas le hacen la vida imposible y les encantaría que él cometiera un error para echarlo a la calle y colocar en su lugar a Guillermo. Nuestro gran pensionario debe tener cuidado.

—Ah, ya estás tú otra vez defendiéndolo...

—¿Qué preferías? ¿Que nuestro gobernante fuera Guillermo? ¿Que los *predikanten* y los orangistas mandaran en todo? Si eso pasara, ¡sería una catástrofe!

El librero sabía que su amigo no decía ningún disparate. Aunque las políticas liberales formaran parte de la identidad de la república neerlandesa, en este momento su garante era De Witt. Si sustituían al gran pensionario por el estatúder, tendrían un problema.

Las campanas de la iglesia más cercana tocaron para dar la hora.

—¿Quieres un té?

—No puedo —respondió Bento cogiendo sus cosas para irse—. Voy a la casa de los Van den Enden.

Rieuwertsz se aguantó la risa.

—Ah, ya. La presumida...

El filósofo, a quien las campanas le habían metido prisa, se despidió repentinamente y salió de la Hat Martelaarsboek. ¿Cómo podía haberse distraído tanto como para perder la noción de la hora que era?, se reprendió a sí mismo. El problema era que todavía no había resuelto el dilema en el que se encontraba. Se metió por la calle en dirección a Singel. Tenía que elegir entre Clara María por un lado, o sus ideas en contra de la superstición, por otro. Ponderó el asunto, imaginándose como católico. Sería capaz de...

—¿Señor Benedictus de Spinoza?

Miró al lado y vio a un policía que se dirigía a él.

—¿En qué puedo ayudarle, señor guardia?

—Haga el favor de acompañarme.

—¿Perdón?

El policía le hizo un gesto con la mano, para invitarle a seguirlo, pero sus intenciones parecían ambiguas.

—Los magistrados del burgo quieren interrogarle. Tengo órdenes

para llevarle hasta allí. —Bento sintió un golpe en el corazón.

—¿Estoy… estoy detenido, señor guardia?

—Por lo que yo sé, no. Los magistrados tan solo le han convocado para hacerle unas preguntas.

—Preguntas, ¿sobre qué?

—La investigación relacionada con la obra blasfema del señor Adriaan Koerbagh, señor De Spinoza —aclaró el policía—. Acompáñeme, por favor y enseguida se aclarará todo.

Al oír hablar de su amigo fugitivo, Bento se puso aún más nervioso; ¿qué es lo que las autoridades querrían, realmente?

—Pero yo no sé dónde está el señor Koerbagh…

—Lo sabemos, no se apure.

El filósofo sintió otro golpe.

—¿Lo saben?

Maquinalmente, como si su cuerpo hubiera dejado de obedecer y ganara vida propia, empezó a caminar en la dirección que el policía le había indicado, quizá con la noción de que en realidad no tenía elección.

—Lo han capturado hoy en Leiden.

—¡¿Qué?!

El policía esbozó una sonrisa triunfal, como si fuera la prueba de que los criminales podían intentar evitar sus responsabilidades cuando llegaba el momento de responder sobre sus actos, es posible que incluso lo consiguieran momentáneamente, pero al final nadie escapaba a las autoridades, pues el brazo de la justicia era grande.

—Ya lo están trayendo a Ámsterdam.

VII

Desde la ventana de la salita en la que le pidieron que esperara, Bento vio llegar a su amigo. Koerbagh venía esposado en la carga de un carro como un vulgar criminal, como si fuera un peligrosísimo asesino, expuesto ante todos. El filósofo no podía creer que una persona pudiera ser tratada de esa forma por culpa de un simple libro. Sintió que los ojos se le humedecían y el miedo le hizo temblar las piernas, ya que, en lugar de su amigo, se veía a sí mismo; pero estaba decidido a no ceder a las emociones y rápidamente consiguió controlarse. Tenía que mantener la sangre fría y estar preparado para lo que estuviera por llegar.

Escuchó una voz detrás.

—Benedictus, lamento las circunstancias.

Se giró, alarmado, y reconoció al hombre que acababa de hablarle.

—¡Hudde! —exclamó—. No me digas que también te han detenido...

Su amigo de la Universidad de Leiden ya era un matemático de renombre en todas las Provincias Unidas. Compartía con él su interés por Descartes, tanto en el espíritu geométrico como en la óptica.

—De ninguna manera —respondió Johannes Hudde—. Dejé mi vida de filósofo y ahora me dedico a la política. Pertenezco al *vroedschap*.

Se trataba del consejo que gobernaba la ciudad.

—¡Ah, bueno! Me imagino que en nombre de De Witt...

El filósofo estaba al corriente de la relación que su amigo de la época de Leiden tenía con el liberal que gobernaba las Provincias Unidas. Hudde había sido compañero de De Witt en el colegio y, junto con Huygens, había trabajado con el gran pensionario en temas relacionados con el cálculo de probabilidades, problema relevante para un proyecto de pólizas de seguros que el gobernante había desarrollado, y esa materia matemática también había suscitado el interés de Bento.

—Digamos que trato de ejercer en el consejo de la ciudad un magisterio moderador de algunos impulsos más conservadores, si les podemos llamar así —dijo—. Lo que nos remite al asunto que nos ha traído aquí a los dos. Como creo que ya sabes, la policía ha capturado a tu amigo Koerbagh en Leiden y lo han traído hasta aquí. Como miembro del *vroedschap*, formo parte de la comisión municipal que lo va a interrogar, en colaboración con el consistorio de la Iglesia

Reformada.

La noticia sorprendió a Bento.

—Pero siempre fuiste un libre pensador...

—Lo he sido y lo sigo siendo —subrayó el matemático, casi ofendido por haberlo puesto en duda—. Pero la ley es la ley. Como debes imaginar, como miembro del *vroedschap*, mi deber es garantizar el cumplimiento de la ley.

—Han detenido a Koerbagh por causa de un libro, Hudde. ¡Un libro! ¿Acaso eso es un delito que justifique que lo detengan y lo exhiban esposado por toda la ciudad como se hace en los países oscurantistas?

La pregunta fue certera para el alma liberal del matemático.

—Lo menos que podemos decir, Benedictus, es que Koerbagh ha sido incauto en la forma como ha elegido expresar sus ideas provocadoras para la Iglesia Reformada. Lo ha escrito en neerlandés, Benedictus. ¡En neerlandés! Cualquier persona que sepa leer, incluso un *bóer*, puede acceder al libro. Escribir en neerlandés es una imprudencia que se paga caro. Los *predikanten* están furiosos, como debes imaginar, y han exigido un castigo ejemplar. El problema es que la ley les da la razón. Si el libro estuviera publicado en una lengua hermética, aún lo dejarían pasar, pues fingiríamos que nadie habría entendido una palabra de aquello, pero así...

Es decir, no podía hacer nada por Koerbagh.

—¿Y yo? —preguntó Bento, cada vez más preocupado con que lo hubieran convocado—. ¿Qué estoy haciendo aquí, si no tengo nada que ver con ese libro?

—Si por mí fuera, ni tú ni Koerbagh estaríais aquí —aclaró Hudde —. El problema es que hay personas de la Iglesia Reformada que creen que tienes algo que ver con el libro de Koerbagh. Ante las acusaciones que caen sobre él y que te relacionan a ti, nos hemos visto forzados a convocarte.

Gotas de sudor empapaban la frente del filósofo.

—¿Bajo qué acusación?

—Todavía no han hecho ninguna acusación formal contra ti, tan solo son las sospechas levantadas por los *predikanten* —aclaró—. Dime algo, Benedictus, ¿de qué conoces a Koerbagh?

¿Sería aquella pregunta una trampa?, se preguntó Bento, que temía lo que pudiera sucederle. Confiaba en Hudde, era cierto, incluso porque compartían muchas ideas sobre geometría, matemáticas, el método racional, pero sabía que él no estaba del todo de acuerdo con su visión sobre Dios. *Caute*. Aquellas aguas eran peligrosas.

—Bueno... le conozco de algunos encuentros sociales.

Hudde mantuvo los ojos fijos en él; por su semblante era evidente que sabía que, para Bento, Koerbagh era mucho más que un simple conocido.

—De mí no tienes que temer nada —le dejó claro—. Haré todo lo que pueda por ti y por Koerbagh. Pero no me pidas milagros. Si Koerbagh te compromete en el interrogatorio, me será imposible impedir tu detención. Pero si él es tu amigo, tu verdadero amigo, no te arrastrará en esta historia y, si todo va bien, saldrás libre. —Se escuchó una voz que llamaba a Hudde y este dio una palmadita amigable en el hombro de Bento—. Ánimo, querido amigo.

Después de que Hudde se retirara, Bento se sentó en una silla angustiado. Estaba solo y perplejo. Por lo que había entendido de las palabras de Hudde, su destino estaba conectado a Koerbagh. Si su amigo le comprometía, él también iría a parar a los calabozos. Con su frágil salud, sabía que no sobreviviría a esa experiencia. ¿Cómo era posible que hubiera llegado tan repentinamente a una situación así? ¿Se podía detener a alguien por haber influido en el autor de un libro? ¿Sería eso un delito?

Estuvo allí sentado más de una hora, ansioso y solo, atormentándose con las mil y una cosas que le podrían suceder; su espíritu se balanceaba entre la mayor de las esperanzas y el más profundo de los miedos. En un momento dado, se imaginaba a los señores del *vroedschap* pidiéndole las más sentidas disculpas, dejándoles tanto a él como a Koerbagh en libertad; pero un minuto después se veía caminando hacia el patíbulo, donde le esperaba la horca.

Cuando finalmente se dio cuenta de que navegaba en una cáscara de nuez en el inmenso océano de las emociones, se reprendió a sí mismo. Él era un hombre de la razón y un hombre de la razón no cede a las pasiones. Pasara lo que pasara, se enfrentaría con estoicismo a lo que la vida y el destino le reservaba. Esta decisión le llenó de serenidad, como si finalmente hubiera vencido a su miedo. Ni miedo, ni esperanza. Aceptaría lo que viniera, pues todo formaba parte de la naturaleza, incluso los hombres; y la naturaleza no conocía ni el bien ni el mal. Así actuaba un verdadero hombre de la razón y él estaba determinado a comportarse como el mayor de todos. Cruzó las piernas y se esforzó por relajarse en la silla, buscando la paz consigo mismo. No se podía dejar dominar por las pasiones como hacían los hombres vulgares, esos supersticiosos que todo lo temían en este mundo, y que todo lo esperaban del prójimo.

En ese instante, escuchó un ruido y el sonido de varios pasos y voces que se acercaban por el pasillo que conducía a la salita en la que

se encontraba en ese momento. ¿Lo llamarían al interrogatorio? La perspectiva le irritó. Hizo un esfuerzo para dominar su miedo, buscando siempre su lado más racional. Estaba listo para lo que el destino le pusiera en el camino, intentó convencerse de ello, ya que era un hombre de la razón y asumiría de una vez por todas el control de sus emociones.

De repente, los pasos y las voces se transfirieron a la pared, lo que le dejó confuso momentáneamente, hasta que se dio cuenta de que los recién llegados habían entrado en una sala contigua. Prestó atención a las voces y se dio cuenta de que conseguía distinguirlas. Reconoció incluso a una de ellas. Era Koerbagh. Entonces entendió lo que sucedía. El interrogatorio de su amigo estaba a punto de empezar.

VIII

Las voces sonaban amortiguadas y era difícil distinguir las palabras, porque todo estaba pasando en la sala de al lado y la pared absorbía gran parte de los sonidos. Bento, que estaba solo en su salita, se dio cuenta de que podía intentar escuchar el interrogatorio. Se levantó y apoyó el oído izquierdo contra la pared. Instantáneamente, las voces tenían más definición; no era como si estuviera dentro de la sala, asistiendo al interrogatorio, pero con algunas dificultades conseguía seguir los procedimientos.

Después de escuchar el sonido de las sillas y las mesas que se arrastraban, y una que otra tos ocasional, junto con conversaciones circunstanciales irrelevantes para el proceso, una voz que al principio no identificó dio inicio formal al interrogatorio.

—¿Nombre, profesión y edad?

—Me llamo Adriaan Koerbagh, soy abogado y médico de Ámsterdam. Tengo treinta y cinco años.

Escuchó el sonido de papeles.

—¿Usted ha escrito el libro titulado *Eem Bloemhof van allerley lieflijkheyd*?

—Sí.

—¿Lo ha escrito usted de verdad?

—Sí.

—Lo que quiero saber es si le ha ayudado alguien.

Al escuchar esta pregunta, Bento contuvo la respiración; estaba claro que el interrogatorio no era solo para saber hechos sobre Koerbagh sino también, y quizá sobre todo, era para eso, para incriminar a las personas con las que se relacionaba Koerbagh. Es decir, él mismo. Estaba directamente en la mira de los inquisidores.

—Nadie me ha ayudado.

Con la oreja apoyada contra la pared, Bento suspiró de alivio; era cierto que no le había ayudado a escribir el libro, pero era perfectamente consciente de que había sido él de quien Koerbagh había sacado las ideas más controvertidas de su obra.

—¿El doctor Van Berckel le ha ayudado?

El filósofo se dio cuenta de que daban nombres específicos. Abrahan van Berckel era su amigo, el año pasado había traducido el *Leviatán* de Hobbes al neerlandés.

—No.

—¿Seguro?

Se lo preguntaron en tono sibilino, como quien sabe algo

comprometedor, para someterle a más presión; si le pillaban mintiendo, saldría desacreditado, lo que pesaría en la sentencia.

—Bueno... es posible que haya hablado de mi libro con alguien.

—¿Y su hermano, el *predikant* Jan Koerbagh?

—Mi hermano solo leyó el libro después de que estuviera impreso.

—¿Seguro que no le ayudó en nada? —insistió el inquisidor del *vroedschap* con el mismo tono cargado de insinuaciones—. Venga, piense mejor...

Habían detenido al hermano de Koerbagh hacía algunos meses y quizá hubiera confesado algo. Si fuese así, el interrogado podría entrar en contradicción con su testimonio.

—Quizá Jan tradujo algún capítulo del libro, no digo que no, pero no se trataba de uno de los capítulos... eh... más polémicos.

Se escuchó el sonido de anotaciones.

—¿Quién más comparte sus opiniones?

Ay, ay, ay, gimió Bento, mentalmente. El inquisidor estaba otra vez a la caza de nombres.

—Que yo sepa, no hay nadie más que tenga mis opiniones.

—¿No habló de ellas con Van Berckel?

—No.

—¿Ni con nadie?

—No.

—¿Ni con su hermano?

—No.

El inquisidor hizo una pausa, como si quisiera subrayar la importancia de la siguiente pregunta.

—¿Ni con... Benedictus de Spinoza?

Bento entendió, horrorizado, que finalmente habían llegado donde querían llegar. El corazón le latía desordenadamente; los *predikanten* estaban a la caza y en ese momento comprobó, sumido en el pánico, que él era la verdadera presa. Cerró los ojos y contuvo la respiración, mientras esperaba la respuesta a esa pregunta.

—No.

—Pero señor Koerbagh, se le ha visto muchas veces en compañía de Benedictus de Spinoza...

—Sí, he pasado algún tiempo con él.

—Se dice incluso que visita habitualmente la casa del señor De Spinoza en Voorburg...

Una insinuación más de que sabían algo comprometedor, para seguir presionando. Bento tragó en seco, esforzándose para frenar la ansiedad que le consumía.

—Eh… sí, de hecho he ido allí en algunas ocasiones.

—¿Y nunca le ha hablado de la materia que está en su libro?

—Nunca —fue su respuesta perentoria—. Que quede claro que escribí *Een Bloemhof* con la única intención de enseñar a las personas a hablar neerlandés correctamente.

Las carcajadas sonaron por la sala; claramente, los miembros del *vroedschap* consideraron la respuesta ridícula.

—Señor Koerbagh, ¿entiende hebreo?

Bento supo que era un nuevo intento de llegar hasta él. En su libro, Koerbagh había hecho algunas referencias a palabras hebreas que él, Bento, le había mostrado que eran un problema para la credibilidad de la tesis de que la Biblia tenía un autor divino. Como Koerbagh no hablaba hebreo, pero se relacionaba con un judío renegado que dominaba la lengua hebrea y los detalles lingüísticos de la Torá, no era difícil para los inquisidores entender a dónde había ido él a buscar sus conocimientos sobre la lengua de los judíos.

—Solo con la ayuda de un diccionario.

Se oyó cómo hojeaban papeles, como si el inquisidor consultase sus anotaciones.

—¿Qué significa la palabra *shebonot*?

—Eh… no sé.

—Entonces, ¿cómo aparece en su libro?

—Bueno… eh… la saqué del léxico de… de Buxtorf —titubeó, claramente, incómodo—. Para saber lo que significa, tendría que consultar el léxico.

—¿Seguro que nunca ha hablado con Benedictus de Spinoza sobre el contenido de su libro?

—Nunca —aseveró Koerbagh enfáticamente—. Admito que el señor De Spinoza, el doctor Van Berckel y otros cartesianos son personas con las que me relaciono, pero nunca he hablado sobre mi doctrina con el señor De Spinoza.

Entonces, otras voces intervinieron y el sonido se hizo inaudible. Con la oreja pegada a la pared, Bento hizo un esfuerzo para tratar de entender lo que se decía en el interrogatorio. Se concentró lo más que pudo para captar el sentido de las palabras que aquí y allí conseguía escuchar, pero en vano. Solo oía sonidos amortiguados. Con el corazón en un puño, se preguntó si Koerbagh les estaría revelando a los inquisidores en voz baja lo que en voz alta les había negado.

Solo los sabría después, cuando vinieran a detenerlo.

IX

El interrogatorio en voz alta había dejado bien claro que Koerbagh tenía la firme determinación de no implicarlo en aquella historia. Bento sabía perfectamente que no era verdad que ambos nunca hubieran hablado sobre los asuntos que habían llevado a la detención de su amigo. No solo le había hablado varias veces de los temas que Koerbagh había incluido en su libro, sino que estos asuntos también habían servido para las ponencias que había dado tanto en las tertulias con los *collegianten*, como en otras circunstancias. Además, formaban parte del borrador que había dejado a varias personas en las que confiaba, entre ellas el propio Koerbagh. Evidentemente, todo eso le había servido de fuente para las controvertidas tesis que su amigo había publicado en *Een Bloemhof*, como los inquisidores bien sabían. Pero sin confesión formal, no había forma de implicar a Bento en aquel caso.

Sin embargo, el cambio en el tono del interrogatorio le había puesto extremadamente nervioso. Las sucesivas preguntas de los diferentes miembros del consistorio del *vroedschap* ya no eran en voz alta por lo que, como consecuencia, Koerbagh solo susurraba. Las respuestas eran casi inaudibles, lo que hizo imposible que, a pesar de estar pegado a la pared, el filósofo consiguiera desentrañar lo que se decía. Quizá eran cuestiones menos relevantes que no exigían tanta contundencia en la formulación de la respuesta, pero aquel cambio le provocó un estado de gran alteración.

Tras los procedimientos finales, dieron la sesión por concluida. Retiraron al prisionero y los miembros del *vroedschap* permanecieron en la sala deliberando sobre el destino que le darían. Como ya no se trataba de un interrogatorio, el ambiente se volvió más distendido, con múltiples voces que se sobreponían, lo que dificultaba aún más la posibilidad de entender lo que decían más allá de una u otra palabras aisladas.

Después de una media hora, la reunión del *vroedschap* terminó. De nuevo se escucharon sillas y mesas que se arrastraban, las voces se dirigieron hacia el pasillo, mezcladas con algunas risas. Bento se alejó de la pared y volvió de inmediato a su lugar, como si nunca hubiera salido de allí. Acababa de sentarse cuando vio a Hudde entrar en la salita.

—Ya está —anunció el magistrado—. Tengo buenas noticias, Benedictus. Koerbagh no te ha implicado, por lo que no te van a llamar a testificar.

El filósofo suspiró de alivio. Había llegado a convencerse de que estaba perdido, así que la noticia le liberó del enorme peso que se le había instalado en los hombros.

—Y... ¿qué le va a pasar a él?

El matemático respiró hondo, mucho menos optimista en ese caso.

—La situación no es fácil.

—¿Qué quieres decir con eso?

Hudde tragó en seco, se le notaba incómodo. Señal de preocupación. Incluso le costaba mirar a su interlocutor.

—Creo que, por influencias del consistorio de la Iglesia Reformada, en el *vroedschap* hay quien quiera que se le aplique una pena dura. Muy dura, a decir verdad.

Lo dijo como si le estuviera preparando para lo peor. Bento sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Cómo de dura?

Su amigo matemático miró de forma huidiza hacia la puerta, para asegurarse de que nadie escuchaba aquellas confidencias y se acercó aún más a su interlocutor.

—Treinta años de cárcel, todos los bienes confiscados y todos sus libros quemados —reveló en voz baja—. Además, quieren que se le ampute el dedo pulgar derecho y que se le abra un agujero en la lengua con un hierro en ascuas.

El rigor del castigo dejó a Bento incrédulo.

—¡¿Q... qué?!

Hudde suspiró con pesar.

—Es lo que han propuesto.

El castigo era tan exagerado que el filósofo tardó algunos instantes en digerirlo.

—Pero... ¡pero no pueden hacer eso! —protestó, levantando el tono de voz con una indignación creciente—. ¡No se hace algo así a una persona que solo ha publicado un libro! ¿Acaso esto es España o Portugal? ¿Ahora tenemos a la Inquisición en...

—Tranquilo, Benedictus.

—... la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos? ¿Cómo es posible que quieran hacer algo así a una...

—¡Tranquilo!

—... una persona como él?

Al darse cuenta de que había hablado demasiado y Bento podía armar un escándalo que le pondría en un compromiso, Hudde se llevó el dedo indicador a los labios, para indicarle que podían estar oyéndolos; le hizo un gesto con el dedo.

—Ven conmigo.

El filósofo le siguió con la esperanza de que le aclarara mejor las cosas, queriendo también escuchar algo que le tranquilizara sobre el destino de su amigo, pero cuando Hudde abrió la puerta para que pasara, de repente se encontró en el exterior. Le había llevado hasta la puerta de la calle y por lo visto era libre para que se marchara.

—Perdona, pero... ¿y Koerbagh?

El magistrado del *vroedschap* le hizo un gesto en señal de despedida.

—Haré lo que pueda por él.

Sin darle tiempo a reaccionar, dio media vuelta y cerró la puerta.

X

Heiligeweg, también conocida como la Vía Sacra debido a los diversos edificios religiosos que se concentraban en aquella calle, estaba ese día tan repleta de visitantes extranjeros que era imposible andar en línea recta; sobre todo se veía alemanes, franceses, italianos, escandinavos e ingleses. Zigzagueando entre ellos, Bento sabía muy bien qué los había llevado hasta allí. Habían venido a ver lo que pasaba en el gran edificio que había sido el Clarissenkooster, el convento de las Hermanas de Santa Clara y que todos en Ámsterdam conocían como Rasphuis, el edificio correccional y una de las atracciones de la ciudad.

Los extranjeros hacían fila delante de la puerta, en cuya parte superior se erigían tres estatuas y estaba escrita la palabra *Castigatio*. Bento se puso en esa fila. Lo que llamaba la atención de los visitantes al Rasphuis eran las nuevas ideas liberales que habían emergido con el capitalismo neerlandés sobre cómo debería ser una prisión y cuál era su verdadero propósito. El proyecto implicaba disciplina correctiva y la recuperación de los delincuentes a través del trabajo remunerado y la educación moral. Había sido para eso para lo que habían creado Rasphuis y era eso lo que atraía a tantas personas de Europa.

Los hombres que hacían fila fueron entrando de uno en uno, hasta que llegó el turno de Bento.

—Una moneda de cobre.

Se la entregó al guardia que flanqueaba la puerta. Se metió por el pasillo detrás de los visitantes extranjeros y entró en un edificio enorme; se trataba del antiguo monasterio. Las ventanas daban a un patio en el que se veían decenas de prisioneros cubiertos del polvo rojizo de serrar madera de *pau-brasil*; en realidad fue esta actividad, que producía un polvo como el de los ralladores, lo que le había dado a Rasphuis su nombre. *Raps huis*, la casa del rallador. La idea era siempre la misma: transformar a los delincuentes en ciudadanos y a los ociosos en trabajadores, recuperándolos así para la sociedad. Pero en medio de las ideas y la realidad, algo fundamental se había perdido y al final Rasphuis acabó siendo simplemente una prisión en la que los reclusos trabajaba a cambio de una remuneración baja.

Se dirigió a un guardia.

—¿La enfermería?

El hombre le señaló hacia el fondo del pasillo.

—Es por aquella puerta —indicó—. Pero los visitantes no pueden pasar, porque si no acaban mezclándose con los reclusos y después no

sabemos quién es quién.

Sin dar detalles, Bento le agradeció las indicaciones. Si los extranjeros visitaban Rasphuis para admirar el proyecto correccional creado en aquella institución, él había ido allí simplemente para visitar a un amigo.

Gracias a la intervención de Hudde, el *vroedschap* había frenado los ímpetus más punitivos de algunos de sus miembros cercanos al consistorio de la Iglesia Reformada. Jan Koerbagh había sido puesto en libertad con una advertencia, ya que llegaron a la conclusión de que no había contribuido en la publicación de *Een Bloemhof*. Por su parte, a su hermano Adriaan, identificado como el verdadero autor de la obra blasfema, le aplicaron una pena mucho más leve de la que inicialmente habían propuesto. No le amputaron el dedo ni le hicieron un agujero en la lengua con un hierro candente, ni se apropiaron de todos sus bienes, ni quemaron sus libros, tampoco lo condenaron a treinta años de cárcel.

En vez de eso, acabó sentenciado a diez años de prisión, seguidos de diez años de exilio además de una multa de cuatro mil florines. Podría parecer leve comparado con la propuesta inicial del *vroedschap*, pero no dejaba de ser duro, considerando que se trataba de un castigo por un delito que no era un homicidio, ni siquiera un robo, sino la simple publicación de un libro que exponía algunas verdades que ofendían a los religiosos. Fuera como fuese, Koerbagh había sido primero enviado a una prisión reservada a los peores delincuentes. Como las condiciones eran pésimas, rápidamente se puso enfermo. Sus amigos intervinieron y consiguieron que después de siete semanas fuera transferido a Rasphuis, donde de inmediato entró en la enfermería.

Después de pasar por la puerta que le habían indicado, Bento subió unas escaleras y llegó a un ala custodiada por un guardia; era la entrada a la zona de los enfermos, naturalmente área reservada. El guardia le cortó el paso.

—¿Quién es usted?

El visitante se identificó y mostró el salvoconducto que Hudde le había dado el día anterior.

—Estoy debidamente autorizado, como puede ver, a acceder a la zona en la que se encuentran los reclusos enfermos.

Tras confirmar la autenticidad del documento, el guardia llamó a una enfermera, que llevó al visitante hacia la enfermería. Las camas se situaban perpendicularmente a las paredes, algunos pacientes gemían, otros parecían indiferentes; el aire estaba impregnado de una mezcla de olor a alcohol y orina.

La enfermera lo condujo hasta una cama al fondo del ala izquierda. Al acercarse, reconoció a Koerbagh. Su amigo dormitaba. La enfermera se marchó y Bento se sentó al lado del paciente. Valoró su estado. Su amigo tenía la tez amarillenta, el rostro chupado, grandes ojeras que le oscurecían las órbitas de los ojos; no parecía estar nada bien. Verlo en aquel estado inquietó al filósofo y le hizo hervir de una rabia contenida. ¿Cómo era posible que trataran de esa forma a una persona solo por causa de sus ideas?

Quizá porque sintió una presencia, el paciente abrió los ojos y nada más despertarse reconoció al visitante.

—¡Benedictus! —murmuró sorprendido y un poco alarmado—. ¿También te han detenido?

La apariencia y situación de Koerbagh eran desoladoras, pero Bento sonrió, era importante darle ánimo.

—No ha sido porque no lo hayan intentado —respondió el recién llegado—. ¿Tú cómo estás?

Su amigo suspiró.

—En un estado deplorable, como ves —dijo—. La comida es una porquería, la humedad de la celda es un horror. Un auténtico vivero de enfermedades. —Le lanzó una mirada de súplica—. Crees que... ¿podéis sacarme de aquí?

—Lo estamos intentando todo, amigo. Ya hemos intercedido por ti ante el *vroedschap* e incluso hemos escrito a De Witt.

—Y... ¿qué?

¿Qué podía responderle? ¿Que el jefe del gobierno tenía las manos atadas por causa de los calvinistas y orangistas, que el *vroedschap* había sido favorable en la pena, teniendo en cuenta la presión que el consistorio de la Iglesia Reformada había ejercido? ¿Debería decirle que en aquel momento nadie iba a mover un dedo para sacarlo de ese infierno?

—Tenemos que ser pacientes y esperar —indicó, evitando la pregunta—. Han retirado tu libro y dentro de un tiempo nadie se va a acordar de esta historia. Entonces, moveremos algunos hilos, creo que tendremos una buena baza.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando se olviden de toda esta historia.

Los ojos de Koerbegh se humedecieron y sus labios empezaron a temblar.

—Pero yo no voy a aguantar esto, Benedictus —murmuró en tono de súplica—. ¡No aguanto ni un día más! ¡Si me quedo aquí, me voy a morir! ¿Me has oído? Tenéis que sacarme de aquí, y ¡lo antes posible! Por favor, ¡sacadme de aquí!

Bento le puso la mano encima del hombro, para intentar consolarlo.

—Estamos en ello, estate tranquilo —le dijo con voz suave, tranquilizadora—. Por ahora, hemos conseguido que te transfieran a Rasphuis y que te metan en esta enfermería. Es un primer paso. Danos un poco más de tiempo. Estoy seguro de que De Witt vendrá a socorrernos.

La promesa, la forma tranquila y segura en que le hablaba, tranquilizaron a Koerbagh.

—¡Qué estupidez la mía! —murmuró moviendo la cabeza, como si se recriminara—. ¿Para qué publiqué esa porquería de libro? ¡Estúpido! ¡Soy un estúpido!

—Ejerciste el derecho a la libre expresión y expusiste la verdad.

—¿Y eso, de qué me ha servido? —protestó—. ¿Eh? ¿De qué me ha servido? Solo he buscado mi desgracia —negó con la cabeza, enfadado consigo mismo—. ¡Qué idiota he sido! ¡Qué idiota!

—Tranquilo, tranquilo.

Koerbagh se calló y cerró los ojos, tratando de controlar la respiración y calmar los nervios. Después de un minuto, ya más tranquilo, miró a su amigo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber—. ¿Publicarás los libros que estás escribiendo?

Los libros de los que hablaba eran, evidentemente, *Ethica* y *Tractatus Theologico*. Publicarlos siempre había entrado en los planes de Bento, pues escribía siempre con la idea de publicar; pero era inevitable que la desgracia de su amigo le provocara muchas dudas sobre la sensatez de su proyecto.

—Pues mira, no lo sé.

Si había alguien que podía entender el conflicto interior del filósofo era el propio Koerbagh.

—¿Quieres saber mi opinión?

—Ya sé cuál es. Crees que debo tener cuidado y esperar mejores tiempos...

—Publícalos.

La sugerencia sorprendió a Bento.

—¿Perdón?

—Publícalos —repitió Koerbagh—. No lo dudes.

Dicho por él, la sugerencia era inesperada.

—Y luego que me pase lo que te está pasando a ti...

Su amigo hizo un esfuerzo para erguirse y, al enderezarse colocó la mano sobre el brazo del filósofo, se lo apretó con fuerza, como si quisiera darle ánimo. Acercó su rostro a la cara de su amigo y le miró

fijamente a sus ojos oscuros, quizá para enfatizar la importancia de lo que iba a decirle.

—¡Solo tus libros son capaces de cambiar el mundo!

Como un saco que de repente se vacía, se dejó caer hacia atrás, ahondando su nuca en la almohada, consumido por el esfuerzo y por toda la tragedia que le había caído encima.

XI

Cuando salió de Rasphuis y se metió por las calles estrechas de Ámsterdam, Bento iba tan conmocionado como aquel día ya lejano en el que deambuló sin rumbo por la ciudad, tras el rechazo de Clara María. La situación de Koerbagh era una pesadilla y verlo languidecer en la cama de una enfermería de la cárcel le había dejado profundamente abatido. No obstante, lo que más le atormentaba en ese momento era la petición insana que su amigo le acababa de hacer. Publicar *Ethica* y el *Tractatus Theologico* le parecía una verdadera locura. Todos sus instintos se rebelaron contra esa sugerencia. *Caute*, soplaba insistentemente la antigua voz que sonaba dentro de su cabeza siempre que sentía la tentación de retar al mundo. ¿De verdad quería que le sucediera lo mismo que a Koerbagh? Solo un suicida haría algo así.

Y, aun así...

Aun así, no conseguía quitarse la idea de la cabeza. Quizá era porque Koerbagh se lo había pedido, o porque se sentía en deuda con su amigo y quería hacer algo; a lo mejor era simplemente orgullo, siempre aquel orgullo que un día le iba a traer problemas de verdad; pero el hecho es que la sugerencia se le había pegado al cuerpo como una enfermedad insidiosa, primero insinuándose discretamente, después propagándose en silencio, hasta que finalmente se apoderó por completo de él. Tenía que hacerlo. Más que un riesgo, se había convertido en un imperativo. La decisión estaba tomada.

El problema era encontrar la forma de evitar el destino de su amigo. ¿Sería posible? Consideró el asunto con cuidado. Recordó el castigo de Galileo, pensó en las obras de Descartes, consideró las circunstancias en torno al libro de Koerbagh, reprodujo las palabras de Hudde, ponderó los panfletos políticos de Van den Enden. La solución al problema se encontraba ahí, en algún lado. Entró en un intenso diálogo interior, a veces incluso llegaba a murmurar palabras, como si discutiera con otra persona que se había instalado dentro de su cabeza. Tenía que prestar atención a lo que Hudde le había dicho durante el interrogatorio de su amigo, tenía que evitar los errores de Galileo y de Koerbagh, tenía que imitar el éxito de Descartes y la técnica de Van den Enden.

Puso los ojos en blanco y se estremeció, como si le hubiera alcanzado un rayo.

—Y si... y si...

Como una epifanía, la solución se formó de repente en su espíritu.

Tan clara y evidente, tan lógica y necesaria. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto antes? Repentinamente animado, se puso a andar más deprisa y dejó de caminar sin rumbo definido, perdido en los laberintos de su mente; la marcha adquirió firmeza y, sobre todo, un rumbo. Cuanto más consideraba la solución, más entusiasmado estaba, los pasos largos se hicieron más cortos, casi como si fuera una carrera.

En un periquete llegó a Het Martelaarsboek y entró en la librería como un huracán.

—¡Rieuwertsz! —llamó—. ¿Dónde estás, Rieuwertsz?

De cuclillas, por detrás del mostrador, el librero desempaquetaba un pedido que había llegado de Antuerpia, escrito con tinta gorda en las partes laterales. Levantó un brazo para indicar dónde estaba.

—Aquí.

Bento se dirigió de inmediato hacia él.

—Acabo de venir de Rasphuis —anunció—. He visto a Koerbagh y... tenemos que hacer algo.

—¿Cómo se encuentra?

—Mal, como debes imaginar —fue su seca respuesta—. Cree que debemos publicar *Ethica* y el *Tractatus Theologico*.

—Se ha vuelto loco, pobre —murmuró el librero—. La prisión le ha enloquecido y el pobre anda delirando. Ha perdido por completo la noción de la realidad.

Bento respiró hondo, preparándose para anunciar la decisión que había tomado en el camino entre Rasphuis y la librería Het Martelaarsboek.

—Comparto su opinión.

La declaración dejó atónito a Rieuwertsz. Durante unos instantes permaneció boquiabierto, mirándolo intensamente para tratar de entender si su amigo bromeaba.

—¿Hablas en serio?

—Tengo que publicar mis libros. Claro como el agua.

El librero entendió que hablaba en serio.

—¿Te has vuelto loco?

—No podemos encontrar satisfacción en nada que no sea la verdad —fue su respuesta—. Es eso lo que busco cuando escribo y por eso mis libros tienen que ser accesibles a más personas. La humanidad necesita vivir en la verdad, en caso contrario permanecerá para siempre en la oscuridad y la ignorancia.

Rieuwertsz negó con la cabeza.

—Debes estar cansado de vivir, Benedictus —dijo con una voz grave—. ¿Eres consciente de las implicaciones que eso conlleva? En el clima actual y después de lo que le ha pasado a Koerbagh, tienen la

mira puesta en ti y se mueren de ganas de que cometas el más mínimo desliz para echarse encima de ti. Ahora, ¡imagina lo que te va a pasar si publicas un libro entero desmontando la Biblia y la concepción de Jesús! No tendrás alternativa. Si no te matan, Benedictus, te mandarán directamente a Rasphuis. Tú, con tu salud frágil y esa tos permanente, no aguantarás ni una semana en esos calabozos húmedos e inmundos.

Al contrario de lo que sería de esperar de una persona cuyo lema de vida era *caute*, Bento ni pestañeó ante el escenario que le acababa de describir.

—Quizá sea como dices, pero tengo un plan —respondió—. Primero es necesario atacar al poder religioso de los calvinistas y la fuente de su influencia sobre las poblaciones supersticiosas. Eso se hace desmontando que la Biblia fue escrita por Dios, que en ella no se revelan todos los misterios del Universo como las personas ingenuamente creen; sino que se trata solo de una compilación de textos diversos, cada uno con sus propias circunstancias y todos de autoría humana.

—Eso es el *Tractatus Theologico*, que ya estás escribiendo...

—Pero a esta parte teórica, ahora lo tengo claro, tengo que sumar la parte política —añadió el filósofo—. Después de demostrar que la Biblia es un libro humano y que por eso el poder de los religiosos se asienta en una falsedad, es necesario demostrar que los religiosos no ejercen el poder político, ni el poder político puede aceptar la interferencia de la iglesia. Tiene que haber una separación entre las iglesias y el Estado. Cada uno en su lugar. Además, el poder religioso no puede interferir en la libertad de filosofar, ya que entonces la ciencia no avanzaría y permaneceremos todos en la ignorancia. El mundo es como es, no como esos hombres antiguos que escribieron en la Biblia, todos ellos ignorantes en estos temas, imaginaban que era.

Rieuwertsz hizo una mueca.

—No puedes decir todo eso así —observó—. Se echarán sobre ti, Benedictus.

Tenía razón en que estaba pisando arenas movedizas, el filósofo bien lo sabía.

—Puedo hacerlo si uso la Biblia como fuente de esas conclusiones —le respondió, creyendo que había encontrado la solución—. Es decir, usaré la Biblia para desmontar los mitos sobre la propia Biblia. Sobre todo, voy a utilizar la Biblia para describir situaciones similares a la que estamos viviendo actualmente aquí, en las Provincias Unidas, en concreto, episodios bíblicos en los que las interferencias de los religiosos perjudicaron gravemente al antiguo Estado de Judea y Samaria.

—¿En la Biblia hay situaciones similares a la nuestra?

—Y tanto que las hay. Por ejemplo, para asegurarse el poder, los reyes que subieron al trono en los tiempos antiguos propagaban la idea de que descendían de dioses inmortales, pensando que si sus súbditos y el resto de la humanidad no los veían como iguales sino como dioses se someterían a su gobierno y obedecerían a sus órdenes. Así fue como los hebreos, cuando salieron de Egipto, decidieron transferir sus poderes, no a un ser humano, sino a Dios, que era su rey; como consecuencia, los enemigos de los judíos eran considerados los enemigos de Dios y las leyes del Estado eran designadas como los mandamientos de Dios. Quien renegara de la religión dejaba de ser un ciudadano y pasaba a ser considerado un enemigo. El gobierno era una teocracia. Para intermediar en la relación con Dios, Moisés asumió esa función. Él se convirtió en el intérprete y legislador de las leyes divinas, el único con derecho a consultar a Dios y a dar las respuestas divinas al pueblo, aquel que instituía y derogaba las leyes en nombre de Dios. Elegía a los sacerdotes, juzgaba, enseñaba y castigaba; en realidad, ejercía todas las prerrogativas de un monarca absolutista. Lo que sucede es que Moisés no eligió a un sucesor, por lo que dejó el poder en manos de una teocracia. Cuando los sacerdotes asumieron el gobierno, cada uno usó el poder religioso y el poder secular para intentar glorificar su propio nombre, emitiendo diariamente decretos que tildaban de sagrados. De esta forma, la religión degeneró a una superstición corrompida. Malaquías vivió todo esto y acusó a los sacerdotes de interpretar las leyes según su conveniencia.

Rieuwertsz se frotó la barbilla, reflexionando sobre la estrategia propuesta por Bento.

—Hmm... cuando hablas de los sacerdotes judíos antiguos y de la teocracia, en realidad estás hablando de los *predikanten* actuales y de sus proyectos para influir en el gobierno de las Provincias Unidas.

—No solo los *predikanten*. También de los católicos, los musulmanes, los judíos... todos ellos y en todo el mundo. Lo que pretendo demostrar es cuán dañino es para la religión y para el Estado que se ceda a religiosos el poder de emitir decretos o ejercer funciones de gobierno; al contrario, se obtiene una mayor estabilidad cuando a estos religiosos apenas se les permite responder a estos cargos.

Solo en ese momento, el librero empezó a comprender verdaderamente el alcance de aquella propuesta.

—¿Tú lo que verdaderamente quieres es separar la religión del Estado? —preguntó—. ¡Pero eso es imposible!

—¿Por qué?

—Porque... porque nunca se ha hecho.

—Eso no es razón para que no se haga —fue su respuesta, seguro de ella—. Cuando tanto la razón como la experiencia nos muestran que el derecho divino depende enteramente de gobernantes seculares se concluye que los gobernantes seculares son los intérpretes adecuados. Cuando tal poder fue entregado al papa en Roma, él adquirió el total control sobre los reyes. Pero es evidente que, cuando los soberanos deciden en función de su placer, todo el Estado, espiritual y secular, sucumbirá en ruinas.

Rieuwertsz sonrió.

—Considerando el odio de los *predikanten* a los papistas, esa comparación con el papa de Roma les va a colocar en una situación embarazosa...

—Lo que pasa es que la separación entre las iglesias y el Estado también tiene que ampliarse a la filosofía. Mi preocupación es separar la filosofía de la teología y mostrar la libertad de pensamiento que tal separación permite a ambas. Ha llegado la hora de determinar los límites en los que la libertad de pensamiento y de discusión se pueden expandir en el Estado.

—Eso nunca lo van a aceptar. No te hagas ilusiones, Benedictus.

—Nunca dudes del poder de una buena idea —respondió Bento—. Los gobiernos más tiranos son los que transforman las opiniones en delitos, ya que todas las personas tienen un derecho inalienable a tener sus propios pensamientos. Un gobierno que intente controlar las mentes es tirano. Intentar imponer lo que es verdadero y lo que es falso constituye un abuso de poder y una usurpación de los derechos de los ciudadanos. El pensamiento de cada hombre es suyo y las formas de pensar son tan diversas como los gustos. Ni siquiera los más expertos, por no hablar de la multitud, consiguen quedarse callados. Es normal que los hombres compartan sus planes con otros, incluso cuando es necesario que sea secreto, por tanto es un abuso que el gobierno prive al individuo de su libertad de decir y enseñar lo que quiera. El objetivo último del gobierno no es gobernar con el miedo ni imponer obediencia, sino al contrario, liberar a cada hombre del miedo. El objetivo del gobierno no es transformar a los hombres de seres racionales en bestias o marionetas, sino permitir que desarrollen sus mentes y cuerpos con seguridad, y que empleen la razón sin restricciones. Quien todo lo intenta regular por la ley, lo más probable es que cree vicios, más que resolverlos. Más vale permitir lo que no puede abolirse, incluso cuando sea dañino. ¿Cuántos males nacen de la lujuria, de la envidia, la avaricia, el alcohol y cosas de ese tipo, y aun así se toleran, porque no pueden impedirse legalmente? El libre

pensamiento debe permitirse, ya que es una virtud que no puede quedar aplastada. Tal libertad es absolutamente necesaria para el progreso de la ciencia y de las artes liberales, ya que ningún hombre las ejerce bien sin ser totalmente libre.

—Sí, pero imaginemos que esa libertad fuese aplastada y los hombres quedasen subyugados de tal forma que ni siquiera pudieran susurrar, a no ser para decir lo que los gobernantes quieren —contrapuso Rieuwertsz—. ¿Cómo sería en ese caso?

—Aun así, no sería posible hacer que pensasen como las autoridades quieren, y como consecuencia todos los días los hombres dirían algo, pero pensarían otra cosa completamente diferente, corrompiendo la buena fe y alimentando la adulación y la perfidia. Leyes de este tipo, que recetan lo que cada hombre tiene que creer y que prohíben a las personas decir o escribir cosas diferentes, han sido aprobadas con frecuencia como concesiones a la furia de aquellos que no toleran a los hombres iluminados y que, por manipulación, transforman fácilmente la devoción de las masas en furia y la dirigen contra quienes ellos quieren. ¿Qué mayor tristeza puede haber para un Estado que hombres honrados que sean tratados como criminales porque tienen opiniones diferentes?

—Como Koerbagh.

—Como Koerbagh, Galileo, Giordano Bruno y tantos otros —recordó el filósofo—. Me pregunto, ¿qué puede ser más dañino que ver a hombres que no han cometido ningún delito o maldad siendo tratados como enemigos o peor, asesinados? Debemos garantizar la libertad de pensamiento para que los hombres vivan juntos en armonía, incluso cuando tienen opiniones diferentes o abiertamente contrarias. La mejor forma de gobierno es la que está en mayor armonía con la naturaleza humana. En una democracia, la forma más natural de gobierno, todos se someten al control de la autoridad sobre sus actos, pero no sobre su pensamiento o razón. La ciudad de Ámsterdam recoge los frutos de esa libertad con la gran prosperidad general y con la admiración que suscita entre otros pueblos. Los cismas no tienen su origen en el amor por la verdad, sino en un deseo ilimitado de supremacía. Eso tan evidente como el sol a mediodía. Los verdaderos cismáticos son los que condenan las escrituras de otros hombres e incitan a las masas contra sus autores. En realidad, los verdaderos perturbadores de la paz son aquellos que, en un Estado libre, intentan limitar la libertad de pensamiento. Cada hombre debería pensar lo que quiera y decir lo que piensa.

Se calló y durante un buen rato se hizo el silencio en la librería. Lo que Bento proponía constituía una verdadera revolución. Las

implicaciones serían inmensas. Pero los costes para el autor por tal propuesta, también. ¿Tendría verdadera conciencia de ello? ¿O una vez más le estaría cegando su orgullo?

Rieuwertsz negó con la cabeza.

—Todo eso es muy bonito, no cabe duda —dijo con un tono claramente escéptico—. Pero no nos hagamos ilusiones: el problema central permanece. Si publicas eso, te harán lo mismo que a Koerbagh. O peor todavía.

—Me enfrentaré lo que tenga que enfrentarme.

—Pero no serás solo tú, Benedictus. —Se golpeó el pecho—. ¡Yo también! Los calvinistas y orangistas conocen mi relación con Koerbagh y contigo, también estoy en su punto de mira. Andan vigilando mi tienda y las obras que vendo aquí. Todo lo que imprima será rigurosamente analizado.

—¿Y bien?

—¿Y bien? —se sorprendió el librero—. Aunque estés lo suficientemente loco como para publicar esas ideas, no podrá ser conmigo. Mi Het Martelaarsboek se llama la Librería de los Mártires por publicar libros prohibidos, es cierto, pero debo dejar muy claro que yo no tengo ninguna intención de convertirme en un mártir.

Un vestigio de sonrisa se dibujó en el rostro de Bento.

—Yo no voy a publicar un libro que exponga estas ideas —dijo despacio, para que su interlocutor entendiera cada palabra—. Ni tú lo vas a imprimir.

El librero estaba confuso.

—¿Ah, no? —se sorprendió—. Perdona, pero entonces no entiendo nada. Si no es así, ¿para qué estamos teniendo toda esta conversación?

El filósofo levantó tres dedos.

—Koerbagh cometió tres errores capitales —señaló—. En primer lugar, publicó su libro en neerlandés. Está claro que los *predikanten* no iban a dejar pasar eso bajo ningún concepto. Ellos temen que las personas abran los ojos y dejen de creer en las mentiras y en las supersticiones que les colocan, solo por eso actúan con mano tan dura.

—No me dices ninguna novedad. La cuestión es que, si tu objetivo es cambiar la mente de las personas y escribes tan solo para los filósofos, no vas a cambiar nada...

—¡Te equivocas rotundamente! —exclamó Bento—. Bien sé cuán enraizados están los prejuicios que se abrazan en nombre de la religión y que en la mente de las masas la superstición va de mano con el miedo. Por eso, incluso prefiero que la multitud y las personas con pasiones iguales a las de la multitud ni siquiera lean mis libros. Es

más, me gustarían que los dejaran de lado por completo, en caso contrario los van a manipular según sus conveniencias. Los libros no les harían ningún favor, incluso podrían obstaculizar su divulgación a los verdaderos destinatarios de mis palabras.

—¿Y quiénes son esos?

—Los filósofos, está claro.

—Pero seguiría siendo una conversación en un circuito cerrado y no cambiaría nada...

—Te equivocas. La forma como intento cambiar la mente de la multitud no es directa, sino indirecta. Al convencer a los filósofos del mérito de mis ideas, crearé un movimiento intelectual que ganará dinámica por sí mismo, contagiando a continuación a los políticos y llevándolos a alterar las leyes que gradualmente conducirán a la democracia y, como consecuencia, a la libre difusión de ideas y a la formación de la multitud. Ese es el camino que me propongo seguir para llegar hasta el ciudadano común.

Rieuwertsz dudó.

—Muy bien, ya he entendido tu idea —dijo—. No obstante, hay algo que no he entendido. Dices que quieres publicar un libro exponiendo tus ideas, ¿no? Pero hace momentos afirmaste que no vas a publicar tal libro. Al final, ¿en qué quedamos?

—Nos quedamos en los otros dos errores capitales que Koerbagh ha cometido —respondió el filósofo, retomando su razonamiento anterior—. Nuestro amigo no solo cometió el disparate de escribir en neerlandés, sino que además colocó su nombre y el nombre del librero que lo publicó. Al hacer esto, solo le faltó implorar que lo detuvieran, como es evidente.

Solo en ese instante, su amigo entendió lo que de hecho Bento tenía en mente.

—Estás sugiriendo que... que...

—Publicaremos los libros en latín, como hizo Descartes, y sin mi nombre ni el tuyo, como hizo Van den Enden. Nuestros nombres no son importantes. No busco fama ni honra. Lo único que me interesa es plantar las ideas para que puedan crecer y expandirse en el espíritu de los hombres.

La idea era tan simple como eficaz, entendió Rieuwertsz. Más todavía, se tornaba evidente. ¿Cómo era posible que no se le hubiera ocurrido a él?

—Eso es... ¡es genial! —se rio—. ¡Un libro anónimo! ¡Es absolutamente genial!

El librero daba saltos de alegría en medio de la Het Martealarsboek, incluso bailaba y su reacción tan efusiva también hizo

reír a Bento, lo que contagió aún más a Rieuwertsz. De repente, estaban los dos riéndose a carcajadas. Tuvieron que sentarse. No era para menos. Iban a torpedear a los calvinistas y a los orangistas a partir de una torre inexpugnable, desde una posición que les convertía en inmunes a cualquier ataque; quien se escandalizara con el libro, solo podría atacar las ideas, no a los hombres por detrás de las mismas, ¿y no era en el ámbito de las ideas donde debían discutir realmente las cosas?

Tan solo al cabo de un minuto pudieron recuperar la compostura. Bento dio una palmada en el hombro de su amigo.

—¿Vamos a ello?

El dueño de la librería se frotó el mentón.

—Estoy pensando —murmuró—. Ese libro tuyo podrá ser lo más incendiario que jamás se haya publicado. Eso nos obliga a una cautela adicional. Como sabes, hace un tiempo publiqué el libro de nuestro amigo Lodwijk Meyer. Para esquivar a los *predikanten* puse como plaza de publicación la ciudad de Eleutheropolis. Creo que, como medida adicional de seguridad, tendremos que hacer lo mismo con tu libro.

—¿Eleutheropolis? Oh, Rieuwertsz, ¡francamente! Todo el mundo va a entender que Eleutheropolis es Ámsterdam...

Rieuwertsz sabía que su amigo tenía razón. Eleutheropolis, la ciudad de la libertad, era precisamente como los holandeses se referían a Ámsterdam muchas veces, ya que la ciudad toleraba religiones, minorías e ideas que en ninguna otra parte eran toleradas. En el libro de Meyer, el truco había funcionado como un juego de palabras humorístico, pero algo tan serio y sensible como el *Tractatus Theologico* no podía permitirse ese lujo.

—Está bien, no la llamaremos Eleutheropolis, buscamos otra cosa. Quizá el nombre de una ciudad real. ¿Tu padre no era de Lisboa? Entonces, voy a poner que el libro se ha editado en Lisboa.

Bento se levantó y se dirigió a su amigo.

—Mi padre era de un lugar al sur de Portugal llamado Vidigueira —le corrigió—. No irás a decir que mi tratado ha sido publicado en Vidigueira, ¿no?

—¿Vidi... qué?

—Además, Lisboa tampoco es una buena solución. Todo el mundo entendería que se trata de un truco ya que, si entre nosotros un libro así es algo complicadísimo, imagínate en la tierra de los papistas. Además, cualquier referencia a una ciudad portuguesa inevitablemente colocaría las sospechas en mi dirección.

—Entonces, una ciudad española. Sevilla, Barcelona...

El filósofo movió la cabeza.

—No. Tienes que poner el nombre de una ciudad protestante y que no esté muy lejos de aquí. Solo así será creíble.

El librero también se levantó.

—Voy a pensarlo.

—Pon Colonia o Münster... algo así.

El filósofo cogió el sombrero y se encaminó hacia la salida, siempre acompañado por su anfitrión. Ambos se detuvieron junto a la puerta.

—En tu plan, solo veo un problema más —dijo Rieuwertsz—. Tu libro se llama *Tractatus Theologico*, ¿no es cierto? Lo que pasa es que con todo este tema de Koerbagh, ahora has decidido que, además de la teología, también vas a abordar la política. Al usar ejemplos bíblicos para mostrar cuán perjudicial es la interferencia religiosa en las actividades de gobierno, usas la teología para influir en la propia política. Ahora bien, eso me parece incompatible con el título de la obra.

—Y por eso lo voy a cambiar.

—Ah, ya lo habías pensado...

El filósofo se sacudió con cuidado el polvo que le ensuciaba los pantalones y se colocó el sombrero en la cabeza antes de cruzar la puerta para marcharse. Desde la calle, volvió la cabeza y miró hacia atrás.

—¿Por qué no *Tractatus Theologico-Politicus*?

Habían encontrado el título.

XII

La casa de Van den Enden en Singel parecía estar patas arriba, tanto su viejo maestro como sus hijas estaban revolucionados. Era cierto que aquel lugar siempre había sido anormalmente movido, pero en aquel momento a Bento le pareció que habían alcanzado unos niveles de revuelo sin precedentes. ¿Qué demonios estaba pasando?

—*Mijnheer* Spinoza —le saludó la hija pequeña de Van den Enden, Marianna, que fue a abrir la puerta—. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Quería hablar un momento con su hermana, Clara María. —Miró alrededor, impresionado con el bullicio—. Pero si vengo en un mal momento, puedo venir otro...

Una voz como un trueno sonó en el patio de la casa.

—*¡Mijnheer Spinazie!*

Apareció Van den Enden. A juzgar por el tono alegre y por la forma como le llamó, era evidente que estaba de buen humor. *Mijnheer Spinazie,* que podía traducirse como «señor Espinacas», era un juego de palabras en neerlandés con su nombre: Espinosa, Spinoza, y con la palabra neerlandesa para espinacas, *spinazie*; la expresión se escuchaba en los círculos de pensamiento de Ámsterdam y significaba que quien comía espinacas sería tan listo como Spinoza. Bento disimuló el orgullo que le provocaba que su nombre empezara a asociarse a la inteligencia e hizo como si no hubiera entendido el chiste.

—Maestro, ¿cómo está?

Como respuesta, el anfitrión abrazó al visitante.

—¡Excelente! ¡Excelente! —exclamó, enérgico—. ¡Nos marchamos!

—Oh.

—Es cierto —confirmó Van den Enden—. ¡Me voy a París! ¡A París! ¿No es magnífico?

La novedad sorprendió a Bento.

—¿París? ¿Qué va a hacer en París?

—¡Voy a dejar esta tierra de incultos! ¡De ignorantes! ¡De oscurantistas! ¿No ves que me han cerrado la escuela, los muy idiotas? La mejor escuela de todas las Provincias Unidas, fíjate. ¡Me la han cerrado, estos ignorantes! Me acusan de ser el autor de un manifiesto político inmoral y de subvertir las mentes jóvenes. ¡A mí, que no he hecho otra cosa en la vida sino educar según los dictámenes de la razón! ¿No me dejan ser un librepensador y quieren que me someta a

los *predikanten?* Pues bien, ¡en París hay quien me quiere escuchar!

—Pero maestro, a pesar de todos los problemas, ¡no hay país más libre que nuestra república! Esta es la tierra gobernada por Johan de Witt, ¡el más liberal de los gobernantes en todo el mundo! ¿Va a abandonar Ámsterdam para ir a... Francia? ¿A la tierra de Luis XIV? ¿Está seguro de que allí va a encontrar más libertad que aquí?

Van den Enden hizo un gesto con las manos, para desvalorizar el argumento implícito en las palabras de su expupilo.

—Te equivocas. Parece que el rey de Francia quiere que sea su consejero y médico de la corte. ¡Al menos alguien que tiene visión! ¡Un hombre moderno! ¡Un iluminado!

Todo aquello dejaba a Bento atónito.

—¿Luis XIV? ¿Un iluminado? ¡Estamos hablando de un rey que concentra en sí todos los poderes y que se ha proclamado dictador por derecho divino! ¡El hombre que se cree el representante de Dios en la Tierra! Maestro, ¿cómo puede usted, un republicano y demócrata convencido, servir a un rey como Luis XIV?

Claramente en contradicción, su anfitrión abrió los brazos en señal de resignación y respiró hondo.

—No me queda alternativa, ¿qué quieres que haga? —acabó confesando—. El cierre de la escuela me ha dejado sin rendimientos, como bien sabes. Por tanto... ¡París, allá vamos! —Bajó la voz—. Y si Luis XIV me quiere cortar las alas, quién sabe si no se las corto yo a él. Tengo excelente relación con Gilles du Hamel de Latréaumont, que es muy cercano al Chevalier de Rohan, no sé si le conoces. Es un hombre poderoso, fue comandante del ejército francés. Son grandes admiradores míos y me darían protección si fuese necesario.

—Si es así como dice...

Van den Enden se frotó las manos.

—¿Y tú, amigo mío? ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido a despedirte de tu viejo profesor? —La pregunta dejó a Bento sin respuesta.

—Eh... sí, claro —respondió diplomáticamente—. He venido a verle.

—Me consta que vas a publicar un libro peligroso.

—¿Peligroso?

—Muy probablemente es por culpa de ese libro que a mí me han prohibido enseñar aquí en Ámsterdam —explicó—. No te lo quería contar, pero me han acusado de ser el responsable de haberte educado y de tus ideas heréticas...

Bento se puso blanco.

—¿Cómo saben de la existencia del libro si ni siquiera lo he

publicado? —se inquietó—. ¿Y cómo saben que yo soy el autor?

Su antiguo profesor apretó los dientes.

—Los *predikanten* no son tontos, amigo —le previno—. Tienen fuentes entre los tipógrafos y sospechan de ti. En tu lugar, yo tendría cuidado. Mucho cuidado. Si no, te pasará lo mismo que al pobre Koerbagh. Incluso algo peor.

Su antiguo pupilo tragó en seco. Encerrado en Rasphuis, enfermo y humillado, Koerbagh acabó muriendo el año anterior, pocos meses después de que lo encarcelaran. Desde que había entregado el libro en la tipográfica, no había un día que no pensara en el destino de su amigo y en lo que podría sucederle a él por tanto atrevimiento. Había tomado precauciones, era cierto, pero sabía que su *Tractatus Theologico-Politicus* era una obra explosiva. Podría ser su perdición.

Bajó la cabeza, angustiado.

—Lo sé, maestro.

Al darse cuenta de que aquella conversación estaba deprimiendo a su visitante, Van den Enden cambió de tema e incluso de tono.

—Ahora, dime la verdad, amigo mío. ¿A qué es has venido en verdad? No creo que sea para hablarme de tu peligroso libro, ni mucho menos para visitar a un viejo como yo...

El visitante se sintió como un niño al que acaban de pillar *in fraganti* con las manos en las golosinas.

—He venido... he venido a hablar con su hija mayor.

Van den Enden puso los ojos en blanco.

—No me digas que finalmente... finalmente...

Bento no soltó prenda.

—Necesito hablar con ella.

El anfitrión se giró.

—¡Clara Maríaaa! —gritó—. ¡Ven aquí!

Una voz familiar sonó a distancia.

—Estoy cerrando la maleta.

—¡Ven aquí!

Tras un breve silencio, se escucharon pasos de alguien que se acercaba. Andando con su pie cojo, por fin la hija mayor apareció; venía con un vestido de flores y un delantal para resguardarse del polvo. Andaba sin duda en las tareas de recogida y limpieza asociadas a la inminente marcha a París.

—Padre, ¿qué sucede?

—Mira quién ha venido a verte.

La mirada de Clara María se giró hacia el hombre plantado en la puerta de la casa y su rostro se iluminó al reconocerlo.

—¡Benedictus! —exclamó—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Tenemos que acabar una conversación, ¿se acuerda?

Van den Enden permaneció allí clavado, siguiendo aquel intercambio de palabras, claramente expectante, pero su hija no estaba dispuesta a ver su intimidad expuesta como un libro abierto. Cogió a Bento de la mano y tiró de él.

—Venga. Vamos a su habitación.

Lo llevó por el pasillo hasta el cuarto que Bento había ocupado en aquella casa tras el *herem* con el que años antes lo habían expulsado de la *Nação*. Sus hermanas se dieron cuenta de que algo importante estaba sucediendo, por lo que se asomaron a la puerta, soltando algunas sonrisitas, también ellas estaban a la espera de saber lo que iba a pasar. En aquella casa no había nadie que no supiera que el visitante era un antiguo pretendiente de Clara María y que la posibilidad de un enlace estaba en el ambiente. Había llegado la hora de la verdad.

Una vez dentro de la habitación, la chica cerró la puerta para asegurarse de que no había espectadores indiscretos. Después, se giró, se cruzó de brazos y miró a Bento.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quiere decirme?

El pretendiente la invitó a acomodarse en el borde de la cama y se sentó a su lado.

—Clara María, seguramente no ignora mis sentimientos por usted. Tampoco tengo que repetirle la profunda impresión que provoca en mí y... mi deseo de, si esa es su voluntad, pedir su mano en matrimonio. Y es eso lo que estoy haciendo en este momento. ¿Me concedería la gracia de casarse conmigo?

Consciente de la importancia del momento, la chica enrojeció.

—Nada me haría más feliz —respondió, mirándole a los ojos con intensidad—. Su decisión de convertirse a la verdadera fe para contraer matrimonio conmigo me hace profundamente feliz y estoy segura de que...

Él le llevó el dedo índice a los labios, para pedirle que se callara.

—Deseo ardientemente casarme con usted, sobre eso no me cabe la menor duda, pero quiero dejar claro que... en fin, sobre la conversión al catolicismo...

Ella pestañeó.

—Pero... pero... ya le expliqué que es una condición imprescindible. No me puedo casar con un hombre que no se convierta a la verdadera fe y que no eduque a mis hijos como buenos católicos. Eso sería una ofensa directa a Dios Nuestro Señor y a la Virgen María. No es posible algo así. Nunca ofenderé al Señor.

Bento le cogió la mano con ternura. En él todo era intelecto y

razón; sabía que las cosas del corazón no se le daban tan bien, se sentía torpe y eso era un problema en un momento como aquel. ¿Cómo iba a conseguir darle la vuelta al corazón y hacerle ver la razón?

—Créame cuando le digo que este es un dilema que me ha atormentado mucho y que desde nuestra última conversación me ha quitado muchas horas de sueño. Inmensos, de verdad, Clara María, me ha colocado ante una elección muy difícil. Elegirla a usted y elegir el catolicismo, que tanto persiguió a mi gente. Rechazar el catolicismo y rechazarla a usted, por quien tengo tanto respeto, consideración y... amor. Le imploro que no me obligue a elegir. Permítame casarme con usted y déjeme ser como soy. No voy a interferir en sus creencias y usted, Clara María, no interferirá en las mías.

Ella negó con la cabeza.

—Lo lamento, pero así no puede ser. Un matrimonio no es la suma de dos personas diferentes, sino que es una unión de sentimientos.

—Yo tengo sentimientos por usted...

—Pero no tiene los mismos sentimientos respecto a Dios Nuestro Señor. No es poca cosa. Necesito una decisión suya. Si me ama de verdad, entonces ¿cumplirá mi voluntad, por amor a mí, de convertirse a la verdadera fe?

Bento respiró hondo. No la había convencido y tenía que elegir. En ese mismo instante. No era fácil pero tenía que hacerlo. Y no podía hacerlo exclusivamente con el corazón, tenía que usar la razón. Tenía que agarrarse a la razón para ver lo que la emoción le cegaba. Si Clara María era la pasión, rechazar la superstición era la razón. Ahora bien, si él era un hombre de razón y si combatía los pensamientos sustentados en las pasiones, ¿cómo iba a dejarse enredar en un dilema así? No podía. La razón tenía que imponerse a las emociones. Es decir, rechazar la superstición tenía que imponerse a la pasión por Clara María.

—Lo lamento —murmuró con tristeza, bajando la cabeza—. No puedo traicionar quien soy y lo que defiendo. Le pido que me acepte como soy y que respete mis convicciones como yo respeto las suyas. Acepte casarse conmigo.

Al darse cuenta de que tenía la respuesta y de que no era la que esperaba, Clara María retiró bruscamente la mano que él acariciaba y se levantó de un salto para dejar claro que la decisión estaba tomada. Abrió la puerta, se detuvo momentáneamente y se giró hacia él.

—Creo que conoce la salida.

Sin volver a girarse, se alejó cojeando y sus pasos inseguros se

perdieron por el pasillo.

XIII

En la habitación no era posible instalar el antiguo *ledikant* en el que había muerto su madre, porque ya estaba equipada con su propia cama, además de una mesa de nogal y otras tres mesitas. Algo que frustró a Bento. Posó la maleta de mano en el suelo y se rascó la cabeza, considerando las opciones. Podía buscar otra habitación en la ciudad, pero el precio de aquella era bueno, sobre todo teniendo en cuenta el buen estado de la casa; apenas tendría que pagar ochenta florines al año. Una oportunidad así no se tiraba a la basura sin más ni menos.

Se giró hacia el propietario de la casa, Hendrik van der Spyck, y a su mujer, Ida.

—¿Tienen algún lugar en donde pueda colocar una cama, aunque sea desmontada? Tiene un gran valor sentimental para mí y no me gustaría tener que deshacerme de ella.

—Señor De Spinoza, tenemos un trastero —sugirió Hendrik—. La podemos guardar allí, si quiere.

Era lo único que Bento necesitaba para que se desvanecieran sus últimas dudas. Tendió la mano a su interlocutor.

—¡Tenemos trato, señor Van der Spyck!

Se dieron un apretón de manos.

—Me alegra, señor De Spinoza. —Se inclinó hacia su nuevo huésped como si fuera a compartir con él un secreto—. No sé a qué congregación pertenece, pero si me permite el atrevimiento, le aconsejo el culto aquí, en la iglesia luterana, a la que nosotros vamos. Es un placer atender a los servicios.

—No pertenezco a ninguna congregación, señor Van der Spyck, pero seguramente iré a escuchar al reverendo Cordes —prometió Bento—. Me interesa la forma en que cada uno ve la religión. —Señaló hacia el exterior—. Mientras, ¿podría ayudar al cochero a descargar mis cosas?

El hombre asintió y salió de la habitación, bajó las escaleras y fue a la calle a buscar el equipaje. Desde el incidente con los *predikanten* debido a la elección del nuevo predicador de Voorburg, Bento había dejado de sentirse cómodo en aquel pequeño pueblo a las puertas de La Haya. Su fama de cartesiano y, sobre todo, las acusaciones de ateísmo que los calvinistas le lanzaban con frecuencia le habían granjeado numerosas antipatías en los sectores más conservadores de Voorburg, a pesar de sus desmentidos y de su insistencia en decir que creía en la existencia de Dios.

Sus amigos, incluido Huygens, le aconsejaron que lo mejor era irse a vivir a La Haya y él estuvo de acuerdo. Las ideas en la capital eran más frescas y allí conseguiría respirar mejor, además así también estaba más cerca de sus amigos y de las tertulias de los hombres de ciencia. Ya llevaba un año en la ciudad, viviendo en una habitación que había alquilado en la casa de una viuda, pero ese alojamiento tenía un precio muy elevado y había decidido mudarse.

La habitación que ahora había encontrado en aquella casa en Paviljoensgracht le parecía perfecta, tanto en el precio como en las condiciones. Fue hasta la ventana y miró hacia fuera; vio ropas de niño colgadas.

—¿Tienen hijos?

—Tres —respondió Ida, la señora de la casa—. Pero son tranquilos, no se preocupe.

—Menos mal —dijo Bento—. De todas formas, pasaré mucho tiempo en la habitación porque tengo que acabar un nuevo libro. Cuando así sea, ¿puede traerme aquí la comida?

—Claro que sí, señor De Spinoza. —Dudó un instante, como si le hubiera picado la curiosidad—. Señor De Spinoza, si le hago una pregunta ¿no se ofenderá?

—Claro que no.

—Cuando dice que tiene que acabar un nuevo libro, ¿eso quiere decir que ya ha publicado otro?

El filósofo reprimió una sonrisa; aunque cultivaba la discreción y la frugalidad, el orgullo seguía siendo uno de los trazos de su personalidad.

—Dos.

—¿Ya ha publicado dos libros? —se sorprendió Ida—. ¡Ah, qué interesante! —Volvió a dudar—. ¿Y podría verlos?

La dueña de la casa parecía claramente impresionada; con toda probabilidad, era la primera vez que conocía a alguien que había escrito libros. Para complacerla, Bento cogió la maleta que él mismo había traído, la dejó encima de la cama y la abrió. Del interior extrajo un ejemplar con el título, *Renati Descartes principia philosophiae, more geometrico demonstrate*. Ida intentó leerlo, pero rápidamente se dio cuenta de que no le era posible.

—Qué idioma tan extraño. ¡Jesús! No entiendo ni una palabra.

—Es latín.

La mujer miró el interior de la maleta.

—¿Y el otro?

—Lo acaban de imprimir —aclaró—. Todavía estoy esperando que me lo envíen.

—Me encantan los libros —dijo ella con una expresión soñadora que hizo brillar sus ojos azules—. ¿Sabe cuál es mi libro favorito? El *Journael ofte gedenckwaerdige beschrijvinge van de Oost-Indische reyse van Willem Ysbrantsz*. ¿Ya lo ha leído?

No lo había leído, pero sabía que era un gran éxito en la literatura popular de las Provincias Unidas. El libro en cuestión, «El relato memorable del viaje de *Nieuw Hoorn*», contaba la historia de una enorme explosión en un navío neerlandés, el *Nieuw Hoorn*, en el estrecho de Sunda. Este tipo de obras que relataban viajes fantásticos y desastres impresionantes en parajes exóticos era lo que se consumía con avidez por todo el país.

—Señora Van den Spyck, no leo libros de aventuras.

—Ah, ¡pues debería leer ese! Es muy emocionante, ¡ni le cuento! Lo que sucedió en las Indias Orientales fue horrible. ¡Horrible! Me dio tanto miedo que incluso me agarré a Hendrik. Ay, qué susto. También hay otro, muy bueno, sobre el desastre del *Batavia* y...

—¡No molestes al señor De Spinoza!

Quien la interrumpió fue su marido, que volvía a la habitación cargado con una caja. La posó en el suelo con estruendo.

—¡Cuidado! —pidió Bento—. Son mis libros.

—Lo siento, señor De Spinoza —dijo Van der Spyck señalando a su mujer—. Aprovecho para decirle que tenga cuidado con mi Ida. Es una excelente persona, la mejor esposa que hay en La Haya o en cualquier otro lugar de nuestra república, pero tiene un pequeño defecto: ¡habla por los codos!

—¡Hendrik! ¡No empieces!

—Señora Van der Spyck, no me molesta en absoluto, estese tranquila —respondió Bento—. Tan solo le pediría, señor Van der Spyck, que tenga más cuidado con el resto de las cajas, ya que contienen instrumentos frágiles.

En ese instante apareció el cochero, que también cargaba con una caja, que dejó en un rincón que el filósofo le señaló. Bento la abrió de inmediato para comprobar que no se había dañado nada; eran sus lentes.

—Solo falta la cama y el torno de pulir —indicó—. Les pido que me traigan el torno aquí a la habitación y que guarden la cama en el trastero.

Los dos hombres salieron y Bento se volvió a quedar solo con Ida. La señora de la casa contempló las dos cajas, ambas ya abiertas, una de ellas repleta de libros; por lo menos habría allí un centenar.

—Además de los libros, no se puede decir que tenga muchas más cosas, señor De Spinoza —constató la mujer—. ¿O aún van a traer más

equipaje?

La mujer realmente era una parlanchina.

—Sabe, señora, yo soy como la serpiente que tiene la cola en la boca; intento que no me sobre nada al final de cada año, no más de lo necesario para un entierro decente. Mis familiares no van a heredar nada mío, así como yo tampoco heredé nada de ellos.

Se escucharon los pasos de alguien que subía las escaleras, suponían que era el dueño de la casa que volvía con el torno de pulir.

—¡Hendrik! —llamó Ida—. Ten cuidado con...

El hombre que apareció en la puerta no era Hendrick ni tampoco el cochero, era alguien que ella nunca había visto antes.

—¿Así que esta es tu nueva habitación?

Se trataba del primer amigo neerlandés que tuvo Bento.

—¡Jarig! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Después de saludar a Ida, que entendió que sobraba y se retiró, el recién llegado sacó un objeto de un bolso en bandolera que traía colgado y se lo dio al filósofo.

—He venido a traerte este tesoro.

Bento cogió el objeto con infinita delicadeza, como si fuera el tesoro más precioso del mundo; por la manera como lo miraba, parecía oro. Se trataba de su nuevo libro. El título anunciaba, en letras enormes en la parte superior, *Tractatus Theologico-Politicus*, y el subtítulo decía en latín: «Contiene varias disertaciones que defienden la libertad de los filósofos, la piedad y la paz concedida por nuestra república; pero se trata también de la paz en la propia república, sin la cual la piedad no puede existir». Debajo estaba el nombre del editor, Henricus Künraht, y la ciudad en la que había sido publicado, Hamburgo.

—Es... magnífico.

—¿Al final tu editor se llama Künraht? —bromeó su amigo—. ¿Y has ido a Hamburgo a publicar tu libro?

Las preguntas provocaron en Bento una carcajada forzada.

—Bonito expediente para engañar a los *predikanten*, ¿eh? No aparece ni mi nombre ni el de Rieuwertsz, ni siquiera se cita a Ámsterdam. Nadie puede tocarnos.

—Al pobre ese, al tal Künraht, es a quien van a echar todas las culpas —constató Jarig—. ¿Al menos sabe que su nombre aparece en la portada de tu libro?

—Henricus Khunrath fue un filósofo rosacruciano discípulo de Paracelso y vivió en el siglo pasado, querido amigo. Bien pueden echarle todas las culpas a él. ¡Está requetemuerto! Además, como es una referencia a Khunrath, hemos hecho un juego de palabras en

alemán, Künraht. *Kün raht* significa conejo audaz.

Esta vez fue Jarig quien se rio.

—Ah, Benedictus. ¡No hay dinero que pague tu ingenio!

—¿Crees que los *predikanten* van a ir al cementerio a desenterrar el cadáver del pobre Henricus Khunrath para condenarlo a muerte o enviarlo a Rasphuis?

La referencia a la prisión de Ámsterdam volvió amargas las sonrisas de ambos; nadie se olvidaba del amigo que había acabado bajo el fuego cruzado de la intolerancia y la interferencia religiosa, cuyo destino marcaba la escritura del *Tractatus Theologico-Politicus*.

—A quien le gustaría estar aquí con nosotros y ver este libro sería a Koerbagh, ¿verdad?

Bento le había hecho una alusión velada en el libro. Ojeó la obra para buscar la referencia y rápidamente la encontró, porque sabía dónde estaba. En las páginas finales.

—La muerte por una buena razón no es un castigo, sino una honra —leyó como quien declamaba un poema, como si así estuviera prestando homenaje a su amigo fallecido—. Esa muerte por la libertad es gloriosa.

Los dos se callaron durante largo rato, como si fuera un homenaje a Koerbagh en silencio.

—Sabes que, a pesar de todas esta cautela, los *predikanten* desconfían de ti...

Bento bajó la cabeza. Sus bromas no eran sino intentos de exorcizar el miedo, ya que el temor a ser identificado como el verdadero autor de la obra no se le quitaba de la cabeza. Era como si una nube negra se hubiera plantado permanentemente sobre él.

—Hay que tener mucho cuidado, amigo. Este libro es fuego. No te dejes quemar por él.

El filósofo suspiró, siempre con la mirada gacha.

—Lo sé.

Se hizo un nuevo silencio. Tras dudar un instante, Jarig abrió y cerró la boca sin emitir una sola palabra. Claramente, tenía algo que decirle. Por su semblante, se podía intuir que era algo desagradable.

—¿Qué cara es esa? ¿Qué pasa?

A pesar de su resistencia, al final el neerlandés terminó hablando.

—Tengo otra noticia que es... complicada.

—¡Habla, hombre!

El recién llegado miró a Bento a los ojos. Había suavizado la noticia con la alegría de entregarle el libro, y había guardado la mala nueva para el final, como si temiera su reacción. Respiró hondo y dijo.

—Clara María se ha casado.

XIV

La luz amarillenta de la lámpara de aceite no era lo suficientemente fuerte, por lo que no conseguía distinguir con claridad todas las palabras escritas en latín en la carta. Bento posó la pipa, cogió la lámpara y la acercó al papel. Al instante, las frases se hicieron legibles. Así como la firma del hombre que le había enviado la carta, Gottfried Leibniz.

Ya había leído la carta esa misma mañana. El señor Leibniz le había escrito porque «sabía que estaba muy bien informado sobre óptica» y le había pedido que hiciera una crítica a un texto que remitía en un anexo. En el *post scriptum* había hecho una referencia a su última obra, *Hipótesis Física*, lo que esa tarde había llevado a Bento a buscarla en las librerías de La Haya, sin éxito.

La noticia de la boda de Clara María con Dirk Kerckrinck le había dejado tocado, pero no se podía decir que ese final le sorprendiera, pues su padre, el antiguo maestro Van den Enden, había emigrado a Francia y contaban que se había convertido en el consejero médico del rey Luis XIV. Sin su padre cerca, la chica necesitaba redefinir su vida. Esa definición, considerando la condición de conversión al catolicismo que ella le había impuesto, nunca podría pasar por Bento. Dirk, por lo visto, se había sometido y se había convertido en católico.

Para superar el disgusto, el filósofo se entregó a su trabajo. Como ya había publicado el *Tractatus Theologico-Politicus*, a pesar de todos los peligros que corría al producir un texto tan herético, había retomado la escritura y ya estaba terminado *Ethica*. Sabía que estaba jugando con fuego y el miedo nunca se le iba del todo, pero la llama que le incendiaba el alma le hacía avanzar. Avanzar siempre, a pesar de las amenazas que recaían sobre textos subversivos como los suyos. Escribir estaba en su naturaleza y sentía una necesidad profunda de verter en el papel las ideas que brotaban en su espíritu.

Además, la correspondencia le mantenía ocupado. Con Oldenburg, Huygens, Hudde y tantos otros, algunos de los cuales ni siquiera conocía personalmente. Como el caso de aquel Leibniz. Después de releer la carta de su nuevo corresponsal, Bento tosió y agarró la pipa, saboreando una calada más; además de darle placer, creía que el tabaco tenía propiedades medicinales que le ayudaban a expeler la *flegma*, que era lo que los médicos habían considerado a ciencia cierta. Cuando aplacó sus pulmones, cogió la pluma, la bañó en tinta y empezó a redactar la respuesta.

Al muy erudito y noble señor Gottfried Leibiniz, doctor en derecho y consejero en Mainz.

Muy noble señor:

He leído con atención el folleto que ha tenido la honra de enviarme y le estoy muy reconocido por...

Le interrumpió una llamada a su puerta.

—Entre.

La puerta se abrió y vio a Ida, la señora de la casa, que lo miraba con semblante de preocupación.

—Señor De Spinoza, ¿no va a comer nada?

—No, señora Van der Spyck —respondió—. ¿Ya han vuelto del culto? ¿Ha sido interesante el pregón?

—Mucho —dijo Ida—, pero estoy enfadada con usted, señor De Spinoza. Le oigo toser mucho. Debería comer más para tener más fuerza y resistir mejor las dolencias.

—He comido lo suficiente, señora Van der Spyck.

—¿Suficiente? —Ella casi se escandalizó. —¡Comiendo es usted un pajarito! ¡Hoy solo ha comido una sopa de leche con mantequilla en todo el día! ¡Y ayer apenas un plato de sémola con pasas y mantequilla! ¿Usted cree que es suficiente? Así no puede ser, señor De Spinoza. No es sano comer tan poco.

El huésped dio una nueva calada perfumada a su pipa.

—Soy un hombre frugal, ¿qué quiere que le diga? Solo como lo necesario.

La dueña de la casa suspiró, desanimada.

—Como quiera, señor De Spinoza —le dijo—, también quería decirle que en el culto han hablado de su nuevo libro.

Bento frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Hablaron de ese que ha publicado en latín sin poner su nombre.

Se quedó pegado a la silla, aterrorizado. ¿En el culto habían mencionado su *Tractatus Theologico-Politicus?* Algo así no podía ser bueno.

—¿Cómo... cómo saben ellos que yo soy... el autor?

Ella soltó una carcajada baja.

—No han dicho su nombre, estese tranquilo.

Bento habría suspirado de alivio si no hubiera estado tan asustado.

—Entonces, ¿quién le ha dicho que yo he escrito ese libro?

Ida lo miró con una leve expresión de censura, como si apenas

con la mirada le pidiera que no la tomara por tonta.

—¡Oh, señor De Spinoza! Que no he nacido ayer.

El inquilino tragó en seco. ¡Era un bocazas! Por más que se esforzara en ser cauteloso, incluso sin darse cuenta cometía indiscreciones que acababan traicionándole. Su anfitriona seguramente había escuchado alguna conversación que habría mantenido con alguno de sus amigos, había visto el libro en la habitación que había alquilado y había sacado sus propias conclusiones.

—¿Qué... qué ha dicho el predicador?

—No ha sido él —aclaró su anfitriona—. Hemos escuchado una conversación entre los *predikanten*. Parece que dentro de poco va a haber una sesión en un anexo de la iglesia organizada por el consistorio para discutir su libro.

El corazón le latía tan deprisa que parecía que se le iba a salir del pecho. ¿Saldría de ahí un auto de fe, seguido del sacrificio del autor de la obra maldita?

—¿Una sesión solo con *predikanten?*

—Es abierta al público en general.

Nada de todo aquello le resultaba ciertamente inesperado, ya que el filósofo nunca había dudado de que habría una reacción a los contenidos religiosos del libro. La noticia que Ida le daba dejaba claro que esa reacción había llegado. Tenía que prepararse para lo peor.

—Ah, gracias, señora Van der Spyck.

Ella cerró la puerta y se marchó, dejándole pensativo. Bento se llevó la pipa a la boca mientras reflexionaba sobre lo que Ida le acababa de decir. Así que los *predikanten* iban a discutir su obra. Se sentía mortalmente preocupado. Seguramente, iban a maldecirlo y después lanzarían a la turba en su contra. Las cosas iban a terminar mal. Pero, extrañamente, al mismo tiempo estaba interesado en todo ello. El hecho de que se tratara de una reunión abierta al público le hizo pensar. ¿Cómo acogerían las personas sus ideas? Y sobre todo, ¿qué harían los calvinistas ante un ataque tan frontal a la fuente de su poder en la sociedad?

Se levantó de un impulso y en un periquete cogió su abrigo, la bufanda y el sombrero, retó al sentido común y a la palabra *caute*, esa voz que se repetía sin cesar dentro de su cabeza, y se echó a la calle. Hacía frío, como solía suceder por las noches en La Haya, pero el aire era seco y el abrigo le permitían mantenerse caliente. A pesar de ello, tosió varias veces a lo largo del camino, algo normal en él desde hacía varios años. Caminó con paso ligero, aunque no demasiado rápido debido a la fragilidad de sus pulmones.

La ciudad de La Haya era grande, pero no demasiado, así que en unos minutos llegó a la iglesia. Varias personas se dirigían hacia una puerta en la que había un cartel que anunciaba, «discusión pública»; unas eran *predikanten*, otros ciudadanos comunes. La voz en su cabeza le gritaba «*caute*», pero la ignoró. El orgullo, siempre el orgullo, se imponía a todo lo demás. Se caló más el sombrero, se colocó la bufanda para taparse la nariz y la boca, solo entonces entró.

A pesar del miedo que se apoderaba de él, había llegado la hora de saber qué es lo que las personas pensaban de su libro herético.

XV

El interior del salón era acogedor, pero, aun así, no se quitó ninguna prenda de ropa, como si en realidad formaran parte de un disfraz. Era fundamental que nadie le reconociera. Había publicado el *Tractatus Theologico-Politicus* anónimamente, pero su fama de filósofo cartesiano le precedía, así que todas las cautelas eran pocas. *Caute*. Se cuestionó sobre la sensatez de haber ido hasta allí. Había actuado de forma impulsiva, movido por su orgullo, pero a lo mejor había sido una mala idea...

Estudió el espacio con ojos intimidados. Había una mesa delante y sillas por todo el salón, la mayoría ocupadas por fieles. Se sentó en una de un rincón, en la parte de atrás, para pasar lo más desapercibido posible. Y esperó. La espera le irritaba. *Caute* era su lema, pero *caute* era algo que, una vez más, no había tenido. Se arrepintió. Estar allí era una total imprudencia. ¿Y si alguien se daba cuenta de que era él? Lo denunciarían, lo atacarían y... y... muerto de miedo, hizo amago de levantarse para marcharse. Aun así, la curiosidad era más fuerte y acabó sentado en su sitio, encogido y quieto, deseando fundirse con el aire para hacerse invisible.

Más y más personas seguían entrando; entre *predikanten* y creyentes de la Iglesia Reformada, estaba claro que en breve el salón estaría lleno. De una puerta lateral, sin aviso previo, tres religiosos aparecieron y se acomodaron en la mesa de delante. Dos de los recién llegados se sentaron en la mesa, pero el tercero, el del medio, se quedó de pie para dirigirse a la congregación.

—Hermanos, os agradezco vuestra comparecencia esta noche—empezó diciendo el *predikant*—. Como es de vuestro conocimiento, recientemente han publicado un libro herético que amenaza los pilares de nuestra sociedad, por eso está escandalizando a los buenos cristianos. —Hizo una señal para indicar a los *predikanten* que estaban a cada lado—. Como consecuencia, el consistorio de la Iglesia Reformada ha solicitado a los hermanos Huijbertsz y Van der Heiden que reflexionen sobre el asunto y presenten un informe al sínodo de Ámsterdam, y así lo han hecho. Pero un asunto de este cariz va mucho más allá de Ámsterdam, como deben imaginar. Por eso también les hemos pedido que vengan aquí, a La Haya, para exponer lo que han recabado, para expresar las preocupaciones que todos tenemos y para informarnos sobre lo que se puede hacer con un tema tan grave. —Se giró hacia el *predikant* a su derecha—. Hermano Huijbertsz, haga el favor.

El tal Huijbertsz se levantó y, con semblante solemne, se dirigió al público.

—Ante las diversas quejas de afrenta a la Iglesia, el consistorio nos ha pedido que elaboremos una investigación con especial atención a la impudencia de los papistas y de publicaciones sacrílegas, en particular ese innoble libro llamado *Tractatus Theologico-Politicus* —empezó diciendo—. Queremos alertar sobre esa obra herética. Tanto el hermano Van de Heiden, aquí presente, como yo mismo adquirimos un ejemplar de este texto blasfemo y, venciendo la repulsa que nos causaba, debido a tantas herejías y falsedades que hay en sus páginas, hicimos el sacrificio de leerlo. —Respiró hondo, como si en ese momento reviviera la tortura que había sido leer el libro—. Hermanos, no sé ni por dónde empezar. Para que os hagáis una idea de la gravedad de lo que se dice en él, el hermano Van den Heiden ha traducido una parte del latín al neerlandés. Apelo a vuestra paciencia y capacidad de sufrimiento, pero creo que es importante que conozcamos este fragmento, para tomar conciencia plena de la naturaleza diabólica de esta obra profana.

Fue el turno del hermano Van den Heiden. Cogió unas notas del fragmento traducido y se puso en pie.

—«Los milagros requieren causas y circunstancias y resultan, no de un misterioso poder soberano que las masas atribuyen a Dios, sino del orden y de los decretos divinos, es decir, del orden y de las leyes de la naturaleza» —leyó—. «Incluso hay milagros que son reivindicados por falsos profetas, como se constata en Deuteronómio, capítulo trece, y en Mateo, capítulo veinticuatro, versículo veinticuatro. La conclusión que claramente se impone es que los milagros son acontecimientos naturales y solo así pueden explicarse, no como algo nuevo y contrario a la naturaleza, sino en perfecta concordancia con acontecimientos normales».

Un sonido de estupefacción se fue elevando de la congregación a medida que leía el escandaloso fragmento y se generalizó cuando la lectura terminó; frases de indignación se cruzaron en el aire.

—¡Una vergüenza!

—¡El autor de esas palabras impías solo puede ser el mismísimo Satanás!

—¿Cómo es posible? ¡Dios tiene que castigar a quien ha escrito y quien compre ese texto abyecto!

Al fondo del salón, Bento se encogió, asustado. Sabía que todo el libro presentaba una visión del mundo totalmente diferente de la que la gente estaba habituada a conocer, pero era consciente sin lugar a dudas de que todo lo que había escrito, la refutación de los milagros y

de lo sobrenatural, era la parte más ofensiva y controvertida para el público en general. No había nada más sagrado para las personas comunes que la certeza de que los milagros eran verdaderos. Los milagros eran la prueba del poder infinito de Dios y, sobre todo, la esperanza de que el Señor alteraría lo que fuera necesario alterar en el orden natural para salvar a un creyente piadoso de la muerte y de los mil peligros de la vida. Poner a los milagros en tela de juicio iba mucho más allá de lo que podía considerarse admisible.

Una vez leído el fragmento, Huijbertsz volvió a levantarse para retomar la palabra.

—¡Dice el autor de esas vergonzosas palabras que los milagros son acontecimientos naturales en perfecta concordancia con los acontecimientos normales! —exclamó con voz atronadora, como si él mismo fuera la voz del Todopoderoso—. ¡Hermanos, ni siquiera el blasfemo Descartes se atrevió a ir tan lejos! ¡Todo el mundo sabe que un milagro es un acontecimiento divino que contraría el orden natural de las cosas! Todo el mundo lo sabe. ¡Incluso Descartes! ¡Incluso Hobbes! ¡La naturaleza divina de los milagros es innegociable! ¡Los milagros muestran la presencia y el poder infinito del Señor! ¡Los milagros prueban que Dios puede salvarnos a cada uno de nosotros en una situación desesperada! ¿Y viene este libro a decir lo contrario? ¡Ya no hay límites para la vergüenza! —Señaló al *predikant* que había leído el fragmento—. El hermano Van der Heiden tan solo os ha leído una ínfima parte de las numerosas herejías que hay en este libro maldito. ¡Hay más, hermanos! ¡Muchas más! Cuenta, hermano Van den Heiden, ¡cuéntanos lo que has leído!

Van den Heiden volvió a levantarse.

—Pido que me perdonen por negarme a leer algunas ofensas más a Dios que hay en esa obra satánica —balbuceó y consultó sus notas—. Apenas os puedo decir que el autor de este libro inmundo afirma que los milagros son un «absurdo» y que creer en ellos no es más que un «disparate». Peor. Él dice que las maravillosas narraciones de milagros que constan en las Sagradas Escrituras, como el milagro de las aguas del mar Rojo, las mulas que hablan y los muertos que resucitan, no son más que instrumentos empleados por los religiosos para manipular la credibilidad de las personas para poder controlarlas.

Una nueva ola de estupefacción barrió el salón, pues cosas así nuncas se habían oído en ninguna parte.

—¡Un escándalo!

—¡Es una vergüenza!

—¡A lo que hemos llegado!

Los ánimos estaban exaltados. Era cierto que, inspirado en las

cosas que había escuchado en la boca de Bento, Koerbagh ya había hecho una pequeña referencia a la falsedad de los milagros en su *Een Bloemhof*, por ese atrevimiento había pagado primero con su libertad y después con su vida. Aun así, nunca nadie había ido tan lejos, ni había fundamentado de forma tan asertiva y estructurada la refutación de las creencias centrales de la religión cristiana. Peor aún, para la generalidad de las religiones, hasta la publicación del *Tractatus Theologico-Politicus,* ninguna filosofía sobre la naturaleza, incluso las más racionalistas, dispensaba por completo de la intervención de lo sobrenatural. Hasta el propio Descartes, padre espiritual de los mecanicistas que explicaban el funcionamiento de los fenómenos naturales en términos de materia en movimiento, en obediencia con las leyes fijas de la naturaleza, había dejado espacio a la intervención divina. Para él y para todos los filósofos que privilegiaban la razón, a pesar del comportamiento mecanicista de la naturaleza, era indiscutible que Dios estaba en el origen de todo. Por primera vez, este dogma fundamental había sido puesto abiertamente en tela de juicio en ese nuevo libro. En estas condiciones, no sorprendía la reacción de religiosos y fieles. Si Koerbagh había muerto por culpa de su afrenta, ¿qué podría sucederle a Bento? La toma de conciencia de los inmensos peligros que le amenazaban le dejó lívido. ¿Para qué se había metido en todo aquello?

Después de dejar que las protestas se multiplicaran, Huijbertsz levantó las manos para tranquilizar a la congregación.

—Hermanos, comprendo bien vuestra justa indignación —dijo—. Este autor herético, poseído por una presunción prodigiosa que le ciega, ha llevado la impudencia a los límites, llegando incluso a negar los milagros y a sustentar que las profecías no son más que simples productos de la imaginación de los profetas que, según él, estaban cargados de ilusiones como los apóstoles. Peor aún, ha escrito que unos y otros contaban historias procedentes de sus cabezas, sin ser guiados por Dios.

Más protestas vehementes en el salón; la sesión amenazaba con degenerar en un tumulto.

—¿Cómo es posible que una basura así esté a la venta?

—¿Ya han informado a las autoridades?

—Ya vamos a eso —dijo el *predikant*, sobreponiendo con dificultad su voz a la de los fieles—. Si todo lo que este miserable libro dice fuese verdad, ¿qué sería de nosotros, hermanos? ¿Cómo podríamos sustentar que las Sagradas Escrituras son inspiración divina? Si creemos estas mentiras sacrílegas, la Santa Biblia no es más que una figura de cera que deformamos según nos apetece, o unas

gafas a través de las cuales veríamos lo que nos da la real gana. Ah, ¡qué inteligente es el diablo! —Dibujó una cruz en el aire—. ¡Que el Señor te expulse, Satanás, y que calle esa boca!

—¿Quién ha escrito con tan poca vergüenza?

—¡Que lo ahorquen!

—¡Es el Anticristo!

Las voces de protesta se multiplicaban, ninguno de los fieles parecía estar dispuesto a escuchar más herejías de aquel calibre. Sentado en su silla, encogiéndose cada vez más, Bento hacía lo posible por pasar desapercibido. Qué locura había sido ir allí. ¿Dónde tenía la cabeza? ¿Por qué razón su maldito orgullo se sobreponía constantemente a la prudencia de su *caute*? ¿Cuándo iba a aprender a ser sensato? ¡Ah, ese orgullo ibérico un día iba a ser su perdición! Y ese día se avecinaba, lo intuía.

Huijbertsz volvió a levantar la mano para intervenir.

—Tranquilos, hermanos —pidió—. Está claro que este libro cargado de mentiras y blasfemias ha sido forjado en el Infierno, pero Satanás ha usado imprentas de nuestro mundo. Es cierto que el autor no está referenciado y que la obra apenas tiene en su portada el nombre del editor, por lo visto, de Hamburgo. Pero tenemos buenas razones para creer que no es más que un subterfugio para confundirnos. Sospechamos que el verdadero editor y, sobre todo, el miserable autor que se esconde detrás del más cobarde anonimato, son de nuestro propio país.

—¡Es el judío!

—¡Sí, el hereje de Voorburg!

—¡Ni los judíos lo toleraban! ¿Sabíais que fue expulsado por los propios portugueses de Ámsterdam?

Bento se sentía perdido en medio de todo aquel pandemonio. Él era el sospechoso número uno y ni los subterfugios que había usado para garantizarse el anonimato parecían haber funcionado. Empezó a pensar que todo el mundo en aquel salón le estaba mirando y que en cualquier momento sería desenmascarado, atacado y quién sabe, linchado por la turba. Allí mismo. En ese mismo momento. Temblando, se llevó las manos a la cara, intentado ocultar aún más sus facciones.

Ante la indignación del público, el *predikant* hizo un gesto para tratar de contener la furia de los fieles.

—Tranquilos, tranquilos, hermanos —pidió—. No sabemos quién es el autor y debemos ser cautelosos antes de formular alguna acusación específica. Tenemos nuestras sospechas, claro está. Algunas personas dicen algunas cosas en ciertas reuniones y resulta que, como

por casualidad, aparece un libro con las mismas afirmaciones. Puede haber quien crea que escapa a la justicia de los hombres, pero llegará el día en que tendrá que enfrentarse al tribunal del Señor. Dios sabrá actuar en su momento.

Un fiel de la congregación se puso de pie, mostrando así que quería intervenir.

—Perdone, pero lo que hemos escuchado de este libro blasfemo es verdaderamente insultante. ¿Qué va a hacer el consistorio ante tan terribles afrentas al Señor?

Huijbertsz no tardó en dar una respuesta.

—Como saben, existe un edicto aprobado hace unos quince o veinte años que prohíbe la impresión y diseminación de ciertos libros ofensivos a la religión —recordó—. La idea del consistorio es exigir que se aplique ese edicto a esta obra en concreto, para que sea remitida a las tinieblas del más profundo olvido. El sínodo de Ámsterdam, después de tomar conocimiento del abominable contenido del libro, lo ha proclamado blasfemo y peligroso. Por lo demás, lo que puedo decir es que los consistorios de Utrecht, Leiden y Haarlem ya han exigido a los burgomaestres de sus ciudades que se apropien de todos los ejemplares de este texto demoníaco, y que tomen medidas para impedir su publicación y distribución entre las buenas personas.

Un coro de aprobación recorrió la congregación reunida en aquel salón del edificio de la iglesia. Nadie imaginaba que fuera posible que alguien escribiera un libro en el que se cuestionasen verdades divinas que para todos eran evidentes, incuestionables y sancionadas por el Altísimo; con toda certeza, solo podía haber sido la mano del diablo la que estaba detrás de tan maléfico acto. El autor, cuya pluma había sido sin duda guiada por Satanás, tendría que sufrir un castigo ejemplar.

—Por lo demás, ya hemos tomado las primeras acciones —añadió el *predikant*—. El Hof van Holland, el más alto tribunal de la provincia, ha sancionado la prohibición de este libro vil y subversivo, que apenas se destina a atizar las llamas del ateísmo, del libertinaje y el comportamiento pecaminoso. Es más, el tribunal ha autorizado a los magistrados que abran una investigación para determinar la identidad del Anticristo que ha escrito esta obra horrible, también a los editores que lo han impreso y los libreros que lo han vendido, para que sean perseguidos por la ley hasta sus últimas consecuencias y sin menor piedad.

—¿Y De Witt? —preguntó alguien en el público—. ¿Qué piensa hacer nuestro gran pensionario?

—¡Si le conozco como creo, ese sinvergüenza seguramente está

compinchado con el hereje que ha escrito esa obra infernal!

—¡Los políticos son todos iguales! —protestó otro—. Hablan, hablan... ¡pero después no hacen nada!

—¡Unos blasfemos!

Le siguieron aplausos en el salón que apoyaban estas palabras y se multiplicaron las expresiones de viva condenación al gobernante liberal del país, a quien también responsabilizaban del ambiente de libertinaje que permitía la aparición de ese tipo de libros e ideas peligrosas. Johan De Witt, tal como Bento, no era nada popular entre los *predikanten* de la Iglesia Reformada y sus fieles.

En ese momento en el que los ánimos estaban más exaltados, la puerta se abrió con estruendo, y junto con una fuerte corriente de aire frío, entró en el salón un hombre con una expresión de gran alarma que le incendiaba el rostro.

—Los franceses... ¡vienen los franceses!

Todas las miradas se volvieron hacia atrás y se fijaron en el recién llegado, ya que su aparición era incongruente en aquel local, en medio de aquella importantísima discusión. El hermano Huijbertsz, que seguía de pie y en esos momentos conducía la sesión, le hizo un gesto para que se tranquilizara y se callara.

—Hermano, haga el favor de sentarse o de marcharse —dijo—. Estamos discutiendo un asunto de la mayor delicadeza e importancia, por lo que le agradecía que guardara silencio.

Pero el hombre ni se sentó ni se retiró, mucho menos se calló. Barrió el salón con su mirada perdida, como si estuviera perplejo porque todo siguiera como si nada pasara, y entendió que debería ser más claro para que todos comprendieran lo que estaba sucediendo.

—Francia nos ha invadido —gritó—. ¿Lo entienden? ¡La guerra ha estallado! ¡La guerra!

Se hizo un silencio profundo en el salón; las bocas entreabiertas, los rostros palidecieron y se instaló el miedo. Esta vez, todos lo habían entendido.

XVI

Con la boca del vaso apuntando hacia adelante, casi como si fuera un arma, Bento se acercó despacio a la ventana. Con un movimiento rápido, pegó el vaso al cristal para impedir que la mosca escapara. Lo más difícil ya estaba hecho. El insecto empezó a volar dentro del vaso con un zumbido furioso, intentando desesperadamente encontrar una escapatoria, pero lo único que consiguió fue multiplicarse en colisiones contra el cristal, tanto contra el vaso como contra la ventana. El filósofo cogió una hoja de papel con la otra mano y abrió una brecha entre el borde del vaso y la ventana, la metió entre ambos. Con la boca del vaso sellada de esa forma, lo retiró cuidadosamente de la ventana y apoyó la hoja con la palma de su mano, para asegurarse de que la mosca no se escapaba.

—¿Y *aho' a?* —preguntó una vocecita detrás—. ¿Qué va a hacer a la mosca, señor?

Bento esbozó un gesto misterioso y le guiñó un ojo.

—Ya verás...

Los tres hijos de los Van der Spyck seguían todo con mucha atención, con los ojos abiertos como platos, sus rostros infantiles mostraban cuán encantados estaban. Sus padres les habían dicho que el huésped del primer piso era una persona muy importante, ya que escribía libros; y también les habían dicho que era el hombre más inteligente de las Provincias Unidas y quizá del mundo entero. Por eso, seguían todo lo que él hacía con gran atención y obedecían a todo lo que él decía como una autoridad superior, mayor que la del predicador de los domingos en la iglesia.

El más parlanchín era el pequeño. Estaba claro que salía a la madre.

—¿La va a dejar ir, señor?

—Voy a enseñaros cómo suceden verdaderamente las cosas en la naturaleza —fue su respuesta—. Es un experimento, ¿me oís? Si cuando crezcáis queréis ser filósofos como yo, también haréis experimentos como este y así también vais a aprender cómo funciona el mundo.

Bento no dejaba de sujetar el vaso, recorrió la habitación y se acercó a un rincón; los tres niños le seguían como los patitos a su madre. Se puso en cuclillas en el rincón, bajo la mirada siempre atenta de los tres pequeños, y acercó el vaso a la tela de araña.

—¿Va a tirarla a la araña, señor?

Los actos confirmaron lo que era evidente. Quitó la palma de la

mano y la hoja y destapó la boca del vaso. Para escapar por la vía aparentemente abierta, la mosca voló directamente hacia la tela y se enredó en sus hilos pegajosos.

—Vamos a ver lo que pasa ahora.

Sucedió lo que todos sabían que iba a pasar. La araña bajó por la tela de araña en dirección a la presa cautiva en su red y, con sus largas patas enroscó a la mosca en los hilos. Finalmente, la inmovilizó y la llevó hacia la periferia de la tela. La dejó allí para comérsela después y volvió a su lugar, a la espera de nuevas víctimas.

—¿Por qué no se la ha comido, señor?

—No se debe comer todo de golpe, porque sienta mal —respondió él bromeando—. Además, siempre conviene guardarse un poco por si tenemos hambre después.

—¿Y por qué...?

La madre, que estaba con las cazuelas preparando la comida, intervino.

—Niños, ¡dejad en paz al señor De Spinoza! —ordenó—. Cada uno a su habitación a recitar un padrenuestro, como el domingo pasado os ordenó el doctor Cordes.

Los niños pusieron cara de enfado.

—¡Oh, no! —protestó el mayor—. Estábamos aquí tan bien con los experimentos filosóficos...

Bento les hizo un gesto para que se fueran a su habitación.

—Haced lo que dice vuestra madre —les indicó—. Los hijos deben obedecer siempre a sus padres, ¿lo sabéis? Ellos siempre saben lo mejor para vosotros.

El mayor no parecía del todo convencido.

—Pero es que rezar es taaan aburrido...

—Shh, ¿qué es eso? —le reprendió el filósofo—. ¿Desobedecéis a vuestra madre? —Señaló hacia el pasillo—. ¡Hala, a la habitación! Además, debéis hacer lo que dice el predicador en el culto. El gran mensaje de Dios es que no debemos hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan a nosotros. Cuando vayáis a la iglesia o cuando estéis en vuestra habitación rezando, nunca os olvidéis de que es esa la conducta correcta que os debe guiar en la vida.

Como había sido el huésped de la casa quien lo había dicho y todo lo que él decía era sagrado, los niños vencieron su resistencia y corrieron hacia la habitación. Junto a las cazuelas, Ida lanzó una mirada a Bento.

—Señor De Spinoza, dicen por ahí que usted es ateo —dijo mientras daba vueltas a la cuchara dentro de una cazuela—. ¿No le molesta?

El filósofo se encogió de hombros fingiendo más indiferencia de la que en realidad sentía. Saber que estaba en el punto de mira de los *predikanten* no le permitía estar tranquilo ni un minuto. Lo que le valía era la protección del gobernante del país, Johan de Witt, pero la posición de este andaba últimamente en peligro, y eso creaba fragilidades peligrosas.

—Las críticas a lo que digo o escribo nacen de la ignorancia y de la falta de disponibilidad de las personas para leer mis escritos de forma honesta y sin prejuicios o ideas ya hechas —respondió, ocultando así sus miedos—. Normalmente, los que más me atacan son los más ignorantes, que se ofenden con cualquier opinión que no coincida con la suya. Se dice por ahí que el diablo es astuto, pero en mi opinión, las artimañas de estas personas superan con creces a la astucia.

La dueña de la casa retiró la cazuela de la lumbre.

—Sobre esos asuntos yo no entiendo nada —admitió—. Pero creo que las personas deberían preocuparse por cosas verdaderamente importantes, como esta guerra terrible que ha empezado. Hace poco tiempo tuvimos la peste, después la guerra con los ingleses y ahora... ahora son los franceses. ¿Qué más falta, por amor de Dios? —Miró hacia su huésped y ni siquiera consiguió disimular su ansiedad—. Esos «come-caracoles» han atravesado el Rhin, señor De Spinoza. ¿Cree que nuestra república va a sobrevivir a esta nueva prueba?

—Hay que confiar. A fin de cuentas, nuestra marina intervino e impidió que la escuadra anglo-francesa nos bloqueara.

—Pero, señor De Spinoza, el problema es lo que sucede en tierra. Utrecht ya ha caído, otras de nuestras ciudades también están en manos de los franceses e incluso han tomado Naarden, a las puertas de Ámsterdam. El día menos pensado, esos papistas entran aquí adentro y... y...

—Confíe en nuestro jefe del gobierno —le recomendó Bento, inamovible en su fe en Johan de Witt—. El gran pensionario sabe lo que hace. ¿No ha visto que ha ordenado abrir las compuertas y provocar las inundaciones contra los invasores? Los franceses pueden derrotar a nuestro ejército, pero nunca derrotarán nuestras aguas.

—¿A qué precio, señor De Spinoza? —preguntó ella—. Es cierto, hemos abierto las compuertas y las inundaciones han frenado a esos come-caracoles, pero no hemos cortado el maíz de los campos, no hemos recogido el heno a tiempo y el ganado se ha quedado sin comida. Además, si el agua se estanca, vendrá ahí una nueva peste y será el fin del mundo.

—No se hacen tortillas sin huevos, señora Van der Spyck —

respondió el filósofo—. Si queremos detener a los franceses y salvar el país, es necesario hacer sacrificios. De Witt sabe lo que hace. De la misma forma que nos libró de los ingleses, ahora hará lo mismo con los franceses, ya verá.

—¿Está tan seguro, señor De Spinoza? Dicen por ahí que él es el culpable de esta guerra, que se preocupó por la armada y se le olvidó que también necesitábamos un ejército. Dicen que los ingleses y los papistas quieren acabar con él. Por eso creen que debería ser el joven Guillermo quien ocupara el lugar del señor De Witt, que sería un gobernante más del agrado de los ingleses y de los papistas, así podríamos llegar más fácilmente a un entendimiento con ellos y acabar con esta maldita guerra que tanta ruina nos trae.

—Pero señora Van den Spyck, no podemos dejar que sea el enemigo el que decida quién nos gobierna.

—Sin duda, tiene razón, señor De Spinoza. Pero para mí que el señor De Witt anda temblando, el pobre...

Así era, Bento lo sabía. Johan de Witt siempre había garantizado la seguridad de las Provincias Unidas a costa de un cuidadoso baile diplomático con los tres mayores enemigos del país, Inglaterra, Francia y España, aliándose alternadamente a uno u otro contra los restantes, según las circunstancias. Esta vez, con los ingleses aliados con los franceses, el socio disponible para las Provincias Unidas eran los odiados españoles, que ocupaban Flandes y Valonia. El problema era los franceses también querían los territorios españoles en la región y España estaba tan debilitada que incluso había implorado ayuda militar a La Haya para defenderse. España podía tener fama de gran potencia, pero en este momento no era más que una enorme impotencia.

Aprovechando la debilidad de los españoles y los neerlandeses, Luis XIV había invadido las Provincias Unidas. Uno de los objetivos del rey francés en esa operación era precisamente acabar con la república neerlandesa y devolver a las Provincias Unidas la monarquía, para convertir al país en una especie de protectorado francés. La corona sería colocada en la cabeza de Guillermo, el heredero de la casa de Orange-Nassau, que acababa de alcanzar la mayoría de edad, y para ese proyecto los invasores contaban con el apoyo de los orangistas neerlandeses, naturales adversarios del liberalismo republicado de De Witt. Atacado en el exterior por los franceses con el apoyo inglés y en el interior por los adversarios políticos que apoyaban a Guillermo, la posición del jefe del gobierno neerlandés era peligrosamente frágil.

—Confiemos.

—Ay, no sé, no sé. Todo esto me preocupa mucho. —Le miró, parecía incómoda con la tranquilidad que él mostraba—. ¿A usted no le importa?

Bento dibujó en el aire un gesto con la mano.

—Para serle sincero, estos desórdenes ni me provocan risa ni lágrimas, antes me hacen filosofar y observar mejor la naturaleza humana —respondió—. No me parece adecuado reírme de la naturaleza, ni mucho menos llorar por ella cuando considero que los hombres, como todo lo demás, son solo una parte de esa misma naturaleza. En realidad, no sé cómo cada parte de la naturaleza se relaciona con el conjunto y con las demás partes. Me parece que es solo por falta de este tipo de conocimiento que ciertas cosas en la naturaleza antiguamente me parecían banales, caóticas y absurdas. Sucedía porque las veía solo en parte, fragmentadas.

En ese instante, la puerta se abrió y ambos vieron al dueño de la casa, traía la camisa empapada de sangre.

—¡Han acuchillado a De Witt!

XVII

Lo que más asustó a Ida fue ver la camisa ensangrentada de su marido, pero lo que realmente irritó a Bento fue la noticia que Hendrik van der Spyck acababa de traer de la calle. La mujer agarró a su hombre, despavorida y en pánico, pero él rápidamente la tranquilizó.

—No estoy herido —le dijo Van der Spyck—. Esta sangre no es mía.

Ella le tocó la parte del pecho por debajo del lugar en donde la camisa tenía una gran mancha de sangre, como si no le hubiera creído o como si quisiera confirmar lo que su marido le estaba diciendo.

—¿Seguro?

—Sí, no tengo nada.

Al comprobar que así era, Ida esbozó un gesto de alivio y, a continuación, de perplejidad.

—Pero... entonces, ¿de quién es toda esta sangre?

—Es del señor De Witt.

La mujer puso los ojos en blanco, sorprendida con la información y Bento, muy alarmado desde que el dueño de la casa había entrado con la noticia de que habían acuchillado al gran pensionario, intervino.

—Cuéntenoslo todo —pidió el filósofo en un tono que más bien parecía una orden—. ¿Qué ha pasado?

Después de quitarse la camisa y dársela a su mujer para que la lavara, Van der Spyck fue a buscar una palangana con agua para lavarse el torso y limpiarse la sangre que le manchaba el cuerpo.

—Ha sido hace poco —explicó mientras se echaba agua fría por el cuerpo—. Yo había ido al herrero y justo allí, en el centro, vi al señor De Witt que pasaba con su criado. Venía de Binnenhof.

Het Binnenhof era el antiguo palacio de los condes de Holanda, erguido a partir de una pequeña residencia de caza, *haeghe*, a la que la ciudad debía su nombre, Den Hagg o La Haya. Los palacios del jefe del gobierno se situaban en el Ridderzaal, el Salón de los Caballeros, contiguo al Het Binnenhof.

—Hoy, en Binnenhof, había una reunión del gobierno —aclaró Bento—. ¿Y después?

—Me parece que nuestro gran pensionario iba en dirección a su casa, justo allí al lado, en Kneuterdijk. Claro, me quedé mirando. ¿Era el señor De Witt de verdad? Aunque vive aquí, en La Haya, solo lo había visto dos veces en carne y hueso. La primera vez, me acuerdo como si fuera hoy, estaba en la iglesia y él entró con su...

—Siga, siga —se impacientó el huésped preocupado, quería saber lo que le había sucedido al gobernante—. ¿Qué le ha pasado hoy? ¿Cómo lo han acuchillado? ¿En qué estado se encuentra el señor De Witt?

—Ya... como le decía, estaba yo en el centro de la ciudad cuando le vi pasar —dijo Van der Spyck, retomando la historia—. De repente, no sé muy bien de dónde salieron, aparecieron varios hombres y se le echaron encima. Todo fue muy rápido. Escuché gritos, vi cuchillos en el aire y fui corriendo. Los asesinos huyeron y dejaron al señor De Witt tirado en el suelo. Lo cogí y... bueno, me ensucié la camisa de sangre.

—¿Y el señor De Witt?

—Lo han acuchillado, está claro —respondió, sin entender cuál era la duda—. Como le digo, había sangre por todas partes.

De no haber sido tan delgaducho, Bento habría cogido al dueño de la casa del cuello de la camisa para sacudirle. ¿Cómo era posible que no diera de inmediato la información más importante?

—Lo que quiero saber es si le han matado —casi le gritó, exasperado—. ¿El señor De Witt está muerto?

—¿Muerto? —se sorprendió Van der Spyck, como si la pregunta ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza—. Claro que no. Está herido. Los navajazos le han dado sobre todo en los hombros.

El filósofo suspiró de alivio.

—¿En qué estado se encuentra?

—Los tipos le atacaron para matarle, eso está claro, pero como solo pudieron clavarle el cuchillo en los hombros, no creo que le hayan hecho demasiado daño —explicó Van der Spyck—. Cuando le cogí, sangraba mucho, como puede comprobar por el estado de mi camisa. Pero enseguida apareció un médico y se encargó de él. El señor De Witt estaba perfectamente consciente.

—¿Dónde está ahora?

—El médico se lo llevó. Es más, la policía ha montado un gran aparato para garantizar la seguridad, había gritos por todas partes, caballos y yo qué sé más.

Bento sabía que todo aquello era muy grave. La invasión francesa había sembrado el caos en las Provincias Unidas y todo el mundo estaba muy nervioso. Con la derrota inminente, el ambiente en todo el país era efervescente y en el aire se palpaba la necesidad de encontrar chivos expiatorios. Una rendición a los franceses era algo impensable. Si no los conseguían detener, los neerlandeses preferían entregarse a los ingleses; al menos, con esos no tenían fronteras terrestres, lo que dificultaba una eventual anexión. Ahora bien, el rey inglés era

tremendamente favorable a Guillermo. Es verdad que la hora de tomar una decisión todavía no había llegado, pero considerando la dimensión de la catástrofe, por lo visto el momento en que la ruptura se iba a producir era inminente. En ese momento, habría que elegir.

—¿Usted ha visto quién ha intentado matar al señor De Witt?

—Han sido unos tipos con pinta de finos, parecían duques. Por la forma como se vestían, diría que eran de buenas familias. Parecían espadachines y todo.

Con toda probabilidad, se trataba de orangistas, pensó el filósofo. Era bien conocida la furia de los seguidores de Guillermo y de la Casa de Orange contra De Witt.

—¿No han podido identificar a nadie?

—Han cogido a uno de ellos.

—¿Qué?

—No seguí la persecución de los asesinos, ya que fui a ayudar al señor De Witt, pero después vi pasar a la policía, traían a uno de ellos amarrado. Dicen que era hijo de un juez, pero eso no lo sé. Se lo han llevado en dirección a Gevangenpoort.

Gevangenpoort era la prisión de La Haya.

—Y sobre el estado actual del señor De Witt, ¿no se sabe nada más?

En el momento en que el dueño de la casa iba a responder, se escuchó un clamor proveniente de la calle; se trataba de voces exaltadas. Intrigados, fueron hacia la ventana y escucharon a una multitud que pasaba gritando con carteles de apoyo a Guillermo y en contra De Witt; no cabía la menor duda de que el ambiente era de gran efervescencia. La desesperación ante el inminente colapso del país, con la invasión de los franceses y las inundaciones decretadas días antes por De Witt al sur de Ámsterdam para detener al enemigo, estaba llevando a la población al límite. El ambiente era de completa de insurrección y las palabras de orden se multiplicaban en la calle.

—¡Abajo De Witt!

—¡Muerte al traidor!

—¡Viva Guillermo!

Alguien llamó a la puerta con fuerza. Después de dudar, Van del Spyck fue a abrir. El hombre al otro lado de la puerta le entregó un papel.

—¡Lea, señor! —le pidió el manifestante—. ¡Lea cómo el incompetente de De Witt nos está engañando!

Bento se sumó al dueño de la casa y estudió el papel; se trataba de un panfleto en el que se acusaba a Johan De Witt y a su hermano Cornelio de ser ateos y traidores que habían usurpado el poder de la

casa de Orange, que no protegían la verdadera religión, permitiendo las religiones falsas que proliferasen por todo el país. Parecía evidente que el texto tenía el dedo de los *predikanten* y de los orangistas, si no incluso del propio Guillermo.

—¿Cómo pueden acusarle de traidor? —preguntó Bento al manifestante—. ¡Él ordenó abrir las compuertas para detener a los franceses y salvar nuestro país!

—¿No lo sabe, señor? ¡Ese usurpador ha ofrecido Maastricht a los papistas! ¡Es un traidor!

El filósofo sabía que la información era verdadera. En medio de la desesperación y el pánico, en un último intento para detener el avance de los franceses y evitar el colapso total, el jefe del gobierno había ofrecido a los franceses la ciudad del sur, además de unos millones de florines; pero Luis XIV había exigido aún más concesiones y la propuesta no había avanzado. Claramente, los orangistas estaban al tanto de todos los detalles de aquel proceso de negociación y los usaban para perjudicar la imagen de De Witt entre la población.

—Nuestro gran pensionario no puede haber ofrecido algo que ya no controla —dijo el filósofo, dando la vuelta al tema y devolviendo el panfleto al manifestante—. Como sabe, para llegar hasta aquí los franceses han tomado Maastricht.

—Ya, pero tenemos que derribar al traidor —se impacientó el manifestante—. ¿Se une a nosotros, o no?

Bento negó con la cabeza.

—Como ve, somos personas de bien y no queremos líos...

Al darse cuenta de que en esa casa no iba a reclutar seguidores, el hombre se marchó de allí y se perdió en la corriente de personas que fluían por la calle como un río furioso. Las palabras de orden se sucedían, los rostros inflamados de rabia y los puños cerrados en señal de amenaza; aun así, para el filósofo toda aquella rabia contenida no era más que una de las caras del pánico que todos sentían. No tenía la más mínima duda, entendió con consternación al contemplar a toda aquella gente. Faltaba tan solo el inevitable chivo expiatorio. La revolución había salido a la calle y todos iban en contra del gran pensionario.

Cerró la puerta y se sintió abandonado, con el rostro pálido, el espíritu aplastado por la impotencia y la desilusión; en sus ojos, la expresión vacía de quien veía todo un mundo desmoronarse y no sabía cómo sujetarlo. En realidad, nada podía detener ya la marcha de los acontecimientos. A menos que sucediera un milagro, pero Bento había dejado suficientemente claro que no creía en los milagros. De Witt tenía los días contados como jefe del gobierno de la República de las

Siete Provincias Unidas de los Países Bajos. Si él caía, ¿quién iba a proteger a los librepensadores? ¿Quién le iba a proteger a él?

XVIII

Deambular por una librería en busca de novedades o simplemente echar un vistazo a los libros apilados en las estanterías era para él siempre una experiencia especial, pero nada superaba la sensación de consultar los títulos guardados en la sección de obras en latín y descubrir, entre los textos reservados a los iniciados, el *Tractatus Theologico-Politicus*. Bento cogió el ejemplar que se encontraba allí y lo hojeó, tratando de imaginar lo que pensaría y sentiría cada lector cuando empezaba a leer aquellas páginas repletas de racionalidad y herejía.

—Mis colegas cartesianos están muy enfadados con esa obra —observó el hombre que lo acompañaba—. En pie de guerra, para ser sincero.

La mirada parda del filósofo se levantó de las líneas impresas de las páginas de su libro y se posó en su interlocutor; se trataba de Theodore Kraanen, un profesor cartesiano de la Universidad de Leiden que había venido a visitarle a La Haya y que, antes de partir de regreso a casa, le acompañaba en un paseo por la librería. Kraanen era perfectamente consciente de que era él, Bento, el verdadero autor de aquel tratado tan maldito.

—¿Qué dicen?

—¿No lo sabe? Van Mansvelt está muy preocupado con la idea de que las Escrituras no son una fuente de verdades divinas y exige que se entierre el libro en el olvido eterno. —Regnier van Mansvelt era un profesor cartesiano de la Universidad de Utrecht—. Bredenburg está escandalizado con la idea de que los milagros no existen, se opone al método de interpretación de las Escrituras propuesto en el *Tractatus Theologico-Politicus* y no acepta la concepción que se hace en el libro sobre Dios como una entidad que no puede violar sus propias leyes —Johannes Bredenburg era un *collegiant* cartesiano—. Kuyper ha dicho que...

—Son unos idiotas.

La dureza del comentario sorprendió a Kraanen, ya que estaba acostumbrado a ver a su interlocutor como un hombre infinitamente paciente, cauteloso y moderado.

—¿Perdón?

—Los estúpidos de los cartesianos están tan preocupados con mi libro que, para que no recaigan sospechas sobre ellos si se ponen de mi parte, hacen lo contrario, aprovechan la más mínima oportunidad para denunciar tanto mis opiniones como lo que he escrito.

—El problema, si me lo permite, es que su *Tractatus Theologico-Politicus* ha llevado el uso de la razón a sus últimos límites —observó el profesor de Leiden—. Hasta ahora, nunca nadie había hecho eso. El propio Descartes, cuando propuso el uso de la razón para desvelar la naturaleza, tuvo el cuidado de reservar un lugar especial a la intervención divina. Dios mantuvo siempre su papel en el esquema de las cosas. Lo mismo han hecho los demás filósofos, desde Galileo a Hobbes, pasando por Bacon. La razón siempre ha tenido a Dios como límite. El problema es que su libro ha ido más allá de ese límite y ha venido a decir que la razón se sobrepone a la Biblia. Peor, su tratado afirma incluso que Dios se somete a las reglas de la razón. Es un mensaje muy peligroso, como bien sabe. Al mostrar que la lógica racional cartesiana, cuando se asume en todas sus implicaciones y se lleva hasta sus últimas consecuencias, coloca a Dios en una situación de sumisión a la razón, es natural que muchas personas se escandalicen. Eso deja al cartesiano completamente vulnerable a los ataques de los *predikanten* y de los orangistas, que quieren hacer una purga de cartesianos en las universidades y nos acusan a todos de ser ateos y blasfemos; y nosotros, seguidores de Descartes, estamos muertos de miedo. Por eso, los cartesianos en general se esfuerzan todo lo que pueden para disociarse de usted y de su tratado. Lo que ha escrito es pólvora pura.

Un sudor frío recorrió al filósofo.

—Lo sé, perfectamente.

El académico de Leiden sacó un libro de la estantería. Al consultar la portada, vio que se trataba de *De Cive*, de Thomas Hobbes.

—¿Ya sabe que el mismísimo Hobbes ha leído el *Tractatus Theologico-Politicus*?

Bento abrió mucho los ojos, muy sorprendido, eso sí era una novedad para él. Y de las grandes. El autor de *De Cive* y de *Leviatán* era, junto con Descartes, una de sus principales referencias.

—¿Hobbes ha leído mi libro?

—Así es —asintió Kraanen—. Por lo visto le llegó un ejemplar a Inglaterra. Me han dicho que se atragantó tanto que comentó que ni él mismo tendría el valor de escribir lo que leyó en su libro.

La noticia animó al filósofo.

—Al menos, mi obra ya ha servido para algo —dijo—. Es más, la idea fue siempre influir en los filósofos, no directamente a la turba. Las personas comunes acabarán formando parte, está claro, pero solo cuando estas ideas se expandan entre las élites. Eso llevará tiempo, como es evidente.

—No será tanto tiempo como cree —respondió el visitante de

Leiden—. A fin de cuentas, en breve su libro estará disponible en neerlandés, ¿no?

—No, no —corrigió Bento—. Solo en latín.

La expresión de Kraanen mostró su perplejidad, como si su interlocutor hubiera dicho algo que no tenía sentido.

—Pues a mí me han contado que personas que no saben latín se han mostrado interesadas en la lectura del *Tractatus Theologico-Politicus*, que por eso el traductor de las obras de Descartes ya ha traducido su libro —indicó—. También parece que hay un editor dispuesto a publicar la traducción.

La noticia dejó al filósofo conmocionado.

—¿Qué?

—Es lo que me han contado en Leiden, las fuentes son seguras.

Algo así era muy grave, como bien sabía Bento. Si el libro en latín ya le estaba dando problemas, ¿qué pasaría si publicaban la obra en neerlandés? ¡Sería una catástrofe! Los *predikanten* se le echarían todos encima. Si a pesar de la protección del gran pensionario ya habían conseguido hacer a Koerbagh lo que le habían hecho, ¿qué harían con él si De Witt caía?

—Pero... pero... ¿quién ha traducido mi libro a neerlandés?

—Jan Glazemaker.

El filósofo conocía bien a Glazemaker. Efectivamente, era él quien había traducido a Descartes al neerlandés y quien había publicado esas traducciones había sido, ni más ni menos, que Jan Rieuwertsz, su amigo de la librería Het Martelaarsboek, que también había editado el *Tractatus Theologico-Politicus*. Pero...

—¡No me diga que el editor de la traducción es Rieuwertsz!

—Eso no lo sé.

Solo podía ser él, dedujo nervioso. ¿Su amigo se había vuelto loco? Publicar el *Tractatus Theologico-Politicus* en neerlandés era una invitación al desastre. La situación política en las Provincias Unidas había cambiado mucho desde la caída de De Witt, hacía apenas tres semanas. El clima de insurrección generado por la invasión francesa con el apoyo inglés había llevado a los propios aliados del gran pensionario en Holanda y Zelandia, conscientes de que los invasores querían el regreso al poder del heredero de la casa de Orange y creyendo que solo así conseguirían invertir el curso de aquella ruinosa guerra, a proclamar a Guillermo III como el nuevo jefe del gobierno.

Con De Witt fuera de la ecuación y con los orangistas en el poder, los librepensadores ya no estaban seguros de que se pudieran mantener todas las libertades conquistadas. Si cuando gobernaba De Witt no fue posible impedir el trágico destino de Koerbagh, ¿qué

pasaría ahora que Guillermo III comandaba el destino del país? En estas condiciones, la reacción del nuevo poder a la publicación del *Tractatus Theologico-Politicus* en neerlandés era algo que no interesaba poner a prueba, en absoluto.

Miró a Kraanen.

—Dígame algo —le inquirió—. Cuando después coja el *trekschuit* de regreso, ¿irá directamente a Leiden o, como a veces hace, pasará por Ámsterdam?

—Sí, voy a visitar a mi familia en Ámsterdam. ¿Por qué?

—¿Sería tan amable de llevar una carta mía para un amigo que vive en el camino a Ouderkerk?

—Por supuesto.

Sin perder tiempo, se dirigió al mostrador en el que estaba el librero. Se trataba de un hombre rechoncho que, con un tic nervioso, guiñaba los ojos sin parar.

—¿Podría prestarme una pluma con tinta y papel? —preguntó—. Es para escribir una carta.

El librero le entregó todo, guiñando los ojos sin parar y mirando de vez en cuando hacia la calle.

—Lo único que le pido es que se dé prisa, señor De Spinoza —le suplicó con voz tensa—. En breve cerraré la tienda.

Bento sabía que normalmente el establecimiento solo cerraría dos horas después, pero no hizo más preguntas sobre ello. En su mente, su único foco era el asunto que le preocupaba y, además, el dueño de la librería tendría sus razones para querer cerrar más pronto.

Cogió el material y se sentó en una mesita junto a la ventana para aprovechar la luz de la tarde. Con mano trémula, empezó a redactar una breve misiva dirigida a Jarig.

> Querido amigo:
>
> Durante la visita del profesor N. N., me ha informado, entre otras cosas, de que le han contado que mi *Tractatus Theologico-Politicus* ha sido traducido al neerlandés; no saben decirme quién lo va a editar, pero se está a punto de publicar. Le imploro insistentemente que se informe con urgencia de lo que sucede y, si es posible, ¡impida la publicación!
>
> No se lo pido solo por mí, sino también por muchos amigos que temen que se prohíba el libro, como de hecho sucederá si aparece en lengua neerlandesa.

Añadió algunas consideraciones más relacionadas con asuntos de interés para Jarig y firmó. A continuación, releyó el texto antes de doblar el papel y meterlo en un sobre, que entregó a Kraanen. Finalmente, se acercó al librero y le devolvió la pluma y la tinta.

—Se lo agradezco —dijo—. ¿Sabe a qué hora cierran los correos?

—Ya han cerrado, señor De Spinoza —dijo el dueño de la librería con voz tensa, al tiempo que salía de detrás del mostrador para bloquear las ventanas del establecimiento con placas de madera—. Yo mismo tengo que cerrar inmediatamente la tienda. Quizá mañana los correos abran, quién sabe.

Las palabras del hombre eran verdaderamente extrañas.

—¿Los correos ya han cerrado? —se extrañó—. ¿No es un poco pronto?

—¿Pronto? Señor De Spinoza, ¿no ha visto la que se está montando ahí fuera?

La mirada de Bento se desvió hacia la calle y solo en ese instante se dio cuenta de que algo anormal sucedía.

XIX

Había un número absurdamente elevado de personas que circulaban por la calle. Todas caminaban en dirección a Buitenhof, la plaza central de la ciudad. Pero a Bento no le parecía que fuera algo alarmante, tan solo inusual.

—¿Qué ha pasado?

—Pero bueno, señor De Spinoza, ¿no lo sabe? —le preguntó el librero—. Han llamado a De Witt para que vaya a Gevangenpoort para sacar de allí a su hermano. Se ha montado un lío que ni le cuento.

Aquello era una novedad para el filósofo. Claro que estaba al corriente de todo lo que había sucedido hasta la dimisión del gran pensionario hacía tres semanas, también después de ese acontecimiento. La policía había detenido al hermano de Johan De Witt, Cornelio, después de que un barbero le acusara de haberle ofrecido treinta mil florines y un alto cargo por asesinar a Guillermo. Debido a esa acusación, habían metido a Cornelio en Gevangenpoort, la prisión de La Haya, y el barbero que lo había denunciado había seguido el mismo camino, aunque sometido a un tratamiento sorprendentemente mucho más suave. Fue precisamente la detención de su hermano lo que forzó la dimisión de Johan de Witt de sus funciones de gran pensionario, y lo que abrió camino a su substitución por parte del heredero de la casa de Orange, aquel que a partir de ese momento ya se conocía como Guillermo III, que asumía el cargo de estatúder o jefe de Estado *de facto*.

La historia no terminó ahí, porque por lo visto el nuevo poder quería cortar todos los flecos sueltos. Eso significaba resolver el proceso de Cornelio y así dar el golpe definitivo a su hermano, Johan de Witt, el verdadero objetivo de toda aquella operación. Algunos jueces se comportaron de forma altamente sospechosa, así que se decidió sellar el proceso legal de Cornelio con un «examen más riguroso», eufemismo para conseguir una confesión «voluntaria», obtenida a golpes o de formas menos agradables; ya que los procesos en la justicia neerlandesa siempre requerían una confesión, sea cual fuere la forma de obtenerla. Llamaron al verdugo y colgaron al prisionero de piernas y brazos, le abrieron de piernas y le dieron latigazos, en un interrogatorio brutal que duró más de tres horas. El problema fue que Cornelio era un hombre testarudo y determinado a no comprometer a su hermano, así que no tuvo la gentileza de cooperar con sus torturadores. Sin confesión, tuvieron que retirar las acusaciones. A pesar de no haber pruebas, Cornelio se vio obligado de

forma absurda a pagar una multa; también lo condenaron a exilio perpetuo. Ese era el tórrido clima político que en aquel momento se vivía en las Provincias Unidas, sobre todo allí, en La Haya.

—¿Por tanto, dice usted que De Witt ha ido a la cárcel a buscar a Cornelio? ¿Dónde están los dos en este momento?

—Allí dentro.

—¿En Gevangenpoort?

—Sí, parece que han enviado a alguien que llamara a De Witt para que fuese a la prisión a buscar a su hermano. Todavía no han salido ninguno de los dos.

Todo lo que les había sucedido durante las últimas semanas a los hermanos De Witt provocaba en Bento un profundo disgusto. No solo porque la salida del gran pensionario significaba que de ahora en adelante podría estar a merced de los *predikanten*, sino porque también sabía que el propio derecho a filosofar libremente estaba en gran peligro.

La prisión estaba a una manzana de distancia de la librería y el filósofo sintió que le pesaría en la conciencia si no iba allí a esperar la salida de los dos hermanos, para darles una palabra de ánimo. Si el clima de libertad había prevalecido en las Provincias Unidas se debía mucho a De Witt, lo mínimo que podía hacer en un momento seguramente tan difícil para el antiguo jefe de gobierno era agradecerle en persona todo lo que había hecho.

—Profesor Kraanen, ¿quiere venir conmigo a Gevangenpoort?

Antes de que el académico de Leiden tuviera tiempo de responder, el librero intervino.

—¿Está loco, señor De Spinoza? —preguntó, atónito—. ¿No ve la que se está montando ahí fuera?

—Bueno, hay muchas personas que van a ver a los De Witt...

—No son personas cualesquiera, señor De Spinoza —atajó el dueño de la librería—. ¡Son milicianos orangistas!

—¿Perdón?

—Están preparando una emboscada a los De Witt, señor De Spinoza. Alguien colgó un panfleto delante de la Nieuwe Kerk, la nueva iglesia, diciendo que Belcebú escribió del Infierno para llamar a los dos hermanos y que tienen que cortarles las cabezas. El panfleto está escrito en neerlandés correcto, lo que deja claro que se trata de personas letradas, no de la turba ignorante. Por eso tengo que cerrar la tienda inmediatamente, ¿lo entiende? Y ustedes, lo mejor que podrían hacer es irse de aquí directamente a su casa. ¡Se va a liar y bien!

Sin perder más tiempo, el librero concluyó el cierre de las

ventanas con las persianas de madera, para una mayor seguridad, mientras los dos clientes se miraban el uno al otro, boquiabiertos, ante el permanente flujo de personas que se dirigían hacia la zona de Gevangenpoort. Observó con más atención y Bento vio que algunos llevaban hachas, picos, palas y martillos, claramente eran personas del pueblo, pero otros iban uniformados, con mosquetes y floretes. Estos últimos pertenecían a la poderosa milicia de La Haya, asociada a los orangistas y al estatúder Guillermo III.

El filósofo se giró hacia Kraanen.

—Tenemos... tenemos que ayudar a los De Witt.

Este le devolvió una mirada aterrorizada y después, el académico de Leiden cogió con prisa sus cosas y se dirigió con paso ágil hacia la puerta de la calle.

—¡Yo me largo de aquí! —dijo, con voz trémula al tiempo que se despedía con un gesto vago con su mano—. Así que... adiós.

Salió con prisa por la puerta y se dirigió en sentido contrario al de la multitud. Durante unos instantes, Bento se quedó embobado, sin saber qué hacer.

—Decisión sensata —comentó el librero—. Si yo fuera usted, señor De Spinoza, haría lo mismo.

Aunque la huida de Kraanen afectó al filósofo, no le quitó la idea de la cabeza. Repuesto de la decepción, miró al dueño de la librería de forma resoluta, como si quisiera demostrar su firmeza. En circunstancias normales, las dificultades respiratorias le habrían impedido ir hasta allí, porque las caminatas le dejaban exhausto. Pero Gevangenpoort estaba justo al lado, a unos cinco minutos de distancia, así que eso no le iba a disuadir. Ni eso, ni la multitud.

Salió de la librería sin decir una palabra más. La voz habitual le repitió la palabra *caute* al oído, pero también la ignoró, como solía hacer. Ya en la calle se sumó a la masa humana y se dirigió hacia el centro, donde se encontraba el edificio del gobierno, el tribunal y la prisión; tenía la determinación de mostrar a De Witt que, en la hora de su desgracia, todavía había quien lo apoyara.

XX

Una gran multitud llenaba el Buitenhof, la plaza central de La Haya. El Gevangenpoort estaba situado en un lado de la plaza y algunas personas se habían subido a los tejados de los edificios vecinos, como si estuvieran instaladas en una terraza para asistir a un espectáculo. El acceso a la prisión se efectuaba por una puerta y una lluvia de piedras empezó a caer allí, al tiempo que toda la turba gritaba en coro.

—¡Que salgan, que salgan, que salgan!

Circulaban botellas de cristal y vasos de cerveza, muchas personas estaban armadas y borrachas. El ambiente era peor de lo que Bento alguna vez habría podido imaginarse. ¿Cómo demonios iban a salir los De Witt de la cárcel en esas condiciones? Toda la plaza de Buitenhof parecía que estaba sobre un reguero de pólvora. Seguramente, la guardia intervendría y abrirían un pasillo seguro para que los hermanos pudieran pasar, como mínimo establecerían un cordón de seguridad alrededor de la prisión. Según estaban las cosas, no podían salir.

El problema era que, mirara donde mirara, Bento no veía un único uniforme del ejército. Solo los de los milicianos. La milicia de La Haya contaba con centenares y centenares de hombres, reconoció algunas de sus banderas de colores: allí estaban, al menos, la Oranje-Blanje-Bleu, situada justo al lado de la puerta de la cárcel; también la Witte, la Blauwe y la Groene.

Se dirigió a un hombre que estaba a su lado con un pico.

—¿Y los guardas?

—¿Qué guardas? —El hombre se rio, evidentemente se trataba de un seguidor orangista—. La caballería del conde De Tilly estuvo aquí hace poco y amenazó con un baño de sangre si alguien tocaba en los De Witt, pero después recibió órdenes para abandonar la plaza.

—¿La caballería se ha marchado? —se sorprendió el filósofo—. ¿Quién ha dado esa orden?

El miliciano hizo un gesto amplio, señalando a todos los que estaban en Buitenhof, la multitud que llenaba la plaza.

—¡Esto ahora es todo nuestro!

Bento pensó que el hombre deliraba. Seguramente la caballería estaría allí, en alguna parte de la plaza, lista para intervenir. También podría ser que la guardia se encontrara en el interior de la cárcel para garantizar la seguridad de los De Witt. Le parecía evidente que ninguna otra posibilidad tenía cabida. La *grauw* o multitud no podía ser la dueña y señora de la situación.

—¡Que salgan, que salgan, que salgan!

El problema era que, por más que mirase a uno y otro lado, no encontraba un solo soldado. Solo la milicia con sus estandartes, mosquetes y floretes, la chusma con sus martillos, cuchillos, picos y palas, así como todos los objetos cortantes que habían encontrado a mano. ¿Cómo era posible algo así? Le dieron ganas de frotarse los ojos para despertarse de aquella situación, que le parecía extraña e increíble.

El comportamiento de la *grauw* tan solo confirmaba lo que hacía mucho sabía sobre las multitudes; se movían por la pasión y no por la razón, por eso eran tan fácilmente manipulables. Los orangistas soñaban con el poder monárquico centralizado en el estatúder, mientras que De Witt representaba el desarrollo de la economía liberal descentralizada que había conducido a la prosperidad en todo el país. La turba, en vez de proteger a quien gobernaba para enriquecerlos y darles libertades, se ponía del lado contrario de la barricada. ¿Por qué las personas se colocaban del lado de su propia servidumbre como si fuera el lado de la libertad? Si aún quedaban dudas sobre cuán pernicioso es el estado de las pasiones, en oposición al del verdadero conocimiento, ahora quedaban todas resueltas.

Escuchó a un hombre muy exaltado, junto a la puerta.

—¿Me han soltado, lo veis? —gritó—. ¡Me han soltado! ¡Significa que yo tenía razón! ¿Me oís? ¡Tenía razón!

Bento se giró de nuevo hacia el miliciano a su lado.

—¿Quién es ese?

—Es Tichelaar, el barbero que denunció al cabrón de Cornelio de Witt, ese traidor a sueldo de los franceses e ingleses. Los tipos han soltado a Tichelaar, ¿lo ve? Es la prueba de que el tipo no mintió.

El tal Tichelaar seguía gritando junto a la puerta, exhortando a la milicia de La Haya y al populacho.

—¡Cornelio me ofreció dinero para matar a nuestro san Guillermo! ¡Me lo ofreció, sí, señor! ¿Sabéis lo que os digo? ¡El exilio será demasiado bueno para una escoria como él! ¡Unos asesinos! ¡Eso es lo que son los De Witt! ¡La prueba de que digo la verdad es que me han soltado!

La multitud se agitó aún más y los insultos se multiplicaron con los De Witt en el punto de mira. Los hombres que estaban junto a la puerta del Gevangenpoort empezaron a moverse y Bento vio cómo preparaban las lanzas y mosquetes.

—¿Quién es el que está junto al barbero?

—Es Hendrik Verhoeff —indicó el miliciano—. El comandante de una de las banderas de nuestra milicia. Un hombre santo. ¡Los De Witt

le dan más asco que el propio Satanás! ¡Juró que les va a arrancar los corazones!

Una ráfaga de tiros se escuchó delante de la prisión. Bento se asustó y la multitud se calló durante unos instantes. Una nube de humo denso se formó delante y entendieron que habían sido los milicianos los que habían abierto fuego contra la puerta del Gevangenpoort. Cuando el humo se disipó, comprobaron que la puerta estaba llena de agujeros, aunque todavía aguantaba. Se escucharon órdenes de un lado a otro, pero a aquella distancia no se entendía lo que decían.

—¿Qué pasa? —preguntó Bento, que apenas conseguía disimular su angustia—. ¿Qué hacen?

—¡Van a tirar la puerta abajo! —respondió alguien con una carcajada. —¡Ah, ahora van a pillar a esos bandidos, los De Witt! ¡Ya no se escapan!

Minutos después aparecieron con martillos y palancas delante de la puerta. Los milicianos usaron los instrumentos para arrancar parte de la cerradura y las cadenas, hasta que finalmente la puerta cedió y se abrió. La multitud clamó efusivamente para celebrar el momento.

—¡Que los maten! ¡Que los maten! ¡Que los maten!

La situación estaba totalmente descontrolada. La multitud se convierte en algo a temer cuando no tiene nada que temer, pensó Bento. Era el caso. Se subió a un muro y observó por encima de aquel mar de cabezas lo que sucedía a la entrada del Gevangenpoort. Los milicianos de la bandera Oranje-Blanje-Bleu aún resistían, en un aparente esfuerzo por impedir la entrada en la prisión de otros milicianos, pero ante la amenaza de abrir fuego, ya que el grupo estaba muy armado y con el tal Verhoeff a la cabeza, al final desaparecieron dentro de las murallas.

La multitud deliraba.

—¡Que los maten! ¡Que los maten! ¡Que los maten!

Se oyeron estallidos amortiguados dentro de la prisión, seguramente eran disparos; unos momentos después, los milicianos reaparecieron en la puerta destruida empujando a dos prisioneros que se tambaleaban. Al reconocerlos, Bento se llevó la mano a la boca. Johan de Witt y su hermano.

Iba a empezar el linchamiento.

XXI

Con los ojos como platos, con expresión de pavor, Bento no consiguió contener un gemido.

—¡Qué horror!

La primera visión de los De Witt saliendo por las puertas de Gevangenpoort, con aquel ambiente efervescente en la plaza delante de la prisión, no dejaba dudas sobre lo que iba a suceder de forma inminente. Maniatado por los milicianos, el antiguo pensionario sangraba abundantemente del cuello y tenía heridas en la cabeza, mientras que su hermano Cornelio presentaba moratones ensangrentados por todo el cuerpo.

—¡Matadlos! —gritaba la turba con más fuerza, excitados con la visión de los dos hombres y de la sangre que los encharcaba—. ¡Matadlos! ¡Matadlos! ¡Matadlos!

Despavorido, Bento sentía que iba a desfallecer. Todo aquello era demasiado horrible. Quiso escapar de allí, esconderse en algún lugar, fingir que no estaba sucediendo nada de aquello, pero aguantó el impulso. Pasara lo que pasara, no se iría. A pesar de la absoluta impotencia que sentía al no poder frenar los acontecimientos, no les podía abandonar. No podía.

Las voces se unieron en un coro asesino.

—¡Matadlos! ¡Matadlos! ¡Matadlos!

Vio a los milicianos que empujaban a los prisioneros en medio de la multitud, abriéndose camino por la plaza. En la nave donde entraron los prisioneros se veían filos ensangrentados en el aire, subiendo y bajando salvajemente, encuadrados por los estandartes de los milicianos que los escoltaban: estaban desollando a los De Witt mientras caminaban. Se dirigían a Groene Zoodkje, un patíbulo situado en la plaza vecina, pero estaba claro que no iban a llegar vivos. El filósofo se dio cuenta de que a medida que los hermanos avanzaban en medio de aquella marabunta desvariada, las personas alrededor de ellos les iban acuchillando con todo tipo de objetos cortantes y punzantes. No cabía la más mínima posibilidad de que alguno de los dos pudiera sobrevivir a aquella carnicería.

—¡No! —gimió—. ¡No! ¡No!

Un hombre barbudo a su lado, también apoderado por la furia asesina contra los De Witt, se fijó en el semblante de terror en el rostro de Bento.

—Usted... ¿está del lado de los herejes?

El filósofo entendió que, en el calor de las emociones, había

empezado a llamar la atención entre los opositores de De Witt.

—Yo... yo...

Al mirarlo, el barbudo frunció el ceño, de repente desconfiaba de él.

—Espere un momento, usted no es... ¿Zinospa?

Su mayor temor era ser reconocido por los orangistas o por los *predikanten*. Al darse cuenta de que él también estaba en peligro, sin perder tiempo, Bento se metió entre la multitud para alejarse de la atención del hombre que le había hablado.

—¡El judío! —gritó la voz que había dejado atrás—. ¡Agarrad al judío! ¡Es Zinospa! ¡Zinospa!

—¿Quién?

—¡Zinospa! ¡El hereje judío! ¡Está aquí!

—¿Zinospa? ¿Dónde?

Para despistarles, Bento cambió de dirección y zigzagueó entre las personas, protestando contra De Witt para alejar las sospechas. Cuando comprobó que ya no veía al barbudo, y cuando el murmullo contra él parecía haberse tranquilizado, pues los acontecimientos de la plaza ocupaban la atención de todos, volvió a ponerse de puntillas para ver por encima de las cabezas y tratar de entender dónde estaban ahora los prisioneros. Tan solo vio al fondo los estandartes de los milicianos y los filos ensangrentados que atravesaban a las víctimas.

Una carnicería.

El grupo que integraba el cortejo mortal surgió de entre la multitud y alcanzó el Groene Zoodje. Los milicianos arrastraban los cuerpos de los hermanos, dejando un reguero de sangre en el suelo; estaban ya inertes y totalmente desnudos, con golpes y cortes por todas partes.

La multitud parecía enloquecida.

—¡Que los cuelguen! ¡Que los cuelguen!

A la vista de todos, entre los bramidos de la turba ululante, los milicianos izaron los cuerpos y los colgaron de los pies, con la cabeza hacia abajo. Verhoeff se acercó a las víctimas, con un gran cuchillo les abrió el pecho y extrajo los corazones.

En la plaza, se volvió a levantar el clamor de la multitud enloquecida por aquella orgía de sangre.

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

Finalmente, los milicianos abandonaron el patíbulo dejando allí los cadáveres colgados. Entonces, la turba avanzó con cuchillos, sierras y hachas, empezaron a mutilar los cuerpos, a segar las cabezas, a extraerles los ojos. Bento vio a un hombre que cortaba un pedazo de una de las piernas de Johan de Witt, se lo metió en la boca y masticó.

Después de eso, ya no consiguió ver nada más porque se arrodilló vomitando.

XXII

Salió de la plaza con los ojos inundados de lágrimas y se arrastró por las calles de La Haya con aquel sabor ácido en la boca y la amargura cáustica del vómito que le quemaba el alma. Nunca se habría imaginado que una barbarie así fuese posible en su país, su querida República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos, patria del capitalismo y de la libertad, tierra de la tolerancia y la diversidad. Aquello no era liberalismo, sino feudalismo. ¿Sería posible que con Guillermo III, las Provincias Unidas volvieran a la época de las tinieblas y del salvajismo? ¿O se trataría simplemente de una erupción aislada de las pasiones primitivas de los *boeren* rurales, que la razón de la civilización burguesa emergente tanto se había esforzado por eliminar durante las últimas décadas?

—*Ultimi barbarorum* —murmuró entre dientes, una expresión en latín que no paraba de martillear en la mente—. Lo peor de los bárbaros.

Sí, lo que acababa de observar había sido la peor de las barbaries, cometida por la *grauw*, la plebe, pero sin duda orientada por alguien que la había manipulado desde la sombra. De no ser así, ¿cómo se explicaba la extraña prisión de Cornelio de Witt, el panfleto delante de la Nieuwe Kerk escrito en neerlandés culto, la orden para que la caballería abandonara la plaza, el comportamiento de la milicia de La Haya, la impunidad para que todo sucediera durante tantas horas sin que nadie viniera a socorrer a los dos antiguos gobernantes? Habían asesinado a un hombre bueno, el garante de su amada república liberal, el gobernante que garantizaba la libertad y la prosperidad. ¿La república caería también junto con sus ángeles caídos?

Jadeando, se sentó en una piedra, para recuperar el aliento.

—*Ultimi barbarorum*.

Bárbaros todos ellos, lo peor de lo peor. La *grauw*, sí, los había visto comportarse de aquella manera, llevados por las pasiones hasta el punto de que los populares cortaron a los De Witt en pedazos camino del patíbulo y, con un espíritu salvaje indescriptible, se habían metido en la boca su carne, incluso les habían cortado los dedos como *souvenirs*. No cabía la menor duda, la multitud era algo a temer cuando no tenía nada que temer. Pero el más bárbaro de los bárbaros era quien maniobraba a la plebe a distancia, quien daba las órdenes, quien jugaba con las pasiones primarias ajenas al servicio de sus propios intereses y objetivos. Todos ellos, unos y otros, la *grauw* de las pasiones primarias y quien con frío cálculo los había manipulado y

dado cuerda para dejarles el camino libre, todos eran los más grandes bárbaros.

Se levantó y reinició el camino hacia casa.

—*Ultimi barbarorum*.

La expresión se repetía una y otra vez en su mente y en sus labios, tanto se repetía que se convirtió en una misión. Sus pasos ganaron ritmo y su mente, determinación. Una infamia como esa no podía quedar impune. Tenía que hacer algo. Urgía apuntar con el dedo, mostrar indignación, llamar bárbaros a los bárbaros.

Llegó exhausto a Paviljoensgracht. Se apoyó contra el muro para recuperar el aliento. Cuando se sintió restablecido y con más energía abrió la puerta de casa con un movimiento brusco, con la mente fija en la misión que en aquel momento de indignación se había impuesto a sí mismo.

—¡Señor De Spinoza, gracias a Dios! —exclamó el dueño de la casa al verle—. ¡Estábamos tan preocupados por usted!

Bento ni siquiera respondió. Subió las escaleras despacio, aunque lo que él quería era recorrerlas de tres en tres, subir más deprisa y meterse en su habitación. Cogió una lata de tinta y un pincel, pero el papel que tenía a disposición era demasiado frágil para lo que tenía en mente. Desde lo alto de las escaleras, miró hacia abajo.

—¡Señor Van des Spyck! —lo llamó—. ¿Tiene alguna tabla que me pueda prestar?

El dueño de la casa subió al primer piso y le entregó una tabla de nogal. Con un agradecimiento rápido, el filósofo volvió a su habitación y colocó la tabla en el suelo. Fue a buscar la lata de tinta y el pincel, se arrodilló en el suelo y con letras gruesas, dibujó el mensaje en la superficie de madera.

ULTIMI BARBARORUM

Ni siquiera se molestó en guardar la lata de pintura ni el pincel, cogió la tabla como si fuera un cartel y salió de su habitación con paso ligero, bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió hacia la calle. Al verlo en aquel estado de enajenación, el dueño de la casa corrió hacia la puerta y se le puso delante.

—¿Dónde va, señor De Spinoza?

—Déjeme pasar.

Van der Spyck no se movió.

—Usted no puede salir de aquí.

—¡Déjeme pasar!

El dueño de la casa miró el cartel que el huésped tenía en las

manos; aunque no supiera latín, la palabra *barbarorum* era suficientemente parecida a la palabra *barbaren*, en neerlandés, por lo que rápidamente supo lo que significaba.

—¿Qué va a hacer con eso?

Si hubiera tenido fuerzas, Bento habría empujado al hombre para quitárselo de su camino.

—¡Déjeme pasar! —insistió, claramente fuera de sí—. ¡Voy a colocarlo donde esos animales asesinaron a los De Witt, para que todo el mundo lo vea y se avergüencen!

El cartel y la expresión alterada en el rostro de su huésped preocuparon mucho a Van der Spyck.

—¿Se ha vuelto loco? —le preguntó—. ¡No puede hacer eso!

—¡Puedo y voy a hacerlo! ¡Déjeme pasar!

—Si usted va allí fuera a colocar ese cartel en el lugar en el que colgaron a los De Witt, ¿sabe lo que le van a hacer? ¡Lo asesinarán! ¿Lo entiende? Le cortarán en pedazos y organizarán una fiesta. ¡Le harán lo mismo que a los dos hermanos!

—¡Déjeme pasar, ya se lo he dicho!

Al dueño de la casa le costaba reconocer a su huésped; siempre tan moderado y controlado, en ese momento estaba como loco, fuera de sí. Se dio cuenta de que con la razón no iba a convencerle, por lo que se giró y echó la llave en la cerradura, para atrancar la puerta. Sacó la llave y se la guardó en el bolsillo del pantalón antes de volverse hacia Bento.

—Usted no puede salir —dijo—. Nadie va a salir. Es demasiado peligroso.

—¡Deme la llave!

Con la puerta cerrada, Van der Spyck fue a un mueble del salón y abrió un cajón, para sacar un papel del interior.

—¿Sabe lo que es esto? —le preguntó, enseñándole el papel—. Un panfleto que han estado distribuyendo por toda La Haya. —Se lo dio al huésped—. Lea.

Bento intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada a cal y canto. Miró las ventanas, considerando la posibilidad de saltar por una de ellas, pero entendió que el dueño de la casa intervendría y también le impediría salir por ahí. Se resignó y cogió el panfleto.

ABAJO DE WITT, ¡EL HEREJE! DIO AL MALIGNO ZINOSPA PROTECCIÓN PARA PUBLICAR SU LIBRO BLASFEMO, IMPRESO EN EL INFIERNO POR ESE JUDÍO CAÍDO, PARA INTENTAR PROBAR DE FORMA ATEA QUE LA PALABRA DE DIOS SOLO PUEDE ENTENDERSE A TRAVÉS DE LA

FILOSOFÍA, LIBRO PUBLICADO CON EL CONOCIMIENTO DEL SEÑOR JAN. ¡PROTEJAMOS LA VERDADERA FE DE LOS IMPÍOS Y DE LOS ATEOS!

—¿Quién ha escrito esto?

—¿Qué importa eso, señor De Spinoza? —se preguntó Van der Spyck—. Lo que importa es que han estado distribuyendo ese panfleto por toda la ciudad, le asocian al señor Johan de Witt. Y ahora, han matado a De Witt. Ha tenido suerte de que no le han reconocido, pero no abuse de esa suerte. ¿Qué cree que van a hacer cuando lo vean colocar ese cartel junto a sus cuerpos y se den cuenta de quién es usted, verdaderamente?

Leer el panfleto fue como si le echaran por encima un balde de agua fría, lanzado sobre las llamas de la indignación que incendiaba el alma de Bento. Evidentemente, los autores de ese papel eran los *predikanten* y los orangistas, aunque pronunciaran mal su nombre lo asociaban de forma clara a los De Witt. La amenaza era real. Estaba sucediendo. No era solo el ímpetu espontáneo de la turba, sino que la emitía el nuevo poder en la república. Por si aún había duda, bastaba con ver lo que acababa de suceder en la plaza. La facilidad con la que habían descuartizado a los dos hermanos, cortados en pedazos; a él le harían exactamente lo mismo. ¿Valdría la pena exponerse de esa forma tan inútil ante la furia de la plebe sanguinaria?

Bento bajó el cartel, abatido y derrotado, subió las escaleras con el cuerpo hundido por el desánimo y se encerró en la habitación. Se tumbó en la cama y respiró hondo, reflexionando sobre lo que había sucedido, también sobre su reacción a aquellos terribles acontecimientos. Van de Spyck tenía razón, concluyó. Tenía que dominar sus pasiones. Si él mismo defendía que la razón se debía sobreponer a las emociones, no podía dejar de practicar lo que pregonaba. ¿De qué le serviría toda su sabiduría si después caía en las mismas pasiones que arrastraban a la multitud, si no tenía fuerzas y ánimo para salvarse a sí mismo?

Y eso no era lo peor. Lo peor es que a partir de ese momento, quien mandaba en el país sabía de su existencia y lo señalaba como el objetivo a ser abatido.

XXIII

Al llegar a Ámsterdam, Bento se bajó del *trekschuit* y se echó a la espalda el bolso cargado con los papeles que había estado escribiendo a lo largo de años y años; su obra prima. Miró alrededor para decidir cuál era la dirección que tenía que tomar, si se dirigía directamente a la Het Martelaarsboek o si primero debía hacer una parada en un restaurante para tomar una sopa. Le llamaron la atención unas cintas de colores que engalanaban los postes junto al puerto; por lo visto, había habido una fiesta en la ciudad.

Decidió que primero se encargaría del asunto que le había llevado a Ámsterdam. Con el bolso colgado del hombro empezó a caminar, se dirigió a Dirk van Assensteeg, en el centro; la calle no estaba lejos y en poco tiempo llegó a la librería que se localizaba en ella. Se encontró a Rieuwertsz sentado en el mostrador, con los pies estirados sobre una caja de pedidos, los ojos inmersos en la lectura de un libro, envuelto en el olor aromático que salía de la pipa que fumaba con evidente deleite.

El recién llegado se acercó en silencio, como un ladrón furtivo, y con súbito estruendo posó el bolso encima del mostrador.

—¡Aquí está!

El librero dio un salto en la silla asustado, dejó caer la pipa y el libro al suelo, y lo miró trémulo.

—¡Benedictus! —exclamó al reconocer al visitante—. ¡Qué susto me has dado! ¡Manda narices!

Bento respondió con una carcajada que su tos acabó interrumpiendo. Mientras su amigo refunfuñaba y recogía la pipa y el libro, el filósofo se puso a sacar los papeles manuscritos que traía dentro del bolso, colocándolos encima del mostrador.

—Es mi libro —anunció con orgullo—. Lo he terminado y por fin está listo para que lo publiques.

Ante tamaña novedad, la momentánea irritación de Rieuwertsz se desvaneció como el humo de su pipa. Se puso de pie, cogió las primeras hojas con delicadeza, como si estuviera manoseando un tesoro, y observó el título que su amigo había escrito a mano, *Ethica, ordine geometrico demonstrata*.

—¡Por fin! —exclamó. Miró fijamente a Bento, asaltado por las dudas—. ¿De verdad lo has terminado? —le preguntó, casi con miedo—. ¿O mañana me vas a decir que al final tienes que añadir algo o aclarar no sé qué más?

—Lo he terminado —le aseguró el autor—. El libro está listo para

su impresión.

La mirada de Rieuwertsz se suavizó y volvió a posarse en el título. Había esperado tantos años esa obra, que había empezado a dudar. A lo largo del tiempo, su amigo le había dado algunas partes para que las leyera, tanto a él como a los fallecidos Balling, De Vries y Koerbagh, así como también a Jarig, Meyer y algunos otros. Pero una cosa eran partes dispersas, que además habían provocado numerosas discusiones entre ellos y habían servido de influencia a otros libros, como el de Koerbagh y el de Meyer, y otra completamente diferente era ver el texto completo, todas las ideas encadenadas como piezas de un puzle; solo encajadas unas con otras podían proporcionar la imagen completa.

—«Ética demostrada según el orden geométrico» —murmuró traduciendo el título del latín. Levantó los brazos en el aire, como si agradeciera al Altísimo—. ¡Aleluya! ¡A-le-lu-ya!

Bento se rio. Sus amigos habían esperado tanto tiempo y se habían desilusionado tanto cuando decidió suspender la escritura de *Ethica* para en ese intervalo escribir el *Tractatus Theologico-Politicus*, que pura y simplemente habían dejado de creer que acabaría esa obra. Pero al final, ahí estaba.

El filósofo miró a su amigo.

—¿Cuándo crees que podrás tener el libro listo?

El librero tardó en responder, asaltado por más dudas.

—¿Y... y si lo prohíben?

La pregunta no era descabellada. La muerte de De Witt y la subida al poder de Guillermo III y de los orangistas había dado fuerza a los *predikanten* calvinistas y había desequilibrado la balanza contra los liberales. Además, Guillermo III había conseguido forzar a los franceses a retirarse de Utrecht y de otras ciudades que habían ocupado en las Provincias Unidas, lo que había cimentado su popularidad entre la población y había reforzado su poder. El libre pensamiento ya no se toleraba de la misma manera. Prueba de ello era el destino que habían dado al *Tractatus Theologico-Politicus*. Justo después de que Guillermo III asumiera funciones, empezaron los movimientos legales para prohibir las «obras pestilentes». Tres sínodos en la Iglesia Reformada condenaron el libro de Bento. En apenas dos años, el Tribunal de Holanda prohibió el *Tractatus Theologico-Politicus* y otros textos considerados blasfemos, incluido el *Leviatán* de Hobbes. Las cosas habían cambiado. Y mucho.

—Tenemos que arriesgarnos —fue la respuesta de Bento, que se esforzó por aguantar el miedo—. Es cierto que ya no contamos con De Witt para que nos proteja. Pero también es verdad que, a pesar de la

popularidad del nuevo gobierno en La Haya, los burgomaestres de Ámsterdam siguen siendo liberales y comprometidos en la defensa de las libertades, incluida la de pensamiento. Guillermo III es el estatúder, es cierto, pero ¡caramba!, no es Dios todopoderoso.

—Ya, pero mira que los *predikanten* no te quitan ojo...

El filósofo se secó las gotas de sudor que le mojaban la frente con la mano.

—¿Te crees que no lo sé? El mes pasado, el consistorio de la Iglesia Reformada de La Haya discutió específicamente mi caso —recordó con voz tensa—. Parece que los miembros del consistorio se han quejado de que mis opiniones blasfemas se están extendiendo cada vez más y que por eso me tienen que investigar. Por lo visto, han nombrado a unas personas para averiguar cuáles son mis planes, si tengo intención de publicar algún libro más, cuáles son las tesis que defiendo, cuáles son los peligros de estas... En fin, todo eso. Después de recoger todos los datos, ellos decidirán lo que hacen conmigo.

Los dedos de Rieuwertsz golpeaban pensativamente sobre la madera del mostrador.

—Y eso... ¿te preocupa?

—Claro que me preocupa —fue su rápida respuesta—. En la calle tengo miedo hasta de mi propia sombra. Por eso he pensado marcharme del país a un lugar más tolerante y abierto. Con el estatúder, los orangistas y los *predikanten* mandando sin oposición, el ambiente en nuestra república se ha vuelto irrespirable. El mayor secreto del gobierno monárquico y su principal interés es engañar a los hombres y usar la religión para manipular sus miedos; así, la turba lucha por su propia servidumbre como si fuera su salvación. Es imposible filosofar con las cosas de esta manera.

—Si te marchases del país, ¿a dónde te irías?

—Ese es el problema. Me ha llegado una invitación para enseñar filosofía en la Universidad de Heidelberg, pero me han dicho que no podría perturbar la religión, así que no tendría libertad para decir lo que quisiera. Lo he rechazado. Lo cierto es que no sé a dónde ir. Por todas partes hay tiranía, opresión y oscurantismo. Aunque nosotros estamos mal, tras la muerte de De Witt, tampoco estamos tan mal del todo, comparado con otros países. Por eso quiero publicar el libro lo antes posible. Es una carrera contra el tiempo. El libro tiene que salir antes de que la situación en nuestra república se degrade todavía más.

—Perdona, pero cuanto más rápido lo publiques, más deprisa te metes en la boca del lobo.

Bento se mordió el labio inferior, nervioso.

—El consistorio que me está investigando es de La Haya —

comentó—. Ahora bien, mi idea es publicar aquí, en Ámsterdam, donde a pesar de todo, los librepensadores se toleran mejor.

—Eso no te garantiza protección...

El filósofo suspiró, cada vez estaba más cansado de ese juego.

—Escucha, Rieuwertsz —le dijo—. Por este camino, antes o después esos tipos se me van a echar encima. Si no publico ahora, no publicaré nunca. Un día entrarán en mi casa, aprehenderán todos mis manuscritos y harán conmigo lo que les plazca, como hicieron con De Witt. Si eso pasa, todo habrá sido en vano. No puedo permitir que suceda. Si no lo publico ahora, no lo voy a publicar nunca.

El librero hojeó las páginas mientras se pensaba la respuesta debido a las nuevas circunstancias políticas que vivían. Sí, era cierto que ahora era mucho más peligroso tener nuevas ideas. Pero también era cierto que Ámsterdam seguía siendo un caso aparte. Las prácticas de libertad mercantil y de libertad económica seguían influenciando las ideas de libertad de pensamiento y de expresión. En la mente de los burgomaestres, la prosperidad seguía asociada a la libertad. La publicación del libro inevitablemente supondría un nuevo enfrentamiento y era improbable que, incluso en la patria del liberalismo, los librepensadores pudieran volver a imponerse. Al menos, sería un momento clarificador. Aunque los *predikanten* ganaran, el libro ya habría sido publicado y algunos ejemplares llegarían a casa de muchas personas antes de que pudieran prohibir la obra. Esas personas serían las encargadas de mantener el libro vivo. Publicar era garantizar la eternidad de aquellas ideas. No publicarlo sería condenarlo al olvido.

—¿Eres consciente de que, incluso no poniendo tu nombre en *Ética*, como hicimos con el *Tractatus Theologico-Politicus*, van a saber de inmediato que el autor eres tú? Si quieren ir a por ti, el anonimato formal al que recurrimos en el otro libro no te protegerá como te protegió en la época de De Witt...

Bento dudó. Publicar podría ser su sentencia. No publicar sería la sentencia de la república. ¿Qué hacer?

—Entonces, esta vez pongamos mi nombre —acabó diciendo, esforzándose por aguantar el miedo—. Asumamos todo, a las claras.

El librero vaciló una última vez, dividido entre el deseo de ver aquella obra publicada y el temor a hacerlo. Hasta que, al final, se decidió, cogió todas las hojas que estaban encima del mostrador y las alineó correctamente.

—Si mi tienda se llama la Librería de los Mártires, ¡que me parta un rayo si no tengo el valor de publicar esto! —exclamó con brusca determinación—. *Alea jacta est!*

El filósofo forzó una sonrisa.

—*Alea jacta est!* —asintió, repitiendo la frase atribuida a Julio César cuando decidió atravesar el río Rubicón para retar al Senado—. ¡La suerte está echada!

Después, discutieron algunos de los detalles de la edición del libro, si sería Meyer quien escribiría el prefacio o sería el propio Rieuwertsz quién haría la revisión del texto en latín, cómo sería la paginación, qué taller se encargaría de la impresión, dónde sería la distribución. Se mantuvieron ocupados para así no pensar en los graves peligros que corrían al decidir publicar la obra, y fue esa inconsciencia consciente lo que les armó de valor.

Terminaron a media tarde, mucho después de la hora de comer y se despidieron en la puerta de la librería.

—Vuelve mañana para que hablemos con el corrector —indicó Rieuwertsz, que seguía concentrado en las cuestiones técnicas, para no tener que pensar en otras cosas—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Ámsterdam?

—Una o dos semanas —respondió Bento. Tosió—. Me voy a quedar en casa de Jarig.

Su amigo hizo una mueca.

—Esa tos va de mal en peor. ¿Te la estás cuidando?

—Meyer suele ir a La Haya y se pasa por mi casa para ver mi salud, me receta algunos tratamientos. Está todo bajo control, no te preocupes.

Con un breve gesto, Bento se marchó y el librero regresó a la tienda para empezar a preparar la publicación de la *Ethica*. La suerte no estaba echada del todo, pero tenían que preparar el juego. Para vencer o morir.

XXIV

Mientras comía sopa, su único plato del día en el restaurante de Dirk van Assensteeg, Bento iba mirando distraídamente el movimiento de la calle; observar a las personas que pasaban era uno de sus pequeños placeres. También en esta calle los postes estaban engalanados con cintas, lo que una vez más llamó su atención. Desde que había llegado en el *trekschuit*, a media mañana, se había fijado en las decoraciones festivas que había por todas partes.

Tenía curiosidad y por eso, cuando el empleado le trajo la cuenta, aprovechó para preguntarle sobre ese asunto.

—¿Perdone, pero va a haber alguna fiesta en la ciudad?

—Ya la ha habido —le respondió—. Han sido los portugueses.

Levantó una ceja. ¿Qué habría estado celebrando la comunidad judía de Houtgracht?

—¿Qué ha pasado?

—Han inaugurado su nueva iglesia allí, en Breestraat —fue la respuesta del empleado—. ¡Ah, debía haberlo visto! Fueron ocho días de fiesta en la ciudad, con ceremonias y bailes a todas horas. Ámsterdam entera pasó por allí. Incluso las principales familias de los regentes fueron a ver la nueva iglesia de los portugueses. ¡Una maravilla, señor! Ha costado más de ciento y sesenta florines, ¡fíjese usted! ¡Una maravilla!

¿Ya habían inaugurado la nueva sinagoga de la *Nação*? Hacía algún tiempo que Bento sabía de ese proyecto, claro. Todo el mundo en las Provincias Unidas sabía que los portugueses tenían una obra y estaban levantando una sinagoga monumental, una maravilla nunca vista entre los judíos de toda Europa. Pero lo que no sabía es que no solo los trabajos ya habían terminado, sino que por lo visto habían inaugurado la sinagoga. Y por lo que le acababan de contar, lo habían hecho con toda pompa y circunstancia, de forma tan magnífica que Ámsterdam entera había caído rendida a sus pies.

Una nostalgia repentina se apoderó de su espíritu. Su alma de judío portugués se reconoció en aquel sentimiento, que formaba parte del léxico de su lengua materna. Se llamaba *saudade*. Esa palabra tan portuguesa, sin traducción rigurosa al neerlandés, amarga y dulce a la vez. En ese momento, la *saudade* le tocó el corazón. Desde el *herem* había cortado completamente con su comunidad de origen, como si hubiera dejado de ser judío por completo, así como tampoco era ya portugués y no había vuelto a mirar atrás. Pero en aquel momento en el que volvía a la ciudad en la que había nacido, al encontrarse con la

extraordinaria noticia de que los portugueses en el exilio habían conseguido levantar una obra de la que todos se maravillaban, sintió una extraña llamada a sus orígenes. Quizá fuera su padre Miguel, o tal vez su madre Ana Débora, quién sabe; tal vez en sus propias carnes aún se escondían las voces ancestrales de los que tanto amaba y que ya habían partido; fuera por una cosa u otra, la verdad es que sintió el corazón oprimido junto con un irresistible deseo de volver a ser lo que ya hacía tanto tiempo no era. Judío y portugués.

Era *saudade*.

Después de pagar, se dejó llevar por el impulso y echó a andar. Su destino ya no era la casa de Jarig, donde se había instalado durante su estancia en Ámsterdam, sino Houtgracht, la de su infancia y juventud. Zigzagueó por la maraña de calles estrechas de Ámsterdam, cruzó el puente y, sin más, entró en el barrio portugués. A partir de ahí se cruzó con hombres morenos, bajitos y sonrientes, escuchó frases sueltas en su antiguo idioma, «*sabes quando chega o carregamento de Recife?*», «*a Sara tem andado adoentada, coitadinha*», «*o que vai ser a janta?*» y la *saudade* volvió a apretar con más fuerza, tanta que incluso le entraron ganas de hablar con ellos, de sonreírles, de saber noticias, ¿dónde estaría doña Rute y sus *alheiras* de Mirandela? ¿Dónde podría comer unos higos secos del Algarve o unas castañas asadas transmontanas? No lo sabía, pero se encogió y no preguntó nada, era demasiado tímido como para hacerlo; al contrario, se limitó a escuchar en silencio para matar aquella *saudade* que no había sentido desde el día del *herem* y que de repente se le hizo enorme.

Sabía muy bien dónde estaba la calle Breestraat y se dirigió hacia allí. Hacía sol y el día era agradable, con aquellos colores tan vivos que imaginaba también serían los colores del mes de agosto en Lisboa, aquella ciudad de la que tantas veces le había hablado su padre. Llegó al edificio y vio por primera vez la fachada de la sinagoga. Era enorme. Majestuosa. Sin duda, la mayor de Europa. A decir verdad, le pareció que todo era demasiado complejo. Además del santuario, había alrededor una serie de estructuras; seguramente serían los despachos rabínicos y los espacios destinados a varias obras de caridad y fundaciones. Una de ellas sería sin duda, la Santa Compañía de Dotar Huérfanos y Doncellas Pobres, una de las instituciones más antiguas y nobles de aquella a la que todos en Houtgracht conocían como *Nação*.

Caminó hasta que estuvo relativamente cerca de la puerta de la nueva sinagoga. ¡Era magnífica! Allí parado, contemplándola, no pudo reprimir la emoción que por momentos se apoderó de él. ¿Sería la edad? En la adversidad, pensó, ¡qué lejos habían llegado los

portugueses! Perseguidos en su tierra, se habían marchado rumbo al norte y en secreto habían llegado a Ámsterdam, como si esta fuera su Jerusalem nórdica, y en aquella tierra extraña habían participado en una gran epopeya humana: la de enterrar el feudalismo para fundar un sistema basado en la libertad. Setenta y cinco años después, ahí estaba aquella obra para que todos la vieran, para gloria eterna de HaShem, de Portugal y de las Provincias Unidas. ¿Cómo no se iba a sentir Bento emocionado con la visión de tan grandioso monumento?

Se acomodó a la sombra de un arco de piedra con una cierta melancolía, apoyado sobre la pared y tosiendo de vez en cuando, se paró a observar el movimiento de la calle. Llegó una carroza y después otra. Hombres, mujeres y niños se bajaban, todos con sus mejores ropas; en breve empezaría una ceremonia religiosa. Vio pasar a una figura delgada, de grandes barbas blancas, encorvada y quebrada, le reconoció: era el *jajam* Isaac Aboab da Fonseca, el rabino que había nacido en Castro Daire con el nombre de Simão da Fonseca y que, tras la muerte del *jajam* Morteira años antes, se había convertido en el rabino jefe de la comunidad. Si le llamara, ¿reconocería al hijo del distinguido Miguel de Spinoza, miembro preponderante de la *Nação*? Y si lo reconociera, ¿le hablaría? Probablemente, no. El *herem* había sido decretado para toda la vida.

Siguió al *jajam* Aboab con la mirada hasta que desapareció por la puerta de la sinagoga y después volvió a fijar su atención en las familias que iban llegando sin parar. Entre los adultos reconoció un rostro u otro: aquí Jacob Coutinho, allí Ishac Pessoa, acá António Álvares Machado. Había estado con algunos de ellos en la escuela Talmud Tora. ¡Cuánto habían cambiado! Menos pelo, más barrigudos, con papadas en el cuello y aquellas barrigas de patriarca. El tiempo destrozaba el cuerpo de los hombres. Fue con ellos con los que había recitado la Torá en coro, con ellos había jugado en el recreo y ahí estaban ahora, con sus familias, perfectos burgueses, simultáneamente portugueses y neerlandeses, siempre judíos, siempre orgullosos y altivos, dirigiéndose con sus mejores ropas a la ceremonia de la nueva y monumental sinagoga que, con el esfuerzos de su trabajo y talento habían levantado en aquella tierra lejana, que ahora también era la suya.

Otras familias aparecieron y entre las diversas caras conocidas, aunque envejecidas, había muchos rostros que no identificó. Unos seguramente porque habrían llegado de Portugal y de España después del *herem*; otros, quizá serían los hijos de aquellos que un día conoció. ¿Habría Spinozas entre ellos? Era imposible saberlo. Tal vez, aquel hombretón que pasaba fuera su sobrino Miguel, hijo de su hermana

pequeña Rebecca; aquel otro hombre hecho y derecho podría ser Daniel, el hijo de su hermana Miriam, la mayor; o aquel otro quizá era Benjamim, el otro hijo de Rebecca. ¿De quién serían hijos aquellos niños y jóvenes? Probablemente de personas de su época. Los siguió hasta que los vio desaparecer, tragados por la sinagoga. Su gente. Sus judíos. Los portugueses.

Cuando el flujo de familias se agotó y la calle quedó desierta a excepción de algunos que llegaban tarde, dejó la sombra del arco de piedra y caminó despacio hacia el puente, absorbiendo los olores familiares que le recordaban tanto a su infancia, hasta que finalmente abandonó Houtgratcht. Las campanas anunciaron que eran las seis. En el puente se cruzó con los iluminadores, con escaleras y antorchas en las manos para encender las lamparillas de aceite de las calles, la última novedad en Ámsterdam, mientras un sonido lejano de tambores marcaba la ceremonia de formación de los guardias nocturnos que en breve saldrían a patrullar la ciudad. Al otro lado del puente aún echó la vista atrás para contemplar por última vez el barrio tranquilo en el que vivía la comunidad portuguesa. En ese instante, se dio cuenta de que nunca más volvería allí. Acababa de comprender la verdadera razón por la que había ido hasta Houtgracht: era para despedirse de los suyos.

XXV

Al entrar en la Het Martelaarsboek para ver las pruebas de *Ethica*, Bento vio que Rieuwertsz discutía acaloradamente con alguien que estaba de espaldas. Al llegar junto a ellos, se dio cuenta de que se trataba de Lodewijk Meyer, el médico y filósofo que había conocido años atrás en la escuela de Van den Enden, que a veces le visitaba en Haya para ayudarle a tratar su persistente tos.

—Meyer, ¿qué haces aquí?

El médico ni siquiera le sonrió, lo miró de frente con cara seria. Era cierto que Meyer se había molestado por una referencia que Bento había hecho en el *Tractatus Theologico-Politicus* en el que minimizaba la *Philosophia Scripturae Interpres*, como se titulaba el libro que su amigo había publicado y expuesto antes de la propuesta de exégesis de la Biblia concebida por el filósofo. Aun así, ese episodio ya estaba superado; a fin de cuentas, había sido el médico quien había cometido el error de publicar las ideas maestras de una tesis que en realidad no era suya.

—Me temo que tengo malas noticias —dijo Meyer—. Han ejecutado a Van den Enden.

La noticia dejó a Bento boquiabierto, conmocionado. Hacía algunos años que el que había sido maestro de ambos, el padre de Clara María, había dejado Ámsterdam; sus enseñanzas democráticas se habían vuelto tan radicales para su época que ya no le autorizaban exponerlas. En París fundó una escuela de bastante éxito. La última vez que lo había visto fue el día en que se dirigió a su casa para mantener una conversación con Clara María, y la última vez que había tenido noticias suyas fue a través de Leibniz, el alemán con quien había empezado a mantener correspondencia y que había estado de paso en París.

—¿Qué ha pasado?

—Por lo visto, nuestro antiguo profesor de latín se metió en una conspiración para asesinar a Luis XIV, fíjate tú. Descubrieron los planes contra el rey francés y le han ahorcado en la Bastilla.

Bento guardó silencio durante algunos momentos, recordando el día en que conoció a Van den Enden. Clara María le llevó al despacho de su padre en la escuela de Singel y allí empezó todo. Recordó las apasionantes clases sobre Galileo, Maquiavelo, Bacon, Hobbes y Descartes; reprodujo los detalles de las obras que habían representado en el Teatro Municipal de Ámsterdam, en particular, *Eunuchus*; recordó el día en que lo acogió en su casa tras el *herem* y cuando le

dio trabajo en su escuela; revivió la pasión que había sentido por su hija...

¡Cuántos recuerdos!

Parecía como si todo hubiera sucedido en otra vida, como si él fuera una persona diferente, como si viviera en una época diferente. De Witt aún existía, se discutía apasionadamente el método cartesiano, el mundo estaba a sus pies a la espera de que él, Bento, equipado apenas con su pluma y armado con su intelecto, pudiera ser el Vasco de Gama de las nuevas ideas. Todo eso había sucedido hacía apenas dos décadas, pero parecía otra vida.

—Aunque Van den Enden haya muerto —comentó— su espíritu vive, porque su pensamiento es inmortal.

Todos asintieron, nadie negaba la influencia que el viejo profesor había ejercido sobre las ideas liberales que compartían.

Meyer se movió, incómodo.

—Tengo otra mala noticia.

Al escucharle, Bento lo miró con estupefacción. ¿Qué noticia podría ser tan mala como la muerte de Van den Enden?

—¿Qué ha pasado?

—Como sabes, el hermano de Koerbagh, a pesar de tener tendencias de librepensador que ya le han ocasionado problemas con el consistorio, es *predikant* —dijo—. Me ha venido a avisar de que los *predikanten* ya saben que planeamos publicar tu nuevo libro.

No era una noticia agradable, ya que Bento quería colocar su *Ethica* en las librerías antes de que los miembros de la Iglesia Reformada supieran que existía, lo que retrasaría sus actos. Aun así, tampoco le sorprendía el hecho de que hubieran descubierto sus planes.

—¿Y bien?

—Andan diciendo que este libro es todavía más peligroso que el *Tractatus Theologico-Politicus* —reveló—. Es más, afirman que esta nueva obra va a presentar, ni más ni menos, la idea de que Dios no existe.

Se hizo un silencio pesado entre los tres. Bento intercambió una mirada interrogativa con Rieuwertsz, como si le preguntara de dónde había salido toda esa información.

—Debe de haber sido en el taller de impresión —soltó el librero—. Para imprimir el libro, el dueño de la librería lo ha tenido que leer, obligatoriamente. Con Koerbagh sucedió lo mismo. El dueño de la gráfica, al leer el libro antes de imprimirlo, alertó a las autoridades, lo que condujo a su detención.

—Pero *Ethica* está en latín...

Eran pocas las personas comunes que leían en la antigua lengua romana, todos lo sabían.

—Como todos los libros de mi editorial están bajo vigilancia, a lo mejor el taller ha tenido que informar a los *predikant* que había recibido la orden de impresión de un libro de mi librería y habrán ido a leerlo. En fin, las posibilidades son inmensas. No sé exactamente lo que habrá sucedido. El hecho es que saben que el libro existe.

—No solo saben que el libro existe —puntualizó Meyer—. Los *predikanten* se preparan para actuar. Y no va a ser bonito.

—Bueno, bueno —dijo Bento, aparentando una mayor seguridad de la que en realidad sentía. —¿Y qué pueden hacer?

El médico miró a su amigo con interés.

—Han ido a hablar con el estatúder.

En la librería se hizo un nuevo silencio, aún más pesado que el anterior. Lo que acababa de decir sonaba verdaderamente aterrador.

—Con... ¿con el mismísimo Guillermo III?

—Él es el estatúder, ¿no?

—¿Qué ha dicho el príncipe?

Meyer movió la cabeza hacia ambos lados, como quien indicaba que la respuesta era obvia.

—Lo que ha dicho no lo sé —respondió—. Pero sé que las autoridades se preparan para echarse encima de ti en cuanto tu libro salga a la luz. Dicen que es increíble cómo te has esforzado por derribar los principios de la fe cristiana y causar tanto daño a nuestra república.

Llegados a ese punto, Rieuwertsz no se contuvo.

—Lo que Meyer dice, Benedictus, es que te han tendido una emboscada —comentó—. Solo aguardan que tu libro salga para detenerte y... qué sé yo.

—Cuando la *Ethica* salga a la luz, entrarán aquí, arramplarán con todos los ejemplares y te meterán en Rasphuis —confirmó Meyer—. Peor aún... llamarán a la turba y te aplicarán el mismo tratamiento que aplicaron a los hermanos De Witt. Esto no es ninguna broma.

—Benedictus, los tiempos han cambiado —subrayó Rieuwertsz—. De Witt ya no está aquí para proteger a los librepensadores de los ataques de los *predikanten*. Las reglas ahora son diferentes.

Callaron. Expuestos los hechos, el escenario estaba trazado. Meyer y Rieuwertsz fijaron los ojos en su amigo, a la espera de una decisión. Bento estaba dividido. Por un lado, quería ardientemente publicar su libro y era perfectamente consciente de que, si no lo hacía en ese momento, nunca más lo haría. Por otro lado, la situación era la que era. Si las autoridades, instigadas por los *predikanten*, entraban en el

taller y aprehendían todos los ejemplares de la *Ethica*, con total seguridad pasaría sus últimos días en Rasphuis o colgado de algún palo, como los De Witt. Todo su trabajo y todo su sacrificio habrían sido en vano.

Impotente, bajó la cabeza, rendido.

—Cancélalo todo.

La *Ethica* no vería la luz del día.

XXVI

Por la mañana, la fiebre baja que le había atormentado durante toda la noche ya había aflojado, a lo mejor había desaparecido del todo. Había dormido mal, como sucedía todas las noches. Bento bostezó y estiró las piernas. Giró la cara y miró la vasija en la que había hecho las sangrías; por la noche se había abierto una vena para que la sangre brotara de allí, como le habían prescrito los médicos, y Meyer le había recomendado que se subiera la temperatura, siempre que tuviera dificultad para respirar. Necesitaba sacar aquello de allí.

Se levantó con esfuerzo, cogió la vasija y la llevó al pasillo. Se acercó a las escaleras.

—¡Señora Van der Spyck! —llamó con su voz acatarrada—. ¡Señora Van der Spyck!

Ella no respondió, probablemente porque no le habría oído. Además del catarro, quizá por culpa de este, su voz era débil. Sin ganas de bajar la vasija con sangre, la posó a la entrada de su habitación. Cuando pasara allí para hacer la limpieza, la dueña la encontraría y sabría qué hacer con ella, como siempre que el huésped hacía sus sangrías, sabría que era para lavarla.

Volvió a sus aposentos y buscó en los cajones del mueble la conserva de rosas rojas que Meyer le había recetado hacía algún tiempo; se trataba de una mezcla de botones de rosa aplastados con azúcar y cocidos en agua, hasta que adquirían una consistencia espesa. Su amigo médico le había explicado que se trataba de un buen remedio para las dificultades respiratorias. En realidad, durante algunos años le había dado buenos resultados. Con la degradación constante de sus pulmones, parecía que eso ya no le funcionaba. Quizá debía volver al jarabe de caña. Cuando vivía en Houtgracht, se acordaba de haber leído en la escuela Talmud Tora un texto del *jajam* Isaac Abarbanel, el célebre filósofo portugués, que recomendaba esos jarabes en caso de tisis. ¿Funcionarían con él? Tomó nota mental para escribir a Meyer para preguntarle qué le parecía esa solución.

Alguien llamó a su puerta.

—¿Señor De Spinoza?

Era la dueña de la casa.

—Era para recoger los sangramientos, señora Van der Spyck —dijo—. Esta noche he vuelto a tener fiebre y me tuve que abrir una vena, pero ya estoy mejor. Lamento las molestias.

La puerta se abrió y ella metió la cabeza dentro de la habitación.

—Señor De Spinoza, abajo hay un extranjero que quiere hablar

con usted.

—¿Un extranjero?

—Dice que se llama... eh... Laiknits. Es un alemán.

Solo podía ser Leibniz, el filósofo de Mainz con el que mantenía correspondencia desde hacía varios años.

—Ya bajo.

Mientras la dueña de la casa volvía a la planta baja, probablemente con la vasija con sangre, Bento se fue a lavar la cara y se vistió con la primera ropa que encontró, unos trapos viejos que el día anterior había dejado tirados encima de una silla. Metió los pies en los zapatos y salió de la habitación apretándose el cinturón, justo antes de bajar por las escaleras.

Se encontró al visitante plantado al lado de la ventana, con la maleta posada a sus pies, observando a los hijos de los Van der Spyck, que jugaban en el jardín; por lo visto, la parejita había salido de casa para dejarles tranquilos. Al sentir una presencia a su espalda, Leibniz se dio la vuelta y le miró, en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa.

—¿Señor De Spinoza?

El alemán era un hombre joven, cerca de los treinta, con una gran peluca rizada que le caía sobre los hombros.

—A su servicio, señor Leibniz. Después de tantas cartas que hemos intercambiado, finalmente nos conocemos personalmente. Bienvenido a mi modesta casa.

Los dos se saludaron con la venia, pero el alemán era incapaz de dejar de mirarle con cara de asombro.

—Debo confesar que... en fin, no contaba con encontrarle de forma tan... tan improvisada.

Es decir, Leibniz estaba conmocionado al ver los trapos viejos con los que Bento le había recibido.

—Un hombre no vale más aunque esté mejor vestido —respondió el anfitrión con su voz acatarrada—. No merece la pena buscar mejores trajes. No tiene sentido meter cosas de poco o de ningún valor en un precioso sobre.

—Su cuerpo no es algo de poco valor, señor De Spinoza...

—No se engañe, mi ilustre amigo. Como dirían algunos de mis antiguos amigos portugueses de Houtgracht, usando una expresión de la época en la que vivían en Portugal: ¿de qué nos sirve una buena concha si el interior está arruinado?

Y para probar lo que acababa de decir, le asaltó un ataque de tos. Fue tan violento que tuvo que refugiarse en el sofá, al lado de la chimenea. El alemán cogió su maleta y se sentó en una silla, a su lado,

esperó pacientemente hasta que su interlocutor pudo restablecerse. Cuando lo hizo, Leibniz encendió un cigarro, mientras el luso-neerlandés cogía su pipa, para ver si así, entre los anillos de humo que salían de ella, era capaz de encontrar la salvación. Los médicos le habían recomendado el tabaco, enalteciendo sus propiedades medicinales, le habían garantizado que aquellas hierbas de las Américas le ayudarían a mejorar el estado de salud de sus pulmones, a ver si así terminaba de una vez por todas con esos incómodos ataques de tos.

—Le pido disculpas por molestarle a esta hora tan temprana, señor De Spinoza, pero he pasado por La Haya y evidentemente no quería perder la oportunidad de conocerle en persona —dijo Leibniz con la delicadeza habitual en tales circunstancias—. Como le expliqué por carta, he estado en París con nuestro amigo en común, el señor Huygens, y visité la escuela de otro amigo suyo, el señor Van den Enden.

La referencia a su antiguo maestro, ejecutado hacía poco tiempo por orden de Luis XIV, ensombreció el rostro del anfitrión.

—Pobre Franciscus...

—Lamentable lo que le sucedió, sin duda. Su escuela en París era realmente notable. Debo decirle que hablamos de usted y el señor Van den Enden se mostró muy orgulloso de sus conquistas intelectuales. Me dejó leer su *Tractatus Theologico-Politicus*.

—¿Ah, sí?

—Sí, Van den Enden ya había leído su libro. —Dudó—. Presumo que sea su libro, pues la obra es anónima, pero todo el mundo dice que usted es el autor...

—Así es, de hecho —confirmó Bento—. Y estoy preparando otra obra, pero me temo que con el cambio de clima político aquí, en mi país, nunca verá la luz del día. Por lo menos, mientras yo esté vivo.

—Me han hablado en París de su nuevo libro, confieso que me suscitó mucha curiosidad. Me han dicho que explica la naturaleza de Dios.

El anfitrión frunció el ceño, ¿cómo demonios sabía el alemán de la existencia de su *Ethica*? Seguramente habría sido Huygens quien le habría hablado del texto.

—Así es.

Se calló, como si fuera todo lo que había que decir sobre ese tema. Leibniz se movió en asiento, claramente no era capaz de contener la curiosidad.

—¿Señor De Spinoza, es cierto que en ese libro presenta la prueba de que Dios no existe?

La pregunta era atrevida, pero el visitante sentía que la correspondencia entre ambos le permitía ciertas libertades.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Me lo dijeron en París.

El tema era de gran sensibilidad y normalmente Bento tan solo lo abordaría con personas de mucha confianza. ¿Podría confiar en ese hombre que estaba sentado a su lado?

Caute.

—Voy a serle sincero, señor Leibniz —respondió—. A través de nuestra correspondencia, usted me parece una persona de mente liberal y bastante versado en ciencias. Aun así, debo decirle que no he entendido del todo los motivos por los que usted, siendo consejero en Frankfurt, se ha desplazado a Francia...

El alemán entendió al instante lo que ese comentario quería decir. A pesar de haber retirado su ejército de Utrecht y de otras ciudades neerlandesas, lo cierto es que Francia seguía en guerra con las Provincias Unidas y el hecho de que Bento estuviera en contacto con alguien que había estado recientemente en París, la capital enemiga, le aconsejaba prudencia. Lo último que el anfitrión necesitaba en ese momento era que los *predikanten* y los orangistas, que esperaban que en cualquier momento diera algún paso en falso, lo acusaran de estar compinchado el enemigo o de ser un espía al servicio de los franceses.

—He ido a Francia como emisario de negocios del barón Boineberg —explicó Leibniz—. Pero la parte más importante de mi viaje fue la ida a Londres. —Abrió la maleta que traía y le mostró el contenido, un extraño mecanismo lleno de roldanas dentadas y piezas metálicas, una especie de pequeño clavicordio—. Le quiero presentar mi *calculus ratiocinator*, una máquina de cálculo lógico que he inventado, pero que desgraciadamente no ha funcionado bien. —Cerró la maleta, como si ni siquiera quisiese hablar del invento que acababa de enseñarle, tan grande parecía ser su decepción con el fiasco—. De todas formas, me acabaron eligiendo *fellow* de la Royal Society, lo que significa que mi viaje a Londres no ha sido totalmente en vano. En esa ocasión, estuve charlando con otro amigo en común, mi compatriota Henry Oldenburg.

—¡Ah! ¿Conoce a Oldenburg?

—También me ha hablado maravillas de usted, aunque... en fin, le dejara un poco tocado la lectura del *Tractatus Theologico-Politicus*.

Las explicaciones de Leibniz dejaron a Bento satisfecho, incluso porque lo que le acababa de decir sobre Oldenburg coincidía con las opiniones que conocía del secretario de la Royal Society; Oldenburg le había escrito recientemente para expresar sus dudas sobre el *Tractatus*

Theologico-Politicus, ya que nunca había esperado encontrarse un libro en el que se pusiera en tela de juicio, de forma tan abierta, la autoridad divina de la Biblia y cuestiones tan fundamentales como la existencia de milagros y «la forma ambigua como son tratados Dios y la naturaleza».

Impresionado con la presentación del *calculus ratiocinator*, al saber que su interlocutor había ido a Londres por razones filosóficas y que, de hecho, había estado con Oldenburg, Bento se quedó más tranquilo. Cruzó las piernas, se relajó y miró a Leibniz fijamente.

—Entonces voy a contarle mi secreto.

XXVII

La voz de Bento seguía sonando acatarrada, tenía una palidez cadavérica, el rostro chupado, el pelo demasiado canoso, algo poco habitual en alguien con poco más de cuarenta años, pero en ese momento sus ojos oscuros brillaban llenos de entusiasmo y vida, el reflejo evidente de su pasión por el entendimiento de las cosas del universo. Es cierto que había visto frustrada su intención de publicar su *Ethica*, pero hablar del contenido del libro para él era una forma de ganar aliento, de darle una existencia, de conseguir que su obra estuviera viva. Era como si publicara su libro a través de las palabras habladas.

Tras un nuevo ataque de tos que lo mantuvo ocupado unos buenos dos minutos, se restableció y trató de relajarse en el sofá, aspiró una nueva calada aromática de su pipa, para ver si así le entraban los efectos terapéuticos del tabaco.

—Señor Leibniz —dijo despacio, para que no le volviera a faltar el aire—. ¿Se considera un hombre racional?

—Pensaba que nuestra correspondencia ya le habían dado pruebas suficientes de que creo que la razón es el método más correcto para desvelar el mundo.

—De la lectura de sus cartas es lo que me parecía —asintió Bento—. El mundo se rige por leyes naturales y al recurrir a la razón podemos entender esas leyes. No hay nada irracional en el mundo, hay solo razones que en un determinado momento podemos no entender. La furia de un hombre tiene una explicación tan lógica como un terremoto. Lo que nos remite al tema de Dios. ¿Sería tan amable de decirme cuál cree que es Su real naturaleza?

El tema era evidentemente vasto y el visitante dudó, sin saber por dónde empezar.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—¿Dónde está Él en el universo? —preguntó Bento, especificando su pregunta inicial—. ¿Existe algún motivo por el que Dios ha creado el universo? ¿Cuántos universos diferentes podía Dios haber creado?

El alemán consideró todas esas preguntas.

—Bien... eso son cosas que todo el mundo sabe, ya que están escritas en la Biblia —respondió—. Dios es el creador del universo y seguramente estará en alguna parte.

—En alguna parte, ¿dónde?

Leibniz indicó hacia arriba, para señalar el cielo.

—En el universo.

—Si Dios está dentro del universo, entonces el universo es mayor que Él, ya que en el universo tiene que caber Dios, nosotros y todas las otras cosas...

El visitante lo entendió y se sorprendió con la sutileza lógica del razonamiento; se dio cuenta de que la cuestión que su interlocutor planeaba era más problemática que lo que podría pensar en un primer momento.

—Si Dios es mayor que el universo, como está implícito en la Biblia, forzosamente es algo exterior.

—Entonces, Dios es exterior al universo —replicó Bento, siguiendo con el problema—. Dígame, por favor, ¿dónde exactamente se encuentra Él?

Una pregunta penetrante y difícil, quizá con una respuesta imposible.

—Si nos guiamos por lo que dice la Biblia, Dios forzosamente tendrá que estar en alguna parte fuera del universo, ya que sabemos que Él existía antes del universo y que fue Él quien lo creó. Basta leer el capítulo inicial de las Sagradas Escrituras para entenderlo.

El propio Leibiniz, claramente un racionalista, intuía que había un problema de lógica con esta respuesta. Pero, para alivio suyo, su interlocutor no le presionó demasiado en este punto, probablemente porque las incongruencias de la definición de Dios como mayor que el universo o exterior al universo estaban ya suficientemente expuestas con las preguntas astutas que le estaba haciendo.

—¿Por qué creó Él el universo? —quiso saber Bento a continuación—. ¿Y por qué este universo específicamente y no otro cualquiera?

—¿Porque existe algo en vez de nada? —preguntó el alemán, respondiendo a la pregunta con otra pregunta, esta vez, retórica—. Dios creó este universo con un motivo seguramente, aunque ese motivo no sea visible de inmediato. Al leer la Biblia da la impresión de que Él lo creó para concebir a los hombres, para que los hombres Le adoren. ¿Por qué este universo y no otro? Porque Dios así lo ha querido. A fin de cuentas, Dios es omnipotente. Eso significa que hace lo que mejor le parezca. Probablemente, eligió el mejor de los universos posibles.

El anfitrión permaneció momentáneamente en silencio, considerando la mejor forma de exponer su solución a estos temas.

—Nada se concibe sin Dios y todas las cosas están en Dios —acabó enunciando Bento pausadamente, como si midiera sus palabras—. Como consecuencia, no puede haber nada fuera de Él. Dios actúa según las leyes de Su propia naturaleza y nadie le compele. Los

decretos de Dios han sido decretados por Dios para toda la eternidad; en caso contrario Él sería imperfecto e inconstante. Dios no existía antes de Sus decretos y no podría existir sin ellos.

—Sí, pero en su concepto, ¿qué es Dios exactamente? —quiso saber Leibniz—. ¿Cómo orienta Él las cosas? ¿Para qué creó el universo, es decir, cuál es Su orden?

—Dios es uno, esto es, en la naturaleza apenas existe una substancia y ella es absolutamente infinita —fue su respuesta—. Los que no comprenden la naturaleza son los que creen firmemente que hay un orden en las cosas. Dicen que Dios lo creó todo en un cierto orden y de esa forma atribuyen imaginación a Dios.

—¿No es la perfección que vemos en el universo la prueba de Su existencia? ¿Acaso Dios no creó el universo evidentemente con un objetivo?

Bento negó con la cabeza.

—Observando todo lo que hay a nuestro alrededor y llevando el razonamiento lógico hasta sus últimas consecuencias, no es lo que constatamos —declaró—. Cuando los hombres ven algo que la naturaleza ha hecho, algo que no corresponde al ideal de lo que imaginan, creen que la naturaleza cometió un error y dejó algo imperfecto. La aplicación de las palabras *perfecto* e *imperfecto* a objetos naturales nace de ideas preconcebidas, no del verdadero conocimiento de la naturaleza de las cosas. La opinión común de que Dios o la naturaleza a veces falla, comete errores o produce cosas imperfectas, yo la sitúo en el ámbito de las ficciones. La naturaleza no hace nada en función de un objetivo; y ya que Él no tiene principio u objetivo de existencia, no tiene principio o fin de la acción. Las causas finales no son más que deseos humanos.

Todo esto chocaba frontalmente con las ideas prevalecientes en filosofía. Pero sobre todo, un detalle en las palabras del anfitrión, un detalle enunciado *en passant* como un dato adquirido, llamó la atención de Leibniz.

—Ha dicho... ¿*Dios o la naturaleza*?

Sintió una especie de golpe en el pecho que paralizó a Bento y le dejó en estado de conmoción, al darse cuenta del poco cuidado que había tenido; ¡le había pillado! Durante un instante, no supo qué hacer, pues había dicho lo indecible. ¿Y ahora? ¿Debería retractarse? ¿Acaso importaba? Estaba ante un filósofo y sabía que las reglas no escritas entre filósofos permitían que, a veces, cuando hablaban discretamente entre ellos, en sus conversaciones filosóficas dijeran, de forma recatada, cosas que en circunstancias normales no podían decirse.

Respiró hondo y se preparó para lanzarse al abismo de la verdad transparente.

—Sí, Dios o la naturaleza —confirmó, finalmente—. Sabe, señor Leibniz, nací judío y viví entre marranos, judíos que profesaron el judaísmo a escondidas, llevando así una vida doble, y aprendí con ellos los secretos del lenguaje discreto. Mi discurso está lleno de referencias a Dios, a la verdadera religión, a la piedad, la beatitud, la providencia, la salvación y a los mandamientos. Me paso la vida citando versículos de la Biblia, mencionando artículos de fe, diciendo que Dios es infinito, hablando del amor de Dios, palabras que si se entienden literalmente contradicen toda la verdad de mi verdadera doctrina. Pero lo cierto es que uso las palabras como una fachada en el discurso teológico ordinario para esconder un contenido al que solo los iniciados tienen acceso verdaderamente. Lo que yo pretendo de verdad es decir las cosas de una forma sutil para que las personas piensen, para que empiecen a interrogarse, a poner en tela de juicio las supersticiones que les rodean, para que se preparen para usar la razón hasta donde esta las pueda llevar. Solo así será posible derribar este reino de mentiras que nos cerca y levantar una república que viva en la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, señor De Spinoza?

Con esa pregunta, el visitante lo retaba de alguna forma y era solo eso lo que faltaba para que Bento se descubriera finalmente. Estaba harto de juegos de palabras, harto de sobreentendidos y de sentidos ocultos, harto de estar siempre escondiéndose de todo y de tener que medir cada sílaba que pronunciaba; y muchas veces, ni siquiera había conseguido hacerlo, ya que claramente, su naturaleza no era de *caute*. Por eso, en ese momento, Bento decidió por fin soltarse de sus inhibiciones y liberar la verdad inaceptable que durante tantos años había tratado de enmascarar con palabras aceptables. Había llegado el momento de desvendar su secreto.

—Señor Leibniz, cuando afirmo que Dios emite leyes, en realidad lo que estoy afirmando es que la naturaleza emite leyes. Es decir, cuando hablo de Dios, hablo de la naturaleza. No distingo a Dios de la naturaleza. Si el mundo se rige por leyes naturales y todo lo que en él hay es natural, entonces Dios es natural.

Confesión hecha. Se sintió libre, como si finalmente hubiera salido de una larga noche y por primera vez se expusiera a la luz del sol. Sin miedo. Libre. Era libre. Había dicho lo que tenía que decir. Acababa de proferir abiertamente lo que siempre había dicho a escondidas. Había dicho lo indecible.

Sorprendido, como si dudara de sus propios oídos, Leibniz

pestañeó.

—Entonces... entonces todo lo que normalmente dice sobre Dios no son más que mentiras.

—Señor Leibniz, todo lo que digo es verdadero. La diferencia es que uso las palabras religiosas en un sentido diferente de aquel que normalmente se da a esas palabras. Si consideramos que Dios se enfada o que escucha nuestras oraciones, entonces tengo que decirle claramente que Dios no existe. Pero si consideramos que Dios es la naturaleza, entonces Dios existe. ¿Lo ve? Apenas juego con las palabras ya que, en nuestro mundo, a quien busca las causas verdaderas e intenta comprender cómo son realmente las cosas naturales, en vez de dejarse llevar por las supersticiones como un idiota, se le llama hereje e impío. Y lo hacen, precisamente, aquellos cuyas supersticiones son apreciadas por las multitudes. Si hay algo que los abogados de la ignorancia comprenden es que el poder depende de su capacidad para disuadir a la turba de conocer la verdad. Invocan la palabra de Dios para hacer pasar sus propias ideas y usan la religión para obligar a los demás a pensar como ellos, deformando así las Escrituras para sustentar sus tesis. Ese es el estado de superstición que trato de romper, pero para ello tengo que recurrir al propio lenguaje de la superstición para, de forma implícita, desmontar a la superstición. Ese es mi secreto.

—Entonces, señor De Spinoza, ¿cree que los hombres deben vivir sin religión?

—De ninguna manera. Pero si hay que tener una religión, tendrá que ser la religión que use la razón. Cuando utilizo palabras como Dios, salvación, beatitud y todo lo demás, no estoy solo usando la técnica marrana del lenguaje disimulado. También estoy manteniendo vivos ciertos elementos esenciales de la religión, para que puedan usarse en la concepción de la religión de la razón. La salvación no está en Moisés ni en Cristo, está en las leyes de la razón que nos conducen al conocimiento. La salvación es el conocimiento de la verdad. Solo es verdaderamente libre aquel que conoce la verdad.

El visitante estuvo un buen rato en silencio, conmocionado, asimilando lo que en ese instante entendía sin equívocos: una confesión. ¡Y qué confesión! La definición de Bento, implícita ya en su *Tractatus Theologico-Politicus* y que tantas sospechas había suscitado a todos los que habían leído ese libro tan desconcertante, se volvía por fin transparente.

—¿Entonces, Dios es la naturaleza?

—La naturaleza es todo lo que nos rodea —subrayó su interlocutor, sintiéndose infinitamente aliviado al enunciar

abiertamente, esta vez sin subterfugios ni miedos, todo lo que realmente pensaba—. Si Dios también lo es todo, entonces, ¿qué es lo que lo diferencia de la naturaleza? Nada. Por ejemplo, la naturaleza se expresa a través de la matemática. Al conocer las matemáticas, conocemos a Dios. Es decir, conocemos la naturaleza.

—No fue eso lo que dijo Descartes —argumentó Leibniz—. Él enseñó que la ciencia tiene que poseer la exactitud de las matemáticas, es cierto, pero dejó claro que las verdades matemáticas se someten al poder de Dios.

—Descartes estaba errado. Las matemáticas no se someten a Dios, las matemáticas son la ley y la mente de Dios. Quien conoce la matemática, conoce a Dios. Si las matemáticas son el lenguaje de la naturaleza, eso significa que la naturaleza es Dios con otro nombre. Cuando digo que nada sucede sin que Dios recurra a Sus leyes, lo que verdaderamente quiero decir es que nada sucede en la naturaleza que no provenga de sus leyes.

Al escuchar esto, el alemán estuvo durante un momento sin saber qué decir. Nunca ningún filósofo había llevado el razonamiento lógico tan lejos, hasta el punto de contradecir directa y explícitamente a la Biblia y negar el estatuto sobrenatural de Dios. Dios no era sobrenatural. Era natural. Se llamaba naturaleza.

—¿Es eso lo que ha escrito en su *Ethica*, señor De Spinoza?

—Voy a contarle otro secreto —murmuró Bento—. Cuando escribí *Ethica*, en el texto original no mencionaba a Dios ni una sola vez. Hablaba únicamente de la naturaleza. Pero mis amigos neerlandeses que leyeron los primeros borradores se alarmaron tanto que me imploraron que substituyera la palabra naturaleza por Dios. Ahora bien, como mi lema es *caute*, pues a pesar de todo vengo de la cultura marrana, acabé cediendo a sus deseos, que además eran perfectamente razonables considerando la interferencia religiosa en los asuntos de la política y de la filosofía, además de sus consecuentes persecuciones. Por eso, en todo lo que he escrito y en todas mis conversaciones, siempre que vea y oiga la palabra *Dios* escrita o dicha, puede sustituirla por la palabra *naturaleza* y entenderá lo que realmente quiero decirle. Pero en un punto de mi nuevo libro, apenas uno, no me resistí y dejé una pista a los lectores. En la demostración de la proposición cuatro, en la cuarta parte de *Ethica*, escribí explícitamente... *Deus sive natura*.

Al reconocer el significado de esas tres palabras en latín, el alemán frunció el ceño.

—Dios o la naturaleza —tradujo—. ¿Señor De Spinoza, de verdad que se ha atrevido a escribir eso en su *Ethica*?

—Sí, lo he escrito.

—Pero... ¿no teme las consecuencias?

—Claro que sí. Precisamente por ello decidí dar un paso atrás en la decisión de publicar el libro. Aun así, pase lo que pase, no prescindo de dar esa pista, esa única pista explícita a los que lean mi *Ethica*, para que el sentido de todo lo que he dicho y escrito a lo largo de mi vida quede claro al fin. Esa frase es la clave que desvela el secreto de mi lenguaje y permite acceder a la verdad de mi pensamiento. *Deus sive natura*. Dios o la naturaleza. Dios es la naturaleza.

Leibniz respiró hondo, para darse tiempo a sí mismo a digerir aquel atrevimiento inaudito. Ni Bacon ni Descartes ni nadie antes había osado hacer algo así.

—Pero la naturaleza no tiene pasiones y Dios las tiene —señaló el visitante—. Basta leer las Sagradas Escrituras y ver las constantes referencias a la furia de Dios, al amor de Dios, a la compasión de Dios...

—Todo eso son equívocos que nacen de una incorrecta lectura de la Biblia —respondió Bento—. Estamos tomando al pie de la letra expresiones idiomáticas del hebreo. Yo, que leo y hablo hebreo, le digo que no podemos hacer eso. Por ejemplo, cuando se dice «llueve a cántaros», eso no quiere decir que haya literalmente cántaros en el cielo echando agua, significa que llueve mucho. Otro ejemplo, cuando los neerlandeses dicen que «andamos derrochando el dinero en vino y mujeres», eso no quiere decir que andamos literalmente gastándolo todo para emborracharnos o para comprar joyas a las novias, significa que estamos gastando mal el dinero.

De la misma forma, cuando un judío dice que del cielo vino la furia de Dios, eso no significa que Dios estuviera furioso, significa solamente que se desencadenó una gran tempestad. Es necesario saber hebreo para entender que muchas de las cosas que están escritas en la Biblia y que parecen atribuir pasiones a Dios, son solo expresiones idiomáticas que no pueden interpretarse al pie de la letra.

—Entiendo que...

—Este equívoco ha hecho que muchos se imaginen a Dios como si se tratara de un hombre —añadió—. Aquellos que confunden la naturaleza humana con lo divino rápidamente atribuyen a Dios las pasiones humanas. Hay unos que imaginan a Dios como si fuera un hombre, compuesto de cuerpo y alma, sometido a pasiones. ¡Los hombres que creen eso, qué lejos están del verdadero conocimiento de Dios! Las personas comunes creen que el poder de Dios incluye Su libre voluntad y el derecho sobre todo lo que existe; por tanto, es algo arbitrario, es decir, contingente; dicen que Dios tiene el poder de

destruir todo y de reducirlo todo a la nada. Frecuentemente, también comparan el poder de Dios con el poder de los reyes. Eso es un error. Lo que Dios hace, lo hace por necesidad, no por arbitrariedad. El poder que las personas atribuyen a Dios es un tipo de poder humano, lo que muestra que encaran a Dios como si fuera un hombre, o parecido con un hombre.

¿Dios es la naturaleza?, se preguntó Leibniz, intrigado con esa idea. Lo que su interlocutor le decía era sustancialmente diferente de todos los textos racionalistas que había leído, incluso aquellos que a primera vista podrían parecer decir cosas similares.

—¿Entonces, en medio de todo esto qué lugar le queda al hombre?

—Si todo lo que existe en la naturaleza es natural y si el hombre existe dentro de la naturaleza, entonces el hombre es natural. El hombre no es un reino dentro de un reino. Como consecuencia, el hombre forma parte de la naturaleza. Esta es la verdadera religión. Si Dios es la naturaleza, eso equivale a decir que el hombre forma parte de la naturaleza.

—Eso... eso que está diciendo es una ruptura con Descartes.

Bento sonrió.

—Y aun así, es tan evidente —dijo—. Todo lo que es humano pertenece a la naturaleza, no está fuera de ella. Mi libro trata de exponer la verdadera naturaleza de Dios. Si Dios es todo, todo es Dios. Si la naturaleza es todo, todo es natural. Si formamos parte del todo, ya que estamos dentro de la naturaleza, eso quiere decir que nosotros formamos parte de Dios, ya que la naturaleza es Dios y Dios es la naturaleza. Simples silogismos lógicos.

El visitante consideró las implicaciones más profundas de lo que acababa de escuchar.

—Las cosas en la naturaleza actúan por imposición de sus leyes —señaló Leibniz—. Si una piedra rueda monte abajo, por ejemplo, no lo hace por voluntad propia, sino en estricta obediencia a las leyes de la naturaleza. ¿Correcto?

—Por supuesto.

—El problema es que, cuando dice que el hombre obedece a las leyes de la naturaleza, lo está equiparando a algo como una piedra. Si una piedra, al limitarse a obedecer a las leyes de la naturaleza, no tiene libre voluntad, entonces el hombre, al limitarse a obedecer a las leyes de la naturaleza, tampoco tendría libre voluntad. Ahora bien, eso no puede ser.

—¿Por qué no?

La respuesta desconcertó a Leibniz.

—Porque... porque... —esbozó un gesto interrogativo—. ¿Está insinuando que el hombre no tiene libre voluntad?

—En la naturaleza de las cosas, nada es contingente, todo está determinado a existir y operar de una forma precisa —estableció—. Todo es causa y efecto, todo resulta de una cadena interminable de causas y efectos, todas las cosas son determinadas por necesidad. Ahora bien, una cosa que depende de otras cosas para existir no es libre, como es evidente. Solo lo sería si no dependiera de nada. Ya que el hombre depende de las leyes de la naturaleza para existir y se comporta obedeciéndolas aunque no sea consciente de ello, saque sus propias conclusiones.

El visitante estaba perplejo con estas palabras.

—Pero... pero eso significa que no somos más que esclavos de la naturaleza —constató en forma de protesta—. ¿Y entonces, qué pasa con nuestra libertad? ¿Qué pasa con el libre albedrío?

—Una cosa para ser verdaderamente libre no puede depender de ninguna otra, señor Leibniz. Solo hay una cosa así en el universo: Dios. Es decir, la propia naturaleza. Solo la naturaleza es libre, ya que nada la causa a no ser ella misma. Si un hombre come es porque tiene hambre, si un hombre duerme es porque tiene sueño, si un hombre piensa algo o dice algo es porque algo le hace pensarlo o decirlo.

Todo aquello era demasiado nuevo para Leibniz y también, por qué no decirlo, demasiado chocante. Se pasó las manos por su larga peluca rizada, consternado y desanimado, casi desesperado, al no encontrar ningún fallo lógico en todo aquel sistema de pensamiento.

—¿Entonces, no hay libertad?

—Solo el hombre que se guía por la razón.

De repente, al escuchar esa frase, la mirada del alemán se incendió. ¡Ahí estaba! ¡El fallo! Lo había encontrado. Estaba en el título del libro.

XXVIII

Leibniz se removió en la silla perturbado, pues empezaba a creer que finalmente había encontrado un lapsus en toda aquella arquitectura lógica de su interlocutor. Se inclinó hacia Bento y, como si le invitara a compartir el secreto que subyace al libro que había desistido de publicar.

—Si su *Ethica* es una demostración lógica de que Dios es la naturaleza y de que todas las cosas están determinadas por la necesidad, ¿por qué razón ha dado ese título a su libro? —preguntó—. ¿Por qué *Ethica*? No es posible tener ética si no se tiene libertad, ¿no? La existencia de una ética presupone siempre la alternativa de comportarse de otra manera. Ahora bien, si todo está determinado por la necesidad, entonces el hombre no es libre. Si no es libre, ¿cómo puede elegir de forma ética?

Al escuchar la pregunta, aunque se encontraba fatigado debido a la fragilidad de sus pulmones, Bento no dejó de sonreír. Lo que el hombre que había venido a visitarlo le preguntaba le remitió al último misterio de su libro. Bajó la mirada hacia su mano izquierda, como si se inspeccionara las uñas.

—El problema del título —murmuró—. Interesante pregunta, ¿eh? ¿Por qué *Ethica*? ¿Por qué no el título que originalmente di a esta obra, *Philosophia*?

—Precisamente —asintió Leibniz—. Si todo está determinado, como sustenta en *Ethica*, ¿por qué motivo en su *Tractatus Theologico-Politicus* exigió libertad para filosofar y dijo que el verdadero objetivo del gobierno era la libertad. ¿Señor De Spinoza, para qué exige libertad en un libro si usted mismo en el libro siguiente dice que la libertad no existe? ¿Cómo puede exigirla si no existe? Y si todas las cosas están determinadas por necesidad, ¿cómo puede decir que solo el hombre es libre cuando se guía exclusivamente por la razón?

Excelentes preguntas, sin duda.

—¿Qué diferencia a un organismo de una piedra o un lago del agua, por ejemplo? —preguntó Bento—. Un esfuerzo de supervivencia y de individualidad. Los organismos intentan sobrevivir y mantener su individualidad, las cosas inanimadas no. Si parto una piedra por la mitad, ¿qué queda? Dos piedras más pequeñas. Si corto un lago por la mitad, ¿qué queda? Dos lagos más pequeños. Y si corto un hombre por la mitad, ¿qué queda? ¿Dos hombres más pequeños?

Leibniz abrió las manos, para exponer la evidencia.

—Queda un muerto.

—Un muerto no es un hombre ni dos hombres, es un objeto inanimado que no se diferencia de una piedra o de un pedazo de agua. Por tanto, algo singulariza a los organismos vivos. ¿El qué? El esfuerzo por la supervivencia y la individualidad. Los organismos vivos hacen ese esfuerzo. A eso yo lo llamo *conatus*. *Conatus* es el esfuerzo para perseverar en la existencia, es lo que hacemos para mantenernos vivos e individuales, es el ánimo por perdurar, es la energía que nos lleva a conservarnos y también a mejorarnos, es la voluntad que nos fuerza a elevar nuestro nivel de poder y nuestra vitalidad. Es decir, es la fuerza que impulsa un organismo vivo a diferenciarse de su ambiente y a mantener su independencia activa. El hombre permanece ligado a ese ambiente, es cierto, pero actúa como si dependiera de él. Los organismos vivos tienen *conatus*.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con la cuestión de la libertad o la ausencia de ella?

—Todo —fue su respuesta rápida—. El gran reto es precisamente construir una ética en un mundo en el que el libre albedrío está ausente. Eso solo es posible si entendemos que existen dos tipos de libertad. La primera es la libertad absoluta, aquella que nos permite hacer lo que nos plazca. Esa libertad no la tenemos. Todo lo que hacemos resulta de causas y efectos. Si hago algo es porque algo me ha llevado a hacerlo y es el efecto de lo que hago lo que se convierte en la causa de otros efectos. Lo que designamos por posibilidades no es más que nuestra ignorancia sobre lo que realmente está determinado. Pero existe un segundo tipo de libertad más restringida, que emerge del *conatus*. Aunque yo no sea independiente de la naturaleza y esté sometido a ella por una cadena de causas y consecuencias, actúo como si fuera independiente. Ese comportamiento define a un organismo vivo y en este caso nos remite a causalidades internas. Si una piedra rueda por el monte, eso sucede solo obedeciendo a fuerzas que son externas a la piedra. Pero si un hombre sube por el mismo monte, en ese caso eso sucede obedeciendo a fuerzas que son internas al hombre. La llamada voluntad. A ese esfuerzo yo lo llamo *conatus*. La causalidad sigue siendo determinista, pues algo causa mi voluntad de subir el monte, pero en este caso la causa es interna.

—Entonces, ¿cuál es su libertad?

—Es la de comprender mi comportamiento a través de esa comprensión, liberarme de las pasiones y empezar a usar la razón. Todos actuamos según motivaciones, pero algunos no se dan cuenta de esas motivaciones y otros, al usar la razón, las comprenden y esa comprensión, aunque también sea el resultado de causas específicas,

me lleva a alterar mi comportamiento negativo y a liberarme de las pasiones. Esa es la libertad a la que podemos acceder y es esa la libertad por la que yo lucho. Un hombre libre no es aquel que vive libre del imperio de la necesidad, pues eso es imposible, sino el que vive según la razón, comprende las causas de las cosas y así puede rechazar las erradas.

—Entonces, si rechaza los comportamientos basados en las pasiones es porque al final las cosas no estaban determinadas por una secuencia infinita de causas y efectos...

—Claro que sí, lo estaban. Que comprenda las causas de mis comportamientos y me libere de las pasiones que los provocan es algo que resulta de una causa anterior.

Leibniz metió uno de sus dedos en uno de los rizos de su peluca, reflexionando sobre el asunto.

—Si he entendido bien, señor De Spinoza, lo que usted defiende es que la única libertad que tenemos es la de comprender que somos esclavos y así, esa comprensión provoca cambios ya determinados.

—El verdadero esclavo es aquel que vive con la ilusión de la libertad, ya que esa ilusión aumenta otras ilusiones que se convierten en pasiones, de las cuales el hombre se convierte en esclavo. El ignorante no es libre. Solo es libre aquel que tiene conocimiento y usa la razón. Al liberarse de las ilusiones y de las pasiones, el hombre se libera.

—Pero ¿cómo puede el hombre liberarse de las pasiones?

Junto al sofá había un mueble con un tablero de ajedrez. En las Provincias Unidas este juego era un entretenimiento casi exclusivo de las clases altas, ya que los neerlandeses se dedicaban más a los dados y las cartas. Aun así, Bento había desarrollado un interés por el ajedrez y había adquirido un tablero para distraerse en las horas muertas; ¿cómo no iba a sentirse fascinado por un juego que se sustentaba únicamente en la razón?

Con su pipa humeante en la mano, se levantó de su lugar y se dirigió a las piezas del tablero, que estaban cuidadosamente alineadas en sus posiciones iniciales.

—Al contrario de otras distracciones a las que se dedican los hombres, el ajedrez es un juego de puro intelecto —observó—. No es casualidad que a los filósofos les guste tanto. Todos los movimientos de sus piezas obedecen exclusivamente a la razón, y es con la razón con la que este juego puramente racional despierta nuestra pasión.

El visitante, que siguió sentado en su lugar, se frotó el mentón.

—Señor De Spinoza, confieso que no sé a dónde pretende llegar...

El anfitrión cogió distraídamente la pieza del caballo blanco

izquierdo y avanzó dos lugares, como si abriera una partida disputada contra sí mismo.

—Como cada individuo actúa según los dictámenes de la naturaleza, eso significa que actúa únicamente según las leyes de sus deseos, creados por una cadena de causas y consecuencias —dijo—. El derecho natural de cada hombre no está determinado por la razón, sino por el deseo y por el poder. Todos los hombres nacen ignorantes. La naturaleza no les ha dado otra guía que no sea la de los impulsos del deseo. La naturaleza no prohíbe el conflicto ni el odio, la furia ni el engaño, en realidad, ningún medio sugerido por el deseo. ¿Entiende a dónde quiero llegar?

—Eh... no, exactamente.

—Lo que le estoy diciendo es que el estado natural del ser humano es el estado de las pasiones —aclaró—. El hombre, porque proviene de la naturaleza, es un animal de pasiones. La gran novedad introducida por el hombre fue el surgimiento de la razón. Lo que la razón considera malo no es malo según las leyes de la naturaleza, sino solo según las leyes de nuestra razón. El hombre entendió que es mucho mejor para él vivir según las leyes y los dictámenes de la razón. Sería imposible vivir seguro y sin miedo, por ejemplo, si todo el mundo hiciera lo que quisiera. Los hombres tienen que llegar a un acuerdo, necesariamente, para poder vivir en seguridad. Es imposible alcanzar ese fin si solo se guían por los deseos; por eso, se tienen que guiar por la razón, esta limita cualquier deseo que cause daño al otro.

—Eso está claro —dijo Leibniz, reconociendo el origen de esa tesis—. Eso es lo que para Hobbes justifica la creación del Estado. Las leyes sirven para limitar el estado de las pasiones en las que los hombres viven naturalmente y que apenas les conducirían a la guerra de unos contra otros.

Bento dejó el tablero de ajedrez, que había usado para llamar la atención sobre la importancia de la razón, y volvió al sofá.

—La distinción entre las pasiones y la razón es importante para comprender la relevancia del Estado, como demostró Hobbes —dijo—. Pero también es importante para comprender que existe un camino de perfeccionamiento de los hombres, un camino que los lleva de un estado salvaje de pasión pura, en el que se comportan apenas según sus deseos naturales, a un estado superior de razón, en el que empiezan a comportarse según los dictámenes racionales. Ahora bien, ese paso por las pasiones solo es posible si seguimos un camino. Una ética.

Esta observación final fue lo que abrió la mente del visitante.

—¡Ah!

El anfitrión sonrió.

—¿Ve cómo empieza a entenderlo? —preguntó con tono retórico—. El estado natural del hombre es un estado de emociones. La incapacidad del hombre para controlar sus pasiones es la servidumbre, ya que el hombre que se deja dominar por ellas no es dueño de sí mismo, sino esclavo de su suerte. Nuestras tristezas y azares nacen de una conexión excesiva a cosas que están siempre cambiando y que nunca podremos poseer. Así es como crecen la envidia, el odio, los celos y otras pasiones. Por eso, los hombres agitados por esas pasiones se enfrentan entre sí.

—Es decir, que somos esclavos.

—Lo que pasa es que la naturaleza no tiene pasiones, no ama ni odia a nadie, ya que no le afecta la alegría ni la tristeza. Ahora bien, el poder del hombre es parte del poder infinito de Dios o de la naturaleza; entonces, cuanto más comprendamos que las cosas existen por necesidad, mayor será nuestro poder para controlar las pasiones. ¿Entiende a dónde quiero llegar?

Leibniz ponderó el razonamiento de su interlocutor.

—¿Señor De Spinoza, quiere decir que comprender que la naturaleza actúa por necesidad y no por capricho es esencial para que controlemos nuestras pasiones?

—Eso mismo —respondió Bento—. El poder de la mente se consigue a través del conocimiento, las pasiones nacen de la ausencia de conocimiento. ¿De qué nos sirve enfadarnos con un terremoto? Soportaremos con ecuanimidad las cosas que nos suceden, contrarias a nuestro interés, si somos conscientes de que formamos parte de la naturaleza, de que todo tiene una causa que está fuera de nuestro control. Eso solo es posible si usamos la razón y a través de ella alcanzamos el conocimiento verdadero. De la misma forma que no tiene sentido enfadarse con un terremoto, tampoco tiene sentido enfadarse con el acto de un hombre. Así, ¿qué debemos hacer ante esta adversidad? No ridiculizar, no lamentar, no detestar, sino comprender. ¿Lo entiende? Comprender.

—Lo que está diciendo, si lo he entendido bien, es que no debemos reaccionar a las cosas del mundo a través de las pasiones, sino con la razón.

—Lo que nos da la comprensión es la razón. No quiere decir que nos libraremos de las causas, lo que quiero decir es que la razón también se convierte en una causa de nuestro comportamiento, pero en este caso, una causa interna que nos conducirá a la verdad. Nadie que use la razón puede odiar a Dios, ya que si comprendemos las verdaderas causas de nuestra tristeza, esta dejará de ser una pasión

porque nos podemos librar de ella. Un hombre solo actúa en la virtud si se comprende a sí mismo. Como consecuencia, actuar con virtud es actuar, vivir y preservarse según los dictámenes de la razón. Mientras los hombres se sometan a las pasiones, no estarán alineados con la naturaleza. Actuar virtuosamente es actuar a partir de la razón. Actuar con virtud es conocer a Dios.

—Es decir, actuar con virtud es conocer la naturaleza.

—Siempre que hablo de Dios, lo que realmente quiero decir es naturaleza —volvió a subrayar el anfitrión—. La más alta de las virtudes de la mente es conocer a Dios, comprender las cosas. Cuanto más conocimiento tengamos, mayor será la conciencia que tenemos sobre nosotros mismos y sobre Dios. La paz de espíritu surge de este tipo de conocimiento. Es eso lo que yo llamo amor de Dios. Es decir, de la naturaleza. Lo que pasa es que es raro que los hombres vivan guiados por la razón; al contrario, lo más habitual es que tengan envidia y se agredan mutuamente. Aquel que se deja guiar por las pasiones intenta forzar a los otros a que les guste lo que le gusta a él, vivir según él piensa que se debe vivir. Eso es condenable. Aquel que se relaciona con los demás guiado por la razón, no actúa según sus impulsos, sino con más humanidad y gentileza y siempre es coherente. Llamo piedad al deseo de actuar según los dictámenes de la razón. Llamo honra al deseo de construir amistades con otras personas según los dictámenes de la razón. Llamo honorables a los hombres que se guían por la razón. La verdadera virtud es vivir guiado por la razón. Si todos nos guiáramos por la razón siendo la razón una causa interna que conduce a los hombres a la verdad, todos viviríamos sin perjudicar a nadie. Es esa la verdadera ética.

El visitante reflexionó sobre lo que acababa de escuchar. Lo que pensaba que era un fallo de lógica, acababa de quedar resuelto. Pero siguió buscando más *lapsus* en la propuesta de Bento.

—Todo lo que ha dicho parece cierto —dijo—. El problema es que, como somos hombres naturalmente sometidos a las pasiones, no es fácil que nos separemos de ellas del todo.

—Tiene toda la razón —subrayó el anfitrión—. En realidad, el hombre nunca se libra del todo de las pasiones. Las pasiones están en nuestra naturaleza. Pero el conocimiento de lo bueno es, a fin de cuentas, una pasión. Lo que pasa es que seremos para siempre esclavizados si cedemos a las pasiones malas que nos conducen a la superstición. ¿Cómo podemos vencer esas pasiones malas? Usando la razón para llegar al conocimiento verdadero. Es el conocimiento lo que nos permite alcanzar las pasiones buenas, aquellas que se fundan en la verdad. Una pasión es mala si impide a la mente pensar y

comprender. Para evitar que nos afecten las pasiones malas, en mi *Ethica* propongo un método: tenemos que establecer máximas de vida, memorizarlas y aplicarlas a las diversas situaciones con las que nos deparemos a lo largo de nuestra existencia. Por ejemplo, una de mis máximas es que el odio solo se vence con amor y generosidad, que no debe ser combatido con más odio. Para que podamos comprender racionalmente tal máxima, primero tenemos que meditar sobre el daño que los hombres se hacen los unos a los otros, y cómo se les detiene más fácilmente a través de la generosidad. Así, podemos adoptar racionalmente esta máxima.

—Pero señor De Spinoza, hay pasiones de las que no nos libramos fácilmente —comentó Leibniz—. Por ejemplo, el miedo.

—Para librarnos del miedo, primero tenemos que reflexionar sobre el miedo —señaló Bento—. Para eso, tenemos que imaginar y enumerar los peligros habituales existentes en la vida y pensar en la forma de superarlos de la mejor manera, con valentía y presencia de espíritu. Tenemos que concentrarnos en las cualidades de las cosas que son buenas y nos dan alegría. Por ejemplo, si un hombre está demasiado obsesionado con la búsqueda de la gloria, debe pensar en el uso adecuado que haría de ella, con qué objetivo la busca y a través de qué medios pretende conquistarla. Los que más buscan la gloria son los que más ruido hacen contra la vanidad del mundo. Esta no es una particularidad exclusiva de los ambiciosos, sino común a aquellos a quienes la suerte no les ha sonreído, y que tienen limitaciones de espíritu; ya que vemos a un hombre pobre y avaricioso que nunca se cansa de hablar de los gastos y abusos de los ricos, con lo que se atormenta y muestra a los demás que no es capaz de soportar con ecuanimidad su pobreza y la riqueza de los demás. Por otro lado, un hombre rechazado por su amada solo piensa en la inconstancia de las mujeres, en su infidelidad y en sus fallos, defectos que rápidamente olvida si su amada lo acoge otra vez. Quien sigue los principios que le acabo de indicar, y no son difíciles de seguir, y los respeta de forma continuada, en breve será capaz de comportarse según los dictámenes de la razón y vivir con pasiones buenas. Quien se comprende ama a Dios.

—¿Señor De Spinoza, ha adoptado este método para sí mismo?

—Por supuesto.

—¿Incluso cuando la turba cometió aquí en La Haya aquel crimen horrendo contra los De Witt?

La pregunta fue tan certera que por momentos Bento no supo qué responder.

—Sabe, señor Leibniz, aunque me esfuerce mucho por

mantenerme fiel a mi método, sigo siendo un hombre sometido a las pasiones naturales de los hombres —acabó admitiendo—. Por eso, reconozco que en ese terrible día permití que las pasiones malas se apoderaran de mí. De no haber sido por la intervención del dueño de esta casa, el señor Van der Spyck, esas pasiones habrían sido mi perdición. Lo que demuestra una vez más que no debemos nunca ceder a las pasiones malas y que es conveniente seguir siempre la razón para vivir bajo las pasiones buenas. La esencia de la mente reside en el conocimiento. Un hombre solo es verdaderamente libre cuando comprende las cosas. Comprender es ser libre.

La conversación continuó recordando el fatídico día en que los De Witt fueron linchados por la multitud, algo que seguramente tuvo a los orangistas por detrás y quién sabe, tal vez al propio Guillermo III; después prosiguieron con otros asuntos. Hablaron de Oldenburg y de los trabajos de la Royal Society, hablaron de Huygens y de sus interesantes observaciones astronómicas. Leibniz, por su parte, explicó su visión del mundo. En contra de la idea de Bento de que el mundo que existía era el único posible, ya que la naturaleza actuaba por necesidad y no con arbitrariedad, el alemán se mantuvo firmemente agarrado a la idea de que existía un Dios discrecional que había elegido arbitrariamente este mundo y no otro, que en realidad, había elegido el mejor de los mundos posibles.

Siguieron charlando el resto de la tarde y solo interrumpieron la conversación cuando las campanas de la iglesia dieron las siete. Los dos hombres miraron por la ventana y vieron con sorpresa que estaba todo oscuro y fuera ya era de noche.

—¡Dios mío! —se sobresaltó Leibniz al tiempo que se ponía en pie de un salto—. ¡Tan tarde! ¡He quedado dentro de media hora! Señor De Spinoza, siento mucho haber ocupado tanto de su tiempo. Confieso que esta conversación tan apasionante me ha hecho perder la noción del tiempo y ni me he dado cuenta del paso de las horas.

—Ni yo, ni yo.

El anfitrión condujo al visitante hasta la puerta, en donde ambos intercambiaron las gentilezas habituales entre hombres pensadores, en realidad, filósofos de la razón. Hacía frío. Copos de nieve caían en la oscuridad y se posaban en el suelo como pedazos sueltos de algodón. Leibniz dio tres pasos y se giró para volver a mirar a Bento. Tenía una última duda.

—Señor De Spinoza, usted defiende ideas revolucionarias, sobre todo esa de que Dios y la naturaleza son lo mismo —comentó—. ¿No cree que eso podría hacer que lo acusen de ateo?

La pregunta casi exasperó a Bento: ahí estaba la misma acusación

de siempre, que tanto le perseguía y le molestaba.

—Pero yo no soy ateo.

—Ya, pero aun así, no cree en la existencia de Dios.

—Claro que creo que Dios existe —subrayó—. ¿La naturaleza existe o no existe? Si Dios es la naturaleza y la naturaleza existe, entonces Dios existe. Siempre lo he dicho. Lo que las personas quieren que diga es que el Dios de la Biblia existe, y ese Dios en realidad no existe, es una construcción humana. El hecho de que no crea en el Dios de la Biblia no permite que digan que soy ateo. No lo soy. Dios existe, pero es un Dios diferente al de la Biblia. —Levantó un dedo para enfatizar lo que iba a añadir a continuación—. Y le digo más: solo es verdaderamente creyente aquel que cree con la razón.

Esta última afirmación suscitó la extrañeza de Leibniz.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Las personas creen que son libres si les permiten dar rienda suelta a sus deseos y solo abdican de sus derechos para vivir según los mandamientos de la ley divina —dijo Bento—. Las personas creen que la piedad y la religión, que todas las cosas relacionadas con el engrandecimiento del espíritu son fardos que hay que descartar después de la muerte, ya que es entonces cuando esperan recibir el premio por su esclavitud mientras han estado vivos. A esto se suma el miedo a terribles castigos después de morir, miedo que los lleva a vivir en esta vida según los mandamientos de la ley divina. Si esta esperanza y este miedo no estuvieran presentes y si entendieran que las mentes perecen con los cuerpos y que no hay vida después de esta vida, harían lo que les diera la real gana. Preferirían dejarse llevar por las pasiones malas y que estas asumieran el control de sus vidas y las obedecerían a ellas, en vez de a la razón. Me parece insensato que un hombre, al no creer que alimentará su cuerpo para toda la eternidad, desee saciarse con drogas venenosas o letales; o que, al entender que la mente no es eterna o inmortal, prefiera enloquecer y vivir fuera de la razón. Eso es absurdo. Una persona que se considere creyente pero que solo crea en esas condiciones, no es un verdadero creyente.

—Entonces, ¿quién es un verdadero creyente?

—Es aquel que sigue la ética de la razón —fue su respuesta—. ¿No debía ser algo evidente? Si una persona vive según los dictámenes de la razón, comprenderá sus deseos y así podrá dominarlos, aunque ese dominio sea el resultado de causas y efectos. Esa es la fuerza de un sabio, la fuerza con la que supera al ignorante que vive esclavo de sus deseos. El ignorante se ve agitado por causas externas y nunca goza de la paz de espíritu, así como tampoco tiene un verdadero conocimiento de las cosas. El sabio conoce la razón de las cosas y alcanza así la

verdadera paz de espíritu. La libertad no es la liberación de la cadena de causas y efectos, es la liberación de la ignorancia y la comprensión del funcionamiento de las cosas. Solo quien vive según la razón puede ser considerado un hombre libre. Los otros seguirán siendo siervos de la ignorancia.

—Pero esa ética, ese camino es difícil, señor De Spinoza...

—Aunque el camino para alcanzarlo sea difícil, puede encontrarse. Y en realidad es difícil porque raramente se descubre; si la salvación fuera fácil y si su camino no exigiera grandes esfuerzos, ¿por qué lo obviaría casi todo el mundo? Todas las cosas nobles son tan difíciles cuanto escasas. —Hacía un frío que pelaba por lo que Bento, que tiritaba, hizo la venia a modo de despedida, como el actor que agradece a su público al final de su actuación más inolvidable. Como si el telón hubiera caído sobre el escenario de su vida, así entró en la casa y cerró la puerta.

XXIX

En aquel domingo de febrero hacía más frío de lo normal. Después de que le asaltara un nuevo ataque de tos, Bento retiró la manta y se puso de pie; había pasado gran parte de la víspera tumbado en la cama y estaba harto. Harto. Aun así, al incorporarse sintió flojera en las piernas. ¡Ah, se encontraba tan débil y fatigado! Se deslizó hasta la ventana y miró hacia fuera.

La Haya parecía un óleo pintado únicamente con trazos negros sobre una tela blanca, tan extenso era el manto de nieve que se extendía hasta perderse en el horizonte; no había otros colores. La fría mancha alba se veía como recortada con trazos de carbón por el perfil de las casas y de los troncos desnudos de los árboles; las ramas sin hojas parecían brazos erguidos hacia el cielo, en forma de protesta silenciosa contra la inclemencia de los elementos. Una que otra figurita se cruzaba por las calles; aquí una mujer que cargaba vasijas de agua que había ido a buscar al pozo; allí un hombre que tiraba de un trineo hasta arriba de leña, surcos negros que rasgaban la nieve blanca.

Le dieron ganas de quedarse en aquella ventana y reproducir la imagen en un dibujo, el contraste del negro con el blanco le llamaba la atención, pero sintió tal flojera que rápidamente se le quitaron las ganas de proseguir con la idea. Quizá el pintor Van Rijn fuera capaz de captar en la tela todo el frío que exhalaba de aquella imagen. ¡Qué frío! No recordaba un hielo así en su infancia. Parecía como si el frío siempre hubiera existido, pero cuando era niño no lo sentía de una forma tan intensa, precisamente porque entonces era un niño; pero ya había escuchado a los mayores decir que antiguamente no hacía tanto frío, como se comprobaba por la frecuencia inusitada con la que los canales se congelaban, por lo que quizá eso significaba que el tiempo estaba cambiando.

Las campanas de la iglesia anunciaron las ocho de la mañana. El sonido de pasos y las voces en el piso inferior se intensificaron, lo que le indicó que los Van der Spyck se preparaban para ir al culto, ya que era domingo y había sacramentos en la iglesia. Antes de que se fueran, salió rápidamente de la habitación y bajó las escaleras para hablar con ellos. Se encontró a la pareja junto a la puerta, poniendo las bufandas alrededor de los cuellos de sus hijos.

—Buenos días, señora y señor Van der Spyck —los saludó—. Buenos días, niños.

La respuesta fue un coro desafinado.

—Buenos días, señor De Spinoza.

—Señora Van der Spyck, el doctor Meyer debe llegar a la hora de la comida —señaló—. ¿Compró el gallo como le pedí?

—Lo compré y lo he cocido según las instrucciones que me dio el doctor Meyer —respondió ella—. Un gallo viejo, exactamente como me recomendó. —Señaló la cocina—. Está todo en aquella cazuela, ya preparado para la comida.

—Le agradezco la amabilidad, señora Van der Spyck. Que pasen un buen culto.

Los Van der Spyck salieron y Bento volvió a sus aposentos. Se tumbó encima de la cama, se tapó con la manta y descansó. Su tos y su cansancio crónico se habían agravado y había empezado a perder la esperanza de encontrar una solución. No obstante, fiel a la ética de su vida, nunca se quejaba. ¿Para qué iba a hacerlo? Las quejas sobre la permanente degradación de su salud no iban a devolvérsela. Si Dios era la naturaleza y si la naturaleza no se movía ni por amor ni por odio o furia o compasión, eso significaba que no tenía estados de alma, cualquier queja sería absolutamente irrelevante e inútil; sería como protestar contra una pared y esperar que la pared se apiadara de nosotros. Era evidente que algo así resultaba absurdo. Por eso, tendría que aceptar su condición con resignación y enfrentar lo que el destino le tuviera reservado.

Caliente bajo la manta y vencido por el cansancio, Bento se durmió. Y debió de dormir toda la mañana porque solo se despertó cuando volvió a escuchar ruidos en el piso inferior. Por lo visto, los Van der Spyck habían vuelto del culto. Se encontraba más animado y hasta tenía hambre. Aquel gallo cocido le iba a sentar bien. Se levantó, se vistió y bajó las escaleras para encontrarse con los dueños de la casa. El señor Van der Spyck había ido al patio a buscar leña y los niños jugaban en el salón, mientras la madre comprobaba la lumbre y las cazuelas que había dejado preparadas antes de salir aquella mañana.

—¿Qué tal el culto?

—Excelente, señor De Spinoza —respondió Ida, al tiempo que con una cuchara probaba el caldo de una de las cazuelas, para ver si estaba bien de temperatura—. El doctor Cordes es sin duda un orador de primera.

—Sin duda, señora Van der Spyck. ¿Cuál es el tema que ha elegido para el pregón de hoy?

—No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti.

Bento casi aplaudió.

—¡El gran mensaje de la Biblia, señora Van der Spyck! —exclamó

con visible aprobación e incluso un cierto entusiasmo—. ¡Qué elección tan acertada! Vuestro predicador es realmente notable. Me quito el sombrero en señal de respeto por su comprensión profunda de las Sagradas Escrituras.

La dueña de la casa empezó a distribuir los platos en la mesa adyacente a la cocina.

—¿Tiene apetito, señor De Spinoza?

—¿Que si tengo apetito? Mire señora Van der Spyck, hasta era capaz de comerme un... ¡un gallo!

Los dos se rieron. En ese momento, el señor Van der Spyck regresó con la leña, la dejó en el cesto junto a la chimenea y echó dos troncos al interior para alimentar el fuego que proporcionaba calor a la casa. Con todo ya preparado, Ida dio palmas para llamar la atención.

—¡Niños! —llamó—. ¡A comer!

Los niños vinieron corriendo y el marido se sumó a ellos. La familia se reunió a la mesa y todos se sentaron en sus lugares habituales. El dueño de la casa dio gracias al Señor por aquellos alimentos y, tras acabar el rezo habitual, empezaron a comer. Bento tenía tanta hambre que literalmente devoró el gallo cocido que Meyer le había recetado.

Al final, mientras el señor Van der Spyck había ido a la habitación para prepararse para el culto de la tarde, Bento encendía su pipa, no solo por los beneficios terapéuticos para sus pulmones, que los médicos recomendaban con el tabaco, sino también por puro deleite; la pipa era uno de sus grandes placeres. Ida, por su parte, recogía la mesa.

—Señor De Spinoza, usted es un hombre muy sabio y conocedor de las cosas del mundo, por lo que, si no es inconveniente, me gustaría hacerle una pregunta —le dijo, mientras lavaba los platos—. Espero que no le moleste.

—Diga, diga.

—¿Cree que encontraré la salvación en la religión que profeso?

El filósofo sacó la pipa de la boca y dio una gran bocanada de humo perfumado.

—Su religión es buena, señora Van der Spyck —dijo—. No vale la pena buscar otra o dudar de su salvación, siempre y cuando sea una persona pía y lleve una vida tranquila y pacífica.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y el señor Van der Spyck, que venía de su habitación, fue a abrir. Bento seguía sentado a la mesa y reconoció la voz del hombre que acababa de llegar y cuya visita, en realidad, esperaba. Se trataba de su médico y viejo amigo de

la época de la escuela de Van den Enden, Lodewijk Meyer.

—¡Benedictus! —dijo Meyer al llegar junto a él—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

El médico esbozó el gesto que solía hacer cuando no se creía del todo la respuesta.

—¿Seguro? Hmm... tú, con tu manía de no quejarte nunca de nada y de sufrir en silencio, me haces dudar siempre. ¿Estás mejor que ayer?

—Más o menos.

El médico miró las cazuelas que Ida había lavado y puesto a secar.

—¿Has comido el gallo que te receté?

—Solo han sobrado los huesos.

Mientras, los Van der Spyck calzaron las botas y los guantes a sus hijos, se pusieron los abrigos y se dirigieron hacia la puerta.

—Señores, ¿necesitan algo más? —preguntó el señor Van der Spyck—. Tenemos que salir para ir a el culto de la tarde...

Meyer hizo un gesto con la mano para dejar claro que no.

—Id con Dios.

Los dueños de la casa salieron con sus hijos y dejaron a los dos hombres solos. No podían imaginarlo, pero no volverían a ver a su huésped con vida.

XXX

Bento se movía con dificultad, sentía los pulmones encharcados y por eso fue a acomodarse en el sofá junto a la chimenea, para aprovechar el calor que se desprendía de las llamas crepitantes. Meyer lo acompañó y le echó una manta por encima de las piernas para que estuviera cómodo, después se sentó en una silla a su lado.

—Esta noche tengo que coger el *trekschuit* de regreso a Ámsterdam —le dijo el médico—. Mañana voy a estar con Jarig y con Rieuwertsz. ¿Quieres que les lleve algo de tu parte?

—Nada que valga la pena —fue su respuesta—. Pero hay algo que me gustaría que le recordaras a Rieuwertsz. Cuando muera, ya le he dado instrucciones al señor Van der Spyck para que le envíe mis cosas. Lo que quiero es que Rieuwertsz coja el manuscrito de mi *Ethica* y lo publique, ¿me has oído? Sobre todo la *Ethica*. Tengo otros manuscritos, como el *Tractatus de Deo et Homine Ejusque Felicitate* y el *Tractatus de Intellectus Emendatione*, que todavía estoy intentando terminar y que quizá merezca la pena que se publiquen en la Het Martelaarsboek, si a Rieuwertsz le parece interesante. Además, he empezado a escribir un *Tractatus Politicus*. Cuando lo concluya, podrá ser de gran utilidad para nuestra república, teniendo en cuenta la actual situación. Está todo en mi mesa de trabajo. Que lo vea y que publique lo que entienda.

—¿Estás escribiendo otro libro?

—Así es. Lo que os pido es que eliminéis todas las referencias a mi vida personal. Yo no le importo a nadie, mi persona morirá conmigo. Me basta con que mis ideas me sobrevivan.

—Qué conversación tan macabra, Benedictus. Todavía te queda bastante aquí, estate tranquilo...

Bento negó con la cabeza.

—No me hago ilusiones, Meyer. Esta tos va a acabar conmigo, como se llevó a mi madre cuando aún era joven y también a mis hermanos Isaac y Miriam, que eran más jóvenes que ella cuando murieron. —Suspiró con la resignación característica de un portugués —. La tisis es un mal de familia, me temo. Pero no te preocupes. Cuando muera, lo haré con alegría.

El médico levantó una ceja, sorprendido con la elección de esta última palabra.

—¿Alegría? ¿Cómo se puede morir con alegría?

—De lo que se trata no es de la muerte, sino de la vida. Vive con alegría aquel que comprende el mundo, aquel que comprende la

naturaleza, aquel que ve la necesidad de todas las cosas y con naturalidad acepta como son. Cuando una persona entiende que no puede controlar su destino y lo comprende todo, se vuelve menos ansiosa, menos tensa, tiene menos miedo y actúa con más sabiduría. Es sabio quien conoce la naturaleza. Conocer a Dios es conocer la naturaleza, es conocer la razón de las cosas, es conocer la verdad. En el conocimiento de la verdad radica la felicidad suprema. La alegría. Por eso te digo, amigo: cuando muera, moriré con alegría.

Bento seguía entretenido, saboreando su pipa, mientras Meyer sacó un papel de su bolsillo, colocó tabaco y lo enrolló para hacer un cigarrillo. Después, lo encendió y dejó escapar una nube de humo mientras miraba distraído hacia las llamas, que danzaban nerviosas en la chimenea.

—Benedictus, tu filosofía es aún más poderosa que la de Descartes —comentó el médico con semblante pensativo—. La idea de que Dios existe y es la naturaleza me parece tan profunda como evidente. Lo mismo se puede decir de la noción de que la creación del mundo no obedece a ningún propósito y de que el hombre no es el centro de la Creación, apenas uno de sus numerosos elementos. Eso es muy profundo y... perturbador. Muy inquietante, a decir verdad.

—¿Qué es exactamente lo que te inquieta?

El médico dio una nueva calada a su cigarrillo.

—Si es como tú dices, la vida no tiene ningún sentido. ¿Para qué vivimos si no hay un propósito en todo esto?

—Somos nosotros quienes establecemos un propósito para nuestra vida, Meyer. Nuestro propósito es adoptar una ética que nos permita mejorarnos como personas, respetar a los demás y usar la razón para alcanzar el conocimiento y el entendimiento, la forma más elevada de existencia. Perfeccionar el intelecto es comprender la naturaleza.

—Sí, pero ¿con qué objetivo, Benedictus? ¿Para qué?

Al escuchar esta pregunta, Bento esbozó la expresión de quien creía que la respuesta era tan obvia que hasta le costaba comprender la duda de su viejo amigo.

—Para alcanzar la alegría, querido amigo —exclamó—. ¿No es para eso para lo que vivimos? ¿Para ser felices? ¿Y qué mayor felicidad existe que la alegría? Ese es el mayor bien, el más perdurable, la alegría.

—Hmm... la alegría.

—Sí, querido amigo, la alegría. Si te fijas bien, los supersticiosos parecen afirmar que lo que trae infelicidad es bueno y, al contrario, lo que genera alegría es malo. Como si todo lo que es bueno en la vida hiciese mal o fuera pecado, como suelen decir de forma irónica los

portugueses menos religiosos. Pero los que denuncian vicios en vez de enseñar virtudes se perjudican los unos a los otros, ya que revelan un falso celo por la religión. Debemos liberarnos de esas supersticiones y vivir la vida sin miedos, ya que solo tenemos esta vida. Solo un envidioso se deleita con mi infelicidad, ya que cuanto mayor es nuestra alegría, mayor es nuestra perfección y más participamos en la naturaleza divina. Todo lo que lleva a los hombres a vivir en armonía es bueno, y todo lo que trae discordia es malo. No hay nada más útil para el hombre que el propio hombre. Todos en conjunto deberían buscar el bien para todos, ya que el bien de todos es ventajoso para cada uno. Eso significa que los hombres actúan según la razón, es decir, buscan su propio bien, no desean para ellos lo que no desearían para los otros hombres, por lo que son justos, fieles y honorables. Usar las cosas y en la medida de lo posible sentir placer con ellas, es propio de un hombre sabio.

Meyer consideró lo que le decía su amigo.

—Pero Benedictus, quien vive la vida como si no hubiera otra y usa las cosas para tener placer con ellas, fácilmente caerá en el libertinaje, como se ve habitualmente.

—Solo los que viven en la ignorancia, impulsados por sus pasiones malas, se comportan así, querido amigo. Aquellos que buscan el conocimiento y son orientados por la razón para alcanzar pasiones buenas saben bien que el dinero y los placeres sensuales son instrumentos y no fines en sí mismos, ya que la vida es un equilibrio y el verdadero bien es la felicidad de todos. Un hombre sabio busca la felicidad verdadera y duradera, tiene noción de que esta depende de la felicidad de los demás. Los hombres que viven en la ignorancia están de tal forma entretenidos en buscar la riqueza, los títulos y los placeres sensuales que se olvidan de lo más esencial de la vida. Lo esencial es la felicidad, y la felicidad más elevada es la alegría. Toda nuestra felicidad y toda nuestra miseria dependen únicamente de la calidad del objeto al que nos conectamos por amor. ¿Qué objeto es ese? ¿Es el dinero y los placeres sensuales que apenas nos satisfacen momentáneamente y que después nos hacen querer más y más? ¿O es la alegría? Si nos conectamos a bienes fútiles como los títulos, las delicias de la carne y la riqueza, tan solo vamos a conocer los males asociados a tales bienes, como los celos, la avaricia y la envidia. Mientras que las cosas nobles nos darán una felicidad más profunda y duradera, una felicidad que es verdadera, una felicidad que nos llena. En definitiva, una felicidad que es una pasión buena, que es la alegría. Ese es el propósito del conocimiento, tal es el propósito de la vida.

—Por tanto, si lo he entendido bien, la alegría es la recompensa

que obtenemos por usar la razón para alcanzar el conocimiento...

El filósofo negó con la cabeza.

—La alegría no es la recompensa por la virtud, mi querido amigo —dijo—. Es la virtud en sí misma.

Las campanas de la iglesia anunciaron las tres de la tarde. Bento contrajo el rostro en una repentina expresión de dolor y emitió un sonido flojo, casi como un maullido. En él, los gemidos eran raros y las quejas inexistentes, por lo que el médico se alarmó.

—¿Qué te pasa, Benedictus? ¿Te encuentras bien?

Aún con la misma expresión de dolor, el filósofo trató de esbozar una sonrisa, pero estaba claro que estaba sufriendo. Evidentemente, se trataba de un colapso repentino.

—Creo que... que lo mejor es que me tumbe un poco.

Hablaba casi sin voz, como si hasta el vibrar de las cuerdas vocales requiriera un esfuerzo que ya no conseguía hacer. Al verlo con tanta dificultad, Meyer lo ayudó a levantarse y lo sujetó, para acompañarlo hacia las escaleras.

—Solo un poco más —dijo el médico, animándole todo el tiempo —. Vamos, Benedictus. Te llevo a tu habitación.

El filósofo caminaba despacio, con gran dificultad, con el cuerpo constreñido, mostrando una enorme incapacidad para respirar; era como si algo le prendiera la respiración, una especie de pegamento que se le agarraba a los pulmones. Tosió para liberarse de ello, pero el pegamento seguía allí, fijo en sus pulmones, porque quizá ya le faltaba la energía suficiente para toser con más fuerza. Quizá porque también el pegamento se había hecho demasiado fuerte.

Se acordó de su madre, su querida madre a quien había visto toser así cuando él era pequeño y sintió por ella una palabra agridulce que tanto había escuchado en su infancia, entre los portugueses de Houtgracht, y que había recordado recientemente al visitar la nueva sinagoga. *Saudade*. ¿Por qué te fuiste tan pronto, Ana Débora? ¿Por qué te fuiste cuando yo todavía era tan pequeño, querida madre? ¿Por qué me dejaste solo, a mí que era tan pequeño y que tanto te necesitaba todavía?

Al llegar a las escaleras, Bento miró hacia los peldaños casi a punto de desmayarse y en su rostro se dibujó una expresión de desánimo. Con la cabeza hizo un gesto débil, como señalando hacia el atrio.

—Es mejor que... que me tumbe allí.

Las palabras casi no se oían. Meyer miró en la dirección indicada y vio que había una pequeña cama en el atrio. Entendió que en ese momento su amigo no estaba en condiciones de poder subir todos los

escalones hasta el primer piso, en realidad desfallecía y ni siquiera era capaz de aguantarse de pie, así que lo cogió en brazos, le llevó hasta la cama del atrio y lo tumbó en ella. Deprisa, fue a buscar la manta que había dejado junto a la chimenea y lo tapó para que estuviera más cómodo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Bento estaba inmóvil, no emitía ningún sonido, con los ojos oscuros y entreabiertos. Vidriosos.

La naturaleza lo cambia todo, a cada momento, había dicho el filósofo hacía tiempo y es propio de la naturaleza que todo nazca y todo muera. Al formar parte de la naturaleza, el hombre también nace y también muere. Como todas las cosas de la naturaleza. El hombre muere, su carne cae y se vuelve putrefacta, después se transforma en polvo y finalmente se funde con el viento de la naturaleza de donde vino y a la cual, a pesar de las ilusiones de haberse apartado de ella, en realidad nunca dejó de pertenecer.

Pero la naturaleza también tiene una faceta inmortal. Si es cierto que las cosas naturales nacen y mueren, la naturaleza existirá siempre y esa existencia es algo inmutable. Al pertenecer a la naturaleza, el hombre nace y muere, es cierto, pero tal como ella y porque forma parte de ella, hay algo en él que también es inmortal. El espíritu humano no puede ser absolutamente destruido, dijo Bento una vez, pues en él quedaba siempre algo que era eterno.

Las ideas que había dejado registradas en el papel, las ideas que había plantado en el espíritu de tantos y tantos hombres, esas ideas perdurarían y florecerían, persistirían y se extenderían por toda la humanidad. Él moría, pero viviría en ellas. Desaparecería como hombre, es cierto, pero su espíritu era sus ideas y esas sobrevivirían; y así, en cierta forma, también sobreviviría él. ¿Acaso no era esa la verdadera inmortalidad?

Nota final

La primera enmienda a la Constitución de los Estados Unidos empieza con estas palabras: «El Congreso no hará ninguna ley sobre el establecimiento de una religión o prohibirá el libre ejercicio de una de ellas». Es una frase corta, pero tremendamente poderosa. Este enunciado legal representó un corte epistemológico entre el pasado y el futuro, poniendo en tela de juicio la antigua y peligrosa relación de complicidad entre el Estado y la religión, estableciendo un principio fundamental del Estado de derecho, hoy consagrado en muchos países: la libertad de culto.

Lo que pocos saben es que estas palabras fundadoras tienen su origen en Bento de Spinoza, uno de los inventores del Siglo de las Luces. Es cierto que nuestro mundo y la visión que tenemos de él no son resultado de un único filósofo, a pesar de la natural tendencia a buscar héroes sobre cuyos hombros podamos asentar todo, sino de un conjunto de conceptos avanzados por varios pensadores que se fueron influyendo entre sí a lo largo del tiempo, en función incluso de las circunstancias existentes en las diferentes épocas y en los diferentes países, como de hecho he tratado de demostrar en esta novela. Aun así, esta constatación no puede servir para oscurecer la gran importancia que tuvieron algunos de estos filósofos.

Es el caso de Bento de Spinoza. Nada más morir, la mesa en la que guardaba todos sus manuscritos fue enviada a su editor y amigo en Ámsterdam, Jan Rieuwertsz. Una vez abierto, el mueble dejó al descubierto sus tesoros: el manuscrito de la *Ética* y el manuscrito inacabado del *Tratado Político*, además de una gramática hebrea en la que el filósofo estaba trabajando y un conjunto de cartas. En algunos meses, los libros fueron publicados en latín y en neerlandés, ocultando siempre el nombre del editor y la plaza de publicación, pero con el nombre Spinoza finalmente en la portada. La edición original en latín salió con el prefacio de Meyer y la edición en neerlandés con el prefacio de Jarig. Lo mismo sucedió con una selección de sus cartas, incluyendo la correspondencia con Oldenburg, Leibniz, Hudde, De Vries, Koerbagh, Balling y Jarig, aunque se eliminaron los asuntos de ámbito personal.

Con la publicación de estos textos, nada volvió a ser como antes. Hay que señalar que Spinoza nació y vivió en una época en la que la Biblia era vista como la única fuente de información sobre la realidad. Todo lo que había que saber estaba escrito allí, aunque de forma casi indescifrable y quedaba a los religiosos arrancar de sus líneas

misteriosas los secretos de la existencia y comunicarlos al común de los mortales. Como existía el castigo divino, todo el contenido de las Sagradas Escrituras era necesariamente encarado como verdadero, incluso los detalles más ínfimos, y cualquier cosa fuera de la Biblia o que contradijera a la Biblia, tenía que ser falsa a la fuerza. Eso cambió con la obra del filósofo judío portugués nacido en Ámsterdam.

Sobre todo, fueron cinco los conceptos fundamentales que Spinoza dejó y que transformaron el mundo y la forma como lo vemos y actuamos en él. Su primera gran contribución para la fundación de la modernidad fue precisamente desacralizar la Biblia. Él dijo que las Escrituras no era sagradas, ya que su origen no tenía nada de divino, al final eran algo humano. Para comprender la Biblia era necesario estudiarla recurriendo a los mismos métodos para estudiar la naturaleza. Spinoza propuso un sistema que incluía un análisis racional de los textos bíblicos, incluyendo el examen de la gramática y de las circunstancias históricas en la que cada texto había sido producido, la identidad y las intenciones de sus autores, el contexto histórico en el que se escribieron, cuáles eran los textos originales y las lenguas originales, cómo a lo largo del tiempo fueron siendo alterados por los copistas, cuáles eran las ambigüedades existentes en ellos, por qué fueron escritos y cuál fue el efecto de su publicación. La llamada exégesis es aún hoy el método utilizado en los cursos de Teología e Historia para interpretar las Escrituras, habiendo inspirado la hermenéutica que los historiadores usan hoy para analizar textos antiguos.

Al excluir la Biblia como fuente de comprensión del mundo, Spinoza adoptó el método cartesiano de deducción de los fenómenos particulares a partir de principios generales y así pudo entender la realidad. Pero el filósofo judío portugués fue más allá que Descartes y que cualquier otro racionalista, pues su segunda innovación fundamental fue excluir cualquier intervención divina en los procesos naturales. Todo en la naturaleza se explica exclusivamente por leyes naturales. Todo. Dios, o por lo menos el Dios tradicional y sobrenatural que se alegraba o enfurecía, que escuchaba nuestras plegarias y que hacía milagros para alterar el normal curso de los acontecimientos, no tenía ahí ningún papel. Nada de nada. Hasta ese momento, ningún otro filósofo se había atrevido a dar este paso fatal y final. Al retirar totalmente a un Dios trascendente de la ecuación, recurriendo al subterfugio semántico de llamar Dios a la naturaleza, Spinoza lo descifró. Si lo preferimos, lo mató.

Su tercera gran contribución fue la afirmación de que el alma como entidad autónoma separada del cuerpo simplemente no existía.

El alma no está separada del cuerpo, el alma no es una entidad sobrenatural. No hay alma, no hay espíritus. Lo que hay es mente. La mente es un fenómeno puramente natural, nace del cuerpo y solo se ve afectada por él. Esto quiere decir que el espíritu solo existe mientras haya estado de consciencia, que emerge de la materia y que desaparece con ella. Cuando morimos, expiramos para siempre. No hay inmortalidad ni resurrección. La única cosa que queda, lo único que es inmortal o que al menos sobrevive a nuestra muerte, son las ideas que dejamos.

La cuarta contribución de Spinoza, en realidad deducida de las dos anteriores, fue el esfuerzo por expurgar a Dios o a la naturaleza de cualquier trazo antropomórfico. Más importante todavía, el filósofo de Ámsterdam no solo retiró a Dios del centro del universo, sino que también retiró al hombre del centro del universo, al declararlo una mera extensión finita de la naturaleza. El hombre era tan natural como un ratón, una piedra o una mota de polvo. Es decir, el hombre no tiene nada de especial en el cuadro general de la naturaleza. Aunque sea difícil de digerir y salvaguardando que Spinoza se preocupó por elaborar una filosofía para el hombre, este concepto absolutamente innovador supuso una especie de revolución copernicana en la forma de encarar al ser humano.

Finalmente, la quinta y última contribución de Spinoza a nuestra civilización es de naturaleza política. Este gran pensador de la razón, aunque negó siempre que fuera ateo, propuso que se substituyeran las religiones que pregonaban las supersticiones por un sistema que usara la razón. «Es libre el hombre que se guía exclusivamente por la razón», escribió. Ahora bien, si Spinoza negaba que era ateo, si proponía el uso de la razón para interpretar el mundo y organizar la sociedad, deberíamos presumir que estaba proponiendo una especie de religión de la razón. Esta era una idea absolutamente nueva en el racionalismo. Cuando filósofos posteriores analizaron los textos de Spinoza, se les impuso esa interpretación. Si de hecho, las religiones tradicionales contenían errores u obstaculizaban el acceso a conocimiento, ¿por qué no substituirlas por nuevas religiones, basadas en la razón e incluso en la ciencia? El concepto contribuyó así al surgimiento y el desarrollo de un nuevo tipo de religión, las religiones políticas como el liberalismo, el socialismo, el nacionalismo o el socialismo nacionalista.

En medio de todo esto se impone una aclaración sobre si Spinoza era o no ateo, si descifró o no a Dios como siendo la naturaleza, si lo mató o no. Leyendo sus textos parece evidente que él nunca dijo que Dios no existía. La pista que dejó fue *Deus sive natura*. Dios o la

naturaleza. Es decir, Dios *era* la naturaleza. Eso llevó a muchos a pensar que Spinoza había divinizado la naturaleza. Si leemos sus textos de forma literal, así es de hecho. No obstante, no podemos interpretar al pie de la letra todo lo que Spinoza dijo, es necesario hacer una hermenéutica de los textos que nos dejó. Una cosa es lo que Spinoza dijo, otra lo que realmente quería decir. Esa sutileza forma parte de su secreto.

Tenemos dos opciones. La primera, creer que Spinoza quería decir exactamente todo lo que dijo y que no dijo otra cosa porque no pensaba otra cosa. Es la teoría de Frédéric Lenoir, que hace una lectura filosófica. La segunda es creer que Spinoza usaba las palabras como un marrano, pensaba algo que era inaceptable para su época y con un cierto tacto decía algo más aceptable, aunque lo hiciera dando un sentido diferente a las palabras. Es la teoría de autores judíos como Rebecca Goldstein, Robert Misrahi y Yirmiyahu Yovel, también de otros como Henri Gouhier, que hacen una interpretación histórica. Me inclino mucho más por esta segunda opción, precisamente porque entiendo que, como aprendemos en la historiografía y en el propio *Tractatus Teológico-Político*, un texto debe someterse a la hermenéutica y debe ser leído en el contexto de su época.

Dejar por escrito que Dios no existía estaba prohibido en aquella época y Spinoza lo sabía. Odiaba la polémica, como él mismo confesó y llegó incluso a afirmar en el *Tratado Teológico-Político*; tenía el cuidado de no escribir nada que fuera «repugnante a las leyes» de las Provincias Unidas. Eso significaba que era muy cauteloso con las palabras. Usaba expresiones religiosas como, «Dios», «piedad», «virtud», «beatitud» y otras, pero lo hacía dándoles un sentido completamente diferente al de la religión tradicional. Eso sucedió precisamente porque camuflaba en las palabras su verdadero pensamiento. Es decir, usaba un lenguaje religioso tradicional para vehicular sus ideas contra la religión tradicional. Que llamara «Dios» a la naturaleza no quería decir que creyese verdaderamente en Dios. Esa fue la forma sutil que encontró para matarlo de una forma menos inaceptable en su época. Claro que es una interpretación, pero está perfectamente alineada con los procedimientos disimulados de Spinoza ante los dogmas y tabúes de su época. Además, no es casualidad que Misrahi haya llamado a la filosofía de Spinoza «ateísmo enmascarado» y Gouhier, «ateísmo pulido».

Al leer el *Tratado Teológico-Político* Hobbes quedó tan impactado con la audacia de Spinoza, pues decía lo que en el siglo XVII no se podía decir, que se desahogó de la siguiente manera: «él me ha superado, pues ni yo mismo soy capaz de escribir con tanto

atrevimiento». Es cierto que el impacto que Spinoza tuvo en el pensamiento, en la epistemología, en la exégesis bíblica y en el surgimiento de las modernas religiones políticas llevó tiempo en ser reconocido. Eso sucedió, sobre todo, porque lo que él dijo y escribió era tan revolucionario, chocaba de forma tan directa y brutal con las ideas de su tiempo, que el rechazo era inevitable. ¿Cómo podía decir que la Biblia no tiene inspiración divina? ¿Los milagros sobre los que se asienta la popularidad de la religión cristiana no existen? Si la mente nace del cuerpo, ¿eso significa que muere con él? ¿Eso quiere decir que Jesús no resucitó? ¿Y nosotros tampoco volveremos a vivir? ¿La Iglesia no tiene nada que decir sobre los asuntos del Estado y de la ciencia? ¿El Estado no puede prohibir religiones heréticas ni decir cuál es la verdadera y cuáles son falsas y tiene que tolerarlas a todas? ¿Qué decir de la idea de que Dios no desempeña ningún papel en el funcionamiento del mundo natural? ¿Dios es de verdad la naturaleza? ¿Es necesario sustituir la religión tradicional por una religión de la razón? Todas estas ideas suscitaron enorme perplejidad y gran escándalo en la época.

Los pensadores de su tiempo fueron los primeros en reaccionar contra tales herejías. Los *predikanten* calvinistas no fueron los únicos que se levantaron contra el blasfemo judío portugués. Fueron los mismísimos cartesianos que seguían creyendo en la mano divina como causa primera y última de todo el mundo natural los que se opusieron con ferocidad a las ideas del más extremista de todos los racionalistas. El pensamiento de Spinoza se reveló tan revolucionario que el propio Gottfried Leibniz, con quien había intercambiado correspondencia en privado, dejó claro que el objetivo de la *Ética* y del *Tratado Teológico-Político* era la destrucción de la fe religiosa. Eso le valió a Spinoza la reputación maldita de ateísmo, a pesar de la embarazosa constatación por parte de sus propios adversarios de que se trataba de un hombre de intachable comportamiento moral y ético.

Así, se convirtió en tabú poder declararse spinozista. Spinoza simplemente dejó de existir o si lo hacía, era apenas como la encarnación de Satanás. Su nombre se convirtió en marca de la infamia. El problema era que sus propuestas, aunque reprimidas, sobrevivieron y subrepticiamente fueron encontrando su camino. Leibniz, que como Descartes seguía creyendo en el papel de Dios, alertó sobre el peligro de que las ideas de Spinoza «se asentaran gradualmente en la mente de hombres poderosos que gobiernan a otros y de que tantos asuntos dependen y se infiltren en los libros de moda, inclinándose hacia una revolución que amenazaba Europa». De hecho, se trataba de una verdadera revolución y la premonición de

Leibniz se reveló completamente fundamentada.

El primero de los «hombres poderosos» en el que calaron las ideas de Spinoza fue John Locke, señalado por muchos como el patriarca del liberalismo como ideología. Apenas seis años después de la muerte del filósofo judío portugués, probablemente de tuberculosis agravada por silicosis, una enfermedad respiratoria provocada por la inhalación del polvo producido al limar las lentes, Locke se instaló en las Provincias Unidas y ahí tuvo acceso a los escritos heréticos de Spinoza, sobre todo la *Ética* y el *Tratado Teológico-Político*. También tuvo contacto con personas que habían conocido a Spinoza personalmente.

Impresionado con las ideas revolucionarias de tolerancia religiosa y libertad política que encontró en los textos del filósofo oriundo de Houtgracht, y aunque se esforzara por evitar hacer la menor referencia directa al autor estigmatizado, Locke escribió la *Carta sobre la tolerancia*; y lo hizo, curiosamente, en un lugar situado cerca de la propia casa de Spinoza en Ámsterdam. La epístola la leyeron los hombres que combatían la presencia británica en América, incluido Thomas Jefferson, y sus ideas liberales produjeron tal efecto en ellos que decidieron adoptarlas e incluirlas en su Constitución. Así nació América, la tierra de la tolerancia y de los hombres libres, hija mayor del intelecto y de la ética liberal de Bento de Spinoza.

Locke se convirtió en el primer gran difusor de las ideas de Spinoza, pero el problema fue que evitó mencionarlo como fuente de sus propuestas, lo que supuso como consecuencia para el filósofo permanecer en la sombra, bajo el anatema de ateísmo que habían lanzado sobre él. Acabó siendo en otro país donde su nombre surgió con todo su esplendor. El Siglo de las Luces en Alemania, conocido como *Aufklärung*, no fue necesariamente hostil a la religión como sucedía por ejemplo en Francia, ya que trataba de someter las creencias religiosas a los principios de la razón. Eso exigía que se establecieran los elementos universales de las religiones y que se rechazara todo lo que fuera superstición. Leibniz, que se había interesado por Spinoza pero rechazaba su racionalismo llevado a las últimas consecuencias, fue el primer gran pensador de la *Aufklärung*. Aunque era crítico con el filósofo de Ámsterdam, es interesante notar que la metafísica leibniziana asumió a veces la apariencia de un diálogo con la *Ética* de Spinoza.

Pero sería el poeta Gotthold Ephraim Lessing quien recuperó las ideas de Spinoza. No solo se interesó profundamente por la equiparación de Dios con la naturaleza, sino que también adoptó la exégesis propuesta por el filósofo judío portugués en el *Tratado Teológico-Político* para el estudio de las Escrituras, presentando a los

evangelistas como «simples historiadores humanos» y negando implícitamente el estatuto de la Biblia como revelación trascendente. Lessing sorprendió a sus contemporáneos al referirse abiertamente al pensador nacido en Ámsterdam para decir, sin rodeos ni tergiversaciones, que «si tengo que señalar a algún maestro, no conozco a ninguno mayor que él». ¿Spinoza, el mayor de todos los filósofos? Lo indecible acababa de ser dicho. Las puertas del reconocimiento explícito del genio del gran filósofo judío, portugués y neerlandés finalmente se abrían.

Por aquella época, un discípulo de Locke, John Toland, había inventado en Inglaterra la expresión *panteísmo* para describir la propuesta spinozista de fusión de Dios con la naturaleza. La expresión ganó fuerza y dio origen a un gran debate que se desencadenó en la *Aufklärung* alemana, la *Pantheismusstreit* o la querella del panteísmo, lanzada por Friedrich Jacobi y que duró tres décadas. Jacobi estableció la premisa de que, cuanto más racional y coherente es la metafísica, más panteísta se vuelve, idea retomada por Heinrich Heine, un gran admirador del filósofo de Ámsterdam. Es decir, el hasta entonces maldito Spinoza era al final el más consecuente de los racionalistas. Hay que señalar la significativa evolución semántica: de peligroso radical pasó a ser descrito como racionalista consecuente.

A partir de entonces, se produjo su rehabilitación absoluta. Aunque cronológicamente Spinoza antecediera a Leibniz, en la *Aufklärung* alemana fue encarado como el racionalista que siguió a Leibniz, yendo hasta donde el alemán jamás se atrevió a ir. Los temas de la filosofía spinozista, considerados de gran originalidad, ocuparon el centro del debate en el Siglo de las Luces alemán; en particular, sus concepciones de que Dios era la naturaleza y su teoría del conocimiento. «La existencia es Dios», estableció Goethe resumiendo en esta frase la idea central del spinozismo. El gran poeta alemán se convirtió en el mayor de los seguidores de Spinoza y le hizo numerosos elogios. Después de definirlo como «*theissimus, christianissimus*», lo describió como un «hombre extraordinario» y reveló que «él me ayuda mucho en mi propia forma de pensar y actuar», ya que «nunca había tenido una visión tan clara del mundo». La querella del panteísmo se extendió como el fuego entre los círculos intelectuales de Alemania, incluyendo a los grandes pensadores del país, entre ellos sus mayores nombres, Goethe, Kant y Hegel.

A pesar de sus muchas diferencias, Immanuel Kant surgió en un momento dado como una especie de doble de Spinoza. Siguiendo literalmente el ejemplo del filósofo de origen judío portugués, Kant partió de la crítica de la religión y de la exégesis de la Biblia como

instrumentos para desmontar lo que consideraba como las falsedades religiosas prevalecientes en su época y así retirar a las iglesias el poder de obstaculizar las investigaciones filosóficas y científicas, señalando el imperio de la razón en la interpretación de la realidad. Siguiendo siempre a Spinoza, Kant defendió que el mundo era totalmente natural, no siendo necesaria una autoridad sobrenatural para explicarlo, y dijo que las relaciones entre los seres humanos deberían regirse por una ética, no siendo de nuevo necesaria una entidad divina para imponerla. Spinoza había sustentado, por ejemplo, que la persona que se comporta correctamente tan solo por miedo a Dios y/o por deseo de acceso al paraíso en otra vida, no es tan virtuosa como la persona que se comporta correctamente sin tener que hacerlo por miedo de un castigo o porque espera una recompensa. Hacer el bien por miedo no tenía tanto valor como hacer el bien por convicción. Este concepto spinozista de comportamiento virtuoso por imperativo moral influyó de forma evidente en el principio kantiano del imperativo categórico. Kant estaba de acuerdo con Spinoza: quien impone la ley es la razón, no Dios. A la inversa, mientras Spinoza defendía que con la razón era posible responder a todos los misterios, incluidos los metafísicos, Kant rechazó liminalmente esa hipótesis.

De una forma inesperada, las propuestas de Spinoza pasaron a ocupar el centro del idealismo alemán, produciendo ondas de choque por todas partes. Mientras Schopenhauer exaltaba las primeras páginas del *Tratado Teológico-Político*, Hegel consideraba al autor como un «pensador profundo», diciendo: «quien se inicia en filosofía, primero tiene que ser spinozista». Es más, el gran filósofo alemán declaró que, «Spinoza es el punto crucial de la filosofía moderna; o hay spinozismo o no hay filosofía». No es casualidad que Hegel empezara su vida intelectual publicando obras sobre Jesús y el cristianismo, siguiendo también el método spinozista de análisis racional de la Biblia para desmontar los tabúes religiosos que impedían el avance del conocimiento. Sobre la ética del filósofo de Ámsterdam, Hegel afirmó que, «no se puede decir que haya moral más sublime». Es difícil encontrar mayor reconocimiento que este.

Una parte del pensamiento filosófico alemán es en realidad un esfuerzo por conciliar las dos principales variantes de la *Aufklärung,* la de Spinoza y la de Kant, intento en el que se empeñaron Fichte, Hegel, Schelling y Schopenhauer. Eso llevó a Heine a Francia, donde expuso a los intelectuales franceses el papel liberador del panteísmo en la cultura alemana y señaló a Spinoza como su profeta. El poeta germánico llegó incluso a clasificar al autor de la *Ética* como un pensador alemán, diciendo: «la doctrina de Spinoza salió de la

crisálida matemática y gira en torno nuestro en la forma de una canción de Goethe». Por su parte, Friedrich von Schiller quedó tan impresionado con las lecturas de Spinoza, en particular con su concepto de alegría como objeto primero de la ética, que escribió una *Oda a la alegría* con esta proclamación famosa: «*¡Oh, Alegría, chispa divina!*»

El impacto de Spinoza también fue llamativo en el Nietzsche maduro. Las escrituras de *Más allá del bien y del mal* están repletas de referencias al judío portugués, algunas son elogios y otras, críticas. Nietzsche lo acusó de «charlatanismo en forma matemática», pero le elogió su «simplicidad y su sublimidad habituales», reconociendo en correspondencia privada: «Tengo un precursor, y qué precursor». No era para menos. A fin de cuentas, Spinoza había matado a Dios antes que el propio Nietzsche y el *conatus* spinozista contenía el germen de *Der Wille zur Macht*, la voluntad de poder nietzscheana. Más aún, antes de que Nietzsche propusiera un mundo más allá del bien y del mal, Spinoza (siguiendo a Hobbes) ya había dicho que el bien y el mal no existen. Ambos acabaron revelándose como pensadores profundamente morales al creer en la capacidad de los hombres para perfeccionarse. «No solo su tendencia suprema es mía —que hace del conocimiento el afecto más poderoso— sino que me reconozco en cinco puntos importantes de su doctrina», escribió Nietzsche enumerándolos: «este pensador absolutamente extraordinario y muy aislado es inmensamente cercano a mí en estos puntos: él niega la libertad de la voluntad, la finalidad, el orden moral del mundo, el no-egoísmo y el mal». Debido a estas afinidades, uno acabó demonizado como ateísta y el otro como nihilista.

El profundo impacto de Spinoza en la historiografía bíblica que se desarrolló en Alemania tampoco se puede obviar. El método de exégesis de las Sagradas Escrituras que propuso en el *Tratado Teológico-Político* lo recuperó Hermann Reimarus, que decidió estudiar los evangelios cristianos según el procedimiento spinozista. Lo que este profesor alemán de lenguas orientales descubrió sobre Jesús fue tan chocante que ni siquiera se atrevió a publicar la obra. Solo después de la muerte de Reimarus, que así ya no podía ser perseguido por blasfemia, su exégesis al Nuevo Testamento «al estilo spinoziano» vio la luz del día de la mano de Lessing, que la fue publicando en fragmentos. A partir de ahí, se sucedieron una serie de estudios sobre el Jesús histórico, en cuyas conclusiones se basa mi novela *El último secreto*. Después de esto, el mundo occidental nunca más volvería a ser el mismo.

Spinoza ocupó el centro del debate en el comienzo del Siglo de las

Luces en Alemania, por lo que la divulgación de su obra y su pensamiento en los países más allá occidente se hizo inevitable. En Inglaterra, Coleridge nombró la *Ética* como una de las tres mayores obras desde el surgimiento de la cristiandad y Bertrand Russell reconoció a Spinoza como, «una de las personas más importantes de mi mundo», concretamente debido a su comportamiento y visión ética. En Francia apareció Taine, que proclamó que Spinoza era el precursor de la versión más objetivista de las ciencias sociales y Diderot enfrentó el spinozismo al deísmo y al ateísmo. Montesquieu sacó muchas de sus ideas de Spinoza y el propio Rousseau se inspiró en el spinozismo, en particular en la idea de que el objetivo del gobierno es la libertad. Henri Bergson llegó incluso a afirmar: «Cuando se es filósofo, se tienen dos filosofías: la tuya y la de Spinoza».

En literatura, George Eliot tradujo la *Ética* y el *Tratado Teológico-Político*, aunque se esforzó por ocultar este hecho, alimentó sus novelas con conceptos spinozistas como la dualidad servidumbre-libertad y las ideas correctas e incorrectas, también la búsqueda de la verdad. El filósofo judío portugués influyó también en Mary Shelley, Karel Capek, Jorge Luis Borges e Isaac Bashevis Singer. El gran Somerset Maugham llegó incluso a usar el título de la cuarta parte de la *Ética*, «La servidumbre humana», como título de una de sus novelas más famosas. Es más, también Ludwig Wittgenstein se inspiró en el título del *Tratado Teológico-Político* cuando eligió *Tratado Lógico-Filosófico* como título de una de sus obras más célebres.

A pesar de tratarse de uno de los fundadores del liberalismo como ideología, Spinoza tuvo un profundo impacto en pensadores que crearon otras ideologías. Heine observó poéticamente que «todos los filósofos contemporáneos, quizá sin saberlo, miran a través de las lentes que Spinoza pulió» y esto es visible en los conceptos que condujeron al socialismo, al nacionalismo y al nacionalsocialismo. Por ejemplo, Ludwig Feuerbach se basó en la visión spinozista de que todo era materia, incluido Dios, para desarrollar el concepto del materialismo. Ahora bien, Feuerbach, conviene no olvidarlo, fue una de las principales influencias del creador de la teoría del socialismo más conocida, el marxismo corriente que teorizó el materialismo histórico y la idea de que a través de la ciencia todo se podía comprender, de ahí el socialismo científico. Es cierto que Marx creía en el poder redentor de las masas, concepto absolutamente rechazado por Spinoza, para quien la turba estaba inmersa en las pasiones y la ignorancia, solo una élite disponía de los instrumentos intelectuales necesarios para superarla a través del uso de la razón.

Irónicamente, sería la visión spinozista la que, en este caso en particular, acabaría prevaleciendo en el propio marxismo, en detrimento de la visión de Marx, ya que ante la evidente y desconcertante apatía revolucionaria de las masas, que no hacían de forma espontánea la revolución que Marx y Engels habían previsto que hicieran, el marxista Georges Sorel propuso que ese papel revolucionario fuera asumido por una élite que guiara a las masas proletarias. Esta idea soreliana la retomó Vladimir Lenin en el bolchevismo con el concepto de vanguardia; y Benito Mussolini en el fascismo, una versión nacionalista del socialismo dictatorial, con el concepto de jerarquía.

Pero la principal influencia del filósofo judío portugués en las ideología que nacieron en los siglos posteriores se sitúa sobre todo en la interpretación hecha por varios pensadores de que Spinoza propuso la sustitución de las religiones tradicionales por una nueva religión, la religión de la razón. En realidad, el autor de la *Ética* jamás utilizó esa expresión, pero la propuesta parece implícita en sus textos —o por lo menos, así se interpretó—. Se piensa que el filósofo de Ámsterdam tenía en mente el liberalismo, al que siglos después Benedetto Croce llamó «la religión de la libertad», ideología que es la base de las modernas democracias liberales que Spinoza deliberadamente ayudó a fundar.

En Alemania, la propuesta de la religión de la razón dio ideas diferentes a diferentes pensadores. Así, el autor del que se considera como el primer libro racionalista alemán, Moses Hess, describió al autor de *Ética* como el tercer profeta judío después de Moisés y Jesús, ya que había sido él quien mostró que era posible concebir una religión universal y racional, religión que el pensador socialista alemán identificó con el comunismo. Hess no firmó su obra, manteniéndose en el anonimato, aunque dio una pista. De su libro dijo que estaba escrito por *von einem Jünger Spinozas*, «por un joven discípulo de Spinoza». Ahí estaba el origen de la idea alemana de hacer del socialismo la religión de la razón. Feuerbach sentenció: «tenemos que volver a ser religiosos, tenemos que transformar la política en religión».

El nacionalismo también cuenta en su génesis con la idea spinozista de que las religiones tradicionales deberían ser sustituidas por una religión de la razón. Pero por religión de la razón los ideólogos del nacionalismo alemán entendieron culto a la nación. Johann Gottlieb Fichte, que admiraba a Spinoza, propuso la religión de la «preservación de la nación alemana» con una educación nacional puramente alemana en la que el individualismo y el liberalismo se

someterían a la voluntad general de la nación. Muy importante, Fichte pugnó por una «religión patriótica» para sustituir a las antiguas. Esa idea fue también utilizada por Hegel, que se quejó amargamente de la forma en que las religiones tradicionales habían destruido el alma alemán. «El cristianismo despobló el Walhalla, derribó a golpes de hacha las florestas sagradas, extirpó la imaginación del pueblo como si fuera una superstición vergonzosa, como un veneno diabólico, y a cambio nos dio la imaginación de un pueblo cuyas leyes, cultura e intereses nos son extraños y cuya historia no tiene nada que ver con nosotros», se quejó Hegel, observando que si los alemanes desarrollaran una imaginación propia, eso «habría engrandecido nuestro suelo». ¿Cómo resolver el problema? Bastaba seguir lo que se consideraba la sugerencia de Spinoza y crear una nueva religión, la religión de la razón. ¿Qué religión era esa? La de la nación alemana, claro.

Dos siglos después, Adolf Hitler estaba diciendo exactamente lo mismo. Al usar la expresión «socialismo científico» o «antisemitismo científico», los marxistas y los nacionalsocialistas usaron la ciencia para dar credibilidad a sus creencias y disimular la verdadera naturaleza religiosa de sus ideas. El marxismo y el nacionalsocialismo hicieron previsiones de un futuro radiante, como las ciencias que pretendían ser, pero en realidad lo que presentaron fueron profecías escatológicas, como las religiones que efectivamente eran. Son bastante conocidas las destrucciones de iglesias y las masacres de clérigos en la Rusia comunista, los asesinatos y masacres de judíos, católicos y testigos de Jehová, e incluso de protestantes en la Alemania nazi.

Ahora bien, ya que los seres humanos son animales religiosos, la supresión de las religiones tradicionales por estos nuevos sistemas de ideas no constituye de ninguna manera el fin de las religiones, como hoy bien sabemos, sino su simple sustitución por nuevas creencias que no eran más que religiones que fingían no ser religiones. Sigmund Freud fue uno de los primeros en constatar este fenómeno. «Si queremos expulsar la religión de nuestra civilización europea, solo lo podremos hacer a través de otro sistema de doctrinas», escribió el padre del psicoanálisis en 1927, claramente atento al celo religioso del comunismo en la Unión Soviética; y después concluyó: «tal sistema adoptaría desde el principio todas las características psicológicas de una religión —la misma santidad, rigidez e intolerancia, la misma prohibición de pensamiento—».

La idea de una religión de la razón que substituye a las religiones tradicionales, aunque bien intencionada, acabó degenerando en

proyectos ideológicos de religiones políticas totalitarias que marcaron profundamente los siglos siguientes. «Que las locas doctrinas contemporáneas, tal como el nazismo y el marxi-fascismo, sean enemigas feroces de la religión confirma, a ojos de los discípulos de Spinoza, su carácter supersticioso», concluyó Roger Scruton en un estudio sobre el pensamiento del filósofo judío portugués.

También es interesante que Spinoza haya sido considerado por muchos como el primer judío moderno. El primer jefe del Gobierno de Israel, David Ben Gurion, lo describió como un «padre fundador» del Estado judío, quizá porque en el *Tratado Teológico-Político* el filósofo de Ámsterdam admitía la posibilidad de que los judíos recreasen su Estado en la Tierra Santa. Por su parte, Freud, que al igual que el autor de la *Ética* era un judío que perdió la fe y que asimiló y desarrolló la cultura de los gentiles con los que se relacionaba, afirmó: «admito mi dependencia de la doctrina de Spinoza», incluso porque «concebí mis hipótesis a partir del caldo de cultivo que él creó». Esa dependencia se debía, sin duda, al hecho de que el filósofo del siglo XVII insistió en que la psique no se reduce al consciente y que los seres humanos hacen muchas cosas por motivos de los que no son conscientes, además de su rechazo a la culpabilización y la idea de que tiene que ser la propia persona la que se libere. Donde Spinoza veía como fuente de energía el *conatus*, Freud veía la libido; y donde el primero encaraba como obstáculo a la liberación del ser humano la servidumbre de las pasiones, el segundo encontraba la neurosis. Es sintomático que Jacques Lacan, al romper más tarde con el psicoanálisis tradicional, haya invocado el *herem* que marcó la ruptura entre Spinoza y la comunidad portuguesa de Houtgracht.

Otro de los grandes judíos muy influido por el autor de la *Ética* fue Albert Einstein. El físico judío alemán se presentó abiertamente como un «discípulo de Spinoza», a quien atribuyó «la encarnación de la razón». «Creo en el Dios de Spinoza que se revela en la armonía en todo lo que existe, pero no en un Dios que se preocupa del destino y de los actos de los seres humanos», declaró Einstein. Casi todos los conceptos expuestos por el autor de la teoría de la relatividad sobre la ciencia y la religión recogen ideas spinozistas, incluida la famosa declaración de que «Dios no juega a los dados». El rechazo firme de Einstein y de tantos otros físicos a aceptar el papel del azar y del indeterminismo previsto por la física cuántica, como expongo en mis novelas *A Fórmula de Deus* y, sobre todo, *A Chave de Salomon*, es resultado directos de los presupuestos deterministas establecidos por Spinoza; de la misma forma que muchas deducciones que constan en la teoría de la relatividad, incluidas las famosas *Gedankenexperiment*,

las experiencias del pensamiento, resultan del método deductivo utilizado por el propio filósofo. Einstein vivió obsesionado con el proyecto de establecer una teoría que conectase la teoría de la relatividad a la física cuántica, la llamada teoría de todo; en realidad, buscaba una teoría que lo explicara todo en el universo, sueño que sigue siendo perseguido como una especie de santo Grial de la física. Ahora bien, Spinoza fue el primero que intentó ese proyecto y, de alguna forma, fue esa la razón por la que escribió la *Ética*. Queramos o no, el mundo en el que vivimos es el mundo de Bento de Spinoza, el mayor filósofo que los judíos, neerlandeses y portugueses hayan engendrado.

Dos notas más sobre esta novela. La primera es que sobre la vida personal de Spinoza no hay mucha información, ya que los amigos que publicaron su obra póstuma, en concreto Rieuwertsz, Jarig y Meyer, tuvieron el cuidado, como ya indiqué, de expurgar de la correspondencia del filósofo las referencias a aspectos relacionados con su intimidad. Casi toda la información que nos ha llegado de la vida de Spinoza proviene esencialmente de lo que escribieron los biógrafos contemporáneos, Jean Maximilien Lucas y Johannes Colerus; también de referencias cruzadas y dispersas de las personas que lo conocieron o que conocieron a alguien que lo conoció. Tenemos el material de las escrituras del propio Spinoza, como es el caso de lo que él dijo sobre la lujuria y los placeres sensuales, que llevan a los historiadores a especular sobre la naturaleza real de sus experiencias de vida.

Hay episodios descritos en esta novela de los que no se tiene la certeza que los haya protagonizado el propio Spinoza. Por ejemplo, es bastante posible que haya presenciado el terrible castigo a Uriel da Costa en la sinagoga de Ámsterdam, pero no existe ningún texto que lo afirme. Al contrario, es poco probable que haya asistido al linchamiento de los De Witt en La Haya, aunque no fuera del todo imposible, ya que Spinoza estuvo ese día en la ciudad y la casa en la que vivía se situaba a pocas calles de distancia de la plaza en la que mataron a los hermanos. Aun así, la conclusión del episodio, el intento de colocar un cartel en el local del linchamiento con la frase *Ultimi bararorum*, es absolutamente verídica y la relató Leibniz.

La segunda nota se refiere a los diálogos de Spinoza. Una parte de los diálogos que se presentan en la obra resultan, naturalmente, de mi imaginación. ¿Cómo fue la conversación del filósofo con Jarig cuando lo conoció, probablemente en la bolsa de Ámsterdam? ¿Cómo cortejó a Clara María con quien, según un biógrafo contemporáneo a Spinoza, quería casarse? ¿Cómo transcurrían las clases en la escuela Van den

Enden? Todo eso he tenido que imaginarlo a partir de lo poco que sabemos, usando las más diversas pistas. Por otro lado, he hecho lo posible por presentar su filosofía de la forma más rigurosa posible y, ¿qué forma más rigurosa existe que usando sus propias palabras? Gran parte de lo que dice el personaje de Bento sobre sus ideas es una simple transposición *ipsis verbis* de lo que Spinoza escribió en sus diversos libros, sobre todo en la *Ética* y en el *Tratado Teológico-Político*. Solo cuando me pareció que sus ideas estaban expresadas de una forma menos clara, lo que a veces sucedía debido a su esfuerzo para ser comprendido solo por un grupo de iniciados, las coloqué en un lenguaje un poco más comprensible.

Por tanto, esta novela no es solo un mero producto de mi imaginación, aunque esta esté presente, como sucede inevitablemente en cualquier texto de ficción, sino que resulta, sobre todo, de información obtenida a partir de un conjunto de obras a las que debo hacer referencia. Empezando por los textos escritos en latín por el pensador que ha inspirado el personaje central de esta novela y que he consultado en sus traducciones inglesa y francesa, en concreto: *Short Treatise on God, Man and His Well-Being; Treatise on the Emendation of the Intellect; A Political Treatise; Theological-Political Treatise; Ethics* y *Correspondance.* Se trata de libros y textos con la firma de Bento de Spinoza.

También han sido muy importantes las biografías sobre Spinoza, en concreto, las más antiguas, como: *La Vie de Spinosa*, de Jean Maximilien Lucas, que conoció al filósofo personalmente; y *La Vie de B. de Spinoza —Tireé des écrits de ce fameux philosophe et du témoignage de plusieurs personnes dignes de foi, qui l´ont connu particulièrement*, de Johannes Colerus que, aunque no haya conocido a Spinoza personalmente, era contemporáneo y entrevistó a la pareja Van der Spyck, propietarios de la casa en la que murió el filósofo, y al hijo de Rieuwertsz.

Otras fuentes bibliográficas son las biografías modernas y otras investigaciones sobre Spinoza, como: *Within Reason —A Life of Spinoza*, de Margaret Gullan-Whur; *Spinoza —A Life*, de Steven Nadler; *A Book Forged in Hell —Spinoza´s Scandalous Treatise and the Birth of the Secular Age*, también de Steven Nadler; *Betraying Spinoza —The Renegade Jew Who Gave Us Modernity*, de Rebecca Newberger Goldstein; *Spinoza*, de Roger Scruton; *Spinoza*, de Robert Misrahi; *Le Miracle Spinoza*, de Frédéric Lenoir; *Spinoza —Philosophie pratique*, de Gilles Deleuze; *Spinoza et autres hérétiques*, de Yirmiyahu Yovel; *Spinoza —L´autre voie*, de Blandine Kriegel; *Spinoza*, de Pascal Sévérac y Ariel Suhamy; *Spinoza et le spinozisme*, de Pierre-François Moreau; y

por último, *Inquisição de Évora, 1533-1668*, de António Borges Coelho.

Para comprender la realidad y las dinámicas de la *Nação*, la comunidad portuguesa de Ámsterdam de la que Spinoza era originario, así como la vida en la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos en el siglo XVII, han sido fundamentales los libros: *Hebrews of the Portuguese Nation —Conversor and Community in Early Modern Amsterdam*, de Miriam Bodian; *Reluctant Cosmopolitans —The Portuguese Jews of Seventeenth-Century Amsterdam*, de Daniel Swetschinski; *La Vie quotidienne en Hollande au temps de Rembrandt*, de Paul Zumthor; y *The Embarrassment of Riches —An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, de Simon Schama.

También consulté varios artículos sobre aspectos diversos, como: «A Little Work of Mine That Hath Begun to Pass The World»: The Italian Translation of Francis Bacon´s *De Sapientia Veterum»*, de Anna-Maria Hartmann; «The God of Thomas Hobbes», de Alan Cromartie; «Francisca Duarte», de Huygens Institut; «Moord op de gebroeders De Witt», de Huub Krabbendam; «Righteous Citizens: The Lynching of Johan and Cornelis DeWitt, The Hague, Collective Violence, and the Myth of Tolerance in the Dutch Golden Age, 1650-1672», de Frederika DeSanto; «The Brutal End of Dutchman Johan de Witt, Who Was Torn Apart and Eaten by His Own People», de Kara Goldfarb; «The Early Editions of Spinoza´s *Tractatus Theologico-Politicus*: A Bibliohistorical Reexamination», de Fritz Bamberger; y «Spinoza y Espinosa: Excurso Antroponímico», de André dos Santos Campos.

Sobre la gran peste, las fuentes son: *A Journal of the Plague Year*, de Daniel Defoe; *1666 - Plague, War, and Hellfire*, de Rebecca Rideal; y «Doodsangst voor de haastige ziekte», de Marjolein Overmeer.

En relación a las religiones políticas generadas por la propuesta de Spinoza de sustituir las religiones tradicionales por una religión de la razón, las fuentes son: *On Christianity - Early Theological Writtings*, de Georg Hegel; *Addresses to the German Nation*, de Johann Fichte; *Capital —A Critical Analysis of Capitalist Production* y *Contribution à la critique and Scientific* y «Draft of a Communist Confession of Faith», de Friedrich Engels; *Karl Marx, March 1843-August 1844 —Collected Works*, de Karl Marx y Friedrich Engels; *Réflexions sur la violence*, de George Sorel; *The Future of an Illusion*, de Sigmund Freud; *La religione della libertà - Antologia delli scritti politici*, de Benedetto Croce; *Les religions de la politique — Entre démocraties et totalitarismes*, de Emilio Gentile; *Totalitarianism and Political Religion —An Intellectual History*, de James Gregor; y *Totalitarianism and Political Religions*, de Hans Maier.

Finalmente, varias obras sobre la historia de la filosofía y de la

ciencia en general: *Filosofia*, de Stephen Law; *História da Filosofia*, de Bryan Magee; *Science*, de Adam Hart-Davis; y *Discoveries and Inventions —From Prehistoric to Modern Times*, de Jorg Meidenbauer.

Varias personas me han ayudado a hacer posible este libro. Gracias al rabino Shlomo Pereira, por las preciosas correcciones sobre la lengua hebrea y la cultura judía, en particular la de los sefardíes; a Kitty Pouwels, por las pistas neerlandesas que me permitieron conocer los efectos de la gran peste en 1664 en los Países Bajos y obtener detalles sobre el linchamiento de los hermanos De Witt en La Haya, también por las correcciones de las expresiones en neerlandés; a Marc Dijkstra, de la Vereniging Het Spinozahuis, la Sociedad de la Casa Spinoza, por sus aclaraciones sobre las fuentes en portugués del *herem* decretado al filósofo; también a mis editores en todo el mundo y a las personas que trabajan con ellos, por la dedicación en la producción y divulgación de mi obra.

Y gracias a usted, querido lector, principio y final de cada libro, la razón de ser de toda la literatura.

La última palabra es, siempre, para Florbela.

Nota

* Tipo de embutido de origen transmontano, oriundo del norte de Portugal. Se prepara con pan de trigo, grasa de cerdo y carnes variadas: pollo, conejo, perdiz, pavo, etc.

El secreto de Spinoza
José Rodrigues dos Santos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *O Segredo de Espinosa*

© José Rodrigues dos Santos, 2023

© Planeta de Livros Portugal, 2023

© De la traducción: Virginia López, 2023

© de las imágenes de la portada: Silas Manhood / Trevillion y Unique Vision, faestock, Morphart Creation / Shutterstock
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-670-7162-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!